

Hyspamérica
Urbión

LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA



HUGH THOMAS

LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA





LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA

Hugh Thomas

LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA

Camino para la paz: los historiadores y la guerra civil

LIBRO VI

Hyspamerica - Ediciones Urbión, S.A.

EDICIONES URBION quiere testimoniar su gratitud a las siguientes personas e instituciones que nos han ayudado en la elaboración de esta obra:

Juan Antonio Alvarez de Estrada
José Mario Armero
Juan Ignacio Azaola
María Capdevilla (Centre d'Estudis d'Història Contemporània). Biblioteca Figueras. Barcelona
José Clavería Prenafeta y José Fournier (Servicio Histórico Militar). Madrid
Familia Cordón
Familia Feo
Ramón Fernández Pousa (director de la Hemeroteca Nacional). Madrid
Josep Fornas
Luis Gasca
Familia Giménez Caballero
Alfonso Gota Losada
Juan Guzmán. México
Familia Hedilla
Enrique Lafuente Ferrari
Gonzalo Manso de Zúñiga (director del Museo San Telmo). San Sebastián
Basilio Martín Patino
José Manuel Mata Castillón (subdirector general de Archivos)
Miguel Molina Campuzano (director de la Hemeroteca Municipal). Madrid
Jordi Planas (jefe de Investigaciones de FIEHS-CEHI. Universidad de Barcelona)
Jan Quintanilla y Luis Fernández Quintanilla
Pedro Ruiz de Olibarri (director de Archivo Servicios Documentales del Ministerio de Cultura). Salamanca
Angel Ruiz Martín (director del Museo del Ejército)
M.ª Luz, M.ª Teresa y Carlos Sáenz de Tejada y Benvenuti
Angel Salas Larrazábal
Anita Sand
Archivo diario *Ya*. Madrid
Brandeis University
Colección Merino
Colección Zúñiga
Cuartel General del Aire
Diario de Barcelona
Fundación Universitaria Española. Madrid
Historia 16
Instituto Municipal de Historia. Barcelona
Museo Naval. Madrid
Norte de Castilla

Fotografías e ilustraciones

Rafael Sanz Lobato
Keystone-Nemes. Madrid
Agencia Efe. Madrid
Foto Alfonso. Madrid
Agustí Centelles. Barcelona
Archivo Fotográfico Salmer. Barcelona
P. Rotger. Barcelona
Fotografía Ansede. Salamanca
Foto Alonso. Bilbao
Foto Ortega. Bilbao
Agencia Zardoya. Barcelona
ANCR. Centro Gobetti. Turín
Ullstein Bilderdienst. Berlín
AP Novosti. Moscú
Revista *Punch*. Londres
The Illustrated London News. Picture Library. Londres
Visnews. Londres
The British Library Newspaper Archive. Londres
Associated Newspapers Group Ltd. Londres
Radio Times Hulton Picture Library. Londres
Popperfoto. Londres
Associated Press. Nueva York.
United Press International. Nueva York
Jack Novak. Alexandria. Virginia
Photo Research International. Alexandria. Virginia
National Maritime Museum. Londres
Pilot Press
Luis Agromayor
Agencia Piresa
Louis Deschamps
Europa Press

HYSPAMERICA EDICIONES, S. A.

Santiago, 12. Madrid-12
Editor Ejecutivo: Raúl E. Paggi

Ediciones URBION, S. A.
Avda. Llano Castellano, 13. Madrid-34
Teléfs. 729 31 11 y 729 18 38
Télex: Edur-E 45151

Fotocomposición

Andueza. San Romualdo, s/n. (Edificio Astygi). Madrid-17

Impresión

Mateu-Cromo, S. A. Pinto (Madrid), sobre papel de Torras Hostench, S. A.

Printed in Spain. Impreso en España en 1980
ISBN 84-85266-54-4 obra completa
ISBN 84-85266-55-2 tomo II
ISBN 84-85266-56-0 fascículos
Depósito Legal: M. 130-1979

Camino para la paz: los historiadores y la guerra civil



(Salmer.)

«... esos hombres, que han caído embravecidos en la batalla, luchando magnánimamente por un ideal grandioso y que ahora, abrigados en la tierra materna, ya no tienen odio, ya no tienen rencor, y nos envían, con los destellos de su luz, tranquila y remota como la de una estrella, el mensaje de la patria eterna que dice a todos sus hijos: Paz, Piedad y Perdón.»

MANUEL AZAÑA, discurso en Barcelona el 18 de julio de 1938

«Ojalá fuera la mía la última sangre española que se vertiera en discordias civiles.»

JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA, Testamento Político

«Hoy comienza una nueva etapa de la Historia de España. Que todos entiendan con generosidad y altura de miras que nuestro futuro se basará en un efectivo consenso de concordia nacional.»

JUAN CARLOS I, 22 de noviembre de 1975



«La guerra civil ha destrozado mi vida»

Carta del ilustre historiador don Claudio Sánchez-Albornoz a don Rafael García Arteaga, director de EDICIONES URBION, que, por su interés, reproducimos y destacamos al comienzo de este volumen: «Camino para la paz: los historiadores y la guerra civil».

CLAUDIO SANCHEZ-ALBORNOZ Y MENDUIÑA (Madrid, 1893-)

Aunque la vida de Claudio Sánchez-Albornoz ha estado consagrada por encima de todo a la investigación de la historia de España y a su meditación sobre ésta, su fidelidad a unos ideales y su actividad política en las filas republicanas le convierten en cierto modo en un «intelectual comprometido».
Doctor por la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid, inició su labor investigadora bajo la dirección de Eduardo de Hinojosa. A los veinticinco años ganó la cátedra de Historia de España de la Universidad de Barcelona. De allí pasó a la de Valladolid y posteriormente a la de Madrid, donde sucedió a su maestro Hinojosa en la cátedra de Historia Antigua y Media. En 1918 consiguió el premio instituido por las Cortes para conmemorar el XII Centenario del comienzo de la Reconquista con su obra Historia del Reino asturleonés y de sus instituciones. **En 1925 ingresó en la Real Academia de la Historia, siendo el miembro más joven de la corporación.**
Políticamente se ha definido como «liberal-republicano-católico». Perteneció, como otros muchos intelectuales, a Acción Republicana, y según su propia confesión, Primo de Rivera y el Rey le hicieron político al implantar la Dictadura.
Durante la República fue elegido diputado por Avila en las tres legislaturas y del 12 de septiembre al 16 de diciembre de 1933 formó parte de los gobiernos dirigidos por Lerroux y por Martínez Barrios como ministro de Estado. En 1932 fue nombrado rector de la Universidad Central de Madrid. Nombrado embajador de España en Portu-

Sr. D. RAFAEL G. ARTEAGA

Distinguido amigo:

Primero la habitual tardanza del correo en los días navideños y la espera de los volúmenes de la obra de ustedes cuyo envío me anunciaba; después la extraordinaria llegada de mis hijos y de mi nieta y su estadía conmigo algunas semanas quebrando mi habitual soledad, y por último, una caída en depresión y fatiga han retrasado mi respuesta a su amable invitación que hoy me recuerda el cable de Javier de Juan. Perdone por todo ello mi silencio.

Su oferta me golpeaba de continuo en la memoria, pero ésta me traía de continuo a la par las terribles matanzas que la guerra produjo; las terribles crueldades que se realizaron en las dos retaguardias. Ese doble recuerdo, sobre todo el último, me atormentaba cada día. Cada día me herían además las noticias que me llegaban sobre las violencias que ensangrientan a los españoles de hoy. Y cada día me preguntaba si en verdad debíamos olvidar los crímenes monstruosos que se cometieron durante la guerra civil, ahora en que no era imposible que al cabo estallara otra.

Ni un solo día he dejado de meditar sobre cuál era mi deber, y al cabo triunfó en mí la idea de que no podíamos ni debíamos olvidar la guerra civil, disintiendo de algunas anteriores páginas mías invitando a superar su recuerdo.

Ese machaqueo de continuo en mi conciencia sobre el grave problema me ha llevado a escribir un ensayo para La Vanguardia, *de Barcelona, en la que colaboro con frecuencia; ensayo que titulo «No debemos olvidar la guerra civil». No creo que esas páginas puedan servir de colofón a la empresa de ustedes.*

La guerra civil ha sido la mayor locura que los españoles hemos cometido en nuestra historia. Arranca de la rebelión

de Asturias de 1934 provocada por la estulticia ambiciosa de Largo Caballero. Después de haberme jugado la vida y la de los míos en la embajada de Lisboa, logré permanecer al margen de la guerra gracias a la generosidad de la Universidad de Burdeos, que creó una cátedra para mí. Cuando cayó Largo Caballero fui a Valencia. Allí mandaban los comunistas. Así volví a Burdeos, y allí estuve hasta que ocuparon la ciudad los alemanes.

La guerra civil ha destrozado mi vida. Desde 1934 lejos de mis padres, desde 1940 separado de mis hijos. Los franquistas me robaron todas mis cosas —las tenía magníficas por herencia de mis abuelos—. Llevo 44 años en destierro solitario. Yo no puedo, no puedo olvidar la guerra civil ni recomendar su olvido. En Madrid los rojos me mataron a familiares muy íntimos; en Avila, los blancos, a muy queridos amigos.

No es imposible que la crisis actual de nuestra España pueda llevar a otra, aunque no la deseen los sensatos. Muchas gentes más o menos jóvenes que viven en nuestra patria tal vez desconocen los horrores de la contienda pasada. Lejos de recomendar su olvido, yo les recordaría sus monstruosidades para que no sientan jamás la tentación de reincidir en ella.

Y ustedes no pueden publicar como colofón de su noble empresa mis opiniones y amenazas. Si me engaño, escríbanme.

En todo caso gracias por el honor, la confianza con que me han honrado. Un cordial apretón de manos.

CLAUDIO SÁNCHEZ ALBORNOZ
25-enero-1980



(Europa Press.)

Claudio Sánchez-Albornoz a su llegada a Madrid en 1976, después de un largo exilio que comenzó durante la guerra civil. Historiador de sólido prestigio internacional, está considerado como uno de los creadores de la moderna ciencia histórica española. Sus discípulos se reparten por todo el mundo.

gal, salió hacia Lisboa el 15 de mayo de 1936. Allí le sorprendió el alzamiento nacionalista, y cuando el gobierno portugués rompió sus relaciones con Madrid, pasó a Francia, «porque en conciencia no podía sumarme a ninguno de los dos bandos».
Durante tres años y medio fue profesor en Burdeos. Al ocupar Francia los alemanes se trasladó a Argentina. Hasta junio de 1942 ocupó una cátedra en la Universidad de Mendoza y luego pasó a la de Buenos Aires. En 1962 se hizo cargo de la presidencia del gobierno republicano en el exilio. La labor de su gobierno, con los ministros repartidos por varios países, fue puramente testimonial y simbólica.
De su extensa bibliografía pueden destacarse Potestad real y los señoríos en Asturias, León y Castilla durante los siglos VIII al XIII; El Islam de España y el Occidente; En torno a los orígenes del feudalismo; Orígenes de Castilla: cómo nace un pueblo; La España musulmana; Origen de la nación española; Vascos y navarros en su primera historia **y sobre todo** España, un enigma histórico. **La génesis de este último libro se encuentra, según su autor, en el deseo de rebatir las ideas de Américo Castro en** España en su historia **(reeditada con el título** La realidad histórica de España) **y dio lugar a una de las polémicas más vehementes de la historia intelectual española contemporánea. Su interpretación, que algunos han tachado de demasiado castellanista, da especial relevancia a los elementos germánicos frente a los islámicos y hebraicos destacados por Américo Castro.**
El 23 de abril de 1976, dadas las nuevas circunstancias políticas, Claudio Sánchez-Albornoz regresó a España, donde permaneció hasta el 30 de junio.

Sr D Rafael G. Arteaga

Distinguido amigo: Primero la habitual
tardanza del correo en los días navideños y la espera
de los volúmenes de la obra de Vd. cuyo envío me anun
ciaba; después la extraordinaria llegada de mis
hijos y de mi nieta y su estadía conmigo algunas sema-
nas quebrando mi habitual soledad y por último una
caída en depresión y fatiga han retrasado mi respuesta
a su amable invitación que hoy me recuerda el cable de
Javier de Juan. Perdone por todo ello mi silencio

Su oferta me golpeaba de continuo en la memoria
pero esta me traía de continuo a la par de las terri-
bles matanzas que la guerra produjo; las terribles
crueldades que se realizaron en las dos retaguardias
Su doble recuerdo, sobre todo el último, me atormenta-
ba cada día. Cada día me herían además las noti-
cias que me llegaban sobre las violencias que ensan
grientan a los españoles de hoy. Y cada día me pre-
guntaba si en verdad debíamos olvidar los crime-
nes monstruosos que se cometieron durante la gue
rra civil, ahora en que no era imposible que al
cabo estallara otra.

Reproducción facsímil de la carta manuscrita de don Claudio Sánchez-Albornoz.

Ni un solo día he dejado de meditar sobre cuál era mi deber y al cabo triunfó en mí la idea de que no podíamos ni debíamos olvidar la guerra civil, desdiciendo de algunas anteriores páginas mías convitando a superar su recuerdo

Ese machaqueo de continuo en mi conciencia sobre el grave problema me ha llevado a escribir un ensayo para La Vanguardia de Barcelona en la que colaboro con frecuencia; ensayo que titulo "No debemos olvidar la guerra civil". No creo que esas páginas puedan servir de colofón a la empresa de Vd.

La guerra civil ha sido la mayor locura que los españoles hemos cometido en nuestra historia. Cercanía de la rebelión de Asturias de 1934 provocada por la estulticia ambiciosa de Largo Caballero. Después de haberme jugado la vida y la de los míos, en la embajada de Lisboa logré permanecer al margen de la guerra gracias a la generosidad de la Universidad de Burdeos que creó una cátedra para mí. Cuando cayó Largo Caballero fui a Valencia. Allí mandaban los comunistas. Me volví a Burdeos y allí estuve hasta que ocuparon la ciudad los alemanes

La guerra civil ha destrozado mi vida. Desde 1939 lejos de mis padres, desde 1940

separado de mis hijos los franquistas me ro-
baron todas mis cosas -las tenía magnífica por
herencia de mis abuelos- llevo 44 años en destie-
rro solitario. Yo no puedo, no puedo olvidar la
guerra civil ni recomendar su olvido. En Madrid
los rojos me mataron a familiares muy íntimos,
en Trujillo los blancos, a muy queridos amigos.

No es imposible que la crisis actual de
nuestra España pueda llevar a otra aunque
no la deseen los sensatos. Muchas gentes más
o menos jóvenes que viven en nuestra patria
tal vez desconocen los horrores de la contienda
pasada. Lejos de recomendar su olvido, yo les
recordaría sus monstruosidades para que no sean
tan jamás la tentación de reencender aquélla.

Y Vs. no pueden publicar como colofón de
su noble empresa mis opiniones y amenazas
si me engaño escríbanme

En todo caso gracias por el honor, la confian-
za con que me han honrado. Un cordial apre-
tón de manos

Claudio Sánchez Albornoz

25 Enero 1980

Historia y leyenda

Consecuencias de un conflicto

Por **Hugh Thomas** *

LA guerra civil española fue una gran tragedia internacional, pero, ante todo, un colapso de la nación española cuyos desgraciados resultados se agravaron por el significado internacional que en seguida llegó a tomar. Tan pronto como hubo terminado, el interés mundial, veleidoso como la moda, le volvió la espalda. El verano de 1939 fue una de las épocas más amargas de toda la historia española. No obstante, los grandes periódicos internacionales, que en 1936 ó 1937 habían mandado a sus mejores corresponsales a las heroicas batallas alrededor de Madrid, en 1939 estaban pendientes de la posibilidad de un estallido bélico más amplio. Del mismo modo, los polemistas liberales en Gran Bretaña y Francia habían dejado de preocuparse por lo que hacía Franco con su victoria. Sin embargo, ya estaba tejida la leyenda.

En las mentes liberales del mundo, el recuerdo de la guerra civil española seguía siendo una herida, o mejor dicho, una llaga; porque una herida se cura, y una llaga se encona; y el recuerdo de la guerra civil española indudablemente se enconaba. En realidad, este recuerdo, aunque muchas veces distorsionado, fue uno de los pocos puntos de continuidad de la izquierda europea durante toda la generación siguiente.

«Soy vuestra elección, vuestra decisión, sí, soy España», escribió Wystan Hugh Auden, que hasta su muerte siguió siendo uno de los poetas más populares, y para muchos el mejor de lengua inglesa. La primera consecuencia de la guerra civil española fue crear un mito que, de tan profundamente establecido, llegó a ser casi imborrable. Un mito que en parte fue halagüeño y en parte ofensivo para los españoles. Halagüeño, porque teñía el conflicto con todos los adornos de un poema épico en donde los combatientes de un lado —la izquierda, como pensaba la mayoría— se portaban con la nobleza dorada de los héroes homéricos, aunque de hecho esta épica era más semejante a la nórdica que a la griega, porque, igual que en los mitos nórdicos, los principales personajes de esta epopeya luchaban en una batalla que estaban condenados a perder. Las grandes hazañas, la generosidad e imaginación en la guerra no impidieron la ineludible de-

* Hugh Thomas nació en Windsor en 1931. Profesor de Historia en la Universidad de Reading y escritor, ha publicado entre otras obras *Cuba: la lucha por la libertad* y *La guerra civil española*, traducida a ocho idiomas y ganadora del premio Somerset Maugham.



(Inst. Municipal de Historia. Barcelona.)

El POUM, Partido Obrero de Unificación Marxista, fue creado por Joaquín Maurín y Andrés Nin en 1935. Planteó una política izquierdista con respecto al PCE.

La interpretación de la guerra civil española en términos heroicos tampoco era exclusivamente inglesa. En Francia, Malraux contribuyó a una visión igualmente heroica de la izquierda en orden de batalla, antifascista, unida, tranquila en la adversidad, generosa en la victoria.
Ese talante duró muchos años.
En su famosa obra dramática *Look Back in Anger (Mirando hacia atrás con ira),* representada por primera vez en 1956, John Osborne hablaba de la guerra civil española como la última de las «grandes buenas cosas» por las que un hombre podía sacrificarse con honor. Su héroe, incluso, anhelaba la vuelta a esos días cuando esta clase de causa podía imponerse en un mundo débil.
Una parte fundamental del mito de la guerra civil española a los ojos de la izquierda europea era que esa izquierda estaba unida. En la causa «antifascista», que era internacional porque su enemigo también lo era, los comunistas, socialistas, demócratas, anarquistas y trotskistas luchaban codo a codo.
El hecho de que tal unidad jamás se lograse, a no ser durante unas pocas semanas después de la sublevación de julio, fue despreciado en el mito. Personas muy inteligentes en todo el mundo abandonaron su poder de crítica y se imaginaron como un soldado más en el gran ejército de los antifascistas. «Entonces tuvo lugar la guerra civil española», dijo en 1979 el ilustre espía



(Efe.)

André Malraux tenía treinta y cinco años cuando organizó una escuadrilla de aviadores al servicio de la República. Fue herido cuatro veces.

rrota —como el día en que Odín se encuentra con el lobo, en los mitos nórdicos.
Durante la guerra mundial y después de ésta, la guerra civil española llegó a ser una especie de culto, algo recordado a medias como demasiado sagrado para comentar de modo histórico, una gran causa para guardar en el recuerdo como un tesoro.
Quizás a los españoles pueda parecerles que esto es hacer demasiado hincapié en este lado de la tragedia que les sumergió. Pero ahora que España, bajo el rey Juan Carlos, aparece bajo una nueva luz, está bien que reconozcan el alcance de esta dimensión mítica de su historia, vista desde el exterior. Los españoles podrían escribir un buen libro para recordar y meditar este mito. Louis Macneice escribió en *Autumn Journal:*
Los gallos cantan en Barcelona,
Donde hay pocos relojes que den la hora.
¿Es el toque de diana del corazón o del
[agrio reproche de Simón Pedro?
El año se ha terminado.
Es la hora de resoluciones y balances.
Felice año nuevo...



Brigadistas internacionales en el frente de Las Rozas (Madrid). Nombres extranjeros en tumbas recién abiertas. Morir en España no resultaba difícil.

inglés Anthony Blunt cuando pretendía explicar su defección a la Unión Soviética, como agente de su servicio de información, como si eso lo excusara todo.

George Orwell se opuso a esa visión del mundo tan heroica, sentimental y extendida. Orwell fue uno de los pocos voluntarios extranjeros en España que no solamente caló el mito de la unidad, sino que escribió sobre ello, y además muy bien, en su brillante *Homage to Catalonia (Homenaje a Cataluña).* Pero entonces el libro de Orwell no tuvo una difusión muy extensa.

El retrato de André Marty, y otros comunistas, realizado por Hemingway en *For whom the Bell Tolls (Por quién doblan las campanas)* hizo temblar el mito un poco, pero no mucho. Al final de la guerra civil española, el pacto nazi-soviético vino a destruir muchas ilusiones sobre el comunismo en los tiempos de Stalin, pero el mito de la guerra civil española permaneció insensible, y de todos modos el pacto sólo duró hasta el mes de junio de 1941, cuando a una nueva generación se le ocurrió suponer que comunismo y democracia podrían ser aliados naturales, por lo menos contra los fascistas. Estos eran los tiempos del «comunismo del ejército rojo» que dominó la visión de la mayoría de las personas hasta el año 1947.

Cuando estaba trabajando en la historia de la guerra civil española, hacia fines de los años cincuenta, conocí a muchas de estas personas, quienes, en Gran Bretaña, en los Estados Unidos o en Francia, habían sido llevadas por la guerra civil española a un campo muy especial de la política.

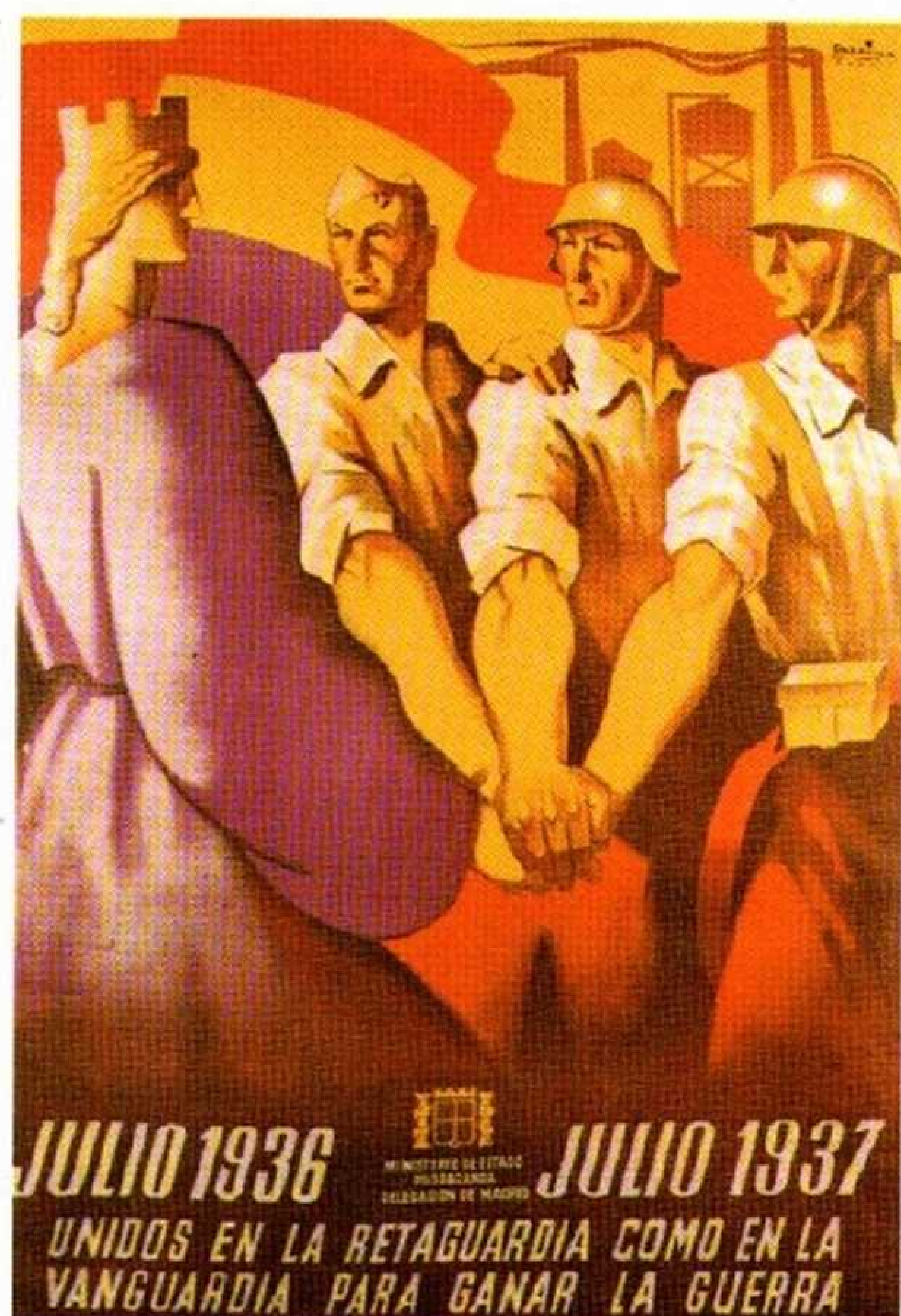
La mayoría eran de clase media, todos de la izquierda liberal, algunos todavía comunistas, otros de ideas confusas; tan generosos con su tiempo como faltos de sentido crítico respecto a sus acciones pasadas.

Sueños de izquierda

EL mito estaba apuntalado por tres temas que los historiadores ahora encuentran poco convincentes. El primero fue el papel de las brigadas internacionales. Por muchos que hubiera en esa organización legendaria, tenían, sin duda alguna, menos importancia que los aviones de caza, tanques y demás material bélico ruso. El número de estas armas se ocultó a propósito durante mucho tiempo.



La Unión Soviética en 1936 era, para gran número de intelectuales y obreros del mundo entero, un mito querido y respetado. El estalinismo no se conocía aún.



La unidad de todas las fuerzas antifascistas se planteó como una necesidad para ganar la guerra. Nunca se consiguió satisfactoriamente.

En España, después de la guerra, en la propaganda del régimen se concedió gran importancia a la ayuda rusa a la República. Sin embargo, en Gran Bretaña o en los Estados Unidos no se tuvo en cuenta o aparentemente se desconocía este hecho.

Incluso Orwell, en su excelente ensayo *Looking Back on the Spanish war (Volviendo a la guerra de España),* escrito a finales de 1942 —en el que cuenta que en los periódicos de España vio «reportajes que no tenían relación con la realidad, ni siquiera la relación implícita en una mentira normal»—, se preguntó por qué los rusos intervinieron en tan escasa medida.

Creo que puedo pretender con justicia haber puesto muy en duda ese mito, al haber difundido cifras mucho mayores, que en general son las aceptadas hoy. (Por lo que a esto se refiere, reconozco la ayuda de investigadores, tales como mi colega Donald Watt, del London School of Economics, y, como es natural, de los españoles que han escrito recientemente sobre la guerra; pero el hecho histórico es que creo que fui el primero en difundir el dato, ahora incontrovertible, de que hubo momentos durante la guerra civil española en que la República estuvo bien equipada en cuanto a aviones, en comparación con las fuerzas de Franco. Eso no significaba que los manejasen bien. Guerras recientes, como las de Oriente Medio, demuestran claramente que no es el lado que dispone de grandes batallones quien siempre alcanza la victoria, sino aquel con el entrenamiento y preparación apropiados.)

El segundo tema que apuntala el mito izquierdista de la guerra civil atañe al alcance de la unidad de las fuerzas republicanas.

A los amigos de la República les parecía entonces desleal mencionar las disputas entre los diferentes partidos, así como que los comunistas se sirvieron de la guerra civil como un ensayo, no tanto para la segunda guerra mundial, sino para las «repúblicas populares» que la Unión Soviética consiguió imponer en la Europa del Este después del año 1945. Al final la maniobra de los comunistas en España fracasó y el ensayo se quedó en ensayo. Los viejos republicanos, los socialistas, el POUM y los anarquistas

conservaban algo de integridad y algunos fragmentos de independencia.
Mientras tanto, en buena parte de Europa los hombres de las brigadas internacionales prosperaron después de la guerra. Tanto en los países libres de la Europa del Oeste, después de 1945, como en los sistemas comunistas, los antiguos brigadistas ascendieron a posiciones importantes. Incluso en Inglaterra, con su diminuto partido comunista, veteranos de la guerra de España, como Jack Jones, William Paynter y «Bert» Ramelson dominaban el movimiento sindicalista todavía en los años setenta. También es verdad que hombres que habían luchado en España sufrieron después, a finales de los años cuarenta, ciertos contratiempos en la Europa del Este. El mero hecho de haber estado en España durante la guerra civil significó infundir sospechas al receloso Stalin.
Entre las falsas acusaciones levantadas contra Arthur London en Praga se encontraban «actividades trotskistas en España y colaboración con la comisión internacional de la Sociedad de Naciones... Ser el cabecilla de una red trotskista en Checoslovaquia, centrada en los antiguos voluntarios de las brigadas internacionales». Parecidas acusaciones se lanzaron contra Rajk en Hungría.
Pero cuando llegaron los años cincuenta o sesenta, esos tiempos terminaron. Los que sobrevivieron a Stalin, como, por ejemplo, Karl-Heinz Hoffman, ministro de Defensa de Alemania del Este en 1979, se encontraron en puestos de mucho poder (Hoffman había sido comisario político en la XI Brigada Internacional). De diferentes formas estos antiguos veteranos de España mantuvieron fresca la memoria de la vieja causa, y quizás al final empezaron a creer que su España era la verdadera. Al menos actuaron como si lo fuera.

La España negra

OTRA consecuencia internacional de este conflicto fue el renacimiento del mito de una España negra y brutal. Esta leyenda tiene una larga historia, casi desde los tiempos del Renacimiento. Posiblemente procede de cuando los españoles tenían fama de haber matado más indios en el Nuevo Mundo que ningún otro conquistador en continente alguno —aunque por supuesto, como se reconoce ahora, estas muertes en gran parte se debieron a enfermedades ante las que los antiguos indios de las Américas no tenían defensas—. La nueva leyenda negra que surgió de la guerra civil en España, probablemente tiene su origen en el hecho de haber sido el primer conflicto que reflejó la revolución en los medios de comunicación. Se proyectaron reportajes con escenas muy penosas de la guerra civil española a audiencias europeas y americanas que entonces frecuentaban el cine en masa.
La propaganda, como hemos visto, también empezó



(The Illustrated London News.)

El general Emilio Kleber (centro) manda la XI Brigada Internacional, situada en el frente de Madrid. Aquí lo vemos recibiendo al capitán inglés Macnamara (izquierda) y al laborista David Grenfell.



(Serv. Histórico Militar.)

La destrucción de Guernica por la Legión Cóndor alemana, el 26 de abril de 1937, constituyó uno de los alegatos antifranquistas más importantes. El eco de aquellas bombas no ha desaparecido aún.

a representar un papel, descrito ingenuamente por Arthur Koestler en *The Invisible Writing (La escritura invisible)*, con un esfuerzo premeditado para hacer la guerra aún más feroz de lo que en realidad fue.

Sin embargo, la verdad es que la guerra civil española, en comparación con la mayoría de las guerras europeas del siglo XX, fue menos destructiva. Las guerras civiles son siempre temibles, pero por muchos españoles que murieran, fueron menos, en total, que los hombres que sucumbieron en guerra en cualquier otra nación europea en el siglo XX. Incluso las noticias dramáticas de la guerra civil empiezan a aparecer menos terribles que antes, a la luz de la historia comparada, o simplemente de la investigación. Consideremos Guernica, por ejemplo: en la parte principal de esta obra se habla de la cifra de muertes que hubo y, sin embargo, como quiera que se resuelva la cuestión, es probable que la cifra total haya sido menor que la comunicada por el gobierno autónomo vasco de entonces, quizá por un error inocente, a un mundo algo cándido. También parece claro que la decisión de destruir Guernica no fue premeditada con la atrocidad que al principio se le atribuyó. Los alemanes la destruyeron, es cierto, pero lo que no se sabe con seguridad es si deseaban destruir «la antigua ciudad de los vascos» como parte de una campaña concertada de terror.

La mayor consecuencia internacional de la guerra civil resultó ser la continuación de ese aislamiento de Europa que ha caracterizado a la historia española desde 1815, o, en todo caso, 1825, y que parecía (a principios de los años treinta) que pronto iba a ser sustituido por el resurgimiento del vigor intelectual español producido con el cambio del siglo y relacionado con la «generación del 98».

Entre 1919 y 1936, los españoles habían jugado un papel en la Sociedad de Naciones, habían tomado parte en la II y III Internacional, y contribuido al pensamiento anarquista universal. A su vez, el capital español comenzaba a desempeñar un puesto, en pequeña escala, en la banca internacional. Los sacerdotes eran una exportación bien conocida, sobre todo a Sudamérica. Y, hablando más profundamente, los escritores y artistas de la generación del 98 y sus sucesores habían sido reconocidos y admirados como no había ocurrido en la historia española desde el Siglo de Oro. No sólo se trataba de pintores, poetas y novelistas. En las artes nuevas, como el cine, había españoles de gran calidad. Dalí y Buñuel aparecían, en los años veinte, en primerísima línea del *avant-garde*. Es poco probable que los partidarios de la vieja España se hubieran puesto contentos de haber estado en Montmartre la mañana de un domingo de febrero de 1929, cuando se proyectó *Le chien andalou (El perro andaluz)* («en la entrada hay una caseta de libros surrealistas, detrás un bar donde un gramófono toca sardanas inquietantes...»).

La guerra civil destruyó todo esto. Rompió el espíritu de los supervivientes de la generación del 98, de la de 1927, e incluso de todas las generaciones literarias intermedias, eso cuando no llegó a acabar con ellos físicamente.

Grandes artistas, como Buñuel o Picasso, se quedaron durante muchos años en el extranjero o murieron allí. Otros, como García Lorca o Machado, desaparecieron durante o después de la guerra. A los mejores escritores españoles se les podía escuchar en la BBC de Londres, o dando conferencias en México, o verlos discutiendo en cafeterías de países latinoamericanos. En un sentido puramente estético, la comunidad española desterrada fue una de las exportaciones más grandes cedida por un país entonces profundamente dividido entre los afortunados nacionales y los derrotados rojos. Hasta después de la muerte de Franco no se ha podido restablecer la gran tradición anterior, aunque esta recuperación estaba ya modificada por los años de división y exilio.

El aislamiento social, político y económico de España después de 1939 fue mayor de lo que había sido durante muchas generaciones. Esto se evidenciaba de múltiples maneras, tanto locales como nacionales. España seguía siendo un país donde abogados prósperos tenían diez hijos y donde los políticos apenas sabían hablar idiomas extranjeros. El ferrocarril de vía ancha



(Arch. Doc. M.º Cultura. Salamanca.)

La propaganda del régimen distribuyó el infundio de que Guernica había sido destruida por los propios vascos. La población vasca bombardeada fue un símbolo.



(Efe.)

Luis Buñuel, nacido en 1900 en Calanda (Teruel), formó parte de la vanguardia surrealista europea. Se exilió a México.


(Arch. Urbón.)

El conde de Mayalde, más tarde alcalde de Madrid, a la izquierda de Ramón Serrano Súñer. La influencia de Serrano Súñer en la configuración del régimen fue enorme.

que nace en Irún expresaba ese aislamiento, que sólo empezó a disminuir en los años cincuenta y que no llegó a desaparecer por completo hasta los años sesenta, aunque estuvo amenazado por la segunda guerra mundial.

En sus recientes memorias, *Entre el silencio y la mentira*, Ramón Serrano Súñer expone el convincente argumento de que España hubiera entrado en la guerra del lado alemán si Hitler hubiera querido forzar al mariscal Petain, de Francia, a ceder el Marruecos francés. Eso puede ser cierto. Pero, de todas formas, se evitó esa tragedia final.

Es posible, por otra parte, que si no hubiera habido guerra civil, la entrada en la guerra mundial hubiera sido inevitable. Pero eso, naturalmente, es explayarse en los «si...» de la historia, además de suponer que existía una posibilidad de que la guerra civil no hubiera estallado.

Madrid era la capital de un país que todavía en los años cincuenta parecía separado del resto de Europa por una oscura cortina. Quizá también España se mantenía algo tímida de cara al mundo. La guerra civil era una tragedia que parecía, de algún modo, vergonzosa. La supervivencia de una dictadura en la persona de Franco conformaba a muchas personas en España. Pero no a los que viajaban al extranjero. Estos debieron observar que la guerra civil de España, a pesar de sus implicaciones internacionales, tuvo mucho de autóctona. Las guerras civiles de Alemania e Italia, Polonia y Yugoslavia fueron campañas de la guerra mundial.

Pobres, pero con honra

EN cuanto a las consecuencias internas de la guerra civil, la mejor manera de acercarse a ellas es visitar el museo recientemente fundado en El Pardo, donde vivió el general Franco desde el año 1939 hasta 1975. La arquitectura y el mobiliario no son nada especial. Los jardines tienen el anonimato de la ordenación formal francesa, incluso en verano, aunque el bosque de El Pardo es grande y hermoso. Durante treinta y siete años, el general Franco miró al mundo desde este palacio. Si se visita, lo que ahora está permitido, veremos poco de la vida íntima del general. No se enseña, por ejemplo, su dormitorio o la mano de Santa Teresa que, según se dice, guardaba siempre al lado de su cama. Pero, a pesar de todo, se puede imaginar al general Franco mirando a través de estas cortinas de encaje y estos balcones hacia los parterres grises y disciplinados, contemplando los bosques donde él sabía que la guardia civil o la policía armada estaban dispuestas a impedir cualquier atentado, o mirando hacia la entrada donde policías igualmente competentes regulaban sus visitas. Para ellos y otros de la policía española, e incluso para la nación entera, durante muchos años, las principales consecuencias de la guerra civil exigieron una infinita capacidad de paciencia.

«¡Espera a mañana!», fueron las palabras del general Franco al entonces príncipe Juan Carlos, después de la muerte del almirante Carrero Blanco, en 1973, refiriéndose a las medidas que debía de tomar ese negro día. Esas palabras fueron, de algún modo, el lema más apropiado del régimen dirigido desde El Pardo.

El Pardo proyecta otra luz sobre el sistema político del general Franco: muchos se acordarán de la historia del pequeño Luis XIV, quien, siendo niño, retrocedió ante la muchedumbre cuando ésta invadió su dormitorio en París, durante la Fronda, y que tomó la resolución de no exponerse a semejantes cosas en el futuro. Para ello se hizo el palacio de Versalles, donde el rey podía escapar a la posibilidad de tal atropello.

Franco compartía tanto la opinión de Luis XIV como la de Felipe II.

Fuera de Madrid podía aislarse, en tiempo y espacio, de las «hordas marxistas», los masones y separatistas, los liberales y los demócratas cristianos, incluso los conservadores demócratas y los monárquicos democráticos, y, sobre todo, de las muchedumbres de Madrid (y otras grandes ciudades), cuyos antagonismos,



(Efe.)

(Efe.)



Pabellón de caza construido entre 1543-1558 para Carlos V, el palacio del Pardo fue elegido como residencia del general Franco por su arquitectura austera y casi monacal. Hasta 1956 tuvo una guardia compuesta por marroquíes.

en su opinión, habían causado la guerra civil. La herencia directa, consecuencia de la guerra civil, fue, naturalmente, el largo despotismo de Franco.

Al general Franco le llamaban fascista sus enemigos. En efecto, la palabra persiste en sus labios, por lo menos. Es una voz que, en manos de los polemistas, ha llegado a ser sinónimo de «maldad». Tal uso no tiene significado histórico —en España sobre todo, porque en 1936, antes del levantamiento, no había tales fascistas— e incluso José Antonio expresamente rechazó el nombre.

Tampoco podían atribuir el adjetivo «fascista» a Franco los que se consideraban o se consideran fascistas.

Miembros de la Falange, por ejemplo, hubieran preferido un caudillo más retórico. Ellos deseaban una revolución social más completa (o por lo menos así lo decían) que la pregonada por Franco, a pesar de que éste desdeñaba la aristocracia. Ellos querían el lenguaje de la regeneración nacional, no el de la tradición; y quizás habían pensado que hubiera sido más noble hundirse gloriosamente con Alemania e Italia en 1945, que haber sobrevivido como oportunistas para formar una alianza con una democracia como los Estados Unidos, e incluso recibir en 1969 la visita de un demócrata (aunque demócrata rígido) como el general De Gaulle.

Había rasgos del régimen que administraba Franco, desde ese lugar gris en las afueras de Madrid, que eran auténticamente fascistas. Como, por ejemplo, la propaganda, por lo menos durante algunos años —incorporada en el famoso lema inventado por el general Millán Astray: «Una patria, España; un caudillo, Franco»—; los sindicatos nacionales, creados a imagen de los de la Italia fascista; las reformas contenidas en el Fuero del Trabajo, cuyos efectos posiblemente un día tendrán un significado histórico, y el Movimiento Nacional, que pretendía abarcar a todos los partidos del alzamiento, y cuyos miembros, en los momentos apropiados (algunas veces inapropiados), vestían uniformes con camisa azul e insignias que claramente reflejaban las manifestaciones fascistas de Italia o Europa central. También eran de inspiración fascista una o dos instituciones económicas, tales como el Instituto Nacional de Industria (INI), que dirigía las empresas propiedad del Estado, en la línea de otra empresa de Mussolini (IRI) —una de las instituciones más creativas del fascismo— que ha tenido resonancia después en otros países democráticos, y que advierte que la relación entre el socialismo y el fascismo es bastante más estrecha que entre cualquiera de ellos y el liberalismo clásico.

Pero también había muchas cosas del general Franco que no gustaban a ningún fascista: el poder de la Iglesia en la educación y cultura significaba que, en todos los sentidos, la Iglesia estaba más considerada en 1939 que en 1935. No se trataba sólo de que fuera políticamente prudente o incluso imprescindible ir a misa durante los primeros años del nuevo régimen, ni de que la Iglesia hubiera vuelto a ocupar el vacío dejado por el socialismo, el «antifascismo» o el anarcosindicalismo después de la derrota, sino que las muertes en la guerra, las tragedias en tantas familias, el rigor de la represión, la sensación del renovado aislamiento de Europa habían despertado un anhelo hacia normas tradicionales y hacia la fe religiosa.

El papel dominante del ejército también molestaba a los políticos fascistas, puesto que, con pocas excepciones, los militares vencedores de más edad parecían, en 1939, más monárquicos que fascistas.

El general Franco se sirvió de algunos de ellos, como Muñoz Grandes y Monasterio, para dirigir las milicias de la Falange; pero aunque aceptasen algunas ideas falangistas, es indudable que los generales eran más leales al generalísimo que al fantasma de José Antonio.

Además, aunque el régimen de Franco era nacionalista y, en asuntos económicos, autárquico (no había alternativa en una Europa a punto de hundirse en una guerra general), los antiguos propietarios y capitalistas



(Col. familia Hedilla.)

Hedilla, izquierda, y Ruiz de Alda, centro, posan junto a José María Alonso Goya. No todos estaban con Franco. Hedilla fue el símbolo del falangismo anti-Franco.

Franco se entendía más y mejor con Mussolini que con Hitler. Sin embargo, las diferencias entre ambos dictadores eran notables.



(Brandeis University, USA.)

volvieron, poco después de la guerra civil, con la misma fuerza social y financiera que antes. Se reanudó el caciquismo de las antiguas familias, de modo que la España de Franco estaba lejos de ser un país en vías de conseguir una regeneración nacional, tal como habían soñado poéticamente los jóvenes fascistas que habían luchado en la guerra.



Los falangistas tuvieron que convertirse en franquistas si querían sobrevivir dentro del régimen. Pero siempre quedó una retórica, una puesta en escena que recordar.

Falangistas en prisión

ALGUNOS miembros de la Falange habían sido encarcelados por Franco durante la guerra por sostener ideas que amenazaban el equilibrio establecido por él entre las fuerzas que le apoyaban. Manuel Hedilla iba a permanecer en la cárcel durante bastantes años más. Otros falangistas eminentes, sin embargo, se consolaban con cargos de director o puestos en los ministerios del gobierno. Eran trabajos que había que hacer, y los jóvenes falangistas sostenían que era preferible que estuvieran ellos en tales cargos antes que algún político desacreditado o un general clerical reaccionario.

Con el tiempo, inmersos y fascinados por los asuntos administrativos, los admiradores idealistas de José Antonio se volvían, poco a poco, menos «fascistas», más receptivos y más conciliadores. Al final, para muchos de ellos el fascismo era sólo una aberración de juventud pronto olvidada. Otros (incluyendo a los más brillantes y mejores, como Dionisio Ridruejo, Antonio Tovar o Pedro Laín) se pasaron a la oposición tácita o abierta, en trayectorias que la mayoría ha narrado con amplitud, porque el régimen que ellos tenían que defender retóricamente —ésa era su misión específica— había abandonado lo heroico por lo rutinario y había dejado de hacer proyectos para el futuro en favor de una prolongación interminable de lo provisional.

Pero ninguno de los vencedores estaba realmente satisfecho. Los diferentes sectores de la alianza que había ganado la guerra, solían estar representados en los gabinetes del general Franco, pero consideraban al régimen como un mal menor. Si los fascistas jóvenes querían una revolución fascista más completa, a los generales más antiguos les hubiera gustado una restauración formal de la monarquía.

La alianza del ala derecha durante la guerra había incluido a muchos miembros de Acción Católica, personas que habían votado por la CEDA y que estaban todavía a medio camino de ser demócratas cristianos. Muchos de ellos parecían ahora sorprendentemente contentos con la dictadura militar. Sin duda, fue un efecto de la conmoción bélica. También los carlistas habían luchado con valentía y sufrido muchas pérdidas en nombre de la «cruzada de liberación nacional». Sin embargo, su actitud general era una curiosa mezcla de austeridad, violencia y nostalgia romántica, y su deseo de establecer en el trono a un Borbón absolutista y fascista parecía lejos de cumplirse. También hizo su aparición, directa o indirectamente, la corrupción.

¿Cómo gobernó Franco?

¿CUÁL fue entonces el sistema de gobierno impuesto por Franco después de la guerra civil? ¿Y cuál fue realmente la consecuencia más clara de esta guerra? Si el régimen no era fascista, ¿era simplemente «reaccionario clerical», como el régimen contemporáneo del almirante Horthy («la monarquía sin rey»), establecido en circunstancias ligeramente parecidas, después del desastroso gobierno de Bela Kun en Hungría, en 1919, aunque allí la guerra civil hubiese durado mucho menos que en España?

¿Era simplemente un régimen militar, como muchos de los que a intervalos aparecieron en Sudamérica desde 1820? ¿O era «corporativo católico», como el sistema del doctor Salazar en Portugal?

Los actos de violencia del general Millán Astray y su Legión, el uso de los nombres y las banderas de los antiguos regimientos españoles, las exigencias de sacrificio —«¡Viva la muerte!»— proporcionan un curioso telón de fondo a un régimen sin definición precisa.

Ante todo, hay que considerar que, en 1939, Franco se había rodeado de un grupo de colaboradores, más o menos eficientes, conocidos ya durante la guerra civil como «franquistas»: oficiales de su Estado Mayor, oportunistas, policías, agentes secretos, secretarios (por ejemplo, el capitán de submarino Carrero

Blanco), a los que se podía considerar en 1939 como un grupo de influencia. Estas personas estaban, hasta cierto punto, guiadas por la ambición. Lo estaban también por los propios pensamientos de Franco. No ganaríamos hoy nada rehuyendo el hecho de que Franco tenía sus ideas. Por supuesto —y a pesar de sus dudas sobre si unirse al golpe en julio de 1936—, era un hombre de acción. Pero muchas veces a los hombres de acción les infunden ánimos los libros. Sabemos muy bien, por diversas fuentes fidedignas, que durante las campañas en Marruecos, Franco tenía la costumbre de ausentarse de todas las diversiones, quedándose solo en su habitación leyendo filosofía política. Según su cuñado Ramón Serrano Súñer y su



(Efe.)

El almirante Carrero Blanco conversa con Manuel Arburúa, ministro de Comercio, en la fiesta de La Granja. En segundo término, la esposa del almirante y doña Carmen Polo, mujeres de hombres claves en la historia española.



Franco se presentó siempre como un padre de familia más. En 1938, su hija y su esposa con el capellán Bulart y el asesor jurídico Martínez Fuset.

edecán Franco Salgado, que deben estar bien enterados, el libro que más influyó en Franco después de 1936 fue *El nuevo Estado*, de Víctor Pradera, el elocuente y culto carlista vasco asesinado por los anarquistas en 1936. Ese libro concluye con las siguientes palabras: «Hemos descubierto que el nuevo Estado no es otro que el Estado español de los Reyes Católicos.» Esta conclusión es significativa: no sólo porque el movimiento nacional adoptara como símbolos el yugo y las flechas de los Reyes Católicos, o porque a los fascistas españoles les gustara evocar un pasado lejano e idealista, igual que Hitler recordaba el medievo alemán, y Mussolini, la Roma antigua, sino porque Franco creía que la monarquía absoluta era la mejor manera de gobernar el país.
Franco era un hombre sencillo, honrado, frío, sin sentido del humor, amante de la lectura y sin demasiada perspectiva histórica. Todavía no sabemos (y posiblemente no lo sabremos nunca) qué profundas emociones se escondían bajo su suave aspecto de crueldad. De todos modos, en la mente de Franco no cabía la menor duda de que España prosperaba bajo el absolutismo y sufría bajo el liberalismo. ¿Qué pasó en España desde la caída de Carlos IV en 1808? Nada, pensaba Pradera (y Franco), que no fuera incompetencia, disputas entre partidos, retórica e ideas francesas. Naturalmente, era difícil para Franco, hijo de un oficial pagador de la marina, establecerse como rey de derecho, pero en cambio no existía ningún obstáculo, tras la destrucción de todas las fuerzas políticas en España y la irreversible corriente antiliberal en Europa, para hacerlo de hecho. El hermano de Franco, Nicolás, le había elegido en 1936 el nombre de «caudillo». La palabra, realmente, no significa otra cosa sino «jefe», pero ésta recor-

daba demasiado los viejos y desacreditados tiempos de Gil Robles. Cuando Serrano Súñer llegó a Salamanca en 1937, nos cuenta que solamente existía la doctrina del «caudillismo político» o mando personal. El pretendía reglamentar y profundizar ese concepto.

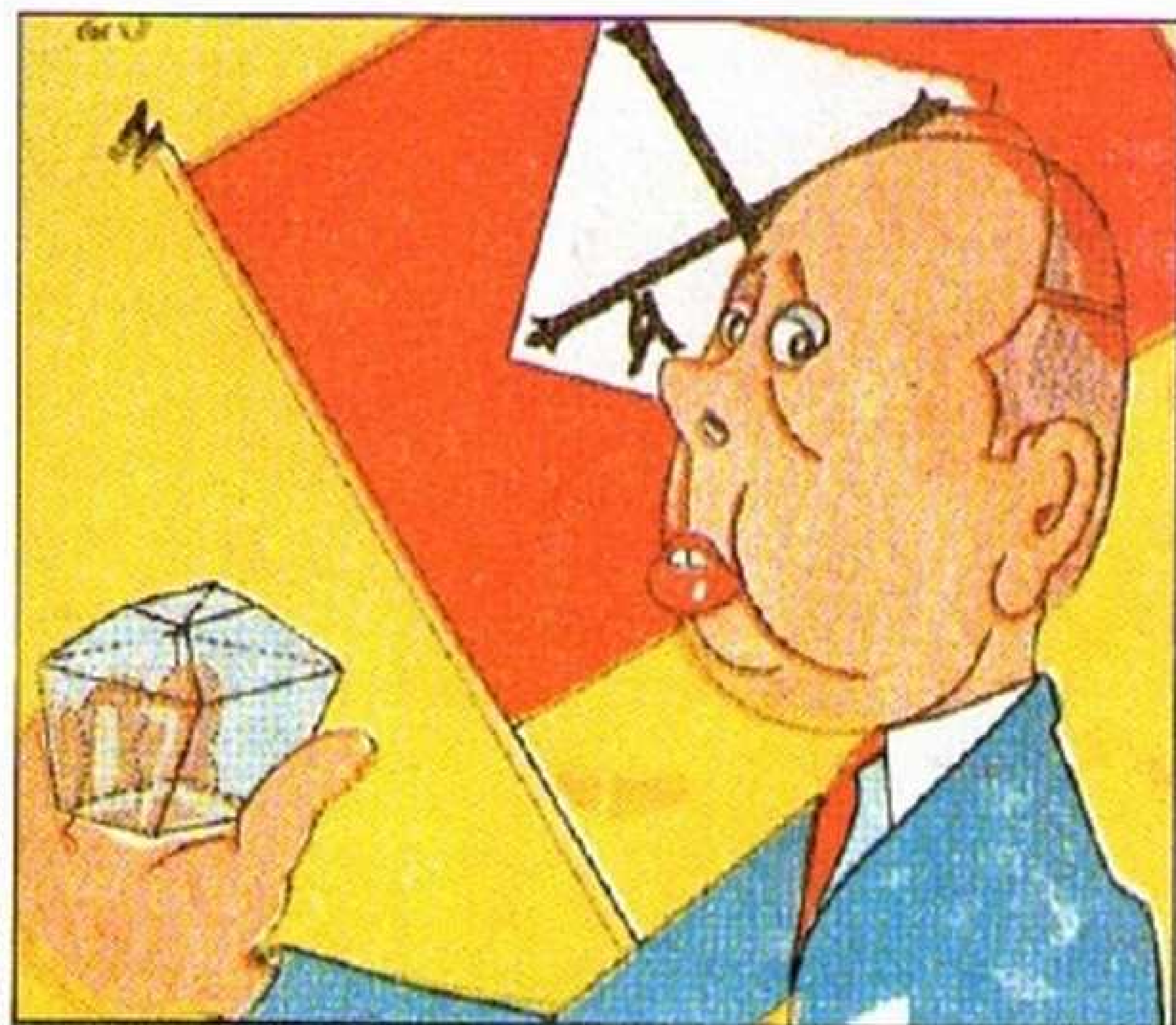
Franco debe ser considerado esencialmente como la encarnación de un nuevo monarca absoluto, como el heredero autonominado de los Borbones. Su actitud con el país, consigo mismo, con el pasado y con el futuro encaja en esa definición, desde su referéndum sobre la monarquía en 1947 hasta la elección de Juan Carlos como su heredero en la jefatura del Estado en 1969.

Franco se parece mucho a esos monarcas hechos a sí mismos, de fines de la Edad Media, como George Podiebrad, en Bohemia, que se apropió tanto del título como del poder real en momentos de emergencia nacional. *Le style, c'est l'homme. Le style* también refleja el sistema político. Rodeado de una escolta de *spahis* siempre que salía, insistiendo en la etiqueta rigurosa (Franco, en una ocasión, reprochó al duque de Alba por asistir a El Pardo vestido de manera incorrecta), trasladándose al palacio de Ayete, en San Sebastián, durante dos meses en verano, tal como lo hacían los Borbones, y sirviéndose de una secretaría militar, la Casa Militar, como hacía Alfonso XIII. El general impasible que en El Pardo contemplaba a través de las cortinas de encaje un jardín silencioso que le separaba de la muchedumbre, o que firmaba unas cuantas sentencias de muerte después de comer, mientras tomaba el café, se aproximaba más a la figura de un monarca absoluto del pasado que a un líder político moderno. Franco era esencialmente un heredero de las ideas de otros muchos. Su sistema constituía, al parecer, un ancho río donde desembocaban numerosos arroyos de principios de los años treinta —monarquismo ortodoxo y carlismo, «el pastel de carne sin carne» de la CEDA y el falangismo, el fascismo de las JONS y el movimiento nacionalista del doctor Albiñana, el monarquismo autoritario de Calvo Sotelo y el militarismo *tout court*—. Hilos tan diferentes, que en otras manos podrían haber sido irreconciliables. Quizá lo eran también en las suyas, pero él ignoraba las diferencias. Sus seguidores buscaban inspiración intelectual en Maeztu, José Antonio, Vázquez de Mella o en Pradera, y un monárquico ex alfonsino, Yanguas Messía, había redactado el decreto que le convirtió en jefe de Estado. Los monárquicos alfonsinos dieron al nuevo régimen, en 1936, su incipiente administración, ocupando los puestos administrativos para los que tenían por lo menos algo de experiencia.



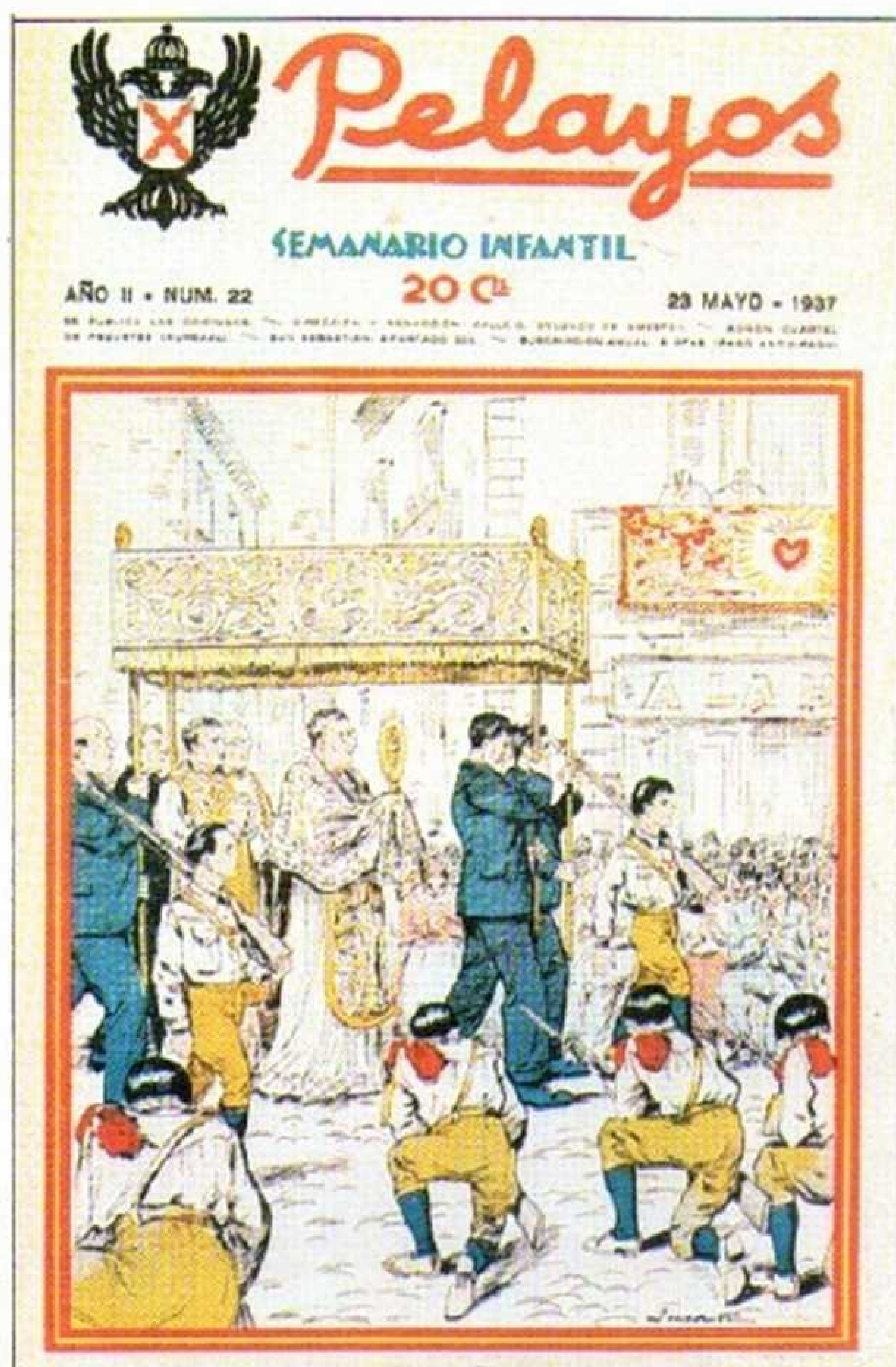
(Col. J. M. Armero.)

Denostado y ensalzado hasta el paroxismo, Franco encarnó la mentalidad de una parte importante de la clase media española.



(Col. Luis Gasca.)

José María Gil Robles representará una opción política católica y posibilista, pero democrática. Después de la guerra militará en la oposición moderada al franquismo.



(Col. Luis Gasca.)

Cuando tenían lugar importantes renovaciones en la Iglesia europea, en España el catolicismo se planteaba con opciones un tanto caducas.

Herencia de viejas tradiciones

AUNQUE Franco se consideraba un monarca absoluto, es justo decir que en los treinta y siete años que hay entre el fin de la guerra civil y su muerte en 1975, España cambió muchísimo.

Si en 1936 Franco podía parecer la encarnación de Fernando (y quizá de Isabel), a fines de los años cuarenta parecía más una versión moderna del rey Felipe II, aislado como un monje. Al final de su «reinado» se acercaba ya a una postura no lejos de la de Carlos III, o incluso, en 1975, a la de los últimos días de Alfonso XIII, al que había conocido en su juventud. Parecía como si entre 1936 y 1975 se hubiese vuelto a representar toda la historia de los Borbones. Como la mayoría de ellos, Franco odiaba la oratoria, que se le daba muy mal. Deseaba ser generalísimo y no caudillo en el sentido político. No había reuniones multitudinarias, a no ser que estuvieran totalmente orquestadas, como parte de un sacramento. A Franco le disgustaba tanto la fraseología de los políticos de la derecha, como Gil Robles, como la de los de la izquierda. La oratoria era algo para los demócratas, los partidos políticos, los demagogos —todos esos que habían causado tanta ruina en España entre 1808 y 1936, durante el largo, odioso e ignominioso siglo XIX—; no era, desde luego, para los déspotas taciturnos, pensativos e iluminados, entre los que él mismo se incluía. Porque Franco, naturalmente, se consideraba un iluminado; y estaba rodeado de personas que también lo creían. Todos los empeñados en no tener más años de «cartón piedra como los de 1789», tal como José Antonio calificó las Cortes de 1931.

Creo que él y sus seguidores lo hubieran presentado así: la República y la guerra civil han demostrado una vez más, desgraciadamente, que la libertad en España deriva hacia la violencia y la desintegración. La «libertad», por ejemplo, exige, desgraciadamente, que un ejército de Castilla ocupe Barcelona cada veinticinco años. Pero con un gobierno fuerte y una policía implacable para mantener por la fuerza los sueldos bajos, no hay nada que un español no pueda hacer. Franco se consideraba (y fomentaba este pensamiento en los demás) como el hombre que podía levantar a España por el cordón de la bota. ¿Partidos políticos? Apenas tenían importancia. La democracia estaba fracasando en todas partes. Lo esencial era, para Franco, la planificación nacional, según los intereses de la patria, sin las connotaciones fascistas o socialistas en el sentido normal de la palabra. También las decisiones rápidas, el mantenimiento del orden, la conservación de las normas que la religión da a la sociedad, la ejecución instantánea de decisiones (incluso la pena de muerte si fuera necesaria) antes de que «la opinión pública internacional» elevase sus protestas bien organizadas bajo las órdenes de Moscú.

ESPAÑOLES: Una población mártir, sometida durante largos meses a un régimen salvaje, ha recibido con júbilo a las tropas libertadoras.

BILBAO ESTA YA A SALVO DE LA FEROZ TIRANÍA ROJA

Habitantes de las zonas todavía oprimidas: Preparaos también a celebrar vuestra cercana liberación. Bilbao marca la derrota definitiva del enemigo.

¡VIVA ESPAÑA! + ¡VIVA FRANCO!

(Arch. C. S. de Tejada.)

La guerra civil tomó características de lucha cainita de una España contra la anti-España.


(Col. C. S. de Tejada.)

El dibujante y pintor Carlos Sáenz de Tejada captó —y contribuyó eficazmente a su desarrollo— el barroquismo propagandístico del régimen.

Evocando el pasado desde su lecho de muerte, el mismo Franco hubiera dicho, igual que sus panegiristas, que la consecuencia más importante de la guerra civil española fue la constitución de un gobierno capaz de impulsar, bajo una égida autoritaria, la industrialización de España y situarla en noveno lugar entre los países desarrollados del mundo; una nación que exportaba más productos fabricados que limones, que había adelantado a los ingleses en la construcción de barcos; un país donde la renta per cápita llegaba a los dos mil quinientos dólares, comparable a la de algunos países de la Comunidad Europea. Menos de la cuarta parte de la población vivía en el campo en 1975; alrededor de la mitad en 1936: los cambios agrícolas fueron enormes. Franco entonces sostenía que, duradera o no, la victoria de la derecha en la guerra civil le había dado la ocasión de comprobar que la monarquía absoluta funcionaba bien. Eso fue una consecuencia de la guerra civil. Consecuencia no de la guerra civil, sino de la industrialización, fue la revolución social que siguió al aumento del nivel de vida; los trabajadores por fin comían bien, las mujeres iban a la escuela, e incluso algunas se profesionalizaban. El inmovilismo político entre 1936 y 1975 en la cúspide condujo a algo parecido a la revolución social.

Estos argumentos no son fáciles de impugnar. Es imposible negar que la industrialización de España se produjo bajo un gobierno autoritario derechista. Cualquiera que fuera la razón, la industrialización tuvo lugar entonces, es decir, entre 1955 y 1973. Hasta que se abran del todo los archivos, será difícil adivinar el papel de Franco, aunque sus malabarismos con los diferentes grupos de ministros y las diferentes generaciones dentro de distintos grupos, demuestran que, en el seno de la estructura de inmovilismo político, los ministros cambiaban con más frecuencia de lo que el mundo exterior reconocía; mucho más a menudo, por ejemplo, que los gobiernos osificados de Estados comunistas.

El se mantenía como el centro estable de grupos de presión que actuaban en la oscuridad.

Por otra parte, Italia, un país similar a España, pasó por la misma experiencia de industrialización en parecidas fechas, aunque con régimen democrático, sin dictador. Francia también se transformó en Estado industrializado durante esa época. Podía parecer entonces que España, desde la guerra civil, participó simplemente en una revolución económica común a toda Europa después de 1945, en la que el carácter del régimen desempeñaba un papel poco importante. Con la nueva tecnología lograda, los nuevos franquistas sólo tenían que permanecer sentados, mantenerse firmes y atribuirse el crédito.

El despegue económico de España caracterizó, sin duda alguna, los últimos años de Franco, por lo menos a partir de 1959. Pero ¿cuándo empezó esa reanimación? Si pensamos en una reanimación nacional *tout court*, no podemos referirnos sólo a la económica o a la artística, debemos tener en cuenta toda una combinación de circunstancias, el fin de una época de niveles mediocres, de falta de decisiones, de burocracia mangoneadora, de complacencia y estancamiento en la producción, de falta de inventiva y pereza en todo el país.

Ahora bien, la relación entre arte y política es siempre complicada. El arte muchas veces prospera en épocas malas para los asuntos económicos, tal como ocurrió en Francia durante la Tercera República, o quizás en Inglaterra durante los años setenta.

El renacimiento intelectual de España estaba claramente asociado con «la generación de 1898». Como indicamos antes, no era un gran momento para el desarrollo de España. Era el principio de una época brillante, a la vez intelectual y artística. Es verdad que en el siglo XIX español hubo uno o dos genios aisla-

dos, pero, aparte de Goya —un hombre del siglo XVIII sobre todo—, nadie comparable a la gran ola de poetas, economistas, escritores, dramaturgos, incluso productores de películas que hacen del primer tercio del siglo XX una época fecunda para el arte español y para la imaginación, inferior solamente al Siglo de Oro. Durante esta época, los artistas españoles mostraron una fuerza y un vigor que no habían manifestado durante generaciones, y que les aseguró el reconocimiento general en todo el mundo. Este renacimiento anticipó la recuperación económica (igual que algunos dirían que los pintores y escritores del Siglo de Oro, por el contrario, duraron más que la prosperidad de su país).

Pero si observamos los índices de la producción española durante los años de la primera guerra mundial y la dictadura de Primo de Rivera, veremos que la recuperación económica estaba claramente en camino. Mas ese renacimiento intelectual tuvo, como su expresión más característica, un rejuvenecimiento político y una masiva politización durante los años de la República, cuya consecuencia fue la guerra civil. El inmenso movimiento anarquista, que para no comprometer su pureza evitaba el voto; el partido socialista, sólido y sobrio, con su cadena de casas del pueblo, sus periódicos, sus sedes, sus pensadores marxistas y sus políticos pragmáticos, y una visión del mundo sólo un poco menos exclusivista que la anarquista; un nacionalismo catalán que si al final iba a conseguir la autonomía, hablaba entretanto de una «frontera» entre Cataluña y Aragón (no había sido una verdadera frontera política desde el siglo XII), como si fuera el río Estigia; un movimiento carlista que desafiaba el industrialismo con un romanticismo bien armado; un movimiento republicano que significaba mucho más que el fin de una monarquía, puesto que era la encarnación, o reencarnación, del liberalismo de principios del siglo XIX, subrayando, sobre todo, el fin del papel de la Iglesia en la cultura española. El choque entre estas visiones exclusivistas condujo, como hemos visto, a la guerra civil, que no fue sólo, como muchos pensaron entonces, una guerra de clases, sino asimismo una guerra como las de los carlistas, un enfrentamiento entre el centro de España y la periferia; también una guerra religiosa y, por supuesto, un conflicto en el que los crecientes envíos de armas que llegaban de Alemania, Italia y Rusia convirtieron el campo de batalla en una contienda internacional entre el comunismo y el fascismo. Pero tan pronto como hubo terminado la lucha, se desvaneció esa interpretación simplista y la guerra civil



(Arch. Doc. Mº Cultura. Salamanca.)

Los comunistas polarizaron el odio que antaño se tenía contra los liberales y extranjerizantes. El anticomunismo fue bandera fundamental del huésped del Pardo.


(Efe.)

José Antonio Girón de Velasco quedó como prototipo de falangista adaptado al Nuevo Régimen. Su verbalismo fogoso hizo escuela.

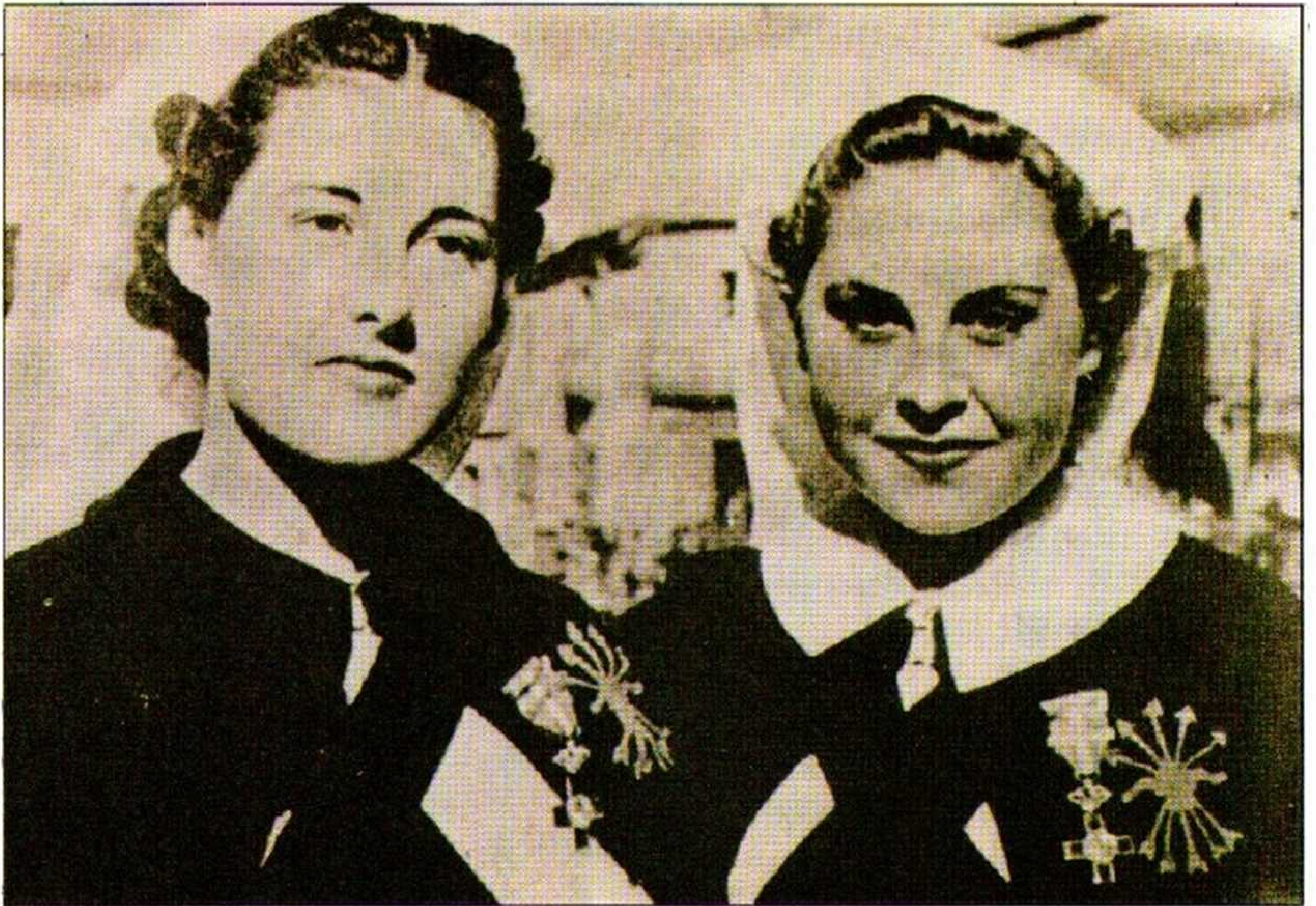


(Arch. Urbión.)

Austero y castrense, Franco huyó siempre de la pompa excesiva. Sin embargo, amaba sobremanera las adhesiones incondicionales de grandes masas vitoreantes.

recobró su carácter horrendamente mezquino, una guerra en un lejano rincón de Europa.
La corriente de la atención mundial se apartó entonces de España, que había vuelto a un aislamiento a medias impuesto y a medias deseado.
Por tanto, sólo la visión indulgente y miope del régimen franquista podía sostener que la recuperación de España, después de siglos de estancamiento, se había debido exclusivamente a la varita mágica del general de El Pardo, o como consecuencia de la guerra civil. Al contrario, esa recuperación empezó, con toda seguridad, durante los primeros días del siglo, cuando Angel Ganivet aconsejó a los españoles cerrar la tumba del Cid con candado, y mirar hacia el futuro. La guerra civil la interrumpió, pero cuando España, como toda Europa, empezó a reponerse de los efectos combinados de la guerra civil y la guerra mundial, la recuperación continuó.

Ahora bien, muchas personas han sostenido que la mayoría de las guerras del siglo XX han producido, de paso, algunos beneficios (puede ser que muchos). El profesor Arthur Marwick, por ejemplo, insiste sobre ello en una serie de libros referidos a Gran Bretaña, aunque en algunos casos cita ejemplos de intervenciones del Estado que muchas personas consideran poco beneficiosas. Sin embargo, ¿qué habría sido del sufragio femenino sin la primera guerra mundial? Robert Paxton, en un libro excelente sobre la Francia de Vichy, ha afirmado que la prosperidad económica de la posguerra en Francia se debió en parte a las innovaciones introducidas durante los tiempos de Vichy. Pero es difícil percibir qué cambios introducidos en España durante la guerra civil han permanecido y ejercido una influencia continua y beneficiosa en la vida nacional.
Es difícil aclarar si algún acontecimiento del lado de


(Arch. Historia 16.)

Las hijas del marqués de Larios fueron hechas prisioneras en Brunete. Canjeadas, Franco las condecoró. Rector de un régimen misógino, trató de recluir a la mujer de la Nueva España en el hogar.

los vencidos en el conflicto tuvo efectos positivos después, salvo de una manera mítica. Los mitos, como hemos visto, son importantes. Desde luego. Sobreviven aún, proyectando sus sombras sobre el paisaje español. Uno de los logros de la guerra civil española fue la desaparición de la visión anarquista de una sociedad basada en pequeñas comunas independientes. La guerra civil creó en España un partido comunista, y aunque siempre ha tenido menos miembros que el partido socialista, ha influido decisivamente en la trayectoria de la política española. (Antes de 1936 parecía que los comunistas españoles iban a jugar un papel secundario, igual que el partido comunista en Inglaterra.) La guerra también cortó muchas ilusiones en Cataluña. Después de 1939, muchas personas debieron pensar que Cambó tenía razón cuando, en los años veinte, había explicado que una Cataluña independiente sería casi un departamento de Francia.

El realismo, sin embargo, no fue una de las consecuencias principales de la guerra civil en el País Vasco; más bien lo contrario. Pero ¿y entre los vencedores? Desde luego, las mujeres españolas de la clase media participaron a fondo en las actividades voluntarias: la organización conocida primero como Ayuda de Invierno y después como Auxilio Social estaba compuesta por miembros de la clase media española, y según la opinión de algunas personas, si hubieran trabajado tanto antes de la guerra civil, se hubieran evitado los amargos conflictos entre las clases, que condujeron a la guerra. Se ha llegado a pensar que esta actividad llevó a la emancipación de la mujer en España. El argumento es poco convincente. La *Florence Nightingale* de los nacionalistas, la *Coronela* María Rosa Urraca, era el símbolo de las «mujeres de acción», como también lo eran la hermana de José Antonio, Pilar, y la mujer de Onésimo Redondo, Mercedes Sanz Bachiller.

Pero después de la guerra, las mujeres apenas tuvieron parte en la nueva España. Durante los años cuarenta y cincuenta estuvieron en las mismas condiciones que en los años veinte y treinta; incluso tenían una categoría inferior, porque en la generación anterior a 1936 había mujeres radicales en activo en la política española; pero ninguna con Franco. (Este jamás nombró a

una mujer ministro de su gabinete, y, hasta ahora, Adolfo Suárez ha mantenido esa tradición.) Como España dependía más de la agricultura durante los años cuarenta que en la década de los treinta, durante los tiempos de Franco la mayoría de las mujeres vivían en una especie de «Casa de Bernarda Alba»:



(Arch. C. S. de Tejada.)

Estilizados uniformes de las flechas del tercer grupo para las manifestaciones deportivas. En la práctica, la Sección Femenina de la Falange tuvo un papel muy limitado. La hermana del ausente, Pilar Primo de Rivera, fue su jefa.

Cambios vertiginosos

DESDE luego, en el transcurso de los últimos diez años del largo reinado de Franco, la posición de las mujeres en España empezó a cambiar radicalmente, hasta el punto de poder hablarse casi de una revolución en las costumbres. Pero eso se debía al turismo, a la emigración, a la inversión exterior y al acercamiento general a Europa, que, a pesar del desprecio de Franco hacia la democracia y su recelo contra todo lo francés, marcaron los últimos años de la dictadura. Las costumbres, los hábitos y las convenciones cambiaron como consecuencia de la guerra civil española, pero los mayores efectos fueron sobre todo políticos.

En 1936 se comentaba a veces que la República ganaría seguramente la guerra civil, porque contaba no sólo con la reserva nacional de oro —esa misteriosa fuente de riqueza tan discutida cuando la llevaron a Rusia—, el carbón de Asturias, el arroz de Valencia y las fábricas textiles de Cataluña, sino también con la infraestructura del Estado, incluyendo la burocracia militar que dimanaba del Ministerio de la Guerra. Pero una de las razones de la victoria nacionalista fue su habilidad para improvisar un Estado. No tenían que luchar con una pesada burocracia y con un personal sobrante que durante el pasado había tenido muy poco trabajo. La victoria nacionalista, al contrario, se logró con un pequeño gobierno rebelde, que, durante el primer año de la guerra, cabía casi en su totalidad en el palacio del Obispo de Salamanca.

Esa observación no refleja la verdadera situación, porque había delegaciones del Estado en otras ciudades. Pero la infraestructura del Estado rebelde era pequeña en comparación con la burocracia desordenada de la República. Cualquier estudio futuro sobre el Estado franquista debe partir del hecho evidente de que, al principio, fue una creación sencilla con departamentos formados *ad hoc* para apoyar los principios monárquicos. La centralización del mando duró muchos años, aunque con el tiempo la burocracia, al igual que en otros países europeos, creció con gran rapidez.

Las consecuencias de la guerra civil, naturalmente, dominaron la vida española durante muchos años. Eso se debía, desde luego, a que el régimen victorioso que se alzó de la guerra utilizaba el recuerdo de la derrota republicana y de la conmoción de la guerra civil como el principal impulso de su propaganda y de su ideología. Así, no sólo los hombres y las mujeres de la generación de la guerra (que tendrán más de sesenta años en 1980), sino también sus hijos vivían rodeados de las consecuencias de la guerra civil. Los niños crecían en un ambiente donde una gruesa cortina cubría toda discusión sobre el conflicto, e incluso sobre la República. La anterior dictadura militar del general Primo de Rivera (1923-1930) no se pudo criticar realmente en ninguna publicación antes de la muerte de Franco. Esta cortina impidió a España y a toda una generación de personas, que ahora tienen cuarenta o cincuenta años, participar en la vida intelectual y política de Europa. Durante mucho tiempo, para saber algo de la política de España, un madrileño debía visitar, por ejemplo, la sala de lectura del Instituto Británico o leer *Le Monde*. Hubo también largos años de represión política y de exilio. En otra parte del presente libro se consideran los detalles de este calvario.

Sin embargo, el efecto de un régimen que mantenía a muchos de sus más valientes, inteligentes y resueltos ciudadanos en una situación permanente de guerra civil con el Estado, o en la cárcel, o lejos de casa, o afligidos por un luto (muchas veces injusto, incluso según las propias normas del régimen), fue el prolongar las tensiones de la guerra civil más allá de lo que exigían las circunstancias del conflicto mismo.

Pero hay mucha verdad en el viejo refrán que dice: «No hay mal que por bien no venga». Estas palabras pueden parecer terriblemente triviales como comentario sobre la espantosa tragedia de una guerra civil. Es probable, sin embargo, que el recuerdo de la inflación de los años veinte juegue actualmente un papel importante en la consolidación de la moneda alemana. Hasta qué punto ese recuerdo se convierta en un verdadero impedimento psicológico, es motivo de especulación. En sus memorias Ramón Serrano Súñer sostiene con mucha convicción que «es cierto que una de las consecuencias de esa tragedia (la guerra civil) es que existió mayor afinidad entre los que sufrieron en ambas zonas —a pesar de haber sido enemigos— que entre ellos y los que luchando en el mismo lado, la guerra civil —ahorrándoles cualquier sufrimiento— les trajo sólo cambios favorables: enriquecimiento y poder».

El amargo recuerdo de la guerra civil representa una lección moral para los españoles de la nueva generación. El tema del pasado aparece constantemente en la prensa española.

Se afirma muchas veces que, en 1980, hemos llegado, una vez más, al punto de 1934, o que tal o cual persona está jugando el papel de Lerroux o de Calvo Sotelo. La lámpara del pasado hace resaltar de modo extraño toda nuestra política actual.

Pero, en las palabras de la etapa de la reconciliación, en la evidencia de una notable buena voluntad para el compromiso, en el claro reconocimiento de que los adversarios pueden tener buenas ideas, a pesar de ser adversarios (una característica impresionante de la España moderna), podemos percibir el fin de la vieja España intransigente e inflexible y el principio de una nueva nación, más racional. Para ello deberá ocuparse menos de la retórica y de las figuras que puedan considerarse como la última herencia, y, al mismo tiempo, la última consecuencia de la guerra civil española.

(Efe.)

Estación Términus *era en clave la sede del gobierno itinerante de Franco. De izquierda a derecha: Fernández Cuesta, Andrés Amado, González Bueno, Dávila, Franco y Pedro Sainz Rodríguez. En la ilustración de abajo: el abrazo reconciliador de las dos Españas no se produjo mientras vivió el vencedor de la guerra civil.*

(Keystone.)

La pesadilla diaria de las dos Españas

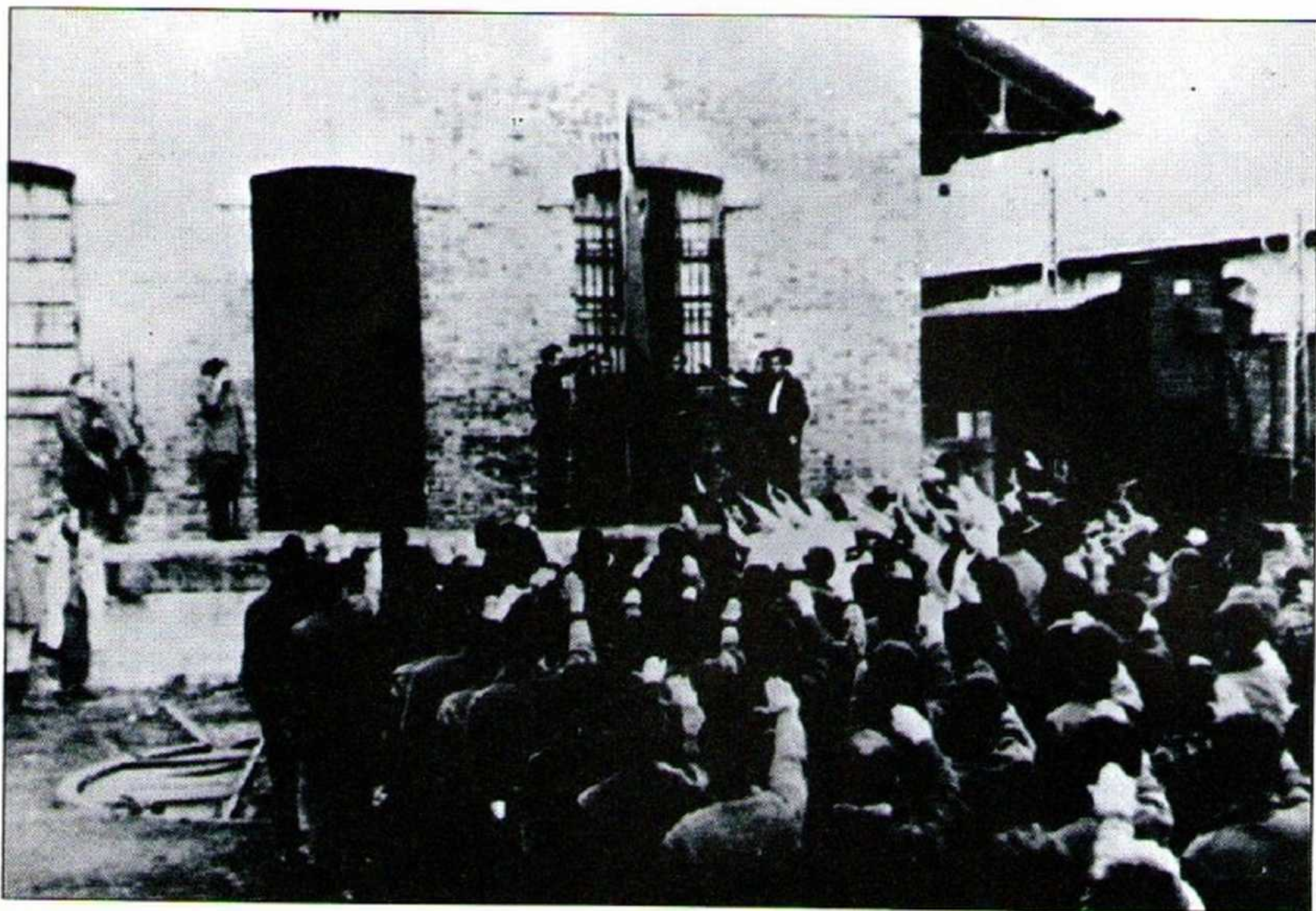
Vida cotidiana durante la guerra civil

Por **Rafael Abella** *

Es difícil establecer exactamente el momento en que el pueblo español tuvo la evidencia de encontrarse sumido en el espanto de una guerra civil. Cierto es que el clima precedente al estallido tenía toda la carga fatídica y crispada de un enfrentamiento nacional, pero las primeras semanas mantuvieron la esperanza de unas hostilidades cortas. El fracaso inicial —o el éxito incompleto— de la sublevación era visto con óptica acomodaticia por los dos bandos en que se había dividido el país. Para los habitantes de la zona adicta al golpe militar, Madrid estaba al alcance de la mano, o por decirlo con el lenguaje castrense en boga, «a pocas jornadas de marcha». La conquista de la capital, objetivo que había movilizado todos los entusiasmos, se presagiaba inmediata. En la zona que seguía en poder del gobierno central se tenía la evidencia del fracaso del pronunciamiento.

Llegados a la primera decena de agosto, estabilizado el frente de la sierra madrileña e iniciada la marcha de las tropas de Marruecos desde Andalucía hacia la capital, los españoles de uno y otro bando adquirieron la terrible certeza de que la sublevación de julio había degenerado en una guerra civil cuya duración —imprevisible— dependería en gran manera de la ayuda exterior que recibieran las dos partes en lucha. Lo cierto es que, en los primeros días de agosto, España estaba dividida por una línea de fuego aún indecisa que separaba comarcas, seccionaba líneas férreas, cortaba hilos telefónicos e incomunicaba absurdamente localidades tan próximas como Málaga y Sevilla, Madrid y Valladolid o Bilbao y Pamplona. Se

* Rafael Abella nació en Barcelona en 1914. Escritor, ha publicado *La vida cotidiana durante la Guerra Civil* (dos volúmenes), *Julio de 1936* y *De la Semana Trágica al 20 N.*



(Col. Abella.)

Demasiadas personas alzaron el brazo con el nuevo saludo. En muchos casos fue un seguro de supervivencia. Los afiliados a Falange crecieron desorbitadamente.

había producido una repartición territorial que, en muchos casos, nada tenía que ver con el matiz político predominante. La trascendencia que tuvo esta casual y azarosa división sobre la vida de los españoles fue inmensa, estableciendo una clasificación en función del lugar donde fueran sorprendidos por el movimiento militar. Si a muchos políticamente neutros se les atribuyó, gracias a esta situación inicial, un marchamo de nacionales o de rojos, otros ideológicamente contrarios a la situación impuesta en el lugar de su residencia, se encontraron obligados a aceptar un orden —o un desorden— en momentos en que la eliminación del adversario se decretó con feroz y fanática determinación en ambos bandos.

El colmo de este despropósito clasificador llegó cuando los nacionalistas primero y los republicanos después se dieron cuenta de que la guerra no podía hacerse tan sólo con voluntarios que fueran animados a luchar por motivos ideológicos. Las movilizaciones forzosas llevaron al frente a hombres cuya voluntad era estar en el bando contrario y a otros que, alejados o indiferentes a las razones de la lucha, fueron a ella pasivamente, convirtiéndose —unos a un lado y otros al opuesto— en carne de cañón. De este modo, los hermanos hubieron de enfrentarse con los hermanos, al margen de las ideas que profesaran y sólo por simples razones de geografía.

Ambiente bélico

Ante las dos Españas se abrió una vida cotidiana marcada por el hecho guerrero y, dentro de él, por las dos batallas que se libraban simultáneamente: la del frente y la de la retaguardia. Esta última, inmersa por un clima represivo o revolucionario que conmovió totalmente la vida de los españoles. Un signo externo, una filiación o una palabra podían costar la vida, la cárcel o la ocultación. Bajo estas constantes de terror hubo de desenvolverse la vida de miles de españoles durante la guerra civil.

Cuando la piel de toro quedó rota y las dos zonas quedaron irreconciliablemente divididas, multitud de familias separadas se percataron de que, trágicamente, mientras durase la guerra les sería imposible reunirse con los suyos. Niños en colonias estivales, familias

Cómo proceden con los prisioneros los rebeldes

«Heraldo de Aragón», de Zaragoza, que, naturalmente, está al servicio de los **facciosos, ha publicado** en uno de sus números recientes la noticia **siguiente:**

«Sentencia cumplida. — En el sitio más céntrico de Calatayud, plaza del Fuerte, antiguo cuartel de la Merced, ha sido cumplida la sentencia por la que se condenó a muerte al vecino de ésta Francisco Bueno, alias "el Estirao", jefe y director del extremismo en Calatayud.

A los acordes de la banda de música, y ante millares de personas que presenciaban la ejecución, desfilaron las fuerzas de la Guardia civil, del regimiento de Artillería, Fálange española, requetés, los balillas, con sus redoblantes, y la cincuentena de vecinos del próximo pueblo de Sediles que, con gran arrojo y valentía, en unión de las fuerzas, habían capturado al citado Francisco Bueno. También desfilaron centenares de señoritas de Ateca y varones que, en manifestación, habían venido a Calatayud.

Las ovaciones al Ejército, los vivas a España y mueras a los traidores fueron enormes.»

(Col. Abella.)



(Col. Abella.)

Sea cierta o no la noticia que refiere el recorte de prensa, el cainismo, tan repetido en la historia política española, cobró sus tributos. Los mutilados pueden sentirse felices por quedar vivos.

veraneando alejadas de su ciudad, hombres en viaje de negocios, se convirtieron en personas desplazadas cuya ignorancia de la suerte corrida por sus allegados sería motivo de muchos dramas humanos. Si en los primeros momentos algunos decididos lograron unirse a los suyos, atravesando líneas o ganando fronteras, más tarde el corte se haría ya insalvable, y la huida, tras de incontables peripecias, daría lugar a la figura del refugiado. Habrían de pasar meses hasta que los buenos oficios de la Cruz Roja Internacional facilitaran el envío de cartas de zona a zona, colmando la avidez de noticias, alegres o trágicas, de las familias desgarradas.

Arrostrando, pues, un dramático trauma de separaciones y un trágico albur guerrero y represivo de fratricidas consecuencias, las dos parcelas de España se configuraron con arreglo a los principios inspiradores que se hicieron dueños de la situación.

En la zona rebelde se implantó un orden externo severo y con arreglo a las disposiciones del estado de guerra. La dureza represiva se mostraba en las noticias que daban cuenta de los consejos sumarísimos y las sentencias cumplidas. En los primeros tiempos, en las cunetas de las carreteras, al amanecer, se veían los cadáveres de las víctimas de las sacas nocturnas que se llevaban a cabo en cárceles o en barrios obreros. Otras noticias traslucían la aplicación de la ley de fugas. En ciertos lugares, como Valladolid, los fusilamientos se convirtieron en espectáculo que congregaba gran cantidad de público, viéndose obligada la autoridad a prohibir la asistencia a las ejecuciones. En algunas localidades, los fusilamientos eran comunicados por el pregonero, y no faltó lugar, como Calatayud, en donde la publicidad dada al cumplimiento de las sentencias llegó a hacerse en la plaza mayor, con acompañamiento de banda y desfile popular ante los ejecutados. Las incautaciones de periódicos, locales y vehículos de los partidos frentepopulistas, y aun de personas físicas significadas por sus ideas de izquierda, revelaron muy pronto el carácter excluyente e irreconciliable de la contienda. El clima represivo se impuso sobre cualquier manifestación política juzgada como desafecta. El oír una emisora republicana, el exponer en público dudas sobre el éxito del golpe militar, podía hacer incurrir en el gravísimo delito de derrotismo.

Las marchas al frente eran espectáculo cotidiano que se producía entre aclamaciones y gritos patrióticos. En la zona nacionalista —como en la otra— empezaba a producirse esa separación que divide a los seres humanos ante el fenómeno guerrero y es causa primordial en la diferenciación de las vivencias bélicas sentidas por unos y por otros: el contraste entre el frente y la retaguardia. Para los que fueron a combatir, sería su contacto con una realidad nueva y distinta: el terrible hecho de la guerra, el encararse con unas verdades fundamentales que sólo proporcionaba la vida en campaña y el peligro cotidiano. Para los que quedaban en retaguardia, la vida seguía su curso rutinario, en la ignorancia de lo que era el existir del combatiente con



(J. Guzmán, Madrid.)

La música parece un contrasentido en la guerra. No faltaron en los dos bandos las marchas dinamizadoras antes de partir al frente. Cuando regresen, los que lo hagan, no encontrarán música aguardándoles.



(Serv. Histórico Militar.)

Los muertos son los mudos testigos de toda guerra. Una realidad que la fanfarria de la propaganda excluye. No importa de qué bando es el caído que dibuja el cartelista republicano Bardasano. Los muertos no tienen ideología.

su miseria y su riesgo. Para los idealistas, su puesto estaba en el frente, y a esta convicción llegaron, unos por imperativos personales y otros por su repugnancia a los hechos represivos que ocurrían en la retaguardia. Muy pronto, a ambas retaguardias —porque el tributo era por igual y el dolor un sentimiento sin fronteras— empezaron a llegar las primeras manifestaciones de que la guerra no era aquella cosa eufórica, alocada y musical vivida en las marchas al frente. Estas manifestaciones las proporcionaba la visión de los heridos, de los primeros mutilados, que llenaban hospitales, sanatorios y locales habilitados. Y también las proporcionarían los entierros de los muertos en campaña, cuyas esquelas comenzaban a ocupar las páginas de los periódicos. Después, a fuerza de ser frecuentes, se hicieron menos ostentosos, a fin de no rebajar la moral ni provocar represalias sobre presos indefensos.

En la zona gubernamental, la explosión provocada por el golpe militar había roto todos los diques. La dura vida cotidiana se vio asaltada por una inseguridad radical. Registros, saqueos, detenciones y ejecuciones sembraron el terror. Ciertos lugares se convirtieron en punto de exhibición de las víctimas. Lo caótico de la situación, auténticamente revolucionaria, se llenaba de un contenido político exaltado y de la más amplia variedad. Socialistas, anarquistas y comunistas movilizaban a sus propias masas, unas masas que, crecidas por el triunfo sobre el ejército, imponían el saludo puño en alto y se convertían en milicias, llenando la calle, los restaurantes y los espectáculos de gente armada. Las marchas al frente —a la sierra en Madrid, a Zaragoza en Barcelona, a Teruel en Valencia— eran espectáculo cotidiano al son de la *Internacional* o al de *A las barricadas*.

Nuevos hábitos

Los aspectos externos de la zona gubernamental habían cambiado todas las apariencias de la preguerra, empezando por un desaliño indumentario que hacía desaparecer las corbatas de los cuellos y los sombreros de las cabezas, y terminando por las primeras dificultades de abastecimiento provocadas por el desorden de los momentos iniciales. En los comienzos de la revolución, el pintor Dalí ofrecióse al comisario de Propaganda de la Generalitat Jaime Miratvilles para cooperar con alguna iniciativa que mostrase su adhesión a la causa republicana. A la pregunta de Miratvilles de si tenía alguna idea concreta, Dalí le respondió: «Sí, se me ha ocurrido un sistema para desorganizar la vida cotidiana y darle un tono surrealista.»



(Pyresa.)

Hace falta dinero, ropa, víveres... En este confesionario los transeúntes tienen que entregar su donativo. Con frecuencia, el miliciano republicano carecía de municiones y vituallas suficientes.

A lo que el comisario le contestó: «Busca otra cosa, porque lo que tú propones ya se ha implantado espontáneamente.»
En cambio, el rígido orden contrarrevolucionario impuesto en la zona nacionalista exigió una tamización total de la población, para lo cual se obligó a todos los habitantes a proveerse de un documento de identidad, con fotografía incluida, en el que, tras constar los datos personales, se añadía que «según los informes que obran en poder de esta comandancia, esta persona puede considerarse...», y aquí se precisaba si era «afecta», «indiferente» o «desafecta» al glorioso movimiento nacional, labor de clasificación delicadísima por las consecuencias que podía acarrear y en la que cooperaban las autoridades, los párrocos y los jefes de puesto de la guardia civil. Tras esta criba, muchos desafectos fueron puestos a buen recaudo y los que fueron calificados de «indiferentes» se vieron forzados a tener un gesto que los bienquistase a los ojos de la autoridad. La carencia de recursos de que adolecía la zona nacional, privada de las regiones más industrializadas y del oro del Banco de España, impuso prontamente una campaña de donativos en metálico para el ejército salvador y otra de oro y divisas para reconstruir el tesoro nacional. A ambas colectas se asociaron gran número de personas consideradas como sospechosas, haciendo entrega de dinero o de alguna joya, lo cual les otorgó un salvoconducto de leales que hizo borrar tibios antecedentes.
A los jóvenes con riesgo de ser tachados de desafectos, les quedaba el recurso de presentarse voluntarios en el ejército, lo que conjuraba todo peligro al alejarlos de la ciudad donde eran conocidos. Exagerando un tanto, y habida cuenta de que en la España de 1936 la hueste izquierdista tenía su mayor clientela en el sector juvenil, pudo decirse que los nacionales habían ganado la guerra gracias a la masa de desafectos que, voluntarios u obligados, lucharon en el ejército de Franco. Recurso muy utilizado en los primeros tiempos fue el afiliarse a Falange, entidad que acogió sin reservas a mucha gente de izquierdas, entendiendo que en aquella criba entre las dos Españas era imposible fusilar o proscribir a todos los que hubieran militado en partidos o sindicatos contrarios a las ideas que personificaba el movimiento militar. Por eso, los ultraderechistas empezaron a motejar a Falange de «FAllange», «Refugium peccatorum» y otros sobrenombres alusivos a su aperturismo. Hubo algunos asustados que, en la confusión de los primeros momentos, se vistieron de falangistas y de esta guisa quisieron resolver su inserción en el nuevo estado de cosas [1].

[1] De que el hecho llegó a ser frecuente y hasta alarmante da idea el que en un diario de Pamplona apareciera una orden prohibiendo a los comercios textiles la venta de género azul para camisas sin autorización de la Jefatura Provincial de FE de las JONS.

El Fusil
más perfecto
y mejor
imitado
al auténtico,
con bayoneta
desmontable
y cerrojo
movible.
FABRICANTES:
Arín Hnos.
Teléfono 48 ZARAUZ (Guipúzcoa)

(Col. Luis Gasca.)

Los niños imitan siniestros juegos. Hay fabricantes que no pierden ocasión de ganar dinero. Parecería un contrasentido prohibir lo que los niños comprueban a diario.

Control ciudadano

En la zona republicana también se hizo imprescindible el circular con un documento: el carné sindical. Prácticamente era imposible salir a la calle sin riesgo de ser detenido si se carecía de un aval que aclarara la condición proletaria del individuo. Para muchos a quienes lo notorio de sus antecedentes burgueses hacía difícil el agenciarse un documento laboral, la solución fue adoptar un nombre supuesto y denunciar ante el sindicato correspondiente el extravío del papel, a fin de que le fuera extendido otro nuevo. La idea se generalizó de tal manera que en los periódicos confederales aparecían largas listas de carnés extraviados con el nombre de sus titulares, esperando ingenuamente que los que los hallaran los devolvieran a los interesados en el sindicato de su procedencia. Cuando se cayó en la cuenta del truco, un gran número de personas circulaban ya con una credencial de la CNT que les permitía superar los incontables controles que les salían al paso. De esta largueza en conceder avales nació el que las siglas CNT fueran traducidas por «Carcas No Temáis». En una y otra zona se cobró indebidamente por otorgar credenciales salvadoras a gentes en peligro.

Tarjeta postal de felicitación del año 1938, que comienza. Para los parientes en distintas zonas los métodos de comunicarse eran mucho más difíciles.

(Col. J. M. Arnero.)

Era evidente que en un país que había llegado al más brutal de los procedimientos para dilucidar un enfrentamiento político-social con trasfondo económico, cada uno de los dos bandos debía proponerse entre sus objetivos de guerra el lograr un cambio profundo que trascendiera a las costumbres y hasta a las formas del vivir.

En la zona gubernamental, el cambio provocado por la revolución —como ya se ha apuntado— fue colosal. Los tratamientos se apearon para usar el fraternal apelativo de «compañero» o «camarada». Como fórmula de salutación se impuso el «¡Salud!», y la noción de servidumbre quedó abolida, emancipándose a las gentes dedicadas al servicio doméstico. Los porteros siguieron en su función, pero dando a propietarios e inquilinos el más igualatorio y desdeñoso de los tratos. La tarea de camareros y similares no pudo abolirse, pero sí se suprimió lo que daba matiz servil a su labor: la propina, dádiva que, según se decía, era ofensiva para el receptor. La distinción entre las clases saltó hecha pedazos, lo que en un país viejo y estratificado como el nuestro, y hecho, por tanto, a un destaque social, causó una conmoción imponente.

Uno de los hechos más curiosos se insertaba, de la más sorprendente de las maneras, dentro de las normas de notificación impuestas por el vivir cotidiano. En la sección de «Notas de Sociedad» de un periódico madrileño podían leerse, en los últimos días de julio de 1936, informaciones como éstas:

«La dependencia del bar Atocha procedió ayer a incautarse del mismo. Se proponen organizar festejos en beneficio de las milicias y hospitales de sangre.»

«Las Juventudes Socialistas Unificadas del radio I, Madrid, procedieron el día 20 a incautarse del palacio del contrabandista March, sito en la calle Núñez de Balboa, 61.»

Análogo era el sistema utilizado para informar de las desapariciones de personas inmoladas en el turbión revolucionario. En la sección de «Necrológicas», un diario de Madrid daba las defunciones como producidas por muerte natural. Por ejemplo:

«Ha fallecido en Madrid el ex redactor de *El Debate* y diputado de la CEDA, Bermúdez Cañete.»

Un periódico, al dar cuenta de la muerte del general López Ochoa, asesinado brutalmente en Carabanchel, decía haber fallecido «de antigua dolencia». El caos en torno a las informaciones de las muertes violentas producidas llegó a tal extremo que incluso se dio cuenta en letras de molde de la muerte de personas tan notorias como el futbolista Ricardo Zamora, el actor

FRENTE POPULAR
COMITÉ DEL ANTIGUO
SAN SEBASTIÁN

CERTIFICAMOS

Que el miliciano, compañero Julián [illegible]
de esta ciudad, habitante en la calle de [illegible]
núm. piso 3º, se encuentra prestando servicios a las órdenes de éste Comité del Barrio del Antiguo.
Y para que conste para los efectos oportunos, firmamos y sellamos en San Sebastián, a 24 de Agosto de 1936.

Por el Comité del Barrio,
[illegible]

(Arch. C. S. de Tejada.)

Una nueva burocracia, acorde con los tiempos de guerra, se improvisa en las dos Españas. Hacían falta papeles para todo. La guerra no disminuyó la pasión española por los carnés y el papeleo.

Rafael Rivelles, el torero Nicanor Villalta y el doctor Gómez Ulla, lo que dio pábulo para que en la otra zona se tomaran al pie de la letra estas informaciones y se les diera por muertos. Por el alma de Ricardo Zamora se dijeron unas misas en la iglesia de Santiago de Valladolid.

Nuevo estilo

EN el bando contrario, las únicas innovaciones en cuanto a usos y costumbres eran las que aportaba el nuevo estilo de la Falange. Era un estilo que quería energía, concisión, rudeza en todo tipo de relaciones. Se pretendía que los trámites fueran breves; las comunicaciones, lacónicas. Las recomendaciones debían ser suprimidas. En las dependencias oficiales campeaba un letrero que decía así: «Las recomendaciones son una ofensa para quien las recibe porque implican una duda en su recta manera de proceder.» Esto era muy difícil de evitar cuando abundaban «emboscados», «camuflados» o «enchufados».

El tuteo y el tratamiento de «camarada» que impuso el ritual falangista chocaron en el ánimo de las gentes de la derecha tradicional, que constituían el grueso de la retaguardia nacionalista. Personaje tan representativo de aquellos momentos como el presbítero Fermín Yzurdiaga, director del periódico *Arriba España* de Pamplona, se permitió tratar en público de camarada al general Orgaz, para sofoco del interesado y de bastantes de los asistentes al acto. Empero, frente al nuevo estilo en la prosa, en el trato y en el comportamiento preconizado por Falange, las medidas legislativas decretadas por la Junta de Defensa y la actuación gubernativa en general tendieron a una política reaccionaria, a la que no fue ajeno el espíritu imperante en las viejas ciudades castellanas, gallegas, leonesas y navarras, hasta el punto de que la decantación inicial hizo que la guerra civil quisiera plantearse por algunos exegetas como un enfrentamiento entre el agro y la urbe, entre la mística y la enciclopedia.

Frente a los desvaríos modernizantes, la España nacional habría de representar un rebrote de lo ascético.

Así, la acción de la Junta de Defensa marcó la pauta de lo que sería la legislación nacionalista, dedicándose, de entrada y preferentemente, a derogar todas las disposiciones republicanas sospechosas de liberalizantes.



(Brandeis University. USA.)

Cambios morales

No pequeña fue la acción emprendida por los gobernadores civiles en pro del mantenimiento de las buenas costumbres, llegándose a extremos grotescos en lo que respecta al estar en las playas y a las recomendaciones sobre el arreglo femenino. Las conminaciones a evitar el pintado de labios, al grado de ceñimiento de las ropas, al tamaño de los escotes y la largura de las faldas fueron frecuentes. Una consigna muy difundida en las columnas de la prensa nacionalista, decía: «Harás patria si haces costumbres sanas con tu vestir cristiano. Decídete, mujer.»

La Iglesia, por su parte, no era parca en terciar apocalípticamente en cuestiones de pudor, achacando la impudicia reinante a la influencia judeo-masónica, arteramente introducida gracias a la moda francesa. El obispo de Córdoba inició —según sus propias palabras— una «cruzada femenina de modestia y austeridad para poner dique al desbordamiento de la frivolidad en la mujer, eufemismo del que tanto se está abusando, por no decir claramente que se vive en increíble ambiente de paganismo y de irritante y procaz inmoralidad».

Aunque las palabras del prelado reflejaran una óptica extremada, era indudable que revelaban la existencia de un fenómeno perceptible en toda la zona nacionalista, cual era el cambio en el estilo de vida de la mujer aportado por la excepcionalidad de las circunstancias. La movilización femenina y su participación en Auxilio Social y en entidades de ayuda al frente, así como su prestación en los hospitales, arrancaron a la mujer de una vida casera y recatada cuya relación con el sexo opuesto mantenía un canon riguroso y provinciano. La sensación de precariedad de la vida y el gran movimiento transeúnte de la población masculina movilizada trajeron una comprensible conmoción, con deterioro de una moral pacata y tradicional.

La situación creada en muchos matrimonios jóvenes por la ausencia del marido movilizado y las viudedades producidas por la guerra dieron lugar, asimismo, a situaciones y actitudes de alterne que escandalizaron en momentos en los que la austeridad y el luto se imponían como respuesta a la tragedia. Pero la vida luchaba por sus fueros y aprovechaba todos los momentos propicios para ejercerlos. Uno de los más explotados era con ocasión de las manifestaciones jubilosas que se organizaban para celebrar la conquista de alguna ciudad por las tropas nacionales. Las gentes, reprimidas, se lanzaban a un jolgorio en el que entraban toda clase de arrebatos, lo que dio lugar a que, al convocarse al pueblo para sucesivas manifestaciones patrióticas, la autoridad hablara de tolerar solamente las expansiones «lícitas».

Como correlato lamentable a la tragedia bélico-civil, hubo otro fenómeno social que registró un considerable aumento, y fue la prostitución. Gran número de mujeres —viudas, hijas de fusilados, de desaparecidos o de encarcelados— se encontraron solas y abandonadas ante la vida. Y si muchas de ellas hallaron energía en sí mismas o ayudas para superar un crudelísimo trance, otras hubieron de sucumbir ante lo despiadado de las circunstancias, las cuales eran grandemente propicias para la crecida de un mundo prostibulario que era expansión buscada por el combatiente. El fenómeno llegó a hacerse preocupante debido a la irrupción de muchachas que hacían la carrera en zonas muy alejadas de los barrios de la tolerancia. Hubo autoridad en la zona nacionalista que llegó a prohibir «la exhibición por las vías públicas de las mujeres dedicadas al tráfico carnal». El fenómeno de la prostitución sobrevenida fue una de las más tristes consecuencias morales de la guerra civil.

Si en el lado de Franco abundaron las bodas coyuntu-


(Col. C. S. de Tejada.)

Como la miliciana de la página contigua y la esposa que dibuja Sáenz de Tejada, la guerra produjo cambios importantes en la mujer española. Al acabar ésta las aguas volvieron a su cauce.


(Col. Abella.)

En la España nacionalista se intentaba conservar a la mujer en el exclusivo ámbito del hogar, pero las necesidades de la guerra lo impedían. Muchachas postulantes en Salamanca.

rales, en el republicano proliferaron las uniones libres, aunque el matrimonio civil vio simplificados sus trámites, regularizándose los enlaces no sólo ante el juez correspondiente, sino ante un simple secretario de sindicato. Noticias como ésta, aparecida en el órgano confederal *Solidaridad Obrera,* eran frecuentes:
«Acta matrimonial. En la Secretaría del ramo de la Construcción de Barcelona, y ante la presencia de los compañeros Juan Martínez y Manuel López, contrajeron matrimonio el compañero Moisés Musquets y la compañera Pepita Munté. Lo que hacemos constar para satisfacción de los interesados.»
En el contexto creado por la aceptación de las uniones libres surgió la rehabilitación de las madres solteras, cuya condición fue dignificada y legitimados sus hijos. Otro empeño rehabilitador se orientó hacia una clase tan marginada cual era la de las prostitutas. El empeño fue patrocinado principalmente por los anarquistas. Su organización Mujeres Libres realizó una gran campaña, llamada «Liberatorios de prostitución», encaminada a hacer salir de los prostíbulos a las pupilas, exhortándoles a desarrollar sus valores humanos y su sentido de la responsabilidad frente a la maternidad o frente a la nueva sociedad que alumbraba, y en la que ya no tendría cabida la explotación de la miseria mediante la trata de blancas. Desgraciadamente, muchos de estos loables esfuerzos de dignificación, insertos en un puritanismo libertario que abominaba del bar y del burdel, cayeron en el vacío provocado por una situación en la que la conciencia de estar viviendo al día y en la ignorancia de un mañana incierto propendía a todos los relajos. Prueba de ello eran los alegatos que aparecían en los propios periódicos anarquistas, en los que se hablaba con indignación de que «los establos del amor estaban llenos de rebosante público», aludiendo a las mancebías del «barrio chino» barcelonés, donde milicianos con el pañuelo rojinegro abarrotaban los locales.

La infancia: víctima propiciatoria

OTRO grupo humano que se vería grandemente afectado en el discurrir de su vida diaria sería el de la infancia, tanto en un bando como en el otro, aunque la conmoción revistiera características muy distintas. En el bando sublevado fue el influjo moral de la guerra el que trascendió a las mentes infantiles. En el republicano, la influencia fue moral y material, dado el curso catastrófico que incidió sobre el vivir en toda la zona gubernamental.

Para los niños situados en la zona nacionalista, y dada la normalidad externa en que se desenvolvió la vida, el fenómeno bélico repercutió sobre ellos, imbuyéndoles tempranamente del gran debate patriótico en el que se veían envueltos por sus mayores. El uso de uniformes militares como honroso disfraz, la recluta para las organizaciones pueriles —flechas falangistas y pelayos tradicionalistas—, militarizó a una infancia a la que se quería inculcar, desde la más tierna edad, la devoción a unas constantes históricas y a unos valores eternos, perennes en nuestra historia y en el mismo ser hispánico. Incluso muchos hijos de fusilados eran inscritos por sus familiares en las organizaciones juveniles, decisión que podía hacer creer en un sublime gesto superador de terribles pruebas, pero que también descubría la necesidad de llevar a cabo un acto que ahuyentara riesgos de persecución póstuma.

En una retaguardia tan poseída por el espíritu militar como la nacionalista, el fenómeno de la guerra llegaba hasta la infancia, ilusionándola hacia el uso y manejo de armas de juguete («Fusiles especiales para flechas con bayoneta desmontable», rezaban unos anuncios muy significativos) y también empujándola al juego de los desfiles y al de la guerra, donde los que hacían de rojos solían llevar la peor parte. Pero había algo más lamentable: los niños jugaban también a los fusilamientos, donde uno de los jugadores hacía de rojo y el resto del grupo se integraba en el piquete que había de mimar la ejecución, con descarga simulada y desplome del ejecutado [2].

Pese a todo, la época de la guerra para los niños a quienes les tocó pasarla en zona nacional disfrutando de una tranquilidad exenta de bombardeos y sin riesgos de evacuaciones forzadas, constituyó un período excepcional y casi gozoso, pues ante una instancia tan superior como era el estar en guerra, todo lo demás —estudios, notas, la misma asistencia a las clases— se minimizaba, y más viviendo en un clima de euforia victoriosa que celebraba cualquier fasto bélico o patriótico decretando un día festivo. Para los adolescentes, dejando aparte los que, estimulados por el clima bélico y el culto al heroísmo que tanto se fomentó, se fueron voluntarios, quedaron los otros, los que veían

[2] En el libro *El abrazo de los muertos*, del nacionalista vasco, movilizado por los franquistas, José de Arteche, nobilísimo testimonio humano que constituye una de las obras más importantes sobre la guerra civil, el autor cuenta un «fusilamiento» llevado a cabo por unos niños, en el que no falta ni la apelación a la última voluntad del condenado hecha por el jefe del piquete. El infantil reo, al ser preguntado sobre cuál era su último deseo antes de morir, contestó con encantadora convicción: «¡Una bicicleta!»


(Arch. C. S. de Tejada.)


(Arch. C. S. de Tejada.)

Uniformes oficiales para flechas de primer y segundo grados. El espíritu militar llegó también a la retaguardia, pero con el paso del tiempo los uniformes para niños se mantuvieron sólo en actos oficiales.



(Col. Abella.)

Jura de bandera de los nuevos alféreces de Intendencia en Burgos. Fue corriente disfrazar a los niños de soldados.

cernirse día tras día la amenaza de la llamada de su reemplazo, que era inquietud para ellos y tortura para sus madres, asustadas ante la siembra de lutos que el curso de la contienda iba distribuyendo entre las familias.

Hubo otros niños a quienes la guerra ofreció su rostro más triste: fueron los hijos de los fusilados, a muchos de los cuales se tuvo que dar cabida en orfanatos o protección en Auxilio Social. Para ellos la guerra dejó una huella indeleble que no pudo ser borrada por las iniciativas prohijadoras de ciertas personalidades que se prestaron a apadrinar huerfanitos. El comentario que brotaba al saberse que el marqués de Villapesadilla había apadrinado a los hijos de unos fusilados en Cádiz era «que más valía ejecutar a menos padres para así no tener que prohijar luego a sus hijos».

Frente a la estabilidad que ofreció la zona nacionalista, la zona republicana se vio azotada por una sucesión de desastres de los que fueron primeras y principales víctimas los niños. Si en los primeros tiempos los hijos del proletariado experimentaron, entre himnos y cánticos revolucionarios, el tránsito hacia una sociedad menos clasista y se sintieron partícipes y beneficiarios de una conmoción social, muy pronto los efectos de la guerra se dejaron sentir cruelmente. La sensación de liberación que trajo aparejada la revolución se vio sometida a unas pruebas que si en la mente infantil se revestían con los trazos excitantes de la aventura, en el fondo constituían una de las mayores tragedias de la guerra. Estas pruebas fueron los riesgos de bombardeos sobre la población civil y el trasiego impuesto por las evacuaciones que las consecutivas pérdidas de terreno sufridas por la República obligaban a realizar, abarcando a ciudades y comarcas enteras, y en las que era primordial preocupación poner a salvo a criaturas indefensas.

Ya en el verano de 1936, niños de Andalucía, de Extremadura y de Castilla iniciaron con sus familias el primero de los éxodos hacia Madrid. Después, al llegar el ataque a la capital, fue atención primerísima el envío a Cataluña y a Levante de los niños madrileños, a los que se unieron aquellos primeros evacuados del Sur. Allí, en Levante y en Cataluña, hubo que adecuar refugios, guarderías, residencias, granjas, escuelas donde albergar a unas criaturas separadas de sus padres. A los cuatro meses de la evacuación de Madrid se produjo el espantoso éxodo de la población malagueña, bajo el fuego de los nacionalistas desde el mar y el aire. Tierras almerienses y murcianas se vieron invadidas por familias enteras, preocupadas ante todo por dar cobijo a sus vástagos. Después les tocó el



(Brandeis University. USA.)



(Brandeis University, USA.)

¿Adónde lleva este hombre al muchacho? Combatientes de dieciséis años eran frecuentes en los dos bandos. La infancia perdió doblemente la guerra. Los niños de la fotografía de abajo entenderían bastante poco de lo que estaba pasando.

turno a los niños vascos, montañeses y asturianos, y con ellos se inició el envío al extranjero de unos infantes traumatizados por las bombas y en peligro de desnutrición por el bloqueo. Fueron las expediciones a Inglaterra, Francia, Bélgica, Holanda y la URSS. Familias separadas e hijos en ignorado paradero produjeron un terrible desgarrón sentimental, porque para las familias que se vieron alejadas de sus hijos no bastó el saber que éstos estaban a salvo del miedo a la aviación y de la tortura del hambre.

Unos meses más tarde, al llegar la guerra a tierras de Aragón, se produjo un nuevo éxodo hacia comarcas catalanas. A mediados de 1938, una serie de colonias en Bétera, Novelda, Paterna, El Perelló, Salou, Manresa, Manlleu, Tossa, Figueras y otros muchos lugares más, eran testigos de la dispersión de una infancia, víctima propiciatoria de la inconsciencia de sus mayores, incapaces de medir el atroz alcance de una guerra civil. Para los que fueron enviados al extranjero —desde puertos mediterráneos hubo más expediciones a México y a la URSS—, el extrañamiento marcó sus vidas hasta el punto de que algunos no volvieron a su patria y otros lo hicieron cuando ya eran hombres. Al producirse la ofensiva sobre Cataluña, colonias enteras de niños evacuados sufrieron las brutales penalidades de la huida final hacia la frontera. Y a estas colectividades de desarraigados se unieron los que con sus familias emprendieron también el camino del exilio. La tragedia final de la República no pudo tener imagen más expresiva que la de los niños ateridos de frío caminando por senderos nevados o llevados en brazos por sus padres, alcanzando los pasos pirenaicos huyendo de las bombas y la invasión.

Para todas las criaturas que de una u otra manera vivieron la guerra asociando su suerte a la de la República, la vida les ofreció su dura faz. Ante las penalidades, los niños se convirtieron en colaboradores de sus familias en la búsqueda de alimentos, viajando a los pueblos, haciendo colas interminables, desafiando el frío y la lluvia. Los niños cooperaban en invierno en la recogida de leña con que calentarse, y muchos fueron apoyo imprescindible para madres cuyos maridos muertos, desaparecidos o encarcelados habían creado un vacío doloroso. Hubo también otras criaturas que, a pesar del esfuerzo hecho por el gobierno republicano por proteger a la infancia y ponerla a salvo de las

bombas y de la enfermedad, se encontraron abandonadas por sus padres, víctimas de la guerra o desaparecidos en el tumulto de una evacuación. Eran las que vivían a salto de mata, jugaban a la guerra entre los derribos de su vivienda y hacían de ladronzuelos aprovechándose de las casas deshabitadas, para vender después en el mercado negro el producto de sus raterías. Toda una infancia abandonada, temerosa y desnutrida fue la auténtica y gran perdedora de la guerra civil española. Una guerra que muchos habían vivido como pioneros, politizados tempranamente por el comunismo, pese a la oposición de los libertarios, para quienes el adoctrinamiento y la uniformización eran ortopedias que se oponían al desarrollo libre y sin trabas de la incipiente, moldeable y dúctil personalidad del niño. Un cartel muy expresivo, de inspiración anarquista, definía este cuidado por preservar a las personalidades en flor: «¡No envenenéis a la infancia!», era la sentencia que pretendía alejar de la puericia a un precoz recluta hacia el campo discutible y opinable de las ideas políticas.

Los refugiados

HEMOS mencionado el drama de los refugiados como protagonista de uno de los hechos más patéticos de la guerra: el tener que abandonar el hogar y el terruño para, con sus más elementales enseres, huir hacia lugares más seguros. El problema de los refugiados fue uno de los más graves a los que tuvo que hacer frente la República, agobiada por sus pérdidas territoriales. El alojamiento de familias enteras, su adaptación a un ambiente y a unas localidades distintos de lo que había sido hasta entonces su entorno habitual, dio lugar a un gran trasvase que agravaba las difíciles circunstancias de habitabilidad que se abatieron sobre la zona republicana. La ocupación de pisos abandonados o la adecuación de albergues no podían, en muchos casos, paliar las dificultades de alojamiento de familias enteras. Por otra parte, los extravíos de personas, perdidas en el maremágnum de las evacuaciones bajo el fuego de la artillería o de la aviación, daban lugar después a una búsqueda afanosa, cuya ma-


(Mas.)

Los ojos alucinados de esta anónima mujer refugiada en las rejas de la catedral de Málaga ilustran la pesadilla que miles de españoles tuvieron que soportar.

nifestación más palmaria se encontraba en los anuncios que aparecían en los periódicos inquiriendo el paradero de personas desaparecidas. Hacia finales de 1938 era posible detectar, por el origen de las personas buscadas en los anuncios, la envergadura de una diáspora que había arrancado de sus hogares a gentes de los cuatro puntos cardinales de nuestra geografía.

Esta emigración brutal dio lugar a uno de los más humanitarios despliegues de solidaridad por parte de las regiones receptoras. Las apelaciones a prestar ayuda y acogida a quienes lo habían perdido todo, las llamadas al buen corazón de las gentes, tan patentes en la prensa republicana, despertaron un movimiento de fraternidad que fue uno de los más nobles hechos registrados en una colectividad puesta ante las más duras pruebas.

Muy otro fue el perfil que ofreció el fenómeno de los refugiados en la zona rebelde. La figura del fugitivo que llegaba por la frontera de Irún se producía en forma individual o, a lo sumo, en pequeños grupos que se iban haciendo más nutridos a medida que avanzaba el curso de la guerra. Los recién llegados arribaban dejando atrás la aventura que había sido su evasión de la zona republicana. Estos provenían de evacuaciones, después de haberse escondido en alguna legación o huido por los pasos pirenaicos, donde un servicio de guías, a cambio de un pago en buen dinero, conducían a los fugitivos hasta tierra francesa. Los que entraban eran objeto de una severa investigación policial respecto a sus antecedentes, motivaciones y actuación en la zona republicana hasta el momento de su escapatoria. Del interrogatorio a que se sometía al prófugo, destacaba la siguiente pregunta: «¿Por qué no se pasó antes?», lo que llenaba de asombro al interrogado, ya que sólo él sabía el riesgo corrido y las angustias pasadas hasta conseguir escapar de la zona indeseada. En general, la recepción que se brindaba a los pasados era fría y reservada, sufriendo más de uno una cruel decepción al ver la forma como era tratado; él, que esperaba se le recibiera con los brazos abiertos y las felicitaciones prontas por su audacia. La reserva nacionalista apuntaba a considerar a todo evadido, o como un espía o como un oportunista que aspiraba a cambiar de bando para situarse en el que se presumía como vencedor. Todo el que llegaba precisaba de unos avales, y se le retenía en unos refugios destinados al efecto, hasta tanto llegaban las garantías. La peripecia de los evadidos se hizo tan tópica a fuerza de ser —en algunos casos— tan imaginativa, que ante la presencia de alguno deseoso de narrar prolijamente su odisea, muchos bromistas le atajaban alzando su solapa y mostrando un botón en el que se leía: «No me cuente usted su caso.»

Logrados los avales y las ayudas económicas precisas, los refugiados buscaban acomodo en las ciudades de la retaguardia nacional. Los que querían estar cerca de los centros de poder, se iban a Salamanca o a Burgos. Los emprendedores que pretendían poner en marcha una industria con que subvenir a las deficiencias en algún artículo que padecía la zona nacional, marchaban a Sevilla, donde Queipo de Llano, convertido en virrey de Andalucía, estimulaba el montaje de factorías que industrializaran la provincia que él tan increíblemente había decantado del lado de la sublevación. Los ansiosos de pasarlo lo mejor posible en la espera de la liberación de su ciudad, se instalaban en San Sebastián, que en aquellos años alcanzó un nivel de vida brillante, animado y frívolo, siendo por esta causa la meca de rentistas y permisionarios.

La masa de refugiados dio a las ciudades de su ubicación unas características propias, acusadas en la presencia de aquella gran población flotante que llenaba hoteles, pensiones y casas particulares; que atiborraba los bares a la hora vespertina, engrosando la categoría de los estrategas de café, para quienes el objetivo primordial del bando franquista debía ser la reconquista de su ciudad y de sus propiedades, y que tronaba



(Serv. Histórico Militar.)

Los refugiados se guarecían en cualquier parte donde hubiera sitio. El que quería librarse del frente tenía que urdir mil triquiñuelas que no siempre daban resultado.

cuando, al oír el parte de guerra, se enteraba que la aviación nacional había bombardeado los objetivos militares de la localidad donde el huido tenía bienes inmuebles. La tipología de estos refugiados —que se agrupaban con los de su misma provincia sorprendidos fuera de ella al comienzo de la guerra— era varia, y no fueron pocos los que fingieron un *status* que no tenían y un estado civil distinto, aduciendo tener documentos y expedientes en «zona no liberada». Muchos de ellos atravesaron aquella etapa mediante lo que se llamó «créditos faciales», es decir, créditos otorgados gracias al rostro del solicitante que se decía «poseedor de fincas ocupadas por los rojos» o «dueño de industrias incautadas por la revolución». Todo lo cual hacían constar en la declaración jurada extendida, trámite que se exigía indispensablemente para cualquier descargo o acreditación ante las autoridades nacionalistas.

Cambiar de chaqueta

HABÍA otra clase de «pasados»: los que se arriesgaban a correr la tremenda aventura de cambiar de bando por la línea del frente. La movilización forzosa impuesta por la guerra total llevó a primera línea a hombres cuya repugnancia a disparar contra el otro bando era manifiesta. Su deseo era estar combatiendo con los que se encontraban en la trinchera de enfrente. Y así, su pensamiento se haría obsesivo, madurando la manera de poder dar el arriesgado paso de franquear las líneas y unirse a los de su predilección. Había otros que también querían pasarse, aunque en su caso no era una cuestión de ideologías. Eran los que se habían encontrado metidos en la guerra quedando su tierra, su casa y su familia en el bando enemigo. El «tirón» familiar y la llamada del terruño eran demasiado fuertes como para poder resistir. Y así se

Soldados del ejército faccioso

¿Por qué no os dan el texto íntegro del discurso pronunciado el 19 de abril en Burgos por Yagüe?

En ese discurso Yagüe dice que ***los españoles deberán unirse contra el enemigo común.***

¿Sabéis cuál es el enemigo común? 24

Los italianos y los alemanes que vienen a hacer de España una colonia, colonia suya. A quedarse con nuestras tierras, a llevarse nuestras riquezas.

En ese discurso Yagüe pedía la libertad para los falangistas encarcelados.

¿Por qué están presos esos falangistas? ¿Por qué han sido fusilados muchos otros?

Porque han visto claro que fueron engañados. Que lo más podrido de España ha provocado una guerra terrible para que nos matemos entre españoles, en beneficio de Italia y de Alemania.

Falangistas, soldados españoles del ejército faccioso

La República representa hoy la voluntad de millones y millones de españo-

(Serv. Histórico Militar.)

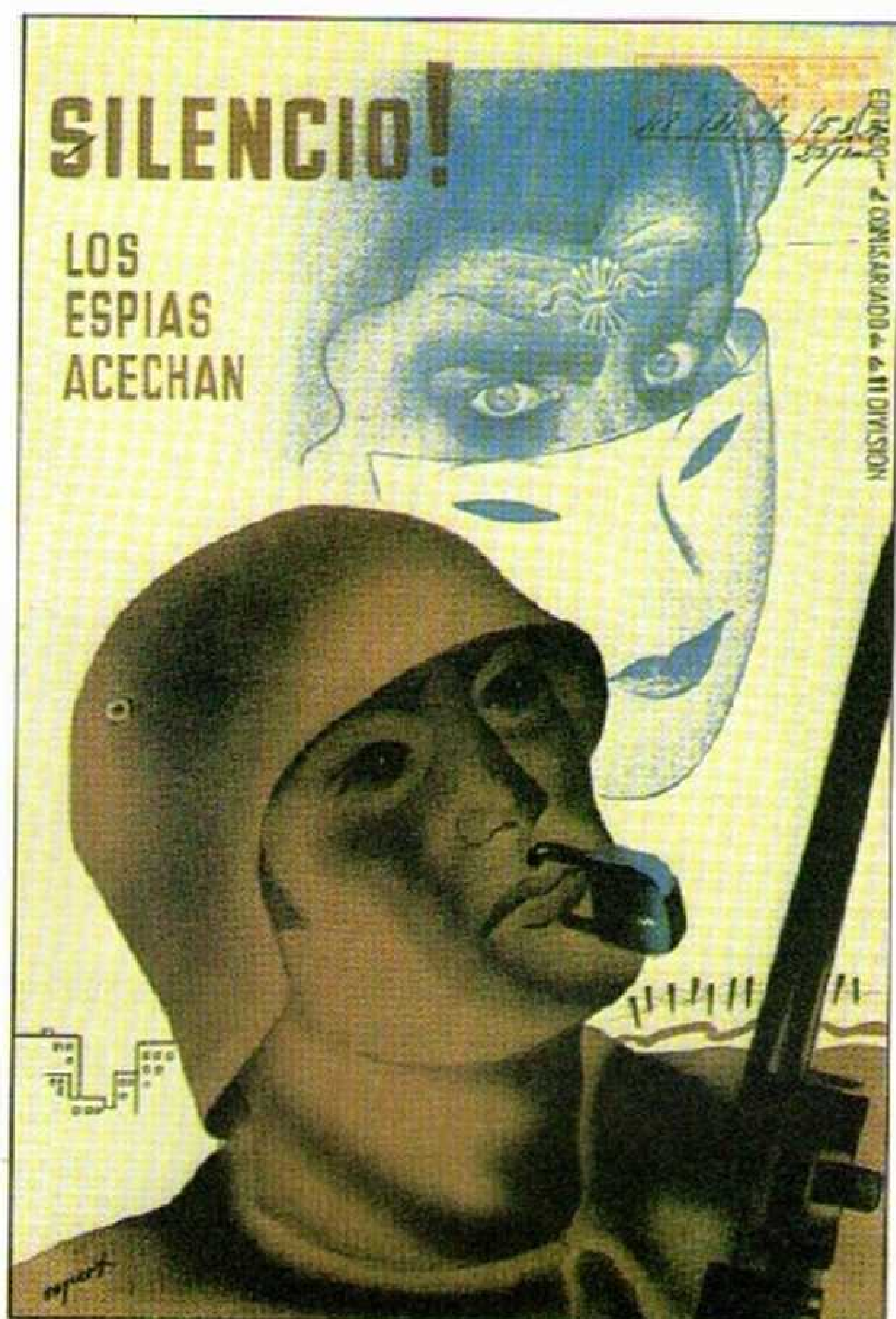
No todos los combatientes de un bando estaban de acuerdo con él. Los servicios de propaganda hacen todo lo posible para que los disconformes se «pasen». Y emplean todos los medios.

dio el caso de que, unos por una razón y otros por otra, intentaron el decisivo paso, con suerte varia. El fracaso representaba ser puesto ante el pelotón de fusilamiento. Pero tampoco el alcanzar el ansiado pase era garantía de seguridad. Los que se pasaban a los nacionales debían tener buen cuidado de no caer en manos marroquíes. Su suerte era harto insegura, ya que para los moros todo el que venía del otro lado era rojo. No fueron pocos los desgraciados que, conseguido su objetivo, eran llevados detrás de unos matorrales y ejecutados sumariamente a pesar de sus desesperadas protestas. A veces, el pasarse después de un duro combate hacía también hipotética la suerte. Las bajas sufridas hacían vengativo al combatiente. Si se salía bien del trance, quedaba la investigación.

En general, los republicanos acogían con menos reservas al soldadito que se pasaba, entendiendo que la humildad de su origen era razón sobrada para estar del lado de la causa popular. Los nacionales, poseídos de una determinada desconfianza hacia todo recién llegado, eran más cautelosos, y si las unidades receptoras prestaban buena acogida, después venían los elementos del servicio de información, que no se fiaban de nadie, y, como en el caso de los pasos fronterizos, se requerían avales para que el huido no fuera a parar a un batallón de trabajadores. Muchos, llenos de ardor patriótico, se pasaron jugándose la vida y, al no encontrar quien respondiera por ellos, fueron a parar al mismo destino que sufrían los prisioneros. Los que eran avalados, si su quinta estaba movilizada en la zona nacional, se incorporaban a unidades combatientes. La demanda de informes llegaba hasta los lugares de nacimiento. Y si estaban en zona roja, había que esperar hasta la liberación para aclararse respecto a la personalidad y antecedentes del pasado. La criba entre las dos Españas abarcó a todos sus habitantes.

Huéspedes forzados

Se ha mencionado el refugio de las embajadas como uno de los puntos de origen en la procedencia de los refugiados. Efectivamente, uno de los episodios más angustiosos en cuanto a las características que revistió la vida cotidiana fue el vivido por los que buscaron asilo en las representaciones diplomáticas de la capital de España. Fue hacia finales del verano de 1936 cuando muchas personas en peligro se acogieron al derecho de extraterritorialidad ejercido por diversas embajadas europeas y americanas. El cariz de la guerra, con las columnas marroquíes avanzando sobre Madrid, facilitó la acogida, en la confianza de que la próxima caída de la capital en manos nacionales resolvería a corto plazo la situación de los amparados bajo pabellones extranjeros. Ello hizo que el número de asilados aumentara extraordinariamente, en la creencia de que el encierro duraría poco tiempo. Así, en vísperas del ataque a Madrid, los refugiados, de ser unos pocos invitados, se convirtieron en una verdadera colonia alojada en condiciones de auténtica emergencia. Familias enteras, matrimonios y personas aisladas ocupaban todas las habitaciones disponibles durmiendo en el suelo, con la esperanza puesta en una rápida solución, apenas se produjera la conquista de la ciudad. La defensa de Madrid, proporcionándole un nuevo giro a la guerra, convirtió la situación de los refu-



Desde el aficionado hasta el profesional, pasando por complicadas redes de información, el espionaje se nutre de desafectos, oportunistas y encubiertos.

(Serv. Histórico Militar.)

giados en un auténtico problema diplomático y humano. Ante la perspectiva de una duración indefinida del encierro, las siete mil y pico de personas que en el invierno de 1936-37 se encontraron encerradas en los locales de las legaciones y anexos empezaron a sufrir las torturas de la incomunicación y los tormentos de una convivencia forzada y en la mayor estrechez con las mismas personas. El hacinamiento hacía peligrar las condiciones higiénicas, el riesgo latente se convertía en neurosis y la reducción de los aprovisionamientos engendraba brutales envidias y feroces odios hacia

aquellos que tenían algún privilegio. La escasez de tabaco creaba demenciales desequilibrios.
De este modo, enclaustrados, hechos a una rutina que ya había olvidado el riesgo atravesado y se convertía en desesperación al tener conciencia de estar pasando el tiempo en la más absoluta inanidad, los refugiados vivían pendientes del parte de guerra nacional, conversaban inacabablemente y discutían otro tanto. La lectura agotaba todos los libros disponibles, y los juegos aburrían, a fuerza de tener los mismos oponentes. Aquel mundo cerrado tenía su gran momento de ansiedad. Era cuando se procedía a confeccionar las listas de evacuación, cuando llegaba el momento temido y ansiado de jugársela, saliendo de la legación para ser llevado a embarcar. Era la cercanía de la salvación definitiva, después de correr el grave riesgo de ser descubierta la falsedad de su pasaporte. Los que se veían obligados a esperar otra oportunidad quedaban hundidos, encerrados en un universo sartriano, a puerta cerrada, y así durante meses y algunos durante años. En esta convivencia obligada, con las sensibilidades a punto de crispación y los estados anímicos saltando de la euforia al hundimiento, el grupo humano de los asilados descubrió todos esos extremos de nobleza y de abyección, de egoísmo y de abnegación, en los que la naturaleza humana puede caer ante una situación límite. Su vida cotidiana era una constante pesadilla, pero no fue sino una variante de las muchas que se vivieron durante la guerra fratricida, porque estaba también la legión de encarcelados que en uno y otro bando atiborraban las cárceles.
Los presos en la zona nacionalista se distribuían en las cárceles de Pamplona, Zamora, La Coruña, Sevilla, en los penales de El Puerto de Santa María, de Burgos, o en el famoso Fuerte de San Cristóbal, en Navarra, donde según narró Alcázar de Velasco, testigo presencial de los hechos [3], se practicó hasta el canibalismo y se fraguó la más gigantesca fuga de nuestra historia carcelaria. Para los presos políticos en territorio de Franco, el íntimo alivio de haber salvado la vida se aferraba a la quimérica esperanza de una victoria republicana que los liberase. Era una esperanza que se iba consumiendo poco a poco a medida que pasaba el tiempo, entre la desesperación, el hambre, las privaciones y el sobresalto continuo del cumplimiento de las sentencias con la entrada en capilla de los reos con quienes se había estado conviviendo día tras día.
Y estaban también los campos de concentración, adonde iban a parar prisioneros y los ya citados pasados sin aval —en Pinos Puente, en Nanclares de Oca, en Muros, en Miranda, en San Gregorio, de Zaragoza, o San Marcos, en León—, donde una multitud de existencias jóvenes veían pasar los días malcomidos y maltratados, purgando unas penas derivadas generalmente del fortuito hecho de haberles sorprendido la guerra en terreno de la República y haberse visto obligados a servir en sus filas. Poco a poco se irían formando con ellos los batallones de trabajadores, donde un régimen de trabajos forzados los hacía culpables de las destrucciones producidas por la guerra, encargándoles su reconstrucción.
En la zona republicana, como es obvio, también los establecimientos carcelarios estaban repletos. Ante la terrible inseguridad de los primeros tiempos, muchos se alegraban de ser detenidos, en la creencia de que entre rejas estarían más seguros que en un domicilio particular, del que los podían arrancar de madrugada para darles «el paseo». Después, como se demostraría en los execrables episodios de la Cárcel Modelo de Madrid y, más tarde, en los casos de Jaén y de Paracuellos, se comprobó que las prisiones tampoco eran lugar seguro ante situaciones de histeria colectiva. Entrados en el año 1937, la protección a los presos se incrementó, y ciertamente hubo bastantes que debieron su vida a haber quedado perdido su rastro en el anonimato de la población penal. Chinchilla, Ocaña, San Miguel de los Reyes, Cartagena, Barcelona y otros muchos establecimientos penitenciarios albergaron una multitud reclusa que, a diferencia de la republicana, alimentaba unas esperanzas crecientes de ver el sol de la liberación, a medida que transcurría el tiempo, al conocimiento furtivo de los avances nacionales.
Fue en esta zona, y a iniciativa de García Oliver, donde se implantó el rescate de las penas mediante el trabajo. En Totana, Falset, Albatera y otros lugares se crearon campos de trabajo en cuya entrada figuraba un letrero que decía: «Trabaja y no pierdas la esperanza», aunque en este caso la esperanza de los forzados era ver llegar las tropas de Franco, como así sucedió, después de unos internamientos donde la penuria alimentaria que azotaba la zona republicana tenía su más alta manifestación sobre la población reclusa. Los presos fueron alcanzando su liberación al compás de los progresos de las tropas. La victoria los dignificó con la condición de «ex cautivos por Dios y por España». Para los presos republicanos, la última esperanza se cifró en que al término de la guerra habría una amnistía general. Su esperanza fue vana, porque la victoria no hizo más que aumentar colosalmente la población penal, tras el desplome republicano.

Los topos

Y quedó otra vida cotidiana que casi no fue vida: la de los escondidos, que, ante el terror desatado en las dos zonas, buscaron la salvación emparedándose, escondiéndose en leñeras, en desvanes, en los escondrijos más inverosímiles. Republicanos, so-

[3] Véase Angel Alcázar de Velasco, *La gran fuga*, Barcelona, 1977.



(Efe.)

Este hombre, Manuel Piosa Rosado, de Palos de Moguer (Huelva), vivió hasta 1969 encerrado en una cueva. Su horror particular duró treinta y tres años. Los llamados «topos» fueron muy numerosos en toda la geografía española.

cialistas o comunistas sorprendidos en zona nacional o huidos al término de la guerra; curas, monárquicos o derechistas caídos en la otra zona, de todo hubo entre los que, presos del pánico que inspiraban unas circunstancias inhumanas, decidieron desaparecer como única esperanza de conservar la vida. En el curso de la guerra, y a medida que las tropas de Franco entraban en pueblos y ciudades, fueron saliendo hombres ocultos —barbudos, escuálidos, irreconocibles—, que debían su salvación a haber hecho correr la voz de su desaparición o de su huida, para desalentar a sus perseguidores. Eran sus historias unas historias de miedo, pero también de abnegación por parte de quienes los escondieron y los ampararon, alimentándolos y despistando búsquedas y registros.

Para los que se escondieron huyendo de la represión nacional, el fin de la guerra, con el rastro persecutorio y depurador que la siguió, no supuso ningún alivio a su condición. Y, perdidos por los más diversos villorrios de la geografía española, unos hombres asustados asumieron una vida infrahumana. Y así pasaron día tras día, negados a todas las alegrías de la vida. En el curso de los años que siguieron a la paz, en Sada, en Moguer, en Béjar, en San Fernando, en Rueda, en Cercedilla, fueron apareciendo hombres que se habían convertido en topos [4]. Algunos no lo hicieron hasta que en 1967 se decretó la cancelación de todos los presuntos delitos producidos durante la guerra civil. Otros, como el oculto de Cercedilla, no se atrevieron a hacerlo hasta que España dejó de ser franquista. La historia de los ocultos es una de las más punzantes y demostrativas de la saña persecutoria que se desató en la España de la guerra civil y del terror que la inspiró.

[4] Véase *Los topos*, de Jesús Torbado y Manuel Leguineche. Barcelona, 1977.



(Salmer.)

Dinero inservible

Sobre esta España dividida en dos parcelas tan antagónicas, que eran como el sol y la sombra en que se divide el ruedo ibérico, cayeron por igual esas plagas que se derivan del egoísmo y de la codicia humana y que se manifiestan en todas las circunstancias excepcionales, cuales son la especulación y el agiotismo. Uno de los primeros síntomas —en ambas zonas— fue la progresiva desaparición de las monedas de plata. Primero fueron los «duros» y después las piezas de dos cincuenta, de peseta y de cincuenta céntimos, que antes de la conflagración eran de curso ordinario. En la zona gubernamental, la plata había dejado de circular a finales del verano de 1936. Poco después ocurrió lo mismo con el cobre, aquellas perras gordas y perras chicas cuyo poder adquisitivo cubría las pequeñas necesidades cotidianas de trans-

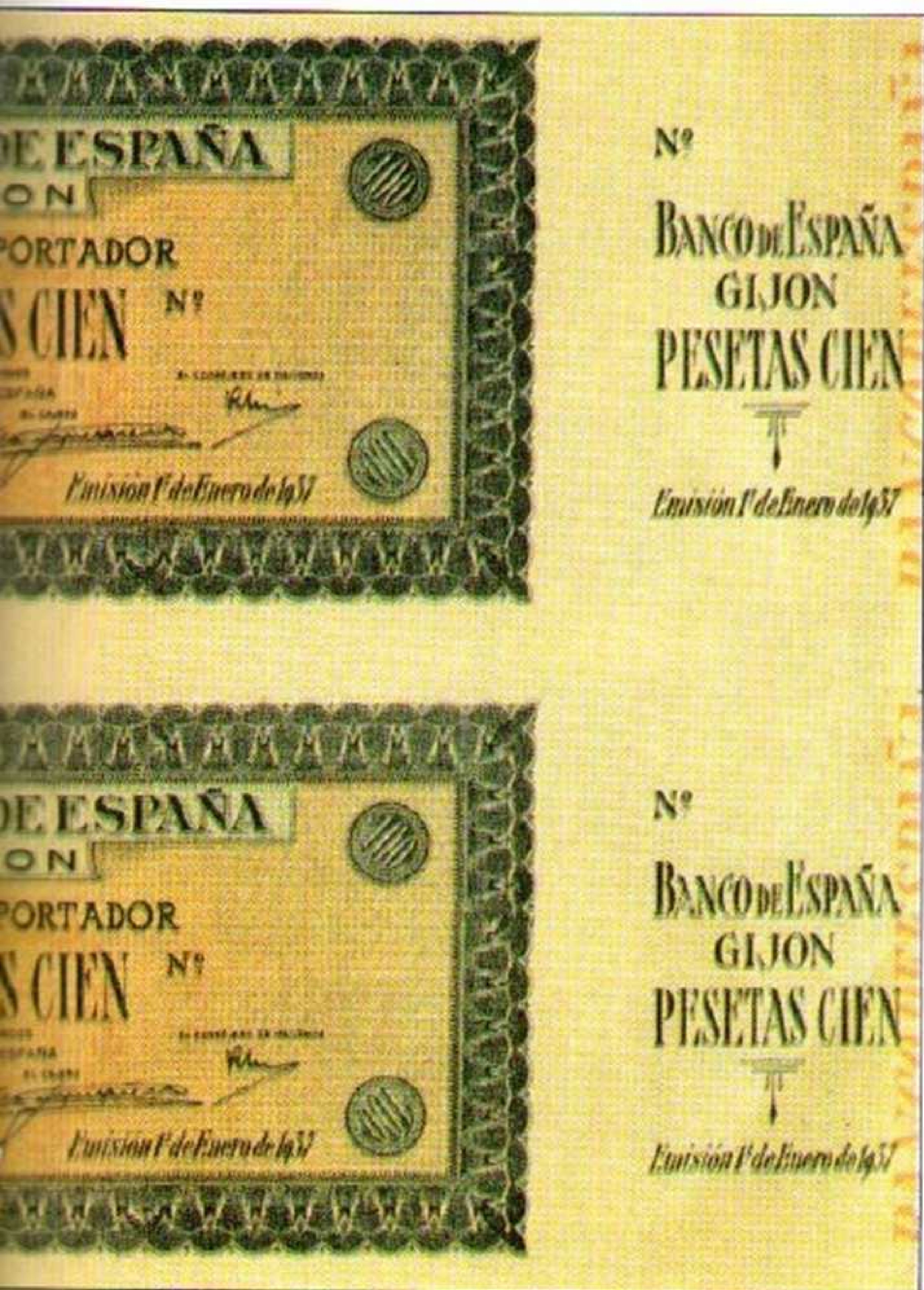


(Arch. C. S. de Tejada.)

En cualquier guerra la plata y el oro, acuñados o sin acuñar, valen
ciación monetaria no fue tan intensa como en la republicana. El t

porte, de alimentación o de diversión, cuando un trayecto tranviario costaba diez céntimos, un bocadillo cincuenta céntimos y un cine de reestreno setenta y cinco céntimos. Si la acción de los particulares, tanto en la zona republicana como en la nacional, se orientó al acaparamiento de la plata, la actuación de los comerciantes, en general, fue pareja en su empeño de sacar partido de la excepcionalidad de los momentos. Ante los riesgos de una escasez o de una desvalorización, los artículos empezaron a ocultarse para reaparecer después con el precio notablemente aumentado. El clamor de los perjudicados fue unánime. Las quejas se hicieron enérgicas y es difícil discernir, a través de la lectura de los periódicos de ambas zonas, a cuál de ellas pertenecen las conminaciones aparecidas en sus columnas:

«¡Denunciad a los acaparadores, a los que aumentan los precios!» (Prensa gubernamental.)



...ás que el papel moneda. En la zona nacional, no obstante, la depre... ...eque de productos se desarrolló.

«¡Guerra sin cuartel a agiotistas y logreros!» (Prensa nacional.)

El impacto que esto tuvo sobre la vida cotidiana fue enorme, sobre todo en la zona republicana. En la nacional, desaparecida la plata —que hacia el final de la guerra fue retirada oficialmente, so pretexto de ser objeto de una nueva acuñación, aunque jamás volvió a circular—, se procedió al estampillado de los billetes en circulación, a fin de refrendar su curso legal, lo que dio lugar a que ciertas gentes desconfiadas se negaran a admitirlos, incurriendo en graves sanciones. Más tarde se emitió papel moneda de peseta y de cinco pesetas, lo que, unido a la sana política económica del bando nacional, hizo que el dinero mantuviera un notable poder adquisitivo y no hubiera más problemas de circulante. Con todo, hacia las postrimerías de la guerra, la calderilla empezó a escasear. Y así se llegó a la desaparición definitiva de las monedas de cobre de cinco y diez céntimos, lo que obligó en muchos establecimientos a emplear los sellos de correos como medio de poder dar los cambios fraccionarios.

En cuanto a los abastecimientos, la situación de privilegio en que se encontró la España de Franco, al tener a su disposición zonas pesqueras, cerealistas y ganaderas, sin la servidumbre de tener que alimentar las grandes urbes que habían quedado del lado opuesto, permitió que la abundancia reinase en la retaguardia y que ésta se convirtiera en auténtico paraíso por la variedad y baratura de las subsistencias, tema que era objeto de asombro para los que llegaban del otro bando con el hambre reflejada en el rostro. Por otra parte, las enérgicas medidas tomadas para controlar la inflación y las amenazas lanzadas contra las subidas de precios evitaron un colapso económico, más de temer en una zona cuya carencia de reservas para respaldar la circulación fiduciaria era evidente.

Muy distinto fue lo sucedido en la zona gubernamental, donde la desaparición total de la moneda fraccionaria, la inflación galopante y la dispersión geográfica obligaron a la emisión de papel moneda a una escala demencial. La repercusión que esto supuso a nivel doméstico fue extraordinaria. Para paliar sus efectos, el gobierno de Madrid dispuso la acuñación de unas nuevas monedas de aleación constituida por cobre y latón, pero, entretanto no aparecían, las amas de casa y las gentes en general se veían ante el diario y temible conflicto de no poder, por falta de moneda fraccionaria, ir a la compra o abonar los servicios más elementales. Por otra parte, la dispersión geográfica hizo que el gobierno central se viera en la necesidad de autorizar a los gobiernos de Euzkadi y Cataluña y a los Consejos de Asturias y Santander para que resolvieran el problema a su manera, es decir, emitiendo billetes, prerrogativa que luego se hizo extensiva, en forma de vales con equivalencia dineraria, a municipios, sindicatos, cooperativas y empresas colectiviza-


(Camera Press.)

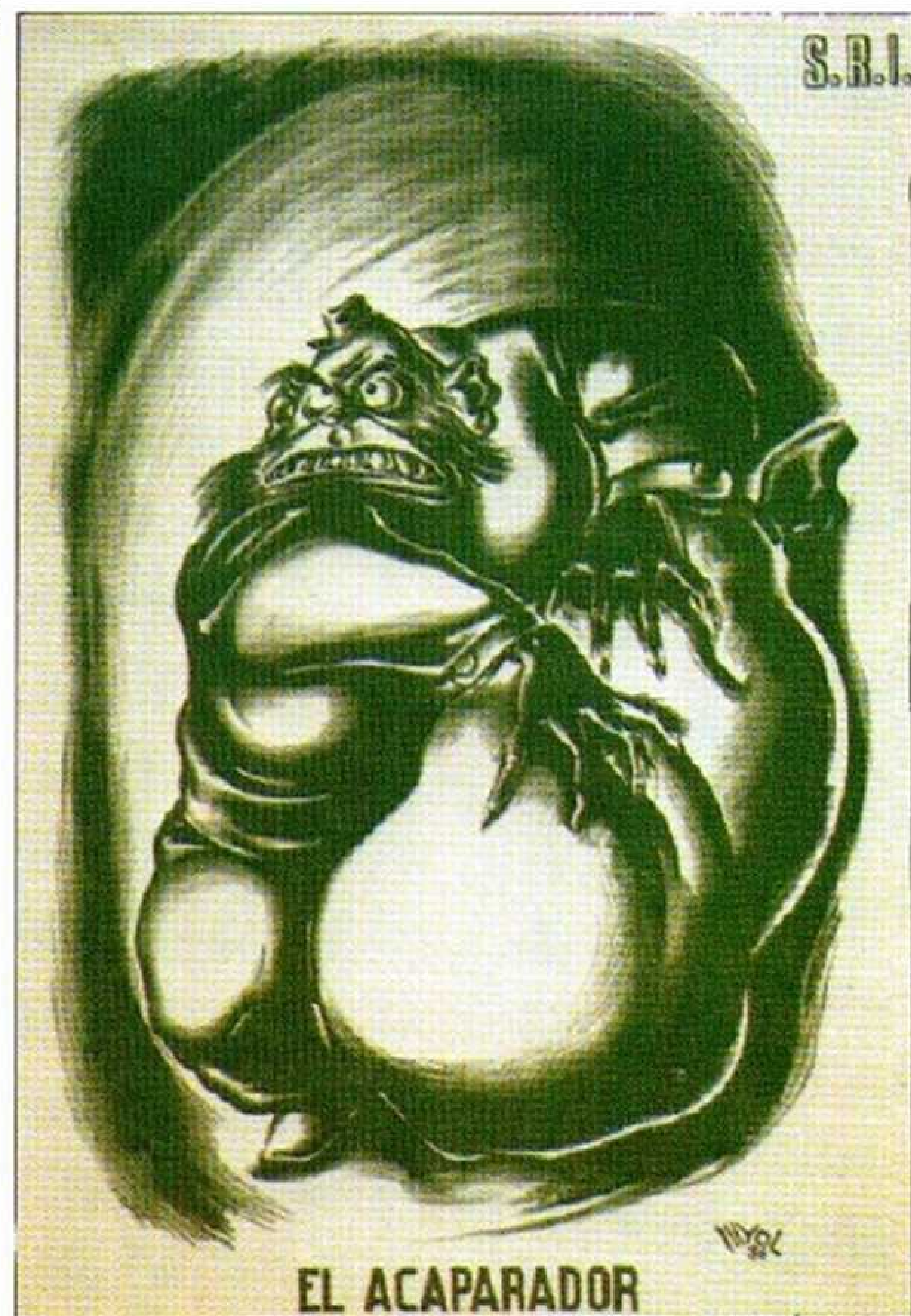
Los bombardeos continuados, el hambre y el riesgo físico convirtieron a la mujer del Madrid sitiado en una auténtica protagonista.

das. A lo largo de 1937, la zona gubernamental se convirtió en un increíble muestrario de billetes de la más varia procedencia y de piezas con valor monetario, construidas con los más raros materiales y de las más extrañas formas y apariencias. Gracias a esta proliferación, las gentes pudieron hacer frente a las enormes dificultades del vivir diario. Porque las nuevas pesetas acuñadas desaparecieron de la circulación apenas se les dio curso. A lo largo de 1938, el gobierno Negrín impuso una política de saneamiento que frenó la demencial emisión de monedas de plástico, de cartón o de hojalata llevada a cabo por los organismos más sorprendentes [5].

Pero los hechos que marcaron mayormente la vida cotidiana en la zona republicana fueron los bombardeos y el hambre. Esta última traería consigo la pérdida de la guerra, ante el peso de una retaguardia depauperada y hambrienta, cuyo único anhelo era la paz.

Hambre continuada

Ya en el mes de septiembre de 1936, Madrid empezó a registrar escasez de determinados alimentos. La carne y el pescado se hicieron raros. En noviembre fue Barcelona la que acusó faltas en el abastecimiento de algunos artículos, lo que ocasionó una oleada de críticas confederales contra el comunista Comorera, a cuyo cargo estaban los aprovisionamientos. Hasta ese momento, y por algún tiempo todavía, la región levantina fue la única que mantuvo una cierta normalidad. Al producirse el asedio a Madrid, las dificultades de vivir en la capital se hicieron agudísimas, estando sometida la población civil a un racionamiento severo e insuficiente. La vida en la capital sitiada convirtió a las mujeres en las heroínas del cerco. La ración de pan era de 300 gramos por persona, el azúcar sólo se vendía con receta, la carne y el pescado dejaron de existir. Iniciado el año 1937, las dificultades y las escaseces se extendieron a toda la zona republicana. El pan se redujo 100 gramos, la leche, la carne y el pescado desaparecieron y sólo era posible hallarlos a precio de mercado negro. La alimentación empezó a hacerse a base de verduras, hortalizas, tomates, boniatos, y, a medida que la situación fue empeorando, se pasó a ingerir las más variadas



(Arch. C. S. de Tejada.)

Siempre hay alguien que sale ganando de las guerras, que se aprovecha en beneficio propio de las angustias y necesidades de los demás.

[5] Véase el libro del autor *La vida cotidiana durante la guerra civil. La España republicana*, cap. XX, «El desconcierto económico», Barcelona, 1976.



(Ins. Municipal de Historia. Barcelona.)

Las patrullas de control han descubierto un depósito clandestino de alimentos. Aquel día algunas familias volverían a recordar viejos y casi olvidados sabores. La obsesión por conseguir víveres constituyó la principal preocupación de la población civil en la zona republicana durante la guerra.

semillas, pipas de girasol, chufas, etc. El logro del racionamiento requería la formación de largas colas, donde las mujeres, levantadas al alba para ocupar los primeros lugares, habían de arrostrar las inclemencias del tiempo y las alarmas provocadas por los ataques aéreos o los bombardeos marítimos, que los nacionales empezaron a intensificar a medida que su superioridad se hacía más evidente.

Cuando se llegó al segundo invierno de guerra, la existencia en el territorio que le quedaba a la República se hizo durísima. A la falta de víveres se unió la de carbón. El hambre y el frío atenazaron a una población progresivamente torturada y neurotizada por el temor a los bombardeos. El temple de las mujeres sobre las que descansaba el sostenimiento de los hogares se demostró en la lucha diaria por la búsqueda de alimento, aguantando todos los riesgos y todas las inclemencias. Las alarmas obligaban a pasar largas horas en los refugios, mientras que la escasez forzaba a recurrir a los más insólitos canales en busca de alimento. El ir a los pueblos era recurso al que había que apelar para no caer en la inanición. En ellos era posible encontrar provisiones que los campesinos ocultaban para venderlas a precio de estraperlo, lejos de toda intervención. Los obligados viajes para conseguir víveres eran una auténtica pesadilla, en trenes atiborrados y siempre temiendo la aparición de aviones enemigos. Sólo asumiendo estos riesgos era posible adquirir algo nutritivo, porque en el segundo año de guerra los habitantes de la zona republicana se alimentaban con lentejas, que eran la base del racionamiento, en tanto que el arroz y el aceite aparecían en exiguas cantidades. Las amas de casa tuvieron que recurrir a inimaginables aprovechamientos: las mondas de naranja, los cardos, las cáscaras de cacahuete, los tallos de remolacha, los tronchos de hortalizas. Las tortillas sin huevos, hechas con papilla de harina, y las chuletas sin carne, compuestas de puré de algarrobas, eran guisos que las madres de familia hubieron de ingeniarse para solucionar la cotidiana demanda de condumio.

Al llegarse al tercer invierno, la situación se hizo espantosa. Los envíos de entidades benéficas extranjeras —la Cruz Roja, los cuáqueros— eran tan sólo un paliativo que se aplicaba a remediar en lo posible el estado de la población infantil. Ante lo grave de una situación de falta de alimentos, de combustibles y hasta de prendas de abrigo, se produjo un llamamiento de las madres españolas a las madres del mundo, cuyo patético contenido exime de todo comentario. Decía así: «Hambre, frío, bombardeos, hogares deshechos. Este es el porvenir de nuestros hijos en el invierno que entra si vosotras no acudís en su auxilio.»

«¡Madres y mujeres del mundo! Cualquiera que sea vuestra ideología, cualquiera que sea el concepto, acertado o erróneo, de nuestra lucha, sed ante todo madres, y como tales escuchad este llamamiento que sale del corazón lacerado de las madres españolas que ven sufrir y morir a sus hijos...»

Interminables colas de gentes, escuálidas y macilentas, ante los transportes, los economatos y los comercios reflejaban la situación límite a la que había llegado una zona presa de la desnutrición y en la que las enfermedades carenciales y el parasitismo habían postrado a una humanidad que iba mal vestida, mal calzada, para quien la existencia se había convertido en una tortura y cuyo único deseo era llegar a ver el fin de la guerra.

Sin embargo, pese al cuadro siniestro que hemos delineado, o tal vez como compensación al mismo, el deseo de vivir y de divertirse estuvo siempre presente en la zona republicana, al igual que en la otra. Buena prueba de ello fue la frecuentación a espectáculos, la afluencia a cualquier esparcimiento que implicara el olvido de las penas y la evasión de las preocupaciones. El caso más revelador fue el ofrecido por Madrid. La capital de España sufrió los primeros meses del asedio en las más espantosas circunstancias. La población vivía hacinadamente en las estaciones del metropolitano, en los sótanos, en los bajos. Pero, poco a poco, la gente se habituó a las alarmas tanto como al artero tronar de los cañonazos. Con los primeros rayos de sol de la primavera de 1937, la capacidad de adaptación de los madrileños se manifestó asombrosamente. La ciudad se dividió en dos sectores: el que estaba al socaire de los proyectiles y el que estaba expuesto a ellos. Las gentes paseaban por la Gran Vía, ocupaban las terrazas de los cafés y entraban en los bares preferidos bajo un arco de sacos terreros. Al retumbar de los proyectiles se producía la desbandada. Después, al cesar de la artillería, se reemprendía la circulación. Igual sucedía con los espectáculos. La suspensión de las sesiones llegaba a provocar alborotos por parte de los que deseaban que la función siguiera su curso, indiferente a los riesgos. Y así hasta el final de la guerra.



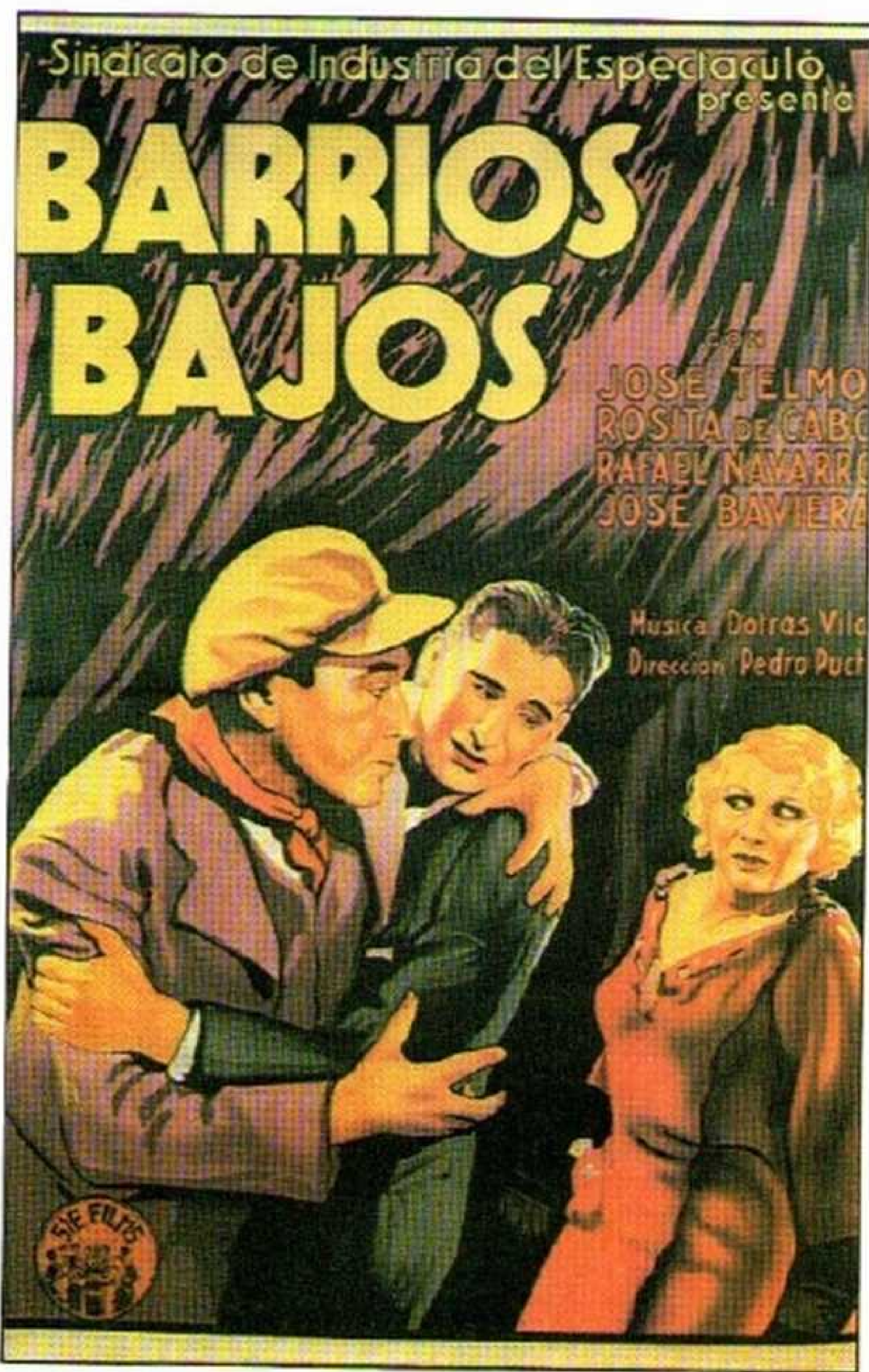
(Brandeis University, USA.)

El metro de Madrid y el de Barcelona son los más seguros, fáciles y accesibles refugios contra los bombardeos aéreos. Familias enteras con sus pertenencias vivaquean en su interior. Más tarde, cuando el peligro haya pasado, cada cual volverá a sus ocupaciones. Con frecuencia el metro se convertía en refugio permanente de evadidos de otras poblaciones.

Las diversiones: el cine

DADA su gran penetración en las clases populares, el espectáculo más concurrido fue el cine. En las dos zonas se proyectaban las mismas películas, ya que se trataba de filmes distribuidos para su visionado en todo el territorio nacional. Las carteleras anunciaban, como títulos más destacados, *Flor de arrabal*, *Cuando el diablo asoma*, *Sublime obsesión*, *Vivamos hoy*, *Sigamos la flota*, *Entre esposa y secretaria*, *La patrulla perdida*, *Casada por azar*, *Mares de China*. Era la gran época de la comedia americana, pero como el doblaje aún no había adquirido carta de naturaleza, las películas habladas en español tenían un público muy adicto, y, entre ellas, las de Imperio Argentina, sobre todo *Nobleza baturra* y *Morena Clara*, se pasaban con reiteración, quedando las canciones de estos filmes como fondo musical de toda una época que desembocó en la guerra civil. En la parte republicana, las películas del cantante Angelillo —muy adicto a la causa popular— atraían a un público muy numeroso, devoto del protagonista de *La hija de Juan Simón*.

La influencia de los países amigos de los dos bandos se hizo notar también en el aspecto cinematográfico. En el lado nacional se ofreció como novedad un lote de filmes alemanes, tales como *El soberano*, *La tumba india*, *Payasos* (ésta franco-alemana), mientras los italianos, por su parte, presentaban un cinema dedicado a cantar la gesta del imperio con *Centinelas de bronce*, *El escuadrón blanco* o la gran *machine* histórica tipo *Escipión el Africano*. Con ínfulas patrióticas y gran solemnidad se expuso y repuso en las salas nacionales un excelente filme francés, *La bandera*, de Duvivier, oportuno por tratarse de un canto a la legión. En el lado republicano, la ayuda soviética propició la exhibición de películas muy orientadas a fines proselitistas. *Tchapaiev*, *Los marinos de Kronstadt* y, sobre todo, *El acorazado Potemkin* fueron proyectadas en momentos cruciales del asedio a Madrid, contribuyendo a reforzar la moral de los defensores. Otras películas rusas proyectadas fueron *El camino de la vida*, *El carnet del Partido*, *La Patria os llama* y *Tres canciones sobre Lenin*. En aprovechamiento de las circunstancias clerófobas se proyectó un filme cuyo elocuente título era *Monja, casada, virgen y mártir*, de origen mexicano y tema inquisitorial, cuyo anuncio en las carteleras iba seguido de esta impagable advertencia: «Es tan viva la crudeza de sus escenas que el Comité Ejecutivo de Espectáculos Públicos se permite anticipar el ruego y espera de la cultura del público, que se abstendrá de hacer manifestaciones hostiles dentro de la sala, pues aunque el film refleja la realidad de aquellas monstruosidades, no deja de ser una película.»



(Arch. Doc. Mº Cultura. Salamanca.)

En momentos de angustia las diversiones toman carácter de primera necesidad. Esta película fue vista por innumerables personas en Barcelona.

El teatro

EL teatro era la otra gran evasión. Su cultivo fue superior en la zona republicana, en gran parte debido al mayor número de compañías que quedaron en aquel bando, pero en otro sentido hay que atribuirlo a que en el lado gubernamental se fomentó la actividad teatral como parte de una campaña en pro de la cultura popular. La compañía del teatro Español de Madrid hizo temporadas de obras clásicas, con representaciones de *Fuenteovejuna*, *El alcalde de Zalamea* y *La vida es sueño*, obras que alternaba con piezas lorquianas como *Yerma* y *Mariana Pineda*, de gran atractivo popular, como homenaje al poeta asesinado. En Barcelona era Enrique Borrás, el gran trágico, quien se prodigaba con un repertorio vernáculo a base de *Terra Baixa*, *María Rosa*, *Lo ferrer de tall* y *Mar y Cel*. La actriz Ana Adamuz hizo una importante tem-

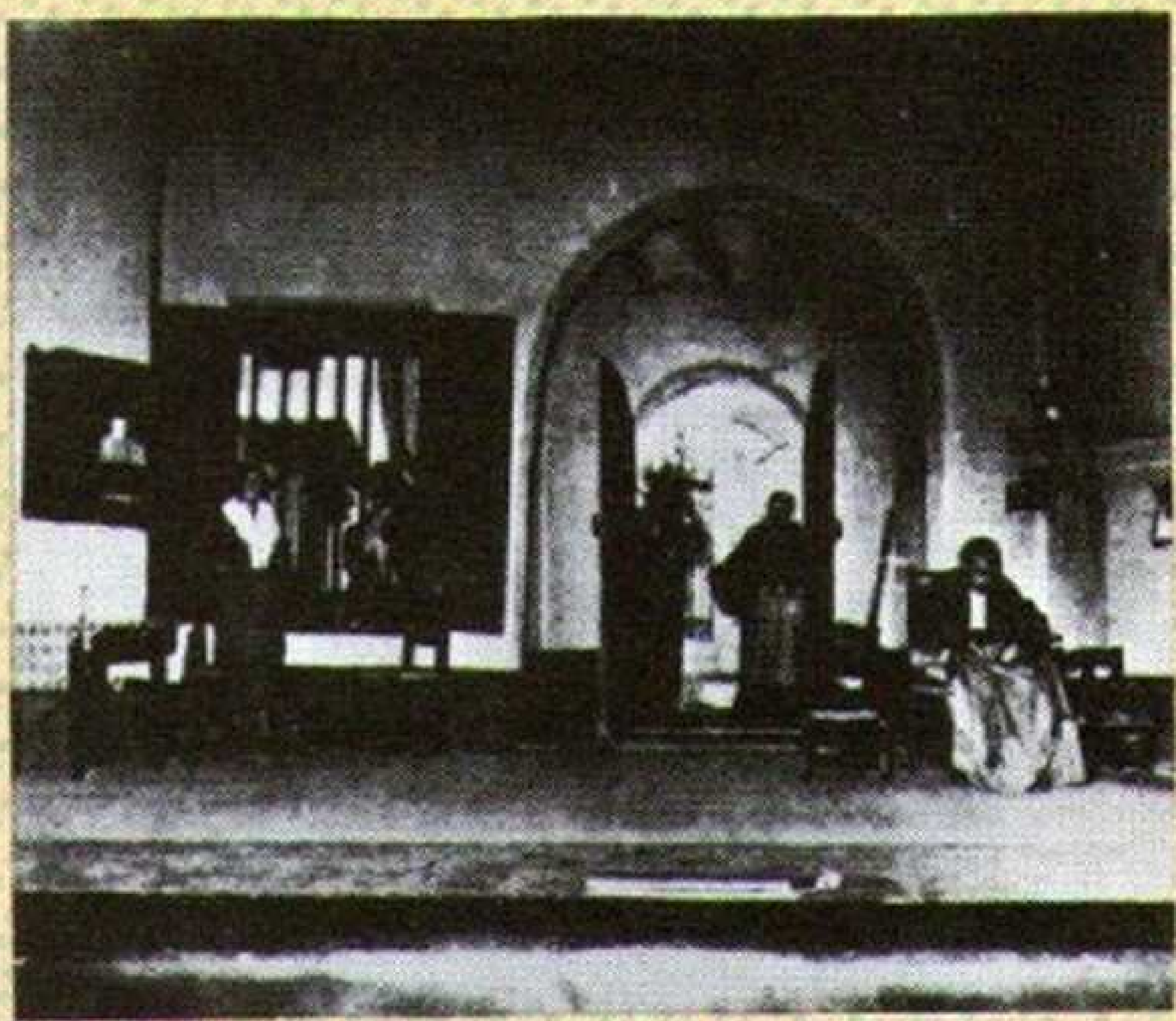
porada en el Progreso de Madrid, representando *La madre*, de Gorki. Dentro del teatro social, aunque recayendo en el melodrama, en el Pavón se montaron obras cuyos títulos lo dicen todo: *Tirada la vida* y *Tristes herencias*. En el Fígaro, y dentro del mismo talante, se representó *Prostitución*. El género de denuncia social con tendencias anticlericales fue muy cultivado en el teatro Apolo de Barcelona, donde estuvieron en cartel títulos tan expresivos como *Los hijos del señor cura* y *No quiso ser madre*. Los demás géneros —la comedia, el sainete y el juguete cómico— se representaron sin interrupción durante todā la guerra en los escenarios de las tres grandes ciudades donde existía tradición teatral, es decir, Madrid, Barcelona y Valencia, tradición a la que se le agregaba un público circunstancial formado por heridos de guerra, milicianos con permiso y no poca gente a quien en la época invernal las salas de espectáculos brindaban calor y distracción.

Por los escenarios de la zona republicana desfilaron las grandes figuras de toda una época teatral: Thuiller, Tárrila Criado, Romeu, Bonafé, Ortas, López Somoza, Loreto Prado y Enrique Chicote, Ozores, Espantaleón... Y en esa época hicieron sus primeras armas jóvenes actrices como Elvira Noriega, Rafaela Aparicio y Mary Delgado. Aunque las obras en cartel eran en su gran mayoría reposiciones de éxitos de anteguerra, también hubo nuevos montajes como la versión teatral de *El crimen del padre Amaro*, de Eca de Queiroz, y la del *Danton*, de Romain Rolland, traducido por Julián Gorkin.

La revista

El género frívolo tuvo enorme aceptación. Sus representaciones se daban a teatro lleno. Era el momento de unas *vedettes* inolvidables para los amantes del género, cuyos nombres eran Margarita Carbajal, Laura Pinillos, Conchita Constanzo, Eulalia Zazo, Amparo Sara, Conchita Rey y Tina de Jarque (que sería posteriormente asesinada en una de tantas venganzas amparadas por la guerra). Obras como *La pipa de oro*, *Las de los ojos en blanco*, *El sostén de la Milagros* o *Las hay... frívolas* cumplían con su propósito de recrear la vista ante el palmito de las actrices, y de reírse con las gracias de los primeros actores Rafael Arcos, Castrito, Alady, Garriga, Gometes, que eran dueños de unos resortes cómicos que en aquellas circunstancias se adornaban con alusiones a los facciosos, de seguro efecto. Las representaciones solían terminar con un pasacalle con la compañía puño en alto, en demostración de afecto a la causa republicana. Las variedades tuvieron también un público muy devoto, y en los teatros dedicados a ellas y en los cines donde se presentaban como fin de fiesta era posible ver a figuras tan destacadas del género como la Argentinita, Pastora Imperio, Niña de los Peines, Estrellita Castro, Angelillo, Carmen Flores, La Yankee y el famoso Ramper, a quien se le imputaba gran número de ocurrencias satíricas contra la situación de las que él

LA VIDA DEL TEATRO EN MADRID



Teatro dramático. Antonio Guzmán Merino—buen escritor, buen periodista—ha estrenado, en el Teatro Progreso, su drama «Llama viva». Obra de acento muy humano, de caracteres trazados con perfiles sobrios y vigorosos, de dinamismo interior admirablemente conseguido. «Llama viva» ha constituido para su autor un gran éxito, al que colaboró eficazmente la excelente interpretación que a la nueva obra dio la Compañía que actúa en aquel teatro



Teatro frívolo. En el Teatro Joaquín Dicenta se ha estrenado la obra de «Ramuncho», con música del joven e inspirado maestro Soma, «¡Olé! con ¡Olé!». Libreto muy gracioso; partitura ágil, ligera y brillante; presentación alegre; ésta es la nueva obra, una de cuyas escenas, a cargo de Amparito Sara y de «Castrito», reproducimos en esta página (Foto Videa)

(Col. Abella.)

Teatro dramático y teatro frívolo. Las carteleras del Madrid asediado jamás dejaron de anunciar obras de uno u otro género.

(Serv. Histórico Militar.)

Eran corrientes las funciones teatrales para recaudar fondos. En este caso, la esposa del presidente de la República, Manuel Azaña, asistirá al acto.

no era autor. El género lírico y zarzuelero, tan en boga entonces, fue representado asazmente, siendo sus intérpretes principales figuras como Marcos Redondo, Pablo Herzogs, Emilio Vendrell, Pablo Gorgé, y, entre ellas, María Espinalt, Matilde Vázquez, Concha Callao y Cecilia Gubert [6]. Mención especial merecen las temporadas de ópera mantenidas en el Gran Teatro del Liceo de Barcelona durante 1937, siendo puestas en escena óperas españolas como *Marina, Las golondrinas, La Dolores*. Una breve temporada de ópera francesa se vio interrumpida por los duros bombardeos de la primavera del citado año. Las representaciones de ópera se mantuvieron hasta muy pocos días antes de la entrada de los nacionales. En el Liceo daría Pau Casals su último concierto en tierra hispana, antes de la derrota y el exilio, el 19 de octubre de 1938.

En un sentido de promoción cultural y de estímulo al combatiente, hay que destacar las actividades teatrales de grupos como Guerrillas del Teatro, Altavoz del Frente o Festivales, grupos que llevaron a los pueblos y a la retaguardia de los frentes las obras de nuestros clásicos en forma de entremeses de Cervantes, pasos de comedia de Lope de Rueda y también obras inspiradas por las circunstancias guerreras, como *Radio-Sevilla*, de Alberti; *El tomate guerrillero*, de Gaya, o *El falso faquir*, de Dieste.

En la zona nacional, la actividad teatral la desarrollaron principalmente las compañías de Tina Gascó y Fernando de Granada, la de Niní Montiam con Rafael Bardem y la de Carmen Díaz. Esta última estrenó la segunda parte de *Morena Clara*, prolongación que, bajo el título de *Gracia y Justicia*, hicieron sus autores Quintero y Guillén, animados por el éxito de la primera. Las obras representadas estaban dentro de un teatro edificante o diversivo, como *María de la O, Oro y marfil, Dueña y señora, La marquesona*, contándose entre las novedades dos estrenos de Pemán muy a tono con el momento: *De ellos es el mundo*, canto a los combatientes, y *Almoneda*, obra de perfil benaventiano y satirizante contra una sociedad en pérdida de valores y culpable por su frivolidad de los males caídos sobre nuestro país. El género lírico se mantuvo gracias a las compañías de Moreno Torroba y Eladio Cuevas, siendo prohibido, en cambio, todo lo frívolo. Un intento hecho por la conocidísima Celia Gámez de montar unas revistas «blancas» se vio vetado por las autoridades.

Hacia las postrimerías de la guerra se plasmó el propósito de crear un Teatro Nacional de la Falange, cuya dirección se encargó a Luis Escobar. Fue un intento de retorno a los clásicos y al auto sacramental siguiendo una inspiración claudeliana. Sus actividades se iniciaron con *El hospital de los locos, La verdad sospechosa* y *La vida es sueño*. Entre los actores y actrices que figuraron en el elenco del Teatro Nacional

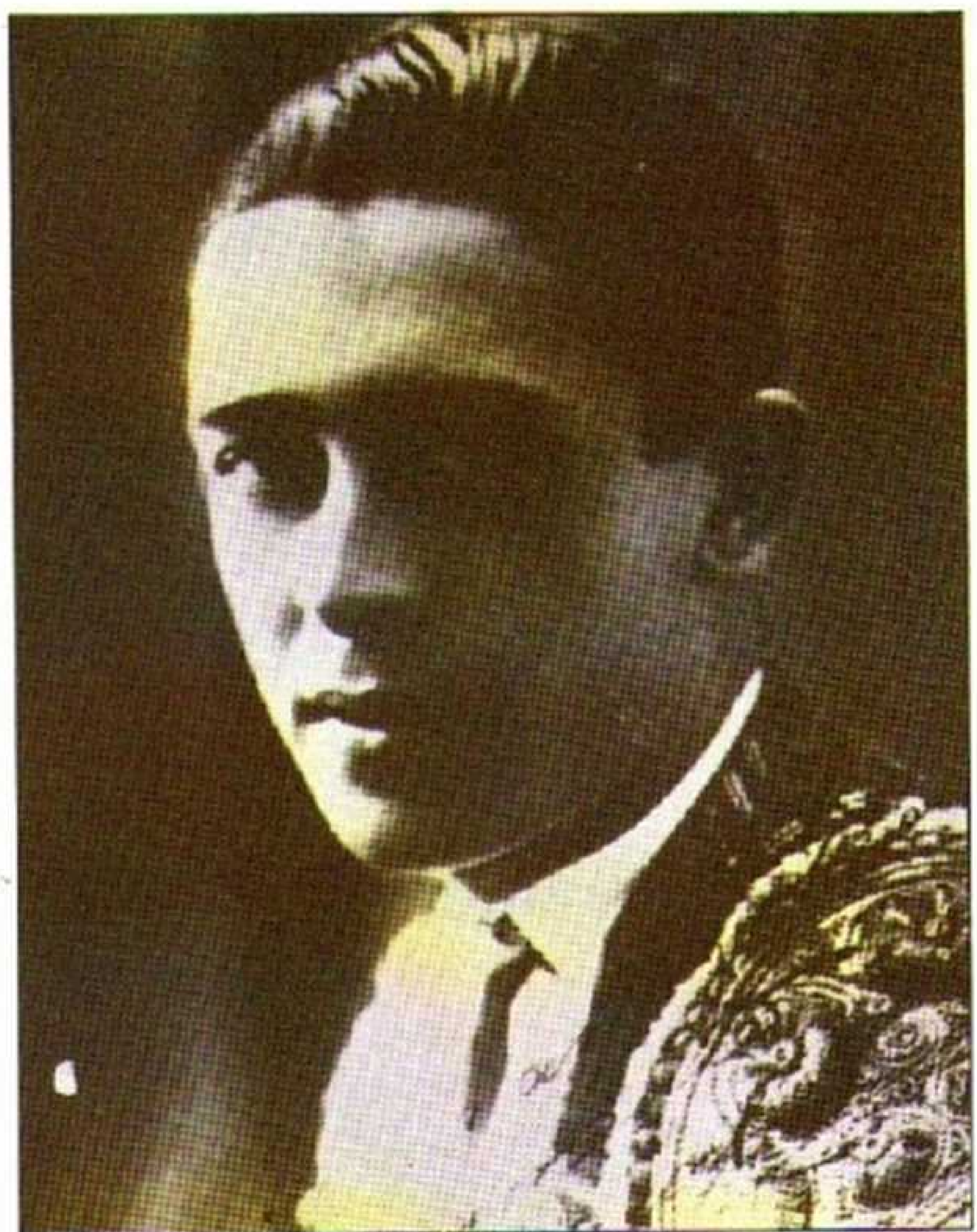
[6] Para dar una idea del auge del teatro, baste decir que solamente en Madrid, y en la temporada de 1938, se mantuvieron abiertas y en plena actividad dieciocho salas dedicadas a representaciones teatrales.

se contaron José María Seoane, Carlos Muñoz, Blanca de Silos y María Paz Molinero.

Los toros

LA fiesta de los toros se vio grandemente influida por el carácter mismo de la guerra. En los primeros meses, en uno y otro bando se utilizó el espectáculo taurino como pretexto para festivales en homenaje a los combatientes, a las milicias o a los heridos de guerra. Con el paso del tiempo fue influyendo decisivamente el fondo socioeconómico de la contienda. Mientras la zona nacional, apoyada en grandes intereses agrícolas y ganaderos, recogía lo más castizo y típico de nuestra tradición, la zona republicana, decantada hacia una conmoción revolucionaria, descubría una línea antitaurina y anticastiza, muy propia de la izquierda hispánica. No es extraño, pues, que con el tiempo los grandes protagonistas de la fiesta se fueran decantando masivamente hacia la zona nacional. Ya en los primeros momentos, algunos toreros sorprendidos en zonas fronterizas, como Lalanda y La Serna, se apresuraron a entrar en Navarra y ofrecerse a las autoridades nacionales. Después lo hicieron los hermanos Pepe y Manolo Bienvenida, que pudieron escapar en un barco, y hacia finales de agosto, hizo su aparición Domingo Ortega, quien sentaría el procedimiento que quedaría en lo sucesivo para huir de la zona republicana: prestar su concurso en algún festival pro milicias y después aducir el pretexto, real o ficticio, de tener que ir a cumplir un contrato en Dax o en Nimes, plazas del sur de Francia de las que era fácil trasladarse después a Irún.

No obstante, en los primeros meses, en Barcelona, Madrid y Valencia, se dieron corridas y festivales benéficos, con gran afluencia de público, en los que actuaron Niño de la Palma, Cagancho, El Estudiante, Maravilla, Fernando Domínguez, Félix Colomo, Gitanillo de Triana, Curro Caro, Domingo Ortega y Rafaelillo. Fueron festejos con cuadrillas saludando puño en alto mientras sonaba la *Internacional*. Después se dieron algunas corridas en la zona de Levante —Valencia, Murcia, Castellón y Alicante—, en las que alternaron Vicente Barrera, Jaime Pericás, Rafaelillo, Noaín y Maravilla. Fue en el otoño de 1936 cuando se inició el éxodo. Sucesivamente se fueron pasando a la otra zona El Estudiante, Curro Caro, Jaime Noaín, Maravilla y Fernando Domínguez. Más tarde lo harían Cagancho, Niño de la Palma, Vicente Barrera, Antonio Márquez y Pericás. Todavía en octubre de 1936, con ocasión de una corrida celebrada en Barcelona en homenaje a los marinos del buque soviético *Zyrianin*, el espada Luis Fuentes Bejarano aprovechó su prestación en la lidia de sus toros para obtener un salvoconducto y pasarse a los nacionales a través de Francia.



(Efe.)

Nacido en Vaciamadrid en 1903, Marcial Lalanda fue héroe indiscutido gracias a su toreo seguro y dominador.

Conocida en la zona republicana la huida masiva de los matadores de toros a la zona rebelde, se inició una clara campaña antitaurina, sobre todo en los periódicos confederales y anarquistas, llegando a decirse que «las corridas de toros han de ser abolidas cuando así lo exija la conciencia del pueblo».

En 1938 sólo quedaban en la zona gubernamental, como figuras destacadas, Nicanor Villalta, que estaba refugiado en una embajada; Gitanillo de Triana y Félix Colomo, éste por profesar ideas afines al Frente Popular, lo que hubo de pagar con un largo encarcelamiento en la posguerra. Quedaba también una serie de toreros olvidados como Manolo Martínez, Enrique Torres, Ricardo González, cuya esperanza era un triunfo de la República que los devolviera a los primeros planos. También quedó el veterano y legendario lidiador Rafael Gómez (el Gallo), que participó en algunos festivales en Madrid y en Valencia para ir sobreviviendo. Para el genial artista, la guerra civil fue un hecho incomprensible y que escapaba a las entendederas de su extraña personalidad gitana. En 1937 todavía se dio algún festejo suelto, entre ellos una corrida en Barcelona, en el mes de mayo, con los célebres sucesos aún recientes, y en la que se otorgó la alternativa al novillero turolense Niño de la Estrella.

Carne de ruedo

LLEGADA el hambre a la zona republicana, en 1937 se produjo el sacrificio de las ganaderías. Hubo algunas, como las de Abente, Hernández Pla, Escudero Calvo, Mejías (nombre con el que se lidiaban las reses de Marcial Lalanda), en las que no quedó ni una cabeza con la que perpetuar la vacada. Baste decir que en julio de 1936 el censo ganadero de reses de casta y herradas de la región central contaba con más de cinco mil cabezas. En mayo de 1937 sólo quedaban 166 vacas, ocho toros y 22 añojos. Entretanto, las plazas de toros, o se habían utilizado como parque de vehículos o se habían sembrado de hortalizas. De este modo, el espectáculo taurino desapareció prácticamente de la zona gubernamental. En ella perdieron la vida, asesinados durante el período revolucionario, nombres tan ligados a la historia de las ganaderías como Tomás Murube, el duque de Veragua, dos hermanos García Aleas, tres miembros de la familia Ayala y don Argimiro Pérez Tabernero, junto con tres de sus hijos. Hermano de don Argimiro era don Antonio Pérez, en una de cuyas fincas tuvo lugar la reunión de generales de la que salió el nombramiento de Franco como generalísimo. También cayeron, como producto de venganzas personales, los matadores de toros Valencia II, Juan Luis de la Rosa y Pablo Lalanda. Los dos primeros habían vivido una existencia muy accidentada, que los hacía víctimas propiciatorias de unos tiempos turbulentos. En el frente de Madrid, y del lado republicano, resultó muerto el truculento torero navarro Saturio Torón, quien, después de haber sido boxeador y matador de toros, asistió a la escuela de periodismo de *El Debate* y acabó simpatizando con Falange. Llegada la guerra, marchó al frente, como medio de desaparecer de una retaguardia peligrosa. Y allí murió en combate, siendo por su valentía honrado como un héroe. Su absurdo destino fue muestra de otros muchos análogos pero cumplidos en gente innominada.

Es sabido que, por contraste, la zona rebelde reivindicó el carácter de fiesta nacional para las corridas de toros. El espectáculo se daba en medio de clamores patrióticos, gritos de rigor, acompañamiento de himnos y brazos en alto de público y cuadrillas. La presencia de heridos y mutilados recordaba el estado de guerra que se padecía. A ellos iban dirigidos los brindis de los espadas. Una de las más celebradas corridas de homenaje de los primeros tiempos tuvo lugar en Sevilla en octubre de 1936. En ella alternaron los rejoneadores Cañero, Juan Belmonte y Algabeño, y en lidia ordinaria, Manolo Bienvenida, Domingo Ortega, Victoriano de la Serna y el jerezano Venturita. Poco después, José García Carranza (Algabeño) moriría en acción de guerra, haciéndose de su figura de señorito andaluz, de jinete y de lidiador, famosa por sus amores aristocráticos y por su prestación de garrochista en



(Efe.)

Domingo Ortega fue el prototipo del torero sobrio y templado, heredero de los diestros del XIX. Gozó de las simpatías de los medios intelectuales.

la primera hora del alzamiento, una especie de mito. Su muerte, cantada por todos los poetas de la España nacionalista, tuvo un sentido redentor del casticismo.

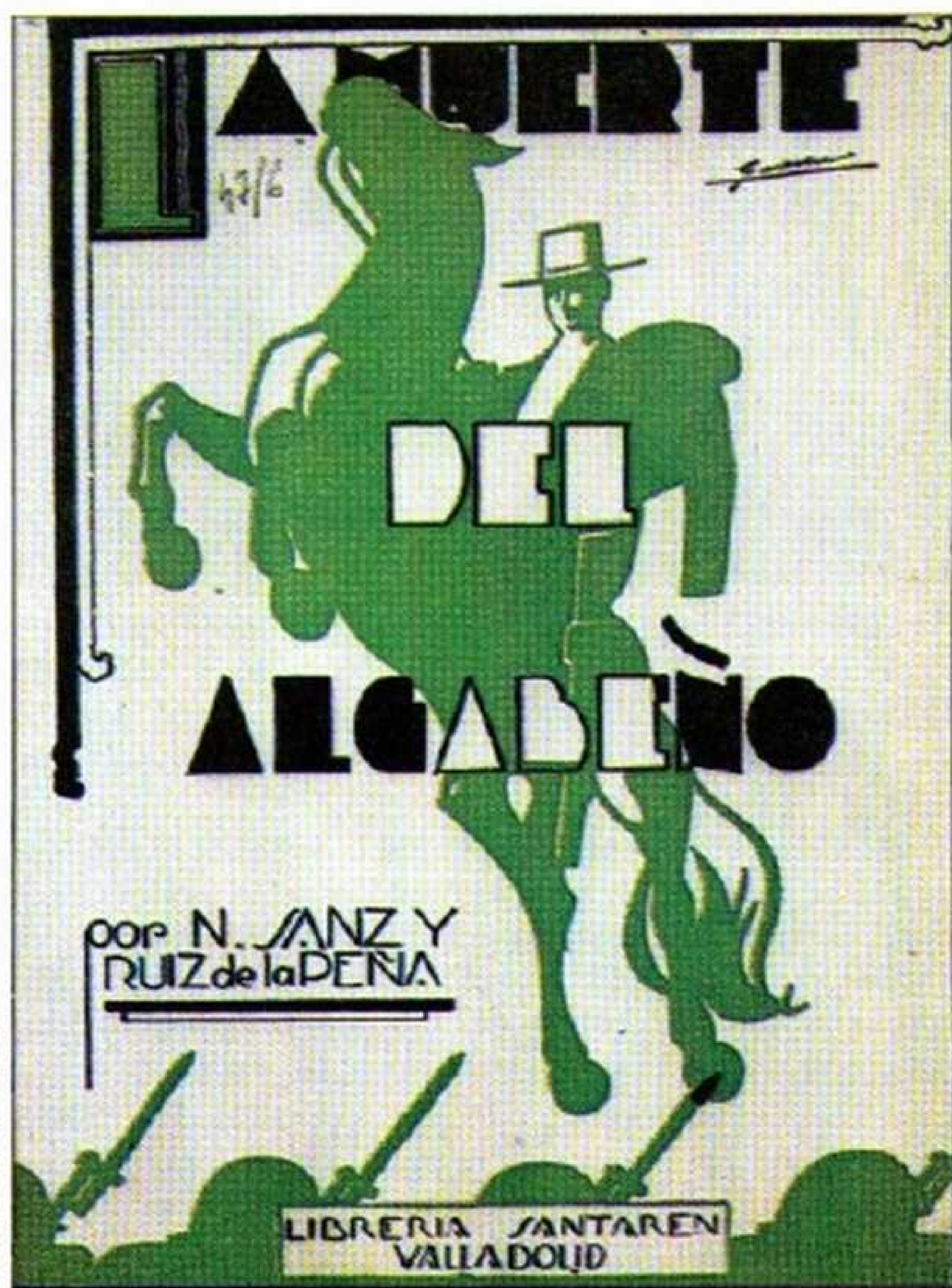
En el año 1937 empezaron a prodigarse los festejos en Burgos, en Valladolid, en Salamanca. Particular importancia tuvo la corrida del Corpus de aquel año en Sevilla, en la que se lidiaron toros de Pablo Romero cuyo tamaño y bravura aún los recuerdan los viejos aficionados. En ella participaron Luis Fuentes Bejarano, Domingo Ortega y Pascual Márquez, novillero que era entonces el ídolo de Sevilla y tomaba la alternativa en tan señalada fecha. También es de resaltar la primera fiesta de toros que tuvo lugar en Bilbao después de la entrada de los nacionales. En ella intervinieron Manolo Bienvenida, Victoriano de la Serna y

Jaime Noaín. La normalidad de la zona nacional permitió que aquel año se celebraran festejos en las tradicionales ferias de Zaragoza, Salamanca, Valladolid y Burgos. Los carteles unían a los toreros que se habían ido pasando, junto con otros como Chicuelo y Pepe Amorós, sorprendidos por la guerra en territorio rebelde. En total, en 1937 se celebraron, entre Francia, Portugal y España nacional, 55 corridas de toros, siendo Domingo Ortega, con 35 festejos, el que más corridas toreó.

En 1938 continuaron celebrándose gran número de lidias. El 12 de abril, en la plaza de Salamanca, tomó la alternativa el novillero Juan Belmonte Campoy, hijo del famoso Belmonte. La iniciativa de los periodistas madrileños huidos de la capital hizo que la tradicional corrida de la Prensa se celebrara en Burgos, bajo la presidencia del general López Pinto. En ella tomaron parte Marcial Lalanda, Antonio Márquez y Manolo Bienvenida, quien poco después caería enfermo de cruel dolencia, para fallecer en agosto de 1938 en San Sebastián. En el segundo año de guerra se dieron 66 corridas de toros en la zona nacional, 15 en Francia y cuatro en Portugal, siendo el matador norteño Jaime Noaín, con 22 corridas, el que en más festejos tomó parte.

El ambiente taurino, sostenido en las zonas ganaderas salmantinas y andaluzas de la zona franquista, así como la presencia de criadores, empresarios y matadores, hizo que la fiesta no experimentara merma en aspecto tan importante como era la aparición de nuevos valores. En 1937 tomó parte en algunos festejos un novillero cordobés de personalidad estoica, cuyo nombre era Manuel Rodríguez (Manolete) y que a la sazón cumplía como soldado de artillería en el frente de Córdoba. En junio de 1937 se produjo en Sevilla la presentación como becerrista de Antonio Mejías (Bienvenida). Un año más tarde, en mayo de 1938, debutó también en la Maestranza sevillana como novillero Pepe Luis Vázquez. Con ellos empezaron a alternar Rafael Ortega (Gallito), Manuel Martín Vázquez, Francisco Casado, Miguel del Pino. Todos ellos formaron la generación de matadores de la posguerra.

El año 1939 vio la normalización completa de la fiesta de los toros, pero las consecuencias de la guerra sobre la fiesta brava se acusarían en los años siguientes, cuando el sacrificio de las reses, llevado a cabo durante la guerra, obligaría a la lidia de astados sin los años ni el cuajo precisos para ser considerados como auténticos toros de lidia.



(Arch. C. S. de Tejada.)

Pepe «el Algabeño», torero falangista, fue colaborador de Queipo de Llano en Sevilla. Murió en noviembre de 1936 en acción de guerra.

El fútbol

El otro gran espectáculo que acaparaba el interés de los españoles de 1936, el fútbol, se vio fuertemente afectado por la incidencia bélica. En la zona nacional, en regiones que quedaron intactas y con tradición balompédica como Galicia, se puso en marcha en el otoño de 1936 un campeonato regional. Los equipos galaicos se reforzaron con jugadores de la tierra sorprendidos en vacaciones. Este fue el caso de Chacho, Diz, Edelmiro, Milucho, Guillermo, Moreno, que se encontraban alejados de los clubs de Madrid, Barcelona o Santander, donde estaban fichados. También se encontraba en Galicia el célebre canario Hilario Marrero. Todos ellos se alinearon en equipos de la región, celebrándose el campeonato aludido con participación del Celta de Vigo, Deportivo de La Coruña, Eiriña de Pontevedra, Lugo, Racing de El Ferrol, etc. En las demás regiones, sin llegarse a establecer competiciones sistemáticas, se organizaron partidos de rivalidad regional entre Sevilla y Betis o entre Osasuna de Pamplona y Real Sociedad de San Sebastián. La progresiva movilización de los futbolistas restringió aún más estas actividades deportivas, aunque la mayoría de los movilizados tenían el destino cómodo y fácil y la autorización para tomar parte en encuentros organizados para solaz de combatientes y heridos de guerra.

Dado el influjo que sobre las masas tenía el fútbol, las autoridades de la zona franquista consideraron oportuno crear un equipo nacional que, con fines propagandístico-patrióticos, jugó varios partidos contra combinados regionales, partidos que se organizaban como homenaje a los combatientes. Entre los jugadores que se seleccionaron estaban Eizaguirre, Ciriaco, Quincoces, Deva, Ipiña, Oceja, Vega, Gabilondo, Bienzobas, Sañudo, Campanal, Epi, etc. Después de celebrarse estos partidos amistosos, se concertó un encuentro con la selección portuguesa, el cual tuvo lugar en el estadio de Balaídos, en Vigo, en noviembre de 1937. Obedeciendo a razones coyunturales, el equipo de la España nacional se uniformó de azul, pues hubiera sido un contrasentido que en plena euforia falangista apareciera vestido de rojo. Los jugadores que formaron el bando español fueron: Eizaguirre, Ciriaco, Quincoces; Aranaz, Vega, Ipiña; Epi, Gallart, Vergara, Chacho y Vázquez. El resultado fue favorable a Portugal por dos goles a uno, lo que dio lugar a un júbilo extraordinario en el país vecino, ya que era la primera vez que una formación lusitana se imponía a una española.

En el año 1938 se celebraron algunos partidos entre equipos formados en las unidades militares. Así aparecieron los representativos de Aviación, Automovilismo y Recuperación. En ellos se formaron unos conjuntos que al finalizar la guerra se integraron en clubs de primera división.

En la zona republicana, la integridad en que quedaron Cataluña y la región valenciana permitió también la celebración de campeonatos regionales en la temporada 1936-37. En la competición catalana tomaron parte los conjuntos del Barcelona, Español, Badalona, Sabadell, Gerona y Júpiter. En la valenciana jugaban Valencia, Levante, Hércules de Alicante, Gimnástico y Castellón. La movilización de los jugadores iría igualmente limitando en esta zona la práctica del fútbol, hecho en el que colaboró también el progresivo deterioro de la retaguardia, que no facilitaba la realización de espectáculos al aire libre en época de bombardeos. Ante la perspectiva de una guerra de larga duración, el Barcelona F. C. planeó una gira por México y los Estados Unidos. La expedición la compusieron jugadores tan conocidos como Urquiaga, Iborra, Rafa, Vantolrá, Escolá, Zabalo, Balmaña, García, Munlloch,



(Efe.)

Durante la guerra se practicó el fútbol con cierta intensidad. Hubo momentos con dos selecciones nacionales, las formadas en el bando nacionalista y en el republicano. En la fotografía, la selección nacional vasca en 1937.

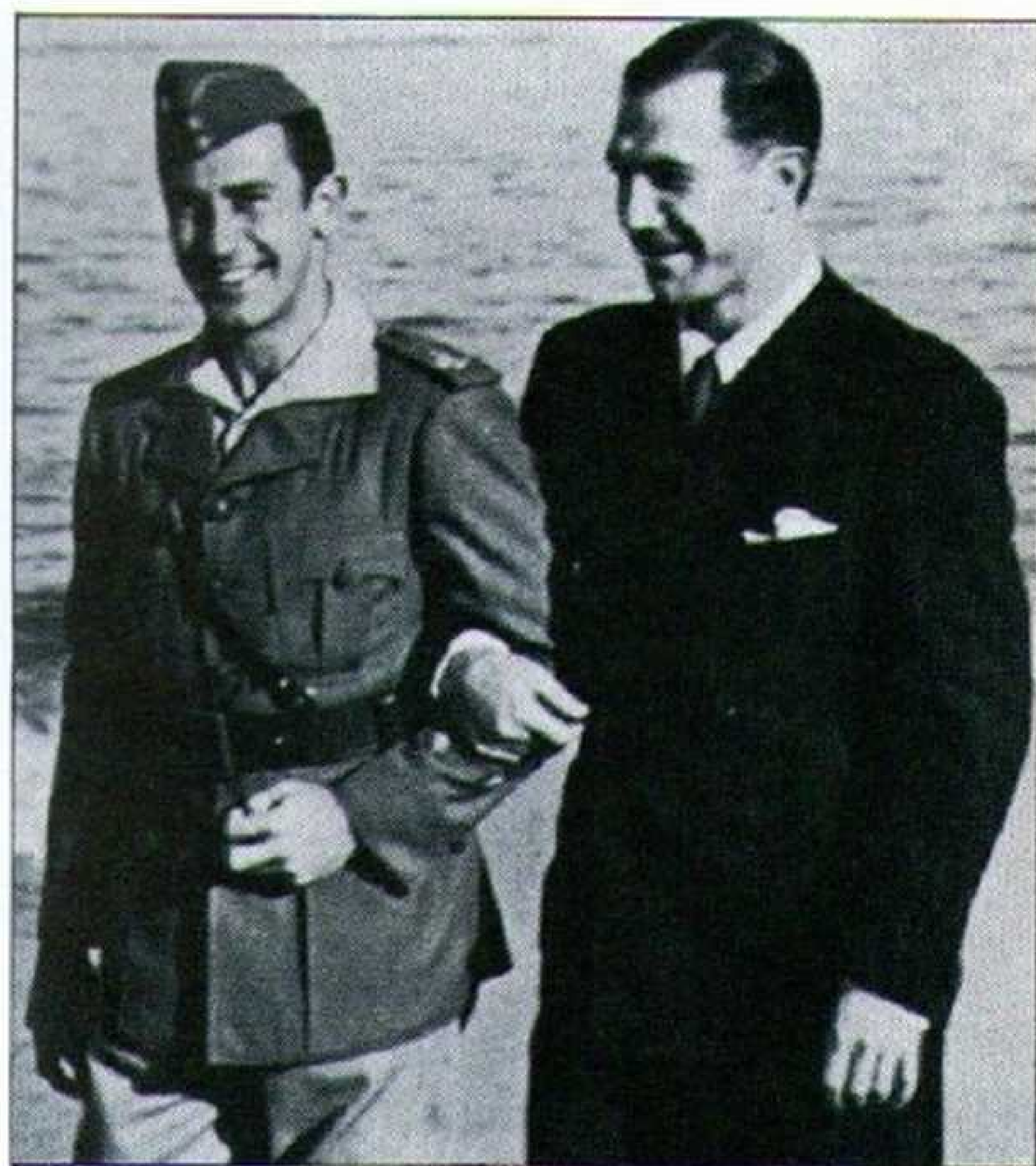


Gorostiza, el famoso «Bala Roja» del Athlétic de Bilbao, se mantuvo muchos años después de la guerra en una envidiable posición dentro del fútbol español.

Argemí... La gira se saldó con el resultado de diez partidos ganados y cuatro perdidos. Al retorno, algunos jugadores, como Vantolrá y Urquiaga, se quedaron en México. Otros, como Escolá, Balmaña e Iborra, prefirieron permanecer en Francia y fueron fichados por equipos del vecino país. Otros más que regresaron, como Zabalo y Munlloch, marcharon al exilio poco después. Ellos serían los iniciadores de la diáspora futbolística.

Selección de Euzkadi

EN el País Vasco, que daba entonces el mayor porcentaje de jugadores a la selección nacional, se encontraron de vacaciones la gran mayoría de los ases del balón. El sesgo de la guerra en el Norte sugirió la formación de una selección de Euzkadi que fuera a modo de embajadora de la causa del pueblo vasco. A primeros de 1937, la selección vascongada quedó formada por los jugadores del Athlétic de Bilbao Blasco, Cilaurren, Muguerza, Roberto, Zubieta, Iraragorri, Gorostiza y Aguirrezabala; los del Barcelona Areso y Aedo; los del Real Madrid Pedro y Luis Regueiro y Emilín, el ovetense Lángara y los guechotarras Eguskiza y Aguirre. La selección marchó a la Unión Soviética, donde disputó varios encuentros, y de allí fue al continente americano, donde asimismo jugó una serie de partidos. La caída del Norte en poder de las tropas nacionales rompió el ligamen de los expedicionarios con su tierra natal. El único que regresó fue Gorostiza. Los demás iniciaron, con dos años de antelación, un exilio que les llevaría a jugar en México, en Argentina, en equipos de ultramar.
Serían los pioneros del exilio que en febrero de 1939 arrastró a cerca de medio millón de personas que perdieron de vista a su patria, muchas de ellas para no volver a verla jamás.



El teniente Iñaqui Eizaguirre pasea por una playa de Vigo en 1937 con otro colega famoso: Jacinto Quincoces.

La pluma y la espada

La literatura del conflicto (1936-1939)

Por **Maryse Bertrand de Muñoz** *

«LA guerra civil española ha inspirado más literatura que ningún otro conflicto armado del siglo XX.» Esta afirmación es ya un lugar común entre los críticos desde hace más de diez años, y, sin embargo, dicha literatura ha sido objeto de pocos estudios y, sobre todo, no ha llegado al gran público. Varias razones colaboran a ello: la falta de información, la escasez de documentos, de bibliografías serias y la gran dificultad para encontrar los textos producidos un poco por todas partes en el mundo, y en especial los publicados en España durante los treinta y dos meses de lucha. A pesar de esos obstáculos reales, se están haciendo grandes esfuerzos para un mejor conocimiento de la literatura de la guerra civil, cuya abundancia se debe sin duda al hecho de que España fue la plataforma donde se discutieron problemas universales. En efecto, las múltiples ideologías nacidas y elaboradas a lo largo de los siglos pasados chocaron entonces violentamente. Los intelectuales españoles primero, y tras ellos los del mundo entero, se sintieron hondamente conmovidos, y la piel de toro se convirtió en un polo de atracción irresistible.

Hasta esos años, el intelectual solía quedarse al margen de los combates, y si tomaba las armas era por pura obligación, como en la guerra de Cuba o de Marruecos para los españoles o la primera guerra u otro conflicto más reducido para los extranjeros. El intelectual siempre había tenido fama de vivir en una torre de marfil, de no tomar parte activa en los conflictos y, en todo caso, de limitar su acción a sus escritos. La guerra de España vio romperse esta tradición secular, y hombres antaño dedicados a la poesía etérea, a los hondos dramas ficticios o a las altas lucubraciones espirituales, se apoderaron de un fusil y de bombas y se lanzaron contra el enemigo con un encarnizamiento jamás previsto ni por ellos mismos. Todos percibieron entonces que la tragedia que asolaba España sacudía las bases mismas de la sociedad y tocaba lo fundamental de la convivencia humana: era la crisis mayor de la civilización europea, y todo hombre tenía el deber de

* Maryse Bertrand nació en Montreal, Canadá. Es catedrática de la Universidad de Montreal. Ha publicado, entre otros libros, *La guerra civil española y la literatura francesa*, *La guerra civil española en la novela* y *Bibliografía de la creación literaria de la guerra civil española*.

definir su posición frente a ella, tenía que «comprometerse», como preconizaría Jean-Paul Sartre unos años más tarde.

En España se podrían citar docenas de nombres de intelectuales alejados de toda preocupación política, social, antes de julio del 36; aun después muchos trataron de evitar el tomar partido. Escuchemos la opinión del doctor F. Martí Ibáñez en *Solidaridad Obrera*, el 7 de agosto de 1936:

> ¿Han cumplido los trabajadores intelectuales su misión histórica? Por doloroso que sea confesarlo, respondemos que no. Hasta el momento presente, los intelectuales han traicionado a la revolución. Quedan salvadas las honrosas excepciones individuales. Lo que nadie podrá negar es que, así como el proletariado manual ha reaccionado como un solo hombre ante la amenaza fascista, los intelectuales que se han manifestado a la altura de su deber han sido una honrosa pero exigua minoría.

La misma queja se podía leer en los periódicos de la zona nacional.

Sin embargo, hay que subrayar que varios intelectuales optaron en seguida por un bando u otro y su adhesión fue total. En cuanto a los indecisos, los rezagados, no pudieron quedar en la neutralidad, y cuando vino la respuesta a los llamamientos cada vez más apremiantes, fue distinta según los casos: los unos acabaron por compartir los ideales de los republicanos; los otros, los de los nacionalistas. Ni los acontecimientos ni los hombres les dejaban la posibilidad de escaparse a la tremenda realidad que les rodeaba. Ernesto Giménez Caballero, en un artículo fulminante publicado en el *ABC* de Sevilla, el 6 de octubre de 1937, escribía contra los que rechazaban tanto la España «nacional» como la España «comunista»:

> ¡Ni con la España roja ni con la futura España de nuestra Falange nacional! Pues, como no hay otra por ahora —y sólo habrá la nuestra mañana—, la condena que Dios por mi boca exige para ellos es bien simple: ¡Que se queden sin patria!

Armas y pluma

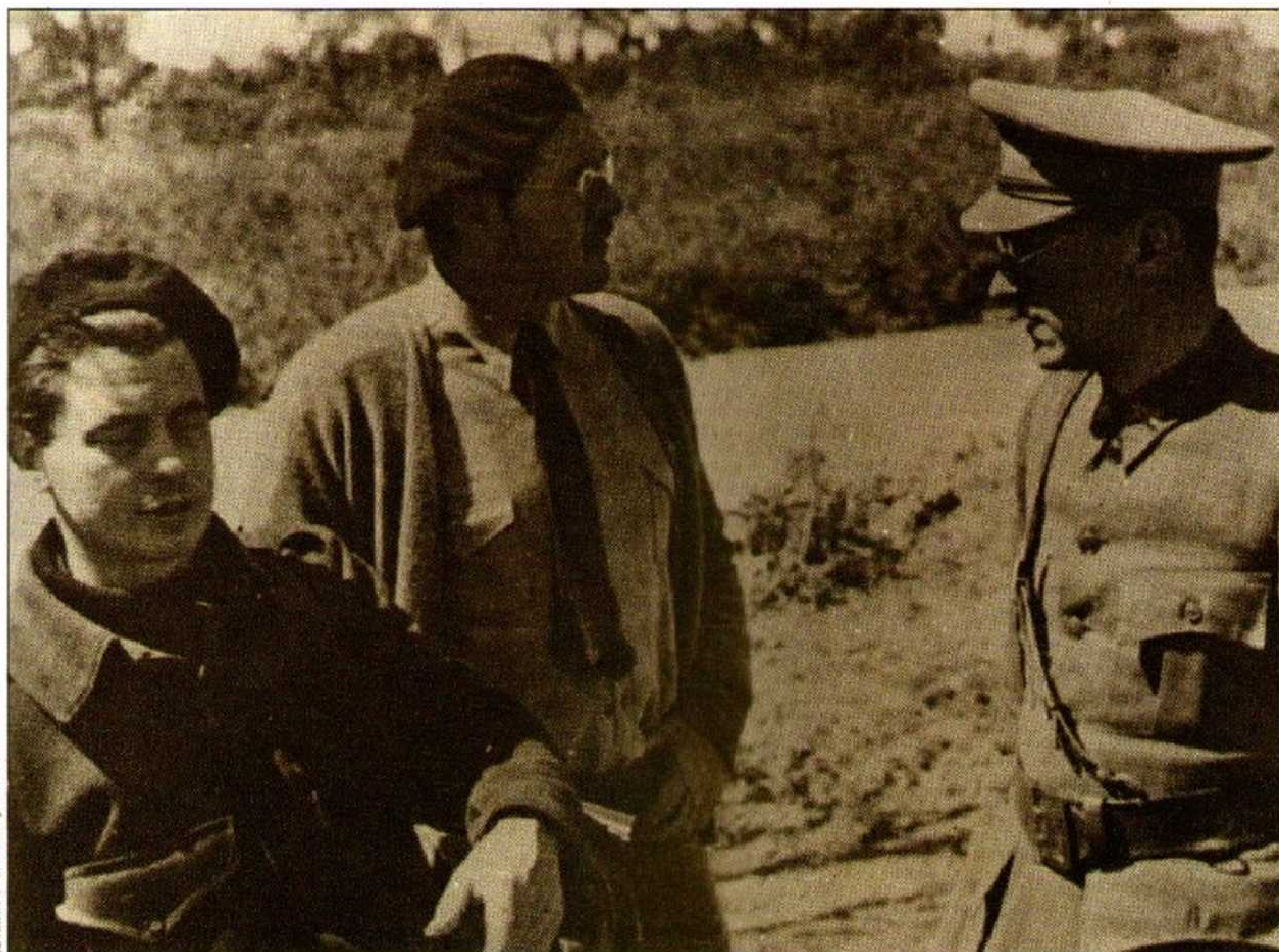
MUCHÍSIMOS intelectuales se adhirieron a cada bando, pero tenía razón Max Aub al afirmar, el 2 de abril de 1938, en *La Vanguardia:* «Ninguna guerra ha visto agruparse alrededor del ofendido un número semejante de escritores de todos los países como esta nuestra de hoy.» En efecto, la mayor parte de los intelectuales españoles y extranjeros tomaron parte por la República, por el gobierno legalmente establecido. Y Max Aub insistía posteriormente en lo nuevo del fenómeno de la toma de posición del intelectual:

> El escritor ha sido pacifista, enemigo de los armamentos, ya que no de las armas, adalid de la paz y de una posible felicidad humana; y es de suponer que lo sigue siendo, pero las realizaciones de los fascistas le llevan a aceptar la lucha en un terreno que no ha escogido.

La neutralidad del intelectual había sido no solamente



Ernesto Giménez Caballero, en el centro de la fotografía, pasó del vanguardismo surrealista de la Estafeta Literaria *al fascismo. Su influencia ideológica durante el régimen de Franco fue notable. En la foto, en una visita a Italia.*


(Brandeis University, USA.)

Ernest Hemingway (en el centro) estuvo en la guerra de España como corresponsal cuando contaba treinta y nueve años. Infinidad de artículos, cuentos, una novela y una obra de teatro testifican su adhesión a la causa de la República.

reconocida, sino altamente preconizada por muchos de ellos. Uno de los más acérrimos defensores de la idea había sido el francés Julien Benda en su famoso libro *La trahison des clercs* (París, Grasset, 1927); allí ensalzaba al pensador que medita al margen de su nación, de su familia, y proclama una verdad eterna, haciendo abstracción de las consecuencias inmediatas de sus ideas. Benda acudió, sin embargo, al Congreso de la Asociación Internacional de Escritores Antifascistas en julio de 1937, y en su discurso de apertura explicó claramente su cambio radical de opinión frente a la guerra española, y terminó con estas palabras:

> Estoy seguro de ser en este momento el intérprete de todos los intelectuales dignos de llamarse así, al declarar con cuánto sentimiento de solidaridad, como de corazón, y con qué interés comulgamos en las pruebas temporales de la España republicana e invocamos su victoria.
>
> (*Hora de España*, agosto 1937, p. 24.)

Este congreso de escritores antifascistas que tuvo lugar en Madrid y Valencia tuvo una importancia capital y una resonancia sin par, pues reunió a intelectuales de todos los países. Este grupo estaba afiliado a los Escritores Revolucionarios, que se habían reunido por primera vez en París en julio de 1935, y cuyo comité internacional estaba formado por André Gide, Thomas Mann, André Malraux, Romain Rolland, Aldous Huxley y Waldo Frank. Así, la «intelligentsia» del mundo entero estaba representada en la capital republicana española: Francia, por André Malraux, Louis Aragon, Tristan Tzara, Julien Benda, André Chamson y Claude Aveline (Gide no asistió, pues sus ideas sobre la URSS habían cambiado desde 1935); Inglaterra, por Stephen Spender; Alemania, por Ludwig Renn, Gustav Regler, Anna Seghers y Willi Bredel; la URSS, por Alexis Tolstoi, Ilya Ehrenburg y Fedor Kelyin; Yugoslavia, por Theodor Balk; Checoslovaquia, por Erwin Kisch; Noruega, por Nordhal Grieg; Dinamarca, por Andersen Nexo; Holanda, por Jef Last; Islandia, por Franzon; Suiza, por Muhlestin; Bulgaria, por Stu-



Ilya Ehrenburg era entonces uno de los mejores escritores rusos, conocido internacionalmente. Visitó España antes de la guerra y se relacionó con los círculos intelectuales. El retrato es de su amigo Picasso.

yanoff; Bélgica, por Dario Marion; Portugal, por Jaime Corteçao; México, por José Mancisidor y Octavio Paz; Chile, por Pablo Neruda; Perú, por César Vallejo; Argentina, por Raúl González Tuñón; Cuba, por Nicolás Guillén y Juan Marinello; Estados Unidos, por Malcolm Cowley, Ernest Hemingway y John Dos Passos. Todos ellos atrajeron luego las simpatías de sus compatriotas hacia el bando republicano.

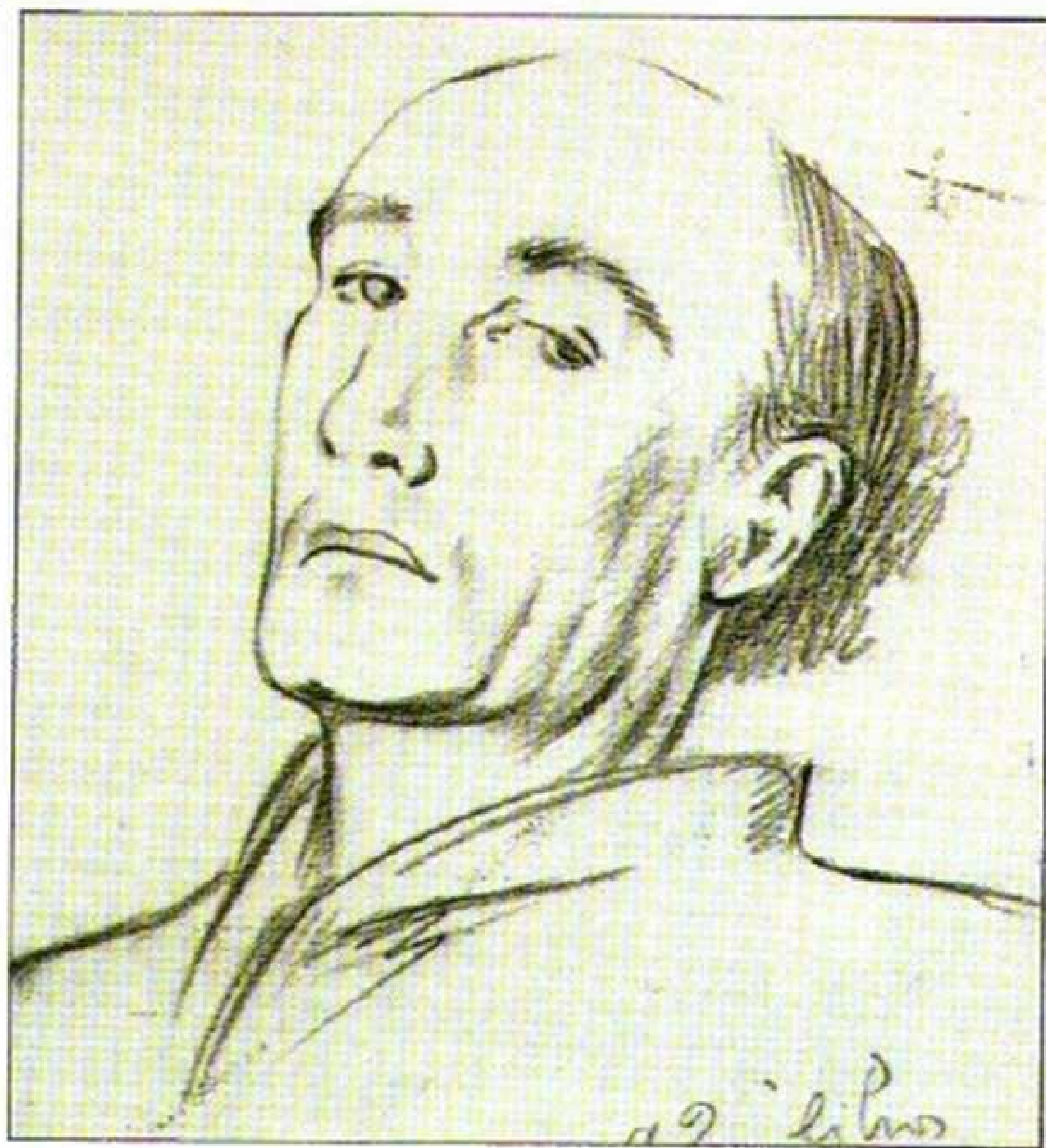
Combates en todos los frentes

Las máximas figuras del pensamiento español y extranjero proclamaron de una forma o de otra su angustia, su honda preocupación frente al conflicto armado. Todos conocen la zozobra que se apoderó de Unamuno en los primeros meses de la guerra, que coincidieron con los últimos de su vida, por no saber a qué ideología aliarse. Por otra parte, poetas como Rafael Alberti y Antonio Machado, por no mencionar sino los más conocidos, se adhirieron incondicionalmente a la República y se pusieron enteramente a su servicio, defendiéndola en palabras y actos, como tendremos ocasión de ver más adelante. Otros, no menos célebres, como Pío Baroja y Manuel Machado, tomaron partido por los nacionales. Sin embargo, Baroja matizó su pensamiento, como podemos juzgar por su artículo «Los errores de la política», en *La Nación* de Buenos Aires, el 19 de septiembre de 1936:

> La República española ha vivido en plena dictadura, en pleno despotismo y en plena arbitrariedad. Esto hubiera sido lo de menos si hubiera acertado... En este momento, en que blancos y rojos luchan con una energía desesperada en España, no parece que pueda haber solución intermediaria. Esto es lo peor. O dictadura roja o dictadura blanca. No hay otra alternativa.

Acababa el famoso autor vasco con su opinión personal: «Ni lo uno ni lo otro.» Al lado de los partidarios de ambos bandos que creen en la necesidad de la lucha, tenemos también a los convencidos de una ideología u otra, pero que se oponen de forma radical a la guerra misma. Pensemos particularmente en el escritor, reconocido por su catolicismo militante, José Bergamín, fundador y director de la revista *Cruz y Raya:* declaró tajantemente: «No hay guerra justa», y pidió a gritos la paz:

> La guerra fue siempre patrimonio histórico de los pueblos débiles, sin libre voluntad afirmativa creadora de paz... La paz del pueblo, como la paz del



Como la mayoría de los intelectuales europeos en la década de los treinta, André Gide era ferviente antifascista.


(Keystone.)

Los intelectuales de la España republicana organizaban periódicas visitas a los frentes para recitar poemas. El poeta gaditano Rafael Alberti fue uno de los más importantes organizadores de este tipo de actos.

hombre, es la «victoria violenta» contra su destino: la conquista de la libertad.

(Valencia, *Estudios,* septiembre 1936, p. 38.)

Bergamín, sin embargo, no se mantuvo en la neutralidad, como lo hiciera José Ortega y Gasset, actitud condenada radicalmente en ambos lados, como hemos tenido ocasión de verlo ya: al quedarse por encima de la contienda atraía entonces las críticas más virulentas.

En cuanto pudieron, los intelectuales, tanto republicanos como nacionalistas, se organizaron, y tuvieron sus revistas para expresar sus opiniones bajo diferentes formas. La más conocida y de mayor prestigio fue sin duda *Hora de España,* que se publicó en zona republicana desde febrero de 1937 hasta octubre de 1938. En sus páginas escribieron Antonio Machado, León Felipe, José Moreno Villa, José Bergamín, Tomás Navarro Tomás, Dámaso Alonso, Joaquín Xirau, José F. Montesinos, Pedro Bosch Gimpera, José Gaos, Emilio Prados, Luis Cernuda, Corpus Barga, etc. Su consejo de redacción estaba formado por hombres de alto calibre y de una dedicación completa al trabajo, como Manuel Altolaguirre, Rafael Dieste, Antonio Sánchez Barbudo, Juan Gil-Albert, Juan Antonio Gaya Nuño, María Zambrano, Arturo Serrano Plaja, etc. Su contenido era de un nivel muy alto, a pesar de las circunstancias; los comentarios políticos, sinceros y profundos. La crítica literaria abarcó desde la Edad Media hasta la generación del 98, los escritores del momento y, a menudo, García Lorca. Los artículos de todas clases, así como la creación, eran de una dignidad y de un valor sin par.

Paralelamente a *Hora de España,* pero iniciada con anterioridad, se publicó *El Mono Azul,* de la Alianza de Intelectuales Antifascistas. Esta publicación, animada por Rafael Alberti y José Bergamín, pretendía ser una hoja volandera que llevara a los frentes y trajera de ellos el sentido claro, vivaz y fuerte de la lucha antifascista. Alberti recordó en 1977, en la revista *Blanco y Negro,* la formación del Quinto Regimiento y la incorporación a éste de varios poetas, que formaban parte del grupo de cultura del frente. Escribió:



(Arch. Urbón.)

En los dos bandos, la prensa cumplió una importante función propagandística e informativa. Nunca se editaron en España tantos y tan variados periódicos.

> Los poetas que se sentían capaces iban al frente a recitar sus poesías y publicaban aquella revista que se llamaba *El Mono Azul*, que fue un poco el «romancero» de la guerra civil. Al caer por traición Madrid, que era la capital y un símbolo, cayó todo.
>
> (Núm. 3.378, p. 6.)

El papel de la prensa

En la zona nacional, a finales de 1936, salió por primera vez, en Pamplona y editada por la Delegación Nacional de Prensa y Propaganda, la revista *Jerarquía*, dirigida por el sacerdote Fermín Yzurdiaga. Su propósito era «lanzar el pensamiento de los intelectuales nacional-sindicalistas de un modo acorde, exaltado y grave, como en los coros de las grandes abadías se levanta el coro de la mañana». El consejo de redacción estaba formado por un grupo de amigos, Eugenio d'Ors, Pedro Laín Entralgo, Luis Rosales y Luis Felipe Vivanco, que vivían en Pamplona en una habitación llamada por sus camaradas «El departamento de la ciencia», y otros, como Gonzalo Torrente Ballester, Rafael García Serrano, Manuel Díez Crespo, etc. Colaboraron en ella Eugenio Montes, José María Pemán, Adriano del Valle, fray Justo Pérez de Urbel, Angel María Pascual, etc. Su tono estuvo siempre a la altura de su pretensión, ser «guía nacional-sindicalista del Imperio, de la Sabiduría y de los Oficios»; pero salieron solamente cuatro números: invierno de 1936, octubre de 1937, marzo de 1938, y otro fechado simplemente en 1938. Otra revista, *Vértice*,

¡ESPAÑOL!

COMPRAR

LA AMETRALLADORA

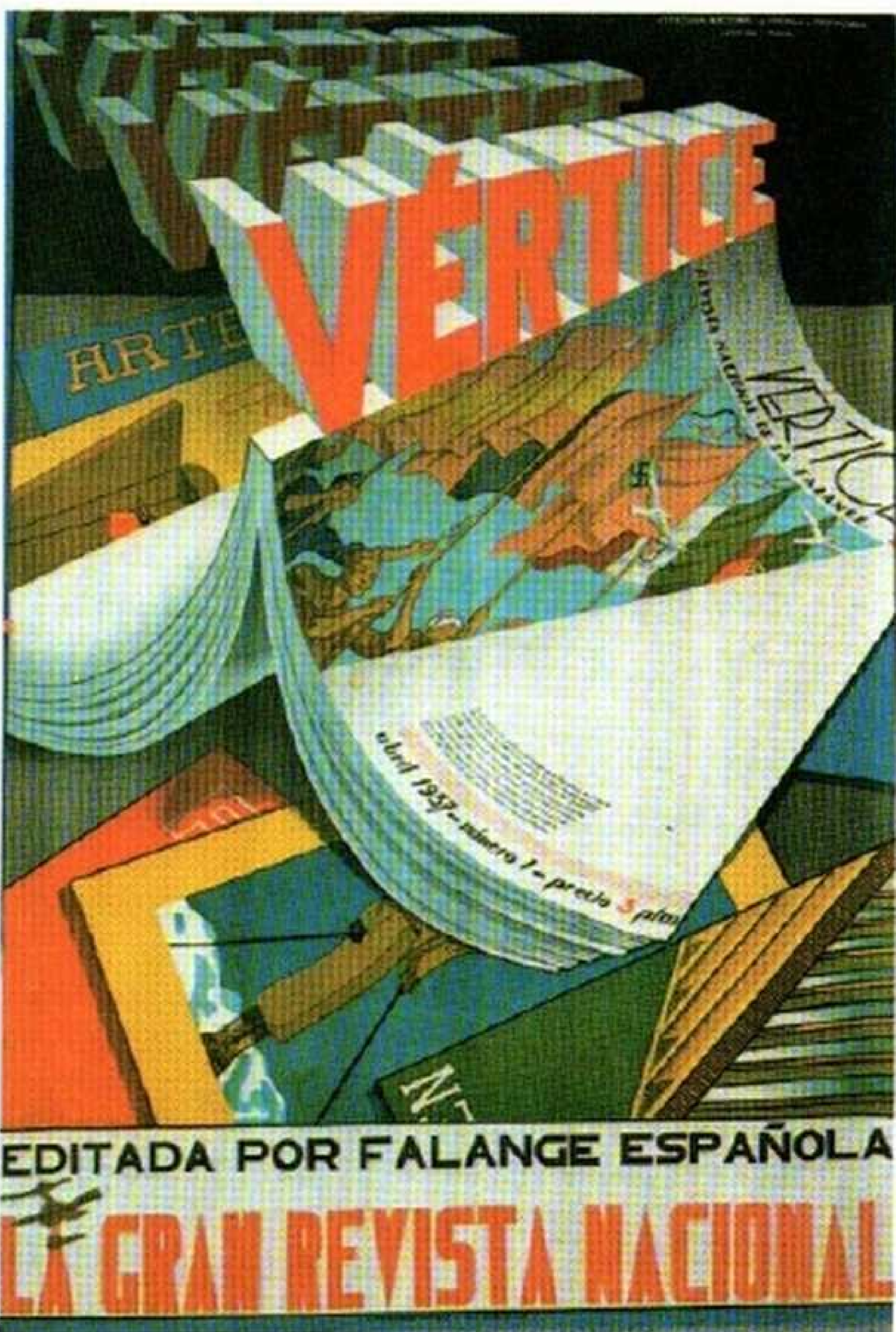
es un **DEBER** de todo buen **PATRIOTA**

Por **1** ejemplar que tú compras, envías **2** a nuestros **SOLDADOS** y proporcionas **ALEGRIA** en nuestros **FRENTES DE COMBATE.**

¡Español!, adquiere siempre "La Ametralladora", el semanario de los soldados; en ello, además, encontrará un gran deleite, porque las mejores plumas y los mejores dibujantes nacionales colaboran en "La Ametralladora"

PAGINAS A CUATRO COLORES
HISTORIETAS
TEATRO HUMORISTICO
REPORTAJES DE GUERRA
CHISTES Y CUENTOS
POESIAS FESTIVAS
COLABORACION DE NUESTROS HEROICOS SOLDADOS
PARODIAS DE PERIODICOS ROJOS
FOLLETIN, etc., etc.

(El Norte de Castilla.)



(Arch. C. S. de Tejada.)

En 1937 se lanza la revista satírica La Ametralladora, *que será la antecesora de* La Codorniz. Vértice *fue la contrapartida nacional de* Horas de España.

de FET y de las JONS, tuvo mayor vida que *Jerarquía* (desde abril de 1937 hasta 1946) y compartió con ella la exaltación de lo heroico imperial y el cultivo de la cultura y el arte. En *Vértice* figuraron los escritores Ernesto Giménez Caballero, Agustín de Foxá, Mourlane Michelena, Víctor de la Serna, Samuel Ros (su primer director), Manuel Halcón (segundo director), José María Alfaro (director de la última etapa), Dionisio Ridruejo, Edgar Neville, Jacinto Miquelarena, Eugenio Montes, Alvaro Cunqueiro y José María Castroviejo.

Al margen de estas revistas serias se lanzó en la zona nacional, en el año 1937, una revista semanal de humor, *La Ametralladora*, dirigida y compuesta por cuatro escritores de San Sebastián: Miguel Mihura, Antonio Lara («Tono»), Edgar Neville y el joven Alvaro de Laiglesia. El tipo de humor era nuevo, respondía a una comicidad «pura» y tomaba sus raíces en las novelas de Ramón Gómez de la Serna. Heredó este humor absurdo la tan célebre *Codorniz* de la España franquista.

No se puede terminar este largo prólogo a la literatura producida durante la guerra sin mencionar dos libros importantes sobre la actuación de los intelectuales en la guerra. El primero, recopilación de artículos en gran parte publicados en *Hora de España*, salió en Santiago de Chile en 1939 (Editorial Panorama) y fue publicado de nuevo en Madrid en 1977 (Editorial Hispamarca). Se trata de *Los intelectuales en el drama de España*. En él, María Zambrano cuenta el entusiasmo de los intelectuales por la causa de la República y del pueblo. El otro libro, mucho más reciente y voluminoso, reúne más de trescientos artículos escritos durante la guerra en ambos bandos y nos presenta una visión doble: *Si mi pluma valiera tu pistola. Los escritores españoles en la guerra civil* (Barcelona, Plaza y Janés, 1979), de Fernando Díaz-Plaja. Bajo una serie de temas comunes, como los de patria, trabajo, futuro político de España, culto a la personalidad, visión del extranjero, religión, regionalismo, escritor comprometido y crímenes ajenos, Díaz-Plaja reúne aquellos textos, acordes o disonantes, y el lector puede sacar sus propias conclusiones. En la introducción, sin embargo, el autor nos da su opinión:



(Efe.)

Eugenio d'Ors, en el centro de la fotografía, fue sin duda la figura intelectual más representativa de la España de Franco. Brillante e incisivo, fue partidario de una concepción cultural aristocratizante y minoritaria.

«Si mi pluma valiera tu pistola
de capitán, contento moriría...»,

dijo Antonio Machado en unos versos dirigidos a Líster. Casi al mismo tiempo, su hermano envidiaba a Moscardó. Eran dos pruebas de la locura que había invadido a los españoles. A todos los españoles, incluyendo a los más eximios escritores.
Sí. España entera perdió la cabeza...

Romanceros y poetas

AL empezar a pasar revista a la literatura de la guerra civil, hay que señalar primero su condición muy particular, su carácter de «urgencia». En las dos zonas, pero sobre todo en la republicana, los escritores se sintieron apremiados por la necesidad de producir rápidamente textos convincentes, de gritar su convencimiento por todos los medios puestos a su disposición. Así Santiago Ontañón, en una conferencia reproducida luego en *El Mono Azul*, decía:

> No tenemos otra obligación que gritar, gritar hasta enronquecer, para que nos oigan en el último rincón del mundo. Como sea, con la pluma, con el pincel, con el lápiz, con la palabra, pero gritar tan fuerte que nuestro eco quede vibrando en el aire eternamente. Esta es nuestra misión.


(Arch. Triunfo.)

Manuel Altolaguirre (1905-1959), malagueño y poeta de la generación del 27, participó en el Congreso de Intelectuales Antifascistas. Recopiló el Romancero de Guerra.



(Arch. C. S. de Tejada.)

El gobierno republicano fomentó las actividades artísticas y culturales realizadas por los propios soldados.

Estas frases, aunque pronunciadas aquí por un republicano, podrían haber sido dichas igualmente por uno del campo de enfrente, tanto como esta otra que sigue en el texto de Ontañón: «¿Estamos en guerra? Pues guerra. Ya vendrán otros tiempos y la historia dirá.» Habrá que recordar constantemente estas afirmaciones a lo largo de este trabajo que iniciamos con el género poético, pues tanto en el orden cronológico como en la escala de valores aparece primero. El tipo de poesía nacida en una guerra, la de Troya, floreció de una manera singular entre los combatientes de los dos bandos, pero sobre todo en el republicano. Rápidamente circularon poemas anónimos, y estas coplas elementales, con reminiscencias del antiguo folklore tradicional, eran fáciles de memorizar; he aquí una muy popular:

Canta, miliciano, canta,
y canta todos los días,
que quiero con tus cantares
convivir las alegrías
lo mismo que los pesares.

El domingo ya pasó,
las flores se estropearon,
las campanas no tocaron
y Madrid no se tomó.



(Col. familia Giménez Caballero.)

Rafael Alberti, gaditano nacido en 1902 y uno de los mejores poetas vivos, participó en su juventud en los movimientos surrealistas.

Le he prometido a mi novia
ser algo más que valiente,
pues ella sabe la rabia
que tengo yo al otro frente.

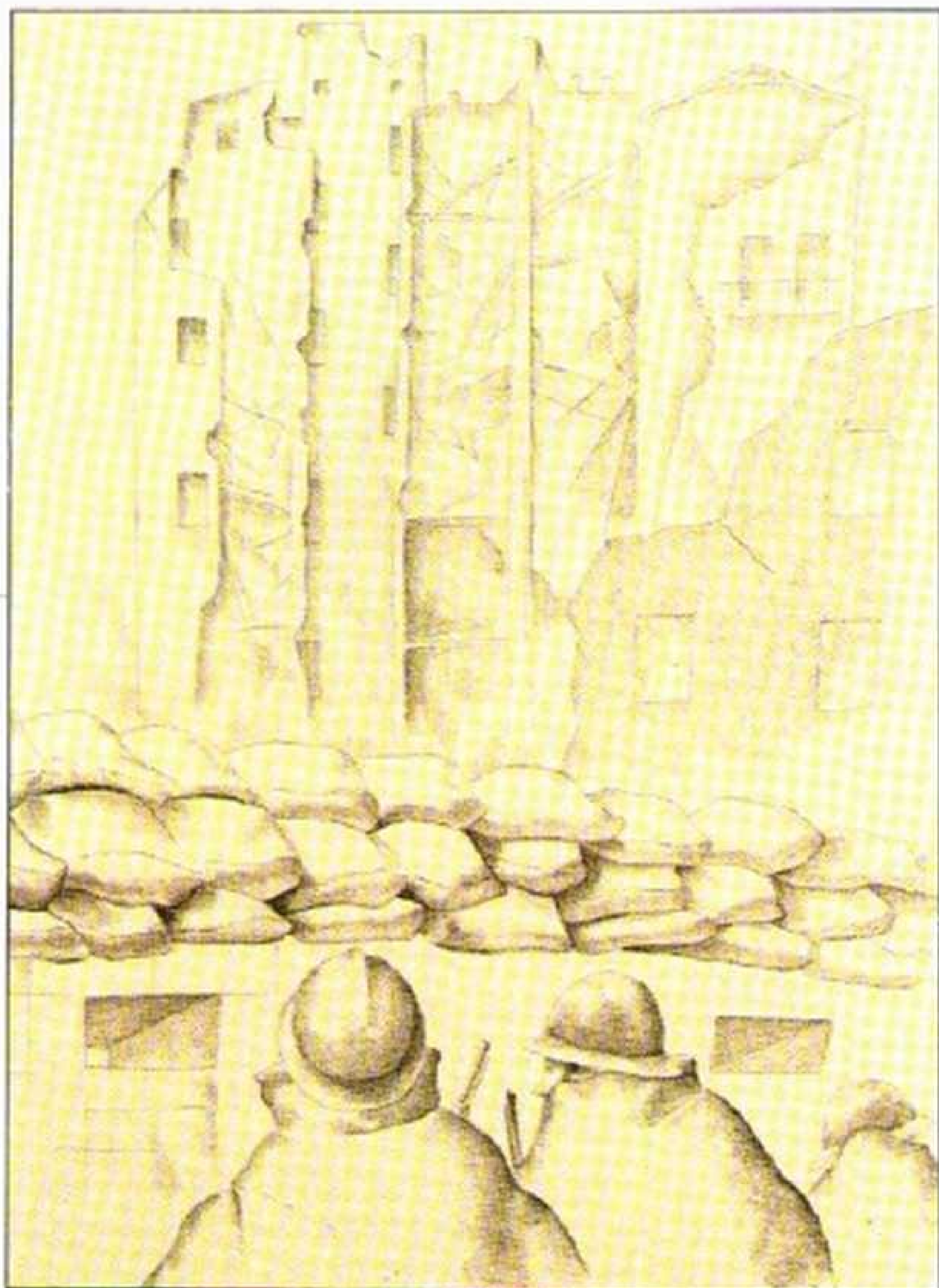
Mientras tengamos fusiles
y no falten municiones,
venceremos los civiles
contra todas las naciones.

Desde los primeros momentos se insertaron poemas en las publicaciones de los frentes, y entre los republicanos, desde agosto de 1936 *El Mono Azul* empezó a canalizar la producción. A los poetas «profesionales», como Alberti, Antonio Machado y Miguel Hernández, se añadieron las voces populares, los poetas anónimos; salieron nuevos nombres, y esto constituye un elemento fundamental del estallido poético de la guerra. Todos juntos colaboraron a formar este nuevo «romancero», del cual hablaba Alberti en su citado artículo de 1977. María Zambrano no vacilaba en afirmar ya en 1937:

> Lo más destacado de *El Mono Azul*, lo más popularizado, es el romancero de la guerra, que ocupa sus páginas centrales en sus últimos números, reservados conmovedoramente a gráficos de guerra (defensa en las trincheras y contra los aviones, manejo del fusil). Se discute entre intelectuales, y dentro de España mismo, el sentido que pueda tener resucitar esa vieja forma del romance para contar y cantar hechos de hoy. No vamos a entrar aquí en esta polémica. Pero hay algo positivo, y es este paso dado por la poesía en sus poetas mejores y de más brillo para acercarse al pueblo directamente, para fijar poéticamente las hazañas heroicas y que el pueblo se recuerde y se reconozca a sí mismo en la poesía. No sé si acertado o no, desde un punto de vista más total y lejano o no, pero sí sé que me conmueven profundamente romances como la «Defensa de Madrid», de Alberti, como «Viento del pueblo», de Miguel Hernández, y otros muchos de magníficos poetas que tendrán el día de mañana un valor documental riquísimo y que ya hoy muchos milicianos repiten en la agonía de las trincheras.
>
> (*Op. cit.*, p. 52.)

Esta cita, aunque larga, era necesaria, pues expresa el sentir y el parecer de la mayoría de los críticos de entonces y posteriores.

El romancero comenzado en *El Mono Azul* salió en un libro titulado *Poesía de guerra* (Madrid, Ediciones del Quinto Regimiento, 1936), y luego en una edición, preparada por Manuel Altolaguirre, del mismo año: *Romancero de la guerra civil* (Madrid, Ministerio de Instrucción Pública). Su edición definitiva, *Romancero general de la guerra de España* (Madrid, Valencia, 1937), seleccionada por Emilio Prados, prologada



(Col. familia Quintanilla.)

La defensa de Madrid sirvió de inspiración a poetas y escritores: símbolo para intelectuales de todas las latitudes.



(Novosti.)

Una importante literatura surgió entre el fragor de los fusiles y el ruido de las bombas. Sobre la guerra de España se ha escrito más que sobre cualquier otro suceso del siglo XX.

por Antonio Rodríguez-Moñino y dedicada a García Lorca, comprende más de trescientos poemas de autores conocidos, otros de desconocidos y unos anónimos.

Se menciona a menudo este primer «romancero» de la guerra por ser el más difundido, pero a lo largo de nuestras investigaciones hemos podido recopilar más de cincuenta colecciones de poesías con este nombre o con el de «cancionero», publicados no solamente en España, sino también un poco por todas partes. No citaremos más que los muy relevantes:

Cancionero de la guerra de España (Aportación de los mejores poetas españoles), Madrid, Ediciones Españolas, 1937.

PILLEMENT, Georges. *Le Romancero de la guerre civile.* Poemas de Altolaguirre, Valera, Aleixandre, etcétera. Traducido por Gabriel Audisio. Prefacio de Jean Cassou. París, Editions Sociales Internationales, 1937.

CALLE ITURRINO, Esteban. *Romancero de la guerra.* Bilbao, Escuelas Gráficas Santa Casa de Misericordia, 1938.

Romancero de los voluntarios de la libertad. Prólogo de Gustav Regler. Madrid, Ediciones del Co-

misariado de las Brigadas Internacionales, 1937.
TEWELEIT, H. L. *¡No pasarán! Romancero aus dem Freiheitskampf des spanischen Volkes, 1936.* Berlín, 1959.

Además de estas colecciones de poesías, hay que insistir en las obras de unos poetas especialmente prolíficos y valiosos. Empezaremos por Rafael Alberti, ya señalado, pues, además de ser el iniciador y el animador del «romancero», ha dejado poemas inolvidables, reunidos en parte en la cuarta sección de *De un momento a otro (Poesía y historia, 1932-1937):* «Madrid, capital de la Gloria» (Madrid, Ediciones Europa-América, 1937). Estas composiciones, de muy diversas medidas, en las cuales la libertad parece ser la norma, están dedicadas a una gran riqueza de temas, si bien todas giran alrededor de la guerra: los soldados, los campesinos, la resistencia civil, los miembros de las Brigadas Internacionales, el general Kleber, García Lorca, etc. Escogemos dos poemas por ser quizá los más conocidos, los que más han retenido la atención del público lector, «A galopar» y «A las Brigadas Internacionales»; he aquí unas estrofas de cada uno:

> Las tierras, las tierras, las tierras de España,
> Las grandes, las solas, desiertas llanuras.
> Galopa, caballo cuatralbo
> jinete del pueblo,
> al sol y a la luna
>
> A galopar,
> a galopar,
> ¡hasta enterrarlos en el mar!

> Venís desde muy lejos... Mas esta lejanía,
> ¿qué es para vuestra sangre, que canta sin fronteras?
> La necesaria muerte os nombra cada día
> no importa en qué ciudades, campos o carreteras.
> ....
> Quedad, que así lo quieren los árboles, los llanos,
> las mínimas partículas de luz que reanima
> un solo sentimiento que el mar sacude: ¡Hermanos!
> Madrid con vuestro nombre se agranda y se ilumina.

Antonio Machado, defensor desde siempre de la libertad, ya mayor en 1936, fue, sin embargo, uno de los primeros en colaborar con la República en toda clase de publicaciones, y particularmente en *Hora de España;* firmó declaraciones, habló por la radio. Sus artículos y sus palabras escritas o pronunciadas fueron recogidos en un libro titulado *La guerra,* del cual dijo María Zambrano:

> Palabras paternales son las de Machado, en que se siente el saber amargo y a la vez consolador de los padres, y que con ser a veces de honda melancolía, nos dan seguridad al darnos certidumbre. Poeta, poeta antiguo y de hoy; poeta de un pueblo entero al que enteramente acompaña.
>
> *(Op. cit.,* p. 76.)

El primer poema de Antonio Machado durante la contienda fue dedicado a la muerte de otro poeta, Federico García Lorca; salió en el semanario *Ayuda,* el 17 de octubre de 1936, y dio pronto la vuelta al mundo. Considerado por muchos críticos como uno de los mejores de Machado en sus últimos años, fue también uno de los más estremecedores y de mayor valor lírico entre los múltiples compuestos en el mundo a la memoria del poeta del *Romancero gitano:*

> Se le vio, caminando entre fusiles,
> por una calle larga,
> salir al campo frío,
> aún con estrellas, de la madrugada.



(Arch. Doc. Mº Cultura. Salamanca.)

La revista más conocida y prestigiosa de la España republicana fue sin duda Horas de España. *Se publicó desde febrero de 1937 hasta octubre de 1938.*



(Col. viuda de Hernández.)

Prototipo del poeta comprometido con la causa republicana, Miguel Hernández, nacido en Orihuela en 1910, falleció de enfermedad en la cárcel de Alicante en 1942.

> Mataron a Federico
> cuando la luz asomaba
>
> ....
>
> [...] Que fue en Granada el crimen
> sabed —¡pobre Granada!— en su Granada.

Escribió muchos poemas más; entre ellos destacamos particularmente el de la defensa de Madrid, batalla que tanto atrajo la atención del mundo:

> ¡Madrid, Madrid! ¡Qué bien tu nombre suena,
> rompeolas de todas las Españas!
> La tierra se desgarra, el cielo truena;
> tú sonríes con plomo en las entrañas.

Aquí, como en las demás obras del Machado de esos años, y sobre todo en la segunda parte de *Juan de Mairena*, que compuso entonces, se ve a las claras que no hubo ruptura en su mundo poético, sino más bien un desarrollo totalmente lógico.
Machado abandonó Madrid en noviembre de 1936, aconsejado por Alberti y León Felipe; vivió en Rocafort, a unos kilómetros de Valencia, hasta marzo de 1938, y se trasladó luego a Barcelona. Al principio de 1939 formó parte del éxodo que pasó a Francia, y murió, el 22 de febrero, en un pueblo cercano de la frontera, Collioure.
Final quizá más trágico aún tuvo otro gran poeta, Miguel Hernández. Para muchos, éste encarna, simboliza, lo más auténtico de la literatura republicana durante la revolución. Como tantos otros intelectuales, se incorporó al ejército republicano, y se le vio luchar en Jaén y Teruel; posteriormente fue comisario de cultura de las fuerzas de «el Campesino». Su producción literaria creció entonces y se hizo caudalosa: escribió poemas, teatro, textos en prosa. Ya en 1937 apareció en Valencia su espléndido libro *Viento del pueblo*, dedicado a Vicente Aleixandre. También en él constatamos la primacía de la figura de Lorca, y a esta elegía siguieron varios poemas dedicados a los obreros y al trabajo, a la injusticia social y a otros muchos aspectos de la guerra. Citaremos solamente una estrofa del arrollador poema que da el título al conjunto:

> Vientos del pueblo me llevan,
> vientos del pueblo me arrastran,
> me esparcen el corazón
> y me aventan la garganta.

No menos emocionante es la «Canción del esposo soldado», que puede colocarse entre los mejores poemas amorosos de la literatura española:

> Espejo de mi carne, sustento de mis alas,
> te doy vida en la muerte que me dan y no tomo.
> Mujer, mujer, te quiero cercado por las balas,
> ansiado por el plomo.
>
> ....
>
> Nacerá nuestro hijo con el puño cerrado,
> envuelto en un clamor de victoria y guitarras,
> y dejaré a tu puerta mi vida de soldado
> sin colmillos ni garras.
>
> ....
>
> Para el hijo será la paz que estoy forjando.
> Y al fin, en un océano de irremediables huesos,
> tu corazón y el mío naufragarán, quedando
> una mujer y un hombre gastados por los besos.

Antes de terminar la contienda aún escribió Hernández *El hombre acecha*, y, una vez derrotada la República, recorrió varias cárceles; enfermo desde hacía tiempo, empeoró, y por fin murió en la prisión de Alicante, el 28 de marzo de 1942. Su *Cancionero y romancero de ausencias*, escrito entonces, deja ver el paroxismo de su dolor, de su capacidad de conmover, de su capacidad creadora.
Antes de detenernos ahora en la poesía de la España nacional hay que mencionar, aunque sea sólo de pasada, los nombres de otros poetas que serían dignos de retenerse en un estudio más amplio: León Felipe, Emilio Prados, José Herrera Petera, Pedro Garfias, Rafael Dieste, Luis Cernuda, José Moreno Villa y José Bergamín.

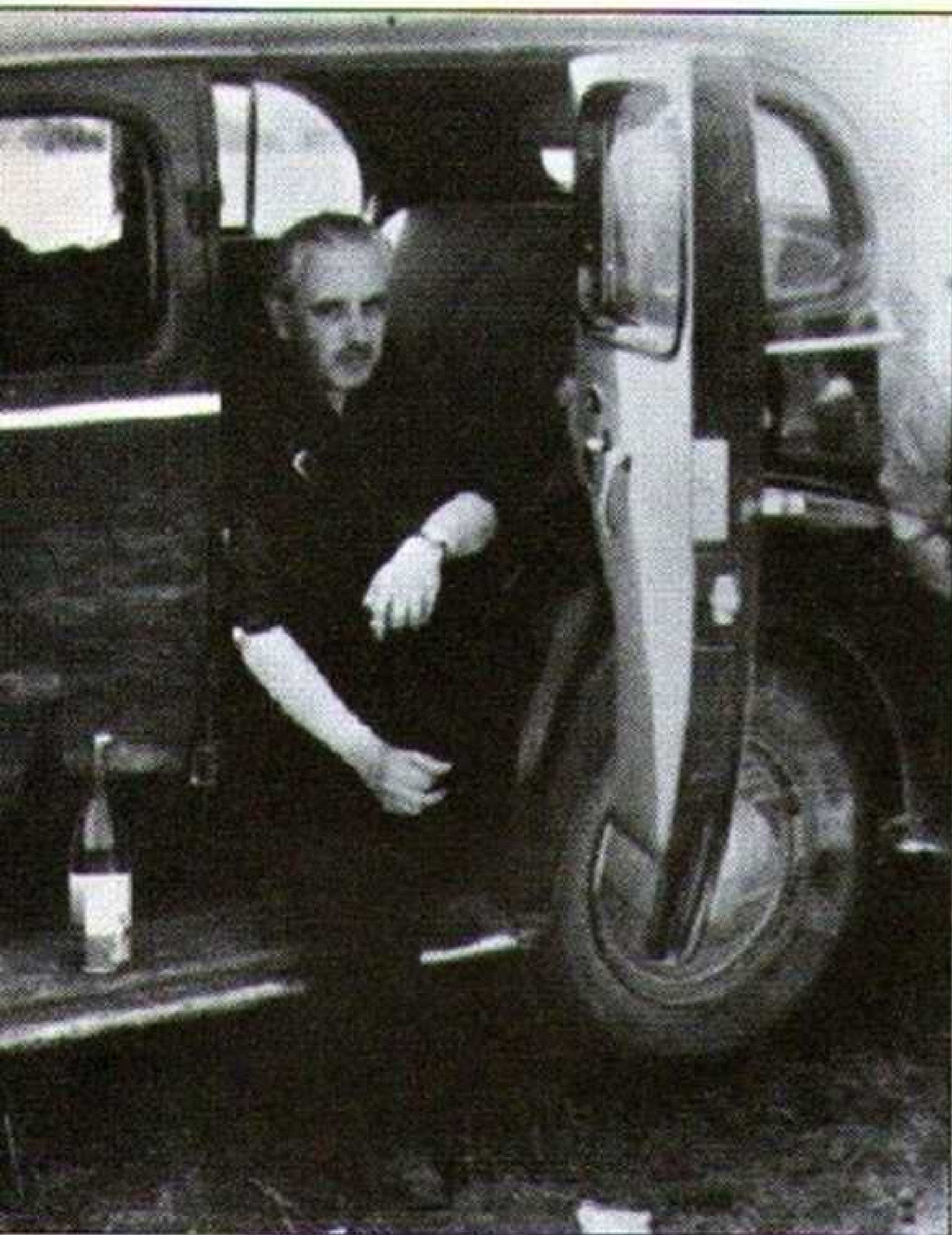
Poesía al otro lado

El primero y más conocido de los autores en favor de la causa nacionalista es, sin duda, José María Pemán, con su largo, inacabable y solemne



(Efe)

Los dos hermanos Machado, Antonio (sentado) y Manuel, reflejaron en sus propias vidas la fratricida división de los españoles. Antonio fue leal a la República y Manuel escribió poemas laudatorios a Franco desde Burgos.





José María Pemán, autor solemne y grandilocuente, reflejó perfectamente el espíritu de la Cruzada.

Dionisio Ridruejo, poeta y ensayista, trabajó en la propaganda. Después de la guerra se distanció del régimen.

Poema de la Bestia y del Angel (1938), de tono grandioso y épico. Aquí, el entusiasmo por la España eterna, el fervor nacionalista, cristiano, se oponen de forma violenta a todo lo que venga de fuera, sea el marxismo, el ateísmo o la masonería; el antisemitismo es notorio. La grandilocuencia y el maniqueísmo lo dominan todo y hacen que este «Poema» quede desde hace tiempo fuera de la literatura vigente. Durante muchos años se ha elogiado sobremanera esta obra, y aún en 1966 Ricardo de la Cierva escribía que era «la cumbre poética de la guerra de España» *(Cien libros básicos sobre la guerra de España.* Madrid, Publicaciones Españolas, p. 320); pero es evidente que la afirmación no resiste a ningún estudio serio. Otro poema de Pemán, «Romance de los muertos en el campo», publicado en la *Antología poética del Alzamiento, 1936-1939,* dirigida por Jorge Villén, revela una misma ideología:

> ¡Y *cómo iguala la muerte* - los rojos y los azules!
> ....
> Nadie es nada. Todos son - sílabas que se resumen
> en un romance sin nombre - y en un olvido sin cru-
> [ces.
> ¡Cómo se achica aquel bravo - y aquel capitán se pu-
> [dre!
> Y la miliciana aquélla - de entreabiertos ojos dulces
> con su fusil y su «mono» - muerta, en la yerba, de
> [bruces...
> ¡Qué montoncillo tan leve - de campanillas azules!
> *Pero Dios sabe los nombres* - y los separa en las nu-
> [bes.

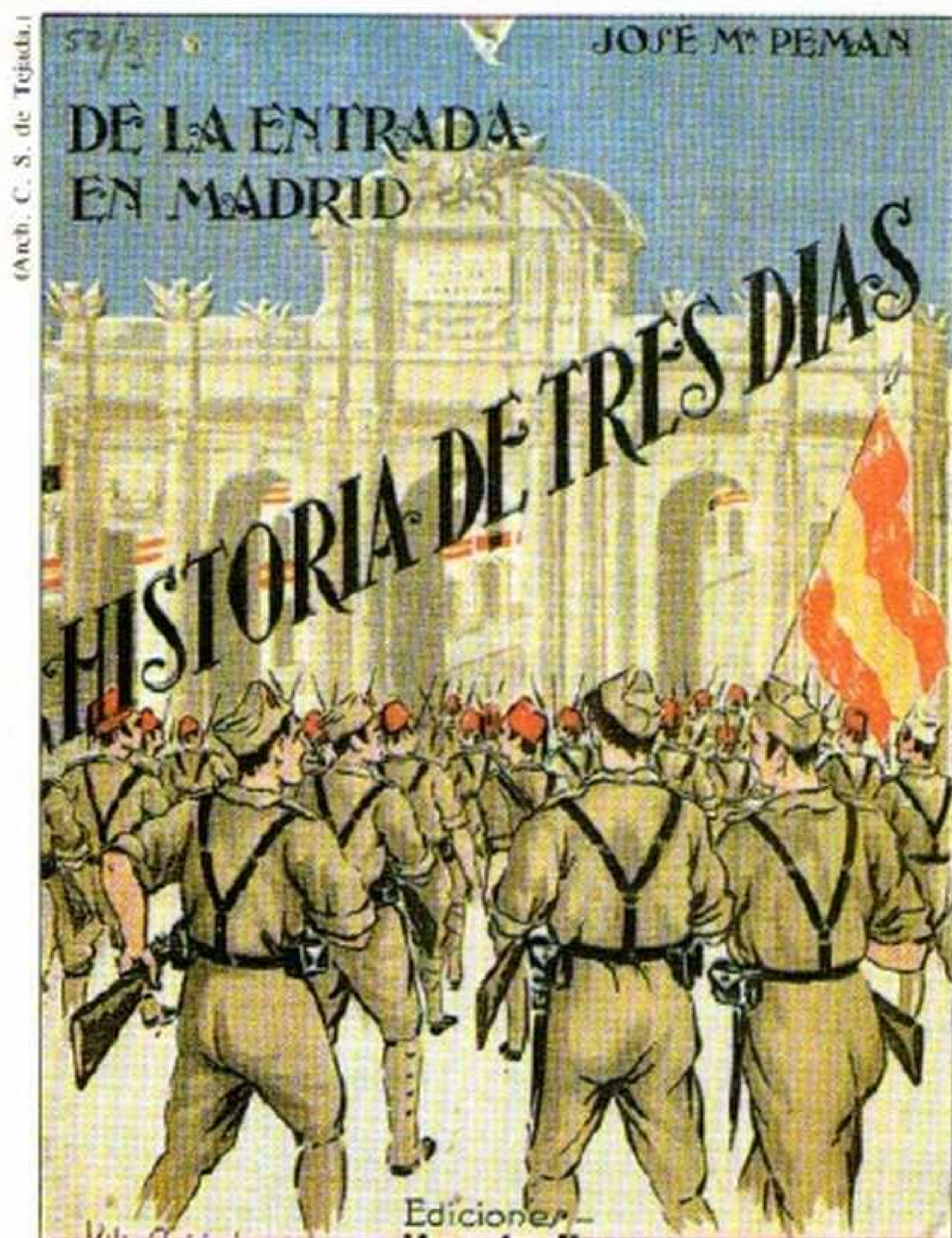
(Subrayado nuestro.)

Estamos más de acuerdo, sin embargo, con otra aseveración de De la Cierva en el mismo libro: «Franco perdió en casi toda la línea la guerra de los versos» (p. 311); la comparación de la poesía en los dos bandos es en efecto desoladora para la España de Franco. Pero, a pesar de todo, interesa indicar algunos aspectos y ciertas obras que en su tiempo llamaron la atención, si bien hoy día han caído en el olvido. Hemos señalado la violencia, el maniqueísmo en Pemán, y encontramos estas características en gran parte no sólo de la poesía nacional, sino también de la republicana. A esto se añade por lo general en la zona nacional una gran imaginería que llama emociones fuertes al sentimentalismo. El moralismo, el tradicionalismo, la aceptación de la muerte, así como la idea de una España indivisible, imperial, suelen formar parte de la poesía de tendencia fascista. El culto a la personalidad es muy fuerte en las dos zonas; recordemos los sonetos a Líster y a Moscardó, ya mencionados, de los hermanos Machado y que, por ejemplo, Pedro Laín Entralgo, posteriormente tan diferente en sus ideas políticas, compuso su único poema de la

guerra en honor de José Antonio Primo de Rivera. Manuel Machado, totalmente opuesto en ideología y estilo a su hermano, puede casi considerarse como el prototipo del tradicionalismo. En *Horas de oro* (1938), dividido en tres partes, «Ayer», «Hoy», e «Introito», la parte central se abre con un soneto a Franco:

> Caudillo de la nueva Reconquista,
> Señor de España, que en su fe renace,
> sabe vencer y sonreír, y hace
> campo de pan la tierra de conquista.

Sigue luego la alabanza a las principales figuras de la guerra y hasta de la Virgen del Pilar, «capitana otra vez». Encontramos el mismo afán de elogiar y ensalzar los héroes, y particularmente a Franco y a José Antonio, en Eduardo Marquina y Dionisio Ridruejo. Otro poeta digno de mención es Agustín de Foxá, que en *El almendro y la espada* (1940) recopiló la mayor parte de su producción poética de la guerra. En poemas como «Trincheras del frente de Madrid», «La espiga», «Poema a Calvo Sotelo», el conde Foxá participa de las mismas ideas que se han señalado ya como peculiares de la zona nacional. Veamos sólo este trozo significativo del «Poema a Calvo Sotelo»:



(Arch. C. S. de Tejada.)

Este libro, como otros muchos durante la guerra, fue escrito a la medida de los hechos y las cosas.

> Derramaron tu sangre; la ocultaron temblando
> ....
> Tu brazo amortajado señalaba un camino.
> Te seguimos seguros; y estaba tu mensaje
> volando como un águila hueca de aire tranquilo.
> Cinco flechas lanzaba frente al mar de Alicante nuestro [Ausente,
> y las cinco custodian tu vuelo.
> Ya hacia Burgos flamean las banderas de Franco.
> Ya no se rompe España; las banderas de Rusia
> derrotadas se enrollan, y las estepas de Asia
> ya no alzarán sus tiendas en medio de los claustros.
> ....
> el disparo nocturno de aquel trece de julio
> que regó con su sangre el umbral del Imperio.
>
> (*Antología poética del Alzamiento, 1936-1939*, Cádiz, Cerón, 1939.)

Quizá lo más importante publicado en este bando sea la antología de poesía imperial, reunida por Luis Rosales y Luis Felipe Vivanco en 1940: *Poesía heroica del Imperio* (Barcelona, Ediciones Jerarquía, 1940). En los dos gruesos volúmenes aparecen los nombres de hombres tan conocidos como José Camón Aznar, Gerardo Diego, Luis Santa Marina, José María Castroviejo, Felipe Sassone, Dionisio Ridruejo, Rafael de Balbín Lucas, Francisco Javier Martín Abril, Manuel Machado, etc.
Desde luego, la poesía es el género que más se cultivó en España durante la guerra, y su historia está todavía por hacer. El que se lance a ese trabajo gigantesco tendrá que estar dispuesto a encontrar de todo: varias obras de gran calidad, pero también mucha escoria. Con razón afirma Serge Salaün en «La expresión poética durante la guerra de España» (*Los escritores y la guerra de España*. Barcelona, Monte Avila, 1977, p. 145): «En una época tan tormentosa, tan marcada por la violencia y la rapidez de los hechos, el poema estaba a la medida exacta de las cosas y de la gente [...] unidad eficaz de lectura y de producción.» Esto explicaría la cantidad increíble de obras poéticas, pero, inevitablemente también, sus diferencias de calidad.

El teatro republicano

«La novela, la composición teatral tradicional no pertenecen a las exigencias de un período épico como la guerra de España», continúa Salaün en el ensayo citado. Sin embargo, aunque las circunstancias de la guerra se presten más en todos los sentidos a la poesía, los otros dos géneros literarios han florecido también. De ellos es seguramente el teatro el que menos frutos ha recogido del tema bélico como fuente de inspiración; pero, por otra parte, desde los primeros momentos ha sido un elemento primordial de propaganda, y por lo tanto constituye aún hoy una parte capital de la literatura de la guerra.
Un primer hecho llama la atención al hablar de este



(Sovfoto.)

María Teresa León, esposa de Alberti, escritora y animadora cultural, conversa con la esquiadora Nastya Sunkueva.

género: los teatros de Madrid, Barcelona y Valencia casi no cerraron, salvo algunos días inmediatamente después del 18 de julio. Un poco más tarde, en efecto, se reanudaron las sesiones, esta vez organizadas por las centrales sindicales. Las Misiones Pedagógicas, tan populares durante la República, también continuaron su obra. A partir de finales de agosto de 1936, la Alianza de Intelectuales Antifascistas comenzó una serie de iniciativas con su Comité de Agitación y de Propaganda, dirigido por María Teresa León, y el 4 de septiembre, el nuevo ministro de Instrucción Pública, Jesús Hernández, subrayó la necesidad de elaborar rápidamente un plan de acción apoyándose en la música, el teatro y el cine. Apenas una semana más tarde tuvo lugar la primera representación del «Grupo de Teatro Popular». El mismo mes, José Antonio Balbontín hizo representar *El cuartel de la Montaña* y *El frente de Extremadura,* dos episodios de la guerra civil, y también el grupo «Nueva Escena», impulsado por María Teresa León y Rafael Alberti, empezó con los ensayos de tres obras cortas, *Al amanecer,* de Rafael Dieste; *La llave,* de Ramón Sender, y *Los salvadores de España,* de Alberti. Estas obras se representaron en el Español, el 20 de octubre. Paralelamente, «Altavoz del Frente» creaba el «Teatro de Guerra», que se instalaba en el teatro Lara, dirigido por el conocido actor Manuel González; el 22 de octubre, esta compañía presentó *Así empezó...,* de Luisa Carnés, sobre el principio de la guerra. Esperando la formación de un repertorio mejor, «Altavoz del Frente» hacía proyectar también en los cines de Madrid películas soviéticas, como *Los tres cantos de Lenin, Juventud triunfadora, Los marinos de Kronstadt* y *Chapaiev.* En Barcelona, se reorganizaron las actividades teatrales antes que en Madrid, pues, desde el 8 de agosto, ocho salas se volvían a abrir. Pero mientras que en Madrid se trataba a duras penas de mantener el funcionamiento tradicional de los teatros, en la capital catalana se procedió en seguida a la colectivización. Los resultados fueron muy discutibles, y las luchas entre la CNT y la UGT llevaron tanto a los artistas como a los autores a quejarse de la actitud de los sindicatos, que imponían una dictadura absoluta y sin apelación. Se representaron primero obras del repertorio catalán, español y extranjero, y a final de agosto el *Comitè Econòmic* hizo un llamamiento para pedir a los autores obras de circunstancias, sin lograrlo, por lo menos en un principio. Al final de 1936, Manuel Valldeperes publicaba un artículo largo, ampliado en un librito en 1937: *La força social i revolucionària del teatre* (Bar-

EL GUIÑOL SATIRICO
"LA TARUMBA"
Al servicio de la guerra, actuará aquí para vosotros, soldados del ejército de la República,
con el siguiente repertorio:
LIDIA DE MOLA EN MADRID
RADIO SEVILLA
RETABLILLO DE DON CRISTOBAL
LOS SALVADORES DE ESPAÑA

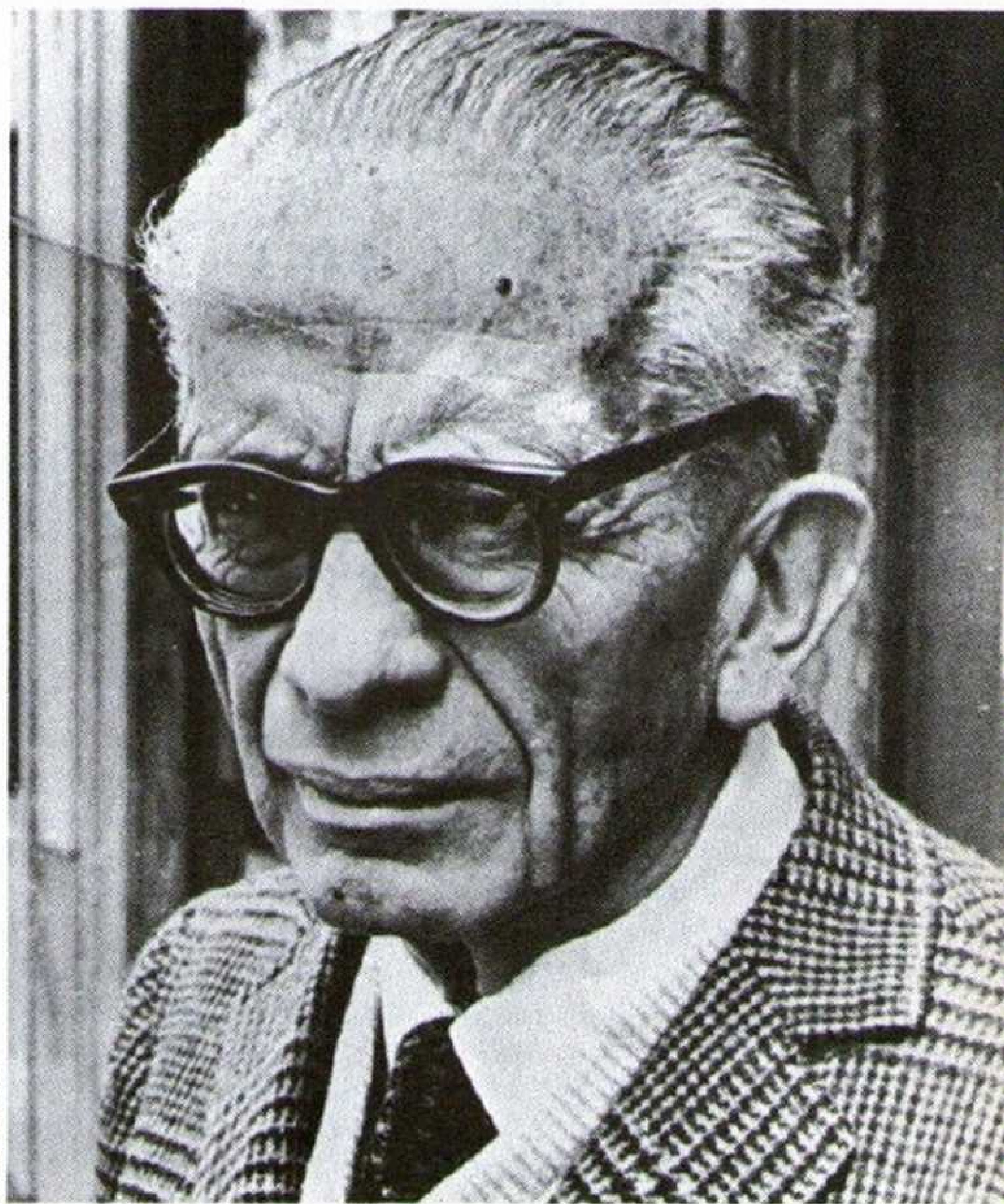
(Arch. Doc. M.º Cultura. Salamanca.)

Programas como éste veían los soldados republicanos. El guiñol, de viejo sabor popular, estuvo también al servicio de la causa democrática.

celona, Ed. Forja); en él subrayaba la influencia capital ejercida por el teatro sobre las masas.
La Generalitat organizó un concurso, y la obra premiada, *La fam,* de Joan Oliver, es una de las más importantes del teatro revolucionario catalán. En ella, un hombre primitivo se convierte en líder revolucionario y lleva los suyos al triunfo, pero no sabe reconstruir después de haber destruido; acaba en su lugar de origen, en el mundo del hambre. Este personaje principal es sumamente denso y matizado, aunque encarne las fuerzas viscerales de la revolución. Muy aplaudida en las representaciones, *La fam* no fue entendida por buena parte de la crítica, que quería obras más radicales, y no duró mucho en los carteles.
Más tarde, la *Federació Catalana de Societats de Teatre Amateur* convocó un concurso con tres categorías: «social», «reraguarda» y «avantguarda». Se premiaron en los grupos respectivos: *Nadal en temps de guerra,* de Lluis Capdevilla; *Un día de noviembre,* de J. Roig-Guivernau, y *Comiats a trenc d'alba,* de Ramón Vinyes. Las tres obras se representaron en mayo de 1938 en el Teatre Català de la Comedia. También el «Teatre de Xoc» y la Sección de Prensa y Propaganda del Comisario General del Ejército de Tierra abrieron concursos a finales de 1938, pero sin provocar ya mucho interés ni éxito.
Por lo general, el teatro en Barcelona, a pesar de los esfuerzos de hombres como Rodolfo González Pacheco, Ramón Caralt y Josep Prat, no pudo apenas salir de la mediocridad, y muchos se quejaban de la chabacanería y de la vulgaridad imperante; sólo algunas obras, como *La fam,* vieron la luz, y desgraciadamente fueron mal entendidas.
Si pasamos a Valencia, constatamos que los sindicatos se repartieron las salas de teatro y que no existieron allí las rivalidades de la capital catalana. Los teatros universitarios, como «El Búho» y «La Barraca» (fundada por García Lorca), reanudaron ya a final de agosto y en septiembre sus actividades, y a últimos de septiembre el primero representaba una de las mejores piezas de Max Aub sobre la guerra, *Pedro López García.* Estrenada en el altar mayor de la iglesia de los dominicos, esta obrita, subtitulada «auto», viene a ser una mezcla de realidad y de simbolismo, de tono netamente propagandístico, si bien representa un progreso claro en el teatro de su autor. En Valencia, como en Barcelona, encontramos a gente que hizo verdaderos esfuerzos para mejorar la calidad del teatro, particularmente Salvador Soler Mari y Milagros Leal, pero hay que volver a los autores de Madrid para encontrar una verdadera preocupación por la calidad. Escuchemos a Robert Marrast, el mejor crítico del teatro de la guerra civil en zona republicana:

> Todos los esfuerzos tienden a hacer desaparecer de las pantallas y de las escenas de Madrid el mal gusto y la vulgaridad, pero hay que tener en cuenta que los habitantes de la capital «quieren reír, divertirse, y pensar lo menos posible», y por otra parte los teatros de variedades y de revistas son los que hacen las mejores recetas, mientras que las salas donde se dan piezas de un nivel intelectual más elevado están en déficit. En una palabra: parece difícil imponer al público un repertorio de calidad, a pesar de los esfuerzos de ciertos artistas, y todo el mundo tiene que vivir...
>
> *(Les écrivains et la guerre d'Espagne.* París, Pantheon Press, 1975, p. 177.)

Si el paso por Barcelona de Erwin Piscator no supuso el cambio de orientación deseado, la presencia de María Teresa León en Madrid fue decisiva. Su trabajo incesante logró que se creara un Consejo Central del Teatro en octubre de 1937, en el cual figuraban las mayores personalidades de la vida intelectual y teatral española: Antonio Machado, Jacinto Benavente, Max Aub, Cipriano Rivas-Cherif, Alberti, Alejandro Casona, Manuel González, Enrique Casals Chapí y Miguel Prieto. Los propósitos del Consejo eran excelentes: cambiar la estructura del teatro, teniendo en


(Arch. Triunfo.)

Max Aub, fallecido en 1974, regresó a España en 1969. Se le considera uno de los hombres de letras más importantes de la España contemporánea.

(Arch. Doc. M.º Cultura. Salamanca.)

(Serv. Histórico Militar.)

María Teresa León fue la organizadora de las «Guerrillas del Teatro», de enorme calidad. Al mismo tiempo que se desarrollaba un teatro digno en las ciudades republicanas se representaba también la revista chocarrera.

cuenta el carácter ideológico de dicho género, formar actores y directores, buscar y educar un público nuevo.

Por desgracia, el Consejo no pudo llevar a cabo sus intenciones por precipitarse la guerra, y, a pesar de los esfuerzos gigantescos, el «Teatro de Arte y Propaganda» tuvo muchas dificultades financieras, quizá precisamente por defender a toda costa un teatro revolucionario de calidad. Sin embargo, hay que retener aquí la magnífica adaptación de la *Numancia* de Cervantes por Rafael Alberti, a finales de diciembre de 1937, obra que continuó hasta marzo del año siguiente. En ella, Alberti suprimía las escenas de magia y de sacrificio y repartía los parlamentos largos entre varios personajes, modernizaba los conceptos, sustituía a los romanos por los italianos, entre otras cosas para hacer ver mejor la semejanza entre los antiguos numantinos y los madrileños de 1937.

María Teresa León desarrolló también las «Guerrillas de Teatro», oficialmente aceptadas por el ministerio de Instrucción Pública en diciembre de 1937: así, actores formados por el «Teatro de Arte y Propaganda» circulaban por los frentes, iban a las organizaciones políticas y sindicales para representar un teatro siempre de calidad. Pero en Madrid, al igual que en Barcelona, como hemos indicado antes, por lo general se fomentaba en los teatros la grosería y abundaban las procacidades. Ninguna orden ministerial ni recomendaciones de juntas de teatro pudieron evitar estos errores.

Entre las obras principales producidas en la zona republicana, aparte de *La fam* de Joan Oliver, ya mencionada, hay que destacar, fuera de las obras cortas de Alberti *Los salvadores de España, Radio Sevilla* y *Cantata de los héroes y la fraternidad de los pueblos,* otra más larga del mismo autor: *De un momento a otro.* Y también, aparte de las piezas breves en prosa de Miguel Hernández, reunidas con el título de *Teatro en la guerra,* su magnífica obra *Pastor de la muerte.* La primera obra, *De un momento a otro,* «Drama de una familia española», analiza los antecedentes del conflicto y termina el 18 de julio de 1936; su marcadísimo carácter didáctico le resta bastante valor literario, pero en los coros de mendigos se reconoce bien al poeta de El Puerto de Santa María. Habrá que esperar veinte años para que Alberti dé su creación teatral más lograda sobre el tema, *Noche de guerra en el Museo del Prado;* aquí, el aspecto docente de la anterior, el exceso de populismo, de lirismo, han sido evitados, y el paralelo establecido entre 1808 y 1937 resulta de lo más acertado. En cuanto a Miguel Hernández, se había inspirado en la revolución de Asturias para *Los hijos de la piedra* (1935), y su obra *El labrador de más aire,* publicada en 1937, también se refiere a la preguerra, a la lucha entre campesinos y caciques. *Pastor de la muerte,* de 1937-1938, es su mejor aportación al teatro de la guerra y quizá la mejor obra producida durante la contienda. En la misma línea que *Viento del pueblo,* con tono de gran epopeya popular y breves canciones líricas insertadas, evoca la defensa de Madrid:

El dieciocho de julio
del año que nos traspasa
la guerra erizó su lomo
de bestia desesperada.
Reluciente fecha, amigos
de mi aldea y de mi alma.

Los ricos contra los pobres
traidoramente se lanzan,
tras de cuatro generales
traidores de pura raza

....

Los pobres contra los ricos
levantaron sus murallas
el dieciocho de julio
para que no las pasaran,
y hoy, treinta de agosto, aún
ni las rompen ni las pasan.

Centrada en la exaltación del heroísmo y en la figura de Pedro, como representante de las virtudes populares, la obra incita a la acción, a la lucha.

A la nómina de obras ya citadas nos quedan aún algunas por añadir, como *Amor de madre, Tiempo, a vista de pájaro,* de Manuel Altolaguirre; *El moscardón de Toledo,* de José Bergamín; *Sombras de héroes,* de Germán Bleiberg; *Los miedosos valientes,* de Antonio Aparicio, y *Al amanecer* y *Nuevo Retablo de las Maravillas,* de Rafael Dieste, publicadas en *Hora de España* o en el *Teatro de urgencia.*

Al considerar el teatro de la guerra civil en la zona republicana, lo que más retiene la atención es la cantidad de obras que se representaron en las grandes ciudades con repertorios muy variados, desde los clásicos griegos y españoles, sin olvidar evidentemente el *Don Juan* para el primero de noviembre, los franceses y los rusos, las actualizaciones de obras como la *Numancia,* de Cervantes, por Alberti, de *Fuenteovejuna,* etc., y sin contar las obras de García Lorca, de suma importancia, y las piezas nuevas del llamado «teatro de urgencia», de calidad muy variable. Hay que subrayar también que no sólo los teatros funcionaron durante casi toda la guerra, como dijimos anteriormente, sino que los conservatorios y las escuelas de teatro se vol-

TEATRO ESPAÑOL
DOMINGO, DIA 14 DE MARZO DE 1937
A LAS DIEZ Y MEDIA DE LA MAÑANA
Véanse detalles en programas y carteles
Función organizada por la JUNTA DE BENEFICENCIA DEL DISTRITO DEL CONGRESO para atender a las necesidades de sus pobres y sostenimiento del taller de confección de prendas para los frentes
REPRESENTACION DE LA OBRA CUMBRE DEL INMORTAL PEREZ GALDOS, TITULADA
ELECTRA
BUTACA, 3 PESETAS

(Serv. Histórico Militar.)

Para recaudar fondos con los que satisfacer las necesidades de la guerra se recurría frecuentemente a las funciones teatrales.

vieron a abrir y dispensaron una buena enseñanza. No faltaba la voluntad de mejorar, de elevar la calidad en muchísimas personas y entidades, si bien hemos señalado las realizaciones a menudo pobres y el gusto poco educado del público.

Teatro imperial

EN la zona nacional, el teatro no alcanzó ni mucho menos la importancia que tuvo entre los republicanos, a pesar de los escritos de ciertos teóricos, como F. B. Torralba Soriano *(Notas para la creación de un teatro nacional.* Zaragoza, 1937. Prólogo de J. M. Castro Calvo) y Gonzalo Torrente Ballester («Razón de ser de la dramática futura». *Jerarquía,* núm. 2, 1937). Este escribía las siguientes frases, significativas y en total acuerdo con la ideología falangista:

> Se impone la vuelta a lo heroico y pedir prestados sus nombres a lo épico, para, otra vez, como nos dice Esquilo, hacer tragedias con las migajas del festín de Homero [...], es necesario un drama para hombres todos [...] Mito, Magia, Misterio. Y también épico, nacional, hazaña [...] Procuraremos hacer *del teatro de mañana la liturgia del Imperio.*
>
> (Subrayado nuestro.)

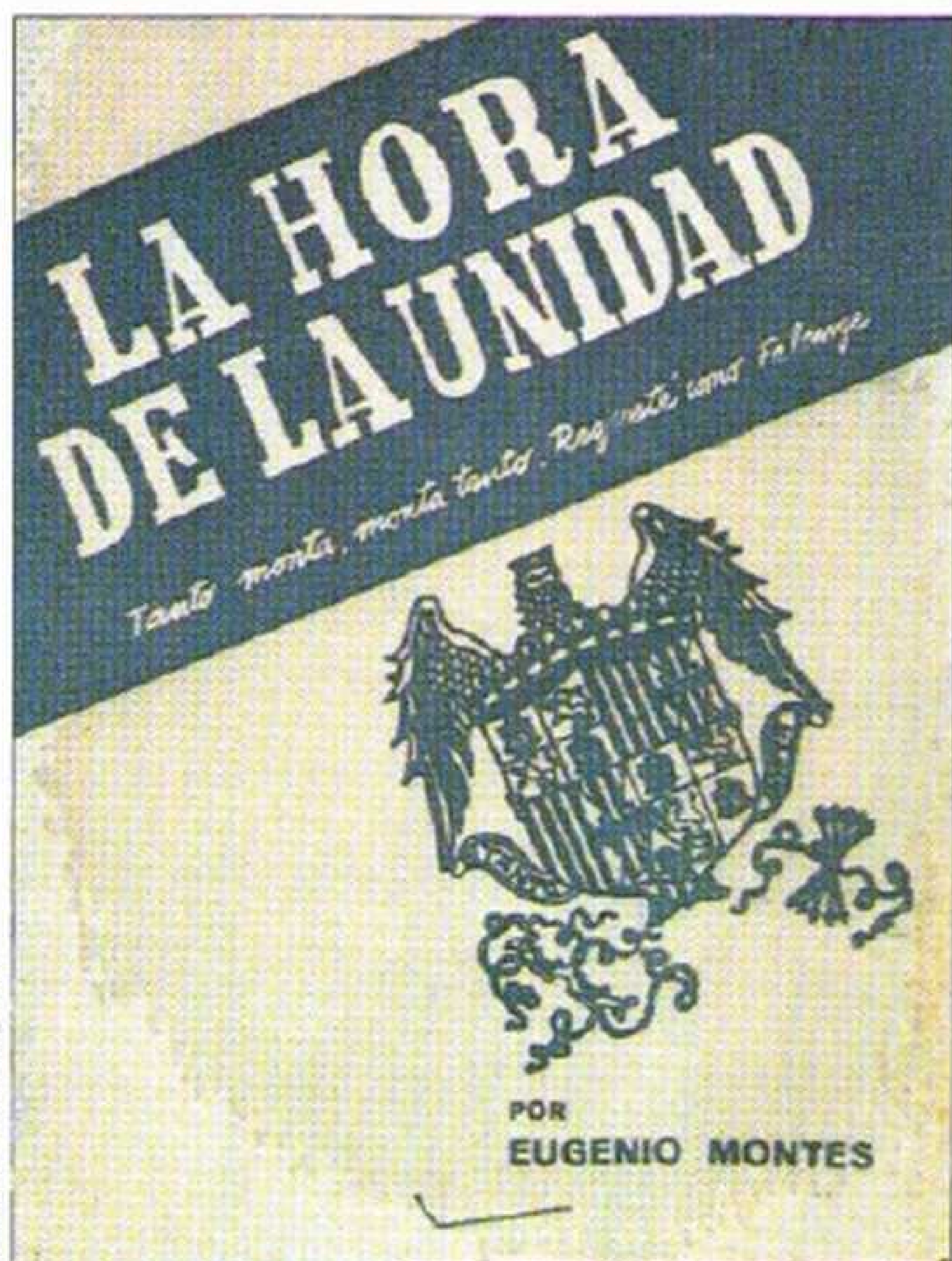
Para el entonces joven Torrente Ballester, el teatro, tal como lo concebía, era el único viable, y sobre todo creía que iba a florecer abundantemente en la España nacional, pues para él los períodos de política vertical siempre habían coincidido con grandes épocas teatrales.

Por la vía del teatro imperial, sin embargo, pocos supieron caminar, y los resultados fueron bastante tristes, por no decir lamentables. Torrente Ballester mismo puso en práctica sus teorías en una primera obra, *Casamiento engañoso,* auto sacramental que ganó el premio del concurso organizado por el gobierno nacionalista en 1938, pero de escaso valor. Su pieza siguiente, *Viaje del joven Tobías,* «Milagro representable en siete coloquios», revela mayor ambición y seguridad. Este milagro, adaptación romántica de un tema bíblico, se desarrolla en el trópico, con ángeles y demonios y con elementos del subcons-



(Efe.)

De izquierda a derecha: Luis Rosales, Agustín de Foxá, José María Alfaro, Leopoldo Panero y Antonio de Zubiarre.



(Arch. C. S. de Tejada.)

La frase que acompaña al título de este folleto fue contestada por algunos falangistas.



(Alfredo, Madrid.)

Gonzalo Torrente Ballester se apartó posteriormente de la ideología y la estética de su juventud.

ciente; el amor y la muerte están constantemente presentes y confrontados; el conjunto recuerda bastante el maniqueísmo de *El Angel y la Bestia* de José María Pemán, pero no carece de originalidad.

En la línea imperial indicada por Torrente Ballester, Luis Rosales y Luis Felipe Vivanco publicaron en 1939, también en *Jerarquía,* un drama histórico sobre Isabel la Católica, *La mejor reina de España;* en él se recuerda el pasado glorioso, invitando indirectamente a revivirlo con el nuevo jefe del Estado. Otra obra del mismo espíritu, pero más grandilocuente y un poco posterior a la contienda, es *Y el Imperio volvía,* poema coral dramático del jesuita Ramón Cue Romano (Barcelona, Balmes, 1940).

Se cuentan varios dramas políticos más que exaltan la España de Franco o las virtudes de sus partidarios. Mencionaremos sólo como ejemplo: *Unificación* (Tolosa, Delegación del Estado para Prensa y Propaganda), de Jacinto Miquelarena, cuyo título se refiere a la unión de las organizaciones falangistas y carlistas; *Apoteosis de España,* «Cuadro plástico de intensa vibración patriótica», de Filiberto Díaz Pardo (Soria, Imprenta Provincial, 1937); *¡La Nueva España!,* de José Gómez Sánchez-Reina (Granada, Gráficas Granadinas, 1937); *El hombre que recuperó su alma,* de Francisco Ferrari Billoch (Mallorca, Tipografía La Almudaina, 1937), y, finalmente, la famosa obra cómico-dramática *El miliciano Remigio,* de Francisco Muñoz-Jiménez (Badajoz, Tipografía y Librería Viuda de Arqueros, 1939).

La novela en los dos bandos

En este apartado, nos ceñiremos a la novela larga, género bastante cultivado en las dos zonas en guerra, pues extendernos a la novela corta, el cuento y la narración, nos llevaría mucho espacio, y en realidad no añadiría nada sustancial a lo que constatamos en la novela larga. En efecto, los mismos autores que se dedicaron a la novela escribieron por lo general también relatos más breves; se encuentran en ellos unos temas parecidos y el valor literario es equivalente. Sólo diremos que el relato corto, más fácil de realizar en un período agitado como el que tratamos, ha proliferado; se publicaron muchos en las revistas creadas entonces y ya mencionadas, y sobre todo en *Hora de España* en la zona republicana, y en la zona nacional en colecciones como «Los Novelistas», «La Novela de Vértice» y «La Novela del Sábado».

Hasta ahora se conoce mal la novela de la guerra, y muchos son los que afirman que hay pocas. Esta aseveración es completamente falsa, pues desde 1936



La cultura, entendida ésta como arma de liberación y cambio social, fue patrimonio de la izquierda histórica. El bando republicano la hizo suya durante la guerra civil. Los intelectuales colaboraron estrechamente con los soldados.

cerca de ochocientas obras se han publicado en el mundo sobre el tema, de las que unas seiscientas son de españoles que quedaron en la Península o que se exiliaron. (Véase nuestro libro: *La guerra civil española en la novela.* Madrid, Porrúa.) Bien es verdad que, entre éstas, varias no son únicamente «de la guerra», y a menudo cubren un período más amplio, pero más de la mitad de ellas transcurren enteramente en la guerra. Si nos limitamos a las novelas contemporáneas de los hechos históricos, o sea, entre 1936 y 1939, el número se reduce, pero aun así es bastante impresionante: más de cincuenta. No se puede afirmar lo mismo de su calidad, pues el tiempo para madurar una obra no era suficiente, y si la guerra se presta bien a la composición poética, como hemos visto más arriba, o aun a la narración corta, no se puede decir lo mismo de la novela.

La primera obra del género que se publicó fue en el mismo año 1936 en Madrid: *Gavroche en el parapeto* (Nueva Imprenta Radio), de Elías Palma y Antonio Otero Seco. El título se inspira en el pilluelo de París, Gavroche, símbolo del defensor del pueblo, y contiene un vivo reproche de los españoles a los franceses por no venir a ayudar a sus hermanos tras el Pirineo. Muy cercano al reportaje, poco elaborado, este libro da el tono a gran parte de la novelística que nos interesa aquí, por salir en fechas tan inmediatas a los hechos. Antes de la guerra, en los años finales de la monarquía, José Díaz Fernández y Joaquín Arderius habían sido los principales propulsores de la novela social y, durante la República, la novela revolucionaria, proletaria había seguido dando frutos con César María Arconada, Manuel Benavides, Andrés Carranque de Ríos y Ramón Sender. En obras como *Siete domingos rojos* (Barcelona, Ediciones Balagué, 1932), de Ramón Sender, o *Reparto de tierras* (París-Sevilla, Publicaciones Izquierda, 1934), de Arconada, se hacía una crítica radical de las estructuras culturales y económicas, se

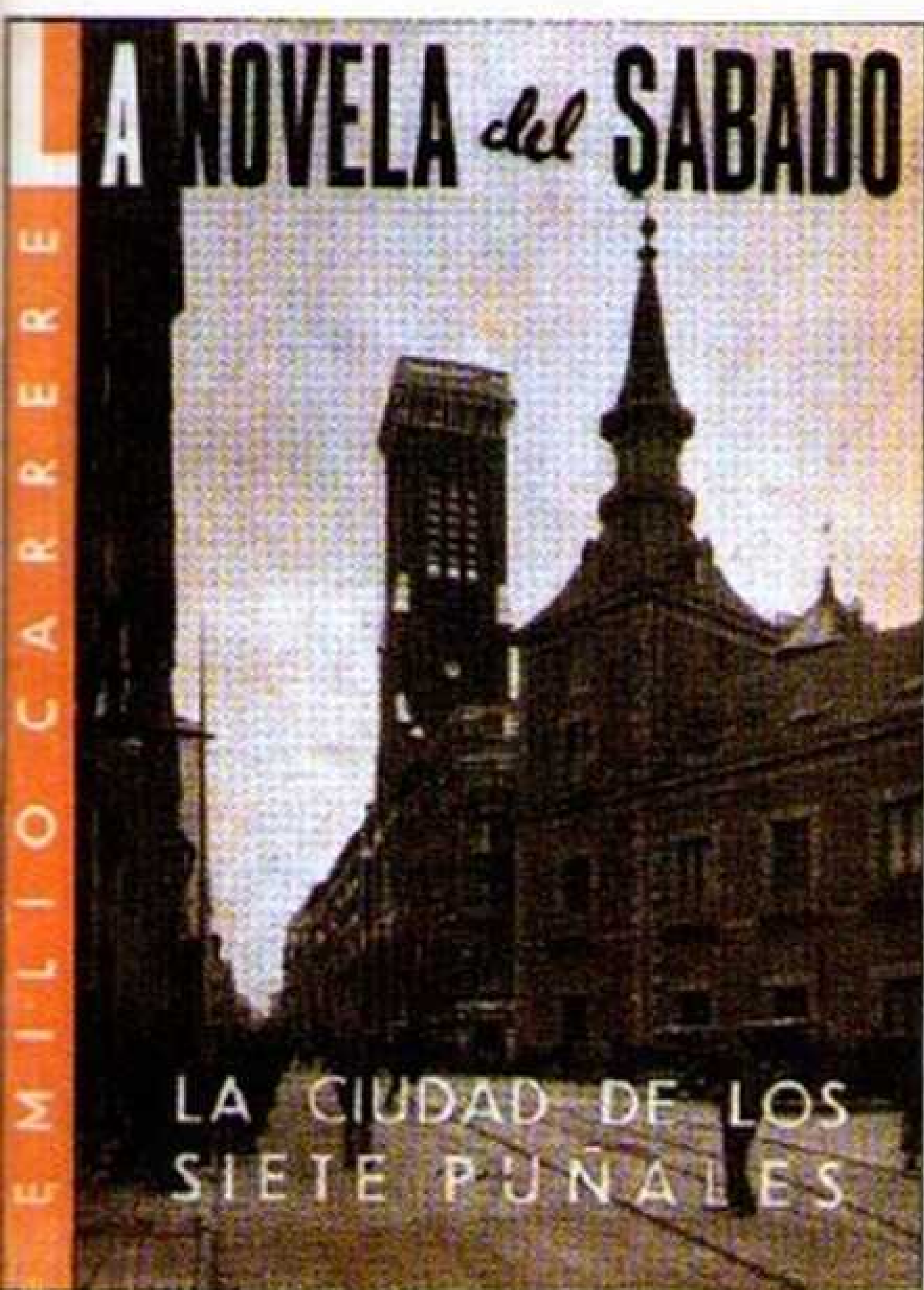
denunciaba las injusticias de la sociedad capitalista hacia el obrero y el campesino y se quería poner fin a la civilización burguesa. Pues bien, esta narrativa, que no carecía de virtudes, no continuó al estallar la revolución deseada, y es curioso constatar que ha habido muy pocas novelas en la zona republicana.

En efecto, sólo destacan dos nombres en la narrativa castellana: Sender y José Herrera Petere. El primero publicó *Contraataque* en 1938 (Barcelona, Nuestro Pueblo); este libro apenas es una novela, apenas pasa de ser una autobiografía novelada. El segundo, *Acero de Madrid (Epopeya)* (Madrid, Barcelona, Nuestro Pueblo, 1938). Es un conjunto de novelas cortas (un poco como *Valor y miedo*, de Arturo Barea) que giran todas alrededor de la revolución en la capital, y todas juntas constituyen una novela larga en la cual la guerra misma crea la intriga. En lengua catalana, Pere Calders escribió un relato, *Unitats de Xoc* (Barcelona, edición patrocinada por la Institució de les Letres Catalanes, 1938), que nos presenta un drama de tono moralizante y docente de escaso valor.

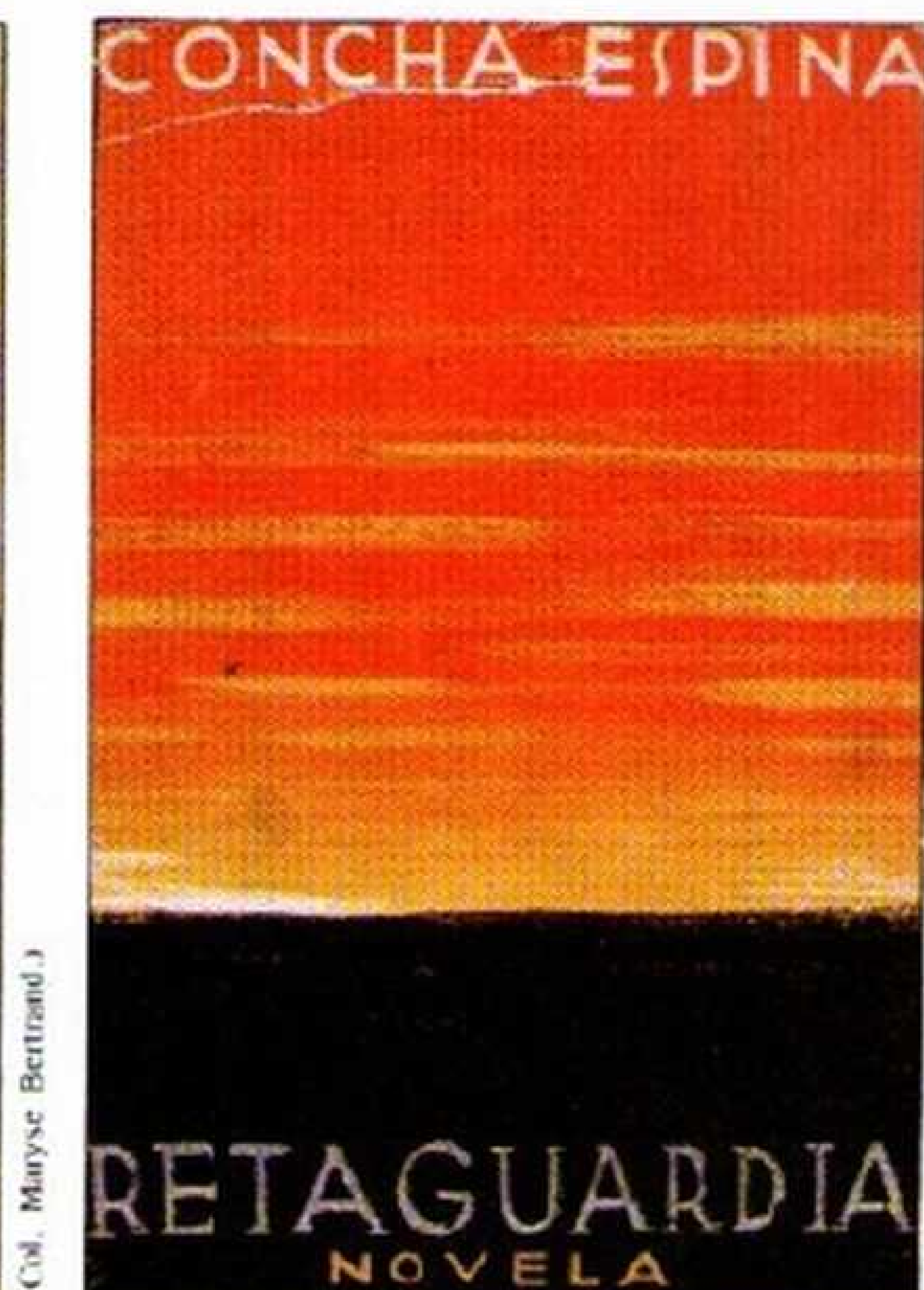
En comparación, la zona azul ofrece una mayor cantidad y variedad. La más conocida de las novelas es, sin duda, la de Agustín de Foxá, *Madrid, de Corte a Checa* (San Sebastián, Librería Internacional, 1938). El conde de Foxá, que había colaborado en la composición del Himno de la Falange (según podemos leer en la primera edición de su novela, pero, hecho curioso, su nombre fue suprimido de la segunda edición) y que estrenó también en 1938 un «drama poético» en verso, *Cui Ping-sing*, completamente al margen de los hechos bélicos, cuenta en el que debía ser el primer libro de una serie de nuevos *Episodios Nacionales*, la vida de un joven desde los últimos días de la Monarquía hasta noviembre de 1936. Por medio de este héroe de la clase alta, recorremos todas las esferas de la sociedad, y el narrador no esconde su parecer frente a la plebe de Madrid; es netamente despreciativo; pero su fresco histórico, aunque tendencioso, está bien trazado; sus personajes, bien dibujados, y el estilo, refinado, elegante y preciso. Hoy en día sigue siendo una de las pocas obras publicadas durante los acontecimientos que todavía se puede leer con interés; y otro hecho significativo: es casi la única de las novelas de ese tiempo que se haya vuelto a publicar, en 1962.

Concha Espina, que ya contaba setenta años al estallar la guerra, escribió, sin embargo, mucho en esos años: dos novelas, *Retaguardia* (Córdoba, Editorial Nueva España, 1937) y *Las alas invencibles* (Burgos, Imprenta Aldecoa, 1938); un diario, *Esclavitud. Diario de una prisionera* (1938), y por lo menos tres relatos cortos: *La carpeta gris*, *Mi Carlitos* y *El desierto rubio*. Toda esta producción no aporta nada nuevo a la obra de una autora que había gozado de cierto prestigio después de la primera guerra mundial, pero hace ver la reacción de una mujer ya anciana frente a los dolores y sufrimientos de una lucha civil.

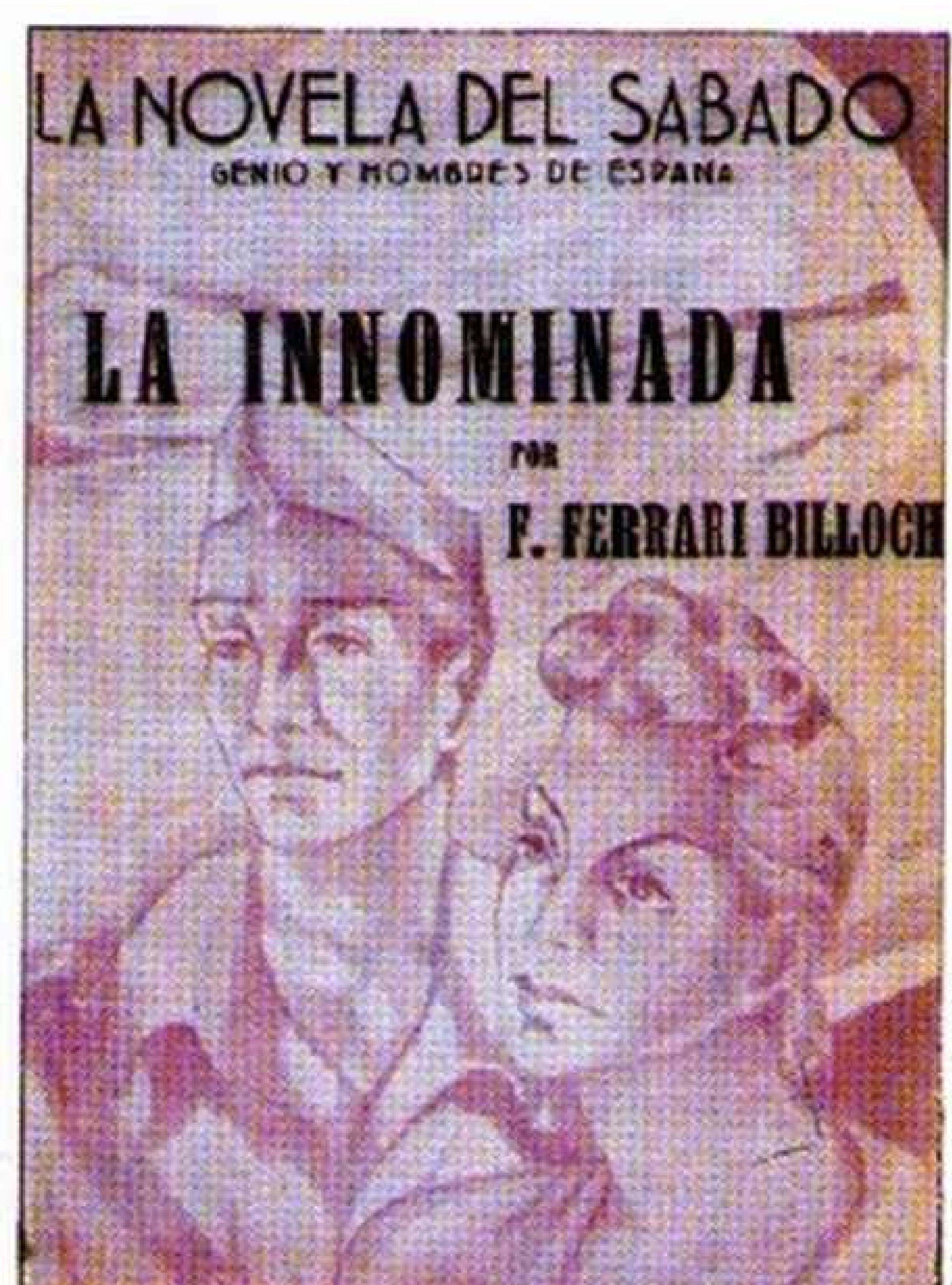
Otros escritores, falangistas conocidos, como Cecilio Benítez de Castro y Rafael García Serrano, dejaron también su testimonio en *Se ha ocupado el kilómetro seis* (Barcelona, Editorial Juventud, 1939) y *Eugenio, o proclamación de primavera* (Burgos, Editora Nacio-



(Col. Maryse Bertrand.)



(Col. Maryse Bertrand.)



(Col. Maryse Bertrand.)

Salvo excepciones, la literatura producida durante la guerra adolecía de maniqueísmo y simplismo. En este panorama, pocas obras se salvan.



(Col. particular.)



(Col. Maryse Bertrand.)



(Col. Maryse Bertrand.)

Rafael García Serrano, escritor falangista, continúa en la actualidad en posesión de una brillante pluma. Dos portadas de novelas que alcanzaron éxito. La primera fue editada en 1937 y la segunda en 1941.

nal, 1938), respectivamente. El primero, subtitulado «Contestación a Remarque», trata de la batalla del Ebro, en la cual un joven falangista lucha; vanguardia y retaguardia se combinan con los amores en esta obra fresca, joven, de amor sincero a la patria. Lo mismo se puede afirmar de *Eugenio*, pues también es obra de juventud (lleva el subtítulo de «Testimonio de hechos vividos antes de los veinte años»), y el autor proclama en ella su entusiasmo sin límites por la Falange y la belleza del heroísmo. En el mismo grupo interesa señalar, aunque sea sólo de pasada, por ser de 1940, una de las obras más citadas sobre los horrores de la guerra, *Checas de Madrid*, de Tomás Borrás, que tuvo dos reediciones, una en 1956 y otra en 1963.

La guerra a través de las tocas (Cádiz, Cerón, 1938), de Carmen Martel, se acerca mucho por el tema a otra novela de Concha Espina, posterior a la guerra: *Princesas del martirio* (Madrid, Afrodisio Aguado, 1941). La protagoniza una enfermera de la zona nacional que trabaja afanosamente para cuidar a los enfermos y acaba muriendo en el frente, alcanzada por los cañones rojos. «Obra de piedad y de enseñanza», como dice José María Pemán en las páginas que anteceden al libro, es destinada a hacer ver la abnegación, la piedad y el heroísmo de las jóvenes que se dedicaron a curar heridos durante la guerra.

Al lado de estas novelas de mayor ambición, existe una gran cantidad de ellas que son de puro entretenimiento y sin altas pretensiones literarias, como *Cinco flechas y un corazón* (Vigo, Talleres Gráficos «Cartel», 1938), de Joaquín Aguilar de Serra; *España bajo la metralla* (León, Imprenta Cervantes, 1938), de Fernando Cermeño Soriano; *El teniente Arizcún* (Burgos, Editorial Española, 1937), de Jorge Claramunt; *La promesa del tulipán* (San Sebastián, Editorial Española, 1938), de Ignacio Romero Raizabal; *De anarquista a mártir* (Santander, Librería Moderna, 1938), de Miguel de Salazar; *Un caballero legionario* (Sevilla, Imprenta San Antonio, 1938), de Eduardo Luis Ubreva, y varias obras de José Muñoz San Román y Juan Bautista Viza.

Ya hemos dicho que toda esta literatura narrativa de la zona nacional no tiene mucha trascendencia y que revela una ideología totalmente distinta de la de la otra zona. Muchos críticos tienen tendencia a quitarle cualquier valor y encontrar en ella todos los defectos. Escuchemos la opinión de Carlos Blanco Aguinaga, Julio Rodríguez Puértolas e Iris M. Zavala en *Historia social de la literatura española*, III (Madrid, Castalia, 1979):

> Tomada en su conjunto toda esta literatura, nos encontramos con un esquema común: la división a rajatabla en buenos y malos, división que se logra a base de cualquier procedimiento, desde el simple falsea-

miento de la realidad histórica hasta la creación de una «iconografía ideal» del héroe «nacionalista» y el rebajamiento de los republicanos hasta niveles de infrahumanidad, utilizando en todo momento una retórica que oscila entre los elementales recursos de la más vieja literatura y la nueva fraseología e imaginería fascistas. (P. 62.)

Se podría afirmar prácticamente lo mismo de los libros publicados por los de enfrente; entre ellos, la misma retórica entre vieja literatura y nueva fraseología, pero de la izquierda esta vez; con el mismo maniqueísmo, como podemos constatar en este ejemplo de *Gavroche en el parapeto:*

> El rojo le contesta (al blanco):
> —Tú eres el pasado. Tú eres la muerte, eres el crimen, eres la barbarie. Tú eres el terror, tú eres el verdugo, tú eres la inquisición, el hambre, la prostitución. Tú representas todo lo malo que tiene la vida, y sin embargo, tú no eres responsable. Tú eres un inconsciente; por ello yo quiero explicarte lo que representas. Nosotros somos la escuela y la despensa, la cultura, el trabajo como capital fundamental de la vida. Nosotros representamos el arte, la sabiduría, la poesía, la transigencia, la igualdad, el derecho, el respeto, el amor. Somos los que trabajamos, los que producimos. Somos todo lo bello, todo lo grandioso, todo lo sublime que tiene la madre naturaleza. (P. 119).

El mismo héroe ideal, portador de verdaderos valores y de belleza, lo encontramos en las novelas de republicanos; leamos este trozo de *Acero de Madrid:*

> *Cuatro que veían*
>
> Miguel es un español alto, delgado, sobrio, elegante, correcto. En los tiempos de ilegalidad, él llevaba todo el aparato de prensa clandestina del Partido.
> Nadie jamás hubiese sospechado nada.
> Nadie hubiese podido adivinar que bajo aquel aparente empleado de Banco se ocultase tal fuego y tal disciplina española y renovadora; tal espíritu de sacrificio.
> Enrique había sido cantero; había estado en Cuba; había luchado desde los quince años; había visto morir a sus hermanos; había pasado hambre; había combatido, pistola en mano, con los patronos; estaba deseando volver a combatir.
> Gustavo había sido músico, lector, *snob*, había estado en París, en Alemania, en Inglaterra. Sin embargo, él decía que no había encontrado sentido a la vida hasta que entró en el Partido. Acababa de hacerlo. Ramón era español y militar. Era hombre. Era serio. Era valiente. Tenía palabra de honor. (P. 47.)

En cuanto al rebajamiento del enemigo, se multiplican los ejemplos en las novelas citadas: en *Contraataque*, de Sender, podemos leer este fragmento de carta de un soldado nacionalista a su familia:

> Y enviadme también dinero, porque sin dinero no es uno nadie, y si llevo dinero en el bolsillo, cuando caiga vendrán a buscarme los moros o los de la legión para quedarse con el dinero.
> Siempre el maldito interés. ¡Arriba España! ¡Viva el Caudillo! Vuestro hijo... (P. 244.)

En *Acero de Madrid*, el narrador describe así las altas clases españolas:

> La gran burguesía y la aristocracia, cuando están tranquilas jugando al *bridge*, suelen florecer en palabras correctísimas [...]. La gran burguesía y la aristocracia, cuando ven en peligro sus privilegios dilatan su lengua, como cualquier soez cochero, llenando el ambiente perfumado que los rodea de palabras malsonantes.
> Sus finos dedos, cargados de *polisoir*, ejecutan los más feos y vulgares gestos.
> De todo este complejo, palabrotista aristocrático, nació la Falange Española de las «jons», cuya sola enunciación es ya de por sí una palabrota de las más groseras. (Pp. 25-6.)

O el joven católico:

> Matas era un joven católico, opositor [...]. Estaba gordo y medio calvo, era además gafudo, y, como si esto fuera poco, muy tímido con las mujeres.
> Unicamente se había tratado con prostitutas.
> Era, sin embargo, católico ferviente y sincero. Sus amigos eran sacerdotes inteligentes, y leía a menudo los clásicos del cristianismo.
> Por las noches rezaba solo el rosario. «¡En serio!» (P. 36.)

Podríamos seguir así mucho tiempo y rebatir casi to-


(Col. C. S. de Tejada.)

Carlos Sáenz de Tejada muestra el tono de heroísmo y sacrificio de la ideología falangista durante la guerra.

dos los argumentos uno por uno, de los que condenan sin remisión la literatura de los partidarios de Franco. Todos los escritores de ese momento, nacionales o republicanos, perseguían la misma meta: persuadir, y todos los medios les parecían buenos. Escuchemos de nuevo a Santiago Ontañón en su mencionada conferencia:

> ¿Cómo no vamos a insultar? ¿Cómo podremos dejar de gritar? [...]. ¿Cómo quieren que exaltemos las cosas nobles, bellas de la vida, si por dentro nos come (nos tiene que comer) el odio? No; hay que seguir atacando...

Lo más sensato y justo es afirmar, con Díaz-Plaja, que España entera perdió la cabeza, que

> la pasión le pudo al sentido común, la razón perdió ante la insensatez [...]. Una ola de rabia cruzó la península, una ola de rabia que nunca hubiera podido imaginar cada uno de los rabiosos antes, una ola de rabia *que muchos no quieren recordar después.*
>
> (*Op. cit.*, p. 11. Subrayado nuestro.)

Aportación extranjera

Los extranjeros se interesaron, se puede decir que se apasionaron, por la situación española desde los primeros momentos del conflicto. Ya hemos indicado la gran cantidad de intelectuales que acudieron al congreso de la Alianza Antifascista; a ellos había que añadir los numerosísimos hombres y mujeres que por su oficio pasaron una temporada más o menos larga en la España en guerra, particularmente ciertos enviados especiales de periódicos y revistas, encargados de misiones de todo tipo, o simplemente los curiosos, los aventureros o aun los mercenarios.

Varios libros se han publicado en el mundo sobre la actitud de los intelectuales frente a la guerra fratricida española. Ya citamos dos escritos por españoles, el de María Zambrano y el de Fernando Díaz-Plaja; el primero, de 1938; el otro, muy reciente. Los extranjeros tardaron veinte años, tras la revolución, antes de publicar sobre el tema. El ensayista italiano Aldo Garosci presentó en *Gli intellettuali e la guerra di Spagna* (Milán, Giulio Einaudi, 1959) un panorama de las opiniones políticas de los españoles, tanto pro republicanos como pro franquistas, y de varios extranjeros de fama mundial. Calificada de «hemorragia intelectual» para España y de «conflicto ideal» para los demás países, la guerra civil aparece en sus diversas resonancias sobre los pensadores de la época. Libro de envergadura, aunque partidista y limitado, *Gli intellettuali e la guerra di Spagna* es una obra básica, de la que retenemos particularmente esta afirmación: «Sólo en sus momentos excepcionalmente inspirados la literatura de la última guerra llega a la altura de la de la guerra española.» (P. 6.)

A este largo ensayo enteramente dedicado a la guerra civil hay que añadir otro libro, *Literatur und Revolution: Die Schriftsteller und der Kommunismus* (Köln-Berlin: Kiepenhauer und Witsch, 1960), del anticomunista Jurgen Rühle; sólo unas diez páginas en él se refieren a la guerra civil, pero aun así, Rühle ha sido muy utilizado en las polémicas subsiguientes.

El libro de Rühle, y con más razón el de Garosci, han inspirado varios más: *La guerra española y el trust de los cerebros* (Madrid, Punta Europea, 1961), de Vicente Marrero; *La literatura universal sobre la guerra de España* (Madrid, Ateneo, 1962), de Rafael Calvo Serer, y *El mito de la Cruzada de Franco* (París, Ruedo Ibérico, 1963), de Herbert Rutledge Southworth. Cronológicamente sucesivas, estas obras, muy distintas entre sí, salen una de otra. Los dos primeros autores, ambos españoles del Opus Dei, se sintieron obligados, frente a la hostilidad de la «intelligentsia» mundial, a defender la legitimidad del levantamiento de los militares, de los católicos y de la derecha española contra una República anárquica y anticristiana. El tercero, *El mito de la Cruzada de Franco*, es el más acerado de los tres y de tono panfletario. Su autor, antifranquista acérrimo, se propuso desmitificar la propaganda de la España nacionalista sobre la guerra civil. Analizó los libros de Marrero y de Calvo Serer punto por punto, para refutar cuanto afirmaban. El partidismo no quita a este libro su gran utilidad para el investigador. El autor disponía de una asombrosa documentación, y las notas bibliográficas y explicativas ocupan casi tanto lugar como el texto mismo; además, la bibliografía incluida es excelente.



(Col. particular.)

Cualquier forma de apoyo a la República es válida. Para muchos, el fascismo era el gran enemigo.



(Arch. Urbión.)

La Alianza de Intelectuales Antifascistas agrupaba a escritores y artistas de todas las ramas de las artes. En la fotografía, un grupo de dibujantes realiza carteles de propaganda. Los mejores pintores del momento colaboraron en esta tarea.

Poetas cercanos

YA hemos hecho referencia a algunos «romanceros» publicados fuera de España, y hay que notar que a menudo recopilan obras de españoles, pero algunas veces también de extranjeros. Varios poetas más han escrito obras individuales, y muchas de ellas tuvieron una resonancia inaudita. Los primeros en los que se piensa son los hispanoamericanos Pablo Neruda, César Vallejo y Nicolás Guillén. Los tres, en el año 1937, publicaban obras cuyos títulos empiezan por la palabra «España»: *España en el corazón* (Santiago de Chile), *España, aparta de mí este cáliz* (México) y *España. Poema en cuatro angustias y una esperanza* (Valencia). Los tres insistían en la fraternidad con el pueblo hermano, con España, en su dolor frente al pueblo martirizado:

Las dos sangres de ti en mí se juntan
. . . .
mi piel, en tiras, para hacerte vendas,
y mis huesos marchando en tus soldados.

(GUILLÉN.)

Los tres se alegraban de que las Brigadas Internacionales acudieran a España para ayudar a los españoles, cantaban el valor de estos soldados, así como del pueblo español que luchaba fieramente contra la opresión y el oscurantismo:

Salud, soldados, salud barbechos rojos,
salud, tréboles rojos, salud, pueblos parados
en la luz del relámpago, salud, salud, salud,
adelante, adelante, adelante, adelante.
. . . .
pueblo, pueblo eficaz, corazón y fusiles,
corazón y fusiles, adelante.

(NERUDA.)

Más conocido aún y de mayor resonancia fue el poema de Paul Claudel «A los mártires españoles». Este autor francés fue el poeta de mayor renombre que se unió a los nacionalistas y Jorge Villén, en el prólogo de su *Antología poética del Alzamiento*, se lo agradeció sinceramente. Príncipe de la poesía francesa de principio de siglo, poeta que reinventó la poesía y supo darle una dimensión cósmica, Claudel había producido lo esencial de su obra en 1936. Para él, el cristianismo daba sentido al mundo, y, a pesar de la oposición a la Iglesia española de muchos de sus compatriotas, como François Mauriac, Jacques Maritain y Emmanuel Mounier —recordemos que Georges Bernanos, defensor a ultranza del catolicismo en Francia, publicó en 1938 *Les grands cimetières sous la lune* (París, Plon), panfleto virulento contra los franquistas—, Claudel tomó resueltamente la defensa y el partido de la Iglesia Católica en su largo poema de cien versos:

¡Santa España en la punta de la cuadrada Europa,
concentración de la Fe, masa dura, y trinchera de [la Virgen Madre
....
Ha llegado el momento de elegir y de desenfundar [el alma!
....
Pero de pronto, la pregunta está hecha, y he aquí [el requerimiento y el martirio!
[...] Cuarenta segundos. ¡Y sobra tiempo todavía!
Hermana España, santa España, ¡tú escogiste ya!

Este grandioso poema sirvió de prólogo al libro del antiguo diputado catalán en las Cortes Joan Estelrich, *La persécution religieuse en Espagne* (París, Plon, 1937), y se publicó también en la revista *Sept*, el 4 de julio de 1937.

Otro partidario de los nacionalistas hay que señalar también: el poeta inglés de origen sudafricano Roy Campbell. Mucho menos célebre que Claudel, era ya algo conocido en 1936 por haber vivido con el grupo de los poetas de Oxford. Llegó a España en 1935, se convirtió al catolicismo y se adhirió en seguida a los ideales nacionalistas al estallar la guerra. En 1939 publicaba *The Flowering Rifle (Fusil Florido)* (Londres, Longmans, Green and Co.), en el cual atacaba furiosamente todas las ideologías que se oponían a la España auténtica, la católica y nacional. Hombre de mucha energía, con carácter beligerante, Campbell escribió con vigor poemas de verdadera calidad:

Los fusiles, de ardientes, no se podían coger;
La noche era de cortante acero,
Y en el fondo de la calle sonaban las descargas
Y como en oración hincaban sus rodillas los fusileros.

(Fusiles candentes.)

La poesía inglesa entre las dos guerras mundiales se distingue por su carácter político, y del anteriormente citado «grupo de Oxford», constituido por W. H. Auden, Louis MacNeice, Stephen Spender y Cecil Day Lewis, sólo este último no acudió a España. Todos ellos eran izquierdistas convencidos. Algunos más lucharon en las Brigadas Internacionales y murieron en España, como Ralph Fox, Julian Bell y John Cornford. De su paso, más o menos prolongado, por la península Ibérica, todos ellos dejaron recuerdos escritos. El más conocido es Stephen Spender, pues estuvo varias veces en ambas zonas de la guerra y tomó parte muy activa en el Congreso de la Alianza de Escritores Antifascistas. Parte de sus poemas de la guerra se publicaron en el número XI (noviembre 1937) de *Hora de España*. Spender era un comunista convencido, y su experiencia española hizo vacilar bastante en él la idea de que la doctrina de Lenin podía llevar a la felicidad. El dolor frente a un pueblo herido pudo más que la doctrina. Escuchemos *The Still Centre (El centro inmóvil*, 1939):

Un silencio limpio desciende por la noche, cuando un [sendero
Separa a los dos ejércitos que duermen, cada cual
Arrebujado en lienzos tejidos por remotas manos.
Cuando la ametralladora calla, un común sufrimiento
Emblanquece el aire de aliento y les confunde
Como si estos enemigos durmieran unos en brazos de [otros.

(Dos ejércitos.)

Dramaturgos en las dos Españas

GÉNERO menos floreciente durante la guerra de España entre los mismos españoles, el teatro lo es también entre los extranjeros. Interesa mencionar, sólo a título de información, el drama en un acto *The Brave and the Blind*, de Michael Blankfort, publicado en Nueva York en 1937 (Samuel French), y sobre todo, *La peste blanca*, drama en tres actos, traducido directamente del checo y publicado en 1937 en Madrid y Valencia (Ediciones Españolas).

Evidentemente, la obra más conocida en el extranjero es *The Fifth Column*, de Ernest Hemingway, publicada en Nueva York (Collier) en 1938. Compuesta en el otoño de 1937 en el hotel Florida de Madrid, donde residían el novelista norteamericano y la mayoría de los corresponsales extranjeros, y escrita a petición de éstos, la obra se resiente de ello y se acerca bastante al melodrama de intención docente. Se sitúa en el hotel Florida, y su personaje principal, Philip Rawlings, es un corresponsal que no cumple con su misión de mandar noticias a su periódico y que se distrae con una amante; pero el deber le apremia, y se ve en la alternativa de escoger entre su antigua vida de pereza, su falta de solidaridad, o quedarse en Madrid y colaborar a luchar contra el fascismo: acaba por decidirse por el camino de la fraternidad.

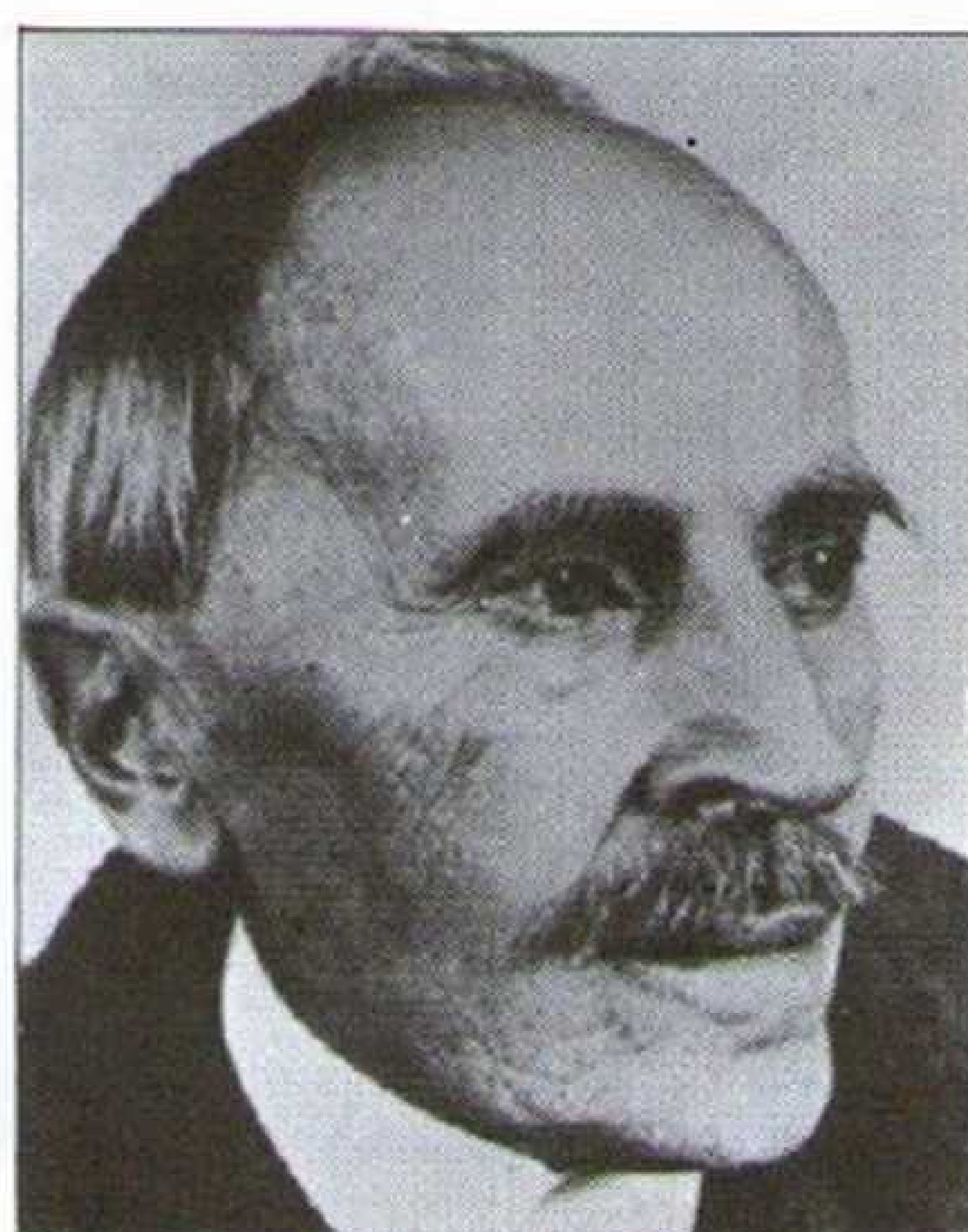
Otra obra bastante conocida durante las hostilidades



(Radio Times Hulton. Picture Library.)



(Pyresa.)



(Efe.)

De izquierda a derecha: Stephen Spender, poeta inglés, George Bernanos y Romain Rolland. Comunista el primero, católico practicante el segundo y vanguardista el tercero. Desde distintas posiciones, la misma opción política.



(Col. Ramón Sala.)

La escritora Lillian Hellman y Ernest Hemingway durante un acto de solidaridad con la República.

es la de Bertolt Brecht, *Los fusiles de la madre Carrar (Die Gewehre der Frau Carrar.* Frankfurt am Main, Stucke, Suhrkamp, vol. 7). Escrita en Suecia, donde el autor alemán vivía exiliado, esta pieza de tono propagandístico tuvo mucha resonancia en su momento en España, pero hoy día está prácticamente olvidada.

Los novelistas

A pesar de las dificultades que supone la novela, llama la atención, sin embargo, el gran número de las que se han escrito y publicado también fuera de España.

Ya a finales de 1937, André Malraux, célebre por su libro *La condición humana*, sobre la revolución china, publicaba *L'Espoir* (París, Gallimard). Este libro iba a conocer una difusión poco común. En realidad, junto al testimonio de Arthur Koestler sobre su experiencia en la cárcel de Málaga, *Spanish Testament*, de 1937, y *For Whom the Bell Tolls*, de Hemingway (posterior a los acontecimientos, pues salió en Nueva York en 1940), *L'Espoir* ha sido y sigue siendo la obra extranjera más citada de la guerra civil. Tuvo un éxito resonante en Francia nada más publicarse; fue traducida inmediatamente en Inglaterra y en Estados Unidos, y posteriormente en otros países. Para todos, esta novela era un himno a la dignidad humana, a la fraternidad, y como reza su título, una inmensa esperanza para los hombres de acceder a esta dignidad por la «revolución». Por lo general, sin embargo, *L'Espoir* es mal conocida, pues su escritura, la abundancia de personajes poco caracterizados físicamente y la ideología hacen de ella una obra compleja, de lectura difícil. Malraux presenta una sucesión de gestas heroicas y de discusiones abstractas donde se mezclan la acción y la reflexión, la violencia y la meditación, la vida



Sierra de Teruel, *filme al que pertenece este fotograma, estuvo basado en un capítulo de* L'Espoir, *de A. Malraux. El escritor francés fue el alma de esta película, comenzada a rodar en julio de 1938.*

dura del soldado y las altas consideraciones del intelectual. *L'Espoir* constituye en el conjunto de la obra de Malraux una etapa nueva, la de la identificación explícita con las perspectivas del Partido Comunista, pues en él veía la única vía para que la revolución venciese. Subrayemos, sin embargo, que Malraux nunca se inscribió en el Partido Comunista.

En Francia se publicaron muchas novelas más sobre la lucha fratricida del país vecino, unas sesenta en total, de las cuales diez durante las hostilidades: *Les sept couleurs*, de Robert Brasillach (París, Plon, 1939); *Le volontaire*, de Pierre Frondaie (París, Flammarion, 1938); *L'héroine de Barcelone*, de Jean de la Hire (París, Les Editions des Loisirs, 1937); *La pie voleuse*, de Georges Limbour (París, Gallimard, 1939); *Du sang sur les Pyrénées*, de Jean-Ranoul Massé (París, Editions de l'Oeuvre Latine, 1939); *El requeté* y *Glaieul noir*, de Lucien Maulvault (París, Fayard, 1937 y 1938); *L'homme de choc* y *Roc-Gibraltar*, de Joseph Peyré (París, Grasset, 1939), y *Toute guerre se fait la nuit*, de Henri Pollés (París, Gallimard, 1939).

También los novelistas en Estados Unidos, Inglaterra, Alemania, Suecia y Noruega encontraron rápidamente una fuente para sus libros en la guerra española. Señalamos sólo algunos nombres como ejemplos: Upton Sinclair en *They shall no pass. A Story of the Battle of Madrid (¡No pasarán!)* (Pasadena, California, 1937) hace netamente obra de propaganda, y la guerra civil le servirá más tarde en varios de sus libros. Leo Lapaire nos presenta una historia de amor en medio de la fraternidad en *Ich hab' Dich ueberall gesucht (Te he buscado por todas partes)* (Kommisionsverlag, A. Scherz & Co.). La fraternidad y el horror al fascismo también están en la base de la más conocida de las novelas alemanas sobre la guerra, *The Great Crusade*, de Gustav Regler, pero ésta salió sólo en 1940 y en una traducción en inglés en Estados Unidos (Longmans, Green and Co.); de *Og sa Kom Borgerkrigen (Y llegó la guerra)* (Oslo, Gylendal Norsk Vorlag, 1937), de Olav Thorsrud, y *Torquemadas Schatten (La sombra de Torquemada)* (Estocolmo, Bermann-Fischer, 1938), de Karl Otten.

Señalemos por fin que novelas en español sobre el tema que nos interesa salieron también en Hispanoamérica y en Inglaterra durante el conflicto y, como último detalle interesante, que el corresponsal de *Izvestia* en España, Ilya Ehrenburg, publicó en Barcelona una traducción de una obra suya sobre la guerra: *¿Qué más queréis?* (Publicaciones Antifeixistas de Catalunya, 1938).

Podría continuar aún largo tiempo esta lista de libros y de comentarios sobre la literatura producida durante la guerra; pero ya es suficientemente larga y nutrida para dar cuenta del impacto que tuvo este infausto acontecimiento sobre los creadores de ficción de España y del mundo.

España fue el crisol donde se fraguó la historia, donde se decidió en parte el porvenir del siglo XX; en efecto, dos de las grandes ideologías que allí se enfrentaron, el fascismo y el comunismo, han sido y siguen siendo las cabezas de turco del capitalismo internacional. La literatura, siempre fiel reflejo de la realidad circundante, no podía escapar a esta influencia tan capital.

Y concluiremos con palabras de José María Carandell en la revista *Camp del'Arpa* (marzo de 1979, p. 5), número dedicado a la literatura de la guerra civil: «Parece como si la literatura de todo el siglo se hubiese concentrado en aquellos tres años y los subsiguientes, con algunas pocas grandes obras y muchas señaladas por el estigma de la urgencia.»

El oro de Moscú y las deudas de Franco

La financiación exterior

Por **Angel Viñas** *

LA dimensión económica de la guerra civil española no es un tema abordado con frecuencia en la abundante literatura sobre el conflicto, y ello a pesar de su obvia importancia. Con algunas excepciones relevantes, la repetición de lugares comunes suele sustituir al análisis de los problemas fundamentales con que tropezó la economía española durante la contienda.

La economía de guerra española se improvisó en el curso del conflicto. Ambos bandos apelaron con intensidad varia a la oferta extranjera para paliar las deficiencias productivas de cada una de las zonas y para generar los medios de pago internacionales que permitieran hacer frente a los gastos en el exterior que imponía la situación.

Hay que señalar, en estas observaciones preliminares, que en el terreno financiero el cuello de botella venía representado por la relativa carencia de divisas de uno y otro bando, habida cuenta de la amplitud de las necesidades que se experimentaban. La financiación interior se abordó de manera paralela, y aun cuando no se dispone de estudios modernos sobre la misma, lo cierto es que ambos gobiernos recurrieron a la vía más simple abierta ante ellos, apelando a los anticipos que el Banco de España, en cada una de las zonas, se vio obligado a conceder al tesoro respectivo. Ni los impuestos ni otros ingresos extraordinarios no impositivos desempeñaron un papel importante en la cobertura de los gastos públicos. El resultado sería previsible: la inflación se desató, aunque los estrictos controles directos introducidos en el territorio dominado por el gobierno de Burgos y una oferta más fluida de productos alimenticios pudieron mantenerla durante algún tiempo en jaque. Sólo después de 1939, la inflación reprimida pasó a ubicarse en la primera línea de problemas con que hubo de enfrentarse la política económica española.

Pero en ningún caso la financiación interna constituyó un estrangulamiento; donde éste se planteó con caracteres graves fue —repetimos— en el terreno de los pagos internacionales.

Sin embargo, en este aspecto la situación de partida de

* Angel Viñas nació en Madrid en 1941. Es catedrático de Estructura Económica y autor, entre otros libros, de *El oro español en la guerra civil*, *El oro de Moscú* y, en colaboración, *Política comercial exterior en España, 1931-1975*, en los que se basa este artículo.



Dos ministros de Hacienda en distintos momentos históricos. Prieto (centro) y Negrín (derecha), moldearon la financiación exterior republicana y se lanzaron después duras recriminaciones.

los contendientes fue muy diferente: la República disponía de las cuantiosas reservas de oro del Banco de España, en tanto que los sublevados, privados de ellas, se verían en principio constreñidos mucho más duramente.

Durante la experiencia republicana, un gravoso mito heredado de la monarquía y mantenido con singular tesón por las derechas había dificultado la movilización del oro para salvar los desequilibrios de la balanza de pagos. Tras las elecciones de febrero de 1936, el nuevo gobierno inició cautelosamente tal movilización, de suerte que la guerra civil no hizo sino acelerar un proceso que ya se atisbaba en algunos círculos dirigentes.

El oro sería, desde luego, la principal fuente de generación de medios de pago internacionales, pero no la única. Habría que mencionar el comercio exterior, las ayudas en divisas (préstamos y donaciones) y la liquidación de activos metálicos o de activos sobre el extranjero en poder de residentes, afectando en cuantía varia a los distintos renglones de la balanza de pagos.

Ambos bandos —enfrentados con un mismo problema y disponiendo de medios técnicos, funcionarios y experiencia muy similares— adoptaron políticas paralelas. La guerra no se perdió por carencia de divisas —ni se ganó gracias a ellas—, pero el estrangulamiento exterior se resolvió de forma diferente, que sólo en los últimos años ha empezado a ser alumbrada y documentada.

La República y el oro

Al estallar la guerra civil, el volumen de metal movilizable en el Banco de España, en Madrid, ascendía, el 18 de julio de 1936, a 2.188 millones de pesetas-oro, que equivalían a 635 toneladas de oro fino (715 millones de dólares). El Tesoro republicano, por el contrario, disponía de tan sólo 726 kilogramos de fino en el extranjero. España ocupaba el cuarto lugar en la clasificación mundial de los países según su volumen de reservas de oro (excluida la Unión Soviética), después de Estados Unidos, Francia y Gran Bretaña.

La legalidad vigente establecía entonces que la exportación de las reservas sólo podría realizarse para mantener el tipo de cambio de la peseta en los mercados internacionales, es decir, en el contexto de una acción de política monetaria exterior destinada a promover la estabilización de la moneda española.

Esto constituía un obstáculo legal que los dirigentes republicanos orillaron desde el principio, solicitando a préstamo oro del Banco de España y vendiéndolo en primer lugar al Banco de Francia y luego al Banco de Estado de la URSS, pero aduciendo ante el primero que el contravalor en divisas de la operación se destinaría a favorecer la estabilidad del cambio. A diferencia de lo que ocurrió en la zona sublevada, la normativa vigente en este terreno continuaría aplicándose presuntamente, si bien se la vació de todo contenido al

amparo de disposiciones reservadas. Esta línea de acción respondía a perspectivas válidas en aquel momento, pero no dejó de plantear dificultades jurídicas posteriores y abrir el camino para el insensato ataque a la política republicana, al que el franquismo se entregó con fruición.

Con el contravalor del oro, que fue vendiéndose al Banco de Francia desde fecha tan temprana como el 25 de julio de 1936, la República se dotó de un fondo en divisas que destinó a adquirir material de guerra en el extranjero, particularmente en Francia y México. La operación financiera atravesó diversas fases y duró hasta marzo de 1937, adquiriendo los franceses un total estimado de 174 toneladas de oro fino, equivalentes a un 27,4 por 100 del total movilizable en el Banco de España, en Madrid, al comienzo de la guerra civil. Su valor mínimo ascendió a 598 millones de pesetas-oro, es decir, a unos 195 millones de dólares.

La disponibilidad del oro eliminó inicialmente el estrangulamiento financiero más importante para la República, pues dada la retracción de las potencias democráticas occidentales a suministrarle apoyo material en gran escala, si las reservas metálicas de la nación no hubieran radicado en el territorio por ella controlado o las hubiese perdido, no es dudoso que el final de la guerra se habría materializado en breve plazo. Pero la movilización del oro a través de su enajenación al Banco de Francia no solucionaba todos los problemas. Era preciso montar un sistema adecuado para aplicar el *contravalor* a la adquisición de los elementos necesarios para sostener y para continuar la lucha. Los primeros ensayos no fueron muy prometedores: el embajador republicano en París, don Alvaro de Albornoz, celebró un contrato el 8 de agosto de 1936 con la Société Européenne d'Etudes et d'Entreprises para la compra de armas y otras mercancías, otorgándole nada menos que una exclusiva. El gobierno republicano no podría operar sino por tal conducto, y a la empresa se le fijó una comisión del 7,5 por 100 sobre el importe de las compras. Posteriormente, el contrato fue denunciado, no sin fricciones entre las autoridades de la República y los avispados intermediarios franceses.

Poco a poco fue organizándose un sistema de adquisi-



(J. Guzmán. Madrid.)

La financiación interior no fue un cuello de botella. Pero las divisas no se generaban por la venta de acciones o de fondos públicos, sino por la del oro y la plata.



(Efe.)

Luis Araquistain fue embajador en París en los comienzos del aprovisionamiento de productos extranjeros.

ción de armamento y otros productos en el exterior, pero entonces el gobierno de Madrid tropezó con dificultades creadas por ciertas entidades bancarias extranjeras (están documentadas, por ejemplo, las suscitadas por el Midland Bank londinense) que sabotearon transferencias de fondos requeridas urgentemente por los agentes y diplomáticos republicanos.

El tema debió de crispar a los dirigentes del gobierno de Madrid, pues a raíz de tales incidentes, en octubre de 1936 se decidió utilizar los canales controlados por el aparato bancario soviético establecido en Occidente.

Hubo dificultades operativas: Luis Araquistain, embajador republicano en París, se quejó, por ejemplo, en alguna ocasión de que el ritmo de colocación de divisas para adquirir material de guerra no fue lo intenso y continuo que en su opinión debiera haber sido. Por otro lado, en ocasiones las compras se hicieron erráticamente, a tenor del esfuerzo desplegado por misiones específicas enviadas a diversos países. Sólo en el otoño de 1936 se introdujo una mayor centralización y en determinadas embajadas republicanas aparecieron agregados financieros que reforzaron el desarbolado servicio económico exterior. Tuvo consecuencias perjudiciales la desconexión orgánica entre la política financiera (dirigida por el Ministerio de Hacienda) y la de aplicación de divisas, que respondía a las demandas emanadas de los Ministerios de la Guerra y de Marina y Aire. Hubo despilfarros, y ciertos aprovechados agentes encontraron la posibilidad de desviar fondos en su propio interés, una vez que las medidas de control demostraron ser insuficientes. Entre el gobierno central y los autonómicos se produjeron roces, debidos en parte al deseo común de manejar los fondos en divisas.

En cualquier caso, el oro garantizaba la existencia de la República y su relevancia quedó puesta de manifiesto en las medidas cautelares aprobadas en septiembre de 1936 para su traslado desde la sede central del Banco de España, en Madrid, a un lugar seguro, que resultó ser los polvorines de la base naval de Cartagena.

Obstaculizar la venta del oro

HAY que subrayar que durante todo este tiempo el tenor de la política financiera exterior de la República fue bien conocido de los sublevados, quienes en diversas ocasiones trataron de obstaculizar la enajenación del oro y la disposición del contravalor, primero a través de gestiones directas ante los gobiernos francés e inglés y la Sociedad de Naciones, y luego con el apoyo de la diplomacia de las potencias fascistas en el foro del Comité de No-Intervención londinense.

Aunque el gobierno Giral había sentado la pauta de la movilización del oro, fue el gabinete de Largo Caballero, en el que Negrín ocupaba la cartera de Hacienda, el que estableció las bases de la economía de guerra republicana. Asegurado el oro en Cartagena y enrarecido el panorama internacional para la República, ambos dirigentes socialistas instrumentaron la crucial decisión de enviar la mayor parte de las reservas a la Unión Soviética, una de las medidas que mayor polémica ha suscitado.

El 6 de noviembre de 1936 empezó a llegar el oro a Moscú, sin que pasara inadvertido para los sublevados ni para los diplomáticos nazis. A pesar de las afirmaciones en contrario, el recuento en la capital soviética se hizo con rapidez, y a finales de enero de 1937 se determinó la composición exacta del depósito, que, como la mayor parte de las reservas auríferas españolas, estaba integrado por monedas de muy diversas clases y procedencias.

El embajador republicano en Moscú, doctor Marcelino Pascua, trató de conseguir créditos con el respaldo del depósito (constituido por 510 toneladas de oro aleado, equivalentes a 460,5 toneladas estimadas de fino y a unos 518 millones de dólares), pero la Unión Soviética, que hasta entonces había suministrado a crédito material de guerra, se negó a concederlos. Esto tuvo

СПРАВКА.

В депозите № 1 числится всего 7.800 ящиков с золотом общим лигатурным весом 510.079.529,3 /пятьсот десять миллионов семьдесят девять тысяч пятьсот двадцать девять целых и три десятых/ грамма.

В том числе:

Валюта	Количество ящиков	Номинальная сумма	Лигатурный вес в граммах
1. Испанские песеты	1580	313.265.255	101.351.329,55
2. Французские франки . . .	1463	294.299.270	94.743.568,05
3. Американские доллары . .	3408	436.235.348	227.699.051,35
4. Германские марки	3	401.090	159.069,2
5. Английские фунты	1265	10.274.580½	81.927.781,2
6. Бельгийские франки . . .	22	4.300.000	1.388.626,0
7. Итальянские лиры	18	3.600.020	1.156.508,4
8. Португальские эскудох/ .	–	19.998	35.371,5
9. Португальск.старин.мон..	1		318.603,3
10. Русские рубли.	2	75.000	64.434,0
11. Австрийские франки . . .	3	799.990	257.401,5
12. Мексиканские песо. . . .	2	105.705	88.027,0
13. Аргентинские песох/. . .	–	4.155	6.689,8
14. Чилийские песох/.	–	100	59,9
15. Голландские гульденых/ .	–	10	6,7
16. Швейцарские франких/ . .	–	300.000	96.656,2
64 золотых слитка. . . .	13		792.333,65
4 пакета с золотой стружкой			13,0

х/ упакованы в ящики с другой валютой.

/см.на обороте/

(Arch. A. Viñas.)

Composición del depósito de oro español en Moscú, según el documento soviético guardado por Negrín y conservado hoy en los archivos madrileños.



El doctor Pascua, embajador en Moscú, negoció créditos soviéticos del más alto valor para la República.

como resultado que, a partir del 16 de febrero de 1937, Largo Caballero y Negrín empezaran a disponer del depósito, ordenando ventas parciales de oro para recibir su contravalor en divisas —apreciado según las cotizaciones del mercado del metal en Londres— o para satisfacer las deudas acumuladas por la República y todavía no satisfechas.

El valor del oro vendido al Banco de Estado soviético que no se destinó a este último fin fue transferido a la Banque Commerciale pour l'Europe du Nord, establecimiento soviético de derecho francés radicado en París y aún existente, donde la República había abierto un amplio abanico de cuentas desde las cuales se atendía a gran parte de los pagos internacionales del régimen. Ello garantizaba que tanto los sublevados como los círculos financieros occidentales ignorasen muchos de los mecanismos utilizados en la aplicación de los fondos en divisas.

Entre febrero de 1937 y finales de abril de 1938, los republicanos ordenaron la venta de oro en Moscú por un total de 426 toneladas, recibiendo a cambio 245 millones de dólares, 41,5 millones de libras y 375 millones de francos franceses. Todo este contravalor se transfirió a París, excepto 131,6 millones de dólares que percibieron en el año 1937 los soviéticos como pago de suministros previos.

Ni Negrín ni Pascua renunciaron a negociar créditos con la URSS. En octubre, el jefe del gobierno republicano ordenó al embajador que solicitase oficialmente la concesión de uno por importe de 150 millones de dólares, pero no se llegó a un acuerdo hasta finales de febrero de 1938, cuando Stalin se mostró dispuesto a otorgar facilidades por un total de 70 millones de dólares, al 3 por 100 de interés y cubiertas en un 50 por 100 con garantía metálica. A tal efecto se desglosaron del depósito inicial de oro 35 toneladas de aleación que en su mayor parte quedaron afectas en garantía, según acuerdo del 7 de marzo de aquel año. Inmediatamente, Negrín autorizó con cargo a dicho crédito pagos por 33,3 millones de dólares, mientras se liquidaba el primer depósito. Según comunicación del comisario del pueblo para las Finanzas soviético de 1 de agosto de 1938, en tal fecha sólo existía a disposición de la República poco menos de tonelada y media de fino.

Como todavía quedaban varios meses de guerra y de suministros soviéticos, hay que suponer que el oro se agotaría totalmente. Mis cálculos han identificado una discrepancia inexplicable de tan sólo 0,4 toneladas de fino, equivalentes a unos 450.000 dólares.

Ultimas divisas para la República

AGOTADO el oro como fuente principal de generación de medios de pago, los mecanismos complementarios no podían ser muy numerosos. En primer lugar estaba la plata, cuya movilización se perfiló a partir de enero de 1938, iniciándose en abril mediante ventas a la tesorería de los Estados Unidos. Esta operación no podía quedar ignorada, y en junio el Banco de España del gobierno de Burgos interpuso acciones ante los tribunales norteamericanos para obstaculizar la venta. Uno de sus abogados sería el posterior secretario de Estado en la época de la guerra fría y de los pactos hispano-norteamericanos de 1953, John Foster Dulles.

Para prever todas las eventualidades, el gobierno republicano creó, tardíamente, una normativa secreta que legalizaba las enajenaciones de oro y plata y la aplicación del contravalor a la financiación de la contienda: un decreto reservado del 29 de abril de 1938, firmado por el nuevo ministro de Hacienda y Economía, Francisco Méndez Aspe, y rubricado por el presidente de la República así lo disponía.

Se hicieron en total cinco embarques de plata a Nueva York, gracias a los cuales el gobierno de Barcelona pudo conseguir unos quince millones de dólares. Las acciones judiciales interpuestas por el Banco de España burgalés chocaron con la interpretación dada por los tribunales norteamericanos, que consideraron las ventas sujetas a derecho. Esto era un mal augurio para futuras reclamaciones del franquismo sobre el oro, que nunca llegaron a materializarse, a pesar de que durante muchos años el régimen mantuvo ofuscada a la engañada opinión pública española.

En el verano de 1938, el gobierno republicano diversi-

ficó las ventas de plata, acudiendo a una serie de empresas francesas y belgas que surgieron como compradoras. Desde entonces hasta enero de 1939 se han identificado nueve operaciones que debieron generar un volumen total de divisas próximo a los cinco millones de dólares.

Estas transacciones —en torno a las cuales se ha cebado la fantasía y que implicaron la enajenación del 90 por 100 de las existencias totales de plata en el Banco de España madrileño al estallar la guerra civil— discurrieron en paralelo con otra operación muy poco conocida: disposiciones reservadas de mayo y julio de 1938 facilitaron la base legal para que el Ministerio de Hacienda y Economía republicano pudiera movilizar los recursos metálicos y otros transformables en divisas que aún conservaran las autoridades.

Tales recursos eran varios: se habían generado mediante la aplicación de un amplio abanico de medidas legislativas que obligaban a la población a ceder al gobierno joyas, metales, activos sobre el extranjero, etc.; que también las introduciría, en su zona, el gobierno de Burgos. Igualmente habría que mencionar aquí el producto de los embargos y requisas de las propiedades de los declarados enemigos de la República, canalizados en parte a través de la denominada Caja de Reparaciones. Al igual que los procedentes de la apertura de los depósitos de particulares en el Banco de España. Por último, ciertas piezas metálicas —oro viejo—, conservadas por éste, que no habían sido enviadas a París o a Moscú.



John Foster Dulles, anticomunista ferviente, obstaculizó las ventas republicanas de plata al gobierno norteamericano. (Efe.)

Su contravalor no ha podido ser estimado. Se sabe, no obstante, que hasta el 17 de noviembre de 1938 tales operaciones, realizadas con entidades privadas francesas y suizas principalmente, habían generado unos nueve millones de dólares. En los meses siguientes continuaron efectuándose pequeñas remesas de metales preciosos desde Cataluña a París, que también fueron objeto de enajenación, arrojando un mínimo de dos millones de dólares adicionales.

El total de 31 millones conseguido por las vías mencionadas no constituye una suma importante; de aquí que, desde el verano de 1938, Negrín estuviera interesado en negociar nuevos créditos soviéticos de 75 a 100 millones de dólares, compensables en parte —según sugería— con cesiones de productos tales como mercurio, sal, plomo, potasa, agrios, almendras, etc., la venta de ciertos barcos y un pequeño volumen de oro subsistente de un depósito establecido en Francia en 1931, pero cuya entrega a las autoridades republicanas fue bloqueada por los tribunales franceses.

En julio de 1938, el embajador Pascua negoció con los soviéticos un crédito adicional por importe de 60 millones de dólares, cuya instrumentación se reservó Negrín. Hasta el momento no se ha esclarecido cómo se verificó éste.

Resultados desconocidos

TAMBIÉN se desconocen los resultados de la exportación republicana durante la guerra civil. Para el período comprendido entre diciembre de 1936 y junio de 1938 hemos encontrado datos que han de considerarse mínimos. Las ventas al exterior de ciertos productos como plomo, naranjas, limones, aceite de oliva, cacahuetes, almendras, cloruro potásico, ácido tartárico, corcho, tejidos, etc. (excluyendo, pues, las de minerales de hierro del norte y mercurio), arrojaron un total estimado de siete millones de dólares, de los cuales dos millones se compensaron con importaciones y otros dos quedaban pendientes de cobro a mitad de aquel año. Ningún dato fiable permite cuantificar el volumen de ayuda financiera exterior, aparte de los créditos soviéticos, recibida por la República, y que evidentemente hubo de materializarse

en divisas o en productos de diferente naturaleza. Una cuestión muy debatida se ha centrado en torno a la adecuación de los recursos movilizados frente a las necesidades sentidas. La guerra exigió, desde luego, la utilización de un amplio volumen de divisas: a comienzos de 1937 tan sólo las necesidades de aprovisionamiento se situaban en torno a los 14 millones de dólares mensuales, según datos emanados de Negrín. A ello habría que añadir las compras de armamento: parte del adquirido a la URSS en el primer año de la contienda ascendió a 132 millones de dólares. Si suponemos que el ritmo de abastecimientos no bélicos de los primeros meses se mantuvo hasta la caída de Vizcaya —con la pérdida de su industria y de las minas de hierro—, podríamos indicar que en el primer año de guerra la República invertiría por lo menos 314 millones de dólares, sin contar las adquisiciones de material bélico fuera de la Unión Soviética, cuyo costo debió de ser muy elevado.

A medida que las posibilidades de movilizar recursos internos fueron recortándose tras las pérdidas territoriales, la dependencia republicana de los suministros exteriores debió de aumentar considerablemente tanto en el sector bélico como en el no bélico de la economía. La experiencia acumulada en los primeros meses de 1938 mostró que, hacia el verano de este año, las cantidades de divisas que se precisaban mensualmente ascendían ya a unos 27 millones de dólares, cantidad en la que no se computan los gastos en armamento soviético. Aplicando tal módulo al período comprendido entre la caída del norte y la de Cataluña, las necesidades adicionales mínimas en divisas en estos dieciséis meses habrían importado, pues, unos 430 millones de dólares.

La suma global estimada (en la que, insistimos, sólo se ha computado una parte de los gastos en armamento) puede servir de orientación para precisar con cierto fundamento el volumen de divisas que consumiría la campaña: 744 millones de dólares. Esta suma excede el contravalor del oro movilizado, y a ella se llegaría mediante la aplicación de las divisas generadas por otras operaciones financieras y comerciales.



(Centelles. Barcelona.)

Carros soviéticos: los primeros que actuaron en España fueron suministrados a crédito. La venta del oro permitió pagar muchas facturas de material ruso. Franco recibió más facilidades de los italianos.

Aunque quedan muchos interrogantes por aclarar, es difícil que su esclarecimiento introduzca muchas correcciones de concepto al análisis aquí esbozado. Hay una cuestión, sin embargo, que debe subrayarse con particular intensidad: la mayor parte de los pagos internacionales de la República se hicieron, pasados los primeros meses del conflicto, a través de las cuentas abiertas en la Banque Commerciale pour l'Europe du Nord parisina (y otras establecidas en el Moscow Narodny Bank Ltd., entidad bancaria soviética de derecho británico establecida en Londres). Ninguno de ambos bancos, como tampoco el gobierno de la URSS, ha suministrado hasta ahora datos acerca del movimiento de todas aquellas cuentas. Igualmente se desconoce el saldo que hubiera en las mismas al terminar la guerra civil. Lo único que ha podido determinarse es que el 9 de febrero de 1939 Méndez Aspe y Negrín ordenaron al doctor Pascua, por aquel entonces embajador en París, que todos los saldos que existieran en las cuentas oficiales abiertas a su nombre en el banco soviético se transfirieran a Pedro Pra López, oscuro personaje muy adicto al jefe del gobierno. Es de presumir que Pra recibiera, pues, fondos con los cuales se atendió a la financiación del exilio; pero ésta ya es otra historia.

No cabe, sin embargo, descartar la posibilidad de que el banco, finalizada la guerra, no liberase todos los fondos derivados de las operaciones republicanas de movilización de recursos. El embajador soviético en París declararía ante Pascua su intención de entregar cinco millones de francos como contribución para cubrir los gastos que en Francia produjeran los refugiados españoles. Pocos días más tarde anuló su oferta, siguiendo instrucciones de las autoridades de Moscú. Así pues, tanto los republicanos exiliados como los soviéticos han contraído en este terreno una deuda con la historia, que hasta ahora no han atendido. Pero el lector habrá podido quizás advertir que la movilización del oro era una condición necesaria para mantener el esfuerzo bélico de la República, aunque no fuese una condición suficiente para ganar la guerra. El estrangulamiento financiero exterior pesó sobre la misma, y la documentación manejada permite suponer que sus dimensiones desbordaron los recursos metálicos disponibles.

Créditos italianos

Si la República, que controlaba la movilización de las reservas de oro del Banco de España, chocó con tales limitaciones en el terreno de la financiación exterior, ¿cómo pudo el gobierno de Burgos, sin apenas oro, hacer frente a los constreñimientos que hubo de sufrir en los pagos internacionales? Esta cuestión ha sido objeto de amplio debate, sin que hasta fecha reciente haya comenzado la identificación precisa de los mecanismos puestos en funcionamiento y la cuantificación global de sus resultados, aunque, desde fecha bien temprana, se reconoció abiertamente el tenor muy diverso de la financiación exterior recibida por ambos bandos.

Así, por ejemplo, el *Boletín Oficial del Estado* de 4 de agosto de 1940 publicó una nota del Ministerio de Hacienda, debida fundamentalmente al propio titular del departamento, José Larraz López, en la que se afirmaba que «en esencia, la España nacional utilizó el crédito, mientras que la España marxista realizó las reservas metálicas». Sin embargo, la argumentación y las precisiones cuantitativas de dicha nota, que es la primera manifestación oficial suministrada por el franquismo sobre tan controvertido tema, adolecían de notables errores, en un intento de velar la significación y los mecanismos que, en el terreno financiero exterior, permitieron al incipiente nuevo Estado contornear aquel estrangulamiento.

Ministerio de Defensa Nacional

Excmo. Sr.:
Sírvase transferir a la cuenta de D. Pedro Pra Lopez la totalidad de los saldos existentes en las diferentes cuentas que figuran a nombre de V. E. en la Banque Commercialle pour l'Europe du Nord.
Toulouse, 9 de febrero de 1939
EL MINISTRO DE HACIENDA Y ECONOMIA

Vº. Bº.: EL PRESIDENTE DEL CONSEJO Y MINISTRO DE DEFENSA NACIONAL.

Excmo. Sr. Embajador de España en Paris.

(Arch. A. Viñas)

A través del funcionario Pedro Pra, el gobierno republicano canalizó fondos para la financiación del exilio.

Las bases de la Hacienda de guerra de los sublevados se establecieron prontamente en el terreno exterior y se orientaron desde el primer momento hacia la captación, en la mayor medida posible, del apoyo financiero en material de guerra y en productos destinados al sector bélico de la economía que pudieran prestar las potencias fascistas.

La contribución que en dicho plano suministró la Italia mussoliniana fue más intensa y persistente que la que aportó la Alemania nazi. Es también la que ha sido menos objeto de atención.

El 24 de agosto de 1936, un emisario no identificado de la Junta de Defensa Nacional se entrevistó en Roma con el ministro de Negocios Extranjeros, conde Galeazzo Ciano.

Para entonces los suministros italianos de material de guerra habían ido pagándose parcialmente con cargo a las limitadas tenencias de divisas de los sublevados, procedentes de ciertos fondos depositados en el exterior, de donaciones (entre las que debieron de figurar en lugar prominente las efectuadas por Alfonso XIII en el exilio) y de las divisas, valores y oro transferidos al extranjero desde las zonas controladas por las nuevas autoridades (por ejemplo, desde Mallorca a través de gestiones de Juan March).

Los italianos habían solicitado que se estableciera un depósito de cinco millones y medio de liras para hacer frente al pago de los suministros pendientes y futuros. En aquella entrevista, Ciano —que ignoraba la petición— se mostró contrario a la misma, indicando literalmente: «Pas un seul mot de plus sur des questions d'argent. Après la victoire on en parlera, pas maintenant!» («¡Ni una sola palabra más sobre cuestiones de dinero. De esto hablaremos después de la victoria, no ahora!»).

Ello no se cumplió estrictamente, pero lo cierto es que la compensación de los masivos envíos de material de guerra y pertrechos italianos sólo se realizó de forma limitada durante la contienda, dejándose para después el grueso de la liquidación.

En el curso de la guerra civil se verificaron, no obstante, una serie de acuerdos secretos con Italia tendentes a regular el intercambio comercial mutuo y a sentar las bases para reducir el volumen de la deuda de guerra en que iba incurriendo el gobierno de Burgos.

El primero de la serie fue el firmado en Roma por Nicolás Franco el 29 de abril de 1937 y denominado «acuerdo Franco-Fagiouli». Las autoridades franquistas se obligaban a abonar al gobierno italiano, desde el 1 de enero de 1938, la suma de 150 millones de liras anuales (en mercancías o en divisas libres) como cuota



(Efe.)

Nicolás Franco negoció importantes acuerdos económicos con Italia que han permanecido largo tiempo ignorados.



(Efe.)

Lingotes y monedas ensacadas constituían las míticas reservas evaporadas necesariamente durante la guerra.


(Efe)

Don Juan March, a la derecha, prestó desde el primer momento relevantes servicios financieros a los sublevados, pero no siempre desinteresadamente.

de amortización de los «suministros especiales». En 1937, Burgos se comprometía a ceder a Italia 75 millones de liras en productos, especialmente minerales de hierro, piritas de Riotinto, lanas y pieles en bruto, aceite de oliva, plomo y cobre.

Tras largas conversaciones en torno a la determinación de los envíos de mercancías españolas, se llegó al «acuerdo Franco-Ciano» de 11 de agosto de 1937, en el que se integraban las disposiciones del anterior de tal manera que se efectuara la amortización de los «suministros especiales» en un período máximo de diez años. Una comisión mixta fijaría el importe de los mismos. Los envíos de material de guerra italiano que no fuesen objeto de pactos especiales (reservados a barcos y aviones) y se realizaran entre el 15 de julio y el 31 de diciembre de 1937 se pagarían en un 50 por 100 de su contravalor en divisas libres o en mercancías (metales y minerales metálicos, pieles, lanas, antracita, etc.) y el 50 por 100 restante a través de la utilización de un crédito de hasta 125 millones de liras que abriría al gobierno de Franco un consorcio de bancos italianos presidido por el gobernador del Banco de Italia.

Estas y otras disposiciones se referían a la liquidación de los suministros efectuados a las fuerzas armadas españolas. Los destinados al CTV (Cuerpo de Tropas Voluntarias) se anotarían aparte, formando la denominada «cuenta general», cuyo pago se articularía con absoluta independencia de la correspondiente a los envíos concertados para las tropas franquistas.

Amigos ideológicos

COMO resultado de estos contactos, en noviembre de 1937 se desplazó a Roma Manuel Arburúa, como representante de un consorcio integrado por el Banco de España, el Español de Crédito y el Hispano Americano, para definir las modalidades de la operación crediticia, convenida el 20 de noviembre, y a tenor de la cual se estableció un crédito rotativo por un total inicial de 125 millones de liras, ampliado a 250 millones el 27 del mismo mes y año. Dicho importe quedó garantizado por títulos de diversas clases de deuda del Estado y del Tesoro españoles cuyo total ascendió a poco más de 153 millones de pesetas nominales.

Los fondos derivados del crédito rotativo permitieron



La ayuda nazi-fascista tuvo sus propios caídos y generó gastos cuantiosos en apoyo de Franco. Mussolini fue generoso.

cubrir atenciones bélicas a razón del 50 por 100, aunque se produjeron ciertos roces derivados de la débil proporción de divisas que cedieron los españoles (un 14 por 100 del valor de los suministros en cuestión) y de la calidad de las mercancías exportadas, que no respondían a las que con carácter preferente solicitaba en cada caso el gobierno italiano.

Tales roces fueron orillados, como había hecho prever la afirmación de Ciano en agosto de 1936. El entonces agregado comercial en Roma, Antonio Mosquera, señalaría que ello se debió, en efecto, a la «buena disposición en las más altas esferas del gobierno italiano, a las que hubo que recurrir en muchísimas ocasiones para vencer las dificultades de carácter técnico presentadas por los ministerios competentes y sin cuya eliminación no se hubieran podido alcanzar tales resultados».

Ello no obstante, la creciente dependencia del gobierno franquista con respecto a los suministros bélicos italianos hizo necesario llegar a un nuevo acuerdo que, tras una larga gestación, se firmó en Roma el 23 de mayo de 1938 ampliando el plazo previsto para completar las medidas encaminadas a regular la cuestión e iniciar la amortización de la deuda acumulada. Dicho acuerdo preveía también una fórmula de liquidación para los suministros bélicos que se efectuaran en tal año y que se cubrirían mediante las disponibilidades existentes en el crédito rotativo (aumentado a 300 millones de liras) y la cesión de productos españoles: minerales de hierro del Rif, lingotes, piritas, cacao, aceite de oliva, lana sucia y carbón. Lo que reviste una especial significación, pues a través de él Franco se aseguraba la adquisición de material de guerra para continuar la contienda, precisamente cuando la República se veía constreñida y dificultada en sus compras en el exterior, habiendo concluido ya la enajenación en Moscú de las reservas de oro del Banco de España.

En septiembre de 1938, un intercambio de cartas hispano-italiano determinó las modalidades de pago de otros suministros. En general, la liquidación era mixta y preveía la cesión de divisas, mercancías españolas e incluso pesetas (para sufragar determinados gastos italianos en la zona franquista). El importe total ascendió a 30 millones de liras.

Simultáneamente, Franco solicitó la inmediata entrega de abundantes repuestos de artillería y de 117 piezas, así como de otros elementos bélicos. En noviembre, las peticiones ascendían ya a 400 millones de liras (si bien fueron reducidas a 300 millones ante las dificultades de pago). La pugna entre los servicios hispano-italianos duraría largo tiempo, y sólo se resolvió parcialmente gracias a la intervención personal del propio Mussolini.

Este somero resumen habrá mostrado, en cualquier caso, los dispositivos utilizados por el gobierno de Franco para salvar el estrangulamiento financiero exterior en las relaciones con Italia: compensaciones co-

rrientes a base de determinados productos de exportación, entrega de divisas e incluso pesetas y, sobre todo, recurso al endeudamiento regulado sólo provisionalmente, que habría que abordar con carácter definitivo una vez terminada la guerra civil. Por lo general, el tono de las relaciones entre ambos gobiernos fue bueno en el terreno financiero, aunque a veces surgieran duras dificultades a nivel de servicios técnicos.

Tales constataciones sirven, además, para destacar un aspecto importante, no demasiado subrayado en los estudios sobre el tema. La ayuda continuada de la Italia fascista, compensada de forma parcial y escasamente significativa durante el conflicto mismo, permitía resolver el estrangulamiento exterior del gobierno de Burgos. Excepto en el caso de la Unión Soviética, y ello con abundantes altibajos, la República jamás dispuso de un apoyo financiero tan constante y tan poco sometido a fluctuaciones imprevisibles.

El carácter de las relaciones económico-financieras hispano-italianas contribuyó por otro lado a paliar el tono agridulce en que se desenvolvieron las establecidas con la Alemania nazi.



(Efe)

Hitler quiso cobrar hasta el último céntimo. Alemania no se mostró generosa con Franco.



(UPI)

El general Berti, izquierda, comandante en jefe de las fuerzas italianas en España, con Pedro Gamero, derecha.

Hitler: ayuda interesada

Los alemanes se mostraron, en efecto, más agresivos y dispuestos a extraer beneficios al apoyo prestado al general Franco por decisión expresa y personal de Hitler. Su valoración económica fue muy inferior a la que revistió la ayuda italiana.

Contaron para ello con un instrumento establecido desde los primeros días del conflicto, una empresa de derecho español, la HISMA, y con uno de sus fundadores, el comerciante Johannes E. F. Bernhardt, quien había trasladado a Hitler la petición de ayuda de Franco, y que aconsejó a las autoridades militares sublevadas la incautación de grandes cantidades de minerales de cobre que sirvieran de compensación a los envíos de material de guerra alemán.

La Administración militar y Franco, desbordados en un primer momento por las complejidades de la dirección económica de la contienda, dejaron, desde septiembre de 1936, campo libre a la HISMA para desarrollar el comercio hispano-alemán sobre la base de la compensación sistemática de mercancías contra mercancías. A ello debió de contribuir la posibilidad de que el escaso oro y las divisas de que disponía la zona se utilizasen entonces para hacer frente al pago de las operaciones con otros países. Esto indujo al Tercer Reich a sostener o ampliar el ritmo de ayuda, al encontrar una contraprestación en materias primas y productos españoles.

La compensación pudo desarrollarse más intensamente al constituirse en Berlín, en octubre de 1936, la empresa ROWAK, cuya misión inicial consistiría en servir de contrapeso para canalizar desde Alemania el intercambio hispano-alemán de carácter regular y las exportaciones españolas que se aplicaran a la compen-

sación de la incipiente deuda de guerra. Ambas empresas quedaron controladas por miembros del partido nacionalsocialista y se subordinaron al Plan Cuatrienal dirigido por Goering. Desde entonces pasaron a desempeñar un papel fundamental en el plano de las relaciones entre los dos países, como apéndices de la peculiar estructura administrativa que se proponía poner en pie de guerra a la economía alemana. Todo ello no sin provocar fuertes fricciones con los ministerios que hasta entonces habían controlado la política económica exterior del Reich.

Las dos funciones del aparato HISMA/ROWAK estaban íntimamente conectadas, y el mecanismo perduró durante toda la guerra civil. Las razones han de encontrarse en la voluntad de mantenerlo desde los más altos escalones de la Alemania nazi, ya que su actuación aseguraba el mayor volumen de adquisición posible de materias primas españolas.

Como consecuencia de ello, la política comercial del incipiente nuevo Estado en las relaciones bilaterales con el Tercer Reich quedó enfeudada. El comercio español se desviaba fuertemente hacia Alemania, disminuyendo las posibilidades de generar divisas en transacciones con otros países.

El sistema de compensación HISMA/ROWAK no ha sido analizado suficientemente. Aunque no todos sus principios se fijaron en un primer momento, el funcionamiento no varió esencialmente en cuanto quedó definida y articulada la noción expuesta de compensación de mercancías contra mercancías. Un dispositivo bastante ortodoxo en las condiciones de anormalidad económica internacional durante la crisis de los años treinta.

Burocracia germana

LA plasmación práctica final fue la siguiente: los importadores españoles se ponían de acuerdo con los proveedores alemanes sobre el suministro a realizar y solicitaban el correspondiente permiso de importación de las autoridades de Burgos. Obtenido éste, entregaban el pedido a la HISMA e ingresaban en pesetas su contravalor en una de las cuentas corrientes de la empresa, que cobraba una prima para cubrir gastos.

La HISMA trasladaba el pedido a la ROWAK, que se ocupaba de pasarlo a la casa proveedora siempre que existiera una posibilidad financiera de compensación. Los exportadores alemanes recibían en marcos el valor de la exportación, cargando la organización berlinesa otra prima por su participación en la operación.

A medida que fue perfeccionándose el sistema, la cuota mensual de importación española procedente del Tercer Reich dependería del volumen de la exportación realizada a éste en el mes precedente y tramitada por la HISMA.

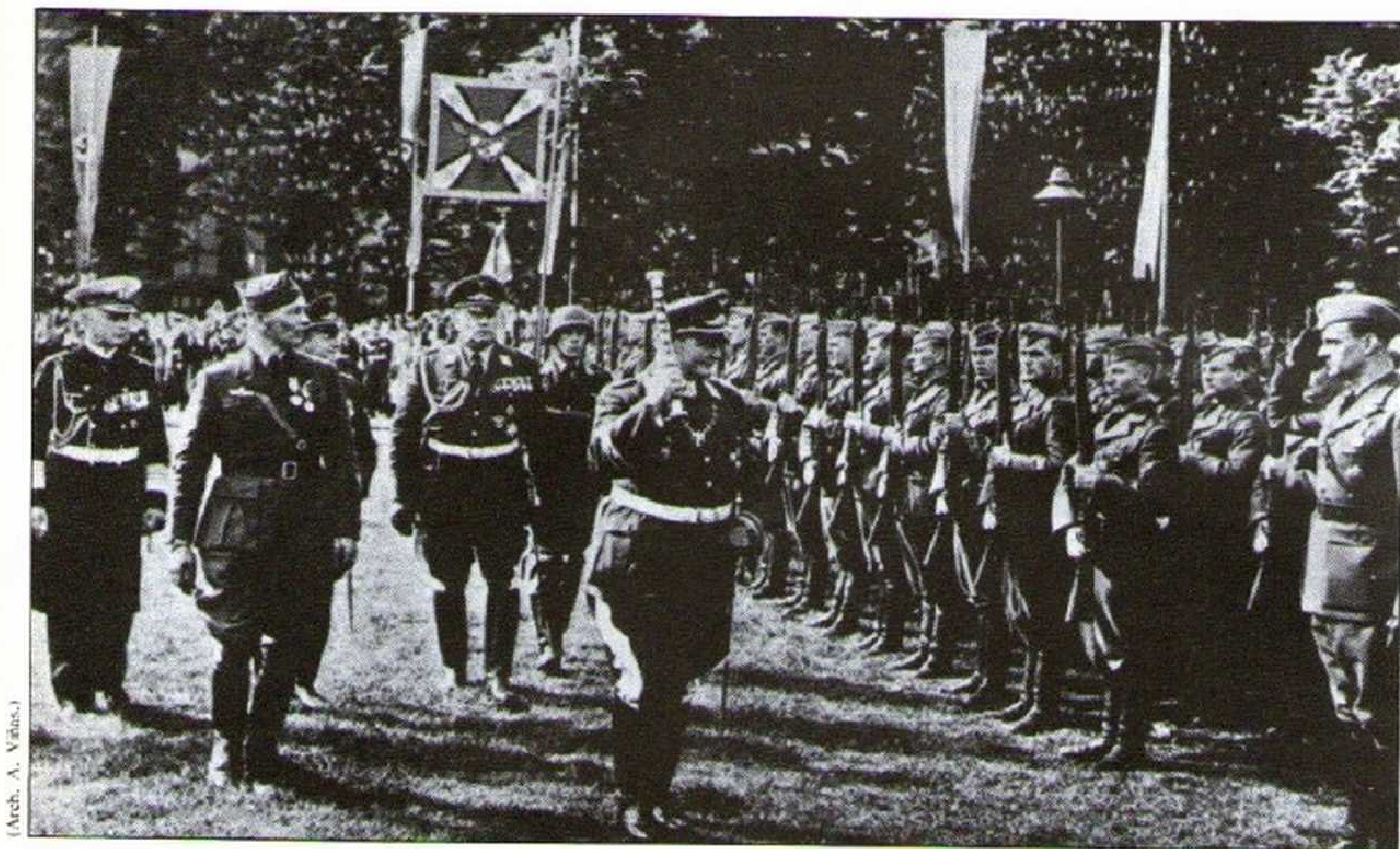
Desde el punto de vista de la exportación española, el sistema seguía un camino paralelo. En primer lugar, el exportador se ponía de acuerdo con su cliente alemán, luego entregaba a la HISMA una factura expresada en marcos, que se enviaba a la ROWAK. Cumplidas las formalidades de importación en el Reich, y efectuado el pago en su moneda por el importador alemán a la ROWAK, ésta otorgaba su consentimiento a la compensación y a la realización de la operación, comunicándoselo a la HISMA.

En España esta empresa trasladaba tal permiso al exportador, que ya podía solicitar entonces de las autoridades nacionalistas la correspondiente licencia de exportación. La HISMA pagaba en pesetas el importe de la partida, previa detracción de una comisión.

Así pues, las posibilidades de importación española dependían del volumen de exportaciones al Tercer Reich previamente registrado. El mecanismo favorecía implacablemente la desviación de comercio hacia la Alemania nazi. El aparato HISMA/ROWAK funcionaba como monopolista en la financiación del comercio hispano-alemán, asegurando también en el terreno de los pagos la desviación de aquellas materias españolas que más interesaban al Tercer Reich: minerales de hierro, cobre y plomo; mercurio; piritas; madera de okume; lanas y pieles; grasas, etc. Raras veces


(Efe.)

Juan Antonio Suanzes, el primer ministro de Industria y Comercio del régimen, inició la autarquía hipernacionalista.


(Arch. A. Viñas.)

Tras la Legión Cóndor de Goering, que la recibe a su regreso, se dibujaban pugnas económicas que puntearon la ayuda militar: la factura se pasó y se cobró.

en la historia contemporánea habrá discurrido el comercio entre dos naciones por cauces institucionales similares (aunque las empresas tenían carácter de paraestatales, y en el caso de la HISMA, tanto el Estado alemán como el español participaban al 50 por 100).

La masa de financiación venía determinada, en el caso de la HISMA, por los depósitos que constituían los importadores españoles (montante de los productos que deseaban adquirir) y por las entregas que la Hacienda realizaba a cuenta de los suministros de material de guerra. En el caso de la ROWAK, las posibilidades financieras dependían de los depósitos efectuados por los importadores alemanes y de los créditos que otorgaron en su momento las autoridades del Tercer Reich.

Sólo una parte del intercambio compensaría el endeudamiento en que Franco iba incurriendo frente a la Alemania nazi por el apoyo prestado. Ahora bien, la elevada disponibilidad en pesetas que tenía la HISMA iba a llevar fácilmente a las autoridades económicas alemanas a un nuevo y debatido proyecto: la creación de una base propia de extracción y adquisición de materias primas españolas mediante la constitución de una variada gama de sociedades que actuarían en casi todos los sectores de la vida económica nacional. De la penetración comercial se pasaría así a la penetración vía inversión directa, con consecuencias de la más alta relevancia tanto políticas como económicas.

El peso de los pedidos urgentes

ENTRE ellas figura, por ejemplo, la intensificación de la aversión que el general Franco y las autoridades económicas (como, por ejemplo, el ministro de Industria y Comercio, Juan Antonio Suanzes) sentían hacia la inversión extranjera. Algunos indicios permiten ligar la orientación de la legislación restrictiva que se introdujo en la propia guerra civil, y encontró plasmación más articulada en las leyes de industria de octubre y noviembre de 1939, a las experiencias registradas con las ambiciones alemanas. Su aplicación sistemática caracterizaría, hasta 1959, la época de autarquía por la que atravesó la economía española.

La mayor parte de los suministros bélicos del Tercer Reich, según se indicó en una exposición al consejo de ministros español de 25 de junio de 1940, no respondió a un plan documentado y tramitado según reglas y formalidades burocráticas. En un principio se trataba de pedidos urgentes formulados por los servicios que

los necesitaban con carácter perentorio. Posteriormente se amplió el abanico: los jefes de las unidades españolas los pasaban a sus colaboradores alemanes; se solicitaron a la HISMA; se canalizaron a través de la embajada en Berlín, etc. La creación de la Dirección General de Adquisiciones puso algún orden en esta situación.

La sistematización contable y financiera de las transacciones económicas hispano-alemanas se hizo a través de varias cuentas. La primera recogía los suminis-



(Col. familia Quintanilla.)

La peseta sirvió para compensar deudas con el Tercer Reich.



(Efe.)

Sir Robert Hodgson llegó a Burgos con la misión de intensificar el acercamiento económico anglo-hispano.

LA DOMENICA DEL CORRIERE

Si pubblica a Milano ogni settimana

Supplemento illustrato del "Corriere della Sera"

Uffici del giornale: Via Solferino, 28 - Milano

Anno 40 — N. 20

15 Maggio 1938 - XVI

Centesimi 40 la copia

(Col. Luis Gasca.)

El apoyo conjunto a Franco contribuyó a fortalecer la amistad entre los dictadores fascistas.

tros directos de Estado a Estado; la segunda, los de la industria alemana a las fuerzas armadas españolas, y la tercera, los movimientos puramente comerciales, subordinados a la actuación del mecanismo HISMA-ROWAK.

En la primera cuenta no se registraron demasiadas transacciones, porque desde los momentos iniciales se tendió a contabilizar éstas a través de las otras dos. La segunda presentó siempre un saldo en contra del Estado español, y la tercera, un saldo a su favor, que servía para compensar los débitos acumulados en las restantes: según la exposición al consejo de ministros, ello fue debido a las entregas a la HISMA de cantidades en pesetas, con las cuales la empresa adquiría mercancías que se exportaban a Alemania.

En resumen, pesetas españolas no convertibles en divisas y productos españoles muy varios fueron los grandes reguladores del mecanismo que funcionó en medio de crecientes roces entre las autoridades del nuevo Estado y las alemanas, pero es dudoso que, sin *stocks* de oro, hubiera podido montarse otro, toda vez que el anterior se complementaba con entregas periódicas de divisas a los servicios del Tercer Reich. Lo atípico del procedimiento, y que le da un valor singular en la historia económica contemporánea, es su vinculación al esquema de las dos empresas HISMA-ROWAK.

Ahora bien, el aplazamiento de los pagos equivalía a utilizar facilidades crediticias otorgadas por los alemanes. Las desventajas eran dos: en primer lugar, el sistema favorecía la desviación de la exportación española hacia la Alemania nazi; en segundo lugar, al enfatizarse de tal manera el papel de los suministros de mercancías al Tercer Reich se recortaban las posibilidades de exportar a otros mercados (Inglaterra, Estados Unidos, Suiza, etc.), obteniendo a cambio divisas libres.

No obstante, éstas se generaron en alguna medida, y los diversos arreglos establecidos con las potencias fascistas permitieron dirigirlas hacia la adquisición de productos (no precisamente material de guerra) en otros países. Así fue posible, por ejemplo, no incurrir en otro endeudamiento que el simplemente comercial en los contactos con círculos norteamericanos e ingleses. Es decir, los suministros de estas procedencias se liquidaron en su mayor parte en divisas durante la propia guerra civil. El tan cacareado apoyo de ciertos sectores del mundo de los negocios anglosajón —en las ventas a la España franquista de carburante, camiones y otros productos que no caían dentro de la categorización de equipo bélico— participó más de la naturaleza de transacciones de comercio internacional que de ayuda extraordinaria al nuevo Estado, que sólo la encontró masivamente en las potencias fascistas, aunque la literatura pro franquista no haya enfatizado ni analizado nunca tal aspecto. Y en lo que se refiere a la Alemania nazi, se toleró mal que bien el funcionamiento ininterrumpido de mecanismos potenciadores de una creciente dependencia comercial.

Sacar dinero extranjero

PERO, naturalmente, las autoridades de Burgos no descuidaron las posibilidades de captación de moneda extranjera para aplicarla, más o menos intensamente, al sector bélico de la economía como prioridad esencial, y al no bélico en condiciones de subordinación al primero.

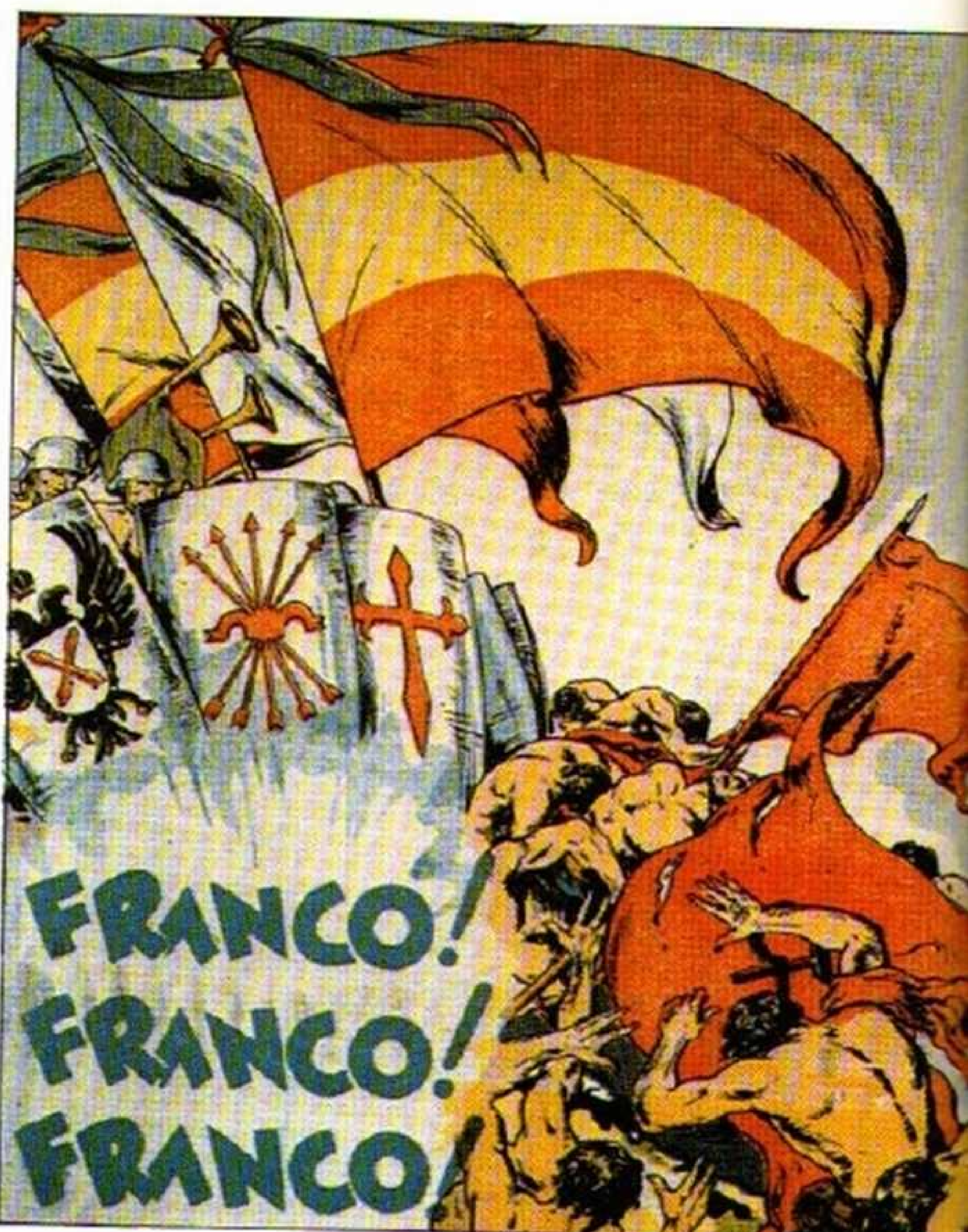
Ya sabemos, en efecto, que incluso en la compensación parcial de los suministros italianos y alemanes se requerían divisas, y las presiones nazis contribuyeron a promover el importante decreto-ley de 14 de marzo de 1937 que, en paralelo con las medidas adoptadas en la zona republicana, obligaba a los particulares a ceder al Estado todas las divisas que tuvieran en propiedad y posesión, bien «en la zona liberada» o en el extranjero; a entregar todo el oro que poseyeran dentro o fuera de España, y a poner a disposición de las autoridades los títulos de la deuda de naciones extranjeras y de los valores mobiliarios extranjeros o españoles de cotización internacional.

Ello condujo a la venta sistemática de tales títulos y activos, lo que dio origen a un proceso de contracción de la inversión española exterior que más tarde lamentarían amargamente algunos rectores de la política económica exterior del régimen.

Pero, aparte de ello, dichas medidas no tuvieron todo el eco deseado —la cuantificación de sus resultados no se ha llevado a cabo todavía—, de suerte que la generación de divisas recayó en las operaciones habituales de comercio internacional, sometidas a una férrea intervención estatal desde los primeros momentos. Un *modus vivendi* con Inglaterra firmado en Burgos permitió sentar las bases para obtener divisas por las exportaciones hacia la zona de la libra, si bien con el compromiso —al que no se atuvieron las autoridades españolas— de destinar la mayor parte de las mismas a la adquisición de productos originarios o manufacturados en el Reino Unido.

Ahora bien, no todas las operaciones de comercio internacional facilitaban la generación de divisas. A causa de la escasez relativa de medios de pago, una parte muy importante de las transacciones comerciales con el exterior no verificadas con las potencias fascistas discurrió a través de un régimen de compensaciones privadas extremadamente rudimentario y restrictivo, que no debió de contribuir a elevar la eficacia de los procesos de asignación de recursos en la zona sublevada y sí favoreció la aparición de un amplio mercado negro y de una corrupción que permeabilizó la

política económica franquista durante los años cuarenta y cincuenta.
En tales condiciones, los exportadores españoles cedían los créditos en divisas —derivados de la venta de sus productos— a otros importadores españoles que, en base a aquéllos, podían realizar adquisiciones en el extranjero sin necesidad de utilizar divisas, ya que en el otro país los importadores involucrados en la primera operación satisfacían el importe de la segunda a los exportadores del mismo. Tales compensaciones se simplificaban cuando el exportador español coincidía con el importador. Su introducción permitió desarrollar un cierto volumen de comercio y, por consiguiente, realizar importaciones sin liquidarlas con divisas, las que hasta bien avanzada la guerra civil se reservaban las autoridades para atender a los pagos impuestos por la compra de bienes con destino al sector bélico de la economía.
La incipiente burocracia del no menos incipiente nuevo Estado se enzarzó en sordas querellas, atacando o favoreciendo tan complicado pero primitivo sistema. Su predominio planteó problemas angustiosos: si durante una época no pareció posible suprimirlo, su mantenimiento limitó la capacidad de generación de divisas vía comercio exterior. El régimen de compensaciones privadas equivalía, en efecto, a un verdadero trueque de productos por productos que llevaba a la adopción de una política económica exterior cada vez más recortada, al no poder aplicar las divisas, cada vez más escasas, a la adquisición de las mercancías indispensables. En tales condiciones, fácil es advertir la renovada importancia del apoyo de las potencias fascistas y —en términos tácticos— de la ayuda financiera obtenida de ciertos círculos del capitalismo nacional e internacional.
La importancia de la ayuda exterior se ha exagerado, y hasta fecha muy reciente no se ha documentado. Es fácil reconstruir sus contornos en base a una Ley Reservada de la Jefatura del Estado firmada por el general Franco con fecha 1 de abril, «día de la Victoria», para aprobar los contratos de créditos exteriores formalizados durante el conflicto. Su primer artículo establecía que las cantidades dispuestas serían consideradas como deudas del Estado español y que la aprobación debía entenderse retrotraída a la fecha del perfeccionamiento de los contratos. ¿Cuáles eran éstos, que han constituido uno de los secretos más celosamente guardados por el franquismo?
Tenemos, en primer lugar, el crédito concedido el 11 de agosto de 1936 a Andrés Amado por la Sociedad General de Comercio, Industria y Transportes de Lisboa, con garantía de billetes del Banco de España por un total de 13,5 millones de pesetas y que había llegado hasta 175.000 libras. El contrato se había renovado múltiples veces y devengaba intereses del 5,5 por 100.



La exaltación nacionalista encubrió aspectos cruciales de las relaciones económicas con el Tercer Reich.

En segundo lugar hay que mencionar un préstamo de un millón de dólares concedido el 22 de octubre de 1936, por un año, prorrogado y ampliado posteriormente en otros 200.000 dólares. Estos contratos habían sido impulsados por la Compañía General de Tabacos de Filipinas, no devengaban intereses y debían devolverse en la misma moneda, estabilizada con respecto al oro.
El tercer crédito lo había otorgado, el 6 de abril de 1937, el banco londinense Kleinwort & Sons por hasta 500.000 libras, a seis meses, prorrogables, y al 4 por 100. El 15 de septiembre del mismo año se amplió hasta 800.000 libras. En la operación participó activamente Juan March, y la garantía estaba compuesta de valores mobiliarios de primera clase.
El cuarto crédito lo concedió también el mismo banco, en esta ocasión el 25 de octubre de 1937, a tres meses, prorrogables, al 3 por 100, por hasta un millón de libras. Tenía garantía de títulos ingleses del War Loan Funding, y posteriormente se amplió en medio millón de libras más.
El quinto crédito provenía de la Société de Banque

Suisse (que también adquiría oro que enajenaba la República en París). Su importe ascendía a un millón de libras; el contrato se firmó el 20 de octubre de 1938, a un año, prorrogable, y devengaba intereses al 3 por 100 en una parte garantizada por valores suizos y al 3,75 por 100 en el resto.
Finalmente, el 28 de febrero, la Caixa Geral de Depósitos, Crédito e Previdencia de Lisboa otorgó al gobierno de Franco un crédito de hasta 1,5 millones de escudos, a tres meses, prorrogables, con el 4 por 100 de interés y garantía de títulos de la Deuda portuguesa.
Esta relación no contiene una información espectacular. Los créditos financieros exteriores recibidos por el gobierno de Franco fueron, en efecto, escasos, aunque la concesión de alguno de ellos tuviera lugar en situaciones extremadamente críticas en el terreno de los pagos internacionales.



(Col. particular.)

Todos los medios fueron buenos para canalizar las voluntades hacia la «Suscripción Nacional».

Apoyo a la causa

De aquí la significación que cabe atribuir a otra de las líneas que siguió la política de captación de activos y divisas: la que obedeció a la denominada «Suscripción Nacional», una colecta por la cual se canalizó una variada gama de recursos y que ha quedado prendida de la memoria colectiva de los españoles por el recuerdo de los objetos (dijes, anillos, joyas, monedas de oro, relojes, etc.) que muchos entregaron, bien por entusiasmo o para reducir sospechas de tibia adhesión a la causa triunfante.
No se dispone, ciertamente, de una estimación global de lo recaudado en divisas por la «Suscripción Nacional», pero sí existen cálculos sobre las cantidades de moneda extranjera remitidas al exterior y movilizadas a través de ella: ascendieron a casi un millón de libras, seis millones de francos, 1,5 millones de dólares, casi cinco millones de escudos y a poco más de dos millones de liras.
La «Suscripción Nacional» no sólo se desarrolló durante la guerra, sino también en el período posbélico, y dio otros resultados de consideración. A finales de 1939, por ejemplo, se habían recogido 260.867 monedas de oro de muy diversos cuño, denominación y procedencia, de las cuales el 85 por 100 aproximadamente fue entregado antes de abril del año precedente.
En términos generales, se ha documentado que de 1936 a 1939 los esfuerzos desplegados por esta vía culminaron en la canalización de 4,5 toneladas de alhajas y oro, que se decantaron en la obtención de 668 lingotes de oro, con un peso de 3,5 toneladas, amén de 162 lingotes de plata. Los primeros no se utilizaron durante la guerra civil, pues su venta, a los Estados Unidos, no se inició hasta mayo de 1940, en plena guerra mundial, con el fin de conseguir divisas que paliaran la agudísima crisis de medios de pago por la que entonces atravesaba la economía española.
Así pues, desde el punto de vista de la superación del estrangulamiento financiero exterior durante el conflicto, el peso de la «Suscripción Nacional» recayó en la moneda extranjera entregada por los particulares, porque los valores mobiliarios apenas si representaron contribución alguna.


(Efe.)

Los servicios de Andrés Amado, ministro de Hacienda, se enfrentaron con Alemania y la sobrevaloración de la peseta.

En tales condiciones, los mecanismos de intervención y de regulación de la vida económica, montados por el incipiente nuevo Estado, se atuvieron a dos principios de concreción bastante burda: cobertura prioritaria de las necesidades de las fuerzas armadas y un control de cambios rígido que complementara la discrecionalidad de las autoridades en materia de comercio y transacciones con el exterior.

Las condiciones ambientales para la generación de divisas se veían muy lastradas. Una visión superficial subrayaría, por ejemplo, que, con excepción de Alemania, Italia y algunos pequeños países centroamericanos, el extranjero tardaría en reconocer al Estado de Franco, absteniéndose de intensificar con él las relaciones económicas. En segundo lugar, cabría indicar que las potencias fascistas aparecían como compradoras en tan gran escala en la zona controlada por el gobierno de Burgos, que no quedaban en ella muchos productos que exportar a otros países.

Ello es, sin duda, correcto pero insuficiente. Todavía no se ha realizado el estudio del comercio destinado al sector bélico de la economía, pero en el resto, y a partir de 1938, las importaciones se clasificaron en tres grupos: el primero (denominado concepto A) incluía las primeras materias, semimanufacturas y algunos productos terminados cuya adquisición suponía un mínimo irrenunciable y sin el cual sería absoluta y totalmente imposible que la economía española funcionase. La segunda categoría (denominada concepto B) englobaba las importaciones necesarias para mantener en modestísimos niveles el comercio y la industria, abarcando todo aquello que no se refería de manera directa a la posibilidad material de continuar la guerra o al «minimum vital de la economía del país». Por último, un tercer renglón (concepto C) agrupaba ciertas adquisiciones consideradas «económicamente recuperables», es decir, que en plazo breve acarrearían la supresión de importaciones de las que hasta entonces no era posible prescindir o que inducirían incrementos de la exportación y, por ende, de la entrada de divisas.

Pues bien, comparando las previsiones de cupos de divisas solicitados con los efectivamente autorizados, en los meses centrales del año 1938, por ejemplo, se observa que estos últimos fueron, en promedio, menores que aquéllos en un 23 por 100 (concepto A) y en un 66 por 100 (conceptos B y C). El estrangulamiento financiero exterior se tradujo, pues, en una contención brutal de las importaciones destinadas al sector no bélico de la economía, mientras que el bélico recibía las suyas esencialmente a través de los mecanismos puestos en funcionamiento por el apoyo continuo de las potencias fascistas.

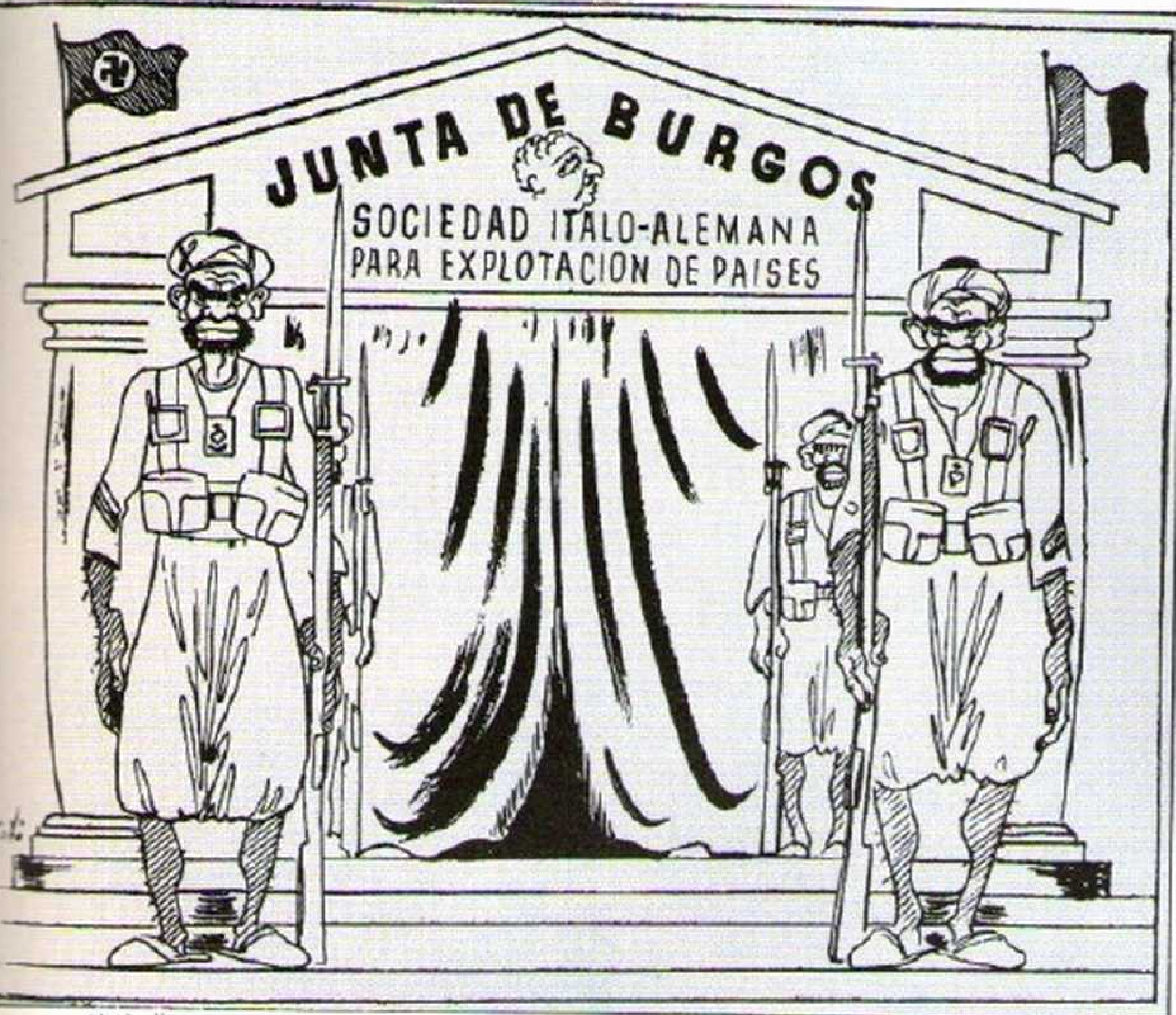
Pero, a juzgar por los propios documentos internos del nuevo Estado, la política económica exterior de la zona franquista no fue demasiado inteligente. A los factores que lastraban las condiciones ambientales, mencionados anteriormente, hay que añadir otro, menos subrayado en los estudios sobre el tema, y al que en la opinión de los funcionarios que instrumentaban aquella política hay que atribuir una importancia fundamental: nos referimos a los efectos de la decisión férrea e inconmovible del jefe del Estado por mantener a toda costa un tipo sobrevaluado de la peseta.

Como sabemos, la República había arrastrado semejante mito durante los años de la paz, pero en la guerra lo arrojó limpiamente por la borda. Tan sensata actitud —que se tradujo en un desplome de la cotización de la peseta republicana— ocasionó numerosas críticas. El general Franco lo elevó a la categoría de dogma fundamental (y quizás en ello no sería insensible a las sugerencias de los círculos alemanes interesados en adquirir a buen precio, vía compensación HISMA/ROWAK, productos españoles), aunque la decisión llevó aparejadas dificultades sin cuento para la exportación de la zona controlada por el gobierno de Burgos.

Un valor artificialmente elevado de la moneda desalienta las exportaciones y estimula las importaciones. Esto último podía paliarse a través de la autorización administrativa individual requerida para toda transacción con el exterior, pero no así lo primero. El Comité de Moneda Extranjera, órgano dependiente del Ministerio de Hacienda, que centralizaba la gestión de la política de divisas, dirigida por Blas Huete, abogaría reiteradamente en favor de una flexibilización en la sobrevaluación de la peseta. De los documentos conservados se aprecia que, en el período comprendido entre el 1 de octubre de 1937 y el 31 de marzo de 1938, los ingresos en divisas por exportación de mercancías se habían movido en torno a las 951.164 libras mensuales, pero que ya en el segundo trimestre de este último año habían descendido a 879.562. En julio se alcanzaban 834.287 libras, y la media mensual de 1939 se contrajo hasta 678.360 libras.

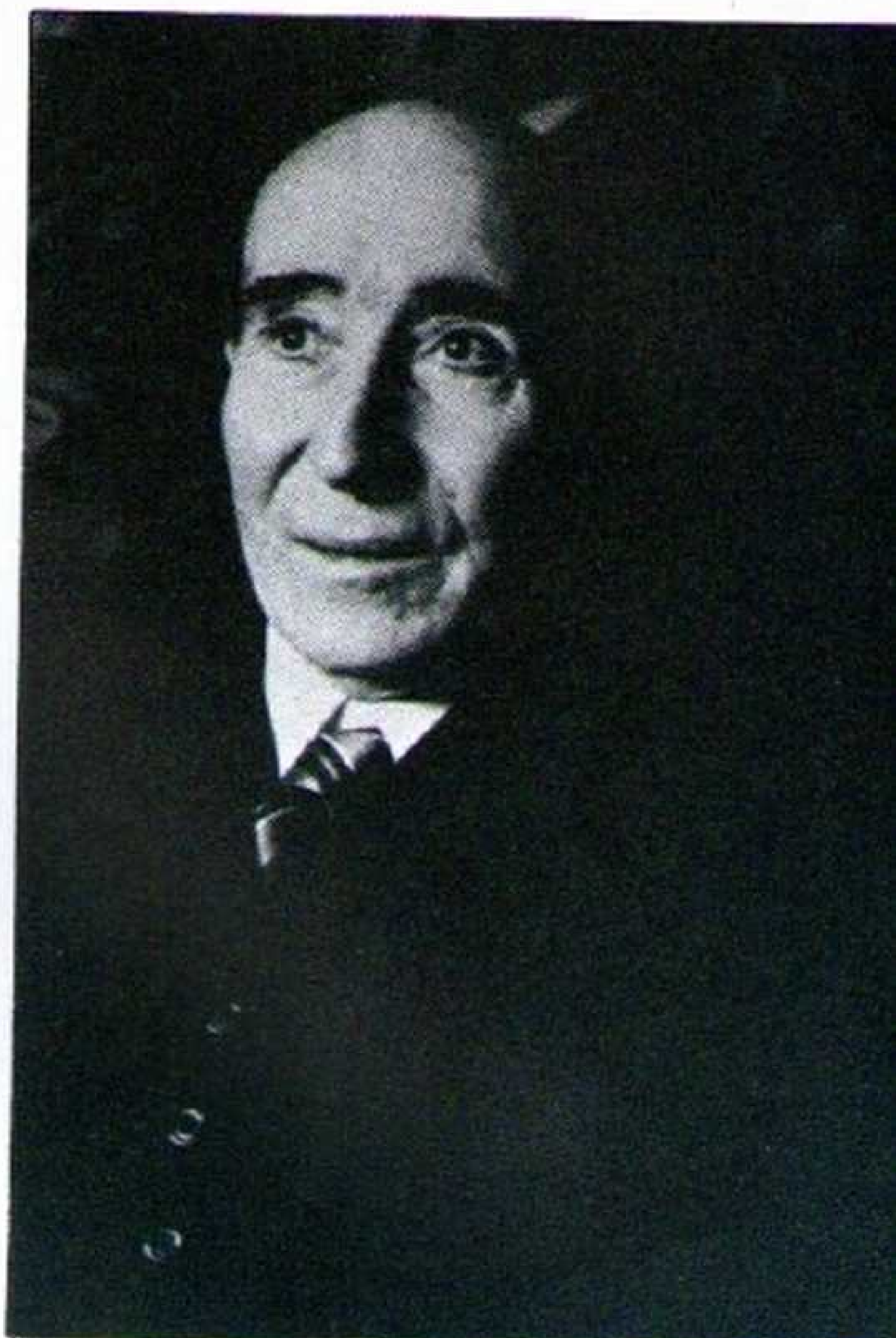
No es de extrañar, pues, que al término de la guerra civil el nuevo Estado —reunificado ya bajo el imperio del bando vencedor todo el territorio español— se encontrara en una delicada situación en el terreno de los pagos internacionales. Cuando el 14 de junio de 1939 se reunió en Burgos, en una de sus habituales sesiones mensuales, el Comité de Moneda Extranjera, la imagen se revestía de tonos sombríos. En efecto, en el mes auténticamente de paz, el de mayo, la posición de divisas alcanzaba la ridícula cota de 706.000 libras, lo cual nos exime de todo comentario.

Por lo expuesto hasta aquí, quizá se haya deducido que si el general Franco fue capaz de superar durante la guerra civil el estrangulamiento financiero exterior, ello fue debido fundamentalmente al apoyo otorgado por las potencias fascistas, a través de arreglos muy diversos. Al terminar el conflicto, el régimen se encontraba poco menos que en suspensión de pagos interna-



(Arch. Ferrer.)

El dedo en la llaga: muchos franquistas no se sintieron felices con la política económica alemana hacia España.



(Efe.)

Desde el Comité de Moneda Extranjera, Blas Huete centralizó la gestión de la política de divisas.

SITUACION INTERNACIONAL

Posibilidad de un acuerdo económico entre Francia y la España nacional.-Un diario afirma la necesidad de que Francia mantenga la política de no intervención

Aclamaciones al Führer en la fiesta de su cumpleaños.–Propósitos del terrorismo ruso

LAS RELACIONES DE FRANCIA CON LA ESPAÑA NACIONAL

PARIS.—La visita hecha recientemente al Gobierno de Burgos por el exembajador de Francia en Madrid, M. Peretti de la Roca, ha sido seguida por la del senador Miller La Croix, actualmente de regreso de Burgos después de haberse entre-

Naciones que intenvenga en el conflicto de la guerra civil española.

Dice el periódico, que no tiene más objeto que producir equivocaciones y desviar la atención de los Gobiernos europeos, conocida la situación desesperada que atraviesa la España roja.

Ha de olvidarse, a este res-

Cancillería del Reich, aclamando al Führer, que tuvo que asomarse a un balcón para agradecer estas muestras de adhesión. —*D. N. B.*

LOS PROPOSITOS DESTRUCTORES DEL BOLCHEVISMO

MOSCU. — El Comité central del partido bolchevista ha publicado cuarenta órdenes con motivo de la fiesta del primero

da todavía, publicada por la agencia Havas, ha estallado una rebelión militar en la República de Honduras.

Según la misma información, los rebeldes habían ocupado los cuarteles y diferentes edificios militares.—**D. N. B.**

LOS PUNTOS SOBRE LOS QUE NEGOCIARAN ITALIA Y FRANCIA

(El Norte de Castilla.)

Las relaciones económicas entre los sublevados y Francia fueron escasas, a pesar de ciertos tanteos que a veces saltaron a los medios de comunicación.

cionales y aún quedaban por resolver complejos problemas de entre los muchos gestados en la contienda.

Liquidación de las deudas de guerra: generosidad italiana

La alineación del régimen tras la línea dura seguida por las potencias fascistas contribuyó a que, restablecida la paz, los países democráticos occidentales no se sintieran dispuestos a concederle ayudas. Con independencia de algunos créditos comerciales de procedencia norteamericana, el gobierno franquista sólo fue capaz de encontrar un modesto apoyo financiero por importe de un millón de libras, otorgado en abril y junio de 1939 por la Société de Banque Suisse. Frente a ello había que hacer frente a la devolución de los créditos contraídos en el conflicto, a la liquidación de atrasos, que se retrotraían a la época de paz de la República; a los acumulados por ésta en la guerra civil frente a un gran número de países (excluida, por supuesto, la Unión Soviética), y, sobre todo, era preciso atender al espinoso problema de las deudas con la Italia mussoliniana y el Tercer Reich.

El proceso de liquidación se realizó de forma muy diferente en ambos casos: con todo tipo de garantías en las relaciones con Italia, manteniéndose, en general, un buen tono. De manera lenta, crispada y punteada por fricciones intensas en las negociaciones con el Tercer Reich, sin que al final hubiera una liquidación de la deuda en términos estrictos.

En el caso italiano, el proceso se inició en las postrimerías de la guerra civil —cuando las potencias fascistas ya sabían claramente quién iba a ser el bando vencedor—, y en el caso alemán, mucho después de terminada la contienda. Discurrió, pues, en el contexto del estallido e inicial desarrollo de la segunda guerra mundial, cuando tanto Italia como Alemania hubieran acogido de buen grado como aliado al régimen del general Franco. Por otra parte, los acuerdos entre éste y el gobierno mussoliniano precedieron en algunos meses a la entrada italiana en el conflicto mundial.

La determinación de la deuda de guerra con la Italia mussoliniana es la que plantea menos problemas de interpretación. Ya el consejo de ministros de Burgos había aprobado, el 13 de octubre de 1938, los resultados del trabajo de una comisión mixta hispano-italiana sobre la valoración a otorgar a un primer tramo de los suministros de material bélico realizados hasta el 31 de mayo de aquel año (para los efectuados por el Ministerio de la Guerra) y hasta el 31 de junio (para los verificados por los de Marina y Aeronáutica). Dicha fracción se fijó, por canje de cartas de 23 de noviembre entre Ciano y el embajador español en Roma, Pedro García Conde, en 3.627 millones de liras. Pero a ella

Cursos de italiano
Se abre en la secretaría de Fascio italiano, calle Gamazo, 3, la matrícula limitada para ambos sexos, y que tengan más de 15 años Horas para matricularse de 11 a 1 y de las 18 a las 20

"El Norte de Castilla"
TELEFONO 2.239
VALLADOLID

(El Norte de Castilla)

La generosidad económica italiana amparó en ocasiones algunos intentos de expandir en España la lengua del Imperio.



(EFE)

El experto en asuntos marroquíes coronel Beigbéder liquidó las deudas de guerra con la Italia fascista.


(Col. J. M. Armero.)

Escenas imaginarias de los héroes mussolinianos en España. El apoyo económico fue más prosaico, pero también resultó más efectivo.

habría que añadir el importe de los suministros italianos posteriores —que fueron muy importantes—, y cuyo valor debía ser objeto igualmente de determinación conjunta. Los servicios italianos plantearon en numerosas ocasiones cifras globales (quizá más o menos abultadas), que redujeron posteriormente. La propia documentación interna española se hizo eco en diversos momentos de niveles muy elevados. Una nota, por ejemplo, preparada con fecha de 19 de febrero de 1940 para el ministro de Asuntos Exteriores, coronel Juan Beigbéder y Atienza, recogería que de las cuentas y facturas italianas se desprendía un volumen del orden de los 8.000 millones de liras.

Es más, hay razones para pensar que dicho importe fue inferior incluso al manejado efectivamente en las negociaciones entre los gobiernos de Roma y Madrid, pues en una exposición al consejo de ministros español de 25 de junio de 1940 se indica que la cifra global italiana había ascendido a 8.300 millones de liras, que es el nivel más elevado del que hemos encontrado constancia documental y que puede servirnos de referencia como tope máximo.

En cualquier caso, el régimen del general Franco se avino a reconocer, en un canje de cartas secreto del 8 de mayo de 1940, que las comprobaciones sucesivas, verificadas después de fijar la cuantía de la primera fracción de los envíos bélicos, habían dado como resultado que el importe de los realizados ulteriormente y los gastos «causados por el Cuerpo de Tropas Voluntarias italianas en España [...], incluyendo los suministros de carácter militar efectuados durante los primeros meses del año 1939, se elevan, por otra parte, a más de 3.300 millones de liras italianas».

Es decir, moviéndose dentro de un amplio espíritu de generosidad italiana, la cifra global de la deuda se fijaría, de común acuerdo, en 7.000 millones de liras (resultado de sumar los 3.627 y los 3.300 millones), pero dejando a un lado numerosas partidas, descartadas o minoradas en el curso de la negociación.

A lo largo de ésta, los italianos sugirieron estudiar la forma de amortizar una cantidad redonda de 5.000 millones de liras, insinuando que el resto se condonaría. Tal generosidad ocultaba, no obstante, intenciones muy definidas que alarmaron al gobierno de Madrid.



(Efe.)

El Duce atajó las numerosas objeciones de los servicios económicos italianos en sus negociaciones con Burgos.

Italia aspiraba, por ejemplo, a realizar inversiones directas en gran escala en la industria española, lo que contrariaba al proclamado nacionalismo económico del nuevo Estado y a sus enormes reticencias ante la inversión extranjera.

Curiosamente, el franquismo nunca dio a conocer un análisis del curso de la negociación, a pesar de que constituye uno de los pocos ejemplos en los que la diplomacia económica del nuevo Estado consiguió un evidente triunfo. Sin duda porque se habría destacado la ayuda económica de la Italia fascista durante la guerra civil, y esto no hubiera resultado agradable para el régimen del 18 de julio. Sin entrar aquí en detalles sobre la negociación, sí podemos glosar brevemente su principal resultado, traducido en un convenio de 8 de mayo de 1940, que sólo en parte se hizo público mucho más tarde, siendo el resto secreto.

En reconocimiento de la deuda de 5.000 millones de liras en él fijada, el gobierno de Madrid emitiría y consignaría a favor del italiano, el 1 de enero de 1941, bonos del Tesoro español no transferibles ni pignorables por la mencionada suma. La emisión consistiría en 5.000 títulos de un valor nominal de un millón de liras cada uno. Los bonos devengarían tipos de interés que partían del 0,25 por 100 (hasta el octavo vencimiento), del 0,50 por 100 (del noveno al decimosexto), del 1 por 100 (del decimoséptimo al vigésimo cuarto), del 1,5 por 100 (del vigésimo quinto al trigésimo segundo), del 2 por 100 (del trigésimo tercero al cuadragésimo) y llegaban al 4 por 100 para el resto. La amortización se realizaría en un plazo global de veinticinco años, iniciándose el 31 de diciembre de 1942, con vencimientos semestrales.

Se previó que los bonos serían pagaderos en Roma, tanto por lo que se refería al principal como a los intereses, bien en liras o bien, a elección del gobierno español y previa notificación, en bonos del Tesoro italiano.

En principio, el convenio era favorable a España no sólo porque recogía el ya mencionado recorte de la deuda (que llegó a suponer hasta el 40 por 100 de la ayuda italiana), sino porque el pago de la restante se haría en liras no estabilizadas con respecto al oro. Esto había sido un punto que generó intensa discusión (los servicios técnicos italianos eran, evidentemente, contrarios a ello), pero al final parece ser que una decisión de Mussolini allanó todas las dificultades. Así pues, el peso de la amortización de la deuda disminuiría considerablemente en términos reales para España con la depreciación de la lira que se produjo en el período 1942-1967, cuando terminó de liquidarse la deuda.

En torno a la publicidad que convenía dar o no a los convenios, se desató una sorda batalla interna en la Administración española. El ministro de Hacienda, José Larraz, señalaría que el acuerdo hispano-italiano no podía ser reservado, en tanto que la opinión en el Ministerio de Asuntos Exteriores era muy diferente.

Larraz logró imponer su tesis por vía indirecta. En la nota explicativa aparecida en el *Boletín Oficial del Estado* de 4 de agosto de 1940 se mencionaron varios de los detalles más sobresalientes del acuerdo (sin referencia alguna a la disminución concedida por parte italiana). Posteriormente, el gobierno de Mussolini dio publicidad a más detalles de la deuda y enumeró gran parte del material de guerra enviado a Franco. Estos datos encontraron gran eco en la prensa internacional durante la primera parte del segundo conflicto mundial, en la que el nuevo Estado había pasado alarman-



(UPI)

Huérfanos españoles desfilan por Roma. La amistad con el Eje cambió en 1945 por la de EE.UU.

temente de la posición de neutralidad a la de «no beligerancia».

Todo ello debió de contribuir a preparar la ley de 30 de mayo de 1941 que estableció la base legal que regularizaba el convenio firmado un año antes. Sin embargo, ante el pueblo español se ocultó cuidadosamente toda la problemática, y hay que esperar al *Boletín Oficial del Estado* de 5 de febrero de 1942 para ver publicado el texto de aquella disposición.

El curso de la liquidación de la deuda de guerra no plantea cuestiones destacables, excepto en dos casos. Durante los primeros años del conflicto mundial (y, en particular, 1941 y 1942), la empobrecida España registró un saldo favorable en sus relaciones comerciales con Italia (y con el Tercer Reich, como señalaremos seguidamente), por lo que una serie de exportaciones condicionadas por la existencia de dicha deuda representó un fuerte gravamen, cuyos resultados padeció, en primer término, la población española. En los primeros meses de 1943, el *clearing* hispano-italiano había llegado a una situación de práctica inmovilidad, debido al endeudamiento comercial en el que Italia había incurrido. En abril de aquel año se celebraron, pues, conversaciones para determinar si España podía adelantar varias anualidades en el pago de la deuda de guerra, con objeto de sacar al *clearing* del estancamiento en que se hallaba.

Tras el derrocamiento de Mussolini, muchas negociaciones siguieron involucrando a los distintos ministerios españoles conectados con el tema, que aún no se había resuelto cuando la invasión aliada en Normandía inició el giro final de la segunda guerra mundial. El conflicto español y este último dejaban un cúmulo de problemas económicos y comerciales pendientes entre los dos países, que encontrarían lenta solución ya con el nuevo régimen italiano forjado en la posguerra.

El segundo aspecto que conviene destacar es que, por canje de notas de 23 de diciembre de 1958, la deuda de guerra con Italia se redujo en 250.000 dólares en concepto de «indemnización transaccional y definitiva por daños causados durante la segunda guerra mundial a personas y bienes de nacionalidad española en La Línea de la Concepción, así como por otra clase de daños causados por hechos de guerra a personas y bienes españoles en el territorio de soberanía española o en el mar». En su virtud, el gobierno de Madrid no efectuaría el pago del plazo semestral de la amortización de principal e intereses que vencía el 31 de diciembre de tal año (150 millones de liras) y se le acreditaría el resto (6,25 millones). En 1967 se extinguió el último residuo de esta deuda de la guerra civil.

Deudas inflexibles

La liquidación de las deudas de guerra con el Tercer Reich plantea un caso muy diferente. En primer lugar, por su volumen, ya que fue mucho más reducido que el montante económico de la ayuda italiana e incluso del pactado finalmente. En segundo lugar, por la forma en que fue amortizándose parcialmente durante la guerra civil, a través del mecanismo HISMA/ROWAK ya descrito. En tercer lugar, por la manera en que se saldó, que no fue objeto de un acuerdo solemne interestatal al más alto nivel, y, por último, porque aún hoy es difícil saber documentalmente cómo terminó la operación.

Documentos del Ministerio de Finanzas alemán han



(Efe.)



(Pyresa.)

Don José Larraz: la historia no termina de hacer justicia a su brillante actuación financiera, que contrariaba opiniones de Franco. Este mantuvo con Hitler una pugna económica, dimensión ésta menos conocida.

permitido, no obstante, cuantificar el volumen de ayuda global manejado por los servicios del Tercer Reich. En base a ellos, el 31 de marzo de 1939 ascendía a 498 millones de marcos, de los cuales casi 42 millones representaban suministros anteriores al 7 de noviembre de 1936; 110 millones los verificados a través del aparato HISMA/ROWAK; 14 millones los procedentes de *stocks* estatales y canalizados a través de un traficante de armas, y 329 millones los realizados a través de la Legión Cóndor. Teniendo en cuenta algunos factores de aumento por cesiones y envíos efectuados en los meses siguientes a la terminación de la guerra civil, cabe afirmar que el volumen de ayuda estimado por las autoridades financieras alemanas se elevaría el 30 de junio de 1939 a 560 millones de marcos.

Precisamente en aquel verano se celebraron conversaciones hispano-alemanas, a tenor de las cuales se establecería una comisión mixta que abordara la cuestión de la regulación de la deuda de guerra. Un convenio del 22 de diciembre de 1939 reflejó el compromiso.

Pero el nuevo Estado no mostró mucho interés en comenzar las negociaciones. Sólo como respuesta a presiones alemanas, un acuerdo del consejo de ministros de 24 de julio de 1940 designó a los componentes españoles de la comisión, quienes recibieron instrucciones de examinar con todo detalle, escrupulosidad y lentitud los comprobantes de la contabilidad alemana, sin contraer compromiso alguno en cuanto a su pago. Larraz enfatizó los resultados positivos para el Tercer Reich derivados de su intervención en España y la conveniencia de conseguir una disminución en el montante de la deuda apreciada por los alemanes. Poco más tarde, en el *Boletín Oficial del Estado* señaló que los suministros de tal procedencia durante la guerra civil se habían saldado en gran parte con exportaciones de mercancías españolas y que la porción diferida habría de ser objeto de negociación para determinar su cuantía, su forma y plazo de pago.

En el Berlín exultante tras la derrota de Francia, la comisión mixta desarrolló su labor, y los jefes de los representantes españoles informaron a Larraz sobre su curso el 8 de octubre de 1940. La documentación examinada había justificado plenamente las cuentas presentadas por los alemanes y el que éstas reflejaban con exactitud las cantidades adeudadas por los suministros realizados y los gastos a que dio lugar la actuación de la Legión Cóndor. Por parte española, no se disponía de una base documental tan completa, pero las comparaciones efectuadas, cuando ello resultó posible, habían dado un resultado satisfactorio. Había por liquidar poco más de 371 millones de marcos, de los cuales 99 millones eran créditos reconocidos, quedando el resto por reconocer.

Sin embargo, las partidas recogidas en uno y otro grupo, y que aquí no podemos analizar, no represen-





Una España imperial y empobrecida tras bayonetas alemanas y en sordo forcejeo económico con el Tercer Reich. Los gastos costaron a nuestro país años de hambre y privaciones sin cuento que la propaganda no mencionó.

taban todas las cuentas bilaterales: también habría que considerar las del gobierno español con la HISMA, que atravesarían un proceso de liquidación separada, aunque a ello se opondría vanamente Larraz. Pero el acuerdo del 22 de diciembre de 1939 daba el toque de gracia a la empresa, que al año siguiente entró en liquidación.

En el curso de la guerra civil, la HISMA había recibido, como sabemos, diversas contrapartidas que ahora entrarían en juego para perfilar los detalles de la regularización de la deuda; así, por ejemplo, 659 millones de pesetas entregadas por el Ministerio de Hacienda; 56 millones en divisas; 33 millones en minerales requisados; siete millones en aceite, cáscara de cobre, etc., cedidos por la delegación militar en la Hacienda pública de Sevilla, totalizando poco más de 755 millones de pesetas. De éstos, algunos se aplicarían a sufragar gastos de la Legión Cóndor (267 millones), otros al pago de facturas de material de guerra (395 millones) y una pequeña cantidad al de diversos servicios alemanes y españoles.

Es más, otra cuenta del gobierno español con la HISMA, expresada en marcos, había mostrado un saldo desfavorable a aquél por importe de 20 millones, reducidos en virtud de ciertos pagos a 16, de los cuales, por un convenio especial del 20 de febrero de 1939, un total de 12,6 millones serían liquidables en divisas y el resto en pesetas al cambio corriente.

Naturalmente, el esfuerzo español se volcó en reducir el montante de 371 millones de marcos, siguiendo instrucciones del propio Franco, quien enfatizó los sacrificios que había significado para su Estado la reducción operada en el curso de la guerra civil del volumen de endeudamiento en que se incurría con respecto al Tercer Reich.

Pero las pretensiones españolas no triunfaron y, tras nuevas conversaciones, hubo de reconocerse, por protocolo reservado del 28 de febrero de 1941, la conformidad con las facturas y cuentas cuyo importe global ascendía, según un estado del 31 de mayo del año anterior, a 372 millones de marcos, computados intereses.

Ello no obstante, el gobierno de Madrid tuvo éxito en no comprometerse todavía a modalidad alguna de pago, consiguiendo que las autoridades del Tercer Reich tomaran oficialmente nota del deseo español en obtener una quita.

En aquellos momentos todavía se debían los 16 millones de marcos a la HISMA, de los que una parte correspondía a material bélico suministrado por comerciantes particulares, sin ninguna intervención del Estado alemán, y el resto a operaciones de compensación entre casas alemanas y españolas.

Las sucesivas negociaciones, que se prolongaron documentalmente hasta 1944, se verían obstaculizadas por el deseo alemán de no excluir los gastos personales

de la Legión Cóndor (unos 110 millones de marcos) y por su insistencia en alcanzar una compensación por los daños sufridos por súbditos germanos durante la guerra civil, y que Berlín cifraba en 45 millones de marcos. Se desarrollaron en un clima de desconfianza mutua, mientras los españoles criticaban lo que consideraban escaso tacto alemán (lamentación, por otro lado, que había empañado buena parte de las relaciones bilaterales).

Las dos deudas fueron liquidándose por separado. La contraída con la HISMA parece que se saldó situando marcos en Berlín a favor de la ROWAK y mediante pagos en pesetas por el montante a satisfacer en esta moneda. La liquidación debió de terminar en los primeros meses de 1944.

El pago de los 372 millones de marcos restantes ocasionó más problemas. Las negociaciones quedaron paralizadas hasta febrero de 1944, lo que muestra que durante los años cruciales de la guerra mundial el nuevo Estado fue posponiendo la liquidación de la deuda con el Tercer Reich (aparte de alguna que otra concesión especial), mientras su política exterior, sentada en un curso de neutralidad, discurría en medio de peligrosos y, a veces, innecesarios bamboleos tácticos en favor de Alemania que reforzaron las presiones de los aliados occidentales, con resultados muy negativos sobre el aprovisionamiento de alimentos y materias primas: la falta de habilidad del general Franco para mantener un equilibrio auténtico entre los contendientes del conflicto mundial provocó innumerables sufrimientos a la población española.

Desde el punto de vista de la regulación de las deudas de guerra, surgirían, mientras tanto, nuevas dificultades: indemnización por las pérdidas sufridas por españoles en Alemania, compensación de los gastos ocasionados por la División Azul y, sobre todo, aplicación de parte del cuantioso saldo favorable a España en el intercambio comercial hispano-alemán. No se suele, en efecto, subrayar lo suficiente que la empobrecida economía española mantuvo un superávit considerable en sus relaciones con el Tercer Reich. En 1941 ascendió, por ejemplo, a casi 110 millones de pesetas-oro, si bien se redujo a 48 millones en 1942 y a 55 millones en 1943 (no computando ahora, cierto es, artículos de comercio oficial tales como material de guerra, que fue muy importante en este último año).

Ello significa que durante dicho período la economía española financió el esfuerzo bélico alemán y que tan asimétrica relación se tradujo en la exportación creciente de productos alimenticios, de los que tan necesitado estaba el pueblo español. Si en 1941, por ejemplo, se suministraron al Tercer Reich alimentos por importe de 94 millones de pesetas-oro, en 1942 la oferta española no fue mucho menor (84 millones) y se disparó en 1943, en que alcanzó la cifra récord de 129 millones.



(Col. Luis Gasca.)

Los gastos de la exaltada División Azul compensaron parte de los de la Legión Cóndor: hoy por ti, mañana por mí.

En estas condiciones, a comienzos de abril de 1944 se convino el pago de unos 170 millones de la deuda de guerra restante, compensando otros 100 millones con los gastos originados por la División Azul e introduciendo algunos nuevos conceptos, tales como los salarios devengados por obreros («productores») españoles enviados a Alemania y que no habían podido transferirse a España.

No sabemos exactamente cómo terminó la liquidación después de aquella fecha. Una nota para el ministro de Asuntos Exteriores, de 24 de junio de 1944, resumía los traspasos efectuados en favor del Tercer Reich o que correspondía exigir a éste: en marzo de 1942 se habían cedido cinco millones de pesetas a la embajada alemana en Madrid, equivalentes a poco más de un millón de marcos; en noviembre de 1943 se autorizó un pago de 100 millones de marcos, y ya se habían originado gastos en España, en relación con la División Azul, por un importe aproximado, hasta mayo de 1944, de 600 millones de pesetas (unos 138 millones de marcos).



(Efe.)

Inauguración de la Casa de Italia en Madrid en febrero de 1940. A la izquierda, el ministro de Hacienda, José Larraz López, conversa con Luigi Federzoni (de uniforme). En segundo término, Juan Beigbéder, ministro de Asuntos Exteriores.

A estos conceptos los servicios españoles añadían otros que nunca habían aceptado de buen grado, pero que estaban incluidos en el montante fijado por el protocolo de 1941; por ejemplo, intereses por 14 millones de marcos. Teniendo en cuenta todos estos factores, se llegaba a la conclusión de que, a finales de mayo de 1944, la deuda no liquidada se situaba en torno a los 100 millones de marcos, pero, considerando el desequilibrio en el intercambio comercial, cabía aducir que, en términos estrictos, la economía española había ya pagado con creces el apoyo alemán obtenido por Franco en la guerra civil. En noviembre de 1944, cuando la embajada del Tercer Reich en Madrid pareció desear una revisión de los asuntos relativos a la deuda, la Administración española juzgaba que el problema estaba ya resuelto. Lo que quedase pendiente se subsumiría en un arreglo más general con los aliados occidentales vencedores en la contienda. En una formulación provocativa, podríamos afirmar que la liquidación final de aquella deuda había descansado en la intensificación de exportaciones españolas —sobre todo de productos alimenticios— y que ello no habría dejado de disminuir la oferta que en otras condiciones hubiera podido consumir la población: las mayores privaciones de ésta constituyen, pues, el regulador histórico fundamental de la liquidación de la ayuda nazi al general Franco en la guerra civil.

Estrangulamiento exterior similar

AHORA estamos en condiciones de resumir brevemente la cuantía global, en términos económicos, del apoyo exterior al régimen del general Franco, lo que nos servirá para considerar cómo pudo éste solucionar la carencia de reservas metálicas en la guerra civil. Se habrá observado que el resorte fundamental fue el crédito: crédito amortizado o compensado de muy diversas formas y a lo largo de un dilatado período; crédito que supuso la movilización de un abanico de recursos extranjeros (precisamente aquellos de los que carecía la zona); crédito que conjugó apoyo

material (equipamiento bélico, pertrechos, etc.), suministros industriales destinados al sector bélico de la economía, servicios (fletes, prestaciones personales, etcétera) y divisas.

Gracias a la recepción de tan variada gama de recursos, el gobierno de Burgos pudo destinar la movilización de los disponibles internamente a obtener en terceros países nuevos abastecimientos, utilizando las privilegiadas relaciones con las potencias fascistas (sobre todo con Italia) para asegurar el suministro de material de guerra y otros elementos que posiblemente no hubiera podido obtener fuera de ellas en el volumen y ritmo necesarios.

Hemos distinguido tres canales de apoyo exterior: la conexión italiana, la ayuda alemana y los créditos financieros concedidos por grupos nacionales e internacionales.

La cota más elevada alcanzada en los dos primeros canales vendría dada por 8.300 millones de liras y 560 millones de marcos.

Para no pecar por exceso, operaremos con los 7.000 millones de liras fijados documentalmente por parte hispano-italiana (en otro lugar hemos trabajado con 7.500 millones, también utilizados) y consideraremos los saldos de las cuentas en divisas del gobierno de Franco con el alemán y con la HISMA (371 y 20 millones de marcos, respectivamente), teniendo en cuenta que el Tercer Reich recibió 755 millones de pesetas durante la guerra civil. Por último, será preciso mencionar el importe del crédito rotativo (300 millones de liras) y el de su servicio financiero (68 millones).

Para reducir a un denominador común los anteriores conceptos, entendemos que cabe justificar la aplicación de los tipos de cambio de la lira y del marco cotizados en la España nacional durante gran parte de la contienda: 45,15 pesetas/100 liras y 3,45 pesetas-marco. Ello no obstante, en la literatura la conversión suele hacerse de otra manera, en nuestra opinión menos correcta técnicamente.

No insistiremos en que durante la guerra civil —y después de ella— la peseta nacional estuvo constantemente sobrevalorada. Introduciendo, pues, una cotización más próxima a la realidad, el contravalor en pesetas de la ayuda ítalo-germana aumentaría en un porcentaje difícil de estimar.

La cota máxima alcanzada por el apoyo italiano sería de 8.668 millones de liras y la mínima de 7.368 millones. En el caso alemán, los equivalentes serían 560 y 371 millones de marcos, más 755 millones de pesetas. Ello implica que el primero osciló entre un máximo de 3.914 millones de pesetas y un mínimo de 3.327 millones. En el segundo, por el contrario, los topes de oscilación serían de 1.932 y 2.104 millones de pesetas. El intervalo en el que, bajo tales supuestos, se movería la ayuda conjunta nazi-fascista vendría definido por un extremo superior de 5.846 millones de pesetas y otro

El oro español enviado por el Gobierno rojo a Francia

Negrín pide que se le devuelva, mientras el Gobierno nacional de Franco entiende que el de Francia debe permanecer neutral y devolverlo a España al finalizar la guerra.-Gana terreno en Francia el reconocimiento del Gobierno de Franco

PARIS.—Los mil quinientos millones de oro depositados en la Banca de Francia por el Gobierno español en 1931, están siendo objeto de muchas discusiones.

Los marxistas franceses estiman, naturalmente, que el oro debe de ser devuelto al Gobierno de Barcelona, que ya lo ha pedido, mientras que los representantes de Franco afirman que el oro pertenece a todos los españoles, y que Francia debe permanecer completamente neutral, para devolverlo a España al final de la guerra civil.

Entre tanto, el momento para el reconocimiento de Franco gana terreno.

Una vez más Dekerille, en "L'Epoque", publica un artículo a favor de este reconocimiento por parte del Gobierno francés. —Stéfani.

(El Norte de Castilla.)

Después de la guerra los vencedores intensificaron la idea de que los rusos tenían oro español.

inferior de 5.431 millones. Se trata, naturalmente, de estimaciones. Es seguro que una reconstrucción más detallada (que todavía no ha intentado ningún autor) puede ofrecer un mayor grado de concreción en las cifras. Ello no obstante, las aquí expuestas sirven para establecer un orden de magnitud de la ayuda al régimen del general Franco por parte de las potencias fascistas, que da sustento a una argumentación que nunca dejó aflorar el franquismo en la literatura por él generada o inspirada.

La expresión en dólares de tales volúmenes pondrá en claro nuestra tesis. Para ello utilizaremos nuevamente el tipo de cambio de la moneda norteamericana cotizado durante la mayor parte de la guerra civil: 8,58 pesetas/dólar. En estas condiciones, el límite conjunto superior equivaldría a 681 millones de dólares y el inferior a 633. Lo más razonable sería adoptar algún valor intermedio.

En todo caso, habrá que tener en cuenta el importe de los créditos financieros exteriores reconocidos por la Ley Reservada de 1 de abril de 1939. Reducidos a un denominador común, y sin tener en cuenta su servicio financiero, representaron un total de 35 millones de dólares, que es preciso sumar a los límites anteriores. Según los supuestos indicados, los tres canales de ayuda alcanzarían cotas de 716 y 668 millones de dólares, respectivamente.

No deseamos jugar con las cifras: aunque todavía no se haya realizado una estimación más precisa de los datos de base, ya cabe indicar al menos que el volumen de recursos y servicios recibidos a crédito por el gobierno del general Franco durante la guerra civil po-


(Efe.)

Sede del Banco de España en Madrid, en la confluencia entre las calles de Alcalá y Paseo del Prado. La preocupación por adquirir divisas dominó los primeros años del régimen de Franco.

dría valorarse, desde el punto de vista económico, y a tenor de las partidas identificadas, en un total próximo a los 700 millones de dólares. En ningún momento hemos considerado suministros que fueron pagados en el curso del conflicto en base a créditos comerciales más o menos usuales. Así pues, de no haber mediado las reducciones concertadas con Italia, el endeudamiento en que hubiera incurrido la España nacional para salvar su estrangulamiento financiero exterior no hubiese sido mucho menor que los resultados arrojados por la gestión republicana a través de las ventas del oro, ya que, como hemos señalado, las reservas de este metal movilizables en Madrid al estallar la guerra civil ascendían a unos 715 millones de dólares.

En definitiva: sin la ayuda de las potencias fascistas el gobierno del general Franco no hubiera logrado superar en absoluto los constreñimientos que imponía el estrangulamiento exterior ni, muchos menos, desviar exportaciones para atender al pago de suministros que no era posible obtener a crédito.

Existe, por otro lado, un marcado paralelismo entre la cuantía de los suministros externos consumidos por ambos bandos en el curso de la guerra civil, aunque su composición fuese muy diferente. Ello fue resultado de las diferencias en la dotación de recursos de las iniciales zonas en conflicto y de las cambiantes circunstancias territoriales derivadas del avance gradual y continuado del ejército nacional, con su traducción sobre la adquisición y pérdida para el contrario de las fuentes de materias primas y otros bienes económicos.

La ventaja, no obstante, de argumentar en términos de constreñimientos financieros exteriores estriba en que así se ponen de manifiesto los factores y elementos que permitieron complementar los procesos internos de asignación de recursos hacia el sector bélico de la economía. Por otro lado no es difícil observar que el paralelismo que hoy debemos establecer entre los órdenes de magnitud de los recursos externos obtenidos de muy diversa forma por ambos bandos quita buena parte del aguijón con que el franquismo trató siempre este tema al referirse a los vencidos.

Un ejemplo, entre muchos otros posibles: el 17 de julio de 1944, ante el Consejo Nacional, el general Franco afirmaría duramente que «la verdad española tiene que abrirse paso a duras penas entre la serie de calumnias e insidias desencadenadas por los rojos expatriados con el propio oro español robado de los depósitos del Estado y de los tesoros de la Iglesia y de los particulares. No en vano constituían la escoria de la nación y como tal tenían que comportarse».

No se ocultará al lector, sin embargo, el que la verdad histórica, en la medida en que ha sido reconstruida, hubo de aguardar a que se produjera el fallecimiento del general Franco y a que, en el ambiente más propicio de la transición política y de la instauración democrática, pudiera establecerse, en consecuencia, la libertad de publicación. Sucesivas investigaciones, y el esfuerzo colectivo de historiadores y otros especialistas en ciencias sociales, contribuirán a esclarecer las dimensiones aún ocultas de la guerra civil, sustituyendo la mitología por la reflexión, el improperio por el dato, y contribuyendo, en una palabra, a rescatar esa historia colectiva que el franquismo tergiversó a todos los españoles

Cine: bombas y fantasía

Tres años de producción cinematográfica

Por **Ramón Sala** y **Rosa Alvarez** *

LA mayor parte de los escritos sobre nuestro cine, al llegar al 18 de julio de 1936, efectúan, con la mayor agilidad de que disponen, un verdadero salto mortal, viniendo a reaparecer prodigiosamente en enero de 1939: de los casi tres años de guerra apenas si quedan unas cuantas anécdotas. Y nada más erróneo que tal operación, puesto que ni nuestra cinematografía tenía a la vista tan resueltas determinaciones en el momento de producirse el ataque rebelde a la República, ni la compleja y original realidad cinematográfica dejó de producirse con similar riqueza durante este período especialmente dramático para nuestro país. Se hizo cine y los españoles de ambos bandos siguieron acudiendo a las salas de proyección.

El 18 de julio la sublevación militar sorprendió a la industria cinematográfica en un momento singularmente conflictivo, caracterizado por la coexistencia de empresas de bien distinta envergadura y por las generalizadas contradicciones en cuanto al rumbo que nuestra producción había de tomar para consolidarse [1]. Nuestro cine, en fin, era en buena parte producto de la improvisación y el oportunismo, algo relativamente fácil de acordar con los historiadores. Pero, por el contrario, el hecho de que la actividad cinematográfica no sólo no cesase en tan especiales circunstancias, sino que incluso se viera impelida en muchas ocasiones a ritmos de producción vertiginosos, que se instauraran nuevas empresas productoras por iniciativa de partidos y organizaciones sindicales, que el propio gobierno de la República, así como el de la Generalitat, o los distintos cuerpos del ejército, dispusieran de su sección de cine..., seguro que, aún hoy, puede originar no poca extrañeza.

El golpe militar no hizo sino amilanar definitivamente a los inversores de la industria del cine, ya de por sí

[1] Mientras que un buen número de pequeñas e improvisadas firmas productoras no lograban superar la producción única y excepcional, viéndose condenadas a la desaparición, otras de mayor envergadura, como CIFESA, Filmófono, Selecciones Capitolio o Diana, sostenían un ritmo de producción regular y disfrutaban de una planificación racional de sus actividades. Pese a todo, la actividad de estas últimas no superaba el 25 por 100 de la producción total, que, en la mayoría de los casos, no gozaba del apoyo del público, más decantado a favorecer los filmes extranjeros exhibidos en nuestro país.

* Ramón Sala nació en Sant Hilari Sacalm (Gerona) en 1946. Articulista y profesor, va a ver publicado muy pronto un extenso trabajo sobre el cine republicano entre 1936-1939. Rosa Alvarez nació en Lugo en 1948. Coautora de la obra citada más arriba, ha publicado además, y entre otros trabajos, *El cinema a Catalunya durante els anys de la guerra civil.*



(Col. Ferrer.)

Escritores soviéticos y franceses regalaron este camión que recorría los frentes imprimiendo periódicos y proyectando películas. Ilya Ehrenburg era su responsable.

reticentes tras la victoria del Frente Popular en febrero de 1936. Por añadidura, la inestable situación militar generó una inmediata diseminación de técnicos y profesionales que hizo imposible afrontar cualquier trabajo en condiciones regulares. Las dificultades de aprovisionamiento de material y, sobre todo, la drástica reducción del mercado de explotación (mercado ya de por sí escueto, puesto que los filmes españoles eran difícilmente exportables) fueron argumentos convincentes para que la iniciativa privada reculara definitivamente, quedando este sector reducido a la forzada actividad de los proyectos que en aquel verano de 1936 estaban ya en marcha.

Desde el principio hubo en España dos zonas bien delimitadas. En la zona republicana permanecieron hasta el final de la guerra Madrid y Barcelona, ciudades que ya por aquel entonces acaparaban sobre sí la casi totalidad de la producción cinematográfica. En ellas quedaron los estudios y laboratorios, el utillaje y, en fin, la incipiente infraestructura del cine español. En la zona rebelde, durante los primeros momentos, los militares apenas si pudieron contar con el material que quedó bajo su control al sorprender algún rodaje en alguna de las ciudades ocupadas entre el 18 y 19 de julio. Por todo ello, el argumento basado en esta penuria infraestructural de la zona «nacional» ha venido a convertirse frecuentemente en justificación fácil de la mayor insignificancia de la producción rebelde. Argumento a todas luces insuficiente, por cuanto los suntuosos estudios berlineses y romanos, sus laboratorios, técnicos y profesionales, estuvieron desde un principio a su servicio, sustituyendo con prodigalidad a los equipos que habían quedado bajo el control de la República, lo que no fue óbice para que la cinematografía «nacional» quedase eclipsada por la republicana, de mayor interés a todos los niveles, como, por otra parte, sucedió también con el resto de las manifestaciones artísticas y culturales.

Cine interrumpido

Si en circunstancias normales ya había resultado fatigoso atraer a remisos inversores al negocio del cine (tal negocio continuaba, aun entonces, gozando de escaso crédito), qué no había de pasar a partir del hecho consumado del estallido de la guerra civil. En las nuevas circunstancias, del conjunto de la maquinaria cinematográfica apenas quedaron en pie los muros de los estudios y laboratorios, asolados por una cabalgante parálisis, sólo mitigada por la exigua actividad de ciertas productoras que tenían por esas fechas algún filme en rodaje. La mayor parte de ellos



(Hemeroteca Municipal. Madrid.)

También entre los profesionales del cine, la guerra obligó a elegir bando y a prestar servicios.

pudieron acabarse en el transcurso del otoño de 1936, lo que dio al sector una falsa apariencia de actividad.
Al estallar la sublevación militar se estaban rodando entre Madrid y Barcelona un número aproximado a la quincena de filmes. Lo que ya resulta más difícil precisar es la fase concreta de elaboración en que se encontraba cualquiera de ellos, por lo que es arriesgado aventurar en qué medida influyeron los acontecimientos en sus tareas de producción. De cualquier forma, casi todos ellos pudieron estrenarse en las pantallas republicanas a lo largo del período 1936-39; estrenos forzados, sobre todo, por la necesidad de material nuevo para cubrir programaciones, y que fueron acogidos en medio del descontento más o menos generalizado: «Nuevo y despreciable engendro del antiguo cine español» —decía un crítico a propósito del estreno de *Diego Corrientes*—. «Todo lo viejo, lo chocarrero, lo manido y lo absurdo tienen su asiento en la película (...). Es bochornoso que nuestras pantallas se manchen en estos momentos con producciones españolas de semejante traza. Ese cine ha quedado enterrado definitivamente para bien del arte y de nosotros mismos» [2]. *Diego Corrientes* había sido producido por Diana, y su dirección había correspondido a Ignacio F. Iquino. Reincidía en el tema tan abordado en años anteriores, el bandolerismo.
Pareja suerte correría *La Alhambra* (titulado en un principio *El suspiro del moro*), de Antonio Graciani, que atrajo comentarios tan poco amigables como este de la publicación cenetista *Espectáculo:* «Una notable muestra de cómo un director incompetente puede hacer una película sin pies ni cabeza de un tema que se desarrolla en un ambiente fértil en sugerencias cinematográficas» [3]. Tampoco *Nuevos ideales*, dirigida por Salvador Alberich; *Los héroes del barrio*, de Armando Vidal, o *La Millona*, de Antonio Momplet, recibieron acogidas más calurosas, ni por parte de la crítica ni por parte del público (que en este punto parece que hubo bastante unanimidad), a pesar de que algunos de sus intérpretes gozaban ya de cierta popularidad. Entre ellos, Félix de Pomés, José Baviera, Rosita de Cabo, Pedro Terol, Blanquita Gil...
Por lo que concierne a Madrid, a duras penas se estaban concluyendo *La casa de la Troya*, que dirigían Juan Vilá Vilamala y Adolfo Aznar; *Centinela alerta*, comedia cuartelera dirigida por Jean Gremillón, y *Luis*

[2] Arc Voltaic (seudónimo de José María Batansó), en *Mundo Obrero*, Madrid, 19 de junio de 1937.
[3] *Espectáculo* (órgano de la sección de espectáculos de la CNT), Barcelona, 30 de septiembre de 1937.



(Arch. Ramón Sala.)

Félix de Pomés intervino en muchas producciones de la CNT barcelonesa, como Aurora de Esperanza *de Antonio Sau.*



(Col. Luis Gasca.)

Equipo de rodaje de Doce hombres y una mujer, *cuyo director, Fernando Delgado, aparece sentado en el centro. La industria cinematográfica española fue importante en la década de los treinta.*

Candelas, reincidente sobre el tema de los bandoleros, y que dirigía Fernando Roldán. Su estreno, junto a la reposición de otros filmes de producción hispánica de épocas anteriores, atrajo sobre sí las críticas más mordaces, de las que es ejemplar muestra el siguiente comentario, publicado en una revista humorística: «¡Ultima hora! Después de varias semanas en que se recrudecieron los bombardeos en los cines, estallando obuses de calibre tan exagerado como (y aquí sigue una lista de filmes, entre los que se incluyen los citados)..., llevamos unos días de relativa y bien ganada tranquilidad. Es de lamentar la cantidad de víctimas causadas por tan cobardes atentados» [4].

Camuflaje cinematográfico

FINALIZADOS estos rodajes, estudios y laboratorios, técnicos y profesionales del sector, en general, cayeron en súbita inacción, con el convencimiento, además, de que era poco menos que utópica la pretensión de que surgieran nuevos productores. Y, sin embargo, esto ocurrió. Aparecieron ciertas productoras que en Madrid y Barcelona realizaron una serie de filmes al margen de la producción de las organizaciones políticas. Sus móviles, desde luego, entraban decididamente en el terreno de lo extracinematográfico. En efecto, para todas aquellas personas (directores, actores, guionistas, etc.) que, aun permaneciendo azarosamente en zona republicana, mantenían secretas simpatías por los rebeldes, el rodaje de un filme podía convertirse en un salvoconducto eficaz que garantizase su seguridad personal.

Con estos objetivos se organizó en Madrid el rodaje de *En busca de una canción*, y así lo refrendaría un artículo aparecido en *Primer Plano* dos años después de terminada la guerra civil, cuando casi todos los elementos involucrados en esta producción habían pasado a incorporarse tranquilamente a la cinematografía franquista. «Mientras, los artistas cinematográficos que no se habían prestado a ser títeres de todas esas intentonas de películas rojas —decía el articulista, in-

[4] Asdrúbal Pérez, en *No Veas*, Madrid, 7 de agosto de 1937.

flamado de fervor nacional— no podían vivir. Andaban por ahí dispersos ante los estudios cerrados y las cámaras ociosas, sin saber qué hacer ni a qué ficción recurrir. Un día se hallaron con que una buena voluntad los congregaba para hacer un filme sin matiz político, una película blanca y amable, con la que justificar una actividad y, sobre todo, con la que establecer una agrupación. Así, se reunieron, entre otros elementos, Luis Fernández Ardavín, autor del guión; su hermano Eusebio, que actuaría de director; Luchy Soto, Ricardo Núñez, Valeriano Ruiz París, Polita Bedrós y Fernando Freire» [5]. Así, *En busca de una canción*, rodada en los estudios Roptence en 1937, sirvió para amparar bajo su égida a lo más nutrido del quintacolumnismo local. Y lo hizo con todas las garantías, si tenemos en cuenta que Fernández Ardavín era una persona tan bien relacionada en la zona republicana que incluso llegó a formar parte de la Junta de Espectáculos madrileña [6]. Esta comedia musical —a la española, por supuesto—, arropada por lujosos decorados y fastuoso vestuario (tal parece que el fasto desplegado tuviera como única finalidad emboscar aún mejor a los simpatizantes del Movimiento Nacional que el rodaje convocó), se estrenó, también sin dificultades, el 1 de noviembre de 1937, consiguiendo cierta aceptación en los medios críticos, que en general certificaron una buena factura. Sólo algunos se lamentaron de la «insulsez» del tema.

[5] Fernando Castán Palomar, en «Presencia de la URSS en el cinema de la España roja», *Primer Plano*, Madrid, 6 de junio de 1941, núm. 38.

[6] Máximo órgano rector de los espectáculos madrileños, en el que se integraba una representación de todos los partidos y sindicatos.



Luchy Soto, popular actriz, en una escena de En busca de una canción, *de Eusebio Fernández Ardavín.* (Arch. Ramón Sala.)

También en los estudios Roptence, en la tardía fecha de agosto de 1938, se inició el rodaje de *Amores de juventud*, financiado por el fabricante de tejidos Amor Nuño, a la sazón proveedor de uniformes para el ejército republicano. La entrada de las tropas franquistas en Madrid interrumpió momentáneamente su realización, la cual volvería a reanudarse unos meses más tarde. La dirección era de Julián Torremocha, un antiguo jefe de electricistas, y los actores, Rafael Arcos, Luis Rivera, Paulina Vázquez, Luis Barraquero y Rudi López. La inversión de Amor Nuño, quien al parecer tenía bastante confianza en la derrota republicana, en esta comedieta de enredo con profusión de situaciones supuestamente cómicas, no iba del todo desencaminada, como lo probaría más tarde su normal estreno en la posguerra.

El rodaje en Barcelona de *Las cinco advertencias de Satanás* tuvo muchas concomitancias con el madrileño de *En busca de una canción*. Se inspiraba el filme en la comedia homónima de Enrique Jardiel Poncela, quien había recalado en Barcelona huyendo del clima hostil que a su alrededor se había formado en Madrid [7]. En la capital catalana, disponiendo ya de una mayor libertad de acción, se encargó de la supervisión del montaje de *Usted tiene ojos de mujer fatal*, otra comedia suya que habían dirigido Isidro Socías y Juan Parellada, e impulsó *Las cinco advertencias...*, que había de dirigir el mismo Socías con Pastora Peña, Félix de Pomés y Roberto Font en los principales papeles. No esperaría Jardiel Poncela al poco exitoso estreno (en el cine Ferrer i Guardia, el 17 de enero de 1938), sino que mucho antes, mediante un complicado rodeo que incluiría Marsella y Buenos Aires, se trasladaría al San Sebastián franquista, donde participaría en las producciones de la recién inaugurada Cinesia.

No eran tiempos propicios para nuevas organizaciones comerciales. Las que surgieron –ya lo hemos visto— estuvieron íntimamente relacionadas en sus móviles con el oportunismo o el emboscamiento político. Y, sin embargo, hubo una productora, Ediciones Antifascistas Films (E. A. Films), de singular trayectoria, fundada en plena guerra por el pionero catalán Baltasar Abadal (a la sazón distribuidor), quien consiguió poner en marcha una producción regular de filmes de medio y corto metraje, recurriendo para ello a profesionales de cierta valía como José Fogués, Angel Villatoro, Manuel Ordóñez de Barraicua, Francisco Ribera... Abadal quiso cubrir el vacío producido por la unidireccional actividad cinematográfica de las distintas organizaciones políticas, encaminada, en su casi

[7] Allí había sido detenido por las autoridades republicanas y posteriormente puesto en libertad, pero ya con ciertas sospechas sobre su persona.


(Arch. Ramón Sala.)

En junio de 1938 se rodaba Un mal negocio, *producción de Ediciones Antifascistas. Maruja Tomás, Rafael López Somoza y otros actores, bajo la atenta mirada del director Angel Villatoro.*

totalidad, hacia el filme de agitación y propaganda, abordando asuntos más intrascendentes, «no exentos por esta razón de menor dignidad». Seleccionando algunos títulos, citaremos: *Cantando y bailando,* de Alberto G. Nicolau; *España ante el mundo,* de Angel Villatoro; *Un mal negocio,* cortometraje cómico, con los actores Rafael López Somoza, José Alvarez («Lepe»), Angel Garasa y Maruja Tomás, dirigido también por Villatoro; *Unificación, Valencia, 7 de noviembre...*

Pantallas sociales

De cualquier forma, la exigua actividad de alguna productora aislada no podía garantizar, ni remotamente, un estado de normalización en la industria cinematográfica, por lo que bien pronto se pudo comprobar cómo ésta iba llegando al paro forzoso. Claro que, en los primeros momentos, nadie pareció preocuparse demasiado por este comprensible absentismo en la producción de filmes. En estas graves circunstancias, al mismo tiempo que el pueblo armado se enfrentaba a los militares sublevados, había surgido, de forma espontánea, un numeroso ejército de operadores, que se distribuyeron por toda la zona republicana, recogiendo en sus cámaras los acontecimientos más destacados. Miles de metros de película virgen fueron utilizados durante estos primeros días para elaborar los llamados «reportajes de guerra». La mayoría de las organizaciones obreras, al igual que el gobierno de la República o la misma Generalitat catalana, conscientes de la decisiva incidencia del cine en la creación de estados de opinión, se apresuraron a poner en pie los organismos encargados de dirigir y controlar este primer movimiento cinematográfico, bastante espontaneísta y no siempre al cargo de objetivos muy concretos.

Mientras tanto, en Barcelona, donde la CNT, con sus 250.000 afiliados, había logrado una indiscutible hegemonía, se producía la incautación de las 116 salas de cine que funcionaban en la ciudad (también de los teatros, salas de variedades, canódromos...). La medida fue adoptada por los propios trabajadores del sector, la mayoría de ellos organizados en el Sindicato Unico de Espectáculos Públicos (SUEP) cenetista, formándose acto seguido un Comité Económico de

Cines, dueño y señor de los espectáculos barceloneses hasta los comienzos de 1938 [8].
Tal predominio anarcosindicalista provocaría no pocas polémicas con el resto de las fuerzas políticas. Especialmente exasperada fue aquella que se centró en la supuesta arbitrariedad del CEC a la hora de vetar la exhibición de ciertos filmes. De hecho, los estatutos de este comité incluían un controvertido artículo 26 que decía: «No se pasará ninguna película que tenga un marcado sabor reaccionario o una tendencia a desacreditar los postulados de libertad y humanidad que informan la Confederación Nacional de Trabajo» [9]. Y expresándose en tales términos, no puede sorprendernos que se llegara a situaciones de radical enfrentamiento, como las que se produjeron a raíz de la prohibición de *Marinos del Báltico* (1937), filme soviético de Alexander Feinznmer, por considerarlo una apología «de determinada ideología», o a raíz de la exhibición de *Manifiesto de la CNT-FAI*, cortometraje en el que la central cenetista recogía los sucesos de mayo de 1937 en Barcelona (los enfrentamientos entre el PSUC y la CNT-FAI y POUM) desde su personal perspectiva, lo cual no hizo sino exasperar aún más, si cabe, los ánimos.
Sabemos, por otra parte, que la afluencia de público a los locales de cine se vio incrementada, a pesar de los

[8] Por estas fechas se creó una comisión interventora de los espectáculos públicos dependiente de la Generalitat. A partir de este momento, la gestión fue compartida con la UGT, bajo el control de la autoridad gubernamental.
[9] Boletín de la CNT-FAI del 8 de agosto de 1936.



(Arch. Doc. Mº Cultura. Salamanca.)

Aurora de Esperanza *cuenta las peripecias de una pareja de obreros. Su éxito fue enorme.*



(Arch. Ramón Sala.)



(Arch. Ramón Sala.)

José Telmo y Rosita de Cabo en Barrios bajos, *un drama anarquista lacrimógeno y artificial.*

avatares de la guerra. Esto convirtió al CEC en poderoso empresario de los espectáculos barceloneses, con una saneada entrada de ingresos y, por ello, con capacidad económica para sacar de su marasmo a la producción cinematográfica (los reportajes de guerra sólo eran —en opinión de la CNT— «un aperitivo para ir tirando»). Las sucesivas convocatorias que la central anarcosindicalista había dirigido a los antiguos productores garantizándoles todo tipo de seguridades («... los productores cinematográficos pueden trabajar hoy exactamente en las mismas condiciones que antes de producirse el hecho revolucionario...») [10], o tratando de conjurar cualquier temor a las incautaciones («... no se intenta lanzarse a tontas y a locas a la socialización de una determinada industria sin haber llegado a un estudio completo de todos los problemas...») [11], habían fracasado sistemáticamente, como, por otra parte, era de esperar. Ante este estado de cosas, el CEC decidió, ya sin ninguna reserva, enderezar, bajo su control, la producción, contando para ello con una parte de los ingresos totales de taquilla. Nació así el Sindicato de la Industria del Espectáculo Films (S.I.E. Films), productora-distribuidora recibida con no poca expectación en el medio, si bien es cierto que tal expectación se vería en parte defraudada con el transcurrir de los meses. La inexperiencia de las personas involucradas en el proyecto, la falta de realizadores y técnicos con conocimientos de su oficio, la ausencia de directrices claras enfocadas a organizar la producción, el contradictorio e ingenuo plan por el que se había de marcar distancias con la producción existente hasta esos momentos, etc., hizo difícil que los resultados fueran más favorables.

El primer filme de largo metraje producido por el S.I.E. Films fue *Aurora de esperanza*, anunciado como «el primer intento de cinema social que se lleva a la pantalla española» [12]. Comenzó a rodarse a finales de 1936 bajo la absoluta responsabilidad de Antonio Sau, quien, además de realizador debutante, fue autor del argumento y guión: las penalidades de un obrero y su compañera hasta el estallido de la revolución. Félix de Pomés y Enriqueta Soler compusieron los principales papeles. Hay que decir que el entusiasmo y voluntad volcados en esta realización no tuvieron justa correspondencia en el resultado final. Sin embargo, *Aurora de esperanza* representó en su momento un intento válido de alternativa al exponente del «cine burgués» que, aun después de la sublevación, continuaba presentando batalla en las pantallas españolas.

Dramas de guerra

CASI simultáneamente se rodaba *Barrios bajos*, dirigido por Pedro Puche (para quien éste era su segundo filme: en 1935 había dirigido *No me mates (Los misterios del Barrio Chino)*, con la intervención de los actores José Telmo, Rosita de Cabo, José Baviera y Rafael Navarro. Se trataba de un melodrama folletinesco, más propenso a desencadenar la risa que a desatar la emoción. La pésima ambientación y utilización de decorados, una inexistente dirección de actores —quienes tal parece que se vieran en libertad de dar lo peor de sí mismos—, la inconsistente y simplista visión de esos «bajos fondos», etc., influyeron mucho en tan mediocre resultado.

También en la línea del «drama social» está la producción anarcosindicalista *Liberación*, que se encargaría de realizar Amichatis (Josep Amich i Bert). Y, además, el «musical» con niño *¡Nosotros somos así!*, que dirigió Valentín R. González, y *Paquete, el fotógrafo público número uno*, un asunto cómico del que se responsabilizó I. F. Iquino y que intrepretaron José Alva-

[10] Boletín de la CNT-FAI del 23 de septiembre de 1936.
[11] *Popular Film*, Barcelona, 24 de septiembre de 1936.

[12] Luis Veramón, en su artículo «*Aurora de esperanza*, primer ensayo de cinema social», en la revista *Umbral*, Madrid, 1 de octubre de 1938.

rez («Lepe»), Paco Martínez Soria y Mary Santpere. Si la calidad de estos filmes no convenció casi a nadie, su fracaso económico provocaría el inmediato cese del equipo de producción del S.I.E. Films, inaugurándose una segunda etapa, en la que pasarían a incorporarse a él profesionales de mayor capacidad, aunque su compromiso político fuera del todo nebuloso, invirtiendo en cierta manera el esquema de producción anterior. Esta nueva trayectoria hacia una producción «más comercial» fue inaugurada —y finalizada— por *¡No quiero... No quiero!*, «la película del millón», como popularmente se la conoció a causa de los opulentos medios con que se contó para su realización. Se le encargó la dirección a Francisco Elías [13], basándose el argumento en una obra de Jacinto Benavente, una comedia con pretensiones críticas a la gran burguesía y a la deficiente educación de sus vástagos. Su rodaje, que comenzó a finales de 1937, estuvo inmerso en innumerables cuitas, relacionadas muy posiblemente con el progresivo desplazamiento político de la CNT en los últimos meses de la guerra y con la consiguiente merma en su capacidad de acción. Así se explican contratiempos, que fueron desde la detención de uno de sus intérpretes por sus supuestas actividades quintacolumnistas (Pedro Larrañaga), por lo que hubo de paralizarse el rodaje hasta encontrar un sustituto adecuado, hasta las dificultades para lograr película virgen (dificultades en otro tiempo impensables). *¡No quiero...* se estrenó, sin ningún tipo de problemas, en marzo de 1940, en la España franquista, por lo que podemos deducir que al menos sus aspiraciones de comercialidad fueron colmadas.
Mucho más insignificante fue la producción anarcosindicalista en Madrid, muy probablemente porque allí esta organización nunca disfrutó de especial hegemonía, muy al contrario de lo que ocurrió en Barcelona. En Madrid, el equilibrio entre las fuerzas políticas era una realidad, y la CNT no disponía de ingresos equivalentes a los del CEC barcelonés, y por si esto fuera poco, la cercanía del frente empeoraba sustancialmente las condiciones de producción.
Aparte del inacabado filme de Santiago Ontañón, *¡Caín!*, la CNT madrileña produjo *Castilla se liberta*, un documental largo cuya dirección le fue encargada a Adolfo Aznar [14]. La temática del filme conectaba con las de *Aurora de esperanza* y *Liberación*, sólo que aquí se recurría a referentes más concretos, como el de las tareas de colectivización en las tierras castellanas, la vida de los líderes anarquistas Durruti y Cipriano Mera, la lucha contra el caciquismo, etc. Digamos que en *Castilla se liberta* juega más fuerte la baza documentalista.
También la CNT madrileña decidió afrontar proyectos más comerciales, no directamente relacionados con la guerra, para lo cual puso en marcha el rodaje de *Nuestro culpable*, una comedia desenfadada escrita y realizada por el hasta entonces reputado decorador Fernando Mignoni. El filme narra las peripecias de un delincuente madrileño, *el Randa*, que se ve implicado en la desaparición de dos millones de dólares. No deja de tener algún atisbo feliz, y hubiera sido unánimemente celebrado con motivo de su estreno, a no ser por las consideraciones de algunos que criticaron el atrevimiento de abordar un tema «humorístico» a tan pocos metros del frente. Lo cierto es que la intrascendencia del tema tuvo mucho que ver con los deseos de la mayoría de los elementos del equipo de no comprometerse en un proyecto directamente propagandístico, habida cuenta de las simpatías declaradas que Mignoni, Ricardo Núñez, Charito Leonís o Manuel Arbó (estos tres últimos, actores del filme) sostenían hacia los rebeldes.
En el campo de los llamados reportajes de propaganda y guerra, la producción cenetista se reveló como la más prolífica, si bien es cierto que sólo unos cuantos títulos merecen recordarse. Incluso el puro valor testimonial de algunos puede —no sin razón— ponerse en cuestión. A título orientativo citaremos: *Movimiento revolucionario en Barcelona*, de Mateo Santos; *La silla vacía*, de Valentín R. González; *El entierro de Durruti* y *División heroica*, de Félix Marquet y Adrien Porchet; *En la brecha*, de Ramón Quadreny; *El frente y la retaguardia*, de Joaquín Giner; *La columna de hierro*, de Miguel Mutiñó; *Prostitución* y *Madrid, tumba del fascismo*, de Domingo Martín; *Estampas guerreras*, de Armand Guerra; *¡Así venceremos!*, de Fernando Roldán, y *Olivos y aceite*, de Adolfo Aznar.

Film Popular: documentales del PCE

Como no podía suceder de otra forma, las contradicciones entre anarquistas y comunistas, en el plano de la política, se reflejaron con igual intensidad en el terreno cinematográfico. Mientras que los primeros organizaban su propia propaganda *descaradamente* partidista (que partidistas lo eran todas), tal como lo demuestran los primeros reportajes tomados en las comunidades libertarias de Aragón, y dedicaban además su atención a la producción «comercial» (filmes

[13] Francisco Elías tenía ya tras de sí una profusa lista de filmes en su haber, algunos de ellos realizados en el extranjero; en 1914 había comenzado su carrera cinematográfica con un cortometraje, y destacan entre sus películas: *El fabricante de suicidios*, *El misterio de la Puerta del Sol*, *Boliche* y *Rataplán*, *María de la O*.
[14] Este profesional, a quien la sublevación le había sorprendido terminando *La casa de la Troya*, no simpatizaba con las actividades anarcosindicalistas, aunque como era el único realizador que se encontraba en Madrid sin dedicarse a tarea cinematográfica alguna, los encargados de la producción cenetista le enviaban toda clase de proyectos, que sistemáticamente rechazaba, hasta que llegó a sus manos el tema que daría origen al filme.



(Arch. Ramón Sala.)



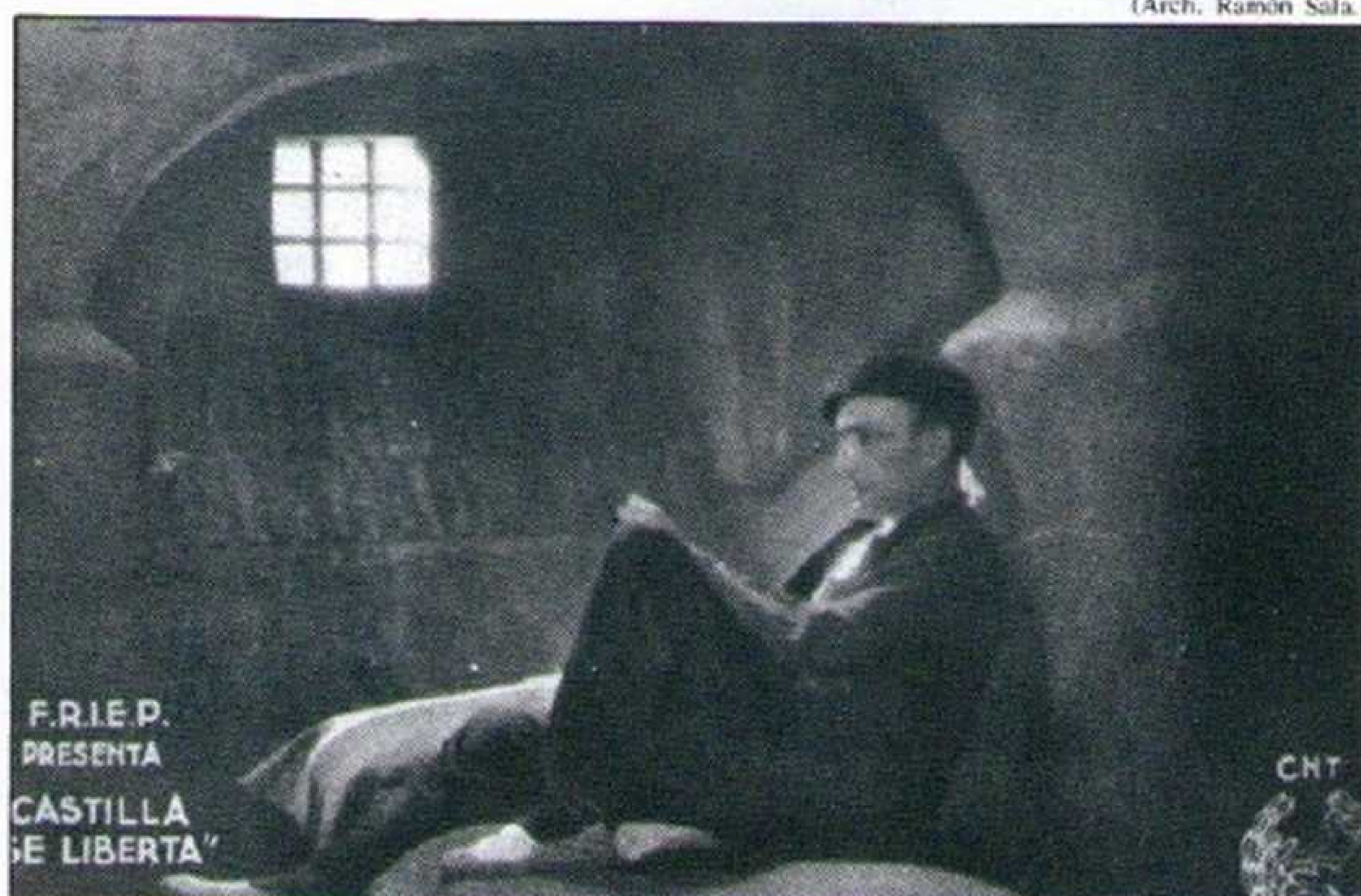
(Arch. Ramón Sala.)



(Arch. Doc. M.º Cultura. Salamanca.)



(Arch. Ramón Sala.)



(Arch. Ramón Sala.)

De izquierda a derecha y de arriba abajo: Fotograma de No quiero... no quiero, *y su director, Francisco Elías. Cartel de* Barrios bajos. *El actor Lepe en* Paquete, el fotógrafo público número uno *y* Castilla se liberta, *filme de la CNT madrileña.*

no directamente relacionados con la agitación y la propaganda), los comunistas se mostraban como los defensores a ultranza de la unidad y la uniformidad, es decir, de la centralización de la producción y del enfoque de ésta en un solo sentido: la propaganda de guerra inspirada por una ideología común antifascista. Un intento de llevar a cabo este proyecto fue la Cooperativa Obrera Cinematográfica, creada en Madrid por el militante comunista Fernando G. Mantilla, y en la que confluyeron comunistas y socialistas. Pero no duró mucho tiempo, y sólo produjo dos documentales: *Julio 1936* y *¡Pasaremos!*, interesantes por su alto valor testimonial, pues recoge el ambiente madrileño en los días inmediatamente siguientes al pronunciamiento militar.

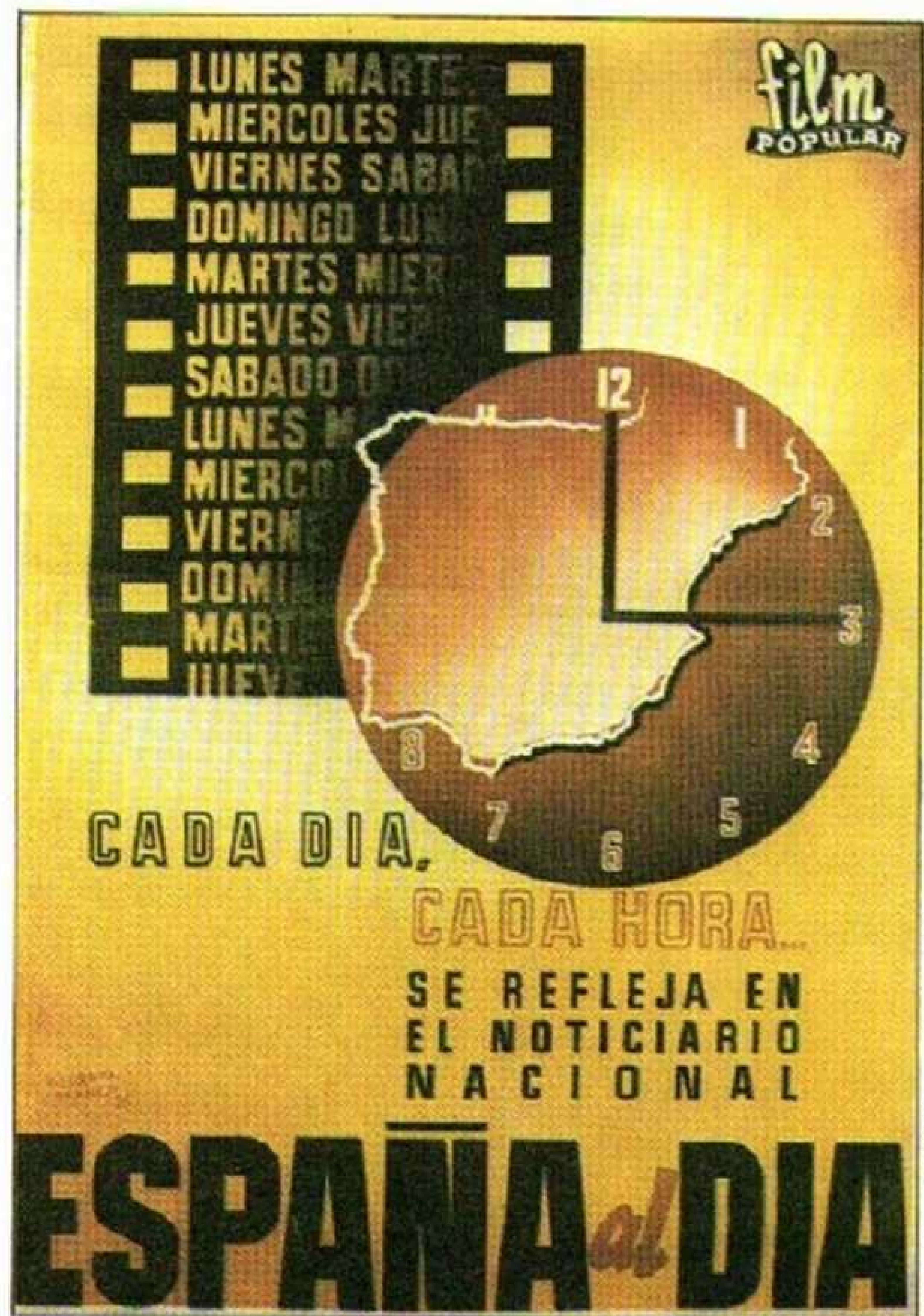
Fracasadas en parte las aspiraciones «unitarias», haría su aparición Film Popular, empresa impulsada resueltamente por el PCE y lanzada como firma comercial, antifascista, y al servicio de la República. Pero a pesar de no admitir explícitamente la vinculación con el Partido Comunista y tratar de ocupar el lugar de convergencia de distintas corrientes ideológicas, con el transcurrir del tiempo sería tan visible el binomio Film Popular/comunistas como el del S.I.E./anarcosindicalistas.

Se inició Film Popular con la distribución de los filmes soviéticos en España (y algún otro ejemplo aislado de otras cinematografías), pero en seguida creó un equipo estable para la confección de noticiarios con el material que desde el frente enviaban sus operadores. En su crédito cabe abonar el logro que supuso la edición regular de su noticiario *España al día*, del que se llegaron a hacer en numerosos casos las versiones francesa e inglesa. Realmente, la confección de estos informativos puso a prueba el funcionamiento del equipo (rodaje, montaje, sonorización), y demostró ser una auténtica escuela de formación de profesionales.

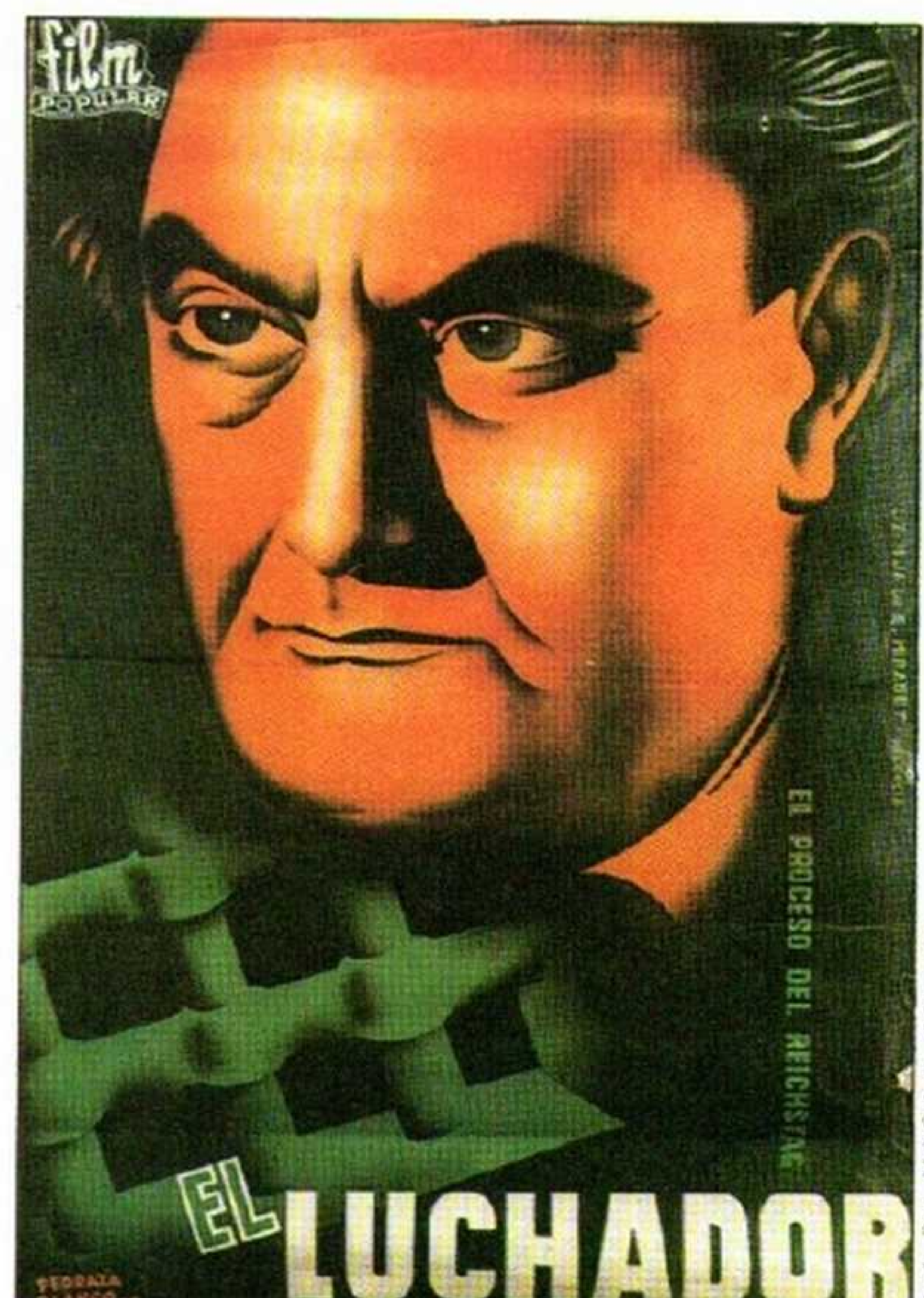
Superada esta primera fase, Film Popular comenzó a editar documentales, como algo «más duradero y profundo» [15], menos coyuntural, y que podía permitir un grado mayor de elaboración. Surgieron así *El telar*, *Así nació una industria*, *Con la 43 División*, *Ejército Popular*, *Industrias de guerra*, *Llegada a Valencia de los marinos del «Komsomol»*, *Despedida de la brigada Dombrowski* y un largo etcétera.

La importancia adquirida por Film Popular durante la guerra radicó fundamentalmente en el volumen de sus actividades y en su indiscutible buen nivel organizativo en las tareas de producción y distribución. Sus

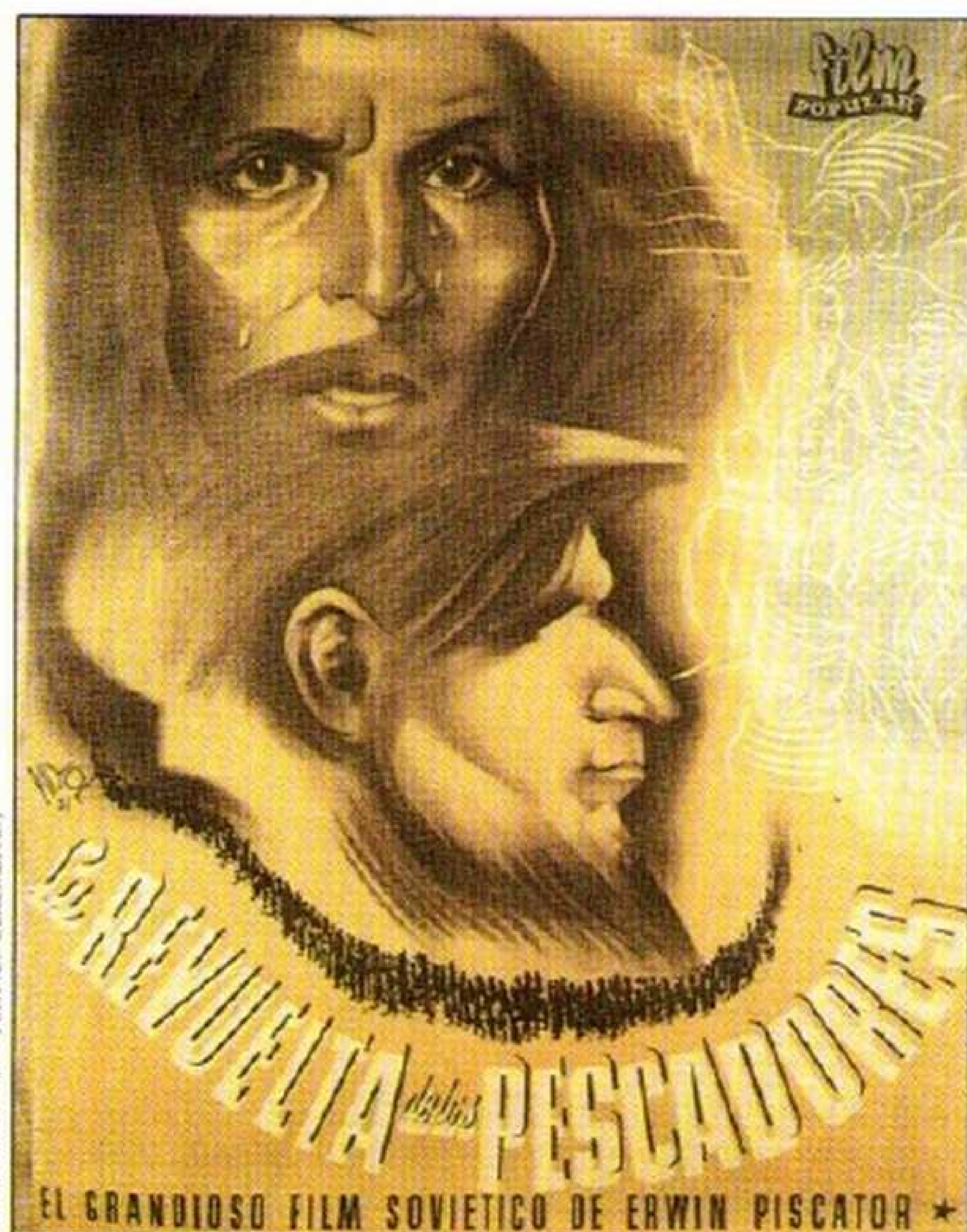
[15] *El Sol*, Madrid, mayo de 1937.



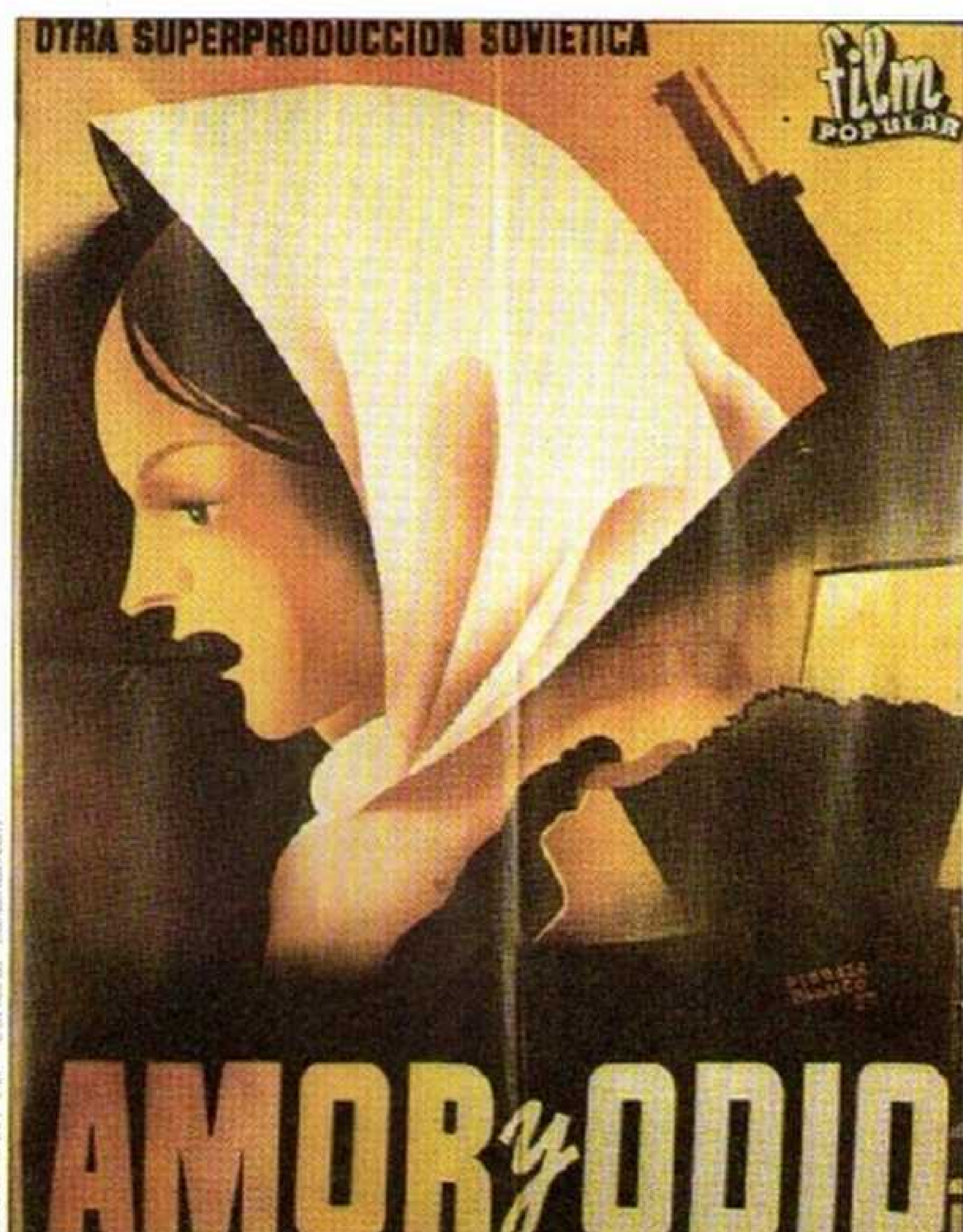
(Arch. Doc. M.º Cultura. Salamanca.)



(Arch. Doc. M.º Cultura. Salamanca.)



(Arch. Doc. M.º Cultura. Salamanca.)



(Arch. Doc. M.º Cultura. Salamanca.)

España al día *supuso una de las más interesantes experiencias de cine informativo y propagandístico. Se realizaba con material enviado desde los frentes. Al lado y en esta página, carteles de Film Popular.*

filmes aludieron siempre a la problemática muy concreta planteada por la guerra, pero además fueron los que soportaron un control ideológico más riguroso.

Propaganda del gobierno republicano

UNA vez neutralizado el pronunciamiento militar, la autoridad del gobierno republicano se vio seriamente comprometida por el empuje de las organizaciones obreras, auténticos protagonistas de la victoria sobre los rebeldes. En tales condiciones, resortes importantes del poder pasaron a sus manos. En este marco general, y debido al acuciante problema de la defensa de Madrid, todas las fuerzas políticas madrileñas convivieron en armonía y el gobierno de la República no vio la necesidad de plantearse la cuestión de la centralización de la propaganda cinematográfica, por lo que tan sólo funcionó una improvisada Sección de Propaganda en el Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes. Entretanto, el 8 de noviembre, y ante el fundado temor de la caída de Madrid, el gobierno abandonó la capital y se instaló en Valencia. Desde allí, en enero de 1937, dictó un decreto por el que se reorganizaba todo lo relativo a información y propaganda en un ministerio creado al efecto por Largo Caballero. Este ministerio sólo sobrevivió unos meses, y si a los hechos nos remitimos, habrá que creer que fue un total fracaso, al menos como intento de aglutinar en sí los esfuerzos propagandísticos.

Con el cambio de gobierno, presidido ahora por Negrín, se reorganizaron nuevamente estos servicios, trasladándose las funciones a una subsecretaría dependiente del Ministerio de Estado. El arquitecto Sánchez Arcas fue nombrado responsable de esta subsecretaría, y a cargo de la sección de cine se puso al conocido crítico y ensayista Manuel Villegas López. Su producción fue bastante exigua si se la compara con la de otras organizaciones (Film Popular, S.I.E. Films...) y no sobrepasó la veintena de filmes. Entre ellos merece la pena destacarse la serie de *trailers*, de cortísima duración (sólo dos o tres minutos), realizados por Villegas López, Fernando G. Mantilla y Francisco Camacho. Recogían las cuestiones políticas de más rabiosa actualidad, poniendo en su confección especial énfasis en su valor educativo y movilizador. Su calidad e interés sitúa a estos filmes en un lugar sobresaliente dentro de la cinematografía republicana.


(Arch. Ramón Sala.)

Tierra de España, *de Joris Ivens, con guión de Hemingway, tardó cuatro meses en rodarse.*

Cataluña. Laya Films

POR lo que concierne a Cataluña, diremos que pasados los primeros momentos de desconcierto en que la Generalitat, completamente desbordada por las organizaciones obreras, tuvo que limitarse a ser un simple poder ratificador de las medidas tomadas de forma irreversible por aquellas organizaciones, se inició desde el gobierno autónomo catalán (en el que ahora ya estaban representadas casi todas las fuerzas políticas existentes) una hábil e inteligente política encaminada a la recuperación de las áreas de poder que le habían sido arrebatadas. Así, en octubre de 1936 se creó un Comissariat de Propaganda, con el objetivo de lograr hacer converger sobre sí todas las manifestaciones propagandistas emitidas desde Cataluña, al mismo tiempo que dar una homogeneidad y determinados contenidos a esa propaganda, que hasta el momento era inevitable que exteriorizase tendencias que, en opinión de los hombres del «partido gubernamental», Esquerra Republicana, contradecían las aspiraciones democráticas del pueblo catalán.

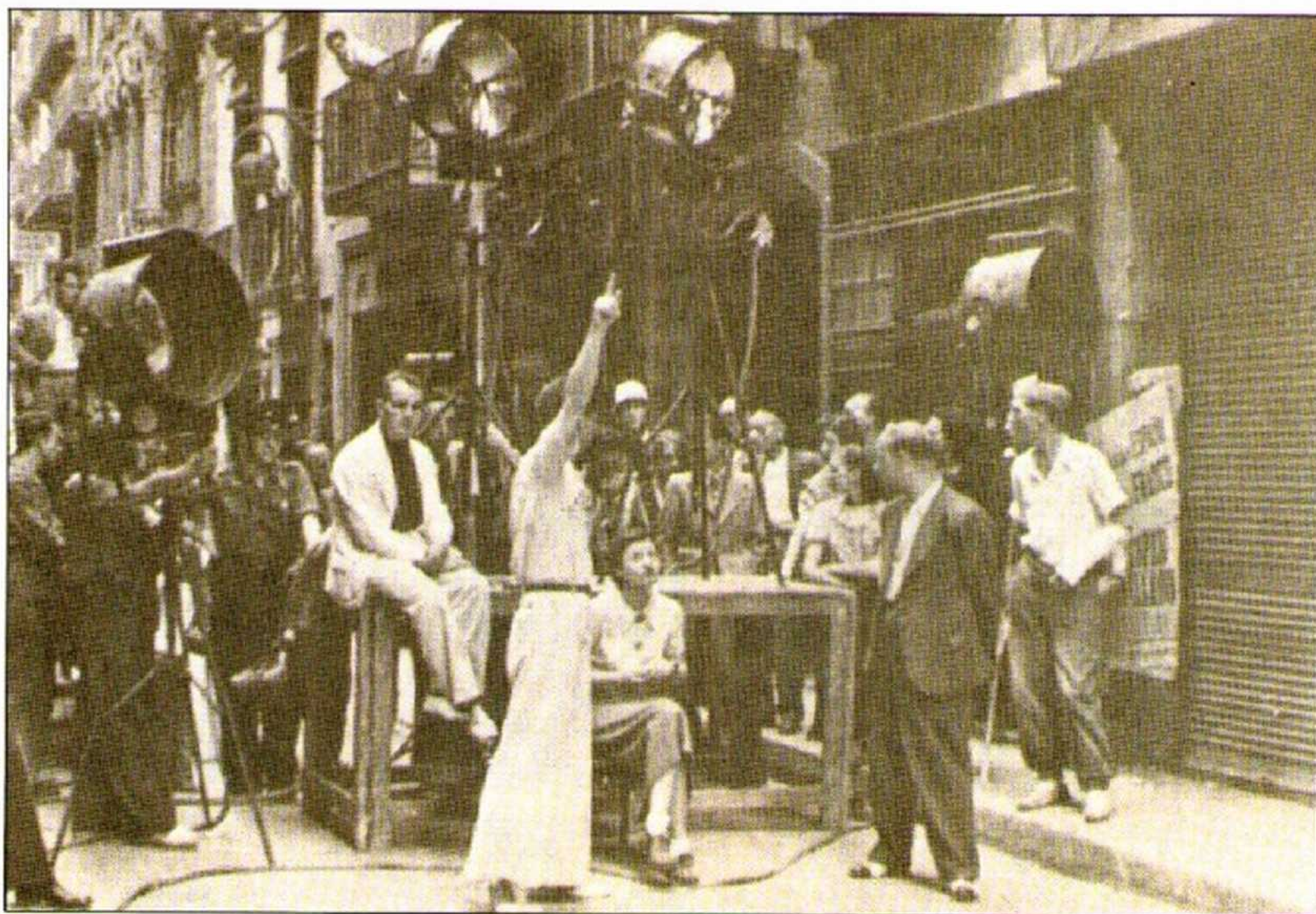
Este *comissariat* no podía marginar la producción de filmes, y para este efecto se creó en su seno la sección de cine Laya Films, que, junto a su actividad productora, compaginaría la de distribución en exclusiva de los filmes soviéticos en Cataluña. Pasó del centenar el número de títulos editados por Laya. Parte importante lo constituirían los casi sesenta noticiarios *(Espanya al día)* que se editarían regularmente hasta la caída de Barcelona, en enero de 1939.

Al margen de la producción de noticiarios, hay que resaltar la de documentales, que alcanzarían la cincuentena, y cuya duración oscilaba entre los diez y los veinte minutos. Muchos de ellos se hicieron en varias versiones para que fuera posible su salida al exterior, aspecto este especialmente cuidado por el *comissariat*. Además de los reportajes dedicados a reflejar operaciones militares y acontecimientos políticos, la producción de Laya Films marcó una especificidad al dedicar una gran atención a aquellos documentales que describían distintos aspectos de la fabricación industrial y artesanal catalana, y que cubrían los objetivos de dar una determinada imagen de Cataluña, por encima de la que podían ofrecer los filmes de otras organizaciones [16]. Esta imagen había de recrear la idea de un pueblo catalán esencialmente pacífico y trabajador, amante de la libertad... Son algunos de estos documentales: *Ollaires de Breda, Tapers de la costa, El Vi, Escuelas Nuevas, Aran, La Vall, Catalunya martir, Niños felices, Regadío, Repoblación forestal...*

Cineastas extranjeros en la España republicana

CURIOSAMENTE, el debate abierto a propósito de la participación extranjera en nuestra guerra civil pierde ese tinte dramático y exasperado que lo caracteriza, cuando se alude concretamente a sus aportaciones en el terreno cinematográfico, en la zona republicana. Mientras que la intervención de las potencias nazi-fascistas —ya profusamente probada en multitud de documentos que al final de la segunda Guerra Mundial quedaron al descubierto— permanece en la trillada senda del escamoteo más o menos espectacular, por arte de magia de la derecha recalcitrante, y el fenómeno de las Brigadas Internacionales sufre continuas arremetidas, que unas veces eleva a aquéllas a la

[16] Como, por ejemplo, *Movimiento revolucionario en Barcelona*, producido por la CNT-FAI y rodado en los días inmediatamente siguientes al aplastamiento de la sublevación en Barcelona, en pleno fervor revolucionario. Este filme, en el que aparecían escenas de la entrada de las milicias en iglesias y conventos, por ciertas ingenuidades de los anarquistas, recorrió toda Europa, causando no poco espanto en los estratos más conservadores. El gobierno catalán fue, naturalmente, el primero en sentirlo.



(Arch. Ramón Sala.)

Sierra de Teruel, *basada en aspectos de la novela de Malraux* L'espoir, *comenzó a rodarse en julio de 1938. Fue concebida como el más ambicioso proyecto republicano en el cine.*

categoría de mito, otras las reducen a una terrible dictadura soviética, y las menos tratan de situarlas en el lugar que en justeza les pertenece; mientras todo esto ocurre, es inevitable que nos cause asombro la facilidad con que filmes como *Sierra de Teruel (L'Espoir)*, de André Malraux; *Tierra de España*, de Joris Ivens, o *Ispanija*, de Esther Shub, han sido erigidos en única representación del cine republicano (por más que se trate, sin duda, de la más digna representación posible), desvaneciéndose tras ellos ese cuantioso archivo integrado por los reportajes, documentales, noticiarios (e incluso largometrajes de ficción como los realizados por la CNT), producidos por las organizaciones cinematográficas surgidas al amparo de partidos políticos y sindicatos, así como por las secciones de propaganda del gobierno republicano y la Generalitat de Cataluña. Esa ingente producción, bien lo sabemos, no siempre estuvo «a la altura de las circunstancias», pero ello no puede ser óbice para una omisión así.

Y nada mejor que este preámbulo para evitarnos insistir, una vez más, sobre algo de sobra conocido: la importancia que en el terreno del arte y de la cultura tuvieron todos esos hombres y mujeres que la causa republicana atrajo a nuestro país a lo largo de 1936-39. En efecto, España fue durante este tiempo un polo de atracción para intelectuales y artistas provenientes de todas las partes del mundo.

André Malraux

André Malraux, ya por entonces célebre escritor, personaje controvertido pero siempre brillante, fue uno de ellos, quizás aquel cuya presencia, casi ininterrumpida, dejó huella más indeleble. Su primer y único filme, *Sierra de Teruel*, rodado en España en 1938, pasaría a alinearse por propio derecho (el derecho que le otorgan esas imágenes de tal potencia y entidad) con las mejores obras de la cinematografía mundial.

Sierra de Teruel fue concebido como el más ambicioso proyecto propagandístico de la República, destinado a conmover las conciencias del mundo en la dirección que más podía favorecer su causa. El tratado de No Intervención o la ley de Neutralidad norteamericana



Ispanija, *de la cineasta rusa Esther Shub, aprovechó material de Roman Karmen, Boris Makafeiev y de algunos realizadores españoles. Se acabó en 1939.*

habían dictaminado el más absoluto ostracismo para el régimen legal español, por lo que éste se veía forzado —por todas las vías posibles— a buscar los medios de verse reconocido y apoyado. El prestigio de Malraux, quien además había viajado, en la primavera de 1937, a los Estados Unidos como embajador de la causa republicana, podía coadyuvar a conseguirlo. El rodaje comenzó el 20 de julio de 1938, en los estudios barceloneses de Montjuich, con un equipo técnico integrado en su mayoría por profesionales extranjeros. El poeta Max Aub sería un elemento sobresaliente en la realización del filme; algo así como el doble de Malraux (que, entre otras cosas, apenas hablaba español). El argumento se basaba en ciertos episodios de la novela que Malraux había escrito unos meses antes, recogiendo su aventura al frente de la escuadrilla «España» [17]: una sucesión de acciones republicanas (todas ellas impecablemente reconstruidas) en la zona de Teruel.

[17] Apenas dos días después del estallido de la rebelión militar, ya se encontraba en España André Malraux, dispuesto a colaborar en lo que se le ofreciese. Así comenzó, por encargo de las autoridades republicanas, la formación de una escuadrilla, haciéndose responsable de la compra de aviones y de la contratación de pilotos. La escuadrilla sobrevivió hasta comienzos de 1937, cuando los bien pertrechados cazas alemanes e italianos convirtieron en suicidas sus incursiones.

La entrada de las tropas franquistas interrumpió definitivamente el rodaje, que hubo de continuarse en los estudios franceses. Por otra parte, las autoridades del gobierno en el exilio dejaron de cooperar económicamente en el proyecto (ya habían adelantado 750.000 pesetas y 100.000 francos antiguos), por no encontrarle ya razón de ser, por lo que fue un productor francés, Corniglion Molière, quien se haría cargo de su terminación. A mediados de 1939 estaba ya listo para su estreno, pero el gobierno Daladier prohibía su exhibición en territorio francés por considerarlo una provocación al régimen ya establecido de Franco. Hasta 1945, este interesante testimonio de nuestra guerra civil no pudo ser visto por nadie.

Joris Ivens y Ernest Hemingway

Si en Europa la actitud no intervencionista de las potencias llamadas democráticas había sido causa y origen del oscurantismo que para la gran mayoría de los ciudadanos de estos países rodeaba el conflicto español, en Estados Unidos la situación no mejoraba demasiado. Frente a tal estado de cosas, y en clara oposición a la política seguida por su gobierno —con todo, mucho menos ofensiva que la de las democracias

europeas—, destacó la iniciativa de un grupo de intelectuales (Lillian Hellman, John Dos Passos, Archibald MacLeish, Herman Shumlin...) decididos a suscitar un vasto movimiento de apoyo a la República y promover el interés por los asuntos españoles. Así nació la Contemporary Historians, que muy pronto tomaría contacto con el cineasta holandés Joris Ivens (quien disfrutaba de prestigio mundial como documentalista) con vistas a la realización de un filme sobre la guerra de España. *Tierra de España,* que así se llamaría este filme [18], comenzó a rodarse a principios del año 1937. Al reducido equipo inicial, formado por Ivens y el operador John Fernhout, se le añadiría más tarde Ernest Hemingway, quien, a cambio de desempeñar las más variadas tareas en el rodaje (trasladar las pesadas cámaras, por ejemplo), se vería recompensado por la oportunidad que le brindaban, gracias a las excelentes relaciones de Ivens con las autoridades republicanas y con el PCE, de acercarse aún más al escenario real de los hechos: «Con las cámaras colgadas al hombro —diría Hemingway— crucé lugares que por medios normales no hubiera alcanzado nunca. De esta forma pude ver la guerra tal como es y no a través de comunicados de prensa oficiales con dos días de retraso» [19].

Apenas duró cuatro meses la aventura que supuso la filmación de *Tierra de España,* en muchos de los frentes más conflictivos, como el de la Ciudad Universitaria, Morata de Tajuña, Jarama, etc. Transcurrido ese tiempo, Ivens abandonó España en dirección a los Estados Unidos, donde había de tener lugar el montaje. «No olvidábamos nunca la urgencia del trabajo —diría Ivens—. Nuestro cometido no era realizar el mejor de los filmes, sino hacer un buen filme que poder mostrar a los Estados Unidos para recoger dinero y mandar ambulancias a España» [20]. Con el concurso de un

[18] Antes de trasladarse a España, Ivens había dejado listo para su exhibición un filme de montaje sobre material rodado por operadores republicanos. Se llamó *Spain in Flames.*

[19] «Archibald MacLeish: MacLeish sobre España», por el mismo MacLeish, recogido en el libro colectivo que lleva por título *Joris Ivens,* y escrito por Wolfgang Klaus, Manfred Lichtenstein, Hans Wegner y otros (Staatlichen Filmarchiv der Deutschen Demokratischen Republik und Club der Filmschaffender der DDR), Berlín, 1963, p. 145.

[20] Joris Ivens, en *The Camera and I,* Sevens Seas Book, Inglaterra, 1969.



(Arch. Ramón Sala.)

Ernest Hemingway, con boina, y Joris Ivens en un momento del rodaje de Tierra de España. *Los milicianos se acostumbraron a verlos en los frentes. El filme quedó como un ejemplo de documentalismo cinematográfico.*

emotivo comentario escrito por Hemingway, quedó listo para su exhibición, comenzando en este punto la tarea más ardua. La primera proyección tuvo lugar en la Casa Blanca, a petición del presidente Roosevelt, quien asistió al acto junto con dos consejeros militares y un grupo heterogéneo de personas. Tuvo, al parecer, muy buenas palabras para el filme, y diplomáticamente se abstuvo de mencionar nada relacionado con el embargo de armas o la no injerencia, cuestiones que tampoco Ivens y Hemingway se atrevieron a suscitar.
A esta proyección seguirían otras de carácter privado, en Hollywood, ante gran número de personajes famosos —realizadores, actores, guionistas—, entre los que se encontraban algunas personas ya comprometidas en campañas de solidaridad con la España republicana, como era el caso de Fredric March, Joan Crawford, Dashiell Hammet, Sylvia Sidney, Dorothy Parker, Louise Rainer, Herbert Biberman, James Cagney, Franchot Tone, Paul Robeson, Upton Sinclair, Lewis Milestone, Robert Rossen, Douglas Fairbanks y un largo etcétera [21].
A partir de aquí, la exhibición comercial inició una verdadera carrera de obstáculos. Sus claras simpatías pro republicanas le garantizaron no pocas censuras. En Inglaterra, después de una proyección a la que asistió Ribbentrop, se condicionó su estreno al aligeramiento del filme, prescindiendo de aquellas escenas en las que se trataba de probar la intervención alemana e italiana.
Junto al gran valor testimonial de *Tierra de España* hay que colocar su indudable interés cinematográfico, que ha convertido a la obra de Ivens en obligado punto referencial para el documentalismo cinematográfico.



El último tren de Madrid *reflejó la idea que los productores de Hollywood tenían sobre la guerra civil.*

Hollywood, Hollywood

Por lo que se refiere a la actitud adoptada por las grandes casas productoras, hemos de señalar, como fenómeno más o menos generalizado, la utilización oportunista de la guerra civil como marco «exótico» (y más exótico aún después de pasar por los estudios de Hollywood) para una u otra peripecia amorosa, procurando siempre, desde luego, mantenerse en una observancia escrupulosa de la política de neutralidad dictaminada por el presidente Roosevelt. Claro está que su aplicación quedaba sujeta a notables vaivenes, como ocurre siempre que nos movemos en el terreno de la subjetividad (y la ley de Neutralidad y embargo de armas dejaba un amplio margen de libertad a las conciencias individuales). De este modo, no puede extrañarnos la existencia de tres filmes que en su momento parecieron desafiar la actitud absentista de la industria de Hollywood.
El primero de ellos, *The Last Train from Madrid*, fue producido en 1937 por la Paramount y realizado por el segundón James Hogan, con Dorothy Lamour, Gilbert Roland y Anthony Quinn en los principales papeles de esta historia que transcurre en las trágicas doce horas anteriores a la salida del último tren que enlaza Madrid y Valencia, toda vez que después las vías serán dinamitadas y la ciudad quedará aislada del mundo. Bajo una falsa apariencia de objetividad, *The Last...* apenas disimulaba su notorio antirrepublicanismo, y esta toma de posición desencadenó la repulsa en la zona republicana: «Un año de amarga experiencia nos ha hecho comprender que nuestra guerra es un magnífico negocio, aun para ciertos países mal llamados democráticos» [22].

[21] Muchos de los actores que se significaron como pro republicanos estuvieron vetados durante largo tiempo en la España franquista. Así se dio el caso de que, aun pasando sus películas en los cines españoles (lo que en muchos casos era inevitable), sus nombres no aparecieron en las carteleras.

[22] *Espectáculo*, Barcelona, 30 de agosto de 1937.


(Col. Luis Gasca.)

Bloqueo (Blockade), *de William Dieterle, realizado en 1938 y con Madeleine Carrol y Henry Fonda como intérpretes, fue considerado pro comunista. En realidad se trataba de un filme pacifista.*

Por su parte, la Twentieth Century-Fox tuvo mayor cuidado al producir ese mismo año *Love under Fire*, que dirigiría George Marshall y que interpretarían Loretta Young y Don Ameche. También aquí se jugaba la carta oportunista, pero su antirrepublicanismo resultaba de una mayor timidez.

Quizá para contrarrestar lo anterior, esta productora guardaba en cartera un proyecto decididamente pro rebelde: un filme sobre el asedio del Alcázar. La idea no llegó a cuajar, a pesar de que ya se habían dado los primeros pasos en la elaboración del guión.

La cancelación definitiva del proyecto debió de tener que ver con los temores a que una tan evidente toma de partido acarreara algún disgusto a la productora. Recordemos que en 1937 todavía Franco estaba lejos de la entrada en Madrid.

De muy distinto signo fue la producción de Walter Wanger, para la United Artists, *Blockade*, que el siniestro congresista americano Martin A. Dies incluiría en una lista de filmes supuestamente influidos por la ideología comunista [23], juicio a todas luces extravagante, puesto que *Blockade* (que dirigió William Dieterle, autor de los grandes éxitos que en los años treinta fueron las biografías de Luis Pasteur y Emilio Zola) tiene mucho más de película pacifista que de alegato marxista. De cualquier forma, resulta muy significativa la sañuda persecución que sufrió en los Estados Unidos y en otros países europeos (en Francia se prohibió su doblaje).

Blockade tuvo como principales intérpretes a Henry Fonda y Madeleine Carroll: un campesino convertido en oficial republicano y una rusa blanca que ejerce de espía a cuenta de los rebeldes. El bloqueo del pueblo de Castelmare, al que los fascistas no permiten hacer llegar los víveres, sirve de título al filme y es una transparente alusión al bloqueo internacional.

Ya en el terreno del documental de corta duración, del que cabría extraer numerosos títulos, destacaron dos productoras independientes: el Progressive Film Insti-

[23] A su lado, en la lista, figurarían nada menos que las producciones de *Juárez*, de Hal Wallis (1939), y *Fury*, de Fritz Lang.


(Col. Luis Gasca.)

Por quién doblan las campanas, *basada en la novela de Hemingway del mismo título, fue sin duda la más conocida de las películas sobre la guerra civil. Ingrid Bergman y Gary Cooper compartieron los papeles estelares.*

tute y la Frontier Films. La primera fue creada en Inglaterra por el cineasta Ivor Montagu, quien organizó la filmación en España de numerosos reportajes, base para la posterior confección de documentales como *The Defence of Madrid, Spanish ABC, Behind the Spanish Lines,* o *Air Bombardement.* Por lo que se refiere a la Frontier Films, promovida por intelectuales de izquierdas, entre los que se contaban los cineastas Leo Hurwitz, Jay Leyda, Paul Strand y Ralph Steiner, sirvió de aglutinante de todo tipo de acciones dispersas en pro de la causa republicana y realizó dos interesantes documentales: *Heart of Spain* y *Return to Life.*

CIFESA y C.E.A.: la producción nacional

PESE al fracasado golpe de Estado militar del 18 de julio, España se vio forzosamente desmembrada a partir de esta fecha. El día 20, los sublevados tenían en su poder Castilla la Vieja, Galicia, el norte de Extremadura, Navarra, las provincias de Cádiz y Sevilla, parte de las provincias y las capitales de Granada y Córdoba, el protectorado de Marruecos y todas las islas, excepto Menorca. Las grandes ciudades, como Madrid, Barcelona, Valencia o Bilbao, permanecieron en poder republicano. Y teniendo en cuenta, como hemos visto, que los centros de producción cinematográfica se asentaban, en su casi totalidad, en Madrid y Barcelona (que disponían de los estudios y laboratorios), podremos deducir la penuria inicial de medios con que contaron en la zona «nacional», lo cual muy bien podría utilizarse como justificación a la escasez de material filmado durante los primeros meses, justificación sólo en parte razonable, puesto que desde los primeros momentos se les ofreció a los rebeldes la oportunidad de disponer de equipos y material provenientes de las potencias amigas: Portugal, Italia y Alemania. Oportunidad desaprovechada al principio, quizá por la falta de conceptos claros que verter en las manifestaciones propagandistas. La tarea de legitimar

el «alzamiento nacional» tras el fracaso del golpe de Estado no era una tarea fácil.

Estas dos Españas confrontadas representaban dos concepciones del mundo antagónicas, y la cinematografía de una y otra no podía dejar de participar de este antagonismo, que quedó bien patente en la disparidad de criterios a la hora de reorganizar estas cinematografías. El resultado de ambas experiencias fue indiscutiblemente más favorable a los republicanos: su producción fílmica rayó siempre a más altura, la intervención de cineastas extranjeros se tradujo en obras que han ocupado después un puesto de honor en la cinematografía mundial, los filmes republicanos superaron con largueza en número a los realizados en la otra zona...

Mientras que las primeras imágenes de las acciones militares rebeldes eran puntualmente tomadas por los operadores de noticiarios extranjeros desplazados a nuestro país [24], un hecho vino a favorecer la primera iniciativa de producción surgida en esta zona.

El azar quiso que, el 18 de julio de 1936, gran parte del equipo de producción de la firma valenciana CIFESA se encontrase en Córdoba rodando los exteriores de *El genio alegre*, que dirigía Fernando Delgado y que estaba basada en una comedia de los hermanos Alvarez Quintero. Ocupada la ciudad por las tropas franquistas, el rodaje quedó momentáneamente paralizado, ocasión que fue aprovechada por los actores del filme, Rosita Díaz Gimeno, Anita Sevilla y Edmundo Barbero, para abandonar la ciudad [25].

[24] Estos reportajes de los operadores enviados por la Luce, la Tobis, la UFA, la Paramount, el *Eclair Journal*, la Gaumont, etc., iban a servir de base para realizar los primeros documentales sobre la guerra.


(Arch. Ramón Sala.)

«Pesa más que un fusil», dicen que comentó Franco al tomar en sus manos una cámara de cine.


(Arch. Ramón Sala.)


(Arch. Ramón Sala.)

Los nacionalistas desplazaron también sus cámaras de cine a los frentes de batalla.

Ya no se reanudaría el rodaje hasta el final de la guerra, sustituyéndose con trucajes a los actores en deserción por Carmen de Lucio, Charito Benito y Erasmo Pascual.

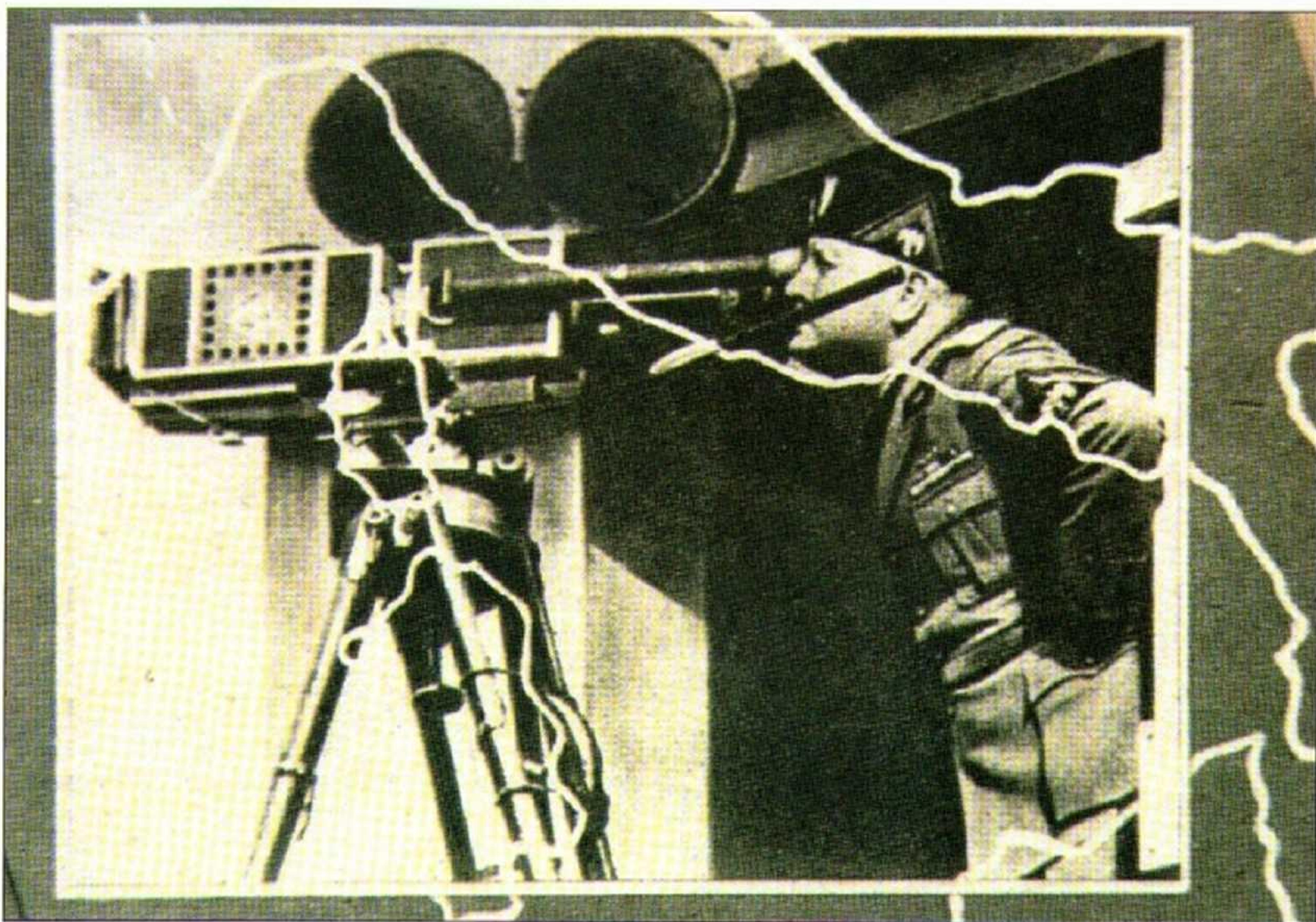
El equipo técnico de *El genio alegre* se trasladó a Sevilla, y allí, Manuel Casanova, presidente del Consejo de Administración de CIFESA, instaló su centro de operaciones para toda la zona rebelde. A partir de este momento —y más por razones de supervivencia que por comunidad de credo con el movimiento mili-

[25] Rosita Díaz Gimeno había sido detenida allí por sus simpatías pro republicanas y posteriormente puesta en libertad. Se exilió en América. Por su parte, Edmundo Barbero se trasladaría a Portugal, para, desde aquí, pasar a zona republicana.

tar [26]— encaminó su producción al documental propagandista, estableciendo vinculaciones con el gabinete civil y diplomático del ejército del sur, que dirigía José Antonio de Sangróniz, y con el Estado Mayor Central. Esta productora paraestatal tuvo como director a Fernando Delgado, a Arturo Castro como ayudante de dirección, y a Alfredo Fraile, Mariano Ruiz Capillas y Manuel Novo como operadores. La falta de laboratorios de montaje y sonorización fue suplida por los Estudios Lisboa Films, en el país vecino, donde el montador Eduardo G. Maroto se instaló de forma permanente. Allí serían enviados todos los reportajes rodados en España para cumplir el proceso de elaboración final.

[26] CIFESA no tenía motivos para quejarse de la marcha de sus negocios bajo la República. Sus películas no sólo supusieron sustanciosos éxitos de taquilla (como es el caso de *Morena Clara*, de Florián Rey, y *La reina mora*, de Eusebio Fernández Ardavín, que siguieron exhibiéndose durante los primeros meses en la zona leal), sino que incluso una publicación como *Cinegramas* había llegado a pedir una recompensa oficial para Manuel Casanova. Véase Román Gubern, *El cine sonoro en la II República, 1929-1936*, Edit. Lumen, Barcelona, 1977, p. 80.

El primer documental producido por CIFESA en su nueva faceta fue *Entierro del general Sanjurjo*, que recogía, en las imágenes filmadas por el portugués José Nunes das Neves, la ceremonia fúnebre en honor de este militar, después de que el avión que iba a trasladarle a Burgos para tomar la jefatura del «Movimiento Nacional» se estrellase antes de despegar en un campo de aterrizaje cercano a Lisboa. A este documental le seguirían otros dieciséis, producto de la cada vez más entrañable relación de CIFESA con los jefes rebeldes.
Entre los documentales dirigidos por Fernando Delgado (Alfredo Fraile ocuparía su puesto unos meses más tarde) hay varios dedicados a las operaciones militares en la zona norte: *Asturias para España*, *Bilbao para España* y *Homenaje a las brigadas navarras*, quizá porque allí se consiguieron los primeros éxitos bélicos. Uno de ellos está dedicado al entierro del general Mola, muerto también al estrellarse su avión contra el cerro de Alcocero, cerca de Briviesca, en Burgos. El resto, dirigidos ya por Alfredo Fraile, Andrés Pérez Cubero, Fernando Fernández de Córdoba y


(Arch. Ramón Sala.)

Mussolini prestó todo su apoyo a la naciente cinematografía nacionalista. Comprendió la importancia fundamental de ese medio aplicado a la política.



(Col. Luis Gasca.)

Carlos Arniches (sentado) con el equipo de la CEA que rodará Don Quintín, el amargao, *su popular sainete. De izquierda a derecha: José Alfayate, Luis Heredia, Luis Marquina, León Lucas de la Peña, Luisita Esteso y el operador Beltrán.*

Luis de Armiñán, alternan el reportaje bélico con las labores de «reconstrucción» en la retaguardia. El último fue *El desfile de la victoria en Valencia.*

«Asilo naval» y otras casualidades

No sabemos si tan casualmente como en el caso de *El genio alegre,* pero lo cierto es que el 17 de julio de 1936 la productora C.E.A. (Cinematografía Española Americana) tenía en marcha el rodaje de *Asilo naval,* que dirigía Tomás Cola, precisamente en San Fernando (Cádiz), a bordo del buque escuela *Juan Sebastián Elcano.* Allí, en las vísperas de la sublevación, todo el equipo técnico, de filiación monárquico-derechista, se puso al servicio de los golpistas, presentándose en la Comandancia de la Marina de Cádiz. Horas más tarde, con el grupo electrógeno y los reflectores utilizados en el rodaje, iluminaban la bahía de Algeciras, facilitando así el desembarco de las tropas provenientes de Marruecos.

Al contrario que en el caso de CIFESA, en esta ocasión, interrumpido definitivamente el rodaje de *Asilo naval,* los objetivos de C.E.A. se mostraron con mucha mayor definición. Su presidente, el banquero Rafael Salgado, ordenaría el inmediato traslado del material involucrado en los rodajes de *Asilo naval* y *El genio alegre* (también propiedad de la C.E.A.) a San Sebastián, donde instalaría, además, unos improvisados laboratorios, todo ello para ponerlo al servicio de Cine Requeté, equipo en el que ya estaban trabajando el cámara y el técnico de sonido de *Asilo naval,* Ricardo Torres y Miguel Pereyra, respectivamente, desplazados a Pamplona, en los días siguientes a la sublevación, para tomar contacto con los carlistas. Miguel Pereyra realizaría las dos producciones de Cine Requeté: *Con las brigadas navarras* y *La toma de Bilbao.*

De la conjunción entre el industrial Luis Díaz Amado y parte del equipo técnico de C.E.A. (León Lucas de la Peña y Jacinto Guerrero) surgió, a finales de 1938, la productora CINESIA, que rodó una serie de cuatro cortometrajes *(Definiciones, Letreros típicos, Un anuncio y cinco cartas* y *El fakir Rodríguez),* agrupados bajo el título común de *Celuloides cómicos.* Del argumento, guión y dirección se encargó Enrique Jardiel Poncela, quien meses antes había logrado huir de Barcelona y trasladarse a San Sebastián. Luis Marquina, en la dirección técnica; Cecilio Paniagua, en la cámara; Jacinto Guerrero, en la partitura musical, y León Lucas de la Peña, en la sonorización, compusieron en su integridad el reparto.

Por iniciativa del coronel Beigbéder, de la Alta Comisaría de España en Marruecos, que corrió con la financiación del filme, tuvo lugar el rodaje de *Romancero marroquí,* la única producción que C.E.A. llevó a cabo en tanto que tal. Se trataba de articular un

discurso documental que describiese la belleza del arte y las costumbres marroquíes con otro ficcional que reflejase la participación activa de este pueblo en el «glorioso alzamiento». Se encargaría de confeccionar el guión Enrique Domínguez Rodiño, notorio germanófilo, que era consejero delegado de C.E.A. (había estado estrechamente ligado a su creación). La dirección corrió a cargo de Carlos Velo, excelente documentalista ya entonces, quien hubo de aceptar el rodaje (al parecer muy del desagrado suyo) y la supervisión incansable de Rodiño, que —con buenas razones— no debía de tener puesta toda su confianza en el realizador. Este, aprovechando una escala en Tánger del barco que le conducía a Alemania, donde el filme había de ser montado y sonorizado, huyó en dirección a Francia y de aquí se trasladó a México.

Así como en la España republicana prácticamente la totalidad de las películas realizadas estuvieron producidas por las secciones de cine de las organizaciones populares —partidos y sindicatos—, y sólo un número ínfimo de ellas por la iniciativa de índole privada (justificadas sólo por el oportunismo y el camuflamiento político), en la zona rebelde se dio el fenómeno opuesto, es decir, la mayor incidencia de las productoras privadas, como las ya citadas CIFESA, CEA, o Films Patria, Producciones Hispánicas y Ufilms.

Films Patria, firma de inspiración seguramente tan opuesta a aquella otra de la zona republicana llamada Films Libertad, produjo sólo dos documentales, ambos en 1936. El cerco de Madrid recoge los avances de las tropas franquistas hacia la capital, incluyendo el momento de la toma del cerro de los Angeles y el acto de desagravio a las ruinas del monumento al Sagrado Corazón, así como la curiosa escena en la que, dando por prueba el abatimiento de un trimotor francés (posiblemente de los comprados por el escritor francés André Malraux), se intenta demostrar la intervención francesa en apoyo a la República. En cuanto a *Toledo la heroica*, nada mejor que el título para describirlo.

Hubo aún dos títulos resonantes en la filmografía patrocinada por estas firmas citadas: el mediometraje *Marcha triunfal*, rodado en 1938 por Producciones Hispánicas, empresa fundada en los comienzos de 1936 por Antonio de Obregón y Joaquín Goyanes de Osés, quienes también se encargarían de la dirección del filme, y el largometraje *El derrumbamiento del ejército rojo*, producido en 1938 por la firma que había fundado Saturnino Ulargui: Ufilms. Este documental sobre la batalla de Teruel fue obra exclusiva de Antonio Calvache. Precisamente Antonio Calvache había sido en 1936 director del Servicio de Prensa y Propaganda de Falange Española, y había estado en la génesis de una serie fílmica que esta organización tenía pensado producir. Al parecer, sólo dio tiempo a editar un título: *¡Madrid! Cerco y bombardeamiento*. Pero no acabó aquí la producción falangista, y probablemente sólo a causa de las veleidades cinematográficas del coronel Beigbéder, que estaba a cargo de la Jefatura provincial de Falange Española en Marruecos. Este organismo financió la edición de tres filmes: *Alma y nervio de España* (1936), *La guerra por la paz* (1937) y *Voluntad* (1937). El equipo técnico permaneció prácticamente inmutable en los tres: Joaquín Martínez Arboleya, en la dirección; Antonio Solano, en la cámara, y los comentarios del jefe provincial de Falange, Augusto Atalaya [27].

El Departamento Nacional de Cinematografía

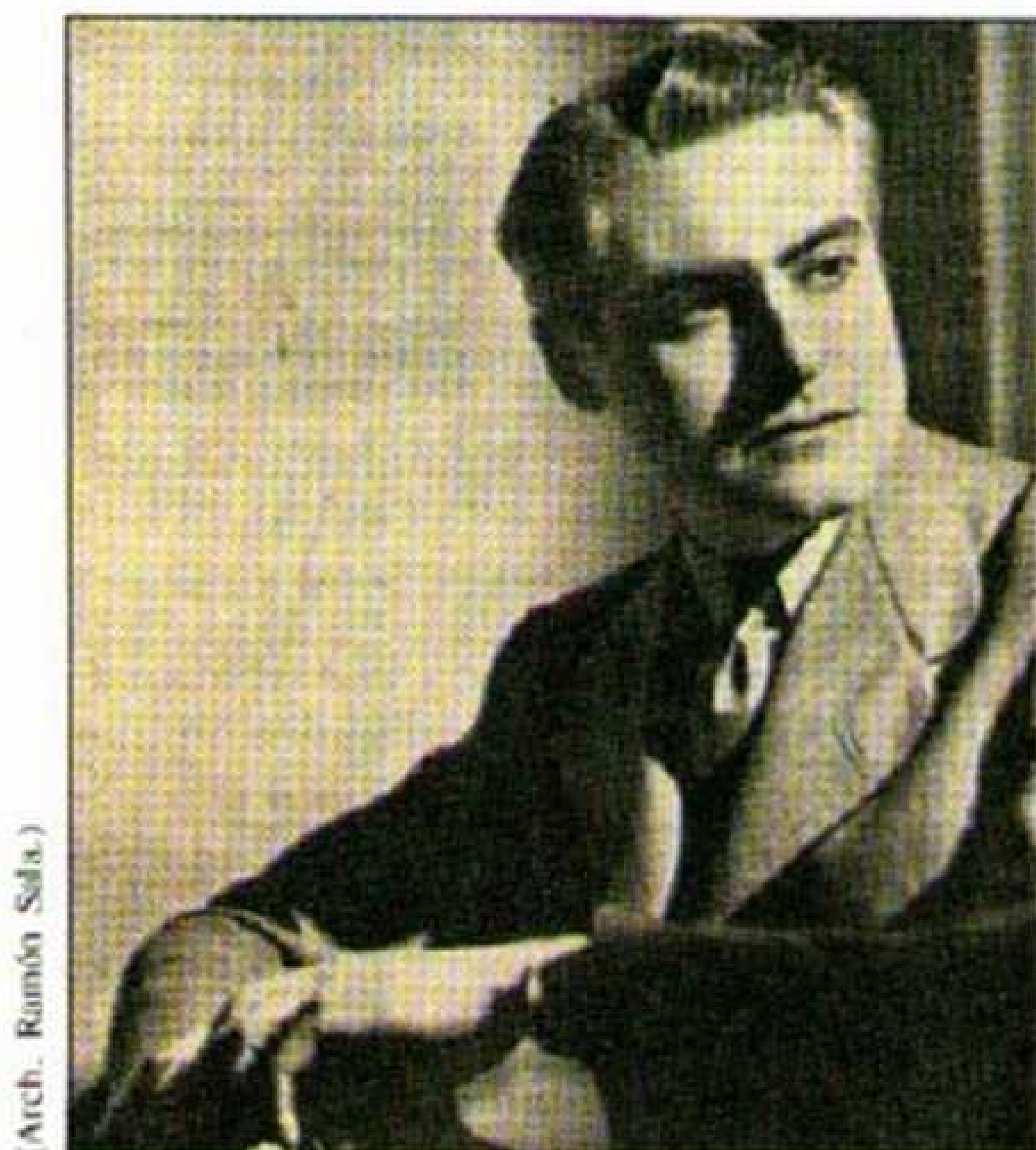
Si en la zona republicana fracasó totalmente el intento centralizador de las manifestaciones propagandistas, entre otros factores por la enorme potencia y entidad de las organizaciones populares, que prefirieron instituir y sostener sus propias secciones de cine, en la zona rebelde, a partir de abril de 1937, en que se produjo el decreto de unificación, la exigua producción de las organizaciones políticas y la propia debilidad de éstas facilitaron enormemente las tareas centralizadoras. Se creó así una delegación del Estado para prensa y propaganda, en cuya jefatura se terminaría colocando a Dionisio Ridruejo.

De esta primera etapa cabe señalar tres documentales, cuya temática, no casualmente, podía satisfacer a tradicionalistas, falangistas y «franquistas». Estos documentales se titularon: *Los conquistadores del norte (homenaje a las brigadas navarras)* 1937, *Consejo Nacional de la Sección Femenina* (1938) y *Frente de Vizcaya y 18 de Julio* (1937).

Pero la baza realmente centralizadora sólo se jugó al crearse el Departamento Nacional de Cinematografía, en abril de 1938. Organizaron sus servicios Manuel Augusto García Viñolas y Antonio de Obregón, y sus funciones se concretaron en cuatro puntos: «1.º La producción cinematográfica no puede ser nunca actividad exclusiva del Estado. 2.º Por el contrario, el Estado debe estimular la iniciativa privada para el desarrollo y florecimiento de la cinematografía nacional. 3.º El Estado ejercerá la vigilancia y orientación del cine, a fin de que éste sea digno de los valores espirituales de nuestra patria. 4.º El Estado, en todo caso, se reserva la producción de noticiarios y documentales políticos y de propaganda.»

Se crearon tres secciones. La primera, para atender a todo lo relativo a la producción privada. La segunda,

[27] De la enorme dependencia exterior —y recíprocamente del apoyo incuestionable de ciertos países— da cuenta el hecho anecdótico de que cada uno de estos tres filmes estuvieron elaborados en laboratorios y estudios extranjeros: Lisboa Filme, Laboratorios Geyer, de Berlín, y Estudios y Laboratorios de Buenos Aires, Argentina.





Manuel Augusto García Viñolas fue jefe del Departamento Nacional de Cinematografía en 1938 y hombre de cine. A la derecha: José Luis Sáenz de Heredia, que formó durante la guerra el equipo técnico del Departamento.

para la producción de noticiarios y documentales. Y la tercera, para cubrir las relaciones con la producción extranjera.

Al frente de la sección dedicada a la producción de noticiarios y documentales se puso a Manuel Goyanes [28], y la formación de los equipos técnicos se le encargó a José Luis Sáenz de Heredia. A estos equipos fueron a converger los operadores, montadores, técnicos de sonorización, etc., que hasta ese momento habían pertenecido a las plantillas de las distintas y múltiples productoras. Entre ellos, Mariano Ruiz Capillas, Ricardo Torres, Alfredo Fraile, Joaquín Reig, Andrés Pérez Cubero y Juan García Sánchez. Todos estos elementos funcionaron con eficacia y coherencia, como lo demuestra el hecho de que apenas en nueve meses se realizaron cerca de la mitad de la totalidad de filmes del período. También se apreció un aumento en la coherencia ideológica de esta producción, lo que no dejaba de ser lógica consecuencia de la remontada del vacío inicial: la carencia de móviles válidos para continuar justificando el golpe de Estado. Después, con las sucesivas victorias, la seguridad fue suministrando ideas y razones allí donde no las había.

El Departamento Nacional de Cinematografía llegó a editar diecinueve noticiarios (antecedente inmediato del futuro NO-DO), la mayor parte de ellos montados y sonorizados en los laboratorios Geyer, de Berlín, en donde se encontraba Joaquín Reig Gosálvez, quien se encargaba del montaje de todo el material que iba llegando de España. Asimismo este Departamento editó ocho documentales: *Llegada a la patria* y *Prisioneros de guerra* (1938), dirigidos por Manuel Augusto García Viñolas; *La batalla del Ebro* (1938), con guión y comentario de Manuel Aznar y la supervisión de Antonio de Obregón; *¡Presente!* (1939), fotografiado por Heinrich Gaertner; *18 de Julio*, con el comentario y la voz de García Viñolas; *Juventudes de España* (1938), *La Ciudad Universitaria* (1939) y *Vivan los hombres libres* (1939), de Edgar Neville.

La dependencia inicial de los estudios, laboratorios y equipos técnicos de Alemania, Italia y Portugal, dictada por la penuria infraestructural de la zona rebelde, fue acentuándose progresivamente —en el caso alemán— hasta llegar a convertirse en íntima cooperación, y no sólo a nivel puramente técnico. La creación de la Hispano-Film-Produktion supuso, de alguna manera, la total normalización y oficialización de esta relación. A partir de este momento fue perfectamente legítimo hablar de las coproducciones hispano-alemanas.

Hispano-Film-Produktion

La Hispano-Film-Produktion surgió de la iniciativa de Norberto Soliño, un coruñés residente en La Habana, hijo de emigrantes gallegos y relacionado con el cine español por sus tareas de distribuidor de los filmes CIFESA en el mundo de habla hispánica. Soliño era, además, presidente del Centro Gallego de La Habana, puesto privilegiado desde el que pudo sostener, a partir de la sublevación, muy buenas relaciones con los mandos franquistas. Precisamente de estos

[28] Manuel Goyanes, antiguo ayudante de Benito Perojo, tuvo al parecer la idea que conduciría a la creación del Departamento Nacional de Cinematografía, y así lo relata Carlos Fernández Cuenca en su libro *La guerra de España y el cine* (Edit. Nacional, Madrid, 1972, p. 237).



Florián Rey había dirigido antes de la guerra películas tan taquilleras como Nobleza baturra *y* Morena Clara.



El polifacético Edgar Neville realizó varios documentales para los nacionalistas durante la guerra.



Imperio Argentina fue, junto a Florián Rey, exponente de la «españolada», género que gozó del fervor popular.

contactos y de otros que estableció con autoridades nazis y con un grupo de profesionales españoles (Florián Rey, Imperio Argentina, Estrellita Castro, Miguel Ligero...) que en 1937 se encontraban en gira por Sudamérica, nació la empresa Hispano-Film-Produktion. Alemania contribuía a la recién creada sociedad con capital y todos los medios necesarios, como sus estudios de la UFA y de la Tobis. En cuanto al emprendedor Soliño, que representaba la parte española, se comprometía a aportar realizador y actores, además del vasto mercado para la distribución que era Latinoamérica.

En el espacio de tiempo comprendido entre finales de 1937 y los primeros meses de 1938, la H.F.P. se enfrascó en un ritmo acelerado de producción, del que resultarían, cinco largometrajes «argumentales» (la expresión no es del todo correcta, porque argumentales lo son todos los filmes) y un documental.

España heroica

España heroica —Helden in Spanien en la versión alemana— arrancaba de un ambicioso proyecto que Joaquín Reig Gosálvez acariciaba desde los comienzos de 1937. Se trataba de esbozar un gran fresco de los últimos años de la vida política española, llegar a la forzosa conclusión de que el golpe militar había sido el único camino para arrancar a España «del caos y la barbarie», y terminar con detalles de la «gloriosa gesta militar contra las hordas rojas». En fin, el proyecto, partiera o no de Reig, era algo que, antes o después, infaliblemente se había de abordar. En este sentido, los republicanos habían tomado la delantera con el filme *España 1936*, que desde el punto de vista opuesto hacía idéntico recorrido.

Joaquín Reig, que por su trabajo como montador en los laboratorios berlineses Geyer había visto desfilar



(Arch. Ramon Sala.)

J. W. Ther, uno de los creadores de la Hispano-Film-Produktion, que lanzó cinco películas en los estudios berlineses.

ante sus ojos la mayor parte de las películas rodadas en España, era sin duda una de las personas más adecuadas para realizar este documental. Escribió, por lo tanto, un guión que presentó al Ministerio de Propaganda del III Reich. La idea les pareció bien a las autoridades nazis, pero bajo ciertas condiciones: excepto el guión y una fantasmática labor de asesor, todo lo demás quedaba en manos de los alemanes. Así, se pensó ya, para su dirección, en Carl Junghans, quien realizó, al parecer, una versión bastante libre del asunto *(Die Geisell der Welt)* que fue rechazada por Goebbels. Hubo aún un segundo intento a cargo de Linz Moorstadt, pero de idénticos resultados. Por fin, aprovechando la intervención de la entonces recién creada H.F.P., se confió la dirección a Reig, quien esta vez contó con la aprobación del Ministerio de Propaganda alemán.

Todos los filmes de montaje, valiéndose de la engañosa carta de la «autenticidad» de las imágenes tomadas «en el lugar de los hechos», operan casi siempre las más fantásticas manipulaciones sobre la realidad. La selección y montaje de fragmentos de reportajes, con sus recortes, con sus omisiones, con el cambio del comentario que los acompañaba, etc., puede conducirnos a conclusiones bien diversas por opuestas que éstas sean. Joaquín Reig supo obtener así una perfecta historia maniquea de ángeles y demonios. Tan bien lo hizo, que *España heroica*, a partir del momento en que estuvo terminado, fue profusamente utilizado por las autoridades de Burgos para probar ante las delegaciones internacionales la veracidad de sus tesis.

Florián Rey y «Carmen la de Triana»

LA «españolada» fue género profusamente tratado por nuestro cine en los inicios de los años treinta [29], y todavía estaban muy recientes los clamorosos éxitos (CIFESA) de *Nobleza baturra* (1935) o *Morena Clara* (1935-36), de Florián Rey, cuando la H.F.P. decidió conectar de nuevo con tan sustanciosa fuente de ingresos. Tenían al tándem Florián Rey-Imperio Argentina, realizador y actriz íntimamente ligados al nacimiento de este género; tenían también la seguridad de su valor comercial, así que muy pronto comenzaron a montarse en los estudios berlineses reproducciones de una España «exótica». Fueron cinco los filmes rodados en esta dirección: tres por Benito Perojo y los dos restantes por Florián Rey.

El barbero de Sevilla se basaba en la obra de Beaumarchais, y fue dirigida por Perojo, con Estrellita Castro, Raquel Rodrigo, Miguel Ligero y Roberto Rey en los principales papeles. Después vino *Suspiros de España*, inspirada en el pasodoble de L. Alvarez, y que sirvió para que Estrellita Castro hiciera otra de sus especialísimas creaciones en el papel de «Sole», la pizpireta sevillana «a la que le falta de todo en el mundo, excepto gracia». Abonado Perojo a la sin par Estrellita, hizo un tercer filme, *Mariquilla Te-*

[29] Dice Román Gubern en el libro citado en la nota 26 (p. 124): «Una variante sumamente específica del cine musical es la "españolada", género hoy autónomo, pero de origen francés *(espagnolade)*, generado en el período romántico mediante una exasperación del "color local" y del "pintoresquismo" andaluz, con el objetivo político de crear en Francia una atmósfera pro española durante el reinado de la emperatriz Eugenia de Montijo, casada con Napoleón III. Beaumarchais, con *El barbero de Sevilla* (1775), y Prosper Merimée, con *Carmen* (1845), habían puesto los conocimientos de un género que se desarrollaría a partir de una consideración extraeuropea de la península española, revestida de una aureola de exotismo propia de un distante territorio africano o asiático.»

rremoto, siempre reincidiendo sobre el personaje creado para la folklórica.

Carmen la de Triana recreaba muy libremente la novela de Prosper Mérimée y había de ser un inmejorable vehículo para que Imperio Argentina mostrara sus artes interpretativas [30]. Dirigida por su marido, Florián Rey, compuso ese desgarrado personaje de mujer entre dos pasiones. Junto a ella, Rafael Rivelles, Manuel Luna, Pedro Barreto, Margit Symo...

No llegó a cuajar con Italia ningún proyecto de coproducción, por más que puedan citarse innumerables ejemplos que demuestren su activa colaboración. Como afirma Fernández Cuenca, «desde los primeros meses de la guerra, y antes de que llegaran los primeros combatientes italianos, ya estaban aquí operadores del Instituto Nacional Luce» [31]. Estos operadores suministrarían los reportajes que más tarde serían incluidos en el noticiario Luce, pero además contribuirían a la elaboración de documentales sobre nuestra guerra, como *Liberazione di Málaga, Liberazione di Bilbao, Assedio di Barcellona, Occupazione di Madrid, Verso di Madrid...* Merece especial atención el documental *No pasarán,* que, apoyándose irónicamente en esta consigna lanzada por el Partido Comunista, trataba de volverla del revés, mostrando las victorias franquistas por todos los frentes hasta la campaña de Cataluña.

Para terminar, citemos aquel *O caminho de Madrid* (1936), fotografiado y montado por Aníbal Contreiras, que oportunamente recorrió gran parte del mundo intentando ganar adeptos para la causa rebelde.

[30] Al principio, Florián Rey había tenido que descartar la propuesta de Goebbels para que se llevase a la pantalla la vida de la irlandesa Marie Roxane Gilbert, más conocida por Lola Montes.

[31] Obra citada de Fernández Cuenca, p. 485.



(Col. Luis Gasca.)

Escena de Nobleza baturra, *realizada por Florián Rey en 1935. La popular actriz Imperio Argentina tuvo el papel principal en el filme.*

Batallas que decidieron la guerra

Del paso del Estrecho a la toma de Madrid

Por el coronel **José M. Martínez Bande** *

CABE historiar la guerra civil como si de un tablero de ajedrez se tratase. Las batallas —múltiples y no siempre bajo el signo estrictamente militar— deciden el resultado final de una contienda. El arte militar —mover hombres, armas, propaganda, dinero..., hacia un fin determinado— se convierte entonces en el objetivo del historiador. Imprescindible parcela para el conocimiento total de nuestra historia más reciente.

A partir de las elecciones de febrero de 1936, el Estado republicano español se deshace a marchas forzadas. Un poder distinto al oficial, surgido al margen, se irá alzando revolucionariamente. Los esfuerzos del gobierno y del presidente de la República para dominar la situación resultarán baldíos, y los testimonios de Azaña, Martínez Barrio, Sánchez Román, Prieto, Angel Pestaña, Marcelino Domingo, Jesús Hernández y tantos otros, nada sospechosos, lo confirmarán [1]. Así, la descomposición de los grupos sociales traerá, como consecuencia, el surgimiento de unas fuerzas extraoficiales muy peligrosas para la existencia legal de la Segunda República.

El gobierno contaba, sin embargo, con un poder de dominación, no sólo frente a estas fuerzas, sino también ante quienes se declararan enemigos de la República y estuvieran decididos a destruirla. Numerosos oficiales profesionales y las unidades de guardias de asalto y de carabineros eran republicanos. En cuanto a la Guardia Civil, no podía olvidarse su tradicional fidelidad al poder constituido, sin reparar en su ideología y en el carácter de la política general; aunque en este punto se estaba llegando a situaciones límite. Por otra parte, si el peligro de una rebelión se encontraba latente, los primeros en advertir a las más significadas autoridades militares y civiles sobre su estallido y posible triunfo serían precisamente varios altos jefes que se sublevarían luego: el coronel Aranda, el general Franco, el general Mola. Además, estaban las informaciones, muy diversas, que llegaban al gobierno

[1] Véase nuestro libro *Por qué fuimos vencidos*, p. 18 y ss.

* José Manuel Martínez Bande nació en Guecho (Vizcaya) en 1907. Coronel de Artillería y jefe del departamento de estudios sobre la guerra civil en el Servicio Histórico Militar. Autor de obras entre las que destacan *Frente de Madrid*, *La batalla del Ebro* y *Los cien últimos días de la República*.



(J. Guzmán. Madrid.)

Momentos iniciales de la guerra en la zona republicana. Barricadas y combatientes.

de organizaciones extremistas infiltradas en los cuarteles y vigilantes de los pasos dados por los oficiales sospechosos: los testimonios a este respecto de Líster, Hidalgo de Cisneros o Vidarte son sobradamente conocidos [2].

Consecuentemente, desde las alturas del poder se tomaban diversas medidas, situando en los mandos más destacados y en los puestos claves de la administración central y regional a personas de la máxima confianza, y cambiando forzosamente de destino a quienes no eran afectos, e incluso trasladando unidades enteras de una plaza a otra.

Lo primero que se deduce de estas consideraciones es que la conspiración dirigida por el general Mola no era del ejército, sino de parte del ejército, que es cosa distinta. Ha de advertirse, además, que dentro del mismo existía un sector pasivo que luego se inclinaría por el bando triunfador de su lugar de residencia. Mola sólo pudo así contar incondicionalmente con una fracción más bien reducida de la oficialidad, viéndose además los conspiradores obligados a moverse dentro de las mayores dificultades y angustiados por la prisa con que se precipitaban los acontecimientos españoles. La consecuencia general fue que, en el momento de la rebelión, el plan y, lógicamente también, su realización se encontraban defectuosamente ultimados.

En cuanto el alzamiento se consumó —desde el 17 de

(Serv. Histórico Militar.)

Resistir, ahorrar municiones..., eran consejos que el general Franco daba a todos sus hombres en el verano de 1936.

[2] Líster, *Nuestra guerra*, pp. 25 y ss.; Hidalgo de Cisneros, *Memorias*, tomo II, p. 261; Vidarte, *Todos fuimos culpables*, p. 76.


(Arch. Urbión.)

La Guardia Civil representó en los inicios de la guerra un poderoso factor decisivo. Ante el derrumbamiento del poder oficial, muchos miembros de la Benemérita se sintieron dispensados de toda obediencia.

julio hasta cerca de finales de mes—, quedaron fuertemente contrastadas las diferencias hondísimas entre los dos bandos, lo que daría lugar a dos fuerzas, ninguna de las cuales estaba preparada para enfrentarse con la situación creada. Aquella que llegase antes a tener esa preparación ganaría la que, en cierto modo, podía llamarse primera batalla, la batalla de los ejércitos.

En la Península, el gobierno contó desde el momento inicial con mandos y unidades suficientes —teóricamente— para aplastar el levantamiento [3]. Pero el deterioro general de la disciplina militar, por obra del igualmente deterioro de las reglas mínimas de convivencia civil; la desaparición caótica de algunos regimientos; la desconfianza que se sentía ante cualquier oficial, aun siendo adicto, con constantes situaciones embarazosas que afectaban a la independencia y prestigio que exige todo mando; la inexistencia de un jefe único universalmente acatado y de una sola voluntad de vencer, esterilizaron casi la posible eficacia de las fuerzas leales a la República, sobre las cuales se proyectó, además, desde el primer momento, una sombra generalmente perniciosa: la de las milicias.

En efecto, las organizaciones políticas en armas, numerosas desde luego, más representaban estorbo que alivio. Rara vez aceptaban el pleno riesgo, carecían de capacidad táctica y desmoralizaban a las columnas de que formaban parte, junto a las ya de por sí deterioradas unidades del ejército y las más cohesionadas de orden público.

El gobierno Giral, nacido el 19 de julio y responsable del armamento de estas milicias, trató en seguida, a través de diversas disposiciones, de reconstruir unas fuerzas regulares que estaban casi deshechas. Pero el triunfo en el territorio republicano de una revolución radical y heterogénea, antimilitarista, frenaba los mejores propósitos. Cuando ese freno se afloje casi totalmente, por el ejemplo que significaban las constantes derrotas y la presencia en el poder, a partir del 4 de septiembre, del popular Largo Caballero, habrá transcurrido un mes y medio, tiempo ya irrecuperable.

En el campo de los sublevados, el proceso fue distinto. El aparato político pasa inmediatamente a manos militares y desaparecen con ello los problemas de orden público, de unidad en la gestión administrativa y de aprovechamiento de recursos. Las cuestiones primordiales, a las que se supeditarán las restantes, son las que afectan a la suerte de la guerra: a las operaciones y a las fuerzas regulares encargadas de combatir. Las unidades que se forman con el voluntariado serán, ante todo, unidades militares, mandadas por oficiales y sujetas a la ley castrense.

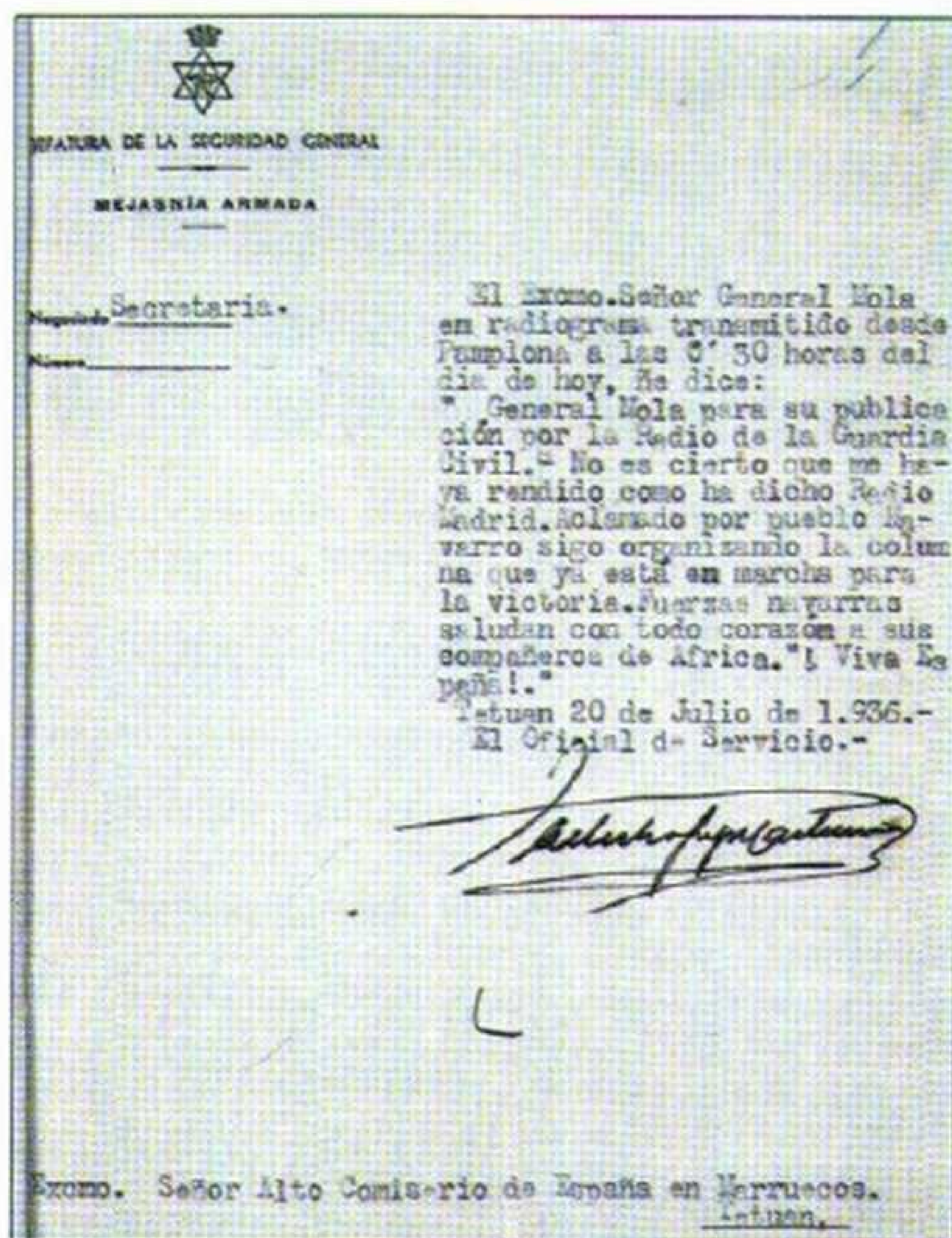
Esta fue la que podría llamarse batalla preliminar o prebatalla, es decir, la que perseguía disponer de aquellos ejércitos destinados a librar inmediatamente las verdaderas batallas ortodoxas. La mayor parte de estas batallas, por no decir todas, no se comprenden sin

[3] Ramón Salas Larrazábal, *Historia del ejército popular de la República*, tomo I, pp. 216 y 412 y ss.

la consideración previa de cómo nacieron a la vida las dos palancas que encarnaban las voluntades en oposición.

La primera estrategia

El plan primero de los conspiradores para ocupar Madrid consistía en apoderarse de la capital «desde dentro», haciéndose con algunos edificios considerados piezas claves para el dominio total de la ciudad, y consiguientemente del Estado. Estamos en abril de 1936.



JEFATURA DE LA SEGURIDAD GENERAL

MEJASNÍA ARMADA

Secretaría.

El Excmo. Señor General Mola en radiograma transmitido desde Pamplona a las 6' 30 horas del día de hoy, Me dice:
" General Mola para su publicación por la Radio de la Guardia Civil." No es cierto que me haya rendido como ha dicho Radio Madrid. Aclamado por pueblo Navarro sigo organizando la columna que ya está en marcha para la victoria. Fuerzas navarras saludan con todo corazón a sus compañeros de Africa." ¡ Viva España!."
Tetuan 20 de Julio de 1.936.-
El Oficial de Servicio.-

Excmo. Señor Alto Comisario de España en Marruecos.
Tetuan.

(Serv. Histórico Militar.)

El general Mola comunica al Alto Comisario en Marruecos la falsedad de la noticia sobre su rendición.

Pero pronto hubo que desechar ese plan. El gobierno era cada día más dueño de los resortes militares, y la toma de aquellos edificios se hacía imposible. El general Mola elabora entonces, a lo largo del mes de mayo, una nueva estrategia: nada de ir de dentro afuera, nada de movimientos centrífugos; precisábase, por el contrario, atacar Madrid «desde fuera», centrípetamente.
La maniobra definitiva consistiría en que las guarniciones más seguras, una vez sublevadas, lanzaran sobre la capital sendas columnas, lo más fuertes posible. Se pensó primero que bastaría con las que se formasen en las divisiones 7.ª (Valladolid), 6.ª (Burgos, con Navarra), 5.ª (Zaragoza) y 3.ª (Valencia), pero al final, y dado el creciente deterioro de las unidades militares, se decidió echar mano de las fuerzas marroquíes —las más seguras, capaces y mejor dotadas de medios—, que deberían desembarcar en Algeciras y Málaga, para desde allí dirigirse sobre Madrid por el camino más rápido.
El plan exigía sorpresa y rapidez. Fallaron una y otra. El gobierno, conocedor desde tiempo atrás, y con más o menos exactitud, de los propósitos de un levantamiento de quienes podía ya considerar como sus enemigos, había ido tomando las contramedidas adecuadas, según se apuntó antes. Es más, en las últimas horas del día 16 de julio —veinticuatro horas antes del primer chispazo— ordenaba que las flotillas de submarinos y destructores con base en Cartagena destacasen buques al Estrecho y mar de Alborán, a fin de ahogar el supuesto e inminente alzamiento [4].
Era ésta la primera decisión de carácter estratégico, que se completaría con otras, cuando se tuvo conocimiento de lo ocurrido en Melilla en la tarde del 17. Inmediatamente, Casares Quiroga, como ministro de la Guerra, ordenó al general Gómez Morato, jefe supremo de las fuerzas del Protectorado, y a la sazón en Larache, que se trasladara inmediatamente a Melilla y yugulara el parcial levantamiento.
En la noche de ese mismo día, y ante la noticia de que Gómez Morato había sido hecho prisionero, tomaría Casares otra medida adecuada, ordenando que el general Núñez del Prado, muy afecto, marchara rápidamente a Marruecos para salvar una situación que aún no se creía perdida en absoluto. Al tener noticias de lo contrario suspendió la orden.
La segunda decisión estratégica gubernativa consistió en evitar que el fuego de Marruecos —ya imposible de sofocar— se propagase a la Península.
A la orden dada el día 16, sobre submarinos y destructores de Cartagena, se uniría ahora la que se refería a los cruceros con base en El Ferrol y al acorazado *Jaime I*, accidentalmente en Santander, para que todos navegaran sin demora rumbo al Estrecho, cortando su paso al enemigo. También habría que citar aquí las órdenes análogas dadas a la aviación, y concretamente a la destacada en los aeródromos de Barajas, Cabo Juby, Los Alcázares y Mahón.
Martínez Barrio —presidente en la noche del 18 al 19 de un nuevo gobierno, de matiz moderado dentro de las circunstancias— trata, a su vez, de convencer personalmente a los altos mandos peninsulares de que no hagan causa común con los sublevados de Africa. A la

[4] Según informes facilitados por el capitán de navío Ricardo Cerezo, basados en la documentación existente en el archivo del Estado Mayor de la Marina.

vez, y confirmadas las noticias de que en ese mismo día 18 se han alzado, además de la guarnición de Sevilla, prácticamente las de Valladolid, Burgos, Pamplona y Zaragoza, se tomará la tercera decisión estratégica: salvar Madrid a toda costa.

Casares ya había previsto esta eventualidad, y al efecto había ordenado la rápida incorporación a la capital de España de los guardias de asalto de ocho provincias y la formación en Asturias y León de dos fuertes columnas, también de guardias de asalto, con paisanos revolucionarios y mandos militares, todos los cuales deberían llegar a Madrid tras cruzar y dominar, en su caso, el valle del Duero. En definitiva, y con las unidades madrileñas de orden público —Asalto, carabineros, Seguridad y Guardia Civil—, se formaría la más poderosa concentración de fuerzas de toda la Península, eficaces y, era de creer, absolutamente seguras.

El alzamiento proyectado no iba resultar fácil, pues a sus defectos iniciales se uniría la decisión contraria de oponerse a él, moviendo todos los medios posibles. El choque de voluntades iba a ser, pues, inmediato e irremediable.

El paso del Estrecho

LA sublevación militar —operación estratégica que pudo haber sido decisiva tal como se proyectó— fracasa. El 19 de julio es aplastada en Barcelona y el 20 en Madrid. En Valencia no hay levantamiento, y a los pocos días se impone la revolución. Casi todo el norte queda con el gobierno. En Sevilla, Queipo de Llano apenas si controla unas pocas ciudades, y Aragón tiene que defenderse de la avalancha que le viene de Cataluña y Valencia. Mallorca permanece aislada. Será muy difícil que puedan formarse, con la rapidez y consistencia precisas, las columnas peninsulares destinadas a marchar sobre la capital de España. De aquí que sea de importancia vital para los sublevados el traslado del ejército de Marruecos a la Península, tanto como para los gubernamentales impedirlo.

El problema es de marina y aviación, de barcos y aviones, que deberán «cerrar» o «abrir», desde el mar y desde el aire, la ruta de Africa a España. Los datos del problema son éstos: en la zona del Estrecho y mar de Alborán, el gobierno dispone, o puede disponer casi inmediatamente, de un acorazado, dos cruceros,



(Inst. Municipal de Historia. Barcelona.)

Las calles de Barcelona después del aplastamiento de la rebelión de los cuarteles ofrecen estampas como ésta, donde se hermanan las fuerzas de orden público con las de los sindicatos y partidos.



(Ullstein Bilderdienst.)

El salto a la Península desde Africa tuvo lugar por aire y mar. Fue el primer «puente aéreo» de la historia. En la foto, un tabor de Regulares espera el momento de embarcar rumbo a España.

doce destructores, doce submarinos y algunos otros buques menores, frente a un cañonero, un torpedero y poquísimos navíos auxiliares. El gobierno cuenta, además, con la muy importante base naval de Cartagena, el puerto secundario de Málaga y el internacional de Tánger, frente a la base —sin barcos, puede decirse— de Cádiz y los puertos de Ceuta y Algeciras. También el gobierno tiene a su disposición, en total, unos trescientos aviones, frente a noventa de los rebeldes, números redondos que incluyen toda clase de aparatos en cualquier estado.

Pero la aviación gubernamental va a atacar dispersa, a veces con acierto en apoyo a las columnas que tratan de defender Madrid en los pasos de la sierra, pero otras veces con torpeza, bombardeando ciudades de la retaguardia nacional, en acciones absolutamente estériles para la marcha conjunta de las operaciones. En cuanto a la flota —ya eliminada la mayoría de los oficiales—, su presencia en la zona crítica se acusará también dispersa y desordenada.

El general Franco, que ostenta el mando del ejército de Marruecos, además de la jefatura suprema tácitamente reconocida, se encuentra con una absoluta inferioridad de medios logísticos y de protección para trasladar de Africa a la Península las unidades marroquíes. No obstante, a partir del día 20 de julio comienza a realizar ese traslado con los escasos aviones que de momento dispone.

Será éste el primer puente aéreo de la historia, pero su ritmo resulta lentísimo e insuficiente. Aunque se continúe, sólo mediante una operación de desembarco naval podrá llegar a España un contingente de tropas capaz de formar el núcleo germinal de una fuerte columna.

Se necesitan barcos mercantes, de guerra y aviones en buen número, que de momento no existen. La operación no es, pues, aconsejable, teniendo tan sólo a su favor la ausencia, en el enemigo, de mandos navales suficientes y de moral de combate en las tripulaciones. Pero, a pesar de todo, el desafío se resolverá con el



Mundo Obrero

"LA DEFENSA DE MADRID TIENE QUE SER LA OBRA DE TODA LA ESPAÑA POPULAR Y ANTIFASCISTA."

¡MADRID ESTA EN PELIGRO!

ESTA MAÑANA SE HAN REALIZADO DIVERSAS OPERACIONES DE CONTRAATAQUE, CON RESULTADOS SATISFACTORIOS, EN UNO DE LOS FRENTES, MIENTRAS EN OTRO EL ENEMIGO HA CONTINUADO SU ATAQUE VIOLENTO

Los obreros de la Construcción trabajan en las fortificaciones

EL PUEBLO HARA INEXPUGNABLE SU CIUDAD

PERO ES INDISPENSABLE REFORZAR LAS DEFENSAS

EL FASCISMO TOMA POSICIONES DE GUERRA CONTRA LA DEMOCRACIA

UNA RUDA BATALLA EN SAN PEDRO DE NORA

Nuestra Aviación sigue su castigo de los rebeldes

VISADO POR LA CENSURA

(Hemeroteca Municipal. Madrid.)



(Arch. Urbson.)

Cuando las primeras columnas nacionales lleguen a los barrios extremos de Madrid tropezarán con defensas hasta entonces casi desconocidas. La protección de la ciudad con obras de fortificación crecería diariamente con ritmo acelerado.

paso del Estrecho, el 5 de agosto, de un convoy naval, compuesto de tres mercantes protegido por el cañonero *Dato*, un torpedero, un guardacostas y veintidós aviones.

La reacción ante la audaz operación —intuida de antemano por sus contrincantes— fue casi nula. La voluntad vacilante no supo encajar el golpe, y el paso del Estrecho por el que se llamó, exageradamente, «Convoy de la Victoria» supuso un triunfo más moral que material, pues apenas llegaron a Algeciras, desde Ceuta, dos mil hombres con una batería y algún otro material de guerra. Pero era el éxito primero que necesitaba el general Franco.

La marcha sobre Madrid

A partir del 21 de julio, el gobierno ordena la formación de una serie de columnas encargadas de oponerse a las que desde el norte tratan de ocupar los puertos de la divisoria central y descender luego a la meseta de Castilla la Nueva, con otras que deberán apoderarse de Toledo, Guadalajara y Alcalá de Henares, aún en poder de los rebeldes. Todas ellas estarán formadas por fuerzas regulares y de orden público, y masas más o menos numerosas de milicianos, bajo una organización militar muy defectuosa, pero a cargo de oficiales profesionales.

Aplastada la sublevación en las ciudades antes señaladas —salvo el Alcázar toledano—, las otras fuerzas republicanas consiguen, tras una serie de combates en la sierra y sus proximidades, algunos muy cruentos, llegar a una situación general de equilibrio en la que ambos bandos quedan irremisiblemente sujetos al terreno por falta de medios.

La idea estratégica del general Franco, jefe de las fuerzas marroquíes —descartado el plan primitivo de seguir la ruta de la Mancha—, es la de marchar rápidamente hacia Badajoz, apoyando el flanco izquierdo en la frontera portuguesa, y continuar por la ruta del

Tajo, dejando a un lado Toledo para envolver rápidamente Madrid, en combinación con las fuerzas de la sierra, que se supone podrán entonces avanzar. La capital de la nación caería por la sola presión de la gran amenaza, pudiéndose luego, fácilmente, liberar a los sitiados del Alcázar [5].

Las primeras mínimas fuerzas nacionales, salidas de Sevilla en la noche del 2 al 3 de agosto, avanzan con suma rapidez en un primer momento, encontrando pronto cierta resistencia en Almendralejo y muy fuerte en Badajoz (14 de agosto). Esta última es al fin abatida por el teniente coronel Yagüe —que manda sobre el terreno las unidades nacionales—, tras combates durísimos que causan gran número de bajas en ambas partes.

El general Franco se da cuenta de una realidad no esperada: enfrente ha aparecido una voluntad de resistir, y ante la probabilidad de que esa voluntad no sea pasajera, Franco cambia sus planes y decide acudir en socorro de los cercados en el Alcázar, que pueden terminar sucumbiendo si el episodio de Badajoz se repite. En definitiva, se modifica la dirección general del avance, sustituyendo la línea quebrada a la recta.

La dureza del combate de Badajoz se renovará, hasta cierto punto, en Talavera de la Reina (3 y 4 de septiembre), pues a las primeras columnas de Extremadura siguen otras más numerosas y con fuerzas regulares y de orden público, sostenedoras éstas, casi siempre, del peso de los combates. Bien es verdad que también a las iniciales diminutas columnas de Franco se han agregado otras, lo que supone un endurecimiento creciente de la lucha. Indudablemente, el ejército republicano se ha reorganizado al calor de las orientaciones y órdenes dadas por el nuevo gabinete, presidido por Largo Caballero, y a la acción del subsecretario del Ministerio de la Guerra, general Asensio Torrado.

La liberación del Alcázar toledano por las fuerzas nacionales, mandadas ahora directamente por el general Varela, bajo la suprema dirección de Franco (27 de septiembre), supone una pérdida aproximada de quince días, pero también el robustecimiento de una situación táctica muy endeble, en la que los flancos, constantemente dilatados, apenas quedaban defendidos. En todo caso, fue aquel un triunfo moral de enormes repercusiones, tanto en España como en el extranjero.

En los días sucesivos, la lucha continuará endureciéndose, con progresiones más lentas, algunos leves contraataques y uno que quiere ser muy fuerte, el 29 de octubre, a unos 35 kilómetros de la capital, en el que intervienen hombres y armas nuevos y que es desbaratado. Desde el 13 de ese mes, el general Pozas, sustituto de Asensio, ha tratado de retrasar el avance enemigo, preparando a la vez la gran maniobra destinada a salvar Madrid. Las fuerzas en retirada llevan a cabo, siempre que pueden, acciones retardadoras, a la vez que van situándose en los linderos urbanos de la ciudad brigadas de nueva creación, bien armadas, y un número, considerable en aquellos momentos, de carros y artillería, mientras que en los aeródromos republicanos se posan numerosas escuadrillas de aviones.

En el bando nacional, la maniobra proyectada tendrá gran estilo y amplitud. Consistirá en un gran ataque concéntrico, llevado a cabo por las fuerzas del llamado sector Norte —desde el puerto de Navacerrada al río Tiétar— y las del denominado sector Sur —las columnas de Varela—, todas bajo el mando conjunto del general Mola, pues Franco es ya por entonces generalísimo de los ejércitos.

El ataque frontal

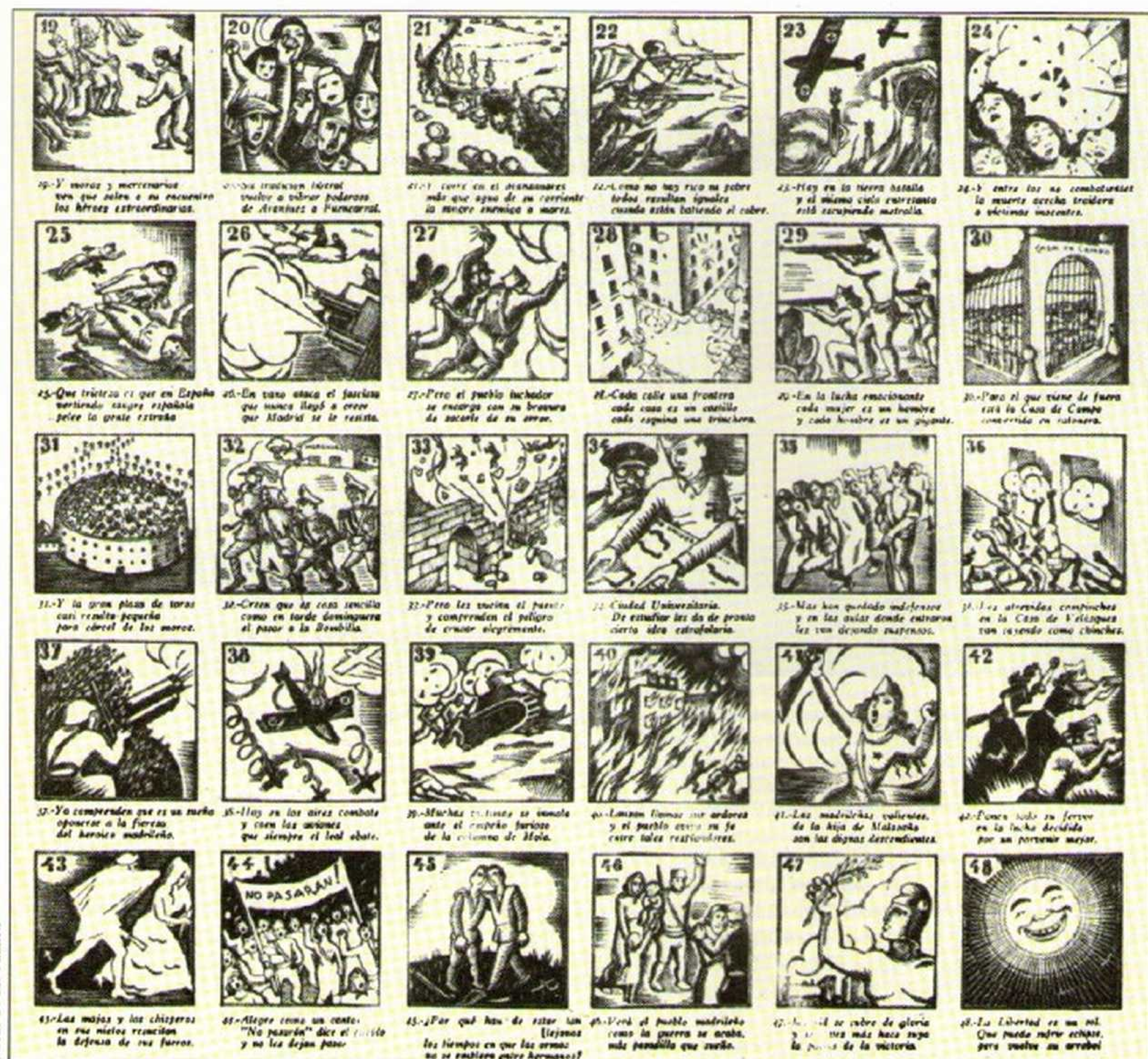
Va a tener así lugar la primera batalla estratégica, la que quizá ponga punto final a la guerra o al menos prepare su próxima terminación.

Pero las fuerzas nacionales del sector Norte, débiles y escasas, tropiezan con un terreno muy difícil y bien defendido, y no consiguen avanzar. Mola, entonces, se ve en la necesidad de alterar radicalmente su idea de maniobra: Madrid deberá ser ocupado desde el sur, dentro de una situación táctica desfavorable, que sólo tendrá éxito si se cumple una condición: que el pánico se apodere de los republicanos ante el que creen poderoso ejército. En esta concepción de la batalla que va a librarse, la inercia, o continuación de las leyes que han venido presidiendo los combates precedentes, posee una importancia decisiva: hay que aprovecharla, pensando en que no se repita el caso de Badajoz.

Mas se repite, pues los pánicos esperados se convierten, al menos en los puntos claves del terreno, en resistencias imprevistas. El gobierno no tiene fe y abandona Madrid en el momento crítico, para marchar precipitadamente a Valencia; pero en la capital se instala un nuevo aparato gubernamental, la llamada Junta Delegada de Defensa, con el general Miaja como responsable máximo, auxiliado por el teniente coronel Rojo, su jefe de Estado Mayor, y las organizaciones políticas y sindicales locales.

Los choques entre los contendientes —repetimos— son muy violentos, y los batallones del general Varela y el coronel Yagüe, escasísimos frente a la calidad del objetivo y con un despliegue táctico muy defectuoso, sólo podrán fijar al enemigo por el sur y tratar de introducirse en Madrid por el oeste, consiguiendo, tras heroicos esfuerzos, una mínima cuña de penetración (fracción de la Ciudad Universitaria). La alimentación

[5] Véase nuestro trabajo «Correspondencia Franco-Mola», *en Historia y Vida*, número de diciembre de 1975.



(Arch. B. M. Patino.)

La defensa de Madrid será cantada en verso y en prosa, en carteles y películas, en cuadros y en aleluyas populares. He aquí una muestra de estas aleluyas, editadas por la Comisaría de Propaganda de la Generalidad.

del combate por parte de las fuerzas de Miaja —muy superiores— es correcta, y sus planes de contraofensiva acertados, aunque fracasen. Las bajas de los dos rivales son considerables, figurando entre ellas varios jefes de brigada o columna.
Todo ocurre a partir del 7 de noviembre, estabilizándose definitivamente la situación al terminar el mes.

Maniobras de envolvimiento

Así pues, equilibrio. De momento, las dos voluntades se contrapesan, como consecuencia de una resistencia ponderada al calor del objetivo y de la gravedad del momento, pero el generalísimo no se da por vencido y va a apurar hasta el límite de lo posible la superioridad moral y técnica de sus tropas. Madrid sigue siendo el objetivo estratégico por excelencia y, por lo tanto, el que puede aún provocar la gran batalla decisiva, la que origine el desplome de la resistencia en todo el centro, en la Andalucía aún no ocupada y hasta en parte de Levante. Quizás, el final rotundo en un plazo no largo.
El general Franco, obligado a abandonar el ataque frontal, buscará ahora el envolvimiento de la capital. Es el primitivo plan de que ya hablamos, aunque todo


(J. Guzmán. Madrid.)

Algunos personajes de la España republicana que ejercieron papeles destacados en la guerra. De izquierda a derecha: Vicente Rojo, Miaja, Pozas Perea y Jesús Hernández, comisario general del Ejército del Centro.

se ha complicado hasta límites que en el pasado agosto no cupo imaginar.

La llamada batalla de la carretera de La Coruña trata sólo de robustecer la muy precaria situación de quienes pusieron pie en la Ciudad Universitaria. Conocen dos intentos fallidos y un tercero coronado por el éxito (primeros días de enero de 1937), y ello corrobora la idea de que la defensa de Madrid va a llevarse a cabo hasta sus últimos extremos.

Una grande y doble maniobra envolvente sería el último acto de la batalla. Dos fuertes masas deberían partir de las líneas avanzadas nacionales situadas en la carretera de Andalucía, al sur del cerro de los Angeles, y de las altas tierras alcarreñas, a caballo de la carretera general Madrid-Zaragoza, para encontrarse en la zona de Alcalá de Henares. Las columnas habían sido incrementadas considerablemente, y a ellas se agregaba un cuerpo italiano. Miaja, por su parte, contaba con numerosas brigadas mixtas, ya encuadradas en divisiones, de ellas cuatro internacionales, más un competente apoyo técnico soviético. Las armas extranjeras eran ya numerosas en ambos ejércitos.

El gran fallo de la batalla de envolvimiento consistirá en el desfase del ataque de las dos masas. La que lo haga primero desde la carretera de Andalucía chocará, además, inmediatamente, tras cruzar el río Jarama, con otro enemigo semejante, que se preparaba a ejecutar un ataque en dirección contraria. La durísima batalla del Jarama (del 6 de febrero a finales de mes) se extinguirá por agotamiento de los contrincantes, y cuando se haya llegado a este punto se iniciará el avance sobre Guadalajara, donde el moralmente débil cuerpo italiano —en contraste con las columnas españolas que le apoyan por su derecha— fracasará frente a la reacción rápida, eficaz y oportuna de un número casi equivalente de fuerzas, llevadas allí precipitadamente por Miaja.

Balance

La batalla de Madrid termina. Ha aparecido algo que puede ser el embrión de un nuevo ejército republicano, balbuciente aún, pero instruido en cierto modo, numeroso, bien armado y, sobre todo, dispuesto a no ceder el terreno. Detrás queda montado un fuerte aparato de propaganda política, y la Junta de Defensa actúa con eficacia. Por esta época se inicia el ascenso de los milicianos más destacados, que dejarán en la oscuridad a otros profesionales «antiguos». Se ha abierto así un relevo, con vistas a una futura fuerza regular revolucionaria, que conoce ahora, en el teatro de operaciones del centro, sus más estelares momentos. El camino hacia el ejército con que sueñan los extremistas más inteligentes ha quedado expedito.

Por su parte, el general Franco se verá obligado a renunciar a sus propósitos. La maniobra sobre Madrid no ha sido la que esperaba en un principio, pero él sabe que nunca la primera batalla decide una guerra.

Otras batallas

Y fuera de Madrid, ¿qué ha ocurrido en todo este tiempo? ¿Tienen valor decisivo las luchas entabladas en otros frentes? Analicemos escuetamente los hechos.

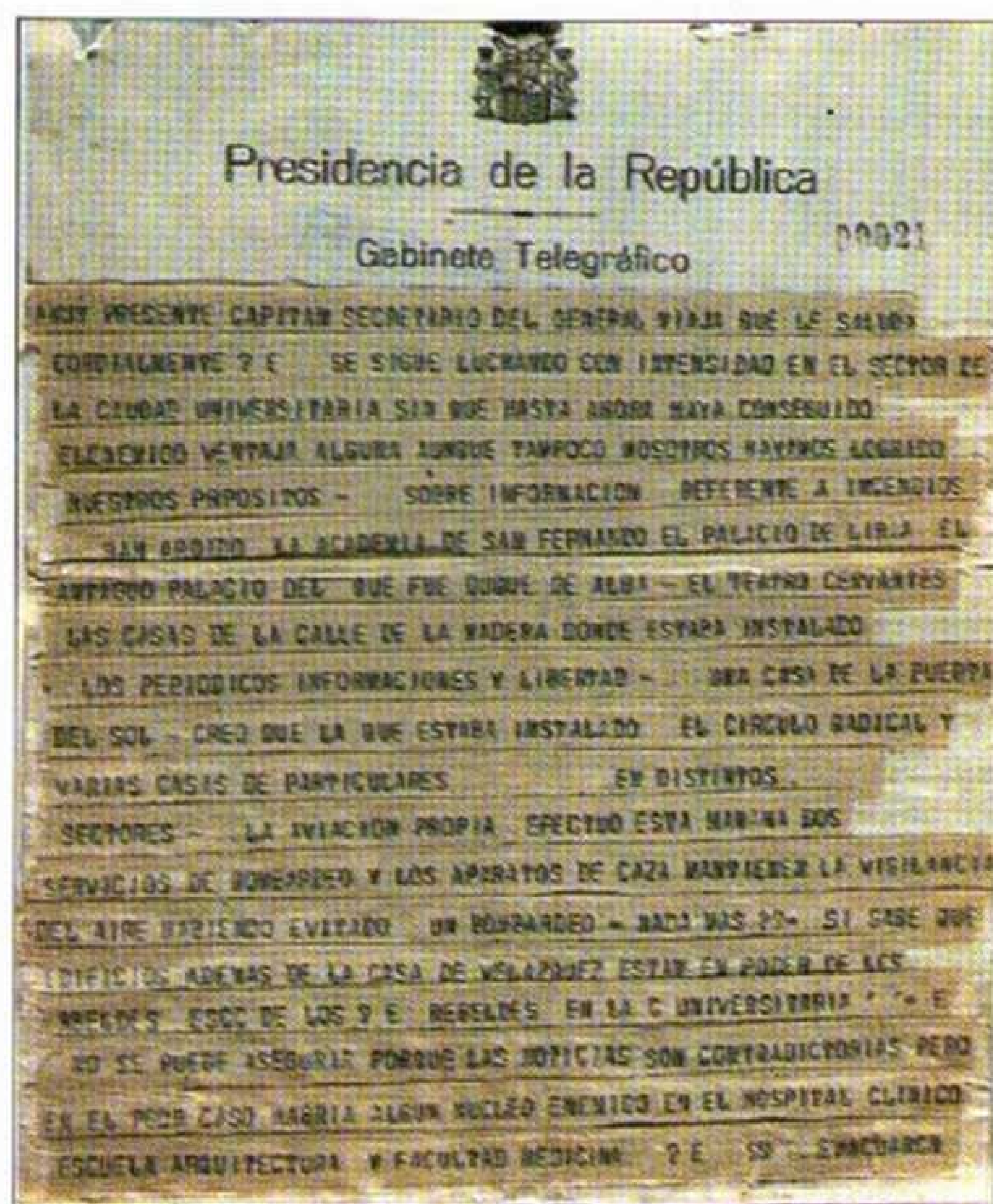
La frontera de Irún-Hendaya es un camino vital para los republicanos vascos, extensa gama que se extiende desde los nacionalistas a los radicales más extremistas y de todos los matices. Cortar esa vía de abastecimientos materiales, y de ir y venir de gentes, símbolo, además, del apoyo moral europeo a través de Francia, posee una importancia estratégica inmensa. No es lo mismo para el general Franco ver «libre» un extenso territorio enemigo a sus espaldas, que «encerrarlo» en sus montañas y limitar sus comunicaciones por aire y mar, donde pueden dominar y dominarán en largos períodos los aviones y barcos propios.

Si se opera allí con éxito, se podrá, además, ir desde Irún a Algeciras por ferrocarril y carretera pisando siempre terreno del que se es dueño. La logística tiene grandes repercusiones en la estrategia.

El frente de Aragón parece secundario, pero no lo es. Si se obstaculiza el progreso de las columnas, numerosas y decididas, que se lanzan desde Cataluña y Valencia sobre Aragón, aunque sea perdiendo extensos territorios, en una inteligente maniobra retardatriz, desgastándolas y paralizándolas al final y librando a la vez las tres capitales aragonesas —de un valor político y militar indudable—, se habrá conseguido también un éxito estratégico, evitando un ataque por la espalda a Navarra y a todo el valle del Duero.

El frente andaluz era un difícil teatro de operaciones. Extensísimo, montañoso y laberíntico en extensas comarcas, con población en gran parte adversa, estaba lleno de entrantes y salientes, de «lagunas» e «islotes», adonde los mandos de Valencia y Cartagena enviaron numerosas columnas. Si operaban con éxito y sabían aglutinar los mil esfuerzos inconexos, podían volver del revés la suerte inicial de Queipo. La rapidez y acierto con que éste supo crear en poco tiempo una base de operaciones extensa, compacta y segura, estación de arribada de las fuerzas de Marruecos, representó otro éxito estratégico. Si se hubiese hundido la Andalucía nacional, habría sido preciso reconquistarla, pero ¿por quiénes? Indudablemente por las fuerzas destinadas a ocupar Madrid.

El desembarco republicano en Mallorca de finales de agosto pudo cambiar la suerte de esta isla, haciendo así desaparecer para el resto de la guerra —¿quién


Presidencia de la República

Gabinete Telegráfico 00921

[illegible] PRESENTE CAPITAN SECRETARIO DEL GENERAL MIAJA QUE LE SALUDA
CORDIALMENTE ? E SE SIGUE LUCHANDO CON INTENSIDAD EN EL SECTOR DE
LA CIUDAD UNIVERSITARIA SIN QUE HASTA AHORA HAYA CONSEGUIDO
EL ENEMIGO VENTAJA ALGUNA AUNQUE TAMPOCO NOSOTROS HAYAMOS LOGRADO
NUESTROS PROPOSITOS - SOBRE INFORMACION REFERENTE A INCENDIOS
[illegible] LA ACADEMIA DE SAN FERNANDO EL PALACIO DE LIRIA EL
ANTIGUO PALACIO DEL QUE FUE DUQUE DE ALBA - EL TEATRO CERVANTES
LAS CASAS DE LA CALLE DE LA MADERA DONDE ESTABA INSTALADO
LOS PERIODICOS INFORMACIONES Y LIBERTAD - UNA CASA DE LA PUERTA
DEL SOL - CREO QUE LA QUE ESTABA INSTALADO EL CIRCULO RADICAL Y
VARIAS CASAS DE PARTICULARES EN DISTINTOS
SECTORES - LA AVIACION PROPIA EFECTUO ESTA MAÑANA DOS
SERVICIOS DE BOMBARDEO Y LOS APARATOS DE CAZA MANTIENEN LA VIGILANCIA
DEL AIRE HABIENDO EVITADO UN BOMBARDEO - NADA MAS [illegible] - SI SABE QUE
EDIFICIOS ADEMAS DE LA CASA DE VELAZQUEZ ESTAN EN PODER DE LOS
[illegible] DE LOS ? E REBELDES EN LA C UNIVERSITARIA [illegible]
NO SE PUEDE ASEGURAR PORQUE LAS NOTICIAS SON CONTRADICTORIAS PERO
EN EL PEOR CASO HABRIA ALGUN NUCLEO ENEMIGO EN EL HOSPITAL CLINICO
ESCUELA ARQUITECTURA Y FACULTAD MEDICINA ? E SS [illegible]

(Serv. Histórico Militar.)

Noviembre de 1936. El capitán secretario de Miaja comunica que se lucha en la Ciudad Universitaria.

pensaría en reconquistarla?— una base naval y aérea vital para las fuerzas nacionales que obstaculizaban la navegación mediterránea. No se logró, y la ventaja fue enorme para el ejército de Franco.

La capital asturiana, en la que resistía el coronel Aranda, desempeñó en los primeros meses de guerra el papel de ventosa, tanto para uno como para otro bando, de signo doblemente negativo. Para que no sucumbiese hubo que desviar del camino al frente de Madrid numerosas unidades marroquíes, que hubiesen tenido un papel importantísimo —¿quizá decisivo?— en los ataques a la capital. A la vez, el cerco de la ciudad desgastó a las indudablemente mejores unidades republicanas, que de otra forma hubiesen podido detener a las fuerzas que desde Galicia y León venían a levantar el sitio de Oviedo, o bien lanzarlas sobre Galicia o la meseta del Duero.

La campaña del norte: Vizcaya

La zona cantábrica constituía para los republicanos una considerable reserva en potencia, con su densa población, industrias, minas, puertos, agricultura, ganadería y pesca. Pero faltaba unidad polí-



tica, y las tropas, aunque numerosas, carecían de mando único y del necesario y total encuadramiento. La extensa operación destinada a la ocupación de las provincias de Vizcaya, Santander y la casi totalidad de Asturias fue planeada minuciosamente por el general Mola y sus más directos colaboradores, eligiéndose como primera fase de la misma la conquista de Vizcaya.

Frente a este propósito, los ministros de la Guerra y de Marina y Aire (Largo Caballero e Indalecio Prieto, respectivamente) y el jefe de Estado Mayor (coronel Alvarez Coque) contaban con la posibilidad de llevar a cabo grandes concentraciones de fuerzas en un punto determinado del territorio Centro-Levante-Sur donde, en general, la línea era defendida, desde las trincheras nacionales, por efectivos muy escasos.

De esta suerte, la estrategia operativa del mando nacional consistiría en golpear en el norte de modo contundente y rápido —sobre todo rápido—, y resistir con medios muy limitados en el resto de los frentes. En cambio, la estrategia operativa republicana, contrariamente, sería la de resistir a toda costa en el norte y atacar con rotundidad y rapidez —con mucha rapidez, igualmente— en algún punto en donde el contrario fuese débil, obligando a Franco a parar su ofensiva cantábrica.

Para ocupar Vizcaya, Mola contaba con sólo cuatro brigadas de infantería reforzadas, apoyadas por numerosas baterías y aviones. Una subestimación equivocada del enemigo y un excesivo optimismo hicieron creer que la batalla se resolvería en unas pocas semanas [6].

Pero, como en Madrid, la resistencia encontrada fue muy superior a la que se esperaba. Resistencia que se

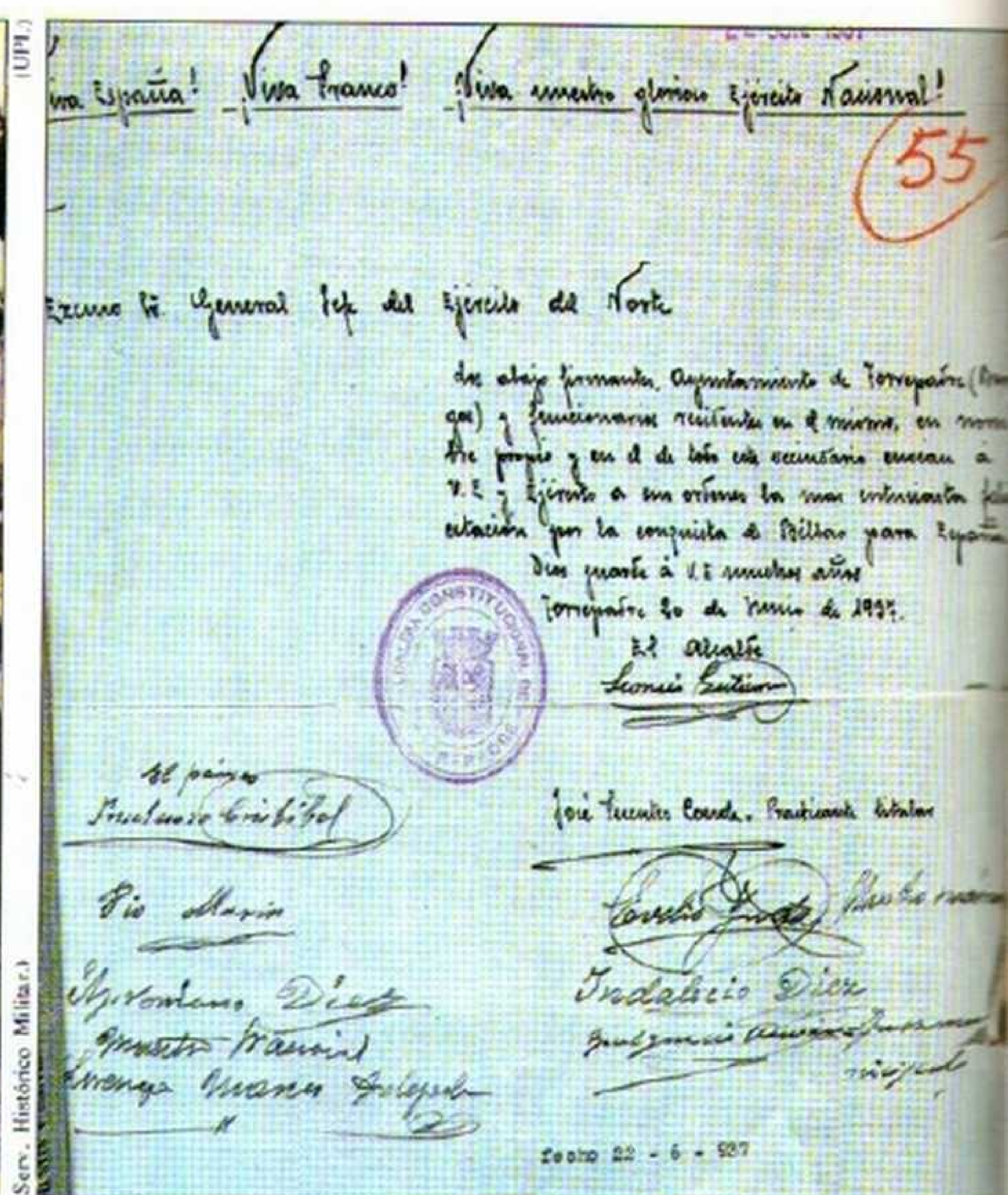
[6] Véase nuestra obra *Vizcaya*, p. 69, nota 106.

aliaba, además, con la inclemencia del tiempo, la naturaleza del terreno y la existencia de dos líneas de fortificaciones, una en la zona de contacto, poderosa, y otra en el interior, llamada pomposamente «cinturón de hierro», alarde de construcción más propio para crear un clima moral defensivo que para detener a un enemigo arrojado.
Mientras tanto, el ejército republicano llevaba a cabo una serie de acciones de distracción: en abril, sobre la Casa de Campo madrileña, el sector andaluz de Pozoblanco y los frentes de Huesca y Albarracín. En mayo, sobre Segovia, y a lo largo del mes de junio, en Huesca y Extremadura.
Pero estas acciones no eran capaces de paralizar los combates en Vizcaya. Hubo un plan para una ofensiva pretendidamente estratégica, que Largo Caballero había aprobado con la denominación de «operación Extremadura», la cual buscaba seccionar la zona nacional, llegando por Mérida a la frontera portuguesa. Pero el plan —cuyo éxito era, por lo demás, problemático— fue concienzudamente saboteado.
En aquella primavera de 1937 tuvieron lugar dos graves sucesos de carácter político, uno por cada zona, que rozaban por igual el problema candente de la unidad de acción y de mando supremo. Abril y mayo presenciaron, en Salamanca y Barcelona, dos luchas por el poder. La primera fue liquidada fácilmente, sin tener apenas repercusiones en la propia retaguardia, pero la segunda acarreó largas y sangrientas jornadas, tras las cuales la tendencia contraria a Largo Caballero quedó en situación inmejorable para dirigir el futuro político y militar. Su sustituto, Negrín, iba a presidir un gobierno férreo, con absoluta unidad de acción y apoyado incondicional e interesadamente por la potencia del comunismo nacional e internacional.
Estos sucesos no alteraron, por lo demás, la marcha de las operaciones en el norte, cada vez más duras y enconadas, a favor de la tenacidad de ambas partes, que ponderaban en su justo valor la trascendencia que representaba la defensa de Bilbao y su posible captura. Además, el gobierno vasco de José Antonio de Aguirre aceptaba, por fin, la dirección militar republicana, bajo el mando del general Gámir Uribarri, y recibía refuerzos considerables de Santander y Asturias, pero aun así no pudo evitar que el 12 de junio se rompiese espectacularmente el «cinturón de hierro», quedando ocupado Bilbao siete jornadas después.
El general Franco, a través del general Dávila —sucesor de Mola, muerto en accidente—, imponía, al fin, su voluntad en Vizcaya. La batalla, de una duración peligrosísima, había tenido una victoria final que compensaba sobradamente tres meses de operaciones.


(Brandeis University, USA.)

Cañón pesado de 122 milímetros de calibre, modelo 1931, de largo alcance (teóricamente, 20.800 metros). Estas piezas fueron traídas a España desde la URSS en gran cantidad.





¡...va España! ¡Viva Franco! ¡Viva nuestro glorioso Ejército Nacional!

55

Excmo. Sr. General Jefe del Ejército del Norte

Los abajo firmantes, Ayuntamiento de Torrepadre (Burgos) y funcionarios residentes en el mismo, en nombre propio y en el de todo este vecindario envían a V.E. y Ejército a sus órdenes la más entusiasta felicitación por la conquista de Bilbao para España.

Dios guarde a V.E. muchos años

Torrepadre 20 de Junio de 1937.

El Alcalde

El párroco

José ... Practicante titular

Pío Marín

Indalecio Díez

Sello 22 - 6 - 937

(UPI)

(Serv. Histórico Militar.)

Izquierda: puente sobre la ría de Bilbao, destruido por una carga explosiva. Derecha: el alcalde de Torrepedre y varios vecinos felicitan al general Dávila, jefe del Ejército del Norte.

Después del fracaso de Madrid, el sometimiento de lo que la intensa propaganda republicana había pintado como reducto verdaderamente invencible, significaba que el ejército de los sublevados era algo más que unas fuerzas rápidas que explotaban la debilidad de un enemigo desorganizado. Así, el recuerdo del noviembre madrileño y de las batallas del Jarama y Guadalajara quedaba muy lejos, preludiándose la pronta desaparición total del frente norte.

Brunete: clave de la guerra

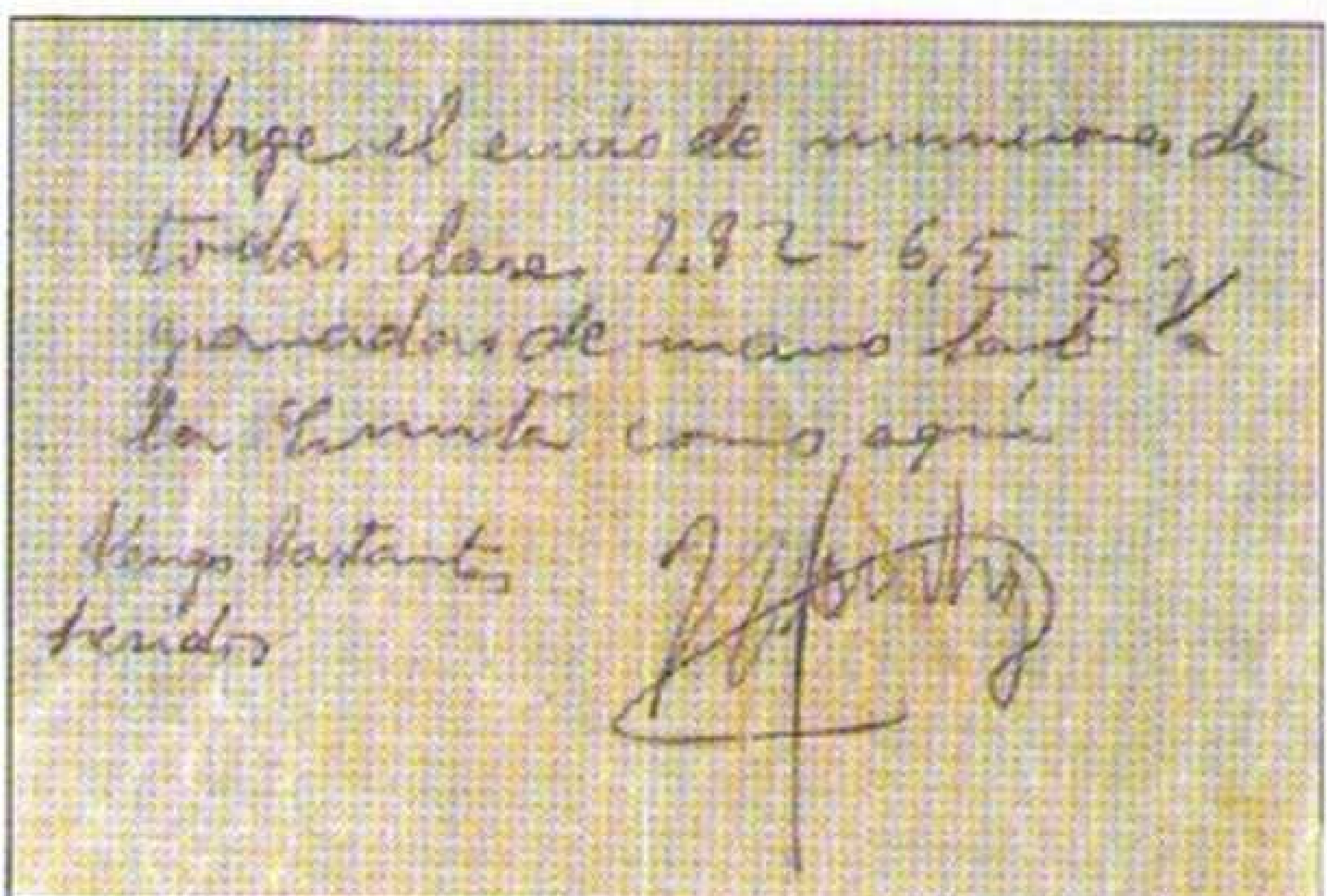
La República perdía puntos. De aquí que le fuese absolutamente necesaria una gran operación de desquite que significara que se imponía de nuevo la voluntad de sus altos mandos: Rojo, en el plano militar; Negrín e Indalecio Prieto —éste ministro de Defensa—, en el civil.

Se rechazó, de acuerdo con el antiguo pensamiento de Largo Caballero y Alvarez Coque, el propósito de ejecutar simples acciones tácticas de alcance limitado, y se pensó en una de verdadera trascendencia, capaz de salvar lo que aún quedaba del norte: el hundimiento del frente de Madrid. Se trataba de llevar a cabo una doble maniobra de envolvimiento para liberar a la capital de la presión que la atenazaba y la tenía semiaislada del resto del territorio. Con ello se capturarían las unidades más selectas del ejército nacional y se recuperarían otras propias, igualmente de calidad. Todo ello sin contar el triunfo moral que la batalla significaría. Durante el tiempo en que Largo Caballero había detentado el poder —primeros días de septiembre de 1936 a mediados de mayo de 1937— había logrado, hasta cierto punto, transformar el caótico aparato político surgido tras el alzamiento en un relativo eficaz gobierno, al servicio del cual se moldeaba, en la medida de lo posible y cada día más acabadamente, aquel ejército regular soñado, cuyo punto de arranque podía, en cierto modo, situarse en las tierras del Jarama y de Guadalajara. Faltaba la prueba definitiva, la que demostrara que orgánicamente se había dado en el blanco, y esa prueba suprema llegaba ahora, a caballo de la necesidad de una gran batalla.

En el nuevo ejército popular, los altos mandos tenían en buena parte origen miliciano; pero algunos estados



(Centelles. Barcelona.)



Urge el envío de municiones de
todas clases 7,92 - 6,5 - 8 y
granadas de mano [illegible] a
la Ermita como aquí
Tengo bastantes
heridos

(Arch. C. S. de Tejada.)



(Centelles. Barcelona.)

Tres aspectos de la guerra: Tanque ruso T-26B, destruido. Un documento lacónico que encierra dramatismo, y, a la derecha, una pieza ligera republicana en su asentamiento, dispuesta a hacer fuego.

mayores eran aceptables, la instrucción había sido intensa y las tropas estaban bien armadas y relativamente equipadas. Por el contrario, los servicios y la recuperación resultaban deficientes.

Al frente de tres fuertes cuerpos de ejército, el general Miaja y el coronel Rojo trataban ahora de renovar los laureles del pasado invierno. La batalla inmediata, la que sería batalla de Brunete, iba a significar nada menos que el punto culminante en la evolución de la política militar de la República.

La ofensiva comienza en la noche del 5 al 6 de julio de 1937 con un gran éxito inicial, logrado a favor de la nocturnidad, la sorpresa y los grandes vacíos existentes en el despliegue nacional. Mas pasado ese primer momento feliz, las divisiones de Miaja quedan detenidas inverosímilmente en algunos puntos, estrellándose en otros frentes ante la decisión de sus defensores de morir sobre el terreno. Convenientemente alimentados los primeros efectivos nacionales, la lucha se convierte en una gigantesca batalla de desgaste, en la que al final vencen las fuerzas de Varela, mucho mejor mandadas y excelentemente apoyadas por el fuego de la artillería, aunque no sin haber sufrido, como sus adversarios, un enorme quebranto. Se había obligado al general Franco a detener la inminente ofensiva sobre Santander, lo que constituía, sin duda, un éxito del ejército popular, pero a costa de un fabuloso desgaste y de repercusiones tan dolorosas en toda la zona centro, que ya no se intentaría acometer aquí ninguna otra empresa militar de envergadura. Esto representaba un enorme fracaso estratégico, tanto como un éxito, igualmente estratégico, para el ejército nacional, que podría así, en el futuro, despreocuparse del frente de Madrid.

Y el ejército popular, como gran esperanza, se difuminaba [7]. Aun cubiertos sus huecos y reforzado con nuevas unidades, ya no se esperaría vencer con él estratégicamente, sino tan sólo retrasar el final de la guerra. Era su gran fracaso, y a partir de aquí, y más aún al terminar la campaña del norte, la contienda caminaría hacia su fase de liquidación, aunque ésta, dadas las cualidades humanas de los españoles, se ofreciese aún lejos en el horizonte.

[7] Véase nuestro libro *La ofensiva sobre Segovia y la batalla de Brunete*, p. 132, nota 146.

Final del norte y la ofensiva sobre Zaragoza

El gran enemigo del generalísimo sería ahora el tiempo. La batalla de Brunete había supuesto la pérdida de casi mes y medio, y el final del verano se alzaba amenazador.

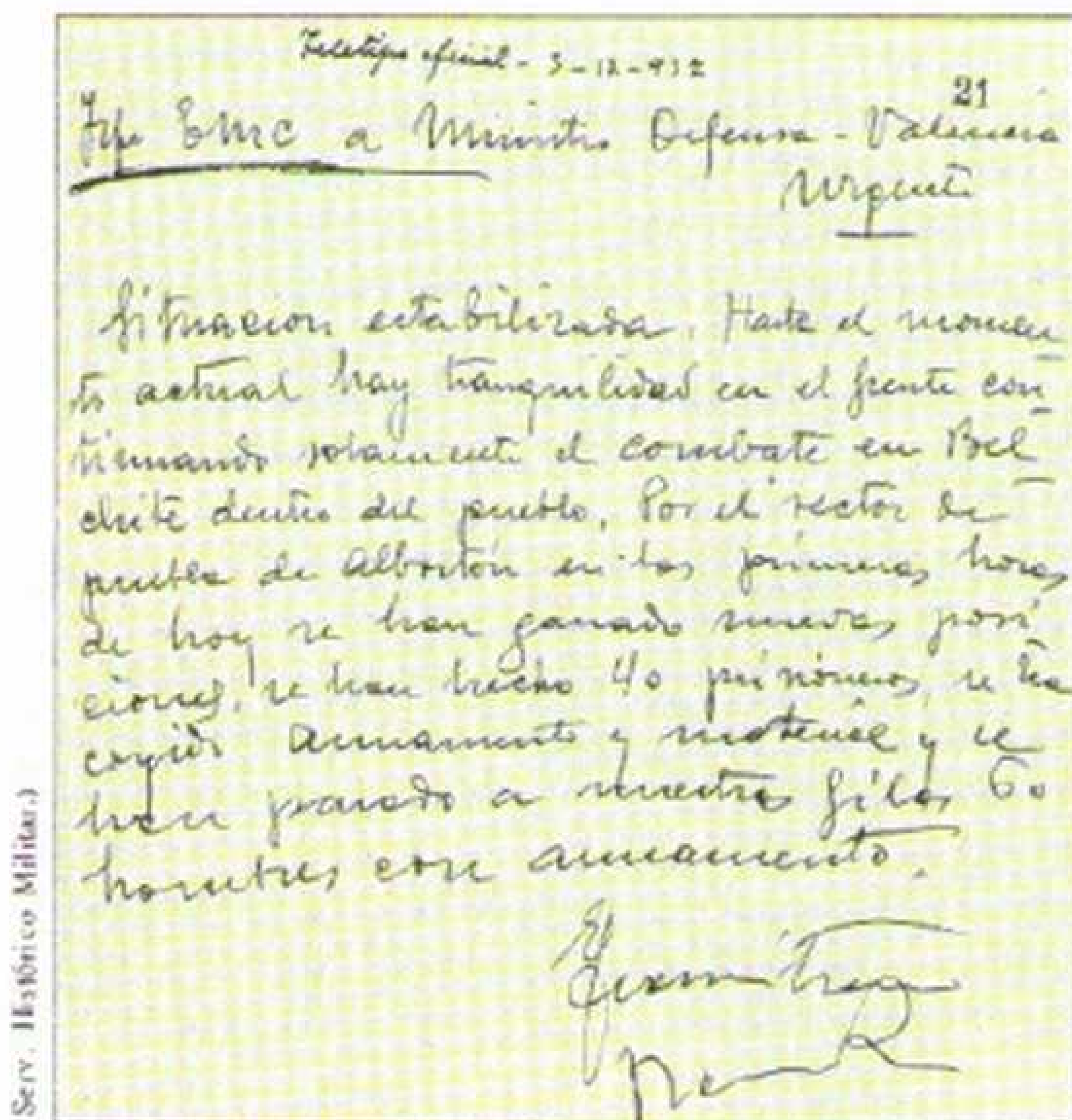
La batalla del norte continúa a partir del 14 de agosto, en que se inicia la vertiginosa campaña de Santander, provincia defendida por un enemigo numeroso, pero mal armado y mandado, y carente de moral. Su desmoronamiento será rápido, y ocupada la capital (26 de agosto), las fuerzas nacionales llegarán al final de mes a los límites con Asturias.

Pero en el teatro de operaciones de Aragón, el general Pozas tomaba el mando de seis agrupaciones, que, operando en dilatadas extensiones de terreno, buscarían aislar Zaragoza por el norte y el sur, para ocuparla luego. Era ésta una concepción operativa contraria a la batalla de Brunete, mas las grandes maniobras aquí posibles exigían tropas muy curtidas, con excelentes jefes y oficiales. Faltando estas condiciones, la batalla —iniciada el 24 de agosto— se convertiría en una serie de luchas desconectadas, aunque algunas fuerzas llegasen a pocos kilómetros de la capital aragonesa.

Varias localidades serían cercadas, sucumbiendo luego. De ellas, Belchite quedaría para la historia tras doce días de defensa numantina, destrucción de la ciudad y muerte de gran parte de sus defensores, conocedores de todos los sufrimientos. Un reducido número de ellos llegaría, tras una inverosímil odisea en la que cruzaron por dos veces las filas enemigas, a las amigas que jalonaban la ruta de Zaragoza.

La alimentación del combate desde el lado nacional




Teletipo oficial - 3-[illegible]-937

21

Jefe EMC a Ministro Defensa - Valencia

Urgente

Situación estabilizada. Hasta el momento actual hay tranquilidad en el frente continuando solamente el combate en Belchite dentro del pueblo. Por el sector de puebla de Albortón en las primeras horas de hoy se han ganado nuevas posiciones, se han hecho 40 prisioneros, se ha cogido armamento y material y se han pasado a nuestras filas 60 hombres con armamento.

El General Jefe

[illegible]

(Serv. Histórico Militar.)



(Centelles. Barcelona.)

Parte de guerra de Vicente Rojo dirigido al ministro de Defensa, sobre la situación en el frente de Aragón. Un control nocturno, en la carretera que desde Lérida, y por Barbastro y el llamado Estrecho de Quinto, se dirige a Huesca.

por parte del general Ponte fue inteligente y muy económica en el empleo de medios, lo que permitió que la ofensiva del Cantábrico no sufriese esta vez suspensión alguna. Indudablemente, el peligro había sido menor que en Madrid, y ello redujo el alcance de la ofensiva de Pozas.

Entretanto, en Asturias la resistencia se hacía más dura cada jornada, hasta convertirse en desesperada en algunos puntos. El tiempo, aliado con la geografía y el clima norteño, era el gran factor que jugaba con todos, obligando a unos a resistir hasta la extenuación y a otros a dominar los casi invencibles obstáculos del terreno y aplastar aquella resistencia, hasta caer también extenuados. No obstante, y como en otras ocasiones, se impuso la superioridad técnica, apoyada ahora, además, por la superioridad numérica y de fuego. El 21 de octubre, con la caída de Gijón, ya casi dentro del período de lluvias y nieves invernales, terminaba la campaña.

Dos ejércitos frente a frente

La liquidación del frente norte dio al general Franco lo que tanto deseaba y le era tan necesario: la posibilidad de disponer, con libertad absoluta, de un verdadero ejército de maniobra, de una masa de divisiones selectas, libres de tener que defender frentes pasivos, y que por ello podían ser empleadas en grandes operaciones, que a esas alturas de la guerra podrían ser las últimas.

Quedaban, después del 21 de octubre, varios cuerpos de ejército muy experimentados, pero también todos los hombres que se habían enfrentado a ellos en el norte, luego de una conveniente depuración. Además de los recursos naturales y de la industria, a la que hasta entonces las organizaciones políticas anteriores no habían sabido sacar el partido debido.

Estos peligros no eran desconocidos ni por Negrín, ni por Prieto, ni por el general Vicente Rojo, máximo jefe militar republicano. El traslado de la capital política de Valencia a Barcelona significaba un dato elocuente, pero no por eso se desistiría de prolongar la lucha por todos los medios posibles; se había renunciado a vencer para limitarse ahora a tratar de retrasar el final de la guerra.

Dentro ya de ese clima de continuar la guerra, y al objeto de paliar la pérdida de las fuerzas del norte —nada menos que cuatro cuerpos de ejército—, se llamó a filas a varios reemplazos y se crearon nuevas grandes unidades. Al final, la reorganización del ejército popular resultaba muy completa en el papel: sólo que era más bien un cuerpo sin alma, o con alma muy defectuosa. Había escasez de altos mandos capacitados, estados mayores verdaderos y penuria de servicios básicos —municionamiento, recuperación, intendencia, transportes, etc.—, y, sobre todo, faltaban soldados instruidos y con moral de victoria.

Ya apenas quedaban veteranos, aquellos voluntarios que se curtieron sobre el terreno y que dieron su máximo rendimiento en el Jarama y Guadalajara. El perfeccionamiento técnico logrado en Brunete —ya se vio— fue a costa de la calidad, y la cuesta abajo de ésta se acusaría luego más y más cada día.

Retaguardias: La guerra y la paz

LAS retaguardias aparecían igualmente cansadas. Pero la que estaba detrás del general Franco continuaba con su confianza puesta en él, confianza basada en dos puntos: los éxitos del frente y la ordenada y fructífera organización de lo que era ya un Estado verdadero. En cambio, la retaguardia republicana veía cómo, jornada tras jornada, tenía menos terreno que pisar, mientras que las necesidades vitales resultaban cada vez más apremiantes y peor satisfechas, a la par que la tensión política aumentaba el desorden moral, pues la República caminaba hacia una fatal y total radicalización [8].

Para que el general Franco llegase a la conclusión de que le convenía hacer una paz pactada era necesario que la República consiguiera triunfos —triunfos grandes y positivos—, mostrando a todos que aquel ejército popular de Brunete, que se creía liquidado, resucitaba de sus cenizas con renovados ímpetus y eficacia; que era, en definitiva, ahora una fuerza muy peligrosa, veterana y a la vez rejuvenecida.

Pero este punto de vista no podía ser aceptado por el generalísimo, que desde el mismo día del alzamiento, y aun en los momentos más difíciles que le siguieron, había sostenido siempre los postulados de victoria final y rendición sin condiciones. No tenía entonces tropas suficientes, y toda su estrategia aparecía prisionera del principio de economía de fuerzas, pero ya había llegado el momento de disponer de un verdadero ejército, con el que se podían dar golpes definitivos. ¿Cómo entonces aceptar, ni remotamente, la posibilidad de negociación con el enemigo, y ello pese al ensombrecimiento continuo del panorama general del mundo, donde ya se hablaba de una futura guerra general? [9].

Las grandes decisiones

EL general Franco tenía puestas sus miras en el este, en el amplísimo territorio que iba desde la frontera aragonesa con Francia al camino hacia el Mediterráneo tendido desde Teruel. Por ello, cuando las divisiones empleadas en el norte, más alguna otra del centro, inician sus traslados, éstos tendrán por primera zona de acantonamiento el norte y el sur del río Ebro y las provincias de Guadalajara y Soria.

Franco quiso, no obstante, liquidar antes el frente madrileño, aquel contra el cual se había estrellado un día. Ahora contaba con suficientes fuerzas para ello, creyendo que un oportuno empleo de las mismas lo suprimiría con rapidez, anulando así un peligro que apuntaría luego forzosamente sobre la espalda de las divisiones que desde la línea de contacto aragonesa avanzasen un día en un amplio frente y con dirección este. Tres cuerpos de ejército muy fuertes, apoyados por toda clase de armas, repetirían la maniobra de marzo de 1937 sobre Guadalajara, ahora bajo una serie de presupuestos radicalmente distintos. La campaña tenía que ser muy breve, y una vez terminada y recuperadas las unidades del frente madrileño, se tendrían las manos libres en el este, contándose con un ejército más poderoso aún que el que se disponía luego de la rendición de Asturias.

Rojo y su estado mayor, conocedores de este plan, se dispusieron a yugularlo, buscando crear una situación bélica muy peligrosa para Franco en algún punto del despliegue general. Se eligió Teruel, plaza con una deficiente organización defensiva y, a la vez, avanzada muy peligrosa sobre el campo republicano. Por otra parte, y como consecuencia de la fallida ofensiva sobre Zaragoza del verano anterior, quedaban en tierra aragonesa algunas divisiones de buena calidad: su desplazamiento al frente de Teruel sería cómodo y rápido.

Este obstaculizar la iniciativa del general Franco con acciones locales será la constante general en la lucha de este año de 1938.

Teruel

COMO en Brunete, en la noche del 15 de diciembre de 1937 dos audaces penetraciones en torno a la capital del bajo Aragón permitirían en la jornada siguiente su total cerco, que luego, en días sucesivos, se iría apretando más y más. La superioridad de las masas empleadas sobre las débiles que defendían Teruel resultaba evidente.

El generalísimo, a la vista de tales hechos, suspendió inmediatamente la proyectada ofensiva sobre Madrid, imponiéndose así, de momento, la voluntad de Rojo. Este creyó, sin embargo, que Franco se limitaría a liberar la plaza, por lo que montó una poderosa barrera defensiva más allá de la misma, tratando a la vez de reducir el terreno que defendía la ciudad, para ocuparla inmediatamente.

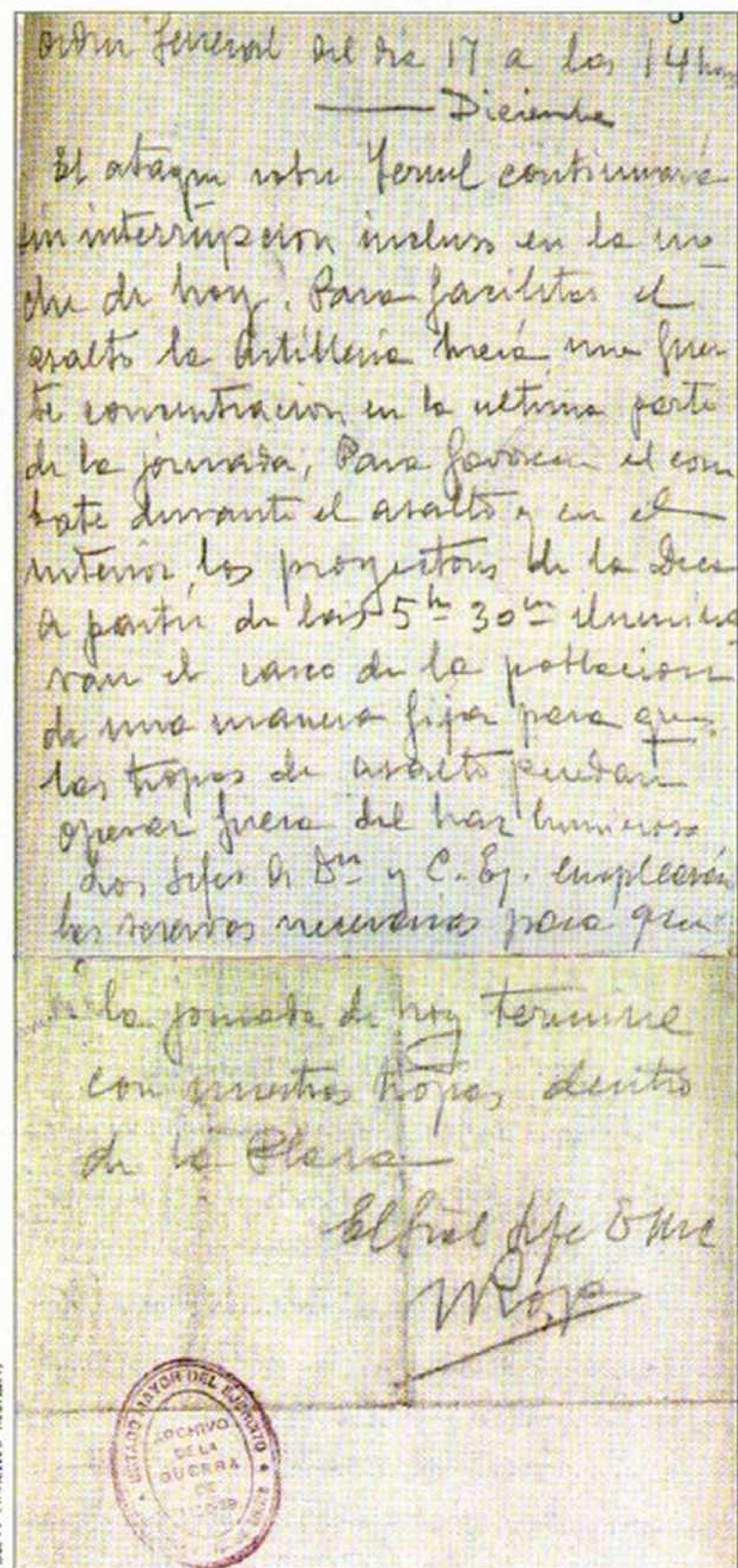
Pero, como en otros casos, la voluntad empecinada de los españoles de ambos bandos alteró estos planes. La de los sitiados en la capital aragonesa, vendiendo muy cara cada posición que perdían y encerrándose al final en dos a modo de reductos. La del general Franco, disponiéndose a batir en el propio terreno, hasta aniquilarlo, al grueso del ejército enemigo, para liberar

[8] Véase nuestra obra *La batalla de Teruel*, pp. 31 y ss.

[9] Véase nuestra obra *Los cien últimos días de la República*, pp. 15 y ss.

seguidamente a los defensores de Teruel. La de Rojo, decidido a no soltar su presa, volcando en el campo de batalla división tras división. De esta forma, lo que en un principio iba a ser acción puramente distractiva y local se convirtió en una gigantesca batalla de desgaste.

Vencidos los dos reductos, tras inacabables heroísmos, y ocupado Teruel, o sus restos, por el ejército popular, creyó Rojo que la batalla podía darse por concluida, y con ella el éxito local y aquel inacabable desangrarse; pero se equivocaba. Ahora la iniciativa pasaba a manos del general Franco, decidido a aplastar sobre el terreno a aquel conjunto de divisiones que era lo mejor, sin duda, del ejército popular, siguiendo la norma de que el fin principal de la guerra es la destrucción del enemigo.



Orden general del día 17 a las 14 h.
— Diciembre
El ataque sobre Teruel continuará sin interrupción incluso en la noche de hoy. Para facilitar el asalto la Artillería hará una fuerte concentración en la última parte de la jornada. Para favorecer el combate durante el asalto y en el interior, los proyectores de la Dca a partir de las 5 h 30 m iluminarán el casco de la población de una manera fija para que las tropas de asalto puedan operar fuera del haz luminoso. Los Jefes de Dn y C. Ej. emplearán las reservas necesarias para que la jornada de hoy termine con nuestras tropas dentro de la Plaza.
El Gral Jefe EMC
Rojo

ARCHIVO DE LA GUERRA

(Serv. Histórico Militar.)

Orden autógrafa del general Rojo, de 17 de diciembre de 1937. El ataque sobre Teruel continuará de noche.



(Centelles. Barcelona.)

Un soldado republicano en el frente de Teruel, en el control de alguna carretera. Obsérvese las alpargatas que calza.

La durísima fase de la gran batalla se mantiene durante los meses de enero y febrero de 1938, y cuando al fin se recupera Teruel (22 de febrero), los dos ejércitos quedan en situación táctica muy distinta, pese a su general y casi semejante quebranto. El más acertado empleo de las fuerzas nacionales a pie, apoyadas por el fuego de todas las armas, deja exánimes algunas divisiones del general Rojo y casi destruidas las restantes. El menor desgaste y perfecto funcionamiento del servicio de recuperación permite que el general Franco disponga casi inmediatamente de unas grandes unidades debidamente reorganizadas y recuperadas.

La gran batalla de Aragón

Si Brunete significó, en 1937, el convencimiento por parte de las autoridades civiles y militares republicanas de que la guerra no podía ser ganada, ahora, con la gran ofensiva que siguió a la batalla de Teruel, se llegó a la casi general creencia de que el final de la lucha era inmediato.
Cinco grandes cuerpos de ejército, al mando del general Dávila, con un total de dieciocho divisiones, iniciaron su marcha al sur del Ebro, a partir del 9 de marzo, para acabar con el semicerco que atenazaba Huesca y romper el frente inmediato a partir del 22. En este mismo día, uno de los cuerpos de ejército, en una audaz maniobra, cruzaba el gran río por Quinto y amenazaba el desordenado repliegue de las divisiones enemigas al sur de los Pirineos. Las resistencias tenaces se acusaron fragmentariamente, pero la amplitud del teatro de operaciones y la densidad de fuerzas de primera calidad empleadas por el general Franco permitieron una enorme elasticidad en sus movimientos, desbordando a las divisiones de Rojo. Se imponía, por fin, en nuestra guerra civil, la superioridad de la ciencia militar, de la táctica y la estrategia, practicadas a fondo, gracias a la posibilidad de manejar libremente un verdadero ejército de maniobra.
La creencia de que el final de la guerra era inmediato se abrió paso en Barcelona a partir del 15 de abril, con la llegada de las fuerzas nacionales al Mediterráneo, acción que seccionaba el territorio y partía igualmente sus organizaciones políticas y las fuerzas armadas. La iniciativa continuaba en manos del general Franco, con tal continuidad y seguridad que parecía ya imposible que su enemigo pudiese recuperarse.

La decisión controvertida

La República había quedado rota en su base territorial. Consecuentemente, y acorde con la nueva situación, se imponían decisiones igualmente nuevas.


(Centelles, Barcelona.)


(Centelles, Barcelona.)

Convoy automóvil en el pueblo aragonés de Quinto. Pueden correspo... de agosto de 1937. En todo caso son anteriores al 13 de marzo de...

La más importante fue la de nombrar un jefe supremo, político y militar, en la amplísima zona separada de aquella donde el gobierno ejercía materialmente el poder. Recayó el nombramiento en el general Miaja. Ahora, los dos grandes teatros de operaciones de Cataluña y del centro-levante-sur recordaban situaciones antiguas, cuando había una zona norte aislada. El mando nacional volvía a tener que atender a dos grandes frentes, bien que pudiendo concentrar todo su poder en un solo punto; lo que no le estaba permitido al enemigo, obligado a defender cada fracción de su territorio a base fundamentalmente de acciones distractivas, llevadas a cabo en la otra fracción.

¿Hacia dónde atacaría ahora el general Franco? Todas las opiniones e informes que recibía aconsejaban hacerlo sobre Cataluña, apenas defendida por unas fuerzas en derrota, con una retaguardia sin moral y una rica serie de objetivos humanos y económicos de altísimo valor y estima, aparte de la seguridad de lograr fácilmente su aislamiento de Francia. Sin embargo, la situación fronteriza de Cataluña significaba, en los momentos cruciales en que vivía Europa, un gravísimo peligro en potencia.

El 15 de marzo, el Consejo Supremo francés para la Defensa Nacional había ordenado pasaran a la situación de alerta las fuerzas aéreas y navales necesarias para proteger las comunicaciones del Mediterráneo occidental, a la vez que se reforzaban con medidas de seguridad los distritos militares pirenaicos. Francia prevé que, si estalla el temido conflicto general, habrá de cubrir un tercer frente; pero si se decide a actuar en Cataluña, Italia responderá inmediatamente, en consecuencia, y quizás Alemania. El extremo nordeste español puede convertirse así en un avispero, en un peligro superior al posible alargamiento de la guerra civil [10].

Franco, contra las opiniones de sus colaboradores, decide evitar los peligros de la lucha en Cataluña, optando por la ocupación de Valencia. Es un objetivo fundamentalmente económico, que, capturado, dejará casi exhausta la zona, y principalmente Madrid. Es, en cambio, un objetivo que puede ser magníficamente defendido por tres ejércitos republicanos, uno de ellos —el del centro— muy fuerte, y también por la distancia y por el terreno intermedio, duro y compartimentado, con escasas vías de penetración.

Nuevas ofensivas

ESTAS circunstancias y la lucha tenaz y sacrificada de las unidades locales y de las numerosas enviadas por el general Miaja convertirán la marcha sobre Valencia, que en un principio —y bajo el recuerdo





...nder estas fotos a la ofensiva republicana en Aragón, iniciada el 24 ... 1938, en que Quinto volvería a cambiar de manos.

[10] Véase nuestro libro *La ofensiva sobre Valencia*, pp. 15 y ss.

de la anterior ofensiva triunfal de mes y medio de duración— se creyó rápida, en una serie de batallas parciales durísimas, que alargarán cerca de dos meses la ocupación de Castellón (14 de junio). Y la situación favorable para el ataque directo a la capital del Turia no llegará hasta pasada la segunda quincena del mes de julio.

En este tiempo, las fuerzas replegadas desordenadamente en marzo y abril en Cataluña aún no se encontraban en condiciones de dar una batalla importante, por lo que la réplica a la marcha sobre Valencia tenía que darse en algún sector del territorio centro-levante-sur, pero Miaja se veía obligado a enviar todas sus reservas disponibles a aquella hoguera valenciana, que las iba quemando, lo mismo que a las nacionales que entraban en acción.

Pese a ello, la tenacidad, el estoicismo y la capacidad de respuesta española ofrecerían dos nuevas y verdaderamente imprevistas demostraciones, con sendas operaciones de distracción en Cataluña; una de ellas de verdadero alcance, ya que trataba nada menos que de liberar las tropas amigas situadas en la llamada «bolsa de Bielsa». Operaciones fallidas las dos, pero que representaban el ensayo y el prólogo de una gran ofensiva, quizá no lejana.

Y como si se tratase de dar una prueba más de la vitalidad española y de la aceptación reconocida por uno y otro bando de su capacidad incansable para la lucha, se llevaría a cabo, también por estos meses y en tierras del Tajo y del Guadiana, una ofensiva nacional en varias fases, con alguna réplica adecuada, que se extendió desde junio a agosto, con largos períodos de interrupción. Había, en definitiva, que suprimir el peligrosísimo entrante de Mérida, y tanto el general Queipo de Llano como el general Saliquet —jefes de los ejércitos del sur y del centro, respectivamente— juzgaron que era éste el momento adecuado, ya que se contaba con medios suficientes. Fue así como el entrante quedó en agosto muy a retaguardia, con la ocupación de la tierra de la Serena y otras extensas comarcas, sin que pudiera darse por rematada la gran ofensiva ante la desesperada reacción enemiga final, en un inverosímil sacar fuerzas de flaqueza.

El Ebro, gran prueba final

REPETIMOS: era necesario no dejarse vencer y prolongar la lucha todo lo humanamente posible. Era el mandato comunista, muy en contra de los deseos de muchos o todos los republicanos, y buena parte de los socialistas y anarquistas, disidentes de la marcha general de la guerra y de la política, y cuyo número aumentaba a lo largo de este año de 1938, al compás de los fracasos que se cosechaban, apenas compensados con algún que otro éxito pasajero [11].

La batalla del Ebro se inició —como en tantos otros casos semejantes— de noche, en la del 24 al 25 de julio de 1938, y terminó en la tarde del 16 de septiembre del mismo año. Duró, pues, casi cuatro meses.

En Teruel se quebrantaron los propósitos de Franco sobre Madrid; ahora, con esta batalla, se intentaba evitar el acoso de Valencia.

Vicente Rojo, en ambos casos, había pretendido sólo parar una voluntad y desviarla; pero la voluntad era demasiado fuerte, y Teruel y el Ebro se transformaron en implacables batallas de desgaste. El mando republicano no la quiso tampoco ahora, pero se encontraba otra vez con la larga, la cruenta, la peligrosísima lucha para la cual no estaba preparado, o estaba preparado peor que su adversario. La batalla decisiva surgía así de modo inevitable. Interminable batalla. Las bajas se acumulaban como gigantescos epitafios, los días se hacían interminables, primero del verano y luego del otoño; los avances de cada jornada eran míseros, y en el horizonte se alzó la amenaza del invierno próximo: ¡como en el año anterior! Nada pudo impedir que al final quedasen dos grandes ejércitos muy quebrantados, aunque uno de ellos, el del general Franco, en bastante menor grado que el otro, sin olvidar que, además, aquél poseía una asombrosa capacidad de recuperación, que permitiría que en el plazo de menos de un mes quedasen las divisiones nacionales otra vez al completo en hombres y material, en tanto que las rivales continuaban exhaustas, mutiladas terriblemente y con pocas reservas disponibles.

El complemento de esta batalla, aquella que la justificaba realmente y según los cánones del arte militar, sería el total aprovechamiento de la distinta situación de las dos grandes formaciones que habían sido sus protagonistas; es decir, su explotación. Sobre esta línea, el general Franco tenía los mejores tantos en la mano; en cuanto a su rival, el general Vicente Rojo, ¿qué le cabía hacer? Cataluña se veía de nuevo amenazada, pero sin los peligros anteriores, tras los acuerdos de Munich de 26 y 27 de septiembre de 1938, peligros que la habían mantenido a salvo a lo largo de seis meses.

Cataluña: hacia el fin

CATALUÑA aparecía, pues, arrinconada, con poco o ningún ánimo y casi abandonada de sus antiguos amigos. La Unión Soviética, su gran valedora y proveedora, se desentendía de toda ayuda manifiesta en favor de los restos de la Segunda República, al ver la guerra española definitivamente perdida. En

[11] Véase *La batalla de Teruel*, pp. 31 y ss.

cambio, la voluntad de los dirigentes y masas civiles y combatientes de la España de Franco se encontraba en alza continua, pues las noticias que se recibían, a través de mil conductos, señalaban la situación desastrosa en que se encontraban sus enemigos. Los malos tragos pasados tras el comienzo de la batalla del Ebro iban a ser ahora holgadamente superados. Apenas si Negrín y Rojo pudieron hacer algo más que llamar a varios reemplazos de gentes o demasiado jóvenes o demasiado maduras, tratar de seguir recibiendo material a través de la frontera y adoptar el criterio de activar de modo desesperado



(Brandeis University. USA.)

El paso del Ebro en la noche del 25 de julio de 1938 fue una operación bien ejecutada, que luego no tuvo la necesaria continuación. Su intención única era la de detener el avance de las fuerzas del general Franco sobre Valencia.

(Serv. Histórico Militar.)

Borrador de un teletipo enviado el 23 de enero de 1939, desde «Términus» (cuartel general de Franco). Los «dirigentes rojos han huido a Figueras y Olot», lo que debe ser comunicado al SIPM (Servicio de Información y Policía Militar).

la construcción de una serie de líneas defensivas. La campaña de Cataluña fue muy rápida, y en ella seis cuerpos de ejército nacionales impusieron fácilmente su voluntad sobre siete republicanos, diezmados, abatidos y con pocos elementos de fuego. Las resistencias esporádicas sirvieron aquí de poco, dada la gran extensión del teatro de operaciones, sin demasiados obstáculos naturales en el sur y con algunas fuertes líneas defensivas al norte, que acabarían siendo abatidas. La ocupación de Tarragona (15 de enero de 1939) anunció la inmediata de Barcelona (día 26 de ese mismo mes). Y a partir de aquí todo fue ya una desbandada general. El paso de la frontera por los fugitivos constituyó quizás el mayor episodio dramático de la contienda. Con todo, el hundimiento de las últimas líneas defensivas, en un caos apenas contenido, no impidió que tuviera lugar alguna desesperada resistencia de tal o cual grupo aislado, ya con la espalda apoyada en las grandes elevaciones que separan España de Francia. La campaña de Cataluña significó el «pulso» final de una feroz lucha de dos años y medio de duración. Pero, simultáneamente, en lejanas tierras se alzaba una última batalla apenas conocida: el canto del cisne republicano.

La postrera esperanza: Peñarroya y victoria de Franco

La ofensiva que condujo a lo que se ha llamado batalla de Peñarroya significó la respuesta que, al fin, daban los ejércitos de Miaja de la zona centro-levante-sur al ataque de Cataluña. Era, sin embargo, una respuesta tardía, inútil, que, ejecutada durante los días de la batalla del Ebro, quizá hubiese creado una situación delicada al mando nacional; ahora, ya no.



(J. Bernal.)

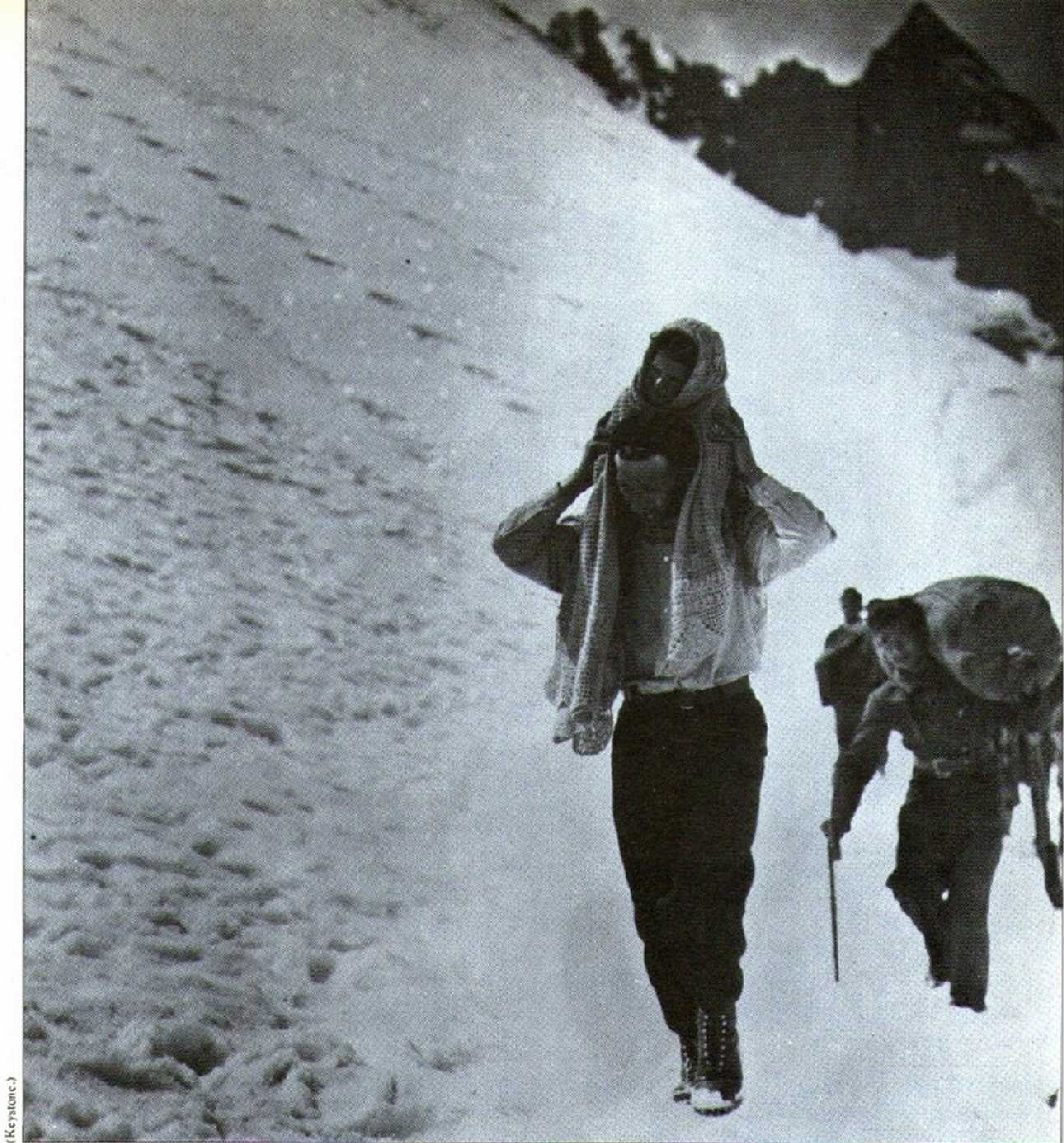
Respuesta tardía y, además, incompleta, pues proyectada como parte de una gran ofensiva, en la que debían darse tres batallas, sólo tendría lugar una de ellas. Y las razones hay que verlas, fuera de toda especulación intencionada, en la situación de la zona, que si bien había conseguido frenar, y a la larga detener, la ofensiva sobre Valencia, lo había logrado al precio de sacrificar gran número de buenas unidades, agotar sus reservas materiales y matar casi definitivamente el ánimo de seguir luchando en la gran masa combatiente y en la retaguardia. Por un proceso inevitable de descomposición, lenta pero constante, la moral de guerra había hecho crisis definitiva.

De aquí que la batalla de Peñarroya —iniciada triunfalmente el 5 de enero de 1939 con un éxito muy lisonjero, que se acrecentaría en fechas sucesivas, cuando se formase una gran bolsa que amenazase de cerca el complejo Peñarroya-Pueblonuevo-Bélmez y, de lejos, las ciudades de Córdoba y Sevilla— no alcanzase los propósitos que la habían inspirado.

La lucha se extinguiría en los últimos días de enero y primeros de febrero, cuando ya las fuerzas del general Dávila estaban a punto de alcanzar la frontera francesa.

La rendición de Menorca —9 de febrero— acompañaba a la derrota en tierras de Cataluña y de Peñarroya. La guerra cruenta entre dos bandos irreconciliables podía darse por terminada en términos militares; no, en cambio, si atendemos psicológicamente a los principales dirigentes.

Estaba claro que los ejércitos del general Franco habían acabado imponiéndose en los campos de batalla, pero no que todos sus opositores estuvieran en ello conformes, al menos aparentemente. De aquí que se entablara entre los mismos una lucha por la decisión final; decisión que oscilaba entre el rendirse o no rendirse.


(Keystone.)

El terrible paso de la frontera al compás de la derrota en Cataluña. Muchos van por carreteras o caminos mejores o peores, pero otros sufrirán las más indecibles penalidades al tener que discurrir por rutas de montaña o campo traviesa.

El que en estos momentos surgiera una excepción al deseo general de terminar la guerra como fuese, sólo significaba que, hasta el final mismo, la voluntad conductora del conflicto en el campo republicano había carecido de unidad, achaque que ahora se ponía clarísimamente de manifiesto en el más radical de los terrenos: el de la lucha armada.

Pero, en realidad, tal puntualización cae ya fuera de nuestro estudio, en relación con las batallas decisivas de la guerra civil, pues este final que va a tener lugar en Cartagena, Madrid y algún otro punto aislado es sólo un ajuste particular de cuentas. Dominan aquí ambiciones en cierto modo lógicas y explicables —salvar de la derrota, frente al triunfador, al mayor número de personas y bienes posibles— y una de inspiración internacional: ser los libradores de la última batalla contra el «fascismo». Batalla que habría sido sangrienta y perdida de antemano, pero que hubiera permitido obtener determinadas ventajas momentáneas con vistas a un futuro diferente, en el que los vencidos de hoy fuesen los vencedores de mañana.

Supremacía en el mar

La marina de los dos bandos

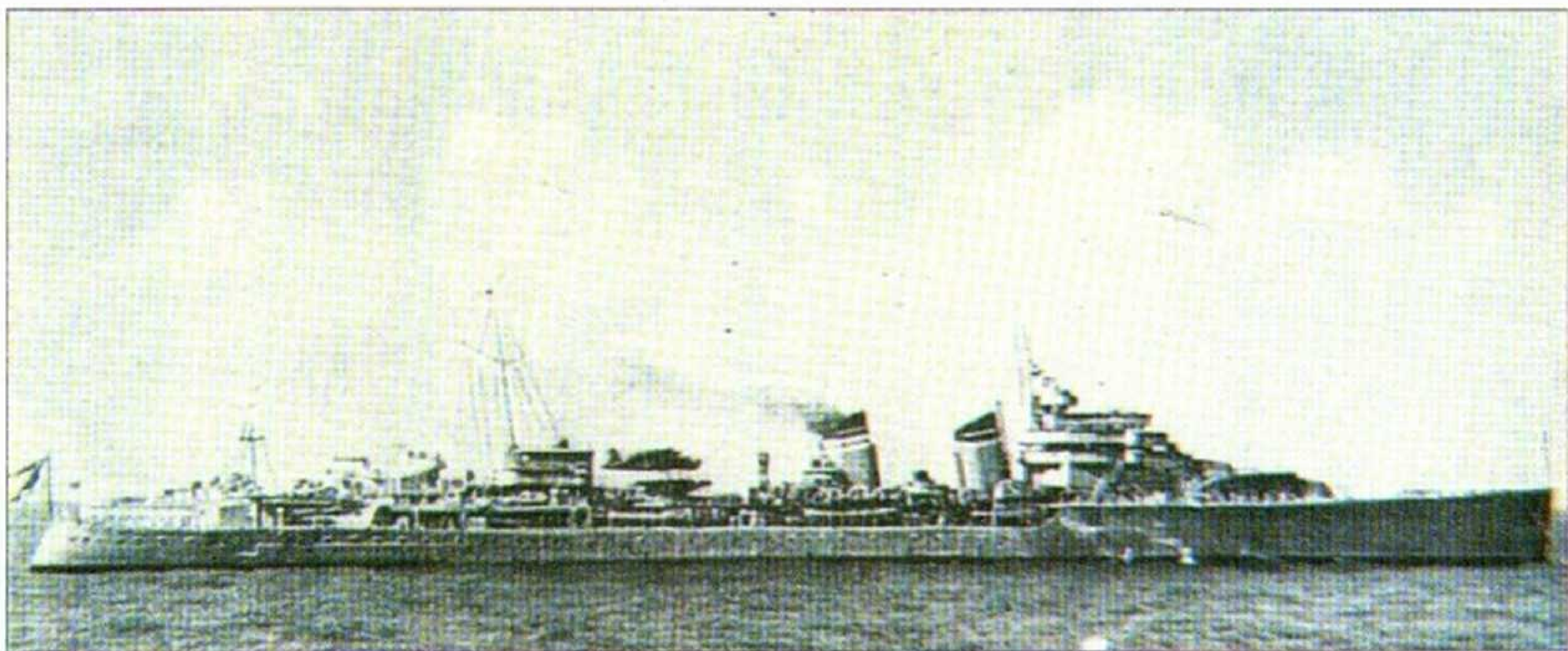
Por **Juan García Durán** *

CUANDO se inició el levantamiento nada hacía prever el gran papel que jugaría la mar. Y aún era menos previsible que las marinas de guerra de otros países pudieran intervenir de otra forma que enviando barcos para la protección de sus súbditos e intereses. Sin embargo, su intervención fue un factor importantísimo en el dominio marítimo, facilitando así la gran actuación de la marina rebelde, que, impotente al principio, vino a ser un elemento básico en el triunfo final. El control y la supremacía en el mar fueron, obvio es decirlo, claves para el desarrollo de la guerra.

Es curioso observar que, si se descarta lo publicado por ambos bandos con carácter propagandístico y justificativo, se ve inmediatamente que los historiadores han concedido muy poca importancia a este tema. Parece como si esto fuera un reflejo de lo muy poco que los militares tuvieron en cuenta a la marina, en la preparación del movimiento, a pesar de que ésta contaba con dos acorazados; cuatro cruceros, más dos que fueron terminados en dos y cinco meses; 12 destructores, más cinco terminados en 1937; 12 submarinos y otros barcos de menor importancia, cuyas dotaciones de jefes, auxiliares y marinería representaban unos 15.500 hombres.

Ya sea porque los militares juzgaran innecesaria la participación de la marina o porque quisieran dejarla aparte siguiendo la tradición de los «pronunciamientos», el hecho fue que ningún oficial naval estuvo presente en la revuelta de Sanjurjo, el 10 de agosto de 1932; en la primera reunión de militares en casa de Ansaldo, meses después del fracaso; en la «junta» del general Goded y en la del general Mola, así como tampoco en las reuniones que tuvieron lugar en Madrid en preparación del alzamiento. Y fue Mola el primero que en sus «Instrucciones reservadas número 1» (25 de mayo de 1936) menciona a la marina, dedicándole solamente cuatro líneas de un total de 221. Y aun aquí de forma indirecta, ya que dice: «Búsquese el apoyo y la colaboración de la armada en los lugares donde sea necesario. La marina debe impedir que las fuerzas dispuestas a oponerse al levantamiento desembarquen en España.» Esto hace pensar que quizá por estas fechas no estaba muy seguro de las tropas de Marruecos, que, por otra parte, no figuraban en sus planes de marcha sobre Madrid. En caso contrario, parece más lógico que dijera: «Que facilite y ayude en el transporte de tropas a España», que, en síntesis, fue lo que dijo, veintiséis días más tarde, en sus «Instrucciones reservadas número 5». Y lo que todavía resulta más sorprendente es que ni Mola ni Franco hayan pensado en la eventualidad (que se produjo) de que la escuadra bloqueara Marruecos. Lo que, de no haber sido por el urgente envío de aviones alemanes e italia-

* Juan García Durán nació en Villagarcía de Arosa (Pontevedra) en 1915. Doctor en Historia por la Sorbona, profesor en numerosas universidades americanas, ha escrito, entre otras obras, *Guerra civil española, 1936-1939. La intervención extranjera en el mar. Bibliografía de la guerra civil española* y *La novela española de posguerra civil.*



El crucero Miguel de Cervantes *se encontraba en El Ferrol al producirse la sublevación militar. De allí partirá inútilmente al Estrecho a sofocar la rebelión.*

nos para establecer el puente aéreo, hubiera podido llevar al colapso del alzamiento.

Hasta qué punto los militares ignoraron la mar y los marinos lo vemos en las memorias del almirante Cervera Valderrama, jefe del Estado Mayor de la armada rebelde, y en las del almirante Francisco Moreno, jefe de la escuadra. Dice el primero: «No fue sino el 17 de julio, cuando me encontraba en la estación de Puerto Real, que un jefe de la armada, que viajaba en el expreso, descendió para saludarme y me puso en guardia contra posibles e inminentes acontecimientos. Era la primera noticia que yo había tenido de algo trascendental, aunque muy vagamente y sin las seguridades a que, por mi historia, podía pretender.»

Moreno, que, al igual que su hermano Salvador, había estado en contacto con el general Orgaz y sabía lo que se preparaba, dice, sin embargo: «No teníamos noticias de la preparación del Movimiento en el resto de España... La confusión era general... Ferrol procedía por su propia iniciativa, y no sabíamos quién era el jefe del levantamiento.»

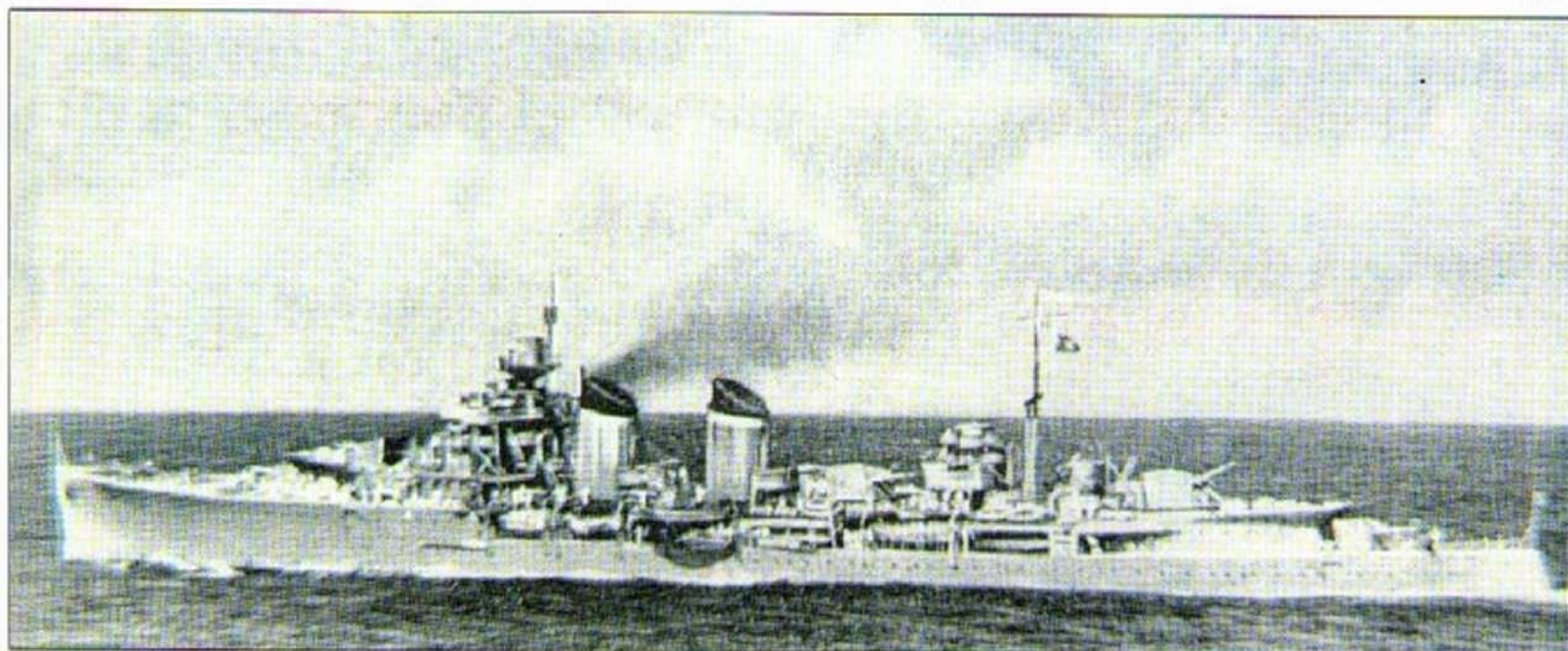
Esta falta de contacto ejército-marina, en unos momentos tan críticos y decisivos, escapa a toda explicación inteligente, a menos que se busque en cierta rivalidad de cuerpo; sobre todo que España, con sus 3.144 kilómetros de costa, requería pensar en su defensa y en su utilización logística. Que esto es así lo vemos en las cifras que Carrero Blanco incluye en su libro *Ideas básicas sobre la guerra marítima* (p. 175), donde dice que el tráfico entre la zona rebelde y el exterior se ha elevado a 24.774.826 toneladas, de las cuales 16.231.058 fueron exportaciones y 8.543.768 importaciones. Incluido, naturalmente, material de guerra. Asimismo señala el transporte de 316.051 hombres. De donde podemos concluir que la mayor equivocación en la preparación del levantamiento fue el haber mantenido al margen a la armada, que, una vez iniciada la guerra, supo reponerse y remontar su inferioridad inicial con audaz pericia y, claro está, con la gran ayuda ítalo-alemana.

Mientras que por parte del lado republicano, la deslealtad de los jefes y oficiales del cuerpo general (de 772 sólo 38 se mantuvieron fieles) dejó la flota al socaire de los comités de marinería, cuyo entusiasmo y lealtad por la República no fueron suficientes para improvisar un estado mayor y unos mandos indispensables.

La sublevación

MIENTRAS en el ejército la tensión entre los jefes y tropa y los mandos superiores e inferiores no era muy perceptible, en la armada tenía caracteres muy serios que sólo esperaban el momento de la explosión para dar rienda suelta a lo mucho acumulado.

Quizá quien mejor refleja este estado es el almirante Moreno en sus memorias: «Desde 1917 —dice— los elementos que trabajaban en España por la implantación de la República empezaron a atraerse al personal subalterno, despertando en ellos disparatadas y ridículas aspiraciones... A partir de entonces se notó una prevención y falta de interés que estableció cierta separación y desconfianza mutuas... Al proclamarse la República... se ahondaron más las diferencias al asignar a éstos (los subalternos) categorías y galones completamente en desacuerdo con el sueldo... Una reunión de representantes de todos los cuerpos no condujo a nada positivo... En esta junta sólo se pusieron


(Museo Naval, Madrid.)

El también crucero Almirante Cervera *no podrá cumplir la orden de zarpar, pues se encontraba en dique seco en El Ferrol. Desplazaba casi 9.000 toneladas, y su dotación era de 564 hombres.*

en evidencia las maquinaciones del ministro, que únicamente tendían a aumentar la separación entre los cuerpos, sembrando la discordia, sin buscar ninguna solución. La creación de las escalas de oficiales en los cuerpos auxiliares, el nombramiento de un jefe para cada uno de estos cuerpos, la desaparición del empleo de almirante y la reducción de plantillas en los altos empleos del cuerpo general son una prueba de ello. Sucedió a esto una porción de medidas encaminadas a rebajar la autoridad y el prestigio del cuerpo general, mermando sus atribuciones, a lo que se sumó la autorización de propagandas marcadamente antimilitaristas y que tachaban a aquel cuerpo de déspota y monárquico. A éstas se unieron una multitud de medidas de escasa importancia que, en el ambiente enrarecido de entonces, hizo imposible la vida a bordo de los barcos.»

Todo esto, dicho por la máxima autoridad de la flota rebelde, refleja cuán profundo era el malestar entre dos ramas de un mismo cuerpo condenadas a vivir juntas. Pero por encima, y por debajo, de todo ello, dos características básicas los oponían: a unos, el republicanismo, cuyo espíritu democrático querían imponer en el cuerpo, y a otros, el sentimiento de casta y convicciones monárquicas que, naturalmente, dio a la situación provocada por los jefes, puesto que fueron ellos quienes se sublevaron, un espíritu de clase a la vez que político. De ahí el carácter revolucionario que llevó a la contrasublevación y a la formación de comités, por encontrarse faltos de mandos leales.

Ya en vísperas del levantamiento, Giral, ministro de Marina, pone en movimiento parte de la flota para evitar el pase de tropas de Marruecos a la Península. El *Dato* y otro cañonero deben patrullar la costa marroquí, a la vez que el *Churruca* y el *Lepanto* deben situarse en Almería y Algeciras para vigilar de cerca Melilla y Ceuta. A renglón seguido comunica a toda la flota que se prepara un alzamiento militar en Marruecos y que su misión es impedir el paso de tropas hacia la Península.

Iniciado el levantamiento el 17, Giral ordena a cinco submarinos que converjan en el Estrecho y se sitúen a la altura de puertos españoles dispuestos a atacar cualquier barco con tropas procedentes de Marruecos. Al mismo tiempo, envía a Melilla el *Sánchez Barcáiztegui* y el *Almirante Valdés* para oponerse a la sublevación.

Los cruceros *Miguel de Cervantes*, *Libertad* y *Almirante Cervera*, que se encuentran en El Ferrol, también reciben la orden de zarpar para el Estrecho; pero el *Almirante Cervera* está inmovilizado por hallarse en dique seco. El *Jaime I*, que se encuentra en Santander, también debe seguir la misma ruta. Para abastecer de carbón, entra en Vigo y, sólo por horas, consigue hacerse a la mar, antes de que esta ciudad caiga en manos de los rebeldes.

Ya en Melilla los destructores allí enviados, los oficiales superiores deciden sumarse al movimiento; pero los auxiliares, cabos y otros mandos subalternos se oponen, los arrestan y ponen proa a la Península. Ya en el Estrecho se les une, en la misma dirección, el *Lepanto*, que, mandado por Valentín Fuentes, capitán de fragata, no tendría mayores problemas por la lealtad de éste. Así un convoy ya listo no sale de puerto.

Entretanto, en Ceuta la oficialidad del *Churruca* y del *Dato* se pusieron al servicio de los sublevados, sin que el resto de la dotación se enterara de ello. Esto permite que salgan dos barcos, cargados de regulares, que, escoltados por el *Churruca* y el *Dato*, zarpan el 18 y desembarcan en Cádiz y Algeciras, justo a tiempo para

FLOTA REBELDE

ACORAZADOS	Toneladas	Dotación
ESPAÑA	15.750	854
CRUCEROS		
CANARIAS	10.000	765
BALEARES	10.000	765
ALMIRANTE CERVERA	7.965	564
NAVARRA (antes REPUBLICA)	6.348	404
DESTRUCTORES		
VELASCO	1.169	70
HUESCA (Ex PEPE, italiano)	845	135
TERUEL (Ex POERIO, italiano)	845	135
VELASCO CEUTA (Ex FALCO, italiano)	1.826	150
MELILLA (Ex AQUILA, italiano)	1.407	150
SUBMARINOS		
MOLA (Ex ARCHIMEDE, italiano)	599/788	41
SANJURJO (Ex TORRICELLI, italiano)	599/788	41
CAÑONEROS		
CANOVAS DEL CASTILLO	1.335	220
CANALEJAS	1.335	220
DATO	1.335	220
LAURIA	800	127
CALVO SOTELO	?	?

GUARDACOSTAS	Toneladas	Dotación
UAD MARTIN	320	39
UAD MULUYA	429	39
UAD LUCUS	430	39
UAD QUERT	649	39
Además había otros cuatro en segunda situación y de tonelaje más o menos similar.		
TORPEDEROS		
7	180	31
19	180	31
MINADORES		
VULCANO	2.000	123
JUPITER	2.000	123
NEPTUNO	2.000	123
MARTE	2.000	123

CRUCEROS AUXILIARES
(Mercantes artillados)

- MAR CANTABRICO
- MAR NEGRO
- CIUDAD DE VALENCIA
- CIUDAD DE ALICANTE
- MALLORCA
- LAZARO
- PUCHOL
- SISTER

No mencionamos los bous que se artillaron en ambas zonas; ni tampoco, por su escasa importancia, las lanchas torpederas.

Al igual que en el cuadro de la Flota republicana, las dotaciones que aquí figuran son las correspondientes al tiempo de paz.

(J. Bernal.)

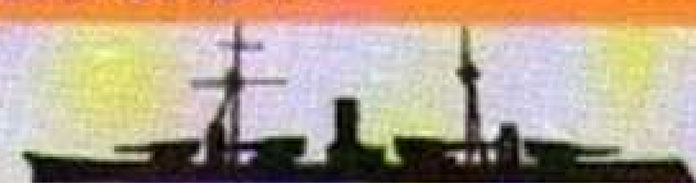
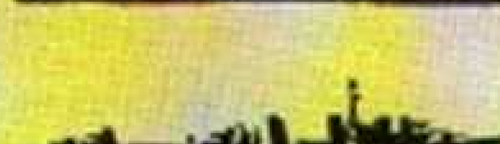
salvar la situación. Pero, salidos de Cádiz, los partidarios de la República se impusieron en el *Churruca*.
La acción que vino a coordinar y salvar la flota para la República se debió a la iniciativa personal del oficial telegrafista Benjamín Balboa, quien, después de detener a un capitán de navío que intentaba poner la estación de radio del Ministerio de Marina al servicio de la sublevación, inició un servicio constante de llamadas a todos los barcos, a cuyos telegrafistas conocía, en su mayoría, por sus nombres, y les instó a adueñarse de los barcos y a arrestar a los oficiales sublevados. Quizás el único barco que escapó a este torpedeamiento de órdenes desde el ministerio fue el *Dato*, porque, con mucha visión, su comandante anuló la radio.
A partir de este momento (noche del 18) y durante los días 19 y 20, Balboa no cesó de dar órdenes y de recibir comunicados poniendo los barcos al servicio de la República y a sus oficiales bajo arresto.
Sólo algunos oficiales del *Jaime I* (su comandante, Jaime García del Valle, se mantuvo leal) ofrecieron resistencia durante media hora, resultando muertos el jefe de la sublevación, capitán de corbeta Aguilar Tablada, y el alférez de navío Falquina. Además, resultó herido el teniente de navío Otero. Estos se resistieron en el puente. El resto de los oficiales habían sido sorprendidos y arrestados mientras comían.
Entre los marinos leales resultaron con heridas graves ocho contramaestres, un aspirante, un contramaestre de artillería y dos marineros.
Por entonces (día 20) ya casi todos los barcos que se encontraban en alta mar se habían inclinado del lado de la República, a excepción del *Méndez Núñez*, que lo hizo días más tarde a la vuelta de un viaje a Fernando Poo. Lo que representaba unos 40 barcos, con más de 65.000 toneladas.

Lucha encarnizada

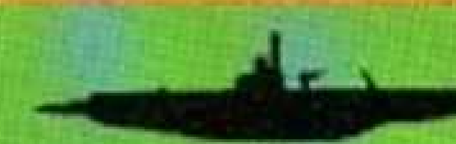
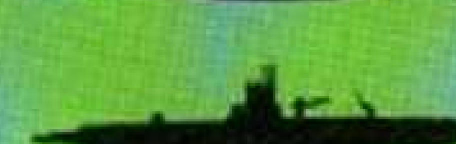
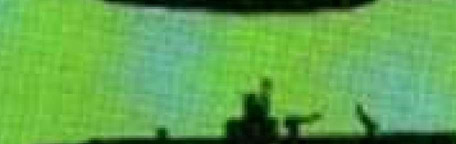
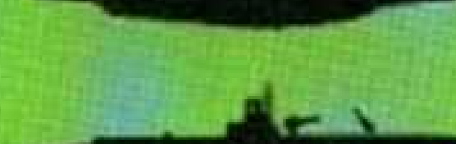
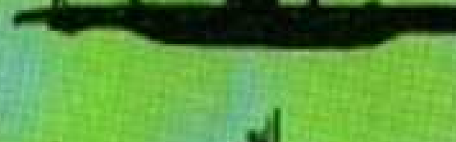
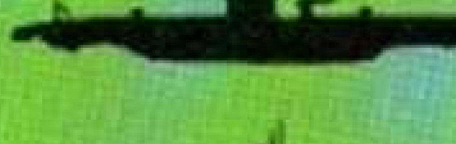
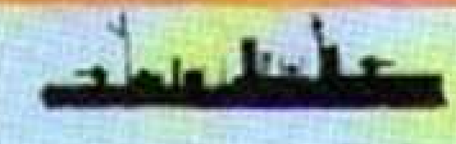
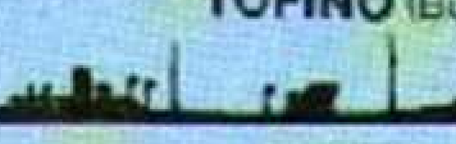
PARA los rebeldes no resultó cosa fácil el hacerse con una flota que, en los primeros tiempos, sólo se compuso de 17 barcos, con un desplazamiento de 38.000 toneladas. Y esto gracias a la suerte de haber tomado El Ferrol, a pesar de que unos 2.000 marinos habían conquistado el arsenal y sus barcos, que eran: el acorazado *España*, el crucero *Almirante Cervera*, el transporte *Contramaestre Casado*, los guardacostas *Xauen* y *Uad-Martin*, los torpederos número 2 y número 7 y algunos remolcadores y barcazas. El destructor *Velasco*, que estaba presto a ser reparado, tenía casi toda su dotación de vacaciones y su actitud fue más bien expectante. Además, se habían inclinado por la República los 1.000 marinos de las Brigadas de Instrucción y más de 250 de las escuelas y cuartel de Marinería, Academia de Maquinistas y Estación Radiotelegráfica.
Sin embargo, esta fuerza formidable no pudo entrar en acción, ni salir del encierro del arsenal, ya que sus puertas habían sido tomadas y defendidas por el ejército [1], oficiales de la armada y unos 150 infantes de marina.
Un tercer oficial de artillería del *España*, Dionisio Mouriño, se erigió en jefe de este acorazado (más de 400 hombres) y organizó una compañía de desembarco; pero a pocos metros de la puerta del arsenal recibió un tiro en la frente, a la vez que seguían descargas cerradas. La marinería se desconcertó, falta de dirección, y reembarcó.
El *Almirante Cervera*, que se encontraba en dique seco y sin las válvulas de fonde, lanzó unos cuantos cañonazos, pero sin grandes resultados.
El quid estratégico que llevó al fracaso republicano estuvo en la falta de mandos y, en su defecto, en la falta de imaginación. Así, en las puertas arsenal y dique se agolpó una gran multitud pidiendo armas —según Moreno (p. 78), «la inmensa mayoría de la población estaba con ellos»—, pero, adentro, los que las tenían ni podían salir ni sacar los barcos a la mar, lo que convirtió este inmenso recinto en una ratonera de donde ni siquiera el *España* pudo salir, por llevar inmovilizado casi cinco años. El único que lo consiguió fue el guardacostas *Xauen*, que se unió a la flota republicana.
Y de este modo terminó la dramática lucha, que en nada se ajustó a los planes de sublevación trazados en la reunión de jefes y oficiales que tuvo lugar el 19, a la una de la tarde, y que dejó un saldo de cuatro oficiales rebeldes del *España* muertos y un oficial de artillería que se mantuvo leal. Asimismo, otro oficial rebelde pereció en el *Cervera*. El jefe de la base, Azarola, ni se sumó a la rebelión ni salió de casa, lo que le valió el ser fusilado por sus camaradas de cuerpo.
Pero la toma de El Ferrol no sólo representó la conquista de dos grandes unidades de la marina, sino que vino a añadir otros dos cruceros, mucho más rápidos y potentes. Eran éstos el *Canarias* y el *Baleares*, que estaban siendo armados en el arsenal. El primero ya tenía montada su artillería gruesa, pero carecía de municiones. En el segundo estaba más atrasada la instalación de sus servicios, pero ya tenía cuatro cañones de 203 milímetros de las torres de proa. Como ninguno de los dos había sido entregado a la marina, estaban sin dotación.
El *Canarias* tardó dos meses en entrar en servicio, y el *Baleares*, seis. El *Almirante Cervera* tardó bastantes días en hacerse a la mar, y el *España* zarpó de El Ferrol el 12 de agosto, acompañado del *Velasco*.
Y éste era, poco más o menos, el estado y potencia de la escuadra rebelde, veintiséis días después de iniciado el levantamiento.

[1] La guarnición era: un regimiento de artillería de costa, otro de infantería y un grupo de intendencia.

FLOTA REPUBLICANA

ACORAZADOS	Toneladas	Dotación(*)
 JAIME I	15.750	854
CRUCEROS		
 LIBERTAD	7.965	564
 MIGUEL DE CERVANTES	7.965	564
 MENDEZ NUÑEZ	4.752	320
DESTRUCTORES		
 CHURRUCA	1.650	175
 ALCALA GALIANO	1.650	175
 ALMIRANTE VALDES	1.650	175
 ALMIRANTE ANTEQUERA	1.650	175
 ALMIRANTE MIRANDA	1.650	175
 GRAVINA	1.650	175
 ESCAÑO	1.650	175
 CISCAR	1.650	175
 JORGE JUAN	1.650	175
 ULLOA	1.650	175
 ALSEDO	1.169	70
 LAZAGA	1.169	70
 SANCHEZ BARCAIZTEGUI	1.650	175
 ALMIRANTE FERRANDIZ	1.650	175
 JOSE LUIS DIEZ	1.650	175
 LEPANTO	1.650	175

(*)Dotación en tiempo de paz. Durante la guerra fue superior.

SUBMARINOS	Toneladas	Dotación(*)
 B-1	570/715	28
 B-2	570/715	28
 B-3	570/715	28
 B-4	570/715	28
 B-5	570/715	28
 B-6	570/715	28
 C-1	914/1.290	40
 C-2	914/1290	40
 C-3	914/1290	40
 C-4	914/1290	40
 C-5	914/1.290	40
 C-6	914/1290	40
CAÑONEROS		
 LAYA	800	127
GUARDACOSTAS		
 LUCUS	420	39
 XAUEN *(Escapó del Ferrol)*	780	39
BUQUES AUXILIARES		
 TOFIÑO (Buque planero)	1.200	130
 CAMPILO (Petrolero)	7.500?	?
 KANGURO (Salvamento submarinos)	2.750	?
TORPEDEROS		
 14	180	31
 20	180	31
 21	180	31
y algún otro en 2ª situación.		

(J. Bernal.)


(Arch. Urbión.)



(Col. CEHC. Univ. de Barcelona.)

En los barcos se reflejaba también la dicotomía que ensombrecía España: la marinería y los suboficiales eran en su mayoría partidarios del Frente Popular y la República.

En Cartagena y Mahón se impusieron fácilmente los auxiliares y marineros, consiguiendo estas dos bases para la República.

En la base naval de Cádiz, la sublevación y contrasublevación tuvieron las mismas características. Y, al igual que en El Ferrol, sólo la infantería de marina se sumó al levantamiento, siendo «la salvación», según el jefe de la base, J. Gámez. Pero, en verdad, quien salvó la situación fue el triunfo del ejército, que, en la hora más crítica, recibió el refuerzo de 500 regulares procedentes de Ceuta.

Se encontraban en La Carraca —todos en reparación— los cañoneros *Cánovas del Castillo* y *Lauria*, el crucero *República*, que tardó mucho tiempo en salir a la mar, y los guardacostas *Larache* y *Alcázar*.

En una confusión en que ambos grupos se creían enemigos perecieron tres oficiales rebeldes y tres más en diferentes acciones.

Entre los leales a la República fueron fusilados, a las pocas horas de rendirse, el comandante de artillería del *Cánovas*, un auxiliar de radio y un auxiliar naval. En combate cayeron cuatro marinos y cabos.

Ante estas bajas y las anteriormente mencionadas es sorprendente constatar que sólo perecieron 17 oficiales en la sublevación inicial, de los 767 que se encontraban en la flota y en los arsenales. Más tarde, y por condenas de consejos de guerra, fueron fusilados 240 (Carrero Blanco, p. 177) del cuerpo general y unos 60 de cuerpos subalternos. Entre los leales fueron 10 las bajas de marineros y auxiliares. Y fueron fusilados más de 1.400 mandos subalternos y marineros, y algunos oficiales.

En cuanto a la marina mercante, que jugó un gran papel, la proporción de adhesiones a la República fue, aproximadamente, la misma que en la armada, aunque entre la oficialidad el número de lealtades fue muy superior al de los que permanecieron fieles a la República en la marina de guerra. De ahí que su eficacia también fuera mayor.

Respecto a la represión, casi no existió en la zona republicana, mientras que en la zona rebelde no es aventurado calcular que el número de fusilados o que sufrieron largas condenas de cárcel se cuenta por millares. Si para muestra basta un botón, véase lo ocurrido a la tripulación del *Mar Cantábrico*, capturado el 8 de marzo de 1937 en el Cantábrico, procedente de Veracruz, mediante la información dada por un barco portugués a los rebeldes, según Oliveira Salazar comunicó al cónsul general de Portugal en Burgos [2].

La dotación se componía de 38 hombres, de los que 12 eran oficiales. Además, en calidad de voluntarios, iban a bordo cinco mexicanos y una mexicana, dos búlgaros, un norteamericano y 10 españoles. Asimismo,

[2] Portugal, Ministerio dos Negocios Extranxeiros: «Dez anos de politica externa, 1936-1947». Se trata de un telegrama.

como comisario, José Otero, dirigente del Sindicato Marítimo, que se suicidó.
Al día siguiente de atracar en El Ferrol, los voluntarios fueron fusilados, sin previo consejo de guerra. La mexicana, que durante el viaje se había unido en matrimonio, legalizado por el capitán, fue enviada a un hospital como trabajadora de limpieza.
Dos días más tarde, la tripulación fue juzgada en consejo de guerra sumarísimo y la mayoría de sus miembros fueron condenados a muerte; el resto, a cadena perpetua. En los días 5 y 6 de julio fueron fusilados 11: el capitán, el tercer oficial, el tercer maquinista, un telegrafista, un engrasador, el camarero, que se había casado con la mexicana, y cinco marineros.
Los que se salvaron extinguieron condena en San Fernando, Cádiz.
Piénsese que ni se habían sublevado, ni estaban armados, ni habían ofrecido resistencia. Simplemente continuaron haciendo su trabajo diario y, con ello, fueron leales a la tradición marinera y a la libertad, tan entrañable al marino.
Habida cuenta de que los barcos apresados por los rebeldes fueron 238[3] y de que sus tripulantes tuvieron que pasar por el mismo o parecido calvario, no es difícil calcular el número de víctimas entre la marina mercante.
La cifra de mercantes apresados por la flota republicana fue insignificante y en ningún caso se fusiló a nadie.

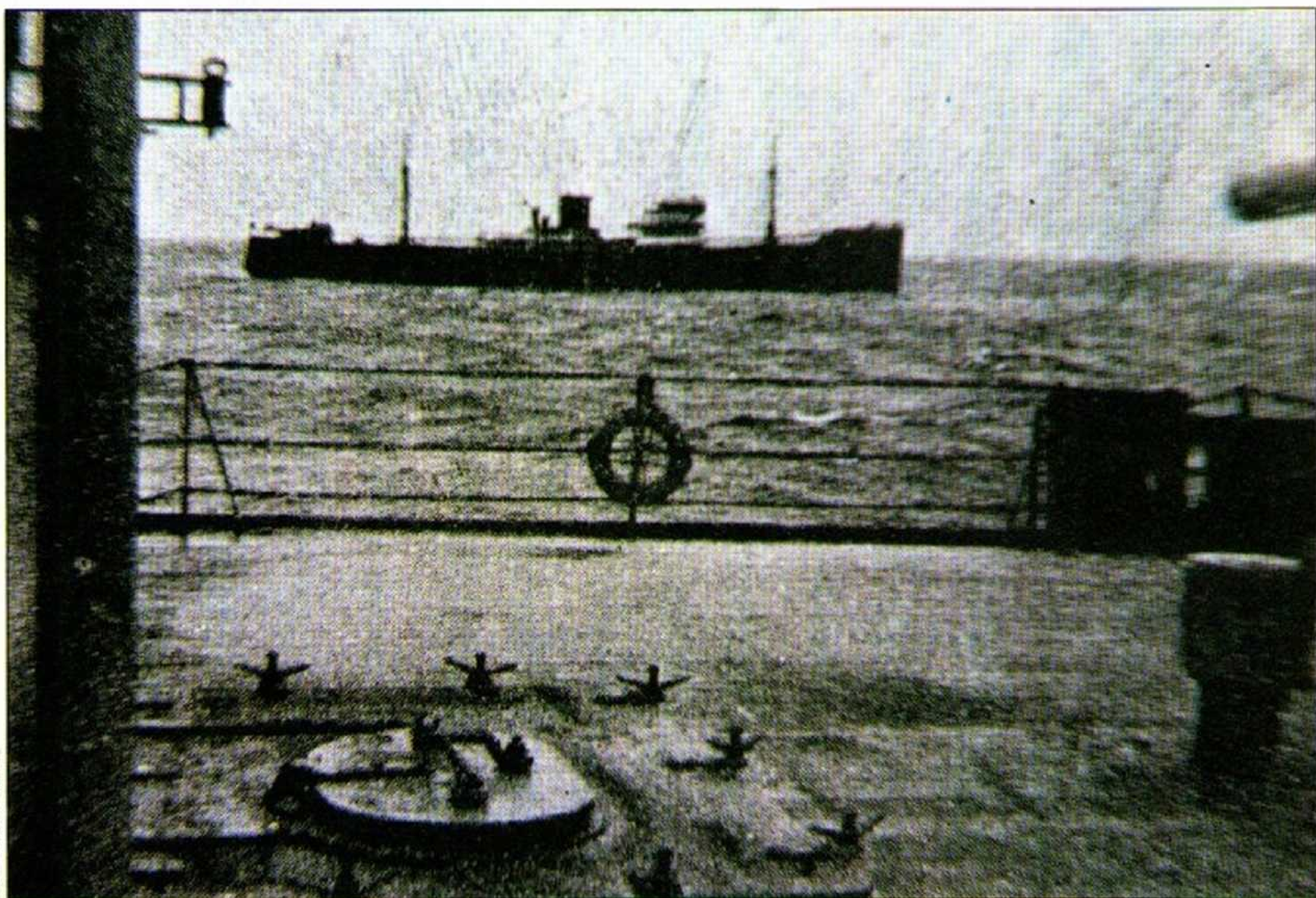
Dominio de la mar

CON el sometimiento de toda Galicia y la base naval de El Ferrol, los rebeldes pasaron a dominar las costas gallegas y parte del Cantábrico, lo que permitió que el *Cervera* prestara apoyo artillero a los sublevados del cuartel de Simancas, en Gijón, y, con el *España*, bombardearan los fuertes de San Marcos, Guadalupe y Choritoquieta, no muy lejos de la frontera, en preparación de los ataques que emprendería Mola.
El día 5 de agosto se organizó el más temerario de los convoyes, compuesto por cuatro barcos pequeños y escoltados por los cañoneros *Dato, Uad Kert* y *Torpedero 19*. La operación, por sorpresa, se inició después de que una intensa vigilancia aérea dio el «camino libre», manteniéndose los aviones constantemente sobre la ruta. El destructor *Alcalá Galiano*, que los avistó con cierto retraso, inició un ataque, que rechazó el *Dato* interponiéndose entre el destructor y el convoy. Siguió el combate, a la vez que se aproximaba el *Lepanto*, pero ya era un poco tarde porque el convoy entraba en Algeciras. La aviación fue muy activa, consiguiendo un impacto en el *Alcalá Galiano* y manteniendo los destructores a distancia.
Al día siguiente, el *Jaime I* bombardeaba Algeciras, consiguiendo varios impactos en el *Dato*, que quedó inutilizado por algún tiempo.
El *Jaime I, Libertad* y *Cervantes*, que participaban en el bloqueo, bombardean durante una hora Ceuta, a las 6,30 del 25 de julio. Y a las diez, durante una hora y media, repiten la operación.
El día 26 bombardean Melilla y el 2 de agosto, Ceuta, Tarifa y Algeciras. Siendo esta última bombardeada nuevamente cuatro días más tarde.
Hacia finales de agosto, seis submarinos son enviados al norte para oponerse a las operaciones del *España* y *Cervera*, pero no consiguen su objetivo.
A consecuencia del bloqueo, los puertos de Ceuta, Melilla, Cádiz, Huelva y Sevilla permanecen cerrados hasta finales de septiembre, en que la escuadra republicana, en la decisión más catastrófica de Prieto, zarpó para el norte, el día 21. La forma como se llegó a este paso demuestra cuán inoperante y vulnerable al espionaje era la estructura de mandos: Prieto presentó el proyecto al Estado Mayor y a Kuznetsov, un asesor ruso; luego, a los estados mayores de todos los barcos y a los comités de a bordo. A los dieciocho días, con el acuerdo general, el *Jaime I, Cervantes, Libertad* y cinco destructores ponían rumbo al Cantábrico, sin que su presencia cambiara en nada el rumbo de la guerra en aquel sector.
Naturalmente, los «rumores» de que la escuadra republicana pasaría al norte dentro de unos días llegaron a los rebeldes una semana antes de llevarse a efecto.

Frente a frente

CON la escuadra enemiga en el norte, el 27 salieron para el sur el *Canarias* (ya en activo) y el *Cervera*. Conociendo la posición de los dos destructores de vigilancia al norte de Espartel y levante del meridiano de Punta Almina (su servicio de información fue lo que mejor funcionó), el *Cervera* puso proa hacia el primero y el *Canarias* hacia el segundo. Este, a las 6,20 del día 29, avistó al *Almirante Ferrándiz*, a 30.000 metros, navegando a velocidad moderada. Cuando se acercó a los 21.000 metros lanzaron los primeros cañonazos, pero sin resultado. El destructor aumentó la velocidad y se cubrió con humo. Su artillería no era de tanto alcance, por lo que no la utilizó.
El *Canarias* siguió acercándose y, a los 19.000 metros, hizo blanco en la popa. De nuevo, a 15.000 metros, consiguió dos impactos en la proa que causaron una explosión seguida de un gran incendio. Ya a 8.000 metros, y cuando el *Ferrándiz* había perdido considerable velocidad, fue alcanzado con otros

[3] R. González Echegaray, *La marina mercante y el tráfico marítimo en la guerra civil*. San Martín, Madrid, 1977.


(Col. Pardo Canalís.)

El mercante Mar Cantábrico, *que transportaba armamento, fue capturado por el* Canarias *el 8 de marzo de 1937. De sus 38 tripulantes fueron fusilados 11, al igual que 18 de los 19 voluntarios que había a bordo.*

dos proyectiles. A los pocos momentos quedaba parado y parecía hundirse en llamas, lo que ocurrió pocos minutos después. Inmediatamente empezó el abandono del buque en dos balsas, y algunos marinos a nado. El barco francés *Kuotoubia*, que pasaba por las inmediaciones, arrió dos botes y pudo salvar 25 hombres. El *Canarias* recogió 31.

Nunca se ha dicho cuántos fueron los desaparecidos, pero el número debió de ser muy grande porque la dotación de todos los destructores de 1.536 toneladas era de 175 hombres.

Casi al mismo tiempo, el *Cervera* se encontraba con el *Gravina* a la entrada del Estrecho, pero éste, aun siendo del mismo tipo que el *Ferrándiz*, pudo huir a mayor velocidad por no haber sido sorprendido. Además, se defendió con sus piezas de 101 milímetros y consiguió refugiarse en Casablanca.

A partir de este momento (30 de septiembre de 1936), el bloqueo de todos los puertos del sur quedó roto. El *Canarias* entró en Ceuta y embarcó a 1.400 hombres y armamento de la Mehala Jalifiana, que transportó a Cádiz, a la vez que escoltaba al mercante *Cabo Espartel*, igualmente cargado.

Así, en una semana pasó a la Península el resto de las tropas disponibles (8.000), que inmediatamente iniciaron la marcha sobre Madrid. El puente aéreo iniciado por la aviación ítalo-alemana había pasado ya 16.000 hombres y material.

El 17 de octubre, la flota republicana volvió al Mediterráneo, pero, a pesar de que sólo habían transcurrido poco más de tres semanas desde su partida, la situación había cambiado radicalmente. El dominio del Estrecho se les había escapado, y, con él, las fuerzas que tanto habían esperado esta regalada oportunidad. Las comunicaciones con la Península habían sido restablecidas.

Para incrementar la vigilancia y protección, los rebeldes artillaron algunos bous, al igual que habían hecho en el norte, donde uno de éstos, el *Galicia*, logró hundir al submarino *B-6*, el 19 de septiembre.

Los republicanos, que en el Cantábrico tampoco andaban sobrados de barcos, recurrieron también a los bous armados. Tres de éstos, a la entrada de Bilbao, sostuvieron una verdadera batalla, increíblemente desigual, con el *Canarias*, cuando éste intentó apresar un barco que entraba en la ría. En ningún momento se re-


(Arch. Urbión.)


(Col. Gabriel Gual.)


(Arch. Urbión.)

Cuatro lanchas torpederas italianas (como la de arriba) fueron rebautizadas con nombres españoles. La Requeté *(derecha) fue una de ellas. En la otra fotografía, el* Velasco *hunde a un submarino republicano.*

tiraron los bous, a pesar de que la artillería enemiga los fue demoliendo a cañonazos, pereciendo las tres cuartas partes de sus tripulaciones. Sin duda fue el caso más heroico y temerario de toda la guerra en la mar. Y el *Canarias* no salió indemne, ya que recibió varios impactos.

Merece especial mención el que el capitán de uno de los tres bous —el bacaladero *Navarra*—, minutos antes de hundirse, ordenó a los hombres que quedaban que abandonaran el barco. El primer oficial y dos maquinistas se negaron, a menos que él también lo hiciera. Este sacó su pistola y se suicidó. Los tres, manteniendo su palabra, se hundieron con el barco, siguiendo la tradición de lo que, en la vieja marina, se consideraba el último honor.

Para que nada faltara en aquella gesta en que la defensa del honor estaba antes que la propia vida, se produjo, a modo de eco del pistoletazo, una fuerte explosión que convirtió al *Navarra* en blanca espuma.

La dotación de uno de los bous rebeldes, el *Virgen del Carmen*, se amotinó contra su jefe, el teniente de navío Javier Quiroga, y entró en Bilbao. Quiroga fue juzgado y fusilado.

A partir de octubre, la característica táctica de la flota rebelde fue la movilidad, la rapidez, el golpe inesperado que hace presa, cuyo objetivo era cortar el tráfico enemigo y escoltar el propio. Da una idea de ello el que el *Canarias*, que empezó a navegar el 16 de septiembre, había recorrido al finalizar el año (1936) 22.430 millas. El *Cervera*, en el mismo espacio de tiempo, 23.051 millas. Téngase en cuenta que, según cálculos generalmente aceptados, un barco que haya de mantenerse en buen estado operacional debe permanecer mitad de su tiempo en la mar y mitad en puerto para efectos de reparación, abastecimiento, descanso, etc.

En cuanto a la escuadra republicana, es difícil imaginar su táctica, que, por su inmovilidad, contrastaba con la actividad de los tres primeros meses.

El 22 de noviembre, el *Miguel de Cervantes* era torpedeado en Cartagena por el submarino italiano *Torri-*

celli, siguiendo los planes ítalo-alemanes trazados en Roma, como veremos más adelante.

Segundo año

EL año 1937 empieza con la preparación del avance sobre Málaga, en el que la armada había de jugar un papel artillero de primer orden, mientras que, como resultado de la toma de este puerto, la escuadra republicana tendría que replegar a Cartagena, y en parte a Almería, su base de operaciones en el Estrecho.

Este año se caracterizará por una mayor atención a las operaciones de escolta, sobre todo del lado republicano.

Aunque la propaganda solía decir lo contrario, la verdad es que ambos bandos evitaron encontrarse, a menos de hacerlo en manifiesta superioridad o de forma fortuita e inesperada.

El 30 de abril de 1937, el acorazado *España* se hundió en el Cantábrico, al chocar con una mina que los mismos rebeldes habían colocado. Los republicanos, para efectos de propaganda, dijeron que fue hundido por uno de sus aviones. El *Velasco* recogió la tripulación. Con este hundimiento, la actividad en el Cantábrico quedó muy reducida y se intensificó en el Mediterráneo contra el tráfico procedente de Rusia. Ya el 15 de noviembre se había hundido el *Komsomol*, ruso, que según Moreno, comandante del *Canarias*, fue producido por disparos de éste. En la parte dedicada a Rusia veremos que no fue así.

Aunque ya las marinas de guerra y mercante italianas venían cooperando con la rebelde, el 3 de agosto de 1937 Franco envió un telegrama a su embajador en Roma, en el que decía: «Todos los informes de los últimos días indican una fuerte ayuda rusa a los rojos, consistente en 100 tanques pesados, 500 medios y 2.000 ligeros (según Thomas, que cita a Salas Larrazábal en su apoyo, Rusia suministró unos 900 durante toda la guerra), 300 ametralladoras motorizadas, 300 aviones y decenas de millares de ametralladoras.»

El informe parece exagerado (es lo menos que se puede decir), ya que las cifras exceden la capacidad de ayuda que una nación puede prestar.

«En el caso de que los informes se confirmen —continúa el telegrama—, una acción urgente es necesaria para parar los transportes a medida que pasan a través de los estrechos del sur de Italia, bloqueando la ruta hacia España. Esto puede hacerse proveyendo a España con el necesario número de barcos, o a través de la intervención de la misma armada italiana..., bien abiertamente bajo la bandera italiana, o con un oficial español y varios hombres a bordo, e izando la bandera nacionalista española durante la captura. Voy a enviar un delegado a Roma inmediatamente, para tratar este importante asunto.»



(Col. CEHC. Univ. de Barcelona.)

Luis González Ubieta, jefe de la flota republicana, fue el único marino que obtuvo la Placa Laureada de la República.

En efecto, Franco mandó a su hermano Nicolás, el 5 de agosto, quien se entrevistó con Mussolini y Ciano. Termina el telegrama pidiendo que «destroyeres italianos observen y sigan los barcos en ruta hacia España y den su posición a la armada española»[4].

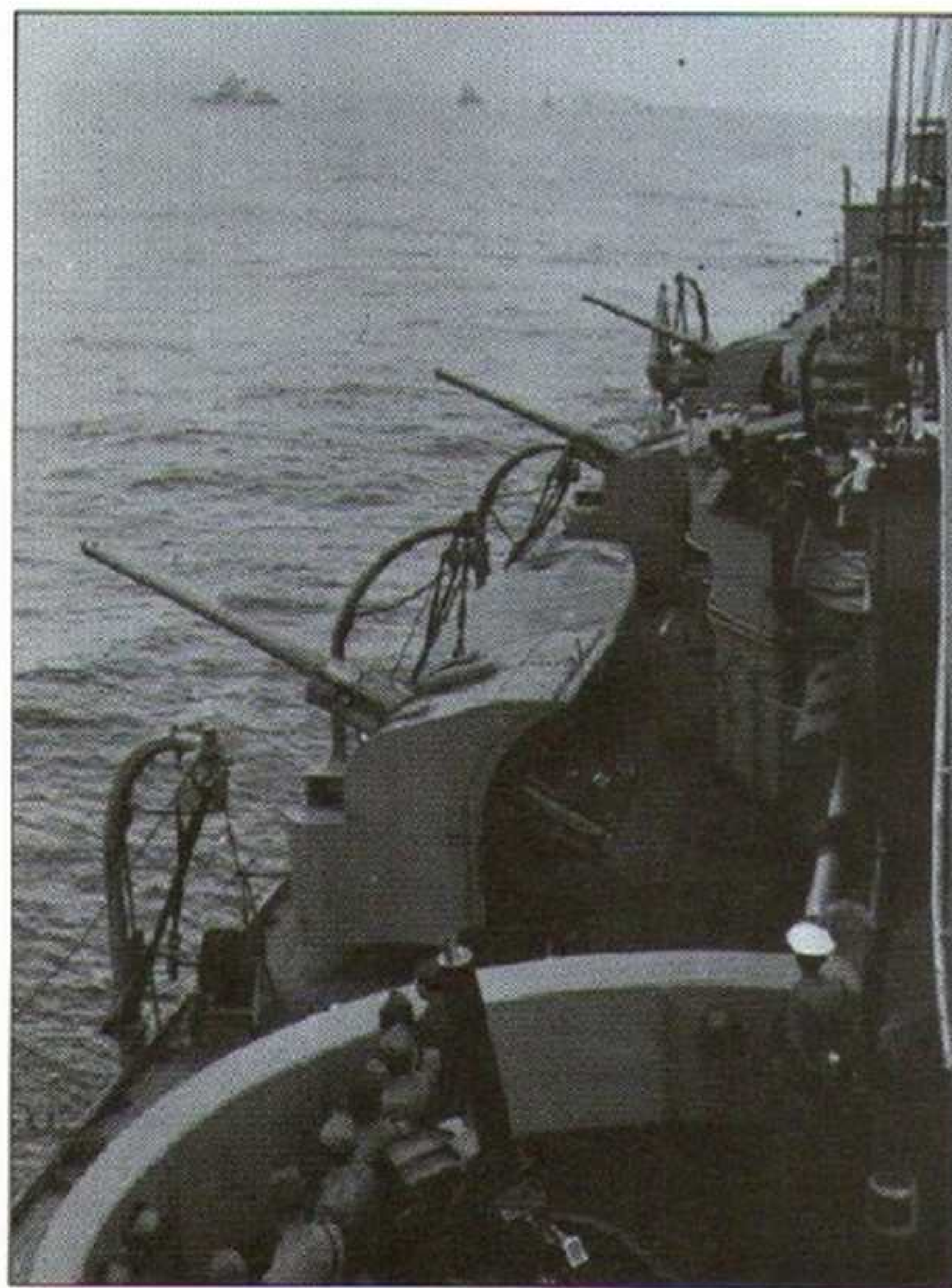
A pesar de que ya por entonces siete submarinos italianos estaban dedicados a estas operaciones, el número fue aumentado y, asimismo, algunos destructores. Además, a mediados de abril ya habían vendido dos submarinos, el *Torricelli* y el *Archimede*, que tomaron los nombres de *General Sanjurjo* y *General Mola*. Algunos italianos quedaron formando parte de las dos dotaciones: dos electricistas, tres torpedistas, dos artilleros, dos hidrofonistas y un timonel. A finales de octubre y principios de noviembre, los submarinos *Iride* y *Onice* fueron prestados por tres meses, y el *Ferrari* y *Galilei* por cuatro. También por estas fechas, los destructores *Pepe*, *Poerio*, *Aquila* y *Falco* fueron ven-

[4] Documents on German Foreign Policy, 1918-1945. Ser. D. V.3. London H.M.S.O., 1951. Documento número 407, facilitado a los alemanes al tiempo que era enviado a Roma.

didos, tomando los nombres de *Huesca, Teruel, Velasco Ceuta* y *Velasco Melilla*. Igualmente vendieron cuatro lanchas torpederas, tomando los nombres de *Javier Quiroga, Cándido Pérez, Nápoles* y *Sicilia*. Alemania vendió otras cinco, que fueron llamadas *Requeté, Falange, Toledo, Oviedo* y *Badajoz*.

Por su parte, los republicanos también recibieron de Rusia cuatro de estas lanchas; pero en ninguna de las dos zonas dieron resultado.

Todo esto hará pensar, por lo menos a los enterados, ¿y el Comité de No Intervención? Efectivamente, este organismo fue formado en agosto de 1936 por todos los países europeos, menos Suiza, para vigilar y evitar la intervención extranjera. Pero, como acabamos de ver más arriba por las ventas de barcos y material de guerra, lo único que hizo fue «no intervenir en la No Intervención». Tan es así que aun los estadistas más moderados del mundo consideraron la actuación de este organismo como «una farsa». Calificación bien merecida si consideramos lo que sigue: Cuando los periodistas, el 3 de febrero de 1938, en Londres, preguntaron a Dino Grandi (representante italiano en este comité) si era verdad que Italia había suministrado submarinos a Franco y enviado 40.000 hombres, éste contestó: «Esa pregunta es demasiado grotesca para tener que desmentirla.» Sin embargo, por entonces ya había en España 53.391 italianos y los submarinos habían llegado a España en abril del año anterior.



(Arch. Azaola.)

Artillería de estribor del crucero Canarias, *el más moderno buque de guerra de la armada nacionalista.*

La no intervención sólo benefició a los rebeldes y a los traficantes. A éstos porque encareció los suministros, y a aquéllos porque sus abastecedores, Alemania e Italia, no sólo no la tuvieron en cuenta, sino que el burlarla (como vemos por Grandi) aureolaba sus métodos.

Rusia también la ignoraba, pero por la distancia, las dificultades de transporte y una menor capacidad en armamentos nunca llegó al nivel ítalo-alemán.

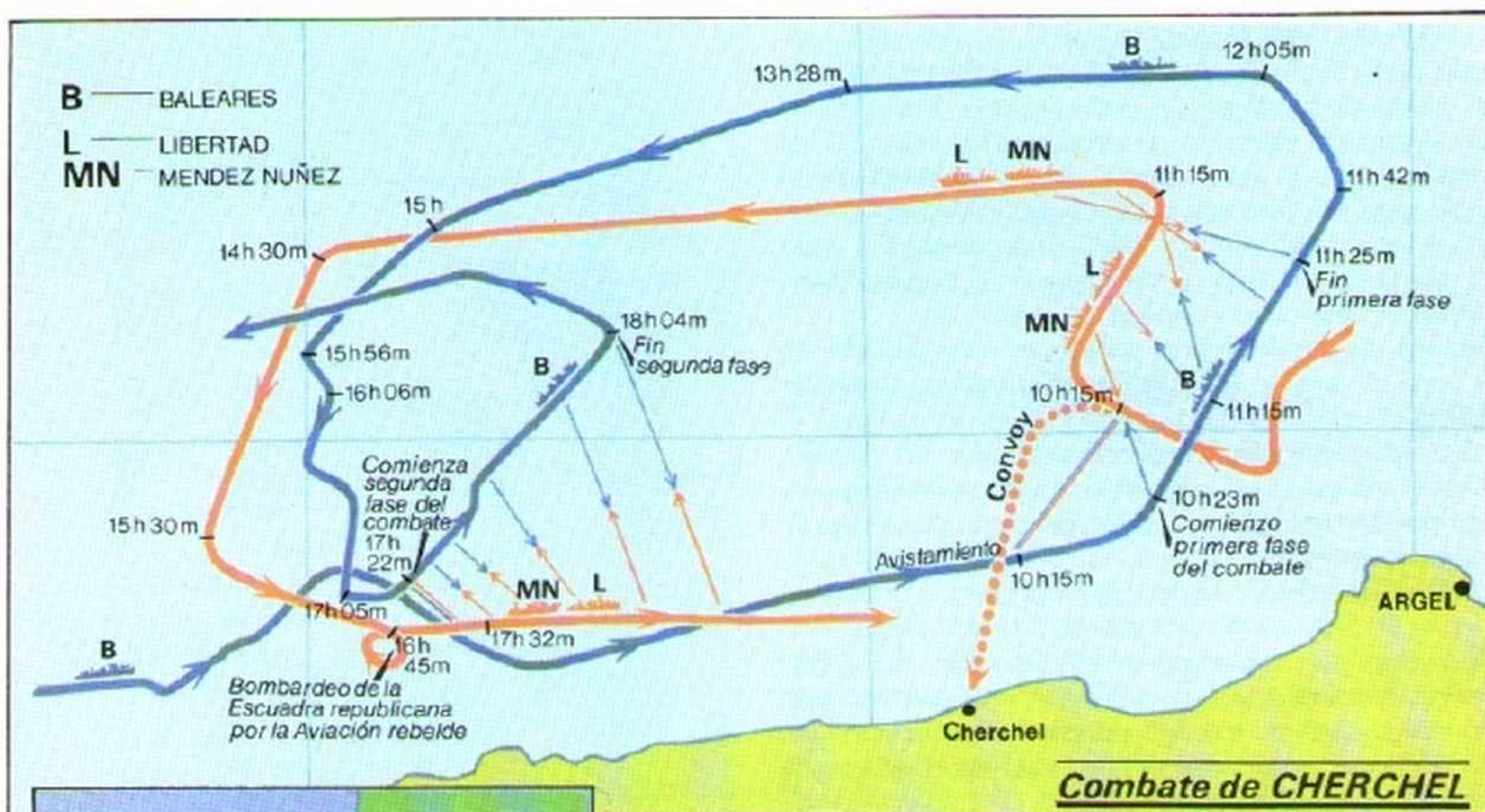
Francia, que en los dos primeros meses había suministrado algún material a los republicanos, respetó la no intervención, en cuanto a facilitar armamento propio, pero ayudó con bastante frecuencia en el tráfico de importaciones rusas que, desembarcadas en sus puertos del Atlántico, pasaban a través de Francia para entrar por la frontera catalana.

Otra farsa, no tan grotesca pero sí más repugnante, fue la de entregar barcos cargados a una zona, mediante pago, cuando ya habían cobrado por adelantado de la otra. Por ejemplo, el *Ionia*, petrolero griego, destinado a un puerto republicano, se hizo pagar el 15 por 100 del valor en libras esterlinas, y se dejó apresar; para lo que, previamente, había dado su situación en la mar. Un mes más tarde, otro petrolero griego, el *Nausica*, repitió la misma operación. En casi todos los casos conocidos, los barcos eran griegos.

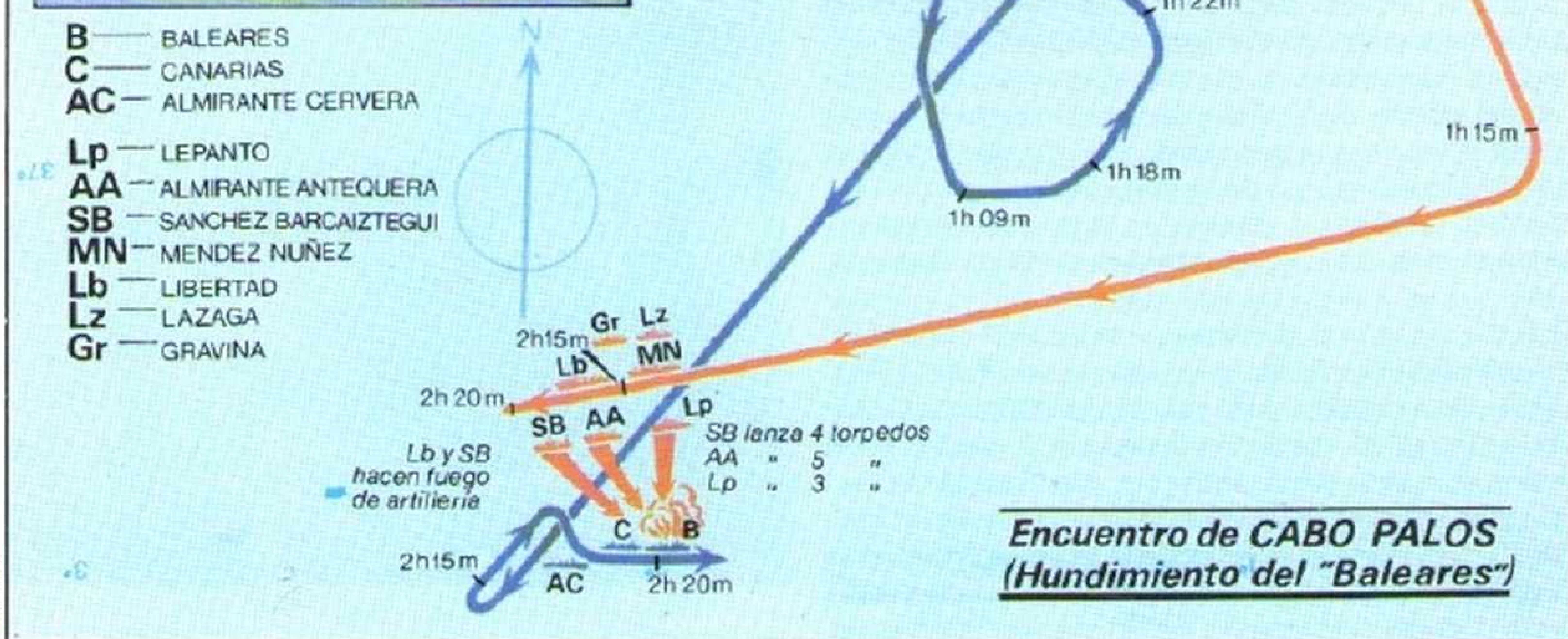
En junio de 1937, y estando el *Jaime I* en reparación, se produjo una fuerte explosión que lo dejó inutilizado por largo tiempo. Todo pareció indicar un acto de sabotaje.

El 11 de julio de 1937, el crucero rebelde *Baleares* mantuvo una escaramuza con cuatro destructores que custodiaban dos mercantes, recibiendo algunos impactos en su artillería. Y el 7 de septiembre se produjo el combate de Cherchel, en el que participaron el *Baleares*, los cruceros *Libertad* y *Méndez Núñez* y cuatro destructores. Estos escoltaban un convoy de cuatro barcos.

A las 10.30, el *Baleares* se apresta a atacar el convoy, pero manteniéndose a la distancia que su larga artillería le permite. Quince minutos más tarde, dispara simultáneamente sobre los dos cruceros. Estos aceptan el combate, se ponen en línea paralela y, a toda velocidad, abren fuego por salvas, que mantiene centrado el *Libertad*, consiguiendo varios impactos. El *Baleares* trata de alejarse para mantenerse fuera de la línea de tiro del *Libertad*, pero éste sigue tirando y manteniendo una velocidad entre 29 y 30 nudos. Sigue el combate, y uno de los proyectiles toca la amura de babor del *Baleares*, dejando sin corriente las torres de proa y dirección de tiro, lo que obliga a suspen-


B BALEARES
L LIBERTAD
MN MENDEZ NUÑEZ
Combate de CHERCHEL
Comienza segunda fase del combate 17h 22m
Fin segunda fase
Fin primera fase
Comienzo primera fase del combate
Avistamiento
Convoy
Bombardeo de la Escuadra republicana por la Aviación rebelde
Cherchel
ARGEL


Barcelona
MADRID
Valencia
Palma
Cabo Palos
Cartagena
Málaga
Cádiz
Gibraltar
Ceuta
Melilla
Cherchel
Argel


B BALEARES
C CANARIAS
AC ALMIRANTE CERVERA
Lp LEPANTO
AA ALMIRANTE ANTEQUERA
SB SANCHEZ BARCAIZTEGUI
MN MENDEZ NUÑEZ
Lb LIBERTAD
Lz LAZAGA
Gr GRAVINA
SB lanza 2 torpedos
SB lanza 4 torpedos
AA " 5 "
Lp " 3 "
Lb y SB hacen fuego de artillería
Encuentro de CABO PALOS
(Hundimiento del "Baleares")

J. Bernal

der el fuego para reparar la avería. El *Libertad* continúa con el tiro centrado, y otro impacto toca la chimenea de aquél por la parte de proa, destrozando sus mamparas interiores y alcanzando la metralla los puentes, la caja de urgencia del cañón 4, teniendo que lanzar los proyectiles al agua, en medio del fuego, y se incendia un proyectil iluminante. Por falta de corriente, la aguja giroscópica dejó de funcionar, viéndose obligados a utilizar la magnética.

Aunque las torres de proa continuaron disparando, en la popa el humo y el fuego impedían utilizar la artillería del 12, así como las torres 3 y 4. Mientras tanto, el *Libertad* seguía disparando certeramente. El *Méndez Núñez*, incapaz de mantener la misma velocidad, había quedado rezagado y los destructores seguían escoltando el convoy.

A la media hora de haberse iniciado el combate perdieron el contacto y cesaron de hacerse fuego.

El marino que, con riesgo de su vida, abrió la caja de proyectiles de 120 milímetros y los lanzó al agua, murió al día siguiente a consecuencia de las quemaduras. Se le otorgó la medalla militar, casi en el acto, y la cruz laureada a título póstumo.

El *Baleares*, que había pedido refuerzos y la intervención de la aviación «legionaria» (léase italiana) de Palma de Mallorca, continuó la persecución del convoy, a la vez que reparaba averías.

A los veinte minutos avista de nuevo al *Libertad* y dispara a 16.800 metros, pero éste contesta con gran eficacia y vuelve a retirarse; el *Baleares* mantiene el rumbo del convoy con intención de caerle encima a la llegada, que se anuncia, del *Canarias* y la aviación.

A las 17.30, los republicanos pasan al ataque de nuevo con los dos cruceros y tres destructores. A las primeras salvas, el *Libertad* centró su tiro, mientras que los de los otros quedaban cortos. El *Baleares* trata de alejarse a 31 nudos, al tiempo que el agua comienza a entrar por el boquete abierto en la amura, inundando el pañol electricista, produciendo el aislamiento del circuito de las torres de proa, así como su alza directora y la del puesto A. La popa está envuelta en humo, la artillería funciona defectuosamente, lo que obliga al *Baleares* a retirarse a toda máquina.

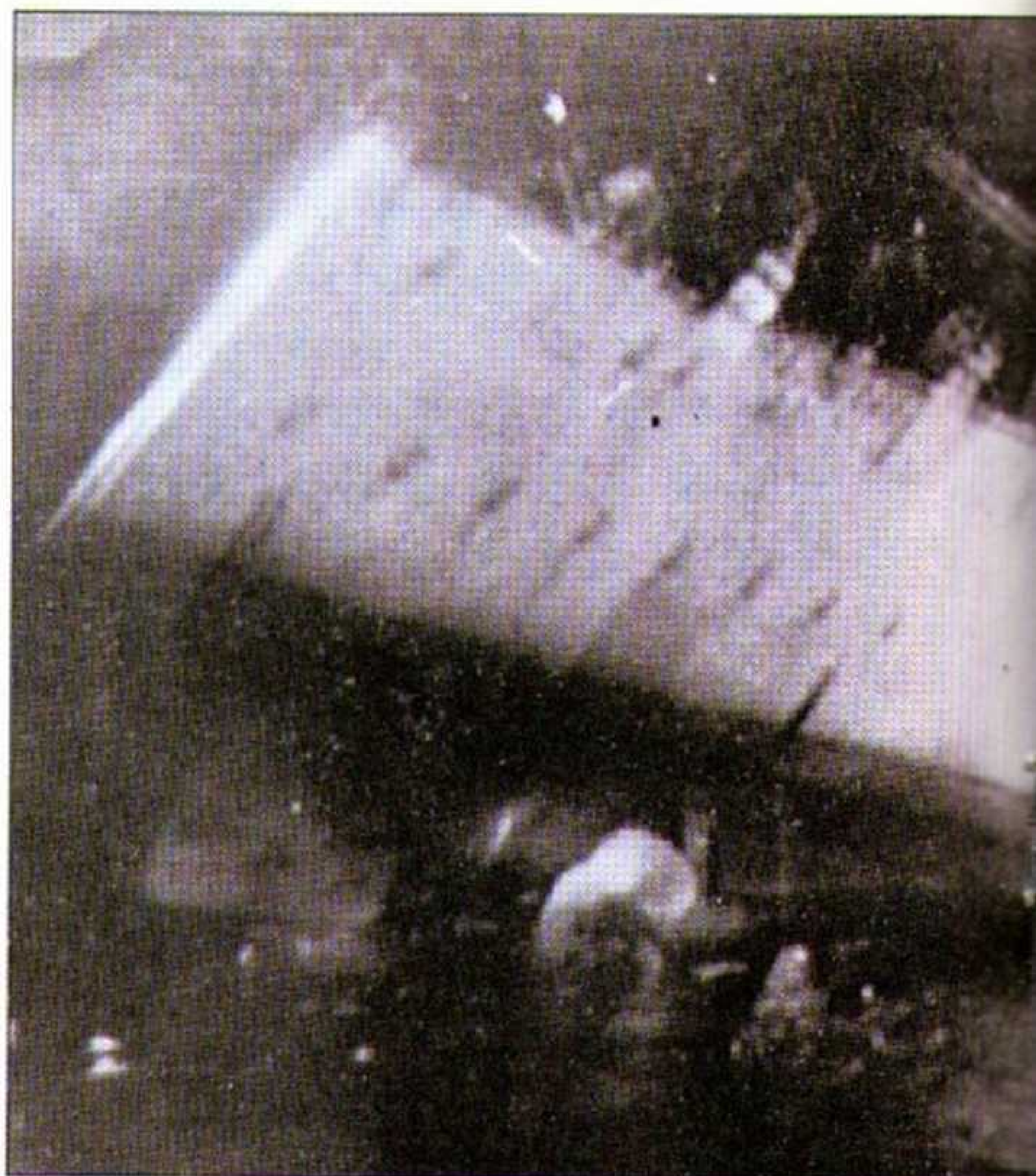
El último contacto, y siempre en la ruta de Cartagena, se produjo a las 18,20, cruzándose unos disparos, hasta que el *Baleares* logró alejarse.

El *Baleares* avistó al *Canarias* a las 3.21 del día 8. Este se encaminó hacia las costas del norte de Africa, y el *Baleares* hacia Cádiz para hospitalizar a los heridos, que eran 29, enterrar a los muertos, que sumaban cuatro, y reparar sus averías, que eran considerables.

Es evidente que el *Baleares* estuvo en inferioridad, dada la superioridad numérica del enemigo, pero no es menos cierto que el verdadero duelo se produjo entre él y el *Libertad*, al que era superior en artillería y velocidad, que son los factores principales en todo com-



(J. Bernal.)



(Col. Gabriel Gual.)

Esta foto fue tomada por don Gabriel Gual en el mismo momento e
res Lepanto *y* Antequera.





n que el crucero Baleares se hunde por los torpedos de los destructo-

bate. Sin embargo, llevó las de perder. A tal punto, que no consiguió ni un solo impacto sobre el *Libertad*. Lo que parece indicar que los mandos republicanos, por lo menos los de este crucero, no eran tan malos como se decía. En verdad hubo muchos factores en la deficiencia naval republicana que históricamente no se han tratado y sobre algunos de los cuales hablaremos más adelante.

Franco, dueño de la mar

El año 1938 vino a afirmar más el dominio de la mar por los rebeldes, ya que era ésta la única vía utilizada para el abastecimiento logístico militar. Para intensificar este dominio se añadieron a la flota cuatro «cruceros auxiliares», que, artillados, fueron el *Mar Cantábrico, Mar Negro, Ciudad de Valencia* y *Ciudad de Alicante*. Estos dos últimos operaron en el mar del Norte, utilizando como base el puerto alemán de Emden. Otros cuatro fueron: *Mallorca, Lázaro, Puchol* y *Sister*.

Los días 22 y 23 de febrero se iniciaron incursiones sobre algunos puertos, con los tres cruceros, bombardeando Valencia, Sagunto, Palamós y San Felíu de Guixols. La escuadra republicana no acudió a estas citas, pero sí la aviación, que actuó con bastante eficacia, logrando varios impactos en el *Almirante Cervera*. Una de las bombas entró por la chimenea de popa y se empotró en una caldera, al no explotar, causando un tremendo escape de vapor. En cubierta, los desperfectos fueron grandes y la tercera sección quedó sin electricidad. Los 17 muertos y los 63 heridos causados dan una idea de la importancia del ataque.

A partir de la lección de Cherchel, los cruceros ya no se aventuraban solos y, como si respondieran a esta táctica, los republicanos los atacaban con escuadrillas de aviones.

El 5 de marzo de 1938, la escuadra republicana, compuesta por los cruceros *Libertad* y *Méndez Núñez* y los destructores *Lepanto, Antequera y Sánchez Barcáiztegui*, se dirigía a Palma escoltando a tres lanchas rápidas que debían lanzar un ataque contra la base naval.

El mismo día, los cruceros *Baleares, Canarias* y *Almirante Cervera* navegaban hacia Tres Forcas escoltando dos barcos procedentes de Italia. A las 0.40 del día 6 avistaron cinco barcos de guerra republicanos, con las luces apagadas, que, al ordenarse zafarrancho de combate, fueron desapareciendo. A las 2.15 volvieron a ser avistados, y el *Baleares* y el *Canarias* abrieron fuego. Casi inmediatamente, dos destructores, el *Lepanto* y el *Antequera*, lanzaron sus torpedos contra el *Baleares*, que a los pocos segundos hacía explosión, produciéndose una gran columna de humo y fuego, mientras que el palo de popa caía sobre las torres.

El *Canarias* y el *Cervera* se retiraron a 28 nudos, dejando la escena de un combate que apenas había durado un minuto. Y sólo volvieron cinco horas más tarde, después de comunicar al almirante jefe del bloqueo: «Me dirijo (comunicaba el *Canarias*) con *Cervera* a punto 70 millas al 84° cabo Palos, donde se incendió *Baleares*. Para prestar auxilio a los náufragos, caso que existieran supervivientes.»
Afortunadamente, dos destructores ingleses, el *Kempenfeld* y el *Boreas*, habían ya recogido 435 hombres,



(Pyresa.)

Franco, entre los almirantes Cervera y Moreno. Detrás puede distinguirse al general Dávila y a Serrano Súñer, ministro del Interior.

de los que 180 tenían heridas y quemaduras; el resto, 788, habían perecido con el barco. Entre éstos, el especialista alemán Jürgen Jensen, que, con otros 69, formaba parte del grupo de especialistas en minas y señales que operaban en barcos y bases navales.
Cuando se efectuaba el transbordo de los náufragos al *Canarias*, a las 8.38, una escuadrilla de nueve bombarderos republicanos atacó a los dos cruceros, sin mayores consecuencias.
Hay dos hechos que consideramos de mayor importancia en este combate relámpago: ¿Por qué estos cruceros rehuyeron el combate, huyendo a toda máquina y dejando sin ayuda a los náufragos?
Moreno (p. 255) dice: «La decisión de alejarse los cruceros del paraje del encuentro obedeció al peligro que significaba hallarse en la noche, ante la eventualidad de un ataque de torpedos por parte de los destructores enemigos.» Sin duda, ésta parece haber sido la razón; pero ¿por qué no se utilizaron proyectiles iluminantes, como hizo la escuadra republicana enfocando a los cruceros enemigos al iniciarse el ataque?
Esta precipitada retirada contrasta enormemente con la actitud del *Baleares* en el combate de Cherchel, que, a pesar de estar solo, atacó una y otra vez, manteniendo durante ocho horas el rumbo de la flota republicana, cuyos barcos eran justamente los mismos.
Sea como fuere, una razón parece evidente: temían (lo que nada tiene que ver con el miedo) la eficacia del enemigo, que el *Libertad* había probado meses antes frente al *Baleares*, al que acababan de hundir.
El hecho táctico que nunca se ha explicado es: ¿Por qué los republicanos, con la moral de aquel éxito ins-

tantáneo, no siguieron el ataque contra los cruceros en fuga? Muy recientemente, uno de aquellos oficiales nos ha dicho: «Casi nos quedamos sin torpedos, que, en aquel momento, y dada la proximidad, eran lo más eficaz.»

Mandaba la escuadra republicana el capitán de navío Luis González Ubieta. Y la rebelde, el contraalmirante Manuel de Vierna Belando.

A la caída del norte, donde operaba, el *José Luis Díez* se refugió en El Havre. Como para unirse a la escuadra tenía que atravesar el Estrecho, los cruceros *Canarias, Cervera* y *Navarra,* los tres destructores comprados a Italia y algunos cañoneros montaron una muy estrecha vigilancia a la altura del cabo San Vicente. El *Díez* dejó el puerto francés el 20 de agosto, a las 20.30; pero como se sabía espiado y que lo esperarían, hizo tiempo en la mar para pasar al Mediterráneo por sorpresa. El 27, a las 2.25, es avistado por el destructor *Velasco Ceuta,* que rompe el fuego al tiempo que comunica con el resto de la escuadra. El *Díez* se adentra en Punta Europa, donde el *Canarias* se prepara a recibirlo. Este, media hora más tarde, dispara y hace blanco, con su artillería de 203. El *Díez* cambia de rumbo para zafarse, pero el *Canarias*, a toda máquina, le corta la derrota, lo que obliga al *Díez* a varar en Punta Europa porque el impacto recibido le había abierto una vía de agua que podía causar el hundimiento. Más tarde, un remolcador inglés lo entró en Gibraltar, con 20 muertos y 12 heridos.

Los rebeldes, perfectamente informados, vigilan. Y el 30 de diciembre, a la 1.10, sale el *Díez,* que es iluminado por el *Calvo Sotelo,* mientras el *Júpiter* abre fuego con su artillería de 120 milímetros. A la vez que su gemelo, el *Vulcano,* se pone en posición tal que el *Díez,* a toda máquina, parece abordarlo; pero maniobra a estribor y los dos barcos se abarloan. Dada la proximidad, ya no se usan los cañones, sino las ametralladoras. Es esta gran proximidad lo que salva al *Vulcano* de un torpedo que, disparado, pasa por encima de la toldilla y toca la borda al descender. El *Díez* maniobra y pasa por la proa del *Vulcano,* pero está tan cerca de la playa que queda varado. Luego, las autoridades inglesas lo internaron hasta el fin de la guerra.

Terminaba así 1938 sin que se produjeran otros encuentros. Este año habían visto una mayor protección a los convoyes, sin que por ello disminuyera la guerra al tráfico, por lo menos por parte de los rebeldes.

Catástrofe final

EL año 1939 empezó con un ambiente eufórico en un lado y pesimista en el otro. La guerra estaba ganada para los unos y perdida para los otros.

Para celebrar un avance de la victoria, se organizaba el 22 de febrero, al sur de cabo Salou, Tarragona, una revista naval, presidida por Franco con uniforme de capitán general de la armada, y en la que desfiló casi toda la flota, incluidos algunos cruceros auxiliares.

Cinco días más tarde, Negrín se reunía con los mandos militares, entre los que se encontraba el jefe de la flota, Miguel Buiza Fernández, que se pronunció por llegar a una paz con honor, mediante una negociación con Franco. Este criterio era compartido ampliamente, y, suspendida la reunión, Negrín se decidió por cambiar algunos mandos que él consideraba «claudicantes». Su criterio era que se debía resistir hasta enlazar con la segunda guerra mundial, que él presentía muy cerca y que, en efecto, se inició seis meses más tarde.



(Arch. Doc. M.º Cultura. Salamanca.)

Cualquier medio es utilizado para adquirir información, pero ésta, para ser efectiva, tendrá que ser contrastada.

Entretanto, el coronel Casado preparaba un levantamiento para obtener una «paz con honor», que significaría una guerra civil republicana dentro del marco de la guerra civil española. Así, un «pronunciamiento» vendría a poner fin a lo que también había empezado por un «pronunciamiento».

En Cartagena, adonde Negrín había enviado a Galán para hacerse cargo de la base naval, se producían sublevaciones y contrasublevaciones, arrestando a Galán los unos y liberándolo los otros [5]. Ante este caos, a las 12.05 del día 5 de marzo, el jefe de la flota, Buiza, emitió la orden: «La segunda flotilla, que se ponga en movimiento.» Y a continuación toda la flota abandonaba el puerto de Cartagena, con Galán a bordo.

Ya cerca de Argelia, y cuando las informaciones de radio indicaban que Casado se había impuesto y todo estaba, más o menos, en orden, se pensó en volver a Cartagena, no para seguir la resistencia, sino para evacuar el mayor número posible de gente muy comprometida. Buiza preguntó a todos los barcos cuáles eran sus existencias de petróleo. Estas (según Bruno Alonso, comisario de la flota) permitían llegar a Cartagena o Bizerta. Pero —pensaron— si entretanto Cartagena caía en manos de los rebeldes o se acababa el petróleo, los barcos quedarían al garete. La decisión fue de continuar, y en la mañana del día 7 entraban en Bizerta.

De los 4.000 hombres de dotación decidieron volver a España 2.400.

Es aleccionador, y no precisa comentario, el que todos los barcos guardaron sus nombres, con la sola excepción del *Libertad*, que pasó a llamarse *Galicia*.

Intervenciones extranjeras

Aunque la intervención ítalo-alemana comenzó en los primeros días de la guerra con el envío de aviones para el puente aéreo Marruecos-Península y la constante información sobre la situación de la escuadra republicana, la decisión de intervenir la marina directamente se tomó en una reunión celebrada en Roma el 17 de noviembre de 1936, en la que participaron el almirante Vladimiro Pini y el contraalmirante Oscar Gianberardino, por Italia, y el capitán de fragata Lange y capitán Heye por Alemania. En esta reunión se llegó a un acuerdo sobre la cooperación entre las dos armadas, con referencia a las operaciones submarinas a lo largo de las costas del Mediterráneo español, en los puntos siguientes:

«1. Los submarinos italianos y alemanes se relevarán entre sí en la guarda de dichas costas. Las unidades italianas permanecerán en sus posiciones hasta el 29 de noviembre de este año. Luego, partirán para el este.

Las unidades alemanas llegarán al norte del cabo de Gata en la mañana del 30 de noviembre y permanecerán allí hasta el 11 de diciembre. Durante la noche en que dejen sus posiciones, se retirarán a una distancia aproximada de 40 millas de la costa, distancia que debe ser mantenida durante su retirada. A la mañana siguiente serán reemplazados por italianos, y durante la noche del cambio, ningún submarino deberá ser apresado o atacado.

2. Las unidades italianas, cuyas órdenes entrarán en efecto inmediatamente, tienen permiso para atacar destructores y submarinos, pero de acuerdo con el criterio italiano y la intención de un comandante dado. Se sobrentiende que los ataques han de ser dirigidos a los barcos mayores. Se ha dado permiso para atacar barcos rusos y españoles cargados, si se aproximan a las aguas territoriales españolas.

3. También se confirma por la parte italiana, como completamente correcto, el no dar en absoluto información alguna a los blancos españoles acerca de la acción que los submarinos alemanes o italianos desplieguen o desplegarán.

4. Además, para simplificar el servicio de información a lo largo de la costa italiana, hay un acuerdo en el sentido de que la información que sea obtenida por las unidades alemanas e italianas que vigilan varios puertos españoles será reunida por los almirantes de ambas potencias que se encuentren en aguas españolas. Luego, tratarán de comunicar esta información, o hacer su entrega, a los ministros de marina en Roma y Berlín, quienes, dada su posición, decidirán acerca de la notificación apropiada de los submarinos en acción.

5. Es unánimemente considerado conveniente que los comandantes de cada barco de superficie, así como los almirantes, sean informados en lo que concierne a la presencia de submarinos a lo largo de la costa española, para evitar más fácilmente problemas y, en cuanto a los comandantes mencionados, recibir directrices de acción en cualquier situación que pudiera presentarse.

6. En caso de avería en la mar, con heridos graves a bordo, o para hacer provisiones, los submarinos alemanes están autorizados a cambiar el rumbo hacia el puerto italiano de Maddalena, navegando hasta el cabo de Gata y luego continuar a lo largo de la costa de Cerdeña para entrar en la bahía de Bonifacio. Al navegar en esta dirección deben izar bandera italiana.

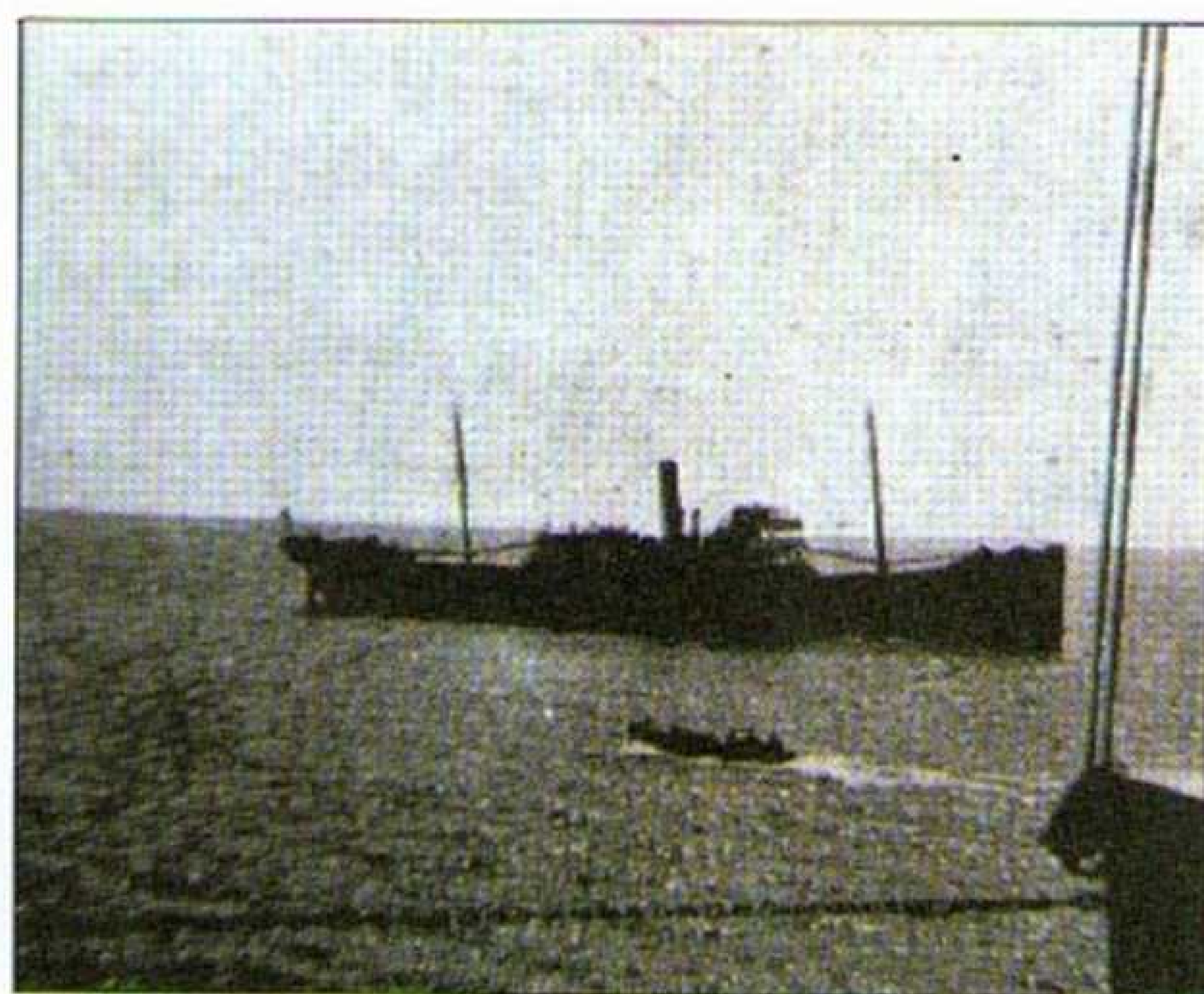
7. En cuanto a la posibilidad de una investigación que pudiera ser dirigida a los gobiernos alemán e italiano por otro gobierno, después de un torpedeamiento con éxito, siempre sería expeditivo el expresar ignorancia y la mayor sorpresa» [6].

El primer resultado de este acuerdo fue el torpedeamiento del crucero *Miguel de Cervantes*, el 27 de noviembre de 1936, por el submarino *Torricelli*. Por lo cual, su comandante, Giuseppe Zapellon, recibió la medalla militar, por decreto del 14 de julio de 1939, fir-

[5] Véase *Desastre en Cartagena*, de Luis Romero, que sigue siendo lo mejor sobre el tema, aunque presenta algunas rectificaciones en su libro *El final de la guerra*.

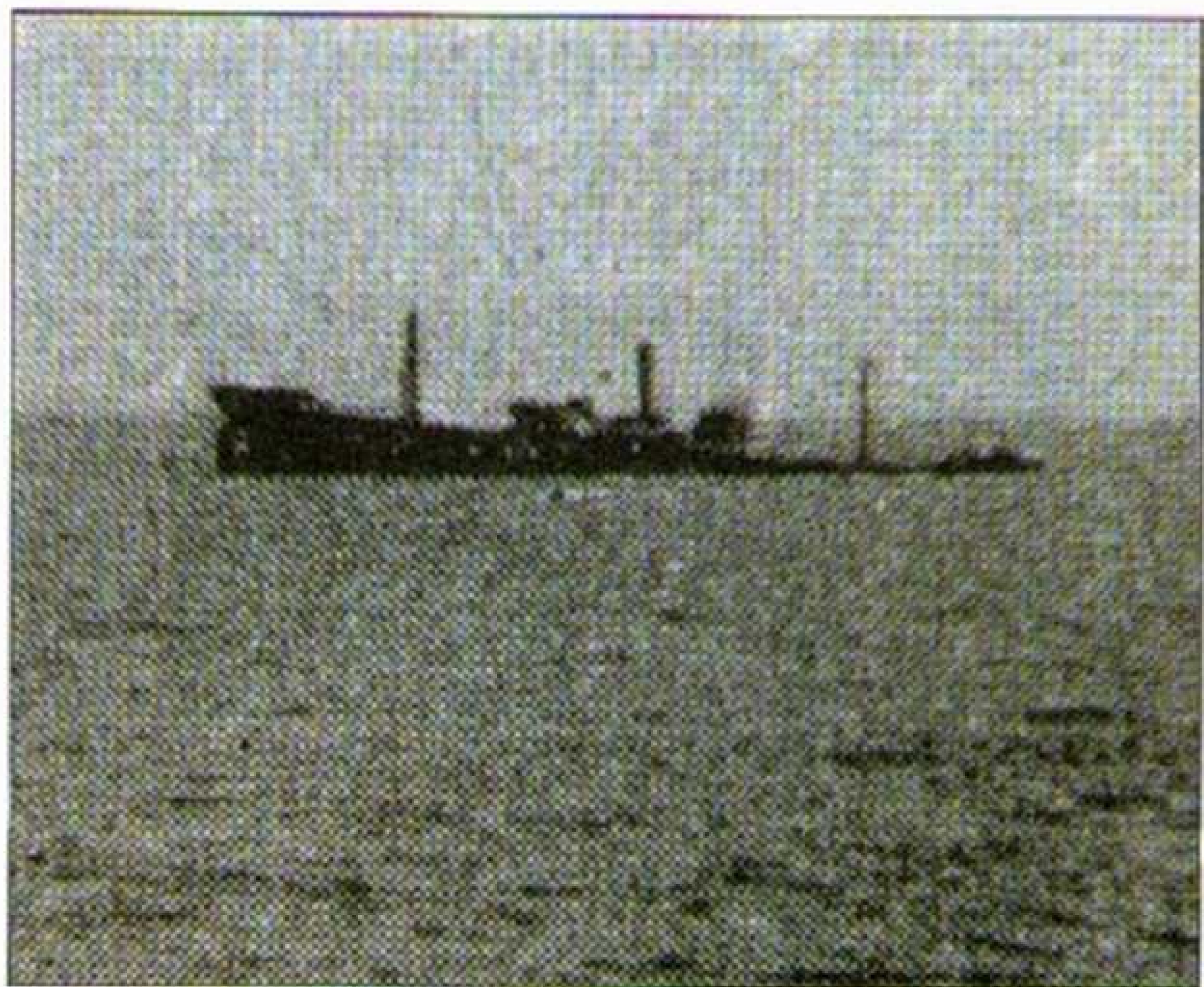
[6] Washington National Archives. German Naval records, T-426-B, PC 80773.





(Col. Pardo Canalis.)





(Col. Pardo Canalis.)





(Col. Pardo Canalis.)

Secuencia del apresamiento y hundimiento del mercante griego Polis *por el crucero* Baleares. *Interceptados por navíos y submarinos italianos y alemanes, los mercantes resultaban fáciles presas.*



La Cruz Roja Internacional llegó a fletar barcos hospitales con los que socorría a posibles náufragos de cualquier bando. A pesar de los distintivos, en algunas ocasiones fueron bombardeados.

mado por Franco, e igualmente Silvio Garino, por el torpedeamiento del destructor *Churruca*.

El almirante Juan Cervera dice en sus Memorias (p. 60) que esta operación se efectuó como consecuencia de los acuerdos de la Conferencia de Cádiz, en la que participaron jefes y oficiales de las marinas italiana, alemana y española, a bordo del *Canarias*, el 29 de diciembre de 1936. Es decir, treinta y ocho días después del torpedeamiento del *Cervantes*.

Lo que no dice Cervera es que esta reunión tuvo lugar para coordinar las operaciones navales, porque, con arreglo al artículo 3 del documento arriba mencionado, este ataque se efectuó sin «dar en absoluto información alguna a los blancos españoles». Lo que lleva a la conclusión de que alemanes e italianos hicieron la guerra naval por su propia cuenta, por lo menos hasta la Conferencia de Cádiz.

Pero ya antes de esta conferencia, el 11 de diciembre, un nuevo plan de operaciones navales fue estudiado por los estados mayores alemán e italiano, porque «una nueva delimitación de las actividades de las flotas italiana y alemana es necesaria», según un informe que, firmado por el almirante Erich Raeder, es dirigido al Estado Mayor de la marina italiana, y en el que se propone que, «de acuerdo con las discusiones de Roma, la flota italiana sostenga a la flota española a lo largo del Mediterráneo español, tomando a su cargo la parte más importante de la superficie de operaciones de la guerra naval... Y si el apoyo alemán es necesario, la flota alemana será confinada a la costa norte de España y al sector marítimo del oeste de Gibraltar» [7].

El 15 de diciembre, Lange dirigía al alto mando de la marina alemana la respuesta al documento del almirante Raeder [8] en la que, entre otras cosas, decía: «El jefe del gobierno italiano, durante una entrevista en el palacio Venecia, me ha explicado que pensaba autorizar a los submarinos italianos a operar a lo largo de la costa mediterránea española, puesto que comprende perfectamente las dificultades encontradas por los submarinos alemanes si deben efectuar estas operaciones, habida cuenta de la gran distancia de sus bases y la ausencia de fuertes bases de apoyo en el Mediterráneo.» «... Pero de ninguna manera tiene la intención de hacer cesar enteramente en la mar y en el aire la cooperación entre Italia y Alemania.» «... Además, sugiere que el número de barcos no sea reducido y que éstos deberán continuar operando en el Mediterráneo, tomando en consideración el hecho de que, para las operaciones al este del cabo de Gata, será pedida una notificación previa (a los italianos), de manera que todas las precauciones puedan ser tomadas.»

Ayuda italiana

De acuerdo con estos planes, Mussolini movilizó la mayor parte de su flota submarina, alcanzando la cifra, para muchos increíble, de 56 unidades. Esto es tanto más sorprendente cuanto que ningún historiador dio más de siete o diez. Sin embargo, esta información existe desde 1963, fecha en que el Estado Mayor de la marina italiana publicó *I Sommergibili Italiani*, donde aparecen los nombres de los 56 submarinos, habiendo efectuado 84 misiones especiales, sumando un total de mil ciento cincuenta y cinco días, a una media por unidad de 20,62 días.

[7] Misma fuente que el documento anterior: T-98-A, PG 33308.

[8] La misma fuente y signatura topográfica.


(Brandeis University. USA.)

En numerosas ocasiones el fervor revolucionario y el entusiasmo no podían suplir a la eficiencia técnica de una oficialidad mayoritariamente partidaria de la sublevación.

Alcofar Nassaes, a quien facilitamos copia de estos datos, lo puso en duda y escribió al Ufficio Storico della Marina. El contraalmirante Gino Galuppino le respondió: «I dati citati nel volume *I Sommergibili Italiani* sono esatti.»

Aunque estos submarinos habían hundido bastantes barcos, su misión principal fue la de vigilar los movimientos de la flota republicana y el tráfico mercante. Sin estas informaciones es difícil imaginar cómo los rebeldes, con una pequeña flota, han podido capturar 227 barcos y hundir 35 de la marina mercante republicana, así como detener, inspeccionar, bombardear o capturar 628 extranjeros y hundir 34.

Por otra parte, esto ayuda a explicar por qué la flota republicana, muy superior en número, ha sido tan ineficaz. La razón no fue solamente la indisciplina y la falta de oficiales competentes, como se ha dicho con tanta frecuencia, sino también el saberse vigilados por toda clase de barcos alemanes, italianos y portugueses. Además, sabían muy bien que submarinos extranjeros (todos los españoles estaban con los republicanos) estaban hundiendo barcos y habían torpedeado el crucero *Miguel de Cervantes* y el *Churruca*. Por esto, la marina republicana, y más la mercante que la de guerra, nunca supo cuántos y quiénes eran los barcos enemigos, que igual aparecían en el Bósforo que en el mar del Norte.

Tan importante fue la intervención de la marina italiana que una de las mayores dificultades es precisar, en detalle, qué hizo cada barco.

Empecemos por citar al profesor John Coverdale, que, hasta hoy, es quien mejor y más extensamente investigó la intervención italiana. Dice: «La actividad naval italiana en ayuda de Franco fue creciendo constantemente. Y hacia mediados de febrero de 1937, 13 cruceros, 22 destructores, dos lanchas torpederas y siete barcos auxiliares habían navegado ya 117.000 millas. La mayor parte escoltando mercantes y en misiones de exploración y protección. En dos ocasiones, barcos italianos de superficie habían bombardeado la costa. Un total de 42 submarinos habían operado a lo largo de las costas españolas, navegando doscientos días en la superficie y ciento treinta y cinco sumergidos» [9]. Adviértase que cubre solamente los siete primeros meses.

Los bombardeos citados posiblemente sean los efectuados los días 13 y 14 de febrero de 1937, en Barcelona y Valencia, por el crucero *Eugenio de Savoia*.

Los barcos atacados y hundidos no fueron solamente españoles, sino de otras nacionalidades; incluso un destructor inglés, el *Havock*, fue torpedeado por el *Iride*, según Ciano.

Mussolini declaró a Bülov-Schvante que la marina italiana había hundido 200.000 toneladas de barcos «rojos». Aunque esta cifra nos parece exagerada, es muy difícil establecer cuáles fueron hundidos por los italianos y cuáles por los rebeldes.

El número de barcos de guerra que participaron en diferentes misiones se eleva a 149 [10]. Viajes de mercantes a España, 184.

La misión naval italiana estuvo compuesta por 10 jefes y oficiales. Y operaron en barcos y arsenales un considerable número de técnicos de diferentes graduaciones.

[9] John Coverdale, «Italian Intervention in the Spanish Civil War». Princeton University, 1975. Cita como fuentes de esta información el Ministro degli Affari Esteri. Ufficio Spagna, B.2. Se trata de un informe del Estado Mayor de la marina para este ministerio.

[10] *Forze Armate*, 8-VI-1939. *The Times*. 9-VI-1939.

Suministró 20 hidroaviones (sólo citamos lo que afecta a la marina), grandes cantidades de torpedos, artillería, municiones, material de comunicaciones y eléctrico, bombas de profundidad, material de repuesto, etcétera. Y, con total desprecio de la no intervención, los italianos vendieron, como ya se ha dicho, cuatro destructores, dos submarinos y cuatro lanchas torpederas. Los rebeldes cedieron a Italia los mercantes siguientes: *Ebro, Artxanda-Mendi, Júpiter, Indauchu, Arantza-Mendi, Kauldi, Bachi, Bizkaya, Cilurnun, Uribitarte* y *María Victoria*, que tomaron los nombres de *Amoris, Siena, Arezzo, Sulmona, Lecci, Perugia, Bologna, Padova, Brescia, Cosenza* y *Potenza*.
Al igual que ocurrió con los cedidos a Alemania, una vez terminada la guerra fueron devueltos a España. Esta maniobra de proteger sus barcos con una bandera extranjera fue denunciada al Comité de No Intervención, pero sin resultado alguno.

Hitler, presente

AUNQUE la participación marítima alemana no fue ni tan grande ni tan ostensible como la italiana, ha sido, sin embargo, importante.
El primer destacamento marino, llamado «Grupo Mar del Norte», estaba compuesto por 10 oficiales de la marina de guerra y 70 especialistas de diferentes cuerpos que operaron en barcos y bases navales.
Entre lo suministrado figuraron 5 lanchas torpederas, 21 hidroaviones, 500 minas submarinas, 28 torpedos, 100.000 proyectiles para la artillería naval, 150 cañones (marina), 20 antiaéreos, 255 granadas submarinas, 18 rastras para aparejar y 18 rastreadores (dragaminas). El puerto de Emden sirvió de base para los barcos que operaron en el mar del Norte.
El tráfico marítimo entre Alemania y España, y viceversa, fue el siguiente [11].



(Arch. Historia 16.)

Hundimiento del Admiral Graf Spee *en Montevideo (diciembre de 1939) después de la batalla del río de la Plata. El acorazado de bolsillo alemán patrulló las aguas españolas sin sufrir ningún ataque.*


(Col. Gabriel Gual.)

Bombardeo aéreo en la entrada del puerto de Palma de Mallorca. El archipiélago balear fue importante base para los navíos nacionalistas y sus aliados.

SALIDAS DE ALEMANIA

Fechas	Total de barcos	Total de pasajeros	Total de carga (en toneladas)
31-7-1936 a 31-12-1937	105	9.278	73.284
1-1-1938 a 31-12-1938	49	6.070	32.063
1-1-1939 a fin de la guerra .	26	1.498	12.530
Total	180	16.846	117.888

(978 vehículos no fueron incluidos en este tonelaje total.)

ENTRADAS EN ALEMANIA

Fechas	Total de barcos	Total de pasajeros	Total de carga (en toneladas)
31-7-1936 a 31-12-1937	104	3.615	196.726
1-1-1938 a 31-12-1938	49	5.651	5.087
1-1-1939 a fin de la guerra .	26	7.258	6.607
Total	179	16.524	208.420

(De las 208.420 toneladas, 193.083 eran de mineral.)

Durante la mayor parte de la guerra, sus acorazados de bolsillo *Admiral Scheer* y *Deutschland* permanecieron en aguas españolas, mientras que el *Admiral Graf Spee* y el *Koenigsberg* lo hicieron a intervalos más cortos. Los destructores y submarinos se relevaron con mayor frecuencia en sus misiones de escolta de convoyes y vigilancia. Y, al contrario que los italianos, no atacaron ni un solo barco.

[11] Suplemento 5 al O.K.M. (Oberkommando der Kriegsmarine) A VI s 4386 39. Se encuentra en el Washington National Archives.

Todos los barcos, de guerra o mercantes, alemanes facilitaron «una información inestimable que daba al Estado Mayor de la marina una tranquilidad relativa» (Cervera).

Entre las acciones en que participaron destacan: el *Admiral Scheer* bombardeó Almería, capturó y entregó a los rebeldes el mercante *Aragón* y escoltó un convoy de siete barcos hacia Palma de Mallorca. El *Koenigsberg* capturó y entregó a los rebeldes el *Marta Junquera*, y le escapó, embarrancando, el *Sotón*.

El 29 de mayo de 1937, el contraalmirante Fischel, comandante de la flota alemana en aguas españolas, a bordo del *Deutschland*, envió un telegrama de protesta al ministro de Defensa, Prieto, diciendo que días antes, en Palma, sus aviones se habían aproximado a barcos alemanes como si fueran a bombardearlos. Prieto contestó que si su misión de control la realizaban a la distancia de los puertos establecida por el Comité de No Intervención, no tenía nada que temer, pero «esta garantía no puede ser asegurada, si entran imprudentemente y sin razón en las radas y puertos que notoriamente son centros de actividad de los rebeldes».

Nueve horas más tarde, el *Deutschland* era bombardeado en Ibiza.

¿Fue premeditado el ataque? Prieto nos ha dicho, personalmente, que él nunca dio la orden. Sin embargo, en carta que envió a la Sociedad de Naciones el 31, dice: «Los aviones en misión de reconocimiento sufrieron el fuego de un barco alemán anclado en el puerto... y respondieron bombardeándolo.» Pero como esto no pudo sostenerse, se dijo más tarde que lo habían confundido con el *Baleares*.

En realidad, el mismo Prieto estaba un tanto confuso cuando hablamos de esto, ya que el hecho de que los pilotos fueran rusos le hacía dudar sobre sus conclusiones.
Es curioso hacer notar que, antes de conocerse la nacionalidad de éstos, un alto funcionario del Foreign Office dijo al embajador norteamericano que tenían que ser rusos porque los republicanos no tenían pilotos adiestrados para este largo vuelo (lo que no era verdad). Luego —concluyó— Rusia está envuelta en ello.
Desde luego, Prieto, que no tenía pelos en la lengua tratándose de Rusia, no creyó tal cosa.
Fuera como fuese, el hecho parece corresponder a los términos del telegrama de Prieto, horas antes del ataque. Si hubo imprudencia, o incluso provocación, ¿de quién fue la culpa? Es evidente que Fischel sabía que no debía entrar en Ibiza, no solamente por la advertencia de Prieto, sino porque, como buque en misión de control internacional, no tenía derecho a entrar en una zona cuya vigilancia incumbía a la flota francesa. Por otra parte, debiera haber sido motivo de prudencia el que sólo cinco días antes el *Barletta*, italiano —también en misión de control—, había sido bombardeado en Palma de Mallorca, perdiendo siete hombres. El berrinche de Hitler al oír la noticia fue mayúsculo, pero aumentó aún más cuando le dijeron que había tenido lugar hacía ya diecisiete horas. Su primer impulso parece que fue el de iniciar las hostilidades inmediatamente contra el gobierno republicano, que había tenido la audacia de bombardear un barco alemán. Goering lo apoyó, pero no así el resto del gabinete, que debió de considerar que esto podría alterar la sistemática preparación para la segunda guerra. Luego propuso bombardear Barcelona y Valencia, y, finalmente, Almería, que en la madrugada del 31 de mayo sufrió un ataque del *Admiral Scheer* y cuatro destructores, que lanzaron 200 proyectiles, destruyendo 35 edificios y causando la muerte de 19 personas y múltiples heridos. Prieto propuso, en consejo de ministros, bombardear la escuadra alemana con la aviación, pero no se aceptó.
Al igual que habían hecho con Italia, los rebeldes cedieron a Alemania cinco mercantes, que tomaron nombres alemanes y que fueron devueltos al terminar la guerra. De esta forma protegieron sus barcos bajo un pabellón extranjero. Esto, aunque ilegal, pudiera considerarse más o menos válido, si no fuera por el poco pudor de Cervera al decir en sus Memorias (p. 108): «Con el abanderamiento de naves españolas en Inglaterra... bien claro se ve la intención, adoptando un pabellón neutral, de burlar las normas de derecho marítimo...» Cervera no da ni un solo ejemplo, porque, los republicanos, aunque lo intentaron, nunca pudieron incluir un solo barco español, ni siquiera en compañías con capital republicano español.

Barcos rusos

Al estudiar la participación marítima rusa, la primera pregunta que surge es: ¿Por qué no empleó su flota de guerra para proteger sus mercantes, de los cuales perdió muchos, al igual que hicieron Alemania e Italia, que, por ello, no perdieron ninguno? Aunque las razones fueron varias, destacan tres: la debilidad y vejez de su flota, el problema logístico por el alejamiento de sus bases y, sobre todo, las complicaciones político-diplomáticas. Hoy, su flota surca todos los mares y se abastece en todos los puertos, pero entonces no sucedía así.
A pesar de que la escuadra republicana estaba muy necesitada de mandos, Rusia envió solamente 77 oficiales [12], aunque en ningún momento debió de haber más de 30 ó 35, porque se relevaban. Estos oficiales casi nunca tuvieron mando, ya que su misión fue la de consejeros. Y en aquellas unidades donde sí mandaron, tales como algunos submarinos y lanchas torpederas, las operaciones no dieron muestra alguna de mayor eficacia que las mandadas por españoles.

[12] Academy of Sciences of the URSS. *International solidarity with Spanish Republic*, Progress Publishers, Moscú, 1976. Estos 77 formaban parte de un total de 2.053, de los cuales murieron 157.



El Komsomol *fue hundido en diciembre de 1936 por su comandante al ser apresado por el* Canarias.

Así, puede concluirse que el aporte de estos marinos no contribuyó a un mejoramiento significativo de la flota, mientras que en la aviación y tanques la intervención rusa fue decisiva en algunas operaciones.
En cuanto a las motivaciones de la intervención rusa, es importante observar un comentario del embajador francés ante el gobierno de la República, Labonne, quien después de sendas entrevistas con Azaña y Rosenberg, embajador ruso, dice: «Así, el uno y el otro estiman que la acción rusa en la guerra civil española de ninguna manera es el hecho del marxismo, de una ideología soviética o de la acción del Komintern. Lo que ha reaparecido en el Mediterráneo, en Barcelona y Valencia, al igual que la marina rusa apareció en Tolón hace medio siglo, es la Rusia secular, la Rusia de los eslavos amenazados por los germanos, los 200 millones de rusos defendiendo sus intereses esenciales y sus posiciones estratégicas.»
La marina mercante rusa empleó unos cincuenta barcos en toda clase de abastecimientos y material de guerra. Los barcos que partían del mar Negro o de Leningrado hacia España indicaban que su mercancía estaba destinada a Francia, Inglaterra, Bélgica, etc., y los manifiestos estaban dirigidos a las compañías que cooperaban en estas operaciones. Además, los barcos y la mercancía estaban asegurados.
Las autoridades de los puertos de origen llamaban a estos cargamentos «Asignación del partido y del gobierno» *(Zadanye Partii i Pravitel'stva).*
Los barcos rusos redujeron considerablemente sus actividades a partir del hundimiento del *Komsomol* (14 de diciembre de 1936); la versión rusa de los hechos no corresponde a la que da Moreno. Cuando el *Canarias* le cortó la ruta y le ordenó parar los motores, el capitán Mezentsev enarboló la bandera rusa, paró las máquinas e hizo descender una chalupa con seis hombres, que portaban los papeles y el manifiesto del barco. Pero el comandante del *Canarias* les ordenó volver a bordo y esperar la llegada de los oficiales del crucero, porque estaban arrestados y serían conducidos a Ceuta. Inmediatamente, Mezentsev telegrafió al Comisariado de la Marina, diciendo que la situación era desesperada y que el único medio de evitar la captura era hundirlo. El comisario, Pajamov, respondió que así lo hiciera, si no había otra solución. Antes de recibir esta respuesta, ya la marinería había comenzado a prepararlo todo. Y en el momento que dos chalupas empezaban a descender del *Canarias* para dirigirse al *Komsomol*, Mezentsev dio la orden de prender fuego al barco y abrir el escotillón para hundirlo. Inmediatamente bajaron en las chalupas de salvamento y fueron recogidos por el *Canarias*, que los condujo a Cádiz, donde quedaron encarcelados. Cuando ya se hundía, el *Canarias* le lanzó dos cañonazos, como dice Moreno, pero éstos no fueron más que el tiro de gracia. El fracaso del *Canarias* se debió a que no pudo apresarlo, como habían realizado cuarenta y cinco días antes con siete barcos que hicieron entrar en Ceuta, otros cuatro en Palma y tres en Camariñas, todos ellos rusos.
A los diez meses, y mediante la intervención diplomática italiana, fueron puestos en libertad.
Aclaremos que el incidente tuvo lugar a 130 millas de Argel, sobre una línea trazada entre Mallorca y Orán.
La indignación rusa llegó a tal punto, que propusieron a Londres y París el tratar a los rebeldes como piratas y atacarlos sin previo aviso. ¿Con qué derecho podían



(Centelles. Barcelona.)

El Zyrianin, *de Odesa, en Barcelona. Alemanes e italianos dificultaron la llegada de material a la República.*

arrestar un barco en alta mar? Porque ni tenían el derecho de beligerancia —y aunque lo tuvieran, éste no autoriza tal acción— ni estaban en guerra con Rusia. Y lo que ya sobrepasó todas las normas de conducta internacional fue el encarcelamiento de la tripulación. Sin embargo, y aunque Francia apoyó la petición rusa, Inglaterra creyó «poco indicado el comprometerse en una acción de orden internacional». Además, «el almirantazgo no estaba dispuesto a emplear sus fuerzas en una acción represiva, en torno a las costas españolas». Uno de los tripulantes del *Komsomol*, Ivan Gaidaenko, publicó un libro titulado *Santa María*, cuyo título se debe al relato que hace de la vida que llevaron en el penal de este nombre los marinos capturados, quienes, al parecer, fueron torturados y luego condenados a muerte [13].

Otro buque ruso, el *Timiriazev*, fue hundido por un submarino italiano a 140 kilómetros al este de Argel, el 30 de agosto de 1937. Otro, el *Blagoiev*, también fue hundido por un submarino italiano, el 1 de septiembre, a 15 millas de Skyros. Ninguno iba hacia España. Rusia envió una nota de protesta muy enérgica a Roma, pero sin resultado alguno. Rusia perdió siete barcos más, que, capturados por los rebeldes, fueron confiscados e incorporados a su marina con nombres españoles. Y sus dotaciones fueron encarceladas por largos meses. Por ejemplo, la del *Skavortsov Stepanov* permaneció siete meses en prisión, volviendo a Rusia el 17 de enero de 1939, y la del *Smidovich*, veinte meses, hasta octubre de 1938.

Los barcos rusos visitados, obligados a entrar en puerto, internados, etc., fueron 125. Sólo Inglaterra la superó con 259 barcos visitados, etc., y 19 hundidos. El 5 de septiembre de 1937, los marinos de la flota del Báltico pidieron al gobierno que escoltara sus barcos mercantes. Y el periódico del ejército *Estrella Roja*, haciéndose eco, indirectamente, escribía: «El gobierno soviético encontrará el medio de acabar con los ataques piratas de los barcos de guerra italianos y protegerá con éxito su flota mercante.»

Los barcos españoles internados en puertos rusos, «como garantía de la deuda del gobierno español», y que fueron incorporados a su flota fueron: *Cabo San Agustín, Cabo Quilates, Ciudad de Ibiza, Ciudad de Tarragona, Inocencio Figaredo, Isla de Gran Canaria, Juan Sebastián Elcano, Mar Blanco* y *Marzo*.

Intervención franco-inglesa

PRESENTAMOS juntos estos dos países porque, en un trabajo tan corto como éste, no hay lugar para estudiar sus diversidades.

[13] Ivan Gaidaenko, *Santa María*, Kiev, Dnipro, 1970.

Del principio al fin, Francia e Inglaterra siguieron una política de no intervención, en la esperanza, al comienzo, de que Alemania e Italia observaran el mismo principio. Luego, cuando constataron que era un fracaso, la siguieron igual, porque la única alternativa era pararles los pies. Sobre todo desde el momento en que Hitler y Mussolini reconocieron a los rebeldes, con el objetivo principal de advertir, y hasta desafiar, a las democracias y a Rusia, no con palabras sino con hechos, que no debían intervenir en la cuestión porque de hacerlo tendrían que vérselas con ellos. A partir de este momento, ni Francia ni Inglaterra tuvieron la menor duda de que la guerra estaba perdida para los republicanos; lo que no les preocupaba grandemente por el hecho en sí, sino por las repercusiones estratégicas en el ámbito internacional. Pero, a falta de plantarse, había que mantener la ficción y «hacer algo» que, por otra parte, era jurídicamente válido y daba la impresión de que las grandes democracias no rehuían sus responsabilidades, tanto en el Comité de No Intervención como en la Sociedad de Naciones.

La única vez que Inglaterra y Francia adoptaron una postura firme, Italia y Alemania recularon; nos referimos al acuerdo de Nyon (29 de agosto de 1937), que, al igual que la No Intervención, tuvo su origen en Francia.

Se llegó a este acuerdo, según Delbos, «por los graves incidentes producidos en el Mediterráneo, debidos a las fuerzas navales y aéreas, más o menos camufladas, de Italia».

Churchill, al ser consultado por Eden, dijo: «Todo el mundo sabe que los susodichos submarinos españoles son, de hecho, y sin ninguna duda, italianos...» «La marina inglesa y francesa deberían localizarlos y hundirlos como navíos piratas.»

Inmediatamente después del acuerdo, unos cien barcos ingleses y franceses empezaron a patrullar el Mediterráneo. La desaparición de los submarinos fue tan fulminante que Churchill dijo: «Jamás desde los días de César, el *fiat de Roma* ha pacificado el Mediterráneo de manera tan instantánea.»

La lección de Nyon vino a demostrar que si se quería ser prudente había que ser firme (el fascismo sólo entiende la fuerza), porque el peligro venía de la debilidad. Pero esto fue puro cinismo: si se tomó esta decisión no fue para proteger a los mercantes republicanos, sino a los suyos propios. Así, cuando España pidió que esta protección contra ataques italianos se extendiera a sus mercantes, se le denegó. Luego lo que decimos al principio no es una figura retórica: «Lo único que hizo la No Intervención fue no intervenir en la intervención.» Y la No Intervención eran Inglaterra y Francia. Alemania e Italia estaban allí para seguir realizando un juego en el que tenían todos los triunfos. Y... Rusia pataleó todo lo que pudo.



(The Illustrated London News.)

El ministro de Asuntos Exteriores francés Ivon Delbos habla durante la Conferencia de Nyon. Se intentó acabar con los actos de «piratería marítima», pero no sirvió de nada. Cada país siguió ayudando al bando que quiso.

Francia, que protegió mucho su marina mercante (500 escoltas por mes), sólo tuvo 56 mercantes visitados, registrados, atacados, etc., tres hundidos y seis apresados.
Inglaterra, cuya protección fue mínima, 259 visitados, etc., 19 hundidos y 14 apresados. Además sufrió 52 muertos y 105 heridos. Mientras que Francia sólo tuvo cinco muertos y 12 heridos.
Las naves alemanas visitadas por los republicanos fueron nueve, y las italianas, cinco.

La guerra en el aire
Aportaciones al desarrollo de la aviación

Por **Jesús Salas Larrazábal** *

SE ha presentado la actividad aérea de la guerra civil, y aún se sigue describiendo así en la actualidad, como un ensayo general de las tácticas y procedimientos preparados por los actores de la posterior segunda guerra mundial. Esto, que se asemeja algo a la verdad, en algunos aspectos dista mucho de ser la verdad. La guerra de España produjo un gran número de innovaciones destacadas, y algunas de ellas, es cierto, pueden considerarse consecuencia directa de experimentos de las fuerzas aéreas extranjeras contendientes sobre nuestro suelo; pero otras muchas, y no menos importantes, se deben al ingenio de españoles, y los extranjeros no hicieron otra cosa que imitarlas y, a veces, tratar de apropiárselas e incluso procurar borrar las huellas de los inequívocos orígenes hispanos.

En el primer grupo pueden citarse las tácticas de combate de los cazas de la Legión Cóndor, la coordinación de grandes formaciones y los limitados ensayos de caza nocturna y bombardeo en picado.

Ejemplo máximo de innovaciones del segundo tipo citado es la idea y realización del transporte por avión a larga distancia de todo un ejército de operaciones. Me estoy refiriendo al puente aéreo del Estrecho, cuya génesis vamos a exponer a continuación.

En el último plan del alzamiento cursado por el general Mola se contemplaba el paso a la Península de dos columnas expedicionarias del Ejército de Africa, una de Melilla a Málaga y la otra de Ceuta a Cádiz y Algeciras, amparadas por una actitud de neutralidad benevolente de la flota de guerra. El gobierno de Madrid tenía sus propios planes, contra lo que se escribe sistemáticamente, y envió con anticipación tres destructores frente al puerto de Melilla y uno a las inmediaciones de Ceuta. La flotilla que se dirigió a Melilla, tras algunas vacilaciones, impidió la salida del puerto

* Jesús Salas Larrazábal nació en Burgos en 1925. Teniente coronel de aviación y doctor ingeniero aeronáutico, es autor de *La guerra de España desde el aire* e *Intervención extranjera en la guerra de España* y numerosos artículos.


(Col. J. M. Armero.)


(Col. J. Salas.)

A la izquierda, Alfredo Kindelán, primer jefe de escuadrilla de la aviación española (1913) y general jefe del Aire durante la guerra civil, y Joaquín García Morato y Angel Salas, a la derecha, jefes de los dos grupos españoles de caza Fiat.

de la columna preparada en la circunscripción oriental; el destructor *Churruca,* en actitud muy diferente, por algunas horas se sumó al alzamiento y aseguró el traslado de dos tabores de Regulares a los puntos clave de la provincia de Cádiz: la capital y la bahía de Algeciras. En el viaje de retorno a Marruecos del *Churruca,* en la mañana del domingo 19 de julio, la tripulación se sublevó contra la oficialidad y frustró la posibilidad de nuevos transportes marítimos.

El general Kindelán, piloto fundador de la aviación militar española, fue convocado a Tetuán con urgencia, y en dicha ciudad asistió a una reunión de altos jefes presidida por el general Franco, cuya finalidad era encontrar solución al problema creado por la defección de la flota, que ponía en peligro el desenlace de la confrontación armada, pues el balance militar en la Península era de tablas.

La aviación española dio muestras de una gran imaginación y coraje el 20 de julio de 1936, al afrontar el paso por el aire del Ejército de Africa, cuando ningún país había realizado un puente aéreo con anterioridad y nadie había postulado su posibilidad práctica. Se desconoce a quién debe atribuirse la iniciativa de esta operación, que algunos achacan al capitán piloto e ingeniero aeronáutico Francisco Arranz (que días después sería enviado a Berlín a recabar ayuda aérea) y otros al ruso blanco Uselod Marchenko, teniente de la Legión Extranjera y piloto comercial español, pero, sin duda, corresponde al alto mando nacionalista el mérito de haber recogido la idea desde el primer momento, lo que no es frecuente cuando los jefes tienen que decidir sobre ideas revolucionarias expuestas por inferiores clarividentes.

Mi hermano Angel Salas, hoy teniente general retirado y entonces capitán piloto, es testigo de excepción para mantener esta afirmación, ya que pudo recoger de labios del general Franco, el propio 20 de julio, el encargo de repetir al general Mola la expresión categórica de su despreocupación por la defección de la flota y su convencimiento de que transportaría el Ejército de Africa a la Península usando los aviones que tenía a su disposición y otros que trataba de adquirir en Italia.

Inicialmente se pensó alternar los servicios de transporte aéreo con otros de protección a pequeños convoyes navales nocturnos, pero los aviones de reconocimiento ofensivo de la aviación militar española no estaban preparados para esta misión, y los pilotos informaron en contra de esta segunda posibilidad.

Los aviones de 1936

ANTES de adentrarnos en el estudio del tema planteado vamos a ofrecer una breve panorámica de los medios disponibles en la época.

El material volante de la aviación militar (y de la naval) estaba anticuado en 1936, pero éste no era un mal achacable en exclusiva a nuestra patria, ya que la gran revolución tecnológica de los años treinta (fabricación de monoplanos de ala en voladizo, uso de trenes de aterrizaje retráctiles y hélices de paso variable y disponibilidad de motores sobrealimentados y sobrecomprimidos, consecuencia del desarrollo de compresores de uno y dos escalones y de gasolinas de índice de octano superior al normal) dejaron obsoleto el inventario de las fuerzas aéreas del mundo entero. Precisamente es el año 1936 el que marca el punto de ruptura entre el material militar de nueva concepción y el tradicional.



(Col. Gabriel Gual.)

Hidroaviones abandonados en la cabeza de desembarco de la costa oriental mallorquina. En primer lugar, un Savoia 62.

En lo que a España se refiere, el tipo de avión militar más numeroso correspondía a la categoría de reconocimiento ofensivo (existían en vuelo de 120 a 150 *Breguet XIX* de la aviación militar y otros 27 *Vickers Vildebeest* de la aviación naval). Este material, anticuado respecto a los cánones militares de la época, debía considerarse totalmente inutilizable frente a los nuevos tipos de caza en desarrollo. Un 60 por 100 de los aviones de esta especialidad quedaron con el gobierno y el 40 por 100 restante se pusieron al servicio de los sublevados.

Seguían en importancia numérica los cazas, en su mayoría *Nieuport 52*, de los que había en vuelo una cuarentena y algunos menos en revisión o reparación. A ellos deben añadirse nueve *Martinsyde* navales, inservibles de puro viejos, y tres *Hawker «Spanish Fury»*, recién llegados a España y aún sin armar, pero también de concepción tradicional, como los anteriores. Todos los cazas en vuelo permanecieron fieles al gobierno, pero el Parque Regional del Sur (Sevilla) tenía una decena en revisión, que entregó pronto a la aviación de Kindelán. Continuando el orden cuantitativo, encontramos en tercer lugar al hidroavión de bombardeo *Dornier Wal*, utilizado por las aviaciones del Ejército y de la Marina y por las líneas aéreas LAPE (27, ocho y dos en servicio respectivamente), que quedaron repartidos entre ambos bandos contendientes en la proporción 2/3 y 1/3; casi todos estaban en tierra por un defecto grave encontrado en el reductor.

La aviación naval disponía además de 35 hidroaviones de reconocimiento *Savoia 62*, de los que sólo cinco se adhirieron al alzamiento, los destacados en la base aeronaval de Marín, cercana a Pontevedra.

Los mejores aviones militares en servicio eran los cuatro trimotores *Fokker F.VII* y los tres bimotores *De Havilland Dragon Rapide DH.89M*. Ambos modelos tenían versiones civiles que operaban en diversas líneas aéreas europeas y mundiales. Las Líneas Aero-Postales Españolas (LAPE) contaban con cinco *F.VII* y un *DH-89A* y la Compañía Aero-Taxi, S.L., disponía de un *DH.84 Dragon*, avión no muy diferente del *DH-89*.

Ni estos polimotores ni los aviones de caza españoles podían comparar sus actuaciones con las de los cuatro bimotores *Douglas DC.2* de LAPE, que superaban a todos los restantes aparatos en servicio en España el 18 de julio de 1936 en forma espectacular.

No nos debe extrañar esto, ya que la revolución tecnológica de los años treinta la comenzaron en Estados Unidos los fabricantes aeronáuticos civiles, en especial Northrop, Lockheed, Vultee, Boeing y Douglas, que inicialmente lanzaron al mercado monomotores comerciales ligeros de excepcionales características, pronto seguidos por los bimotores *Boeing 247*, *Lockheed Electra* y *Douglas DC.2*, que revolucionaron las técnicas del transporte aéreo. El *DC.2* era muy parecido al luego mundialmente famoso *DC.3*, que empezó a comercializarse precisamente en el verano de 1936.

Se inicia el puente aéreo

LOS únicos aparatos españoles capaces de protagonizar la hazaña del traslado de un ejército al otro lado del mar eran los nueve *Fokker F.VII*, los cuatro *Douglas DC.2*, los cinco *De Havilland Dragon* y, en menor escala, los pocos hidroaviones *Dornier Wal* que había en vuelo.

Sólo tres de los *Fokker*, un *DC.2* averiado (terminado de reparar el 25 de julio) y dos *Dornier Wal* de la Marina tenían a su disposición los generales Franco y Kindelán, y con ellos se aprestaron a realizar tan colosal aventura.



(Serv. Fotográfico Ejército del Aire.)

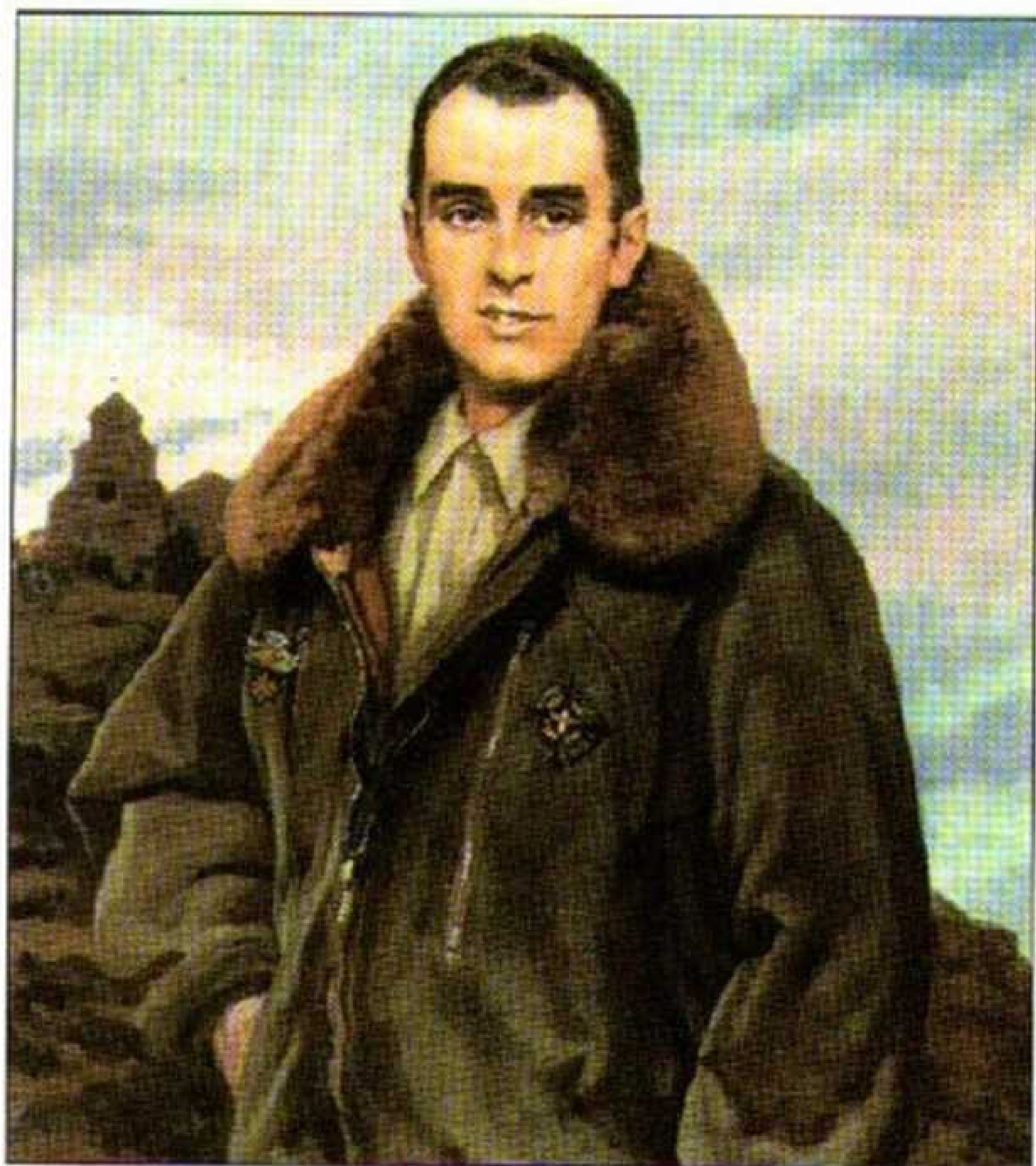
(UPI.)

El bimotor comercial De Havilland DH. 89, *más conocido como* Dragon Rapide, *fue usado por ambas aviaciones. Abajo, el bimotor comercial* Douglas DC-2, *el mejor avión en España en 1936, antecesor del famosísimo* DC-3.

Los primeros pilotos de estos seis aparatos fueron los capitanes Carlos Haya, Ricardo Guerrero y Mario Ureña, el teniente de navío Enrique Ruiz de la Puente y el alférez de navío José María Moreno; Carlos Haya volaba en el *DC.2*, y los aviadores navales, en los hidros. Ninguno de estos seis pilotos iniciales sobreviven: Moreno, Arija, Ruiz de la Puente y Haya murieron en acto de servicio durante la guerra; Ureña y Guerrero han fallecido de muerte natural en la posguerra.
Para volar con ellos, un montón de pilotos españoles rivalizaron en disputarse una plaza en los continuos servicios Tetuán - Sevilla - Tetuán, que todos sabían trascendentales. Días antes de acabar el mes de julio se habilitó el nuevo aeródromo de Jerez, lo que permitió acortar el tiempo de vuelo y aumentar la carga y la frecuencia de los viajes.
El 25 de julio se había incorporado el *DC.2* al puente aéreo, el 29 lo haría el *Junkers 52* matrícula D-APOK, requisado a la Lufthansa, que pasó a pilotar Ricardo Guerrero, y algo después el primer *Junkers 52* del lote de veinte prometido a Arranz en Alemania. El 5 de agosto las fuerzas aéreas de Africa abandonaron por un día las misiones de transporte para dedicarse a formar una cortina aérea sobre el famoso convoy de la Victoria, que cruzó el Estrecho de Ceuta a Algeciras. En esta operación actuaron por primera vez los *S.81* llegados de Italia el 30 de julio.
Horas después, en la noche del 5 al 6, arribaba al puerto de Cádiz el mercante alemán *Usaramo*, que traía a bordo el grupo de asistencia técnica a los *Ju 52* que iban llegando en vuelo directo desde la factoría de Dessau, así como repuestos y accesorios para poder armarlos; a partir del día siguiente comenzaron los germanos a ir tomando a su cargo la continuación del transporte del Ejército de Africa, misión de la que se responsabilizarían por completo el 10 de dicho mes.

Balance hasta el 6 de agosto

Para el 6 de agosto, por avión, hidro o barco, los sublevados habían pasado a la Península cuatro de las seis banderas de la Legión (5.ª, 4.ª, 6.ª y 1.ª, por este orden) y seis de los quince tabores de Regulares (los 1.º y 2.º de Ceuta, 1.º y 2.º de Tetuán, 3.º de Larache y 3.º de Melilla), casi el 50 por 100 de los efectivos totales de la infantería del Ejército de Africa.
Las columnas africanas de Asensio y Castejón habían llegado ya a Los Santos de Maimona y a Llerena, respectivamente, tras haber asegurado la pacificación y ocupación de la mayor parte de las provincias de Sevilla, Cádiz y Huelva. La distancia entre las vanguardias del Ejército de Africa y las avanzadillas del general Mola en la provincia de Cáceres no era sino de 75 kilómetros, que no tardarían en ser franqueados por los

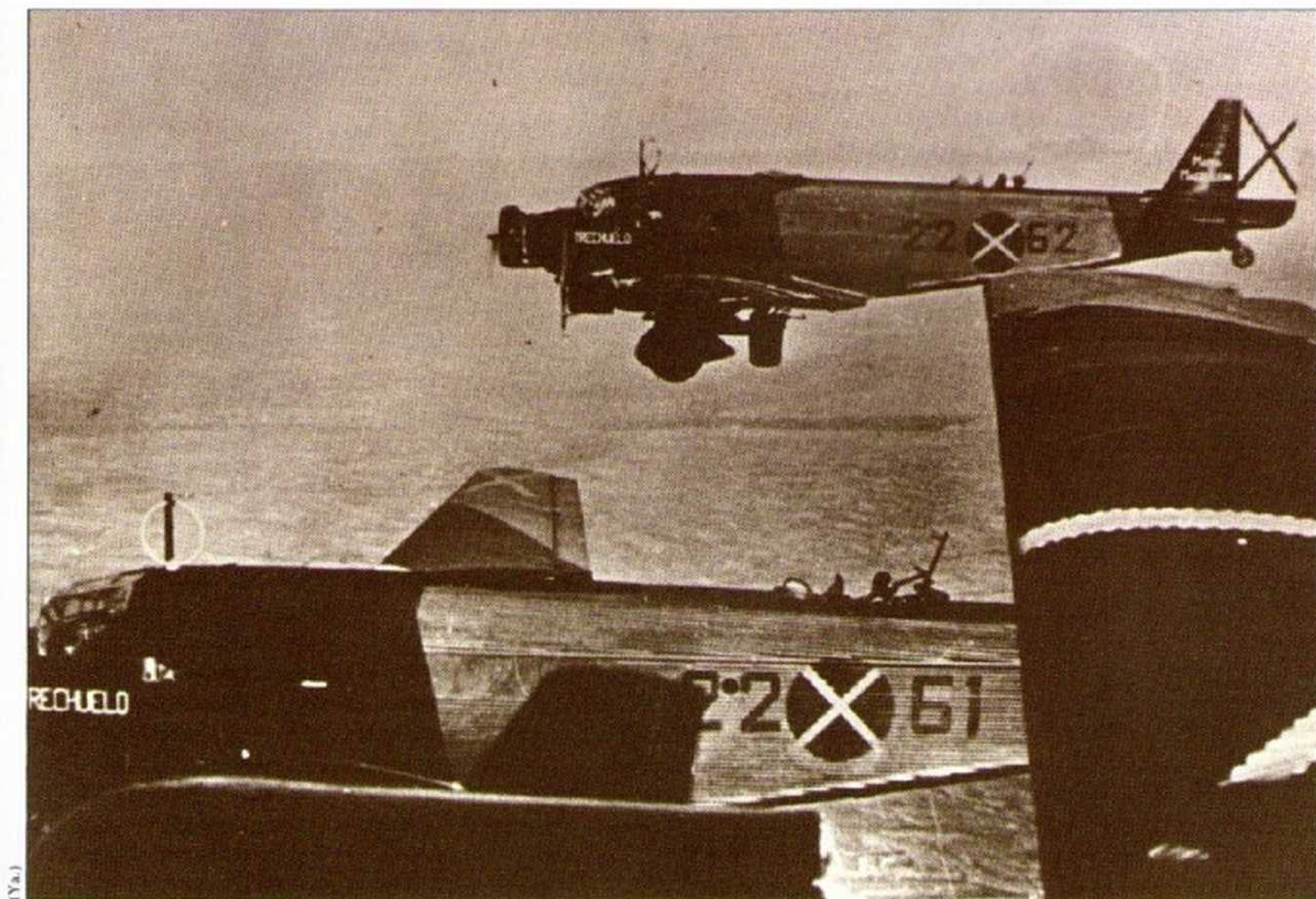

(Arch. Azaola.)
Carlos Haya pilotó el único DC-2 *de la aviación nacional. Con él participó en el puente aéreo del Estrecho.*

cuatro batallones de las dos columnas citadas (todos ellos transportados a la Península antes del 6 de agosto, así como los dos batallones de la columna Tella, que se incorporó a este frente antes de la ocupación de Badajoz, el 14 de agosto).
A pesar de todos estos hechos incontrovertibles, se sigue afirmando hoy en día que los alemanes organizaron el puente aéreo y que sin su intervención la guerra civil no hubiera durado más de tres semanas. Lo cierto es que los germanos relevaron a los españoles en la misión de transporte, y no del todo, a los veinte días de iniciada la guerra, y en ese momento el avance del Ejército de Africa por tierras extremeñas se mostraba vertiginoso e imparable.
En los días de agosto en que la responsabilidad del puente aéreo era germana, los *Ju.52* situaron en la Península otros seis batallones (una bandera y cinco tabores) y cinco más en septiembre (la última bandera y los postreros cuatro tabores de Regulares de preguerra), de lo que se infiere que el ritmo medio de transporte de tropa no se incrementó con la transferencia, a pesar de haberse mejorado los medios materiales (el *Junkers* podía embarcar 23 soldados en vez de los 14 del *Fokker*) y contarse con un número mucho mayor de tripulaciones.
Los sorprendentes resultados logrados entre el 20 de julio y el 6 de agosto pueden explicarse por la dedicación total de los pilotos españoles a la tarea; Mario Ureña llegó a volar ciento ochenta horas en el primer

mes de guerra y Carlos Haya no se quedó muy lejos de esta marca. El día lo dedicaban los pilotos al puente aéreo, y la noche, a bombardeos y reconocimientos, que, a veces, profundizaban hasta puntos tan lejanos como Albacete o Madrid; dormían sobre los mandos del puesto auxiliar de pilotaje o en los breves descansos entre servicios. El piloto José Salvo, que se incorporó el domingo 26 de julio a Tetuán y seguiría allí hasta el 10 de agosto, escribió al día siguiente en su cuaderno de notas: «Reina mucho entusiasmo en el aeródromo. Tres *Fokker* y un *Douglas* transportan constantemente fuerzas y material a la Península... Pernocto en descampado y muy a gusto, por cierto. No tengo aún asignado avión, pero no paro, dedicado a trabajos.» Algo similar podría haberse escrito de las acciones de los hidros de Cádiz, que, en reducidas y continuas expediciones, trasladaron un tabor de Ceuta a Algeciras.

Esta inusitada actividad aérea entre Marruecos y España podría haber sido impedida, o al menos obstaculizada, por la aviación gubernamental si algún cerebro dirigente de Madrid se hubiera percatado de que la guerra se estaba decidiendo a 600 kilómetros de la capital y no en la sierra de Guadarrama. Los dos únicos *Nieuport 52* que Kindelán pudo destinar al aeródromo de Tetuán no hubieran sido enemigo para una sola de las tres escuadrillas del mismo tipo basadas en el aeródromo de Getafe, que se desgastaron en servicios de protección a los aviones que bombardeaban machaconamente el Alto de León, inútiles a todas luces hasta el 28 de julio, pues hasta esa fecha no dispuso el ejército de Mola de su primer caza, que por cierto resultó averiado y no volvió a volar hasta el 2 de agosto, aunque el 31 de julio ya actuaba desde Burgos un segundo *Ni.52*.

El teniente de navío Pedro Prado Mendizábal, jefe de operaciones navales en Málaga, sí comprendió que debía darse prioridad a la ocupación de la bahía de Algeciras, en vez de operar contra la guarnición cercada en Granada, pero no se le escuchó. Con una escuadrilla de cazas situada en un aeródromo que hubiera podido improvisarse en Los Barrios, o en Estepona, el puente aéreo se hubiera convertido en una empresa arriesgada.



Trimotores Junkers 52 *de la escuadrilla «Las Tres Marías»: «María Magdalena» —el último de la foto— «María de la O» y «Mari Cruz». Llevan el nombre de su primer jefe, Trechuelo, muerto en el cielo de Badajoz en agosto de 1936.*

El material importado en julio-agosto

Como puede verse en el cuadro adjunto, el número de aviones importados por cada bando en julio-agosto de 1936 fue muy parecido, así como su distribución por tipos.

El primer *Junkers 52* empezó a volar en el puente aéreo, pilotado por Ricardo Guerrero, el 29 de julio; nueve de los veinte *Ju.52* se armaron en la primera quincena de agosto y con ellos se formaron tres escuadrillas españolas, mandadas por los capitanes Díaz Trechuelo, Carrillo y Gil Mendizábal. Ocho de los nueve *Savoia 81* operaron por vez primera el 5 de agosto (el otro estaba averiado). Los seis *He.51* comenzaron a actuar, con pilotos españoles, a mediados de mes; el jefe de escuadrilla era Luis Rambaud.

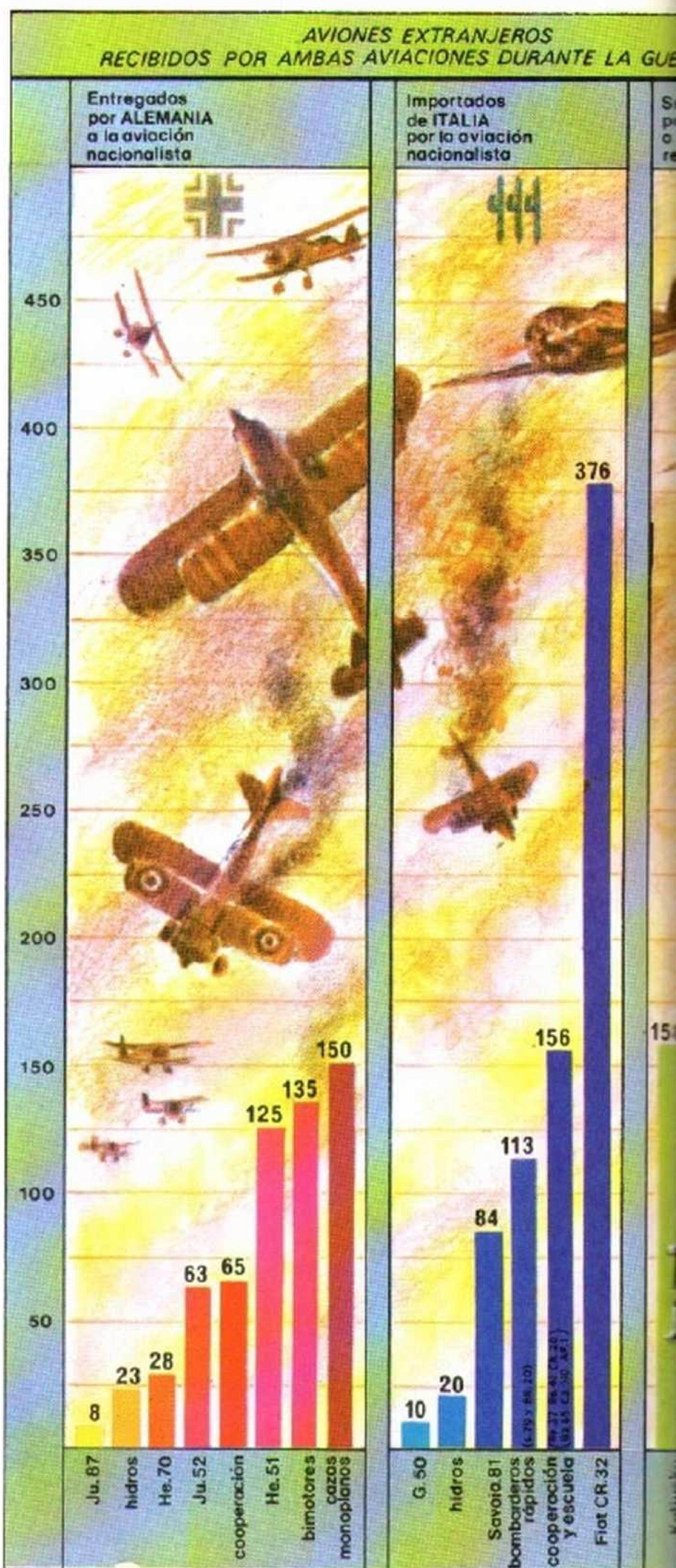
Con los *Potez 54* se formó en Barajas, en la primera decena de mes, un grupo español de bombardeo (mandado por el capitán Mellado, auxiliado por los jefes de escuadrilla Tonda y Vallés, ambos pilotos de LAPE) y la escuadrilla internacional *España*, que organizó André Malraux. Los cazas *Dewoitine* se distribuyeron entre la escuadrilla de Abel Guidez, con todos sus pilotos extranjeros, la mixta de Martín Luna y la expedicionaria al aeródromo de Guadix (Andalucía).

A finales de agosto empezaron a actuar los quince *Fiat*, doce en la Península y tres en Mallorca. Inicialmente, sus pilotos fueron italianos en su totalidad.

Todos los aviones recibidos en julio y agosto seguían siendo de concepción antigua. Los *Dewoitine* tenían mayor velocidad y mejores condiciones ascensionales que los *Heinkel 51* y los *Fiat* y, además, les aventajaban en número. No obstante, los *Fiat* aprovecharon bien su excelente velocidad en picado y su superior maniobrabilidad y se fueron imponiendo a lo largo de septiembre, mes en el que pudieron reponer sus pérdidas, mientras que los cazas de Madrid sólo recibían de refuerzo cinco *Loire 46*, avión de características similares a las del *Dewoitine*, aunque algo mejoradas.

En lo que a bombarderos se refiere, el *Savoia 81* era el más rápido, seguido por el *Bloch* y el *Potez;* éste último superaba ligeramente en velocidad ascensional al *Bloch 200* y de forma acusada a los trimotores enviados por Alemania e Italia.

Los *Ju.52*, a pesar de ser los más lentos y los de peores cualidades en subida, fueron los que rindieron mejores servicios, y no sólo en el puente aéreo, sino también en las misiones de bombardeo. Gracias a los *Fiat* y a los *Ju.52*, la aviación de los insurgentes se impuso claramente a finales de septiembre y fue dueña absoluta del aire en los primeros veintiocho días de octubre, lo que favoreció el avance del Ejército de Africa hacia Madrid, aunque no fuera éste el factor determinante de sus éxitos.



(J. Bernal.)

...RRA

...ministrados ...r la URSS ...a aviación ...publicana











462

293

174

R5+RZ

Mosca

Chato y Superchato

AVIONES IMPORTADOS EN JULIO-AGOSTO DE 1936

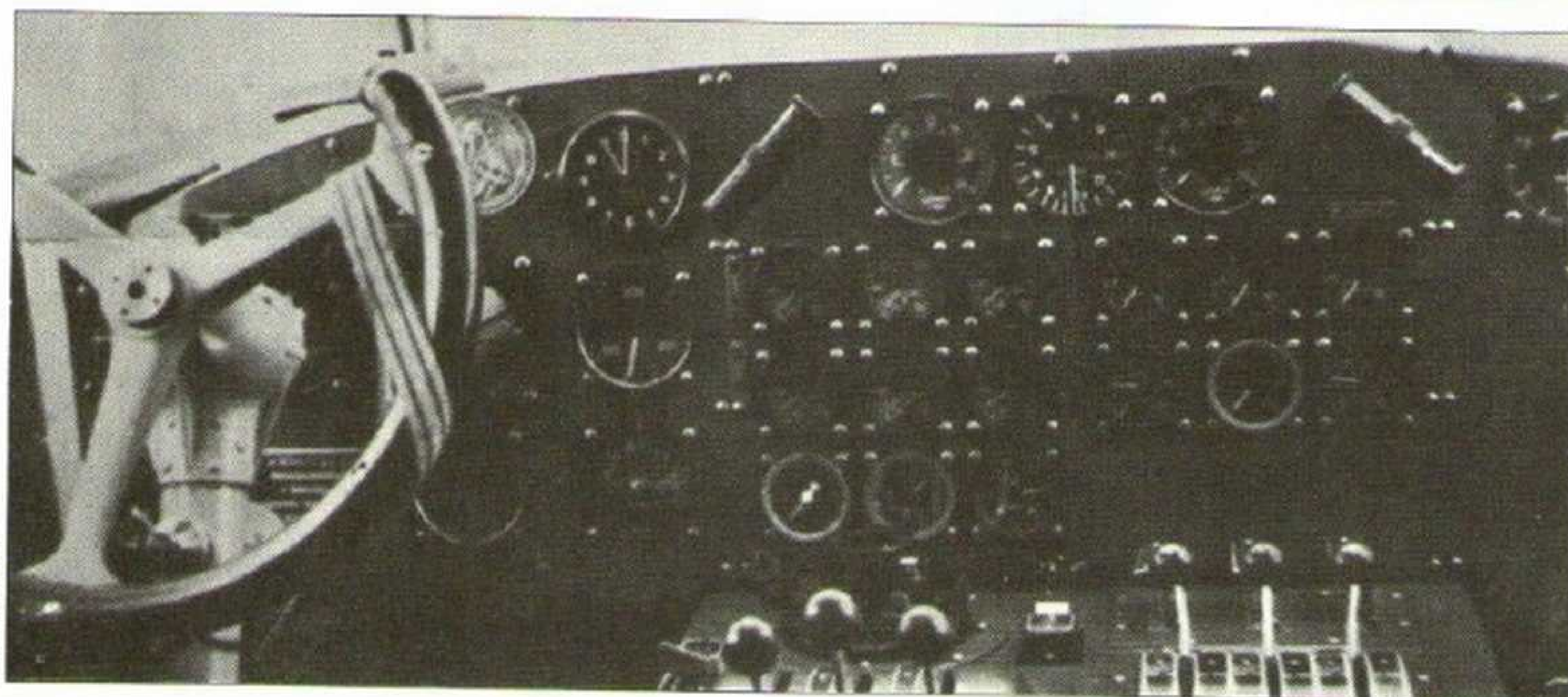
POR EL GOBIERNO DE MADRID

	Cazas	Bombarderos	Cooperación	Otros	TOTAL
Dewoitine 37	26	—	—	—	26
Potez 54	—	12	—	—	12
Gourdou Lesseurre	—	—	4	—	4
Bloch 200	—	2	—	—	2
Latecoère 28	—	—	—	2	2
Spad 91	1	—	—	—	1
Lioré et Olivier 21	—	—	—	1	1
Bleriot 111/S	—	—	—	1	1
Couzinet 101	—	—	—	1	1
DE FRANCIA	27	14	4	5	50
De Havilland DH.84	—	—	—	4	4
Airspeed «Envoy»	—	—	—	4	4
Airspeed «Viceroy»	—	—	—	1	1
Gen. Aircraft «Monospar»	—	—	—	3	3
Hawker Osprey	—	—	1	—	1
Miles M.2/M.3	—	—	—	2	2
Percival Gull Six	—	—	—	2	2
DE GRAN BRETAÑA	—	—	1	16	17
TOTAL	**27**	**14**	**5**	**21**	**67**

POR LA JUNTA DE DEFENSA NACIONAL

	Cazas	Bombarderos	Hidros	Otros	TOTAL
Savoia 81	—	9	—	—	9
Fiat CR.32	15	—	—	—	15
Savoia 55	—	—	3	—	3
Macchi 41	—	—	3	—	3
DE ITALIA	15	9	6	—	30
Junkers 52	—	9	—	11	20
Heinkel 51	6	—	—	—	6
DE ALEMANIA	6	9	—	11	26
De Havilland DH.89	—	—	—	4	4
Fokker F.VII	—	—	—	2	2
Fokker F.XII	—	—	—	1	1
Fokker monomotor	—	—	—	1	1
Gen. Aircraft «Monospar»	—	—	—	1	1
DE GRAN BRETAÑA Y TANGER	—	—	—	9	9
TOTAL	**21**	**18**	**6**	**20**	**65**

(J. Bernal.)



(Arch. Azaola.)

Tablero de instrumentos del Junkers 52. *A la izquierda, volante y palanca de mando del primer piloto; en el centro, manetas de gases de los tres motores. Los* Junkers 52 *fueron familiares en los cielos de España.*

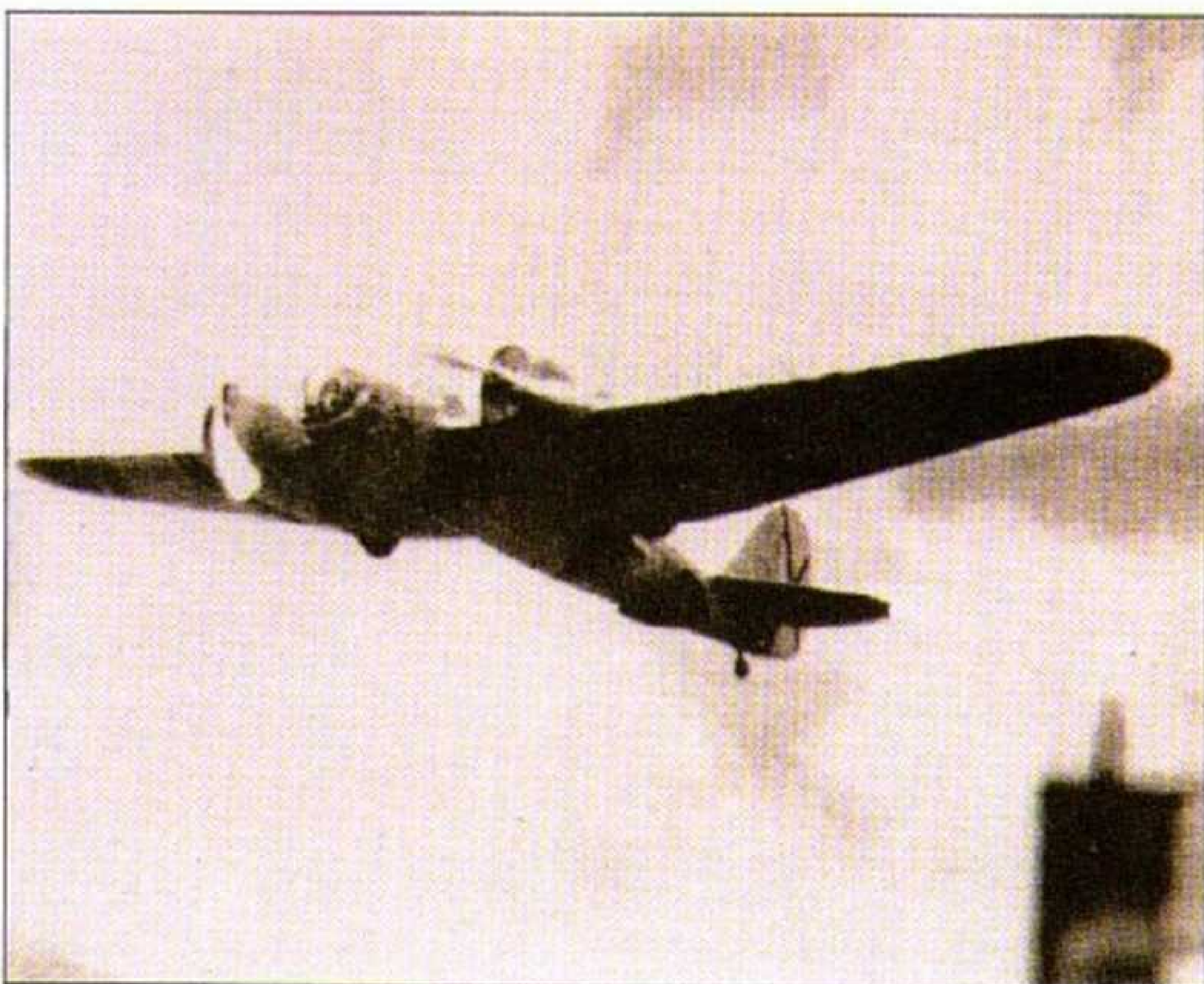
Organización perfeccionada

LAS necesidades de la guerra hicieron comprender a ambos bandos contendientes la importancia creciente de la aviación, lo que les impulsó a mejorar su encuadramiento orgánico.
El ejército nacional se anticipó en este campo, y el 15 de agosto nombró a Kindelán general jefe del Aire y puso a sus órdenes toda la aviación, tanto la militar como la naval (que desapareció como rama independiente) y la civil; en los aspectos administrativos y de personal, Aviación pasaría a ser una de las tres ramas de la Secretaría de Guerra que se creó cuando el general Franco asumió los poderes del Estado nacional, en octubre de 1936.
En Madrid, al encargarse Largo Caballero de la formación de nuevo gobierno, a primeros de septiembre de 1936, disolvió la antigua Dirección General Aeronáutica y tranformó el tradicional Ministerio de Marina en uno de nueva creación, que denominó de Marina y Aire, cuyo primer titular fue Indalecio Prieto. Como órganos superiores de la Aviación, surgieron la Subsecretaría del Aire y la Jefatura de Fuerzas Aéreas, cargos que se encomendaron a los tenientes coroneles Antonio Camacho e Ignacio Hidalgo de Cisneros. Más adelante, en mayo de 1937, cuando Negrín sucedió a Largo Caballero, Indalecio Prieto asumió el Ministerio de la Guerra, además del de Marina y Aire, y ambos organismos se refundieron en el nuevo ministerio de Defensa.
En zona nacional surgió este Ministerio de Defensa cuando en enero de 1938 Franco creó el primer gobierno de Burgos; de la Subsecretaría del Aire se hizo cargo el general Luis Lombarte.
Con estas medidas España se adelantó a todos los países occidentales, incluso a los que, como Francia, disponían de un Ministerio de Defensa, pues mantenía además los de Guerra, Marina y Aire.

Sorpresa ante el material ruso

AUNQUE para los lectores jóvenes de hoy no parecerá extraño, en 1936 resultó asombroso que fuera precisamente Rusia la primera nación que aportase material aéreo de primera calidad a la guerra de España.
Se sabía que la revolución aeronáutica norteamericana estaba siendo seguida de cerca por Alemania y, con cierto retraso, por Inglaterra, mientras Italia se adaptaba en alguna medida y Francia quedaba descolgada. Pero nadie pensaba en 1936 que la Unión Soviética hubiera sido capaz de adelantarse en materia tecnológica avanzada a estos países, aunque de hecho fue así, si bien por un corto período de tiempo.
Desde julio de 1936 la Unión Soviética había tomado partido en favor del gobierno del Frente Popular, pero su ayuda inicial fue sólo indirecta. La aportación directa de material de guerra es posible que se decidiera cuando Largo Caballero aceptó la participación comu-


(Pyresa.)


(Real Aeroclub de España.)

Ignacio Hidalgo de Cisneros, jefe de las fuerzas aéreas republicanas desde septiembre de 1936 a marzo de 1939. El bombardero ruso SB-2 *«Katiuska», el mejor de la aviación republicana, y más rápido que los cazas* Fiat *italianos.*



(Col. Gabriel Gual.)

Fiat *italianos en Son San Juan, importante aeródromo militar durante la guerra. Hoy es el aeropuerto de Mallorca.*

nista en el gobierno, o quizás en los últimos días de agosto. En el mes de septiembre comenzó en Los Alcázares un curso para el aprendizaje del mantenimiento de los bombarderos *Tupolev SB.2* («Katiuska»), con profesores rusos y alumnos españoles. Los aviones llegaron en octubre, por barco, a Cartagena; venían embalados en dos grandes cajones en los que se distribuían el fuselaje y las alas.
El primer servicio de guerra en el que intervino masivamente el material soviético fue el contraataque por Seseña y Los Torrejones, el 29 de octubre, en el flanco sur del frente de Madrid. Este contraataque, en el que participaron el primer batallón ruso de carros de combate y los «Katiuska», sólo obtuvo un ligero éxito inicial, pero alarmó al mando nacional y sirvió de revulsivo para que, al día siguiente, se autorizara en Berlín la formación de la Legión Cóndor.
Desde el primer día se comprobó que la presencia de los *SB.2* había trastocado los términos en que se venía desarrollando la lucha aérea. Los cazas *Fiat CR.32*, que habían conseguido la superioridad aérea tras duros combates con los *Dewoitine* y *Loire* franceses, no tenían velocidad suficiente para alcanzar a los nuevos bimotores adversarios, a los que ni siquiera podían mantener a distancia de tiro, caso de sorprenderlos. En la jornada previa y en las sucesivas, los «Katiuska» se dedicaron a bombardear, con casi total impunidad, las principales ciudades de la retaguardia nacional. El día 28 les tocó el turno a Sevilla, Granada y Cáceres; el 30, a Salamanca, Toledo y Sevilla.

Los cazas Polikarpov

EL 4 de noviembre se sumaban a la liza dos escuadrillas de cazas formados con la primera remesa de 25 biplanos *Polikarpov I.15* («Chatos») arribados en barco en octubre a Levante. Otros 15 aparatos de este mismo tipo habían sido desembarcados en Bilbao y sirvieron de base a una tercera escuadrilla, que actuó por el sector de Vizcaya y, más adelante, en Asturias. A la vez, la escuadrilla *Fiat* se transformaba en un grupo de tres escuadrillas, de forma que la ventaja numérica seguía a favor de los *Fiat*, aunque ahora quedaba muy disminuida; la calidad de ambos aparatos era similar. Así, los duros combates del 5 y 13 de noviembre no demostraron una clara superioridad por parte de ninguno de los bandos.
Pero el «Chato» no era la última palabra rusa en materia de aviones de caza. A mediados de noviembre estaban listos para el combate dos escuadrillas de cazas monoplanos *Polikarpov I.16*, que en España recibieron los nombres de «Mosca» y «Rata». Los «Moscas» eran cazas modernos por su aerodinámica y su tren de aterrizaje retráctil, aunque el sistema constructivo seguía siendo mixto de madera y metal; su velocidad y altura máxima de vuelo eran muy superiores a los del *Fiat*, que sólo tenía la defensa de su mayor maniobrabilidad y velocidad en picado. La incorporación de la Legión Cóndor a la lucha en la segunda quincena de noviembre no decidió nada, pues los *Heinkel 51* no fueron enemigo para los cazas rusos.
Los *Fiat* intentaron recobrar la superioridad incrementando el número; sus tres escuadrillas se duplicaron en el primer trimestre de 1937, pero los «Chatos» se reforzaron en mayor cuantía y sobrepasaron en número a los *Fiat* desde febrero. Por otra parte, las dos escuadrillas de «Moscas» se convertirían poco después en cuatro, pues a principios de 1937 arribó una segunda remesa de 31 monoplanos de caza.
Esto explica el fracaso del ejército nacional ante Madrid y en el Jarama y la derrota italiana en Guadalajara. En esta batalla, la aviación gubernamental, magníficamente mandada por el general ruso Smushkevich («Douglas»), alcanzó los momentos más brillantes de su historial. Hasta los lentos biplanos de cooperación aeroterrestre («Natachas» y «Rasantes») rayaron a

gran altura, aunque la palma correspondió a los «Chatos», por sus eficaces acciones de ametrallamiento a las columnas motorizadas italianas, y a los «Katiuskas», que bombardearon incansablemente la retaguardia enemiga. El bombardeo combinado de Brihuega asoló esta población antes de que fuese abandonada por los italianos.



(Arch. Azaola.)



(Col. J. Salas.)



(Arch. Azaola.)



(UPI.)

De izquierda a derecha y de arriba abajo, biplano Heinkel 51, *accidentado, el monoplano* Polikarpov I-16, *el famoso «Mosca». Al lado de uno de ellos, el teniente Bravo aprovecha para afeitarse. En la última foto, prisioneros alemanes.*

El aprovisionamiento del Santuario de la Cabeza

EL aprovisionamiento de una posición cercada no resultaba un problema nuevo para la aviación española, aunque fuera de nuestra patria este empleo de los aviones era poco conocido. En la guerra de Africa, una gran parte de las pérdidas de la aviación militar se produjeron en las difíciles misiones de abastecimiento a baja altura de las reducidas posiciones avanzadas, que se generalizaron en 1921, a raíz del desastre de Annual.

El caso del santuario poseía facetas distintas. La posición era de una superficie muy superior a la de los fuertes africanos, lo que hacía más sencilla la labor de hacer llegar los víveres y municiones al interior del recinto. La dificultad provenía de la distancia de la posición cercada a las bases de aprovisionamiento y del gran número de personas ocupantes del reducto (militares y civiles), lo que exigía continuidad y una larga penetración sobre territorio enemigo, con el peligro adicional de la proximidad al santuario del aeródromo enemigo de Andújar. Ya no se trataba de vuelos heroicos aislados, sino de servicios periódicos regulares, con buen o mal tiempo, de su necesaria programación cuidadosa y del estudio de sucesivas tácticas de lanzamiento de los suministros para lograr el mayor rendimiento posible.

El dilatado espacio de tiempo en que tuvo lugar la operación, siete meses en total, permitió alcanzar una técnica adecuada, pero también dio lugar a que la aviación enemiga se preparara para contrarrestarla. Primero montó ametralladoras en las lindes del recinto principal, luego destacó medios antiaéreos y finalmente apostó cazas en el aeródromo de Andújar, lo que obligó a recurrir a los aprovisionamientos nocturnos.

Las necesidades de nutrición de las 1.200 personas sitiadas, aun con una ración limitada, eran de unos 750 kilogramos diarios. Teniendo en cuenta, además, los

restantes suministros (municiones, armas, medicinas, detergentes, etc.), se comprende la exigencia de un vuelo diario de un polimotor. De hecho, se programaron 210 servicios, aunque sólo se completaron 166 misiones (121 de aprovisionamiento, 36 de bombardeo y nueve de reconocimiento), sin incluir los vuelos de los cazas de acompañamiento; otros 38 vuelos de abastecimiento se frustraron y ocho salidas no llegaron a efectuarse por anormalidad.
Inicialmente se lanzaba la comida en sacos, y luego en grandes tubos metálicos de 145 y 130 litros de capacidad; el pan se introducía prensado para aumentar la carga. Más adelante se ensayaron tubos menores de 41 litros, de los que el *Savoia 81* podía llevar 28, y se volvió al sistema de sacos, pero con varias envueltas sucesivas.
La situación alimentaria de los defensores pasó por altibajos. Fue buena hasta fin de noviembre de 1936 y tuvo tres baches angustiosos: alrededor de Navidad (por carencia de avión disponible), en la segunda quincena de enero (por mal tiempo) y en la primera de marzo (por presencia de caza enemiga). El mes en que los abastecimientos fueron más regulares fue el de febrero, especialmente en su primera quincena, en que ni un solo día faltó a la cita el *Savoia 81* acondicionado especialmente para este fin. Con anterioridad, la mayor parte de los servicios los había hecho el *DC.2* pilotado por Haya, que fue bautizado «el Panadero», y los *Ju.52* de las cuatro primeras escuadrillas españolas que no faltaban a la cita cuando eran enviados a Sevilla con cualquier fin. En marzo y abril los aprovisionamientos los hicieron las escuadrillas españolas 5.ª y 6.ª de *Ju.52* y la de vuelo nocturno que organizó Haya después de los amargos tragos de la batalla del Jarama.
Setenta de los servicios se hicieron en el *Savoia 81* especializado, unos sesenta y cinco en *Ju.52*, veintidós en *DC.2* y nueve en aparatos diversos. La carga total transportada se aproximó a las cien toneladas. El piloto que efectuó más misiones fue Carlos Haya, ochenta y seis en total, seguido de Antonio Bazán, Uselod Marchenko y Carlos Muntadas.

La Legión Cóndor reacciona

Los tres fracasados intentos de ocupar Madrid (por asalto frontal y por desbordamiento de los flancos del Jarama y Guadalajara), convencieron al Alto Mando nacional de la necesidad de buscar la decisión de la guerra en otra zona de la geografía española. Analizada la situación, se vio que el único teatro de operaciones propicio a una ofensiva victoriosa era el frente cantábrico, y dentro de esta zona costera se escogió el sector vascongado, ya que el Ejército del Norte gubernamental tenía concentrada la mayor parte de sus efectivos en Asturias, como consecuencia de su intento de ocupación de Oviedo de febrero-marzo de 1937, en el que colaboraron dos brigadas expedicionarias del Cuerpo del Ejército Vasco.
La elección resultó juiciosa, pues razones geográficas, orográficas y climatológicas permitieron a la aviación



(Col. J. Salas.)

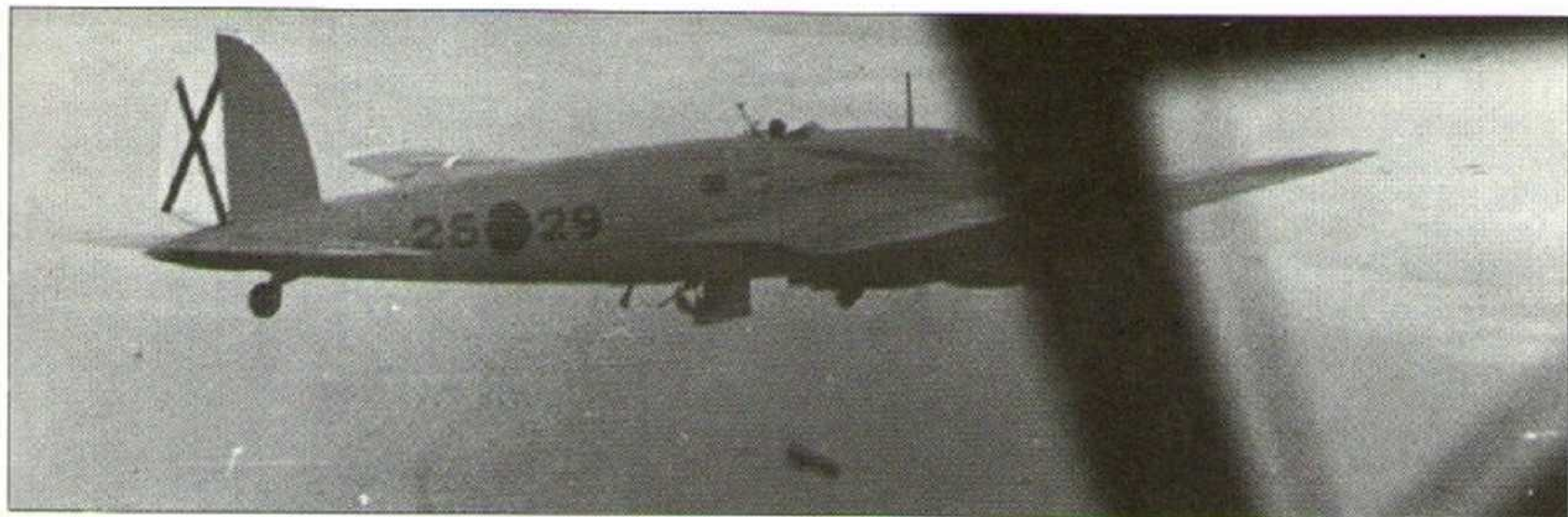
Andrés García La Calle, famoso piloto de caza republicano, condujo «Moscas» y «Katiuskas». Se exilió a Rusia.

nacional lograr la supremacía aérea local, a pesar de su inferioridad notoria en el conjunto del territorio peninsular. La estrechez de la franja cantábrica y lo abrupto de su terreno hacían difícil la preparación de los aeródromos necesarios y el atender a su seguridad, mientras que las frecuentes lluvias y nieblas entorpecían su uso continuado.
A esta ventaja táctica primordial se unían otras adicionales, como la falta de contacto directo de la gran zona atacada con Francia, principal camino de aprovisionamiento del Ejército Popular de la República, la riqueza natural de la región que pensaban ocupar y la posibilidad que se le presentaba a los bombarderos nacionales de estacionarse en los aeródromos de Soria y Burgos, desde los que podían atender indistintamente a los frentes norteño y central; la aviación ligera se concentró en el aeródromo de Logroño y en los dos de

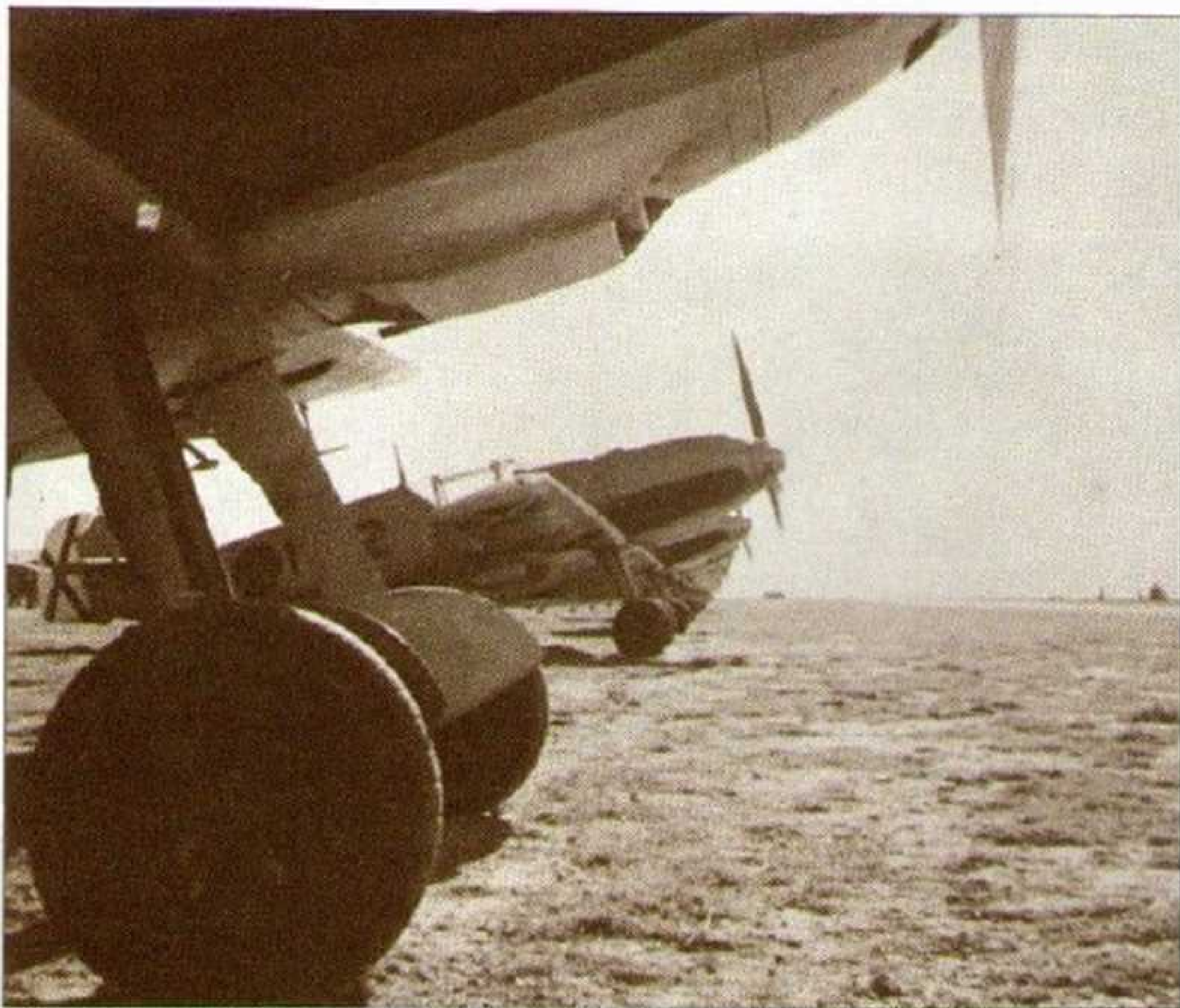
Vitoria (Lacua y uno nuevo que se construyó como apoyo para la ofensiva).
Debe cargarse en el haber del general Kindelán y del teniente coronel Juan Vigón (jefe del estado mayor de las brigadas navarras) el mérito de haber influido decisivamente en el ánimo de Franco para que ordenase trasladar el centro de gravedad de la lucha al norte.
Las dos escuadrillas de trimotores *Savoia 81* (doce aviones en total) desplegaban en el aeródromo de Soria desde los días de la batalla de Guadalajara, y allí continuaron. De las seis escuadrillas de cazas *Fiat* existentes a finales de marzo, dos se situaron en Logroño y una en Vitoria (las otras tres pasaron a revisión al parque de Sevilla).
El grupo de bombardeo de la Legión Cóndor trasladó sus tres mermadas escuadrillas de *Junkers 52* a Burgos, y en esta misma ciudad se instaló la nueva escuadrilla de bimotores experimentales de bombardeo. Esta unidad surgió como respuesta al fracaso del anticuado material usado inicialmente por el grupo de combate de la Legión Cóndor, que se mostró impotente para contrarrestar la presencia de los aviones y pilotos rusos.
Del escaso centenar de aviones alemanes que trajo a España la Legión Cóndor en noviembre de 1936, sólo los doce monomotores *Heinkel 70* de reconocimiento, bautizados en España por el sobrenombre «Rayo», podían considerarse modernos. Siguiendo el proceso iniciado por la industria aeronáutica norteamericana, Ernest Heinkel se lanzó en seguida al proyecto y desarrollo de un bimotor ligero, el *Heinkel 111;* las fábricas Dornier y Junkers trabajaron en la misma línea, y fruto de sus labores aceleradas fue la homologación de los bimotores *Dornier 17* y *Junkers 86*, con la peculiaridad, este último, de usar motores *Jumo* de aceite pesado.
Por caminos paralelos, Heinkel y Messerschmitt estaban proyectando aparatos de caza, según los nuevos cánones, que pudieran superar en velocidad a los nuevos bimotores ligeros; el *Me.109* se ganó la plaza de caza estándar de la aviación alemana en 1936, y los primeros modelos de preserie empezaron a salir de la cadena de montaje al comenzar el año 1937.
La Legión Cóndor vio en estos aparatos la solución a su grave problema de inferioridad técnica, que no había sospechado y resultaba duro en exceso, y Berlín se mostró de acuerdo en el ensayo. En el mes de marzo arribó a España una patrulla de cada uno de los tres bimotores antes citados, que se encuadró en la Escuadrilla Experimental de Bombardeo; a su frente se puso el veterano Von Moreau, jefe de los pilotos que vinieron a España con los primeros veinte *Ju.52* en agosto de 1936. Simultáneamente llegaban doce monomotores *Me.109 B,* que fueron destinados a la 2.ª Escuadrilla del Grupo de Caza; las escuadrillas 1.ª y 3.ª conservaron sus anticuados *Heinkel 51* y la 4.ª se disolvió.
La mitad de los biplanos de caza sobrevivientes se situó en el aeródromo de Lacua, en el que también desplegó la Aviación de Cooperación española (antiguos grupos *Breguet* de León y Logroño y grupo *Heinkel 46);* los restantes *Heinkel 51*, los *Heinkel 45* de observación, la patrulla de biplanos *Henschel 123* de ataque en picado y los *Me.109* pasaron al nuevo aeródromo de Vitoria. Los pocos *He.70* que actuaron en el norte utilizaron este aeródromo y el de Burgos (la escuadrilla de reconocimiento tenía sus aviones distribuidos por toda España en esta época, pero la mayor parte operaba en el sur).
El estado mayor de la Legión Cóndor se encargó de la coordinación de todas las misiones aéreas en el frente cantábrico, tanto si éstas eran realizadas por tripulaciones germanas como si los actores eran españoles o italianos. El teniente coronel Wolfram von Richthofen, que poco antes, el 20 de enero, había asumido el mando de dicho estado mayor, se reveló en Vizcaya como un soldado profesional, enérgico, activo y competente, aunque empañara su brillante historial con el grave error del bombardeo de Guernica; posteriormente, en la segunda guerra mundial, resultaría uno de los mejores generales de la Luftwaffe, y si no alcanzó mayores rangos fue por su apoliticismo e ineptitud para la adulación.

31 de marzo de 1937: primera jornada de la ofensiva de Vizcaya

Richthofen tomó con ardor su nueva misión y se desplazó al norte el 24 de marzo, días antes de la fecha de iniciación de la ofensiva, para conocer personalmente el terreno y conversar con los jefes militares del norte. Sólo congenió con Vigón, con quien comenzó a preparar la táctica de empleo de los grandes bombarderos en misiones de cooperación aeroterrestre, empleo absolutamente necesario, pues las escasas posibilidades artilleras no garantizaban el éxito de la operación de ruptura.
La aviación gubernamental había ensayado con fortuna, en Guadalajara, la utilización de todo tipo de aviones contra las columnas motorizadas, en movimiento o estacionadas, y el machaqueo de una población próxima a las líneas del frente de combate: Brihuega. Pero ahora se trataba de desarbolar una línea fortificada, construida sobre un escenario montañoso de difícil ataque, y de completar la desorganización del enemigo con el bombardeo del principal nudo de comunicaciones de la inmediata retaguardia: Durango.
Richthofen había recibido una directiva del ejército de tierra en la que se pedía el bombardeo de los acuarte-



(Arch. Azaola.)



(Arch. Azaola.)



(Col. J. M. Armero.)

Arriba, bimotor Heinkel 111, *el mejor bombardero de la aviación nacional, lanzando una bomba de 250 kilogramos, la mayor usada en España. Abajo, izquierda, fila de cazas monoplanos* Me.109 E. *A la derecha, el coronel Juan Vigón.*

lamientos y depósitos de Durango y Elorrio los tres días previos a la iniciación de la ofensiva, pero el germano argumentó, en contra de esta decisión, que la ventaja de mantener el secreto hasta el último momento compensaba con exceso el inconveniente de dejar expeditas las posibilidades de afluencia de reservas. Richthofen optó por realizar el bombardeo de los objetivos de dichas poblaciones el mismo día del ataque: Decidió emplear toda la Legión Cóndor y los grupos españoles contra las fortificaciones de primera línea y utilizar los *Savoia 81*, italianos, para los objetivos de Durango y Elorrio.

Por su actuación, comprobamos que no guiaban a Richthofen propósitos aniquiladores y que no estaba tan interesado en experimentar los efectos del bombardeo masivo sobre poblaciones, como reiteradamente se ha escrito. Los días 28, 29 y 30 de marzo tuvo la ocasión y no la utilizó; el 31 ordenó bombardear Durango y Elorrio, pero transmitió el encargo a los trimotores italianos (cuyo número era escaso y estaban desplegados a gran distancia del frente, lo que reducía la carga de bombas transportable), en vez de reservar dicha misión a los propios bombarderos de la Legión Cóndor. Richthofen era un militar altamente profesionalizado y empleaba sus medios, en cada situación, según creía iban a ser más útiles para resolver el problema táctico del momento.

A las ocho de la mañana del 31 de marzo, las tres es-

cuadrillas de *Ju.52* de la Legión Cóndor, los bombarderos experimentales, los *He.70* y todos los aviones españoles de cooperación, escoltados por los *Me.109* y la escuadrilla *Fiat* de Vitoria, se concentraron sobre las líneas defensivas (montes Maroto, Albertia y Jarinto). Casi simultáneamente cuatro *Savoia 81* bombardeaban Durango, y cinco aparatos del mismo tipo, Elorrio; ambas formaciones iban escoltadas por nueve *Fiat* de Logroño. Los *He.51* y *He.45* se reservaron para el apoyo directo a las tropas que materializaron el asalto a las posiciones defensivas.

Maroto y Albertia cayeron en el primer embate de la IV Brigada Navarra; Jarinto hubo de ser bombardeado una segunda vez, a mediodía, por los bimotores y los *He.51,* mientras los aviones nacionales apoyaban el ataque menos incisivo de la III Brigada Navarra. Por la tarde aquellos, más una escuadrilla alemana, vuelan por tercera vez, ahora contra el Gorbea.

Los *Savoia 81* de Soria y los *Fiat* de Logroño también salieron en las horas vespertinas; tres trimotores escoltados por cinco *Fiat* sobrevolaron Elorrio, y dos formaciones, de tres y cinco trimotores, acompañadas cada una por cinco *Fiat,* se dirigieron a Durango.

A lo largo de la jornada, los *Ju.52* efectuaron 49 salidas, y los bimotores y *He.70* otras 18; lanzaron en total unas 73 toneladas de bombas sobre el frente. Los aviones ligeros arrojaron allí otras 5,4 toneladas, lo que eleva el total general a 78,4 toneladas.

La actuación de la aviación fue decisiva, y el balance halagüeño, aunque una formación de la Legión Cóndor bombardeó un puesto de mando nacionalista, hirió al jefe de Estado Mayor de la IV Brigada Navarra y estuvo a punto de alcanzar al propio general Sperrle, jefe de dicha Legión.

Analizando ahora la acción sobre la retaguardia, indicaremos que en Durango cayeron por la mañana 4 toneladas de bombas y por la tarde 7,94; a Elorrio le correspondieron 4,4 y 2,8 toneladas, respectivamente. La carga total lanzada sobre ambas poblaciones fue, pues, de 19,14 toneladas, un 20 por 100 de la que los aviones lanzaron ese día sobre las Vascongadas.

En Durango murieron 80 personas, cifra excesivamente elevada para una carga de bombas de 11,94 toneladas, y superior a la máxima registrada en los bombardeos de Madrid del mes de noviembre, las 62 del día 14; la carencia de refugios antiaéreos puede explicar esta alta mortandad.


(Bundesarchiv.)

El general Sperrle, primer jefe de la Legión Cóndor, en visita de inspección a las escuadrillas Junkers 52, *en Santander. Sperrle tuvo una destacada actuación durante la segunda guerra mundial.*

Primeros ensayos de ametrallamiento en cadena

EN los primeros días de abril, las tácticas de cooperación aeroterrestre fueron mejorando paulatinamente, aunque volvieron a repetirse errores lamentables, como el bombardeo de las vanguardias de la



(Arch. Azaola.)

Escuadrillas de Junkers 52, *en vuelo sobre la catedral de Burgos, camino del frente santanderino. Los aviadores nacionalistas aprendieron pronto el manejo mortífero de estos modernos bombarderos alemanes.*

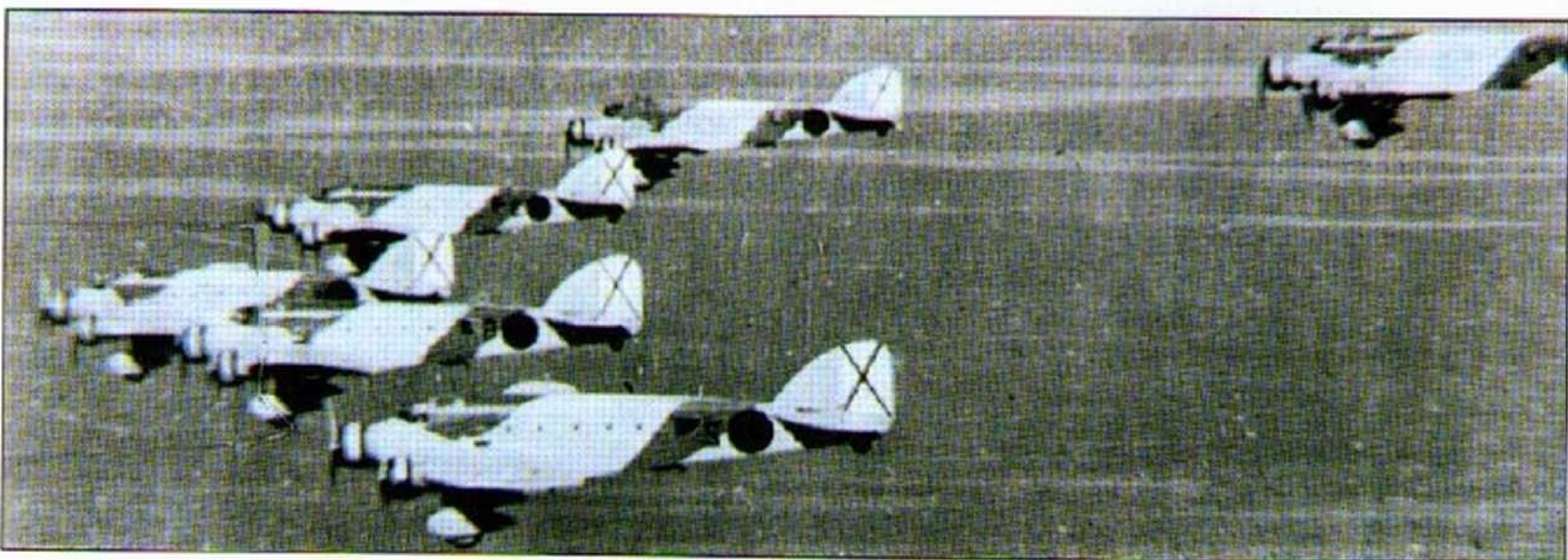
I Brigada Navarra cuando el 6 de abril se aprestaban al asalto del monte Sebigán, en presencia del generalísimo Franco y del general Kindelán, y el desbaratamiento, el 20 del mismo mes, de una columna de 35 falangistas que habían ocupado el Camino de los Toldos, primer objetivo de dicha jornada, que era la inicial de la segunda fase de la ofensiva hacia Bilbao.

La primera fase había durado ocho días, en vez de los dos programados, pero consiguió cumplimentar todos los objetivos previstos. Luego, el frente vasco permaneció estabilizado desde el 8 al 19 de abril, en parte por mal tiempo y debido también a los ataques de diversión gubernamentales en los frentes de Aragón, Madrid y Andalucía.

En los combates de Aragón, concretamente en la ermita de Santa Quiteria, entre Huesca y Zaragoza, los *Heinkel 51* nacionales ensayaron por vez primera el sistema de ametrallamiento al suelo «en cadena», modalidad que posteriormente llegó a ser típica de los grupos de cooperación aeroterrestre nacionales. La posición estaba defendida por trincheras rectas, y el ataque ocasionó más de 400 bajas a los defensores y permitió la reconquista de la ermita y el restablecimiento de la situación, que había llegado a ser comprometida. Dos meses después, el Estado Mayor del Aire normalizaría esta táctica de asalto, a propuesta del as de los cazas nacionales Joaquín García Morato.

Guernica

LA ofensiva hacia Bilbao se reanudó el 20 de abril con pobres resultados; los navarros tampoco lograron la deseada ruptura los días 21 y 22. El 23, la



(Col. Gabriel Gual.)

Formación de trimotores italianos Savoia 81, *iguales a los que bombardearon Durango y Elorrio el día inicial de la ofensiva hacia Bilbao. En Durango murieron ochenta personas y se tiraron casi doce toneladas de bombas en un solo día.*

I Brigada conseguía envolver por el oeste el monte Udala, eficazmente apoyada por toda la aviación del norte, lo que provocó el derrumbamiento de todo el frente oriental vasco. Elorrio fue ocupado el 24, por la mañana, y la I Brigada siguió hacia el norte, rebasó Durango por el este y alcanzó en la tarde del domingo 25 las estribaciones del monte Oiz, casi a mitad de camino entre Durango y Guernica.

Mola mantuvo la orden de ocupar primero Durango y después la villa foral, pero la Legión Cóndor creyó ver clara la conveniencia de abandonar el forcejeo ante Durango, lanzarse en tromba hacia Guernica, con todos los medios posibles, e intentar copar las dos brigadas vascas que ocupaban los sectores de Lequeitio y Marquina (numeradas 1 y 2, por orden del día 26), lo que hubiera abierto un boquete irrellenable hacia Munguía y Bilbao.

Esta posibilidad explica la decisión de Von Richthofen de lanzar todos los polimotores de la Legión Cóndor y tres de los *Savoia 79* italianos recién llegados a Soria, contra el barrio de Guernica, situado entre la carretera y el ferrocarril que se dirigen hacia Amorebieta. Pero resulta inconcebible que tomara dicha decisión sin llegar previamente a un plan conjunto con los mandos nacionales (la reunión de Burgos del día 25, inventada por los autores británicos Thomas y Morgan-Witts, es pura fantasía; dicho 25 de abril, Richthofen no se movió del frente y ni siquiera volvió a Vitoria para dormir).

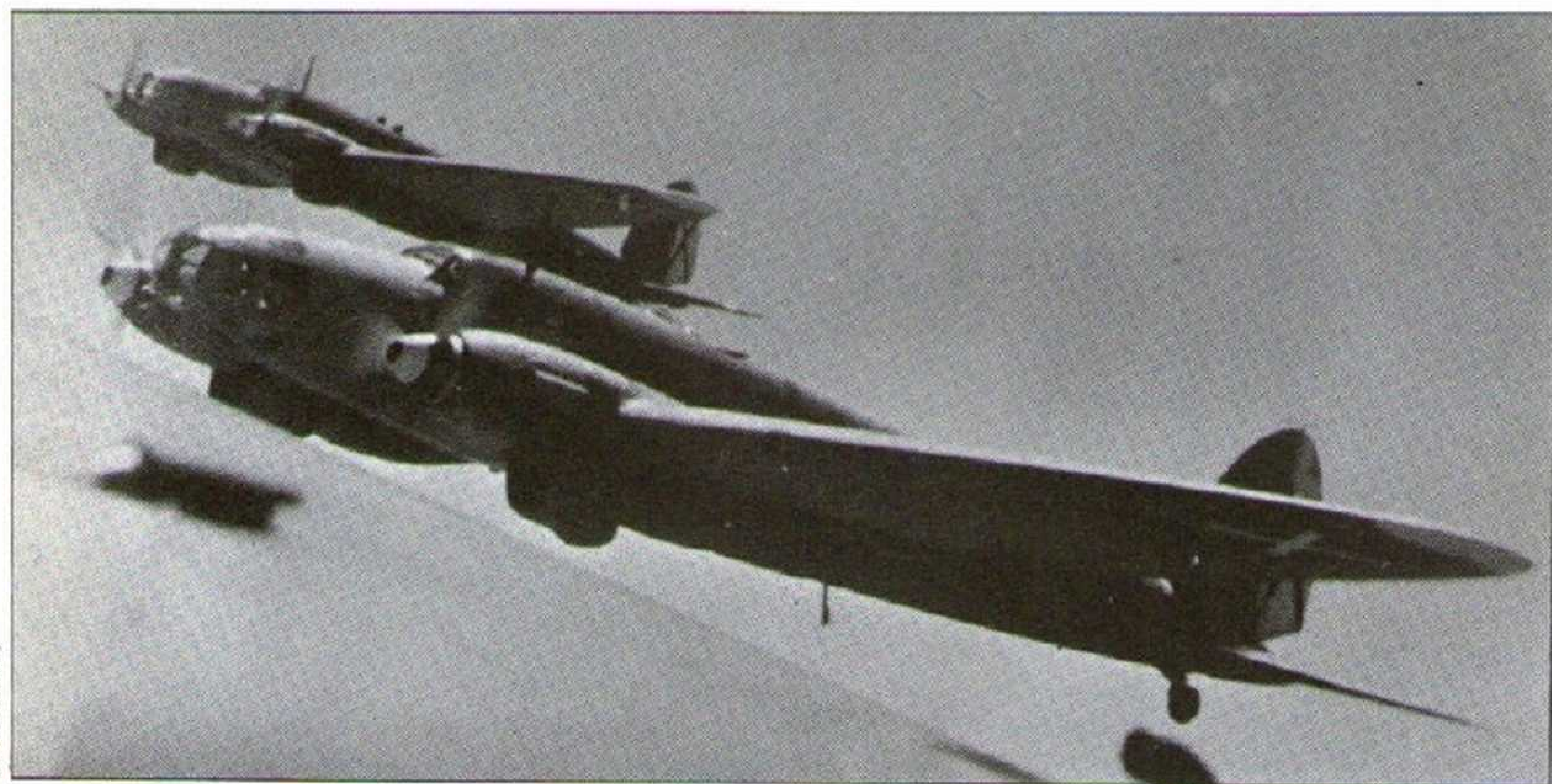
Consideró la Legión Cóndor que nada tenía que consultar, pues las tropas de tierra habían marcado a la aviación tres objetivos para aquel día, siendo el tercero de ellos el puente y las vías de comunicación al este de Guernica, no al oeste, como frecuentemente se escribe, por una incorrecta traducción del vocablo alemán *ostwaerts*.

El primer objetivo, la anteiglesia de Arbácegui y Guerricaiz, entre Marquina y el monte Oiz, lo atacó la Legión Cóndor el lunes 26, por la mañana; en el servicio de la tarde, dicha unidad despreció el segundo objetivo, una cota en el sector de Lequeitio, y prefirió concentrarse sobre el tercero.



(Arch. Urbón.)

El general Richthofen en el acto de despedida de la Legión Cóndor, celebrado en León el 25 de mayo de 1939. Jefe del Estado Mayor de dicha unidad en 1937, volvió a Alemania y retornó a España durante la batalla del Ebro.


(Arch. Azada.)

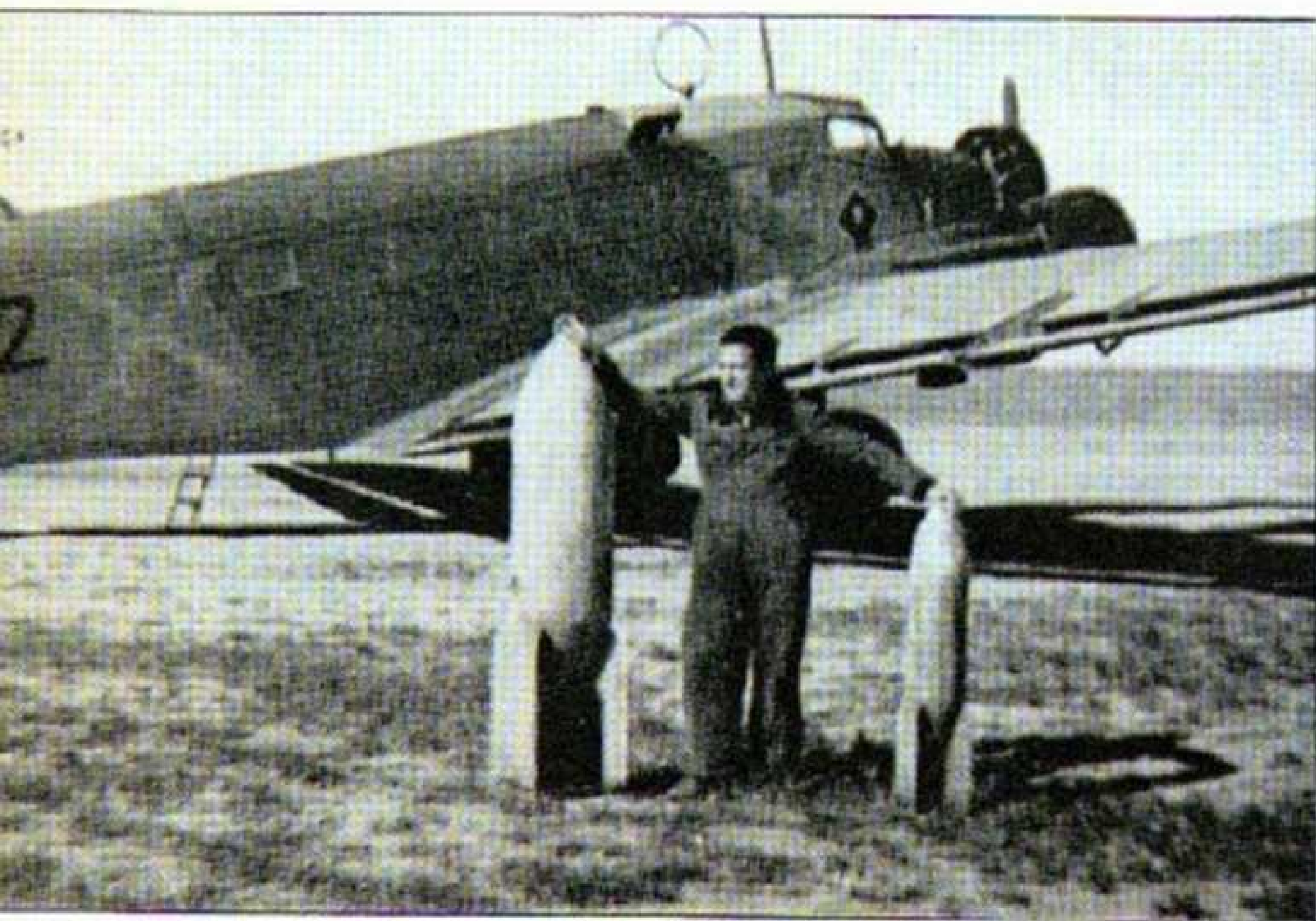
Formación de bimotores Heinkel 111. *Desde noviembre de 1937 constituyeron el grueso de las tres escuadrillas del grupo de bombardeo de la Legión Cóndor, en sustitución de los* Junkers 52.

El bombardeo de Guernica lo inició un bimotor de la Legión Cóndor (probablemente un *Dornier 17*, de acuerdo con el testimonio de Rafael González Echegaray) y fue seguido, de inmediato, por los tres *Savoia 79* procedentes del aeródromo de Soria. Sabemos la hora exacta en que bombardearon estos rápidos trimotores de tren retráctil, las 16.30, por el parte de operaciones que se conserva en el archivo romano del Ministerio del Aire italiano; por dicho documento conocemos también que los *Savoia 79* se cruzaron con el bimotor alemán, el cual, cuando ellos llegaban, aún sobrevolaba a baja altura el objetivo. El parte de misión entregado a las tripulaciones, que también se conserva en Roma, dice textualmente: *«Il paese per evidente ragione politiche non deve essere bombardato.»*
Los *Savoia* penetraron en la villa desde el norte, y en una única pasada lanzaron sobre las proximidades del puente 36 bombas de 50 kilogramos.
De lo escrito por Von Richthofen en su diario se deduce que fueron tres los bimotores alemanes que bombardearon Guernica. Tenemos localizados al *Dornier 17* que inició el ataque y a un *He.111 B* que lo hizo poco antes del grueso de la Legión Cóndor, pero se desconoce cuándo actuaría el tercero, probablemente otro *Heinkel 111 B*.
Corrado Ricci, que al frente de una patrulla de cinco *Fiat* de Vitoria escoltó al *He.111*, antes de retornar a su base distinguió una formación de 17 *Junkers 52* que se dirigían hacia la villa foral (Von Beust eleva este número hasta 18, cifra que parece más fiable, pues los testigos hablan de cuñas de tres aviones). Cuando Ricci abandonó Guernica, las destrucciones eran de escasa cuantía y estaban confinadas en un pequeño sector.
Este testimonio viene corroborado por el de Julián Barbero, que afectuó un vuelo de reconocimiento con el único «Chato» que había aquel día en Bilbao (los restantes se habían trasladado a La Albericia-Santander), por orden directa del presidente Aguirre, recibida a las cinco de la tarde. No advirtió la presencia de ningún avión, ni signos de incendios en tierra. Hasta las seis de la tarde, la acción carecía de gravedad. En total, cinco o seis polimotores habrían lanzado una carga de cuatro a cinco toneladas de bombas, cifra moderada para la época, que no habían producido daños excepcionales. Esto justifica la afirmación del padre Alberto Onaindía («Padre Olaso»): «No veíamos mucho fuego durante las dos primeras horas.» El diario *Euzkadi*, por su parte, aclara que hacia las 18.30 se intensificó el bombardeo.

Arrecia el bombardeo

HACIA las seis y media se presentó sobre la vertical de la villa la 1.ª Escuadrilla de *Junkers 52*, mandada por Von Knauer. Cuando poco después llegaba la 2.ª Escuadrilla, según testifica Von Beust, el humo no le dejó distinguir los objetivos. Von Krafft y su tercera escuadrilla completarían el destrozo. Entre las tres unidades del grupo de *Junkers* lanzaron de 20,5 a 23,2 toneladas de bombas.

Los tipos utilizados fueron los normales. Los *Ju.52* sólo disponían de lanzabombas internos, seis en total, que no admitían sino unos tipos determinados de artificios. Todo cambio de carga hubiera precisado modificaciones en los lanzabombas y un largo período de experimentación, necesario para prevenir accidentes durante el lanzamiento o el transporte y la manipulación. Pues bien, antes del ataque a Guernica no se incorporó modificación alguna a los lanzabombas de los *Ju.52*. Cada uno de ellos podía llevar una de las siguientes combinaciones: una bomba de 250 kilogramos, cuatro bombas de 50 kilogramos, 16 bombas de 10 kilogramos, 144 bombas de un kilogramo.
Sobre Guernica se usaron las de 250, 50 y un kilogramos, estas últimas incendiarias. Southworth y Talón citan bombas de 500 y 300 kilogramos, pero ninguno de estos tipos los usó la Legión Cóndor en España.
Contra lo que se dice y repite, la permanencia de los *Junkers* sobre Guernica tuvo que ser de pocos minutos, pues por el parte italiano que se conserva en el Archivo Histórico del Aire sabemos que los *Fiat* de escolta invirtieron algo menos de sesenta minutos en la misión, y de ellos no menos de cinco se necesitarían para la reunión, 25 para el recorrido Vitoria-mar Cantábrico-Guernica (el bombardeo se hizo, como el de los *Savoia 79*, de norte a sur, entrando a la ría de Mundana desde el mar) y otros 20 para el retorno a Vitoria y el aterrizaje.

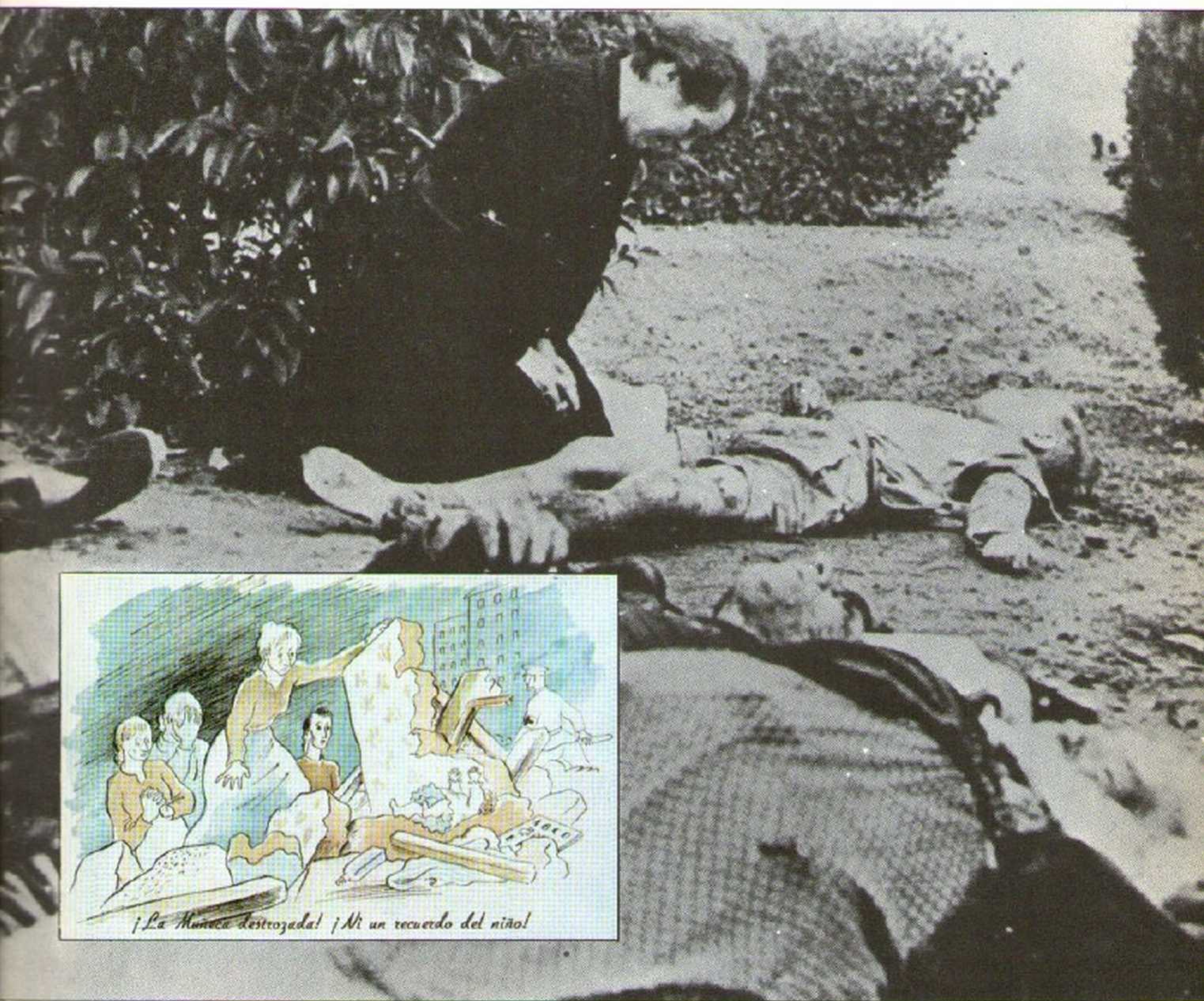

(Col. J. Salas.)

Bombas de 250 y 50 kilogramos ante un Junkers 52. *Son los tipos mayores que usó la aviación nacional.*

Parece razonable, pues, aceptar el testimonio de Von Beust de que los *Junkers* también bombardearon en una única pasada.
Muchos autores, por el contrario, aceptan la teoría de varias pasadas sucesivas, con lanzamiento de bombas explosivas en las iniciales y de incendiarias en las siguientes. Así pretenden explicar los extraordinarios efectos del bombardeo.
Se ve que no han leído el libro *Ofensiva de bombardeo*, del mariscal Harris, jefe del mando de bombardeo británico en los años de los ataques masivos sobre Hamburgo, Berlín y Dresde, en cuya página 49 (de la edición española) ironiza: «Esta teoría, sumamente curiosa, persistió durante los dos primeros años de la guerra, aunque en la realidad nada hay más difícil que incendiar un montón de escombros.»
Por mi parte, creo que el bombardeo resultó tan terriblemente demoledor precisamente por haberse realizado en una única pasada y lograrse así un cierto grado de concentración, tanto en el tiempo como en el espacio. También contribuyeron, sin duda, la contextura de los edificios (con gran predominio de la madera), la estrechez de sus calles y la pobreza de medios de extinción de incendios.
Cuando terminó el bombardeo ardía casi el 25 por 100 de las edificaciones de la villa. Luego, el incendio se extendió al núcleo urbano y afectó al 70 por 100.
Inicialmente se pensó que el número de víctimas no era elevado, y así lo afirmaba el diario *La Tarde* en su edición del 27 de abril, pero luego se averiguó que 45 personas habían quedado sepultadas en el refugio de Santa María (aún no terminado de construir el 26 de abril y ocupado indebidamente) y otras 15 en la curva de Udechea (arranque de la carretera a Luno). Unidas estas víctimas a las 33 del asilo Calzada y a las individualizadas, nos da un número de fallecidos superior al centenar.
Los corresponsales extranjeros elevaron la cifra a más de mil e incluso a tres mil, sin que la prensa de Bilbao de la época recogiera nunca tan irreales afirmaciones.
El arquitecto municipal del Guernica de entonces, Cástor de Uriarte, que tiene poderosas razones para estar bien informado, pues era el responsable local del servicio contra incendios, ha reconocido por escrito que los muertos no llegaron a sumar los dos centenares y medio.

Brunete: primer enfrentamiento entre aviones modernos

En julio de 1937, la aviación nacional del norte ya había perfeccionado sus tácticas de cooperación aeroterrestre, contrastadas en los días del asalto al «cinturón de hierro», importante obra continua de hormigón armado que trataba de hacer de Bilbao una posición inexpugnable. Estaba también demostrada la valía del trimotor *Savoia 79* y de los bimotores *Heinkel 111* y *Dornier 17* (no así la del *Ju.86*) y se suponía que el caza *Me.109 B* no tenía rival. Pero esto era ne-



(Col. J. M. Armero.) (Brandeis University, USA.)

El colofón trágico de los bombardeos son los muertos entre la población civil. Desmoralizar y aterrorizar a la retaguardia es un objetivo que se persigue en todas las guerras.

cesario comprobarlo en lucha contra los caza «Mosca», que la aviación gubernamental no quiso enviar a Vizcaya.

El momento de enfrentamiento fue la batalla de Brunete, decidida e iniciada por el Ejército Popular, que dispuso en los primeros días de una abrumadora superioridad aérea. El mando nacional trató de hacer intervenir desde el principio a los aviones modernos de la Legión Cóndor, pero Sperrle se mantuvo inconmovible en su postura de no dividir su unidad bajo ningún concepto, actitud que contaba con la aquiescencia de Berlín. De este modo, Sperrle logró que todos los aviones actuantes en la batalla se supeditaran a su propio mando, como estaba ocurriendo en el norte desde finales de marzo (con un breve paréntesis en mayo, tras la tensión generada por el bombardeo de Guernica).

Los cazas rusos se mostraron fuertes en julio, época en

la que existían cinco escuadrillas operativas de «Moscas», a los que auxiliaban un número superior de escuadrillas de «Chatos». Frente a ellos, una única escuadrilla de monoplanos *Me.109* y diez de biplanos *Fiat*. Cuantitativamente, ambas fuerzas estaban casi en igualdad, pero era claramente inferior el número de monoplanos del bando nacional.
El *Me.109* demostró que podría llegar a ser un excelente caza, cuando se corrigiera su mayor deficiencia, la poca potencia de su motor; por el momento, la versión *Me.109 B* sólo superaba en algunos aspectos al «Mosca». Los *He.111 B, Do.17 E, Savoia 79* y el nuevo bimotor italiano *Fiat BR.20* no podían competir en velocidad con el «Katiuska», pero le superaban ampliamente en capacidad de carga; los bimotores rusos sobrepasaban en número a la suma de los bombarderos rápidos alemanes e italianos en esta época (véase cuadro de la página siguiente).
La mayor innovación que aportó la batalla de Brunete fue de tipo táctico y se debió a la aviación gubernamental, que creó una escuadrilla de caza nocturna, equipada con biplanos tipo «Chato». En los últimos días de la batalla se apuntaron el abatimiento de dos *Junkers 52*, acreditados a Yakushin («Mateo Rodrigo») y Șerov («Carlos Castejón»), aunque sólo uno de ellos parece confirmado. Este es el primer derribo nocturno de la historia.

Mejoras en las flotas de bombarderos

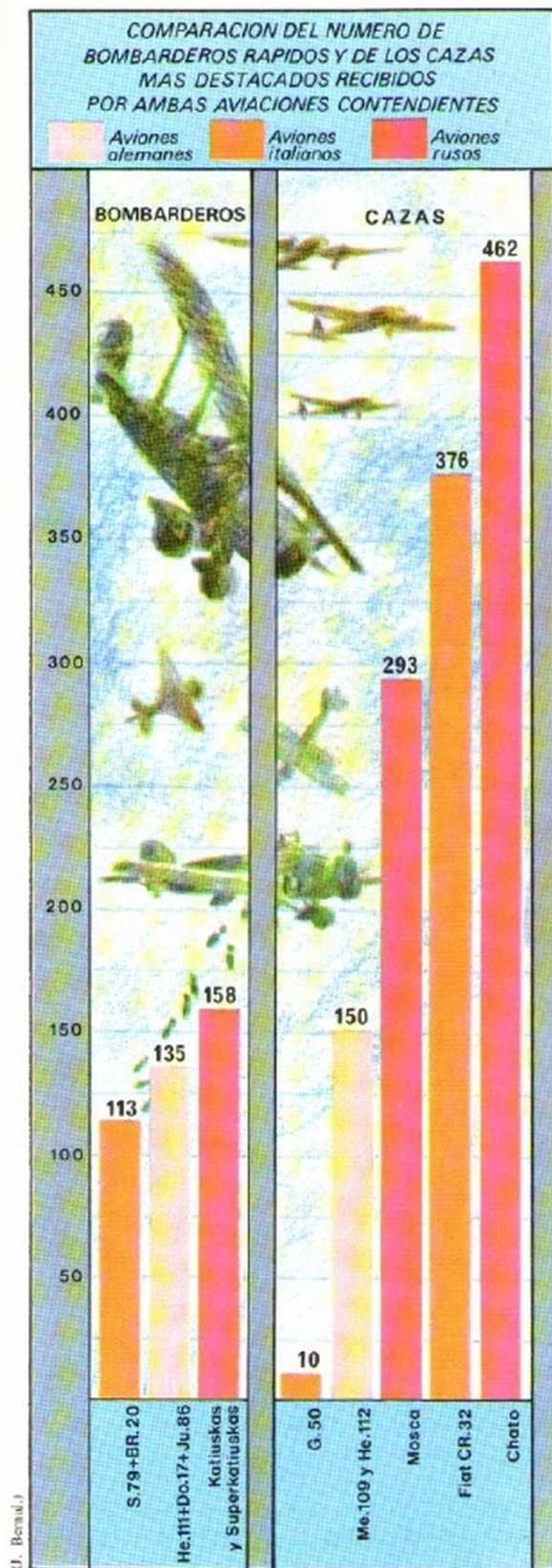
La batalla de Brunete confirmó que los lentos bombarderos de tren fijo (*Ju. 52* y *S. 81*, por un bando, y *Po. 54* y *Bloch 200*, por el otro) no tenían nada que hacer en vuelo diurno ante una aviación de caza numerosa, y tampoco podían considerarse seguros en acción nocturna.
Los alemanes pudieron sustituir, en un plazo de pocos meses, los viejos trimotores de la Legión Cóndor por modernos bimotores de los tipos consagrados y los italianos lo hicieron en parte, lo que supuso para la aviación de Kindelán una ventaja en materia de bombarderos rápidos a partir de noviembre de 1937. En diciembre se incorporó a la Legión Cóndor una patrulla del monomotor *Junkers 87 A*, primera versión de serie del luego famoso *Stuka*, que en el verano de 1938 fue sustituida por otra de la versión mejorada *Ju.87 B;* estos aviones estuvieron rodeados de gran secreto, y al terminar la guerra fueron devueltos a Alemania. Las tripulaciones nacionalistas siguieron volando los lentos trimotores hasta el final de la contienda.
El Ejército Popular tuvo que disolver, al final del verano de 1937, uno de los dos grupos de «Katiuskas», el número 12, pero elevó el potencial del Grupo 24 a



(Arch. Azaola.)


(Arch. Azaola.)

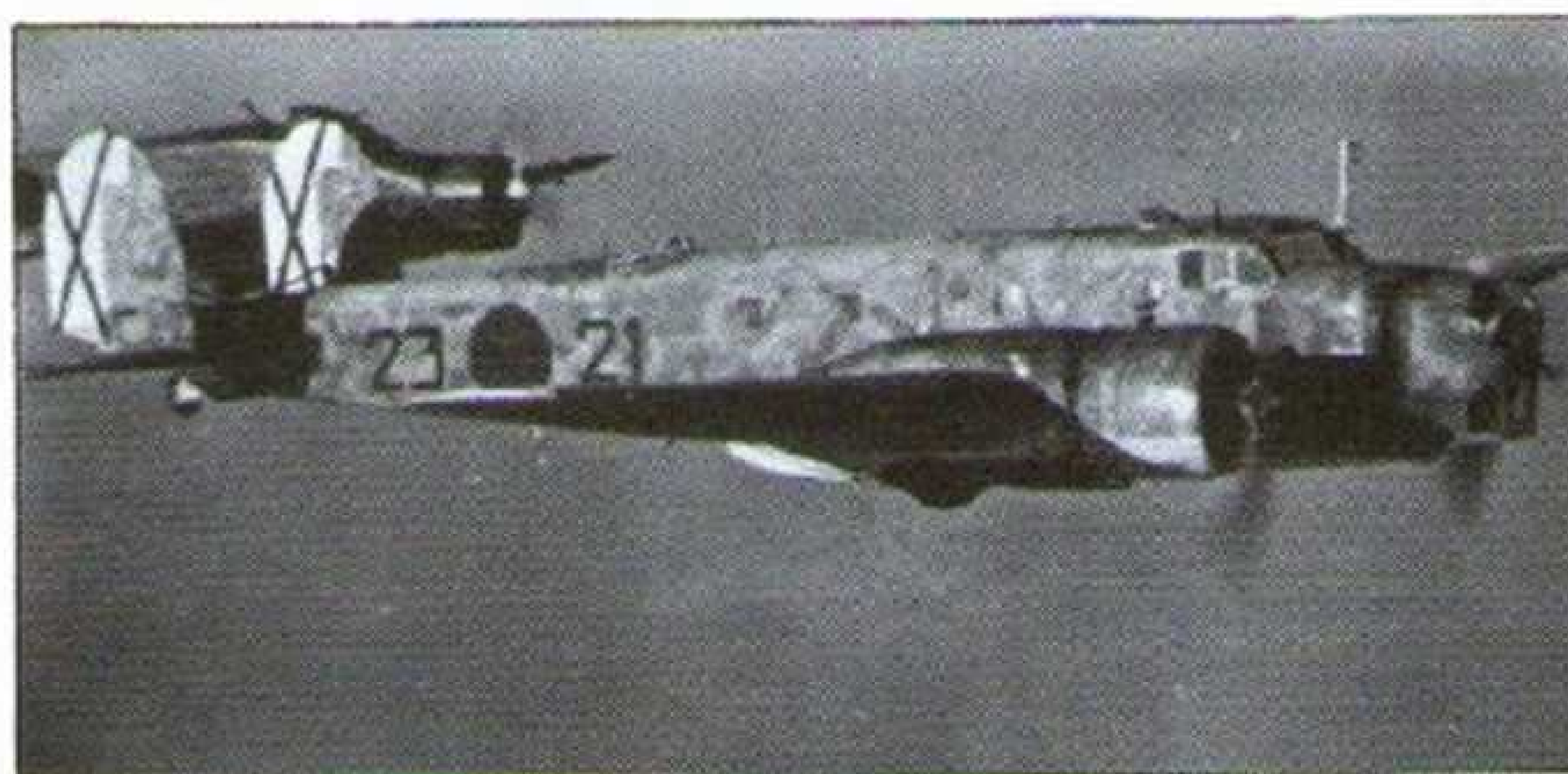
Leocadio Mendiola, único laureado de la aviación gubernamental, mandó el grupo 24 de bombardeos «Katiuskas» por más de un año a partir de finales de 1937. Tarjeta postal alusiva a la aviación republicana.



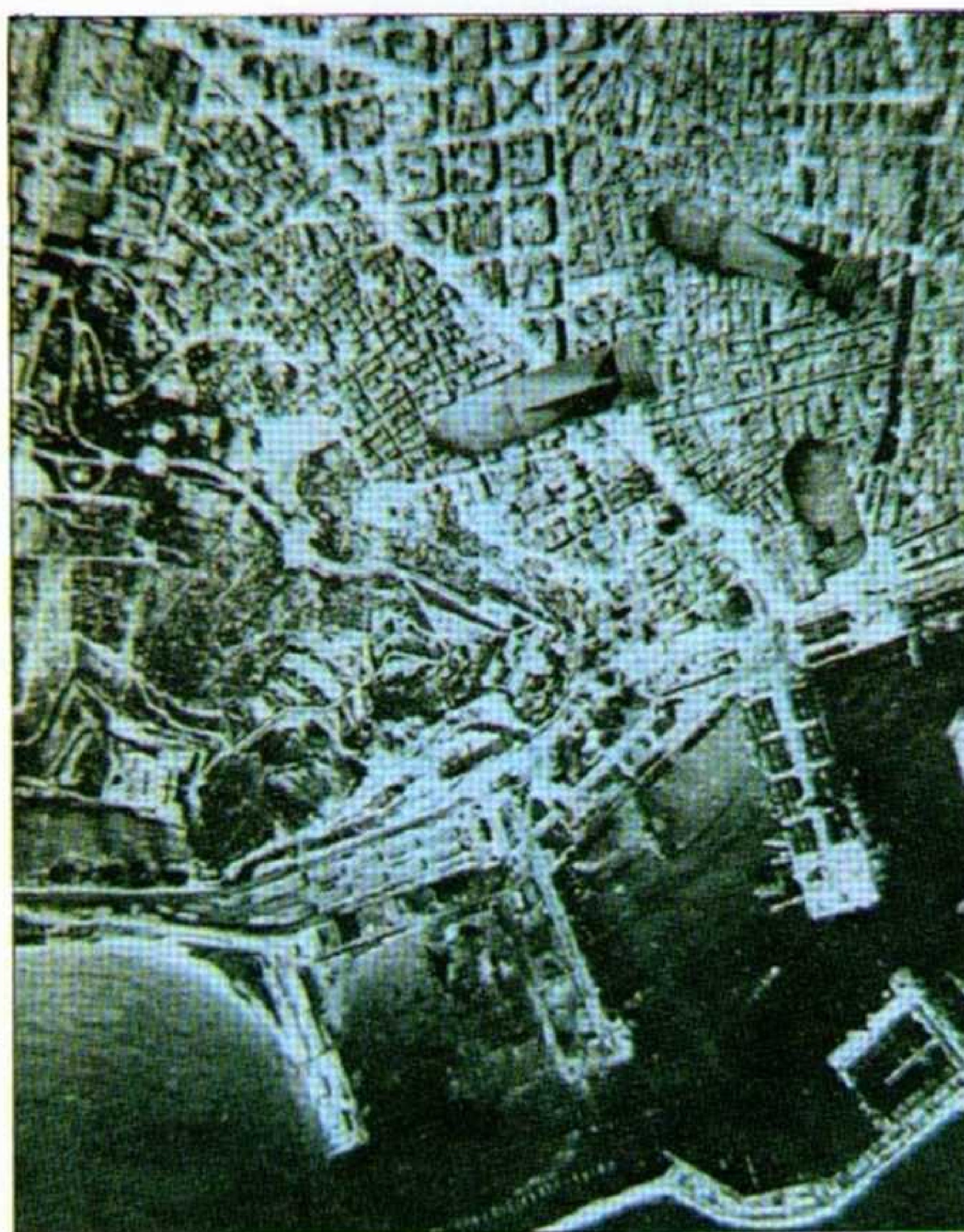
(J. Bernal.)



(Arch. Azaola.)

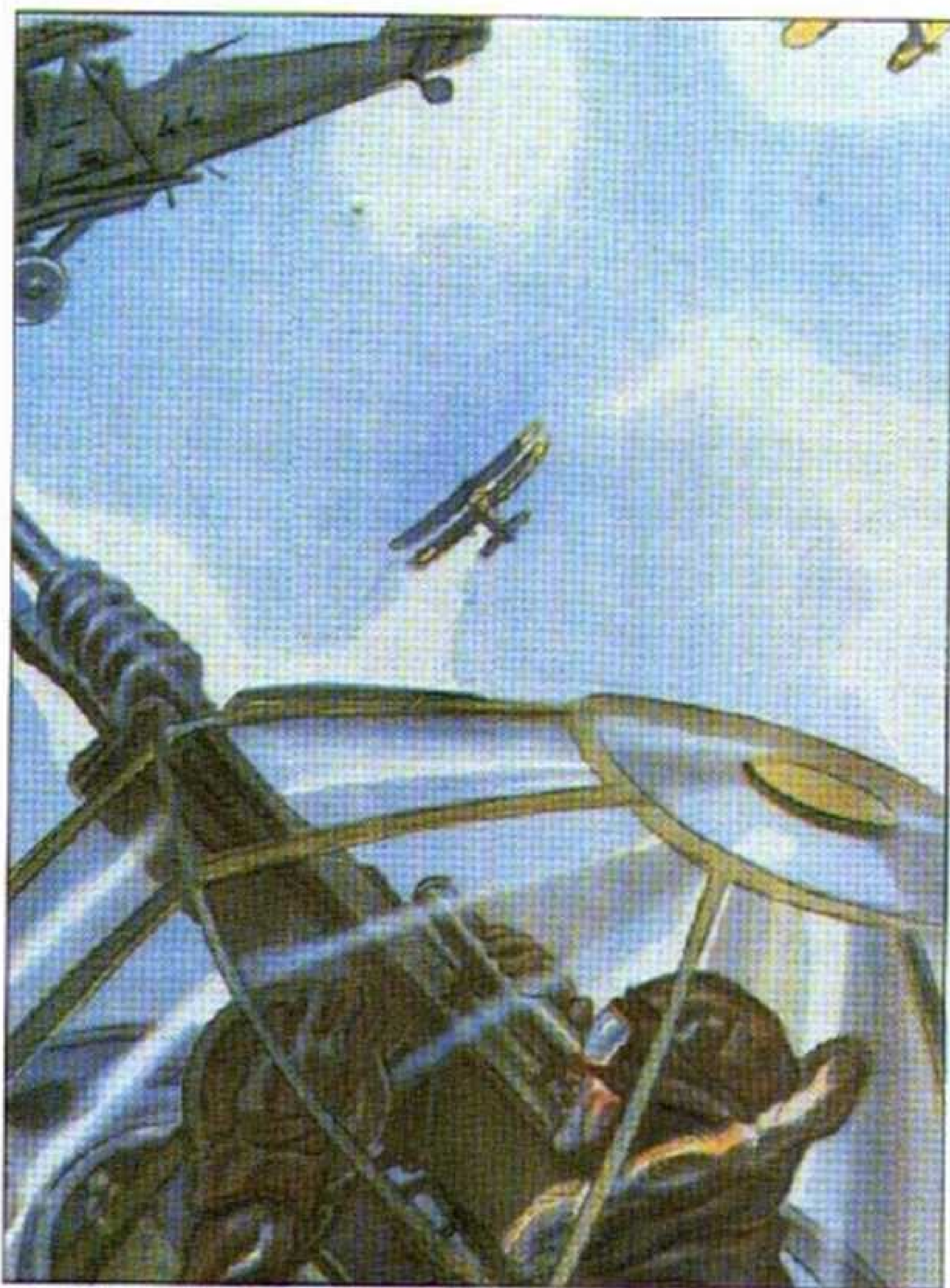


(Arch. Azaola.)



(Col. Gabriel Gual.)

De arriba abajo, el Stuka *de bombardeo en picado y el bimotor* Fiat BR.20. *Bombardeo de Barcelona en marzo de 1939.*



(Col. C.S. de Tejada.)

Así veía Carlos Sáenz de Tejada un combate aéreo. Los pilotos son siempre, y en cualquier ejército, una élite.

cuatro escuadrillas. Al terminar la batalla de Teruel, este grupo se redujo a su constitución inicial, por disolución de la 2.ª Escuadrilla, y en el segundo semestre de 1938 la 1.ª Escuadrilla siguió la misma suerte.
En el bando adversario, las cosas sucedieron de forma completamente diferente. La Legión Cóndor mantuvo siempre operativas sus tres escuadrillas de bombardeo (dotadas mayoritariamente de *He.111*, que se completaban con algunos *Do.17 E)* y una de reconocimiento *(Do.17 P);* desde principios de 1938, un tercio de sus tripulaciones era española. La aviación rebelde fue incrementando su fuerza de bombarderos rápidos, que empezó siendo de seis *Savoia 79* en agosto de 1937 y llegó a disponer de 24 trimotores del mismo tipo en la primavera de 1938. La aviación legionaria, que tenía en la Península 12 *Savoia 79* y seis *BR.20* en el verano de 1937, duplicó estas cifras en la primavera siguiente, época en la que, además, contaba con otros 18 *Savoia 79* en Mallorca.
Estos *Savoia* de Baleares fueron los responsables de los 13 bombardeos de Barcelona realizados entre la noche del 16 de marzo y el mediodía del 18. Ordenados directamente desde Roma, eran un aviso de Mussolini al gobierno de París, que el día 15 había reunido al Comité Permanente de la Defensa Nacional, para discutir una posible intervención directa del ejército francés en la guerra civil española, como respuesta a la anexión de Austria por la Alemania de Hitler. Estos ataques demostraron la necesidad de contar con un medio de detección anticipada de los aviones que bombardeaban la costa procedentes del mar. Los ingleses y alemanes tomaron buena nota de esta enseñanza.
Al final de la guerra, cuando Cataluña estaba a punto de sucumbir, llegaron por los Pirineos 50 bimotores rápidos de un modelo mejorado, conocidos por «Superkatiuskas», con los que se pensaba formar dos nuevos grupos de dos escuadrillas cada uno. Los aparatos penetraron en territorio español, pero no se acabaron de desembalar.
En lo que a bombarderos ligeros se refiere, ambas aviaciones contendientes siguieron volando anticuados biplanos, que gracias al valor de sus tripulantes españoles continuaron dando eficaces servicios. Fueron excepción los *He.70* nacionales y los *Vultee V.1 A* gubernamentales, rápidos monoplanos monomotores de diseño moderno. Los *Grumman Delfín*, que arribaron a Cataluña en mayo de 1938, eran en realidad cazas de asalto y con ellos se formaron dos escuadrillas.

La evolución de los cazas entre 1938-1939

En la primavera de 1938 llegaron a España los primeros ejemplares del modelo *I.16 bis*, conocido en nuestra patria por «Supermosca». Tenía algo más de potencia que la versión anterior y había incrementado a cuatro las dos ametralladoras del *I.16*. Con estos cazas mejorados se equiparon las escuadrillas 2.ª y 5.ª del Grupo 21, que seguían siendo rusas.
Por esta época, las escuadrillas de caza alemanas y las españolas de *Fiat* y «Moscas» estaban muy escasas de material, pues debido a la crisis provocada por la anexión alemana de Austria, los suministros se suspendieron durante algún tiempo.
En junio de 1938, la Legión Cóndor transfirió a la aviación española los *He.51* de su 3.ª Escuadrilla de caza y dotó a esta unidad con el modelo *Me.109 C*, provisto de un motor más potente y de armamento más completo; a su frente se puso el luego famoso Werner Mölders. La 1.ª Escuadrilla había cambiado sus *He.51* por *Me.109 B* en el otoño de 1937, después del derrumbamiento del frente cantábrico.
Este refuerzo alemán se contrarrestó a principio del verano de 1938 al cruzar la frontera pirenaica más de noventa «Supermoscas», que se distribuyeron a las seis escuadrillas del Grupo 21, a razón de 15 aparatos por escuadrilla (12 de plantilla y tres de reserva). To-



(Arch. Doc. M.º Cultura. Salamanca.)

A comienzos del verano de 1938 cruzaron los Pirineos noventa «Supermoscas», versión muy mejorada del «Mosca» ruso. La aviación rusa era de una alta calidad técnica, pero por debajo de la alemana.

dos los monoplanos antiguos de dicho grupo pasaron a revisión, y con algunos «Moscas» recién reparados se formó una 7.ª Escuadrilla. La 4.ª Escuadrilla reemplazó el motor de sus «Supermoscas» por el norteamericano *Wright Cyclone F.52*, preparado para vuelos de altura, y les añadió instalación de oxígeno, lo que les equiparó a los *Me.109 C*.

El Grupo 26 tenía a la sazón cuatro escuadrillas de «Chatos» —muy bien surtidas de material, gracias a las entregas de la factoría de Reus-Sabadell (heredera de la maquinaria de la fábrica de C.A.S.A. en Getafe y de la del Taller de la Aeronáutica Naval), superiores a 20 aviones al mes—, y el Grupo 28, dos escuadrillas de *Grumman Delfín*.

La aviación de Kindelán contaba a fines de verano con tres escuadrillas de monoplanos y 14 de biplanos *Fiat* (españolas e italianas a partes iguales). Esta relativa igualdad explica lo enconado de la lucha aérea en la batalla del Ebro, pues aunque la superioridad numérica se vencía del lado nacional, sus monoplanos seguían estando en inferioridad aplastante.

La aviación de Hidalgo de Cisneros recibió en 1939, poco antes del derrumbamiento de Cataluña, 34 biplanos de la nueva versión *I. 15 bis*, llamados «Superchatos», con los que formó un grupo de dos escuadrillas. Intentó asimismo equiparse con aviones norteamericanos *Severski* y *Bellanca*, pero no los adquirió a tiempo.

En enero de 1939 se creó una cuarta escuadrilla de cazas monoplanos, a base de unos *Heinkel 112* encargados directamente por el gobierno de Burgos al fabricante; en marzo, una quinta (con los *Me.109 B* cedidos por la Legión Cóndor cuando esta unidad recibió los más avanzados *Me.109 E*) y poco después una sexta escuadrilla.

Esta última era italiana, estaba dotada de monoplanos *Fiat G.50*, y no llegó a entrar en combate. Las tres escuadrillas alemanas se equiparon con *Me.109 E*, versión que aventajaba ampliamente a todos los modelos de caza existentes en España.

Tras la caída de Cataluña, a estas seis escuadrillas de monoplanos y las 14 de *Fiat* sólo podían oponerse dos escuadrillas de «Moscas», dos de «Chatos» y una de *Grumman*, desproporción abrumadora, máxime si tenemos en cuenta que la ventaja cualitativa se hallaba ahora a favor del bando más numeroso.

La guerra estaba decidida, y así lo comprendió el coronel Casado.

Las interpretaciones de España

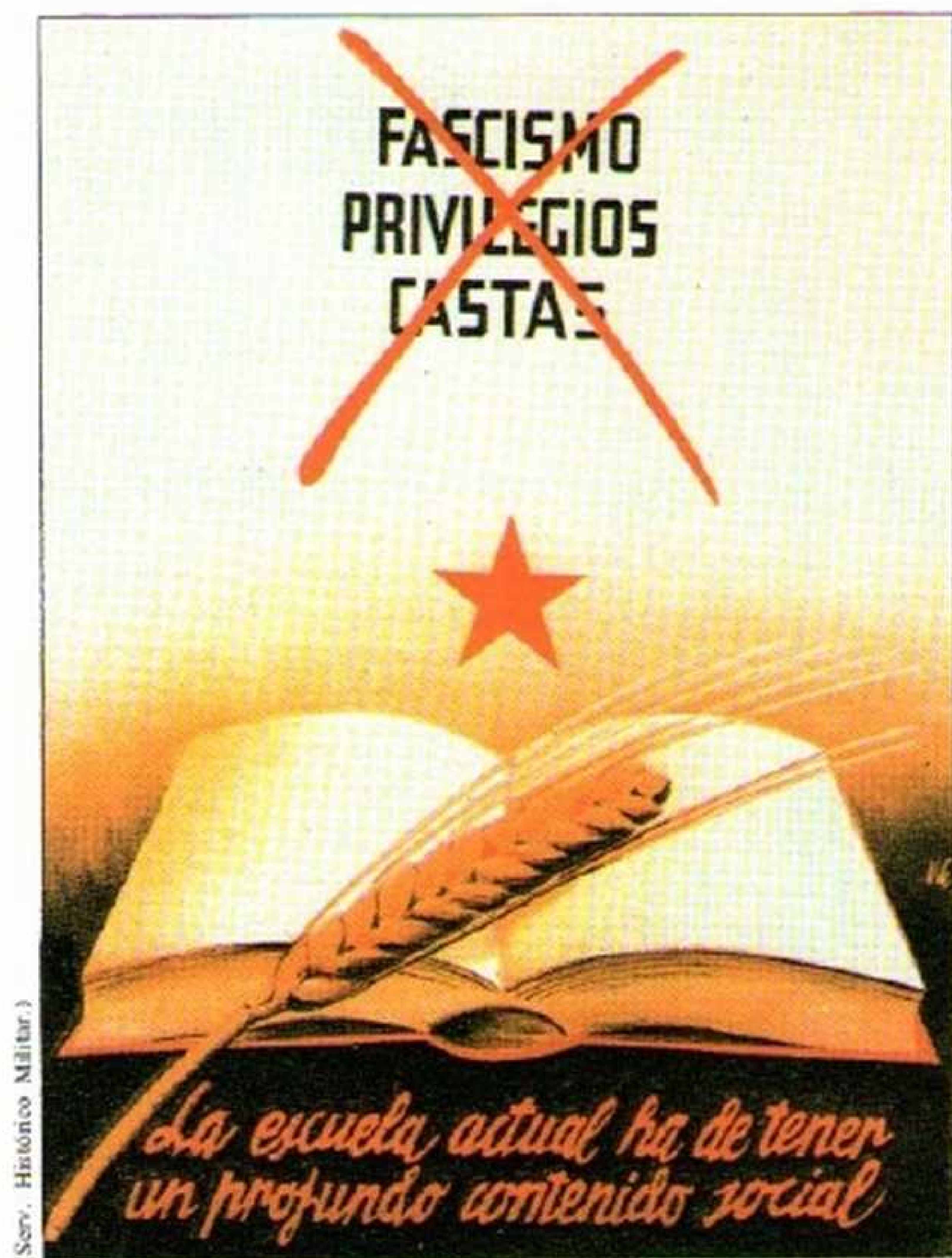
Intelectuales y artistas, frente a frente

Por **José Luis Abellán** *

DESDE hace varios años tengo la convicción de que los tres años de guerra civil (1936-1939) constituyen un período con autonomía cultural propia. Entre ambas fechas se produce un tipo de manifestaciones culturales que conservan —a pesar de las diferencias, muy marcadas a veces— una similitud específica. No me refiero sólo a la unidad temática inevitable —la guerra es un motivo monocorde que se repite bajo mil variantes—, sino al carácter que podemos llamar estructural; es decir, la estructura que da a la literatura y a la creación cultural, en general, el hecho de producirse en un país en guerra civil.

La guerra es una situación límite, y como tal obliga al hombre a vivir en una actitud de peculiar sinceridad y radicalidad. En España esa situación se ha repetido con más frecuencia que en otras partes —somos un país de guerras civiles, se dice tópicamente—, y esto ha dado un carácter singular a nuestra cultura, que he denominado en otra parte como «cultura de frontera». El hecho ya lo vio Angel Ganivet cuando dice: «España ha conocido todas las formas de la gloria, y desde hace largo tiempo disfruta a todo pasto de la gloria triste: vivimos en perpetua guerra civil. Nuestro temperamento, excitado y debilitado por inacabables períodos de lucha, no acierta a transformarse, a buscar un medio pacífico, ideal de expresión y a hablar por signos más humanos que los de las armas. Así vemos que cuantos se enamoran de una idea (si es que se enamoran), la convierten en medio de combate; no luchan realmente porque la idea

* Nació en Madrid en 1933. Profesor de la Universidad Complutense, ha publicado, entre otras obras, *La cultura en España*, *Sociología del 98* e *Historia crítica del pensamiento español*.

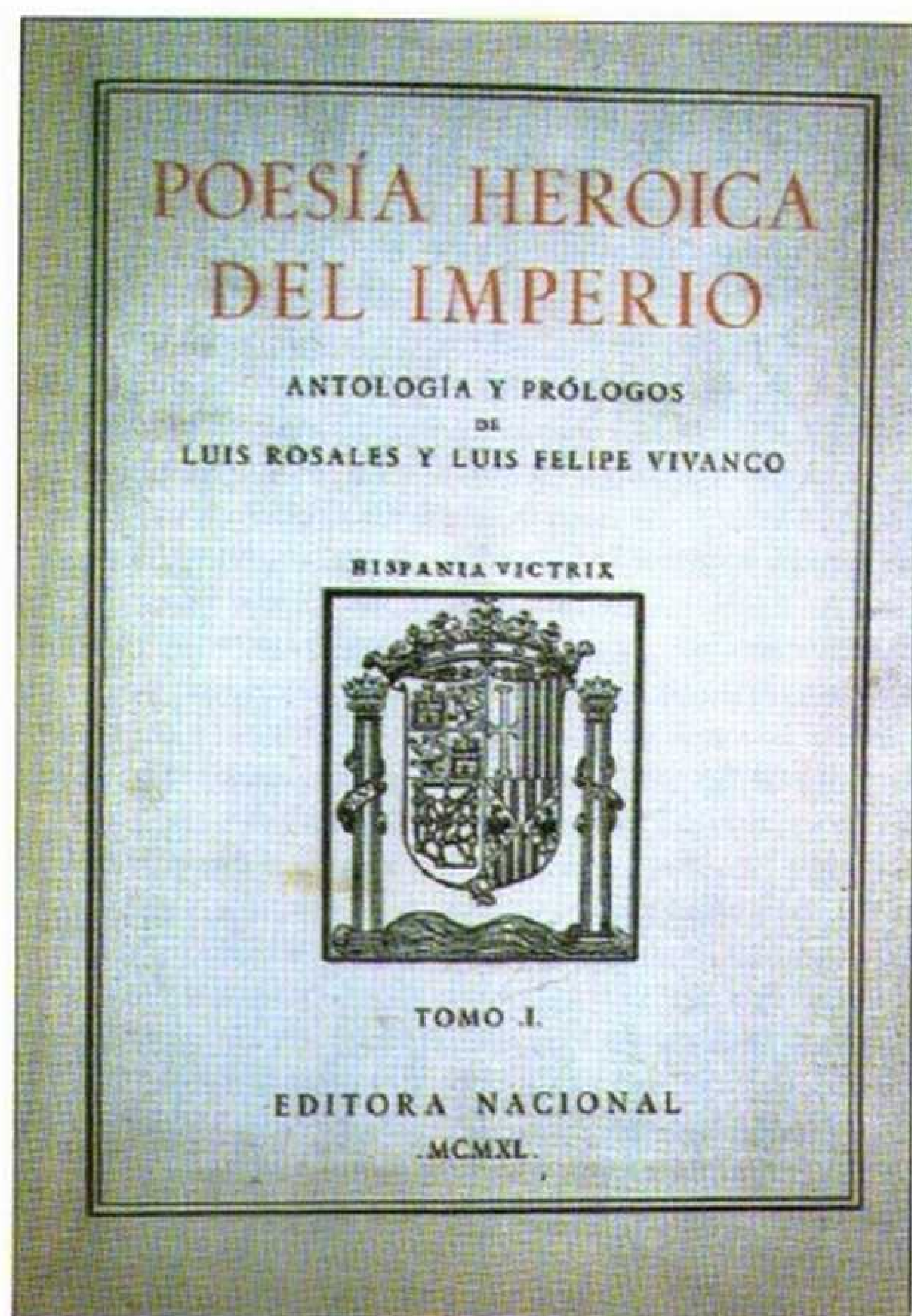


La educación fue objetivo fundamental del régimen republicano y de la izquierda histórica.

triunfe; luchan porque la idea exige una forma exterior en que hacerse visible, y a falta de formas positivas o creadoras aceptan las negativas o destructoras: el discurso, no como obra de arte, sino como instrumento de demolición; el tumulto, el motín, la revolución, la guerra. De esta suerte, las ideas, en vez de servir para crear obras durables que fundando algo nuevo destruyesen indirectamente lo viejo e inútil, sirven para destruirlo todo, para asolarlo todo, para aniquilarlo todo, pereciendo ellas también entre las ruinas.» Por eso, cuando propone soluciones para aportar remedio a un estado semejante, tiene muy en cuenta que «en España no basta lanzar ideas, sino que hay antes que quitarles la espoleta para que no estallen. A causa de la postración intelectual en que nos hallamos, existe una tendencia irresistible a transformar las ideas en instrumentos de combate: lo corriente es no hacer caso de lo que se habla o escribe; mas si por excepción se atiende, la idea se fija y se traduce, como ya vimos, en impulsión. Por esto, los que propagan ideas sistemáticas, que dan vida a nuestras parcialidades violentas, en vez de hacer un bien hacen un mal, porque mantienen en tensión enfermiza los espíritus. A esas ideas que incitan a la lucha yo les llamo ideas "picudas"; y por oposición, a las ideas que inspiran amor a la paz, las llamo "redondas"».

El predominio de esas «ideas picudas» a las que se refiere Ganivet es lo que ha llevado a esa estructura bélica de nuestra cultura a la que me he referido antes. Una ojeada histórica sobre nuestro pasado cultural nos impone, como característica constante de la cultura española, el ser una «cultura de frontera», como decíamos, derivada del hecho mismo de haber sido nuestro país una de las fronteras más claras y delimitadas del mundo europeo. Hemos sido frontera desde la Edad Media; lo fuimos frente a los árabes, a los cuales opusimos nuestra resistencia, defendiendo al resto de Europa de la invasión islámica; lo fuimos también en el Renacimiento, cuando —por imperativo histórico— nos convertimos en cabeza de la cristiandad, y se nos impuso la tarea de ponerle coto a la expansión turca, dándole al fin un golpe mortal en Lepanto. Y cuando nuestras fuerzas flaquearon y la decadencia se hizo evidente, en medio de un mundo que consideramos hostil, nos encerramos en nuestra concha e hicimos de todo nuestro ser una pura frontera, mediante ese fenómeno que tan gráficamente llamó Ortega y Gasset la «tibetanización» de España. Hemos vivido aislados en un proceso de adentramiento e interiorización que ha ido acentuando nuestras diferencias con el mundo en torno, hasta crearnos esa conciencia de «ser diferentes» que tanto ha dado que hablar.

Lógicamente, la cultura española no ha podido permanecer indiferente a esa reiterada situación histórica, y desde el primer momento se manifestó como una cultura de frontera, donde los valores defensivos y ofensivos de la actitud bélica priman sobre los más neutros —al menos, aparentemente más neutros— de la actividad científica o del esfuerzo reflexivo. Nuestra religión, ya en la Edad Media, fue un «cristianismo de cruzada», con Santiago Matamoros al frente, y desde entonces hemos estado batiéndonos en los más diversos puestos contra toda clase de enemigos imaginarios. La «cruzada» religiosa por la que secularmente han estado luchando los sectores conservadores y reaccionarios del país, ha tenido que ser enfrentada con el mismo ánimo polémico y batallador por nuestros más conspicuos progresistas. Nuestros ilustrados —aunque hoy todavía no lo parezca así, por falta de información histórica— son tan avanzados como los que más; nuestros liberales fueron modelo de combatividad para toda la Europa que vivía en el primer tercio del siglo XIX aplastada por el peso de la Santa Alianza; nuestros anarquistas combatieron por sus ideas con una «fe de carbonero» que hizo del anarquismo español un arquetipo en todo el mundo; nuestros revolucionarios de la última guerra civil llamaron la atención por sus «colectivizaciones» vividas místicamente... Y todo eso creó, en cada momento, una cultura de frontera que servía para airear los ideales en



(Librería A. Carracedo.)

La idea de Imperio fue el aglutinante principal de la ideología de los sublevados.

lucha y mantener los ánimos en pie, si bien todo ello ha sido sistemáticamente ocultado por la «historia oficial» que nos han ofrecido las clases en el poder.

«Católicos e imperiales»

La situación llegó a su paroxismo en la guerra civil de 1936-1939, en que los dos bandos en lucha crearon su propia cultura de guerra, aglutinada en torno a dos grandes ideas: la de la República, que se veía encarnada en el pueblo, y la de los rebeldes iniciales, que luchaban impulsados por el afán de imperio. Ambas ideas tuvieron numerosas manifestaciones literarias, pero su representación más llamativa se encarnó en dos poetas: Antonio Machado, en el lado republicano, y José María Pemán, en el de los franquistas.

En realidad, cuando Pemán emprendió la interpretación de nuestra guerra no hacía sino continuar la consigna imperial y nacionalista lanzada varios años antes —en plena República— por Ernesto Giménez Caballero en su libro *Genio de España* (1932). En este libro fascista, delirante y energuménico había una llamada imperativa por parte del lector, que se expresaba así:

«Españoles: Por primera vez desde tres siglos ¡hay un alma española que os promete seriamente, fundamental y fundadamente, optimismo, grandeza, reconstrucción y genialidad! Imperio.»

Al final, tomando pie en su amalgama del espíritu romano y del espíritu español, a la que llama «evangelio hispánico», su proclama es rotunda y clara:

«¡Sed católicos e imperiales! ¡César y Dios! Esta es la voz de mando.»

El libro se reimprimió en 1934, y luego, en plena guerra, en 1938, convirtiéndose para los nacionalistas —como dice su autor en el prólogo— en «justificación espiritual de nuestra causa». Esa edición está llena de notas a pie de página que le inspira la nueva circunstancia histórica. Una de ellas —que reproducimos íntegra, a pesar de su longitud— dice lo siguiente:

«La consigna de "imperio" lanzada por este libro en los momentos más antiimperiales de España —los de la República socialdemócrata del 14 de abril— pareció entonces una locura o un desvarío de poeta. Pero nosotros, los poetas, somos, a fin de cuentas, los hombres más prudentes y sensatos de un pueblo. Ignoraban aquellos socialdemócratas que el "imperio" era la única fórmula capaz de superarles su lucha de clases. No ahora, con los llamados regímenes totalitarios, sino desde que el mundo es mundo.

Nosotros —los imperiales— no ignoramos, en cambio, que la lucha de clases es una realidad eterna en la historia. Porque siempre ha habido débiles y poderosos, feos y guapos, tontos e inteligentes, cobardes y valientes. Y siempre existirá la lucha y el odio del miserable, del feo, del tonto y del cobarde contra el pudiente, el apuesto, el capaz y el hombre bravo.

Sólo ha existido en el mundo un sistema eficaz para superar ese encono eterno de clases; y es: trasladar esa lucha social a un plano distinto. Trasladarla del plano nacional al internacional. El pobre y el rico de una nación sólo se ponen de acuerdo cuando ambos se deciden a atacar a otros pueblos o tierras donde pueden existir riquezas y poderíos para todos los atacantes. El sentimiento de igualdad social que origina toda lucha de clases sólo se supera llevando esa igualdad en el ataque a otros países que son desiguales a nosotros. Esa expansión de pobres y ricos de un país contra otras tierras es lo que constituye la motivación íntima del imperio.

No hay dónde elegir: o se es comunista en el mundo o se es imperial.

España sólo terminó sus luchas sociales del siglo XV con la expansión imperial hacia Africa, América y Europa. (Nuestra unidad nacional fue imposible mientras no encontró horizontes expansivos.)

La Italia de Mussolini sólo fajó su unidad interna en


(Col. familia Giménez Caballero.)

Ernesto Giménez Caballero, izquierda, fundador de la Estafeta Literaria *y miembro de la vanguardia intelectual de los años treinta, derivó hacia posiciones fascistas delirantes.*

vista de la intervención imperial en Africa y ante Inglaterra. Y así la Alemania de Hitler. Y el Japón actual. Y los propios Estados Unidos. Y el inglés de la reina Victoria. Y el francés de Napoleón, tras la revolución francesa. Por eso es tan imprescindible para un pueblo que acepta la consigna de "imperio" mantener una moral militar y escapar de todo peligro obrerista, jurídico, civilista, pacifista. Sobre el desarrollo de esta consigna de imperio debe leerse el fascículo excelente de A. Tovar *El imperio de España.»*

El increíble texto transcrito, con su embriaguez belicista y su delirio fascista, es expresión de los anhelos y los pensamientos que embargaban a los que combatían junto a Franco. En los mismos motivos se va a basar José María Pemán para su interpretación de la guerra civil, tal como la expone en su largo *Poema de la Bestia y el Angel* (1938). La composición se estructura en tres cantos con los siguientes títulos: I. «En el principio de los tiempos»; II. «En el centro de la historia», y III. «Hacia los tiempos nuevos». El intento es entroncar el hecho de la guerra dentro de una visión tradicionalista de la historia de España; en esa línea se propicia la interpretación maniquea, mesiánica y apocalíptica de la guerra, que describe en el segundo canto, de acuerdo con su propósito consciente: «Esta es la imagen de la guerra que he querido entregar a mis contemporáneos —dice en el prólogo—. No sólo el hecho actual, anecdótico, inmediato, sino todo su profundo significado apocalíptico de revelación de la eterna pelea de la Bestia y el Angel, y toda su proyección profética e imperial sobre un futuro luminoso: esqueleto, vestido y músculo de este retrato de la guerra, que he soñado con ambición y redondez agotadora de apasionado abrazo.» La grandeza del intento era digna de mejor causa, pero Pemán —obnubilado por la pasión de la guerra— no es consciente de sus limitaciones, y hay indicios para pensar que, con su obra, intentaba algo así como la ejecución de una *Divina Comedia* «a hispánico modo», en el simbolismo buscado del número tres. «Por eso —dice en el mismo prólogo— los cantos del poema son en número de tres: número místico, redondo y perfecto. Número del tiempo —antes, ahora, después—; número de la generación —padre, madre, hijo—; número de la verdad

humana —afirmación, negación, síntesis—; y sobre todo número de Dios.»
En el canto III, la inspiración imperial se hace patente en varios lugares, cuando nos habla de un nuevo linaje de hombres, tras la victoria bélica:

Y no será de esclavos la progenie que nazca.
Hija será de Roma: la suprema conjunción
de Oriente y de Occidente:
palo de crucifijo entre dos mares;
tierra de Cristo y del emperador.

Hay una voz que cantar por los vientos:
«Palabra del Señor:
Al César dad lo que se debe al César
y a Dios lo que es de Dios».

Esta es, brazo de Roma, palabra de España,
su promesa infinita, su infinita lección.

La obra termina con un «Mensaje de la Alegría», de tono providencial, en que España aparece como «brazo de Dios, de Roma y del Espíritu», y acaba «profetizando, tras la victoria, un nuevo imperio para España, lleno de sentido humano y espiritual». La idea que va a inspirar la política franquista de «por el imperio hacia Dios» durante los primeros años de su mandato está claramente expresada en la última estrofa del poema:

Todo el mar se ha rayado de una luz infinita.
El palo de mesana se ha vestido de sol.
¡Aureos pilotos de la España nueva!
¡Levantad los remos!
¡A la vista Dios!

Dos poetas del pueblo

Muchos serían los autores con que podríamos seguir ilustrando esta idea del imperio que sirve de directriz a los ideólogos del nacionalismo franquista, pero como muestra lo creemos suficiente. Ahora nos parece más interesante pasar al lado republicano y señalar cómo aquí el pueblo sustituyó a la idea imperial que se defendía en el bando opuesto. No es arbitrario que a la defensa de la República se le llamara «causa popular» por antonomasia, y es que la realidad fue que el pueblo tomó decidido partido por ella. Nadie quizá supo verlo e interpretarlo mejor que los poetas, de los que entresacaremos dos ejemplos característicos: el de Miguel Hernández y el de Antonio Machado.
El libro representativo por excelencia de la poesía de guerra de Miguel Hernández es *Viento del pueblo* (1937), cuyo primer poema es una exaltación épica de los distintos pueblos que componen el mosaico español. A título de ejemplo veamos algunas estrofas:

Vientos del pueblo me llevan,
vientos del pueblo me arrastran,
me esparcen el corazón
y me avientan la garganta.

. . . .

¿Quién habló de echar un yugo
sobre el cuello de esta raza?
¿Quién ha puesto al huracán
jamás ni yugos ni trabas,
ni quién al rayo detuvo
prisionero en una jaula?

Asturianos de braveza,
vascos de piedra blindada,
valencianos de alegría
y castellanos de alma,
labrados como la tierra
y airosos como las alas;
andaluces de relámpagos,
nacidos entre guitarras
y forjados en los yunques
torrenciales de las lágrimas;
extremeños de centeno,
gallegos de lluvia y calma,
catalanes de firmeza,
aragoneses de casta,
murcianos de dinamita
frutalmente propagada,
leoneses, navarros, dueños
del hombre, el sudor y el hacha,
reyes de la minería,
señores de la labranza,
hombres que entre las raíces,
como raíces gallardas,
vais de la vida a la muerte,
vais de la nada a la nada:
yugos os quieren poner
gentes de la hierba mala,
yugos que habréis de dejar
rotos sobre sus espaldas

. . . .

Cantando espero a la muerte,
que hay ruiseñores que cantan
encima de los fusiles
y en medio de las batallas.

Pero nadie supo identificarse con la causa popular como Antonio Machado, y ello como consecuencia de su sensibilidad para valorar el significado y la función del pueblo en la historia de España. La misma evolución de su poesía va en el sentido de un acercamiento continuo al sentir popular, apartándose de modo creciente de su inicial modernismo. Las «canciones y de-

FEDERICO GARCIA LORCA

ROMANCERO GITANO

SÉPTIMA EDICIÓN



ESPASA-CALPE, S. A.

(Librería A. Carracedo.)



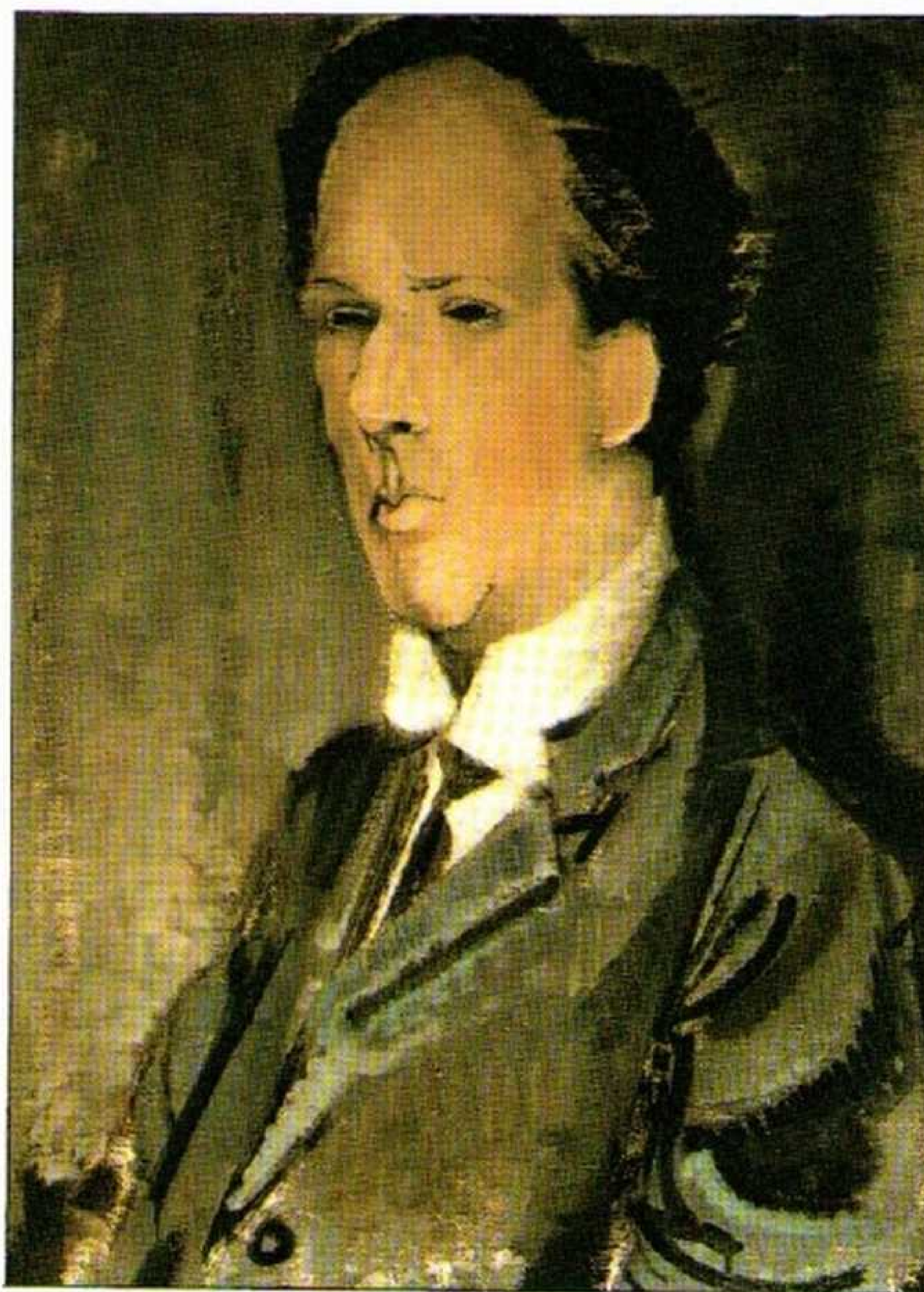
(Col. viuda de Miguel Hernández.)

ANTONIO MACHADO

JUAN DE MAIRENA



(Librería A. Carracedo.)



(Salmer.)

En las fotografías de arriba, portada del Romancero gitano, *de García Lorca, y Miguel Hernández con un toro. Abajo, Antonio Machado y una portada de su obra. Los tres poetas simbolizaron al intelectual republicano.*

cires» de su época de Baeza se convierten en una poesía comprometida durante los años de la guerra. Un repaso a su último libro publicado en vida, *La guerra* (1937), sería una magnífica ilustración de lo que decimos, pero el mismo fin puede conseguirse examinando los textos que publicó durante aquellos años, hasta su muerte en Collioure, en las revistas *Hora de España* y *Madrid*. Sus comentarios aparecidos con el título general de «Lo que hubiera dicho Juan de Mairena», o los que aparecieron más tarde en *La Vanguardia* con el de «Desde el mirador de la guerra», son textos básicos para revelarnos la actitud y el pensamiento de Machado sobre la guerra civil y su significación. A través de sus poesías y prosas de tres años, Machado va construyendo una teoría del pueblo, que no llegó a estructurar definitivamente, pero cuyos materiales ahí están a disposición de quien sepa ver —detrás de las palabras— las ideas y sentimientos que le animaban.
Como he mostrado en otro lugar, sus reflexiones sobre un «Cristo comunista» —en el que comunismo y ateísmo aparecen como incompatibles— se acentuaron extraordinariamente durante estos años, vinculándolas a un ideario político social donde la exaltación del pueblo lo era todo. Por eso, cuando llega la guerra, para él no hay duda, y así le escribe a una amiga argentina: «En el trance trágico y decisivo que vivimos, no hay, para ningún español bien nacido, opción posible, no le es dado elegir bando o bandería, ha de estar necesariamente con España, contra sus invasores extranjeros y contra los traidores de casa. Carezco de filiación de partido, no la he tenido nunca, aspiro a no tenerla jamás. Mi ideario político se ha limitado siempre a aceptar como legítimo solamente el gobierno que representa la voluntad libre del pueblo.» Ahora bien, para Machado la causa del pueblo es también la causa de la cultura, y así lo dejó dicho en su discurso *Sobre la defensa y la difusión de la cultura*, donde expresó su ideal literario como el de «escribir para el pueblo». Entre otras cosas, desarrolla allí esta serie de reflexiones de máximo interés:
«La cultura vista desde fuera, como la ven quienes nunca contribuyeron a crearla, puede aparecer como un caudal en numerario o mercancía, el cual repartido entre muchos, entre los más, no es suficiente para enriquecer a nadie. La difusión de la cultura sería, para los que así piensan —si esto es pensar—, un despilfarro o dilapidación de la cultura, realmente lamentable. ¡Esto es tan lógico!... En efecto, la cultura vista desde fuera, como si dijéramos desde la ignorancia o, también, desde la pedantería, puede aparecer como un tesoro cuya posesión y custodia sean el privilegio de unos pocos; y el ansia de cultura que siente el pueblo, y que nosotros quisiéramos contribuir a aumentar en el pueblo, aparecería como la amenaza a un sagrado depósito. Pero nosotros, que vemos la cultura desde dentro, quiero decir desde el hombre mismo, no pensamos ni en el caudal, ni en el tesoro, ni en el depósito de la cultura, como en los fondos o existencias que puedan acapararse, por un lado, o, por otro, repartirse a voleo, mucho menos que puedan ser entrados a saco por las turbas. Para nosotros defender y difundir la cultura es una misma cosa: aumentar en el mundo el humano tesoro de conciencia vigilante. ¿Cómo? Despertando al dormido. Y mientras mayor sea el número de despiertos... Para nosotros, la cultura no proviene de energía que se degrada al propagarse, ni es caudal que se aminore al repartirse; su defensa, obra será de actividad generosa que lleva implícita las dos más hondas paradojas de la ética: Sólo se pierde lo que se guarda, sólo se gana lo que se da... Enseñad al que no sabe; despertad al dormido; llamad a la puerta de todos los corazones, de todas las conciencias. Y como tampoco es el hombre para la cultura, sino la cultura para el hombre, para todos los hombres, para cada hombre, de ningún modo un fardo ingente para ser levantado en vilo por todos los hombres, de tal suerte que sólo el peso de la cultura pueda repartirse entre todos, si mañana un vendaval de cinismo, de elementalidad humana, sacude el árbol de la cultura y se lleva algo más que sus hojas secas, no os asustéis. Los árboles demasiado espesos necesitan perder algunas de sus ramas, en beneficio de sus frutos. Y a falta de una poda sabia y consciente, pudiera ser bueno el huracán.»
La cultura ha de ser, pues, por esencia, popular, a menos de desvirtuar su hondo sentido humano y convertirse en un privilegio de clase utilizado para la perpetuación de la opresión. Por eso, en la guerra civil, Machado no duda en ponerse al lado del pueblo, que es simultáneamente el lado de la cultura, y sólo así pueden entenderse aquellas afirmaciones aparentemente paradójicas: «La patria es en España un sentimiento sencillamente popular, del cual suelen jactarse los señoritos. En los trances más duros, los señoritos la invocan y la venden, el pueblo la compra con su sangre y no la mienta siquiera. Si algún día tuvierais que tomar parte en una lucha de clase, no vaciléis en poneros del lado del pueblo, que es el lado de España, aunque las banderas populares ostenten los lemas más abstractos. Si el pueblo canta la *Marsellesa*, la canta en español; si algún día grita: ¡Viva Rusia!, pensad que la Rusia de ese grito del pueblo, si es en guerra civil, puede ser mucho más española que la España de sus adversarios.»

La Alianza de Intelectuales Antifascistas

La contraposición que hemos hecho entre dos ideologías contrarias, simbolizadas por la idea de imperio o por la exaltación del pueblo, puede dar la



(J. Guzmán. Madrid.)

Miles de campesinos y obreros se alfabetizaron durante la guerra civil. Los milicianos de la cultura, maestros o estudiantes, realizaron la tarea. Cualquier lugar, como este cementerio, servía.

impresión de que hubo una equiparación en el reparto de los intelectuales entre los contendientes. Sin embargo, no fue así en la realidad. Es cierto que hubo algunos escritores —generalmente muy jóvenes y apenas conocidos entonces— entre los que invocaban la tradición y el imperio, como Manuel Machado, Gerardo Diego, Ernesto Giménez Caballero, Eduardo Marquina, Dionisio Ridruejo, Eugenio d'Ors, Antonio Tovar, Luis Rosales, Leopoldo Panero, Pedro Laín Entralgo, Luis Felipe Vivanco, Gonzalo Torrente Ballester, Agustín de Foxá, Rafael Sánchez Mazas, Eugenio Montes, José María Pemán, fray Justo Pérez de Urbel... Pero mientras a esta exigua lista podrían añadirse muy pocos nombres más, no ocurrió lo mismo con los que se pusieron junto a la República, cuya lista sería interminable. Los mejores escritores, los más famosos poetas, los dramaturgos, los novelistas y narradores, artistas, críticos, ensayistas de muy diversas orientaciones prestaron su adhesión a la República. La cultura —y la inteligencia española en general— había tenido uno de sus momentos de mayor esplendor durante la Segunda República, y los rebeldes, al iniciar lo que llamaban el alzamiento nacional, invocaban ideas fascistas y totalitarias que ponían en peligro la convivencia democrática, la libertad de expresión y la idea misma de cultura. La amenaza había tomado cuerpo ya en los escritores que se habían exiliado de la Alemania de Hitler y de la Italia de Mussolini, y era claro para quien no tuviese una venda en los ojos que la España de Franco iba a seguir el mismo camino. Ahí estaban como premonición los asesinatos de García Lorca y del catedrático de la Universidad de Oviedo Leopoldo Alas (hijo del novelista *Clarín*), en quienes se había querido simbolizar a la cultura. No eran actos arbitrarios y casuales, debidos a la confusión o el desorden de la guerra, sino víctimas elegidas

con premeditación y sacrificadas con alevosía. La barbarie fascista necesitaba un «chivo expiatorio» de sus desmanes, y para ello no dudaba en atribuir inequívocamente a la inteligencia los mayores crímenes, como en este increíble texto:

«Los principales responsables de esta inacabada serie de espeluznantes dramas son los que, desde hace años, se llaman a sí mismos, pedantescamente, "intelectuales". Estos, los intelectuales y seudointelectuales interiores y extranjeros, son los que, tenaz y contumazmente, año tras año, han preparado una campaña de corrupción de los más puros valores éticos, para concluir con el apocalíptico desenlace a que asistimos, como negro epílogo de una infernal labor antipatriótica que, por serlo, pretendía desarraigar del alma española la fe de Cristo y el amor a nuestras legítimas glorias nacionales» (Enrique Súñer, *Los intelectuales y la tragedia española*, Burgos, 1937).

Esta actitud no sólo no era única, sino que fue ampliamente compartida, constituyéndose en «oficial» dentro de la llamada «zona nacional». En estas circunstancias, no es extraño que se produjese una masiva deserción de la inteligencia española respecto del bando fascista. Los intelectuales españoles pretendieron unirse en un frente común para la defensa de sus propios derechos. Si los europeos integrantes de la Asociación de Intelectuales Antifascistas se habían reunido en la Mutualité de París del 21 al 25 de junio de 1935 en un I Congreso Internacional que los vinculaba entre sí frente al enemigo común, algo similar pretendieron hacer los españoles, que ya habían estado representados allí por el socialista Julián Alvarez del Vayo. No tardó en aparecer la sección española de la asociación, y la victoria electoral, en febrero de 1936, del Frente Popular resultó la ocasión propicia. Se constituyó en seguida la Alianza de Intelectuales Antifascistas para la Defensa de la Cultura; al principio sólo aglutinó a los más radicalizados políticamente, hasta el punto de que todavía el 18 de julio no debía de contar con más de cincuenta miembros. Al estallar la guerra, sin embargo, se produjo, como un reflejo automático, una urgente y favorable reacción. Un testigo de excepción, Quiroga Pla, nos dice:

«El número de inscritos aumentó rápidamente cuando



(Arch. Urbión.)

Siguiendo el lema de que la cultura debía estar al servicio del pueblo, se creó la Alianza de Intelectuales Antifascistas. En estos camiones se marchaba al frente.



José Bergamín, católico izquierdista, fue presidente de la Alianza de Intelectuales Antifascistas.

se produjo la sedición. La Alianza fue, en esos días de julio del 36, el hogar donde fueron a agruparse los escritores, los artistas, los profesionales de la inteligencia, en fin, todos aquellos que, ante la gravedad del momento, buscaban, aun como ciegos, su puesto de combate al lado del pueblo, sintiendo que en España todo lo que valía algo era pueblo.»

El primer presidente de la Alianza fue Ricardo Baeza, muy pronto sustituido por José Bergamín y Rafael Alberti, a quien se le nombró secretario. Si el primero era un católico de izquierdas y el segundo un militante comunista, ello no indicaba sino el deseo de amplia representatividad con que nacía la Alianza, y su pretensión de ser vínculo de unión entre todos los intelectuales españoles adheridos a la causa republicana. El domicilio social se estableció en el palacio del marqués de Heredia Spínola (Marqués del Duero, número 7, al lado de la plaza de Cibeles), que se convirtió en centro de actividades culturales. El lugar, amplio, desahogado, con una rica biblioteca y numerosas obras de arte, no podía ser más idóneo. Allí se encontraban y citaban los artistas y los intelectuales españoles que luchaban a favor de la República; allí se estableció la redacción de *El Mono Azul*, a la que se llamó «Hoja semanal de la Alianza de Intelectuales Antifascistas para la Defensa de la Cultura» y de la que nos ocuparemos al hablar de las revistas; por su sede pasaron la casi totalidad de los escritores extranjeros que vinieron a España para testimoniar su solidaridad con la causa popular.

Uno de los aspectos más interesantes de la Alianza es que puso de manifiesto la necesidad de una transformación de la función intelectual como consecuencia de la coyuntura de guerra. El toque de atención fue el levantamiento militar del 18 de julio de 1936, ante el cual los escritores e intelectuales reaccionaron con una adhesión firme al gobierno. Se podría pensar que eran sólo los más radicales y politizados, pero esto no fue así. Prácticamente, la inmensa mayoría —incluidos los de procedencia liberal y pequeño-burguesa— se adhirió a la República. El 31 de julio apareció en *ABC* un testimonio bien elocuente, donde en breve nota se decía:

«Los firmantes declaramos que, ante la contienda que se está ventilando en España, estamos al lado del gobierno de la República y del pueblo, que con un heroísmo ejemplar lucha por sus libertades.»

Y firmaban: Ramón Menéndez Pidal, Antonio Machado, Gregorio Marañón, Teófilo Hernando, Ramón Pérez de Ayala, Juan Ramón Jiménez, Gustavo Pittaluga, Juan de la Encina, Gonzalo R. Lafora, Pío del Río Ortega, Antonio Marichalar y José Ortega y Gasset.

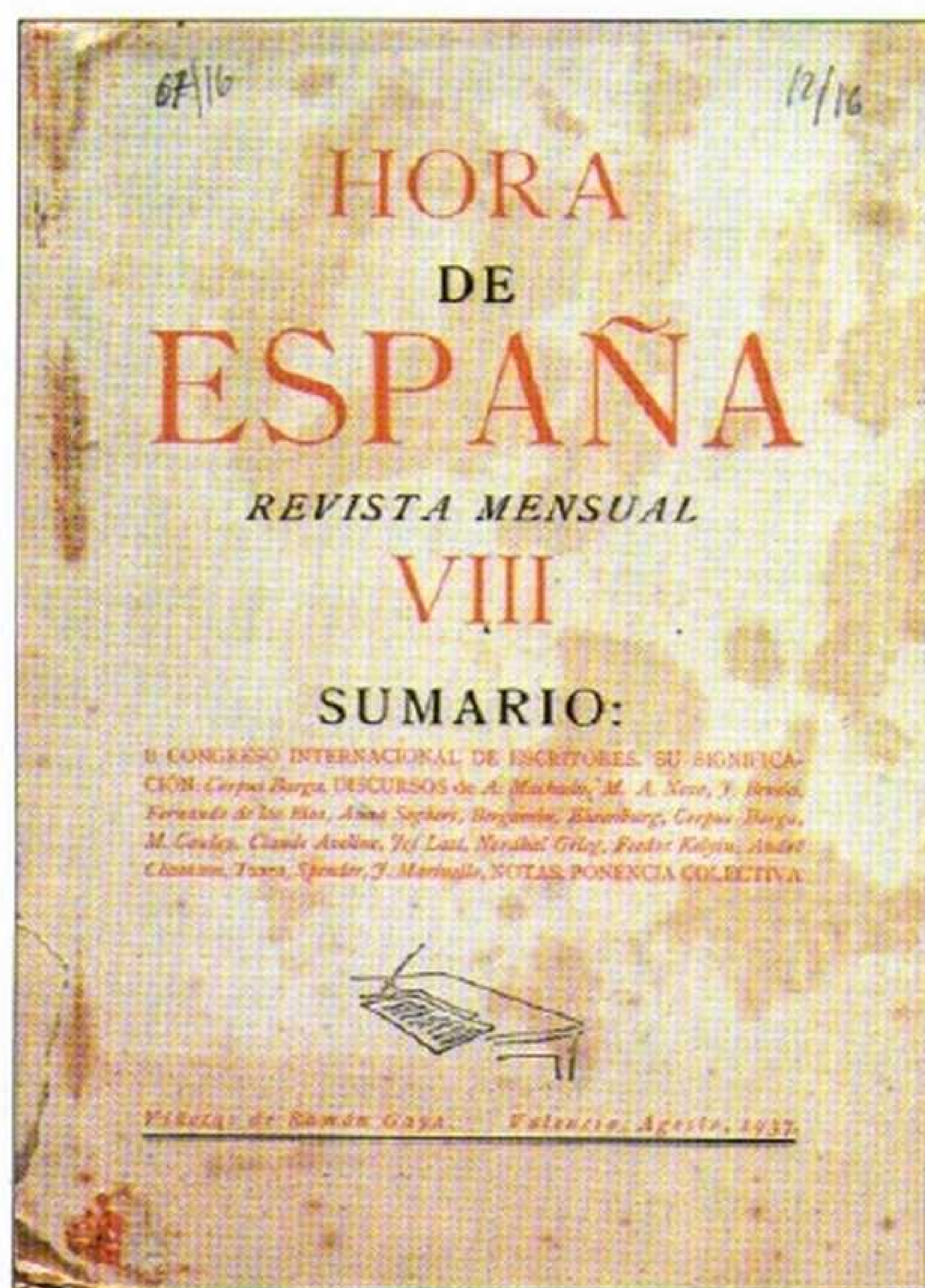
Por supuesto, era mucho más explícito el manifiesto fundacional de la Alianza, aparecido en el mismo mes de julio, donde, entre otras cosas, se decía:

«Se ha producido en toda España una explosión de barbarie en que las viejas formas de la reacción del pasado han tomado nuevo y más poderoso empuje, como si alcanzasen una suprema expresión histórica al integrarse en el fascismo. Este levantamiento criminal del militarismo, clericalismo y aristocratismo de casta contra la República democrática, contra el pueblo, representado por su gobierno del Frente Popular, ha encontrado en los procedimientos fascistas la novedad de fortalecer todos aquellos elementos mortales de nuestra historia, que por su descomposición lenta venían corrompiendo y envenenando al pueblo en su afán activo de crear una nueva vida española... Contra este monstruoso estallido del fascismo, que tan espantosa evidencia ha logrado ahora en España, nosotros, escritores, artistas, investigadores, científicos, hombres de actividad intelectual, en suma, agrupados para defender la cultura en todos sus valores nacionales y universales de tradición y creación constante, declaramos nuestra unión total, nuestra identificación plena y activa con el pueblo, que ahora lucha gloriosamente al lado del gobierno del Frente Popular, defendiendo los verdaderos valores de la inteligencia al defender nuestra libertad y dignidad humana, como siempre hizo, abriendo heroicamente paso, con su independencia, a la verdadera continuidad de nuestra cultura, que fue popular siempre, y a todas sus posibilidades creadoras de España en el porvenir.»

Y a esto seguía la firma de sesenta intelectuales muy representativos de las distintas actividades culturales.

Humanismo revolucionario

EN este contexto, y con los objetivos que se señalaban en el manifiesto, se inició una labor de profundización en el sentido de esa cultura popular que pretendía defenderse y de la relación del intelectual con ella. En realidad, con la guerra culmina un proceso ya iniciado claramente en 1931 —y con antecedentes anteriores—, por el que la cultura española pretendía vincularse a un movimiento popular de liberación y afirmación de las clases más oprimidas de la sociedad. En este sentido, la cultura pretendía realzar una función unificadora de la vida como su misión específica, dando forma a un nuevo humanismo de carácter revolucionario y socialista, muy alejado del concepto tradicional de humanismo en la cultura occidental. A él se vincula José Bergamín, en un texto muy clarividente titulado *Nuestra defensa de la cultura,* en el que dice: «La cultura universal española es la vida del pueblo español, y está hoy, como el pueblo español, con el pueblo español, gravemente amenazada de muerte. Nuestro deber de intelectuales, deber glorioso, es luchar con ella, con el pueblo, porque en el pueblo está su única defensa posible y verdadera.»



(Arch. C. S. de Tejada.)

La revista Hora de España *fue la de mejor calidad de la guerra civil, comparable a la* Revista de Occidente.

Ahora bien, la aceptación de esta misión supone enfrentarse al problema de las relaciones de la cultura con el fascismo y el socialismo, al que todos dan una solución parecida. El fascismo es incompatible con la cultura, y hasta se opone a ella, mientras mantiene una relación complementaria con el socialismo y, en algunos casos, hasta con el comunismo. «Por lo que el fascismo significa, *en el fondo* se opone a la cultura —dice A. Sánchez Barbudo—. El comunismo, en cambio, se apoya en el pueblo para encauzar sus aspiraciones liberadoras. Sus objetivos, materiales primero, son luego espirituales, últimos. El fascismo aprisiona y el comunismo libera. El fin del comunismo, *en el fondo,* es la cultura. Y recordar estos fines es nuestro papel de intelectuales en esta hora definitiva.»

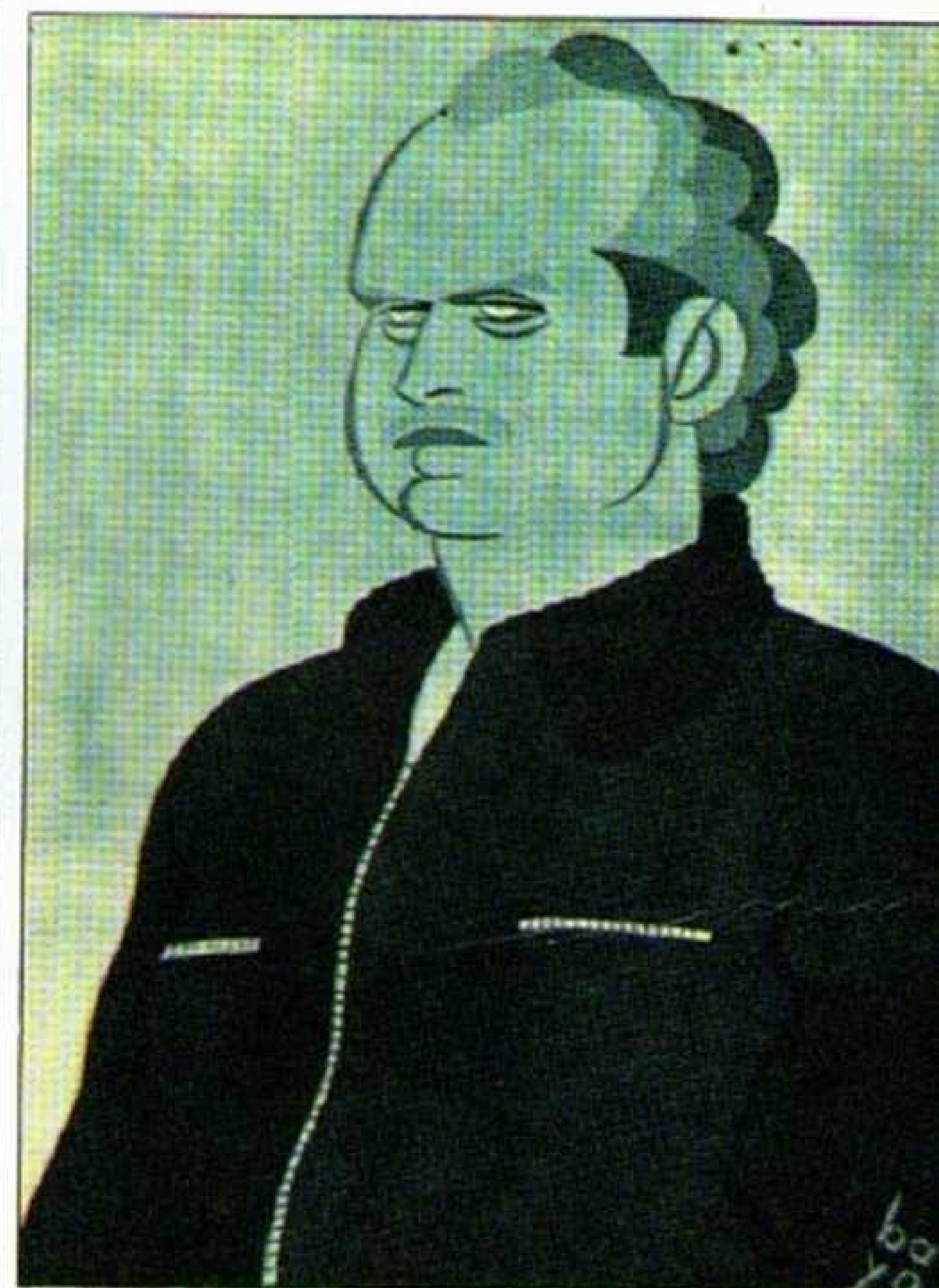
No he citado estas frases arbitrariamente. He querido subrayar la iniciativa comunista en la Alianza, que ocupaba una posición hegemónica dentro del poder cultural del momento, como corresponde al prestigio de algunas de sus figuras: Rafael Alberti, Josep Renau, Arturo Serrano Plaja, Angel Gaos... Y así se fue configurando una función típica del intelectual como hombre de cultura comprometido con el pueblo en su fin de liberación; esto suponía dar primacía a su dimensión colectiva frente a la concepción tradicional del intelectual de carácter individualista y aristocrático. Se forja así, en la práctica, la imagen gramsciana del «intelectual orgánico», expuesto con clarividencia por Miguel Hernández en su dedicatoria de *Viento del pueblo* a Vicente Aleixandre, donde dice:

«Nuestro cimiento será siempre el mismo: la tierra. Nuestro destino es parar en las manos del pueblo. Sólo esas honradas manos pueden contener lo que la sangre honrada del poeta derrama vibrante. Aquel que se atreve a manchar esas manos, aquellos que se atreven a deshonrar esa sangre, son los traidores asesinos del pueblo y la poesía, y nadie los lavará: en su misma suciedad quedarán cegados... Los poetas somos viento del pueblo: nacemos para pasar soplando a través de sus poros y conducir sus ojos y sus sentimientos hacia las cumbres más hermosas. Hoy, este hoy de pasión, de vida, de muerte, nos empuja de un imponente modo a ti, a mí, a varios, hacia el pueblo.»

Las actividades de la Alianza se organizaron a través de una serie de secciones: literatura, artes plásticas, teatro, música, bibliotecas, pedagogía eran las principales. Se organizaron mítines en que se manifestaba la actitud militante de la inteligencia contra el fascismo; se editaron revistas, libros; se desarrolló una intensa propaganda para estimular la solidaridad internacional

¿QUIERES ESTUDIAR
Y TIENES CAPACIDAD PARA ELLO?
LA REPUBLICA
TE COSTEARA LA CARRERA
LA CULTURA
HA DEJADO DE SER PRIVILEGIO DE UNA MINORIA
EL GOBIERNO
DEL FRENTE POPULAR HA CREADO MILES DE
BECAS
PARA COSTEAR LOS ESTUDIOS DE TODOS LOS HIJOS DEL
PUEBLO
QUE ACREDITEN SU TALENTO
PIDE INFORMES DETALLADOS AL RESPONSABLE DE TU TALLER, A TU ORGANIZACION, A LOS CENTROS DE ENSEÑANZA Y AL
MINISTERIO DE INSTRUCCION PUBLICA

(Serv. Histórico Militar.)



(Hemeroteca Municipal, Madrid.)

La labor de la República en el campo de la enseñanza fue notoria e indiscutible. A la derecha, José Renau, director general de Bellas Artes y uno de los más importantes cartelistas del mundo.

por la causa republicana, y se desplegó un impresionante programa de actividades en los frentes y en la retaguardia.

El Congreso de Valencia

PERO, sin duda, la iniciativa más importante de la Alianza fue la convocatoria y organización del II Congreso Internacional de Intelectuales Antifascistas. El primero había tenido lugar en París y el segundo se propuso que se celebrara en España por la dramática situación en que se encontraba la «inteligencia» en nuestro país. La petición fue hecha formalmente por Ricardo Baeza y José Bergamín ante el pleno de la Asociación de Escritores reunido en Londres en junio de 1936. En octubre, la propuesta había sido aceptada, y en enero de 1937 se convocó una asamblea de la Alianza española, donde se ratificó dicho acuerdo, «comprendiendo que, dado el carácter de nuestra lucha, ahora más que nunca era España el lugar apropiado para discutir los problemas que los intelectuales tienen planteados» (*Hora de España*, número 7).

La organización del congreso se encargó a Emilio Prados, Arturo Serrano Plaja y Juan Gil-Albert, pretendiendo mantener una imagen de independencia. El Ministerio de Instrucción Pública y la Alianza de Intelectuales Antifascistas colaboraron estrechamente en la organización, y no olvidemos que la política cultural del ministerio era de orientación comunista y que la Alianza era una expresión del Frente Popular; ello hizo que no se pudiera obviar el llamado «incidente comunista Gide». André Gide se había mantenido como escritor independiente, aunque en clara postura antifascista y de abierta simpatía hacia la URSS, pero tras un conocimiento directo de aquel país escribió su *Retour de l'URSS*, donde se permite criticar aquellos aspectos de la experiencia soviética que no le gustaron. A Gide le disgusta, por ejemplo, la omnipresencia de la figura de Stalin en la vida soviética, la dependencia de la opinión pública del órgano oficial *Pravda*, la sustitución de la dictadura del proletariado por la del partido y la persecución contra los trostkistas; incluso se permite señalar críticamente algunos defectos de la política soviética: exceso de personalismo, fracaso de los planes quinquenales, desviaciones estalinistas del leninismo, el condicionamiento de toda la política exterior al temor alemán... Por lo que se refiere a las cuestiones artísticas, se manifiesta claramente en contra del «realismo socialista» y se pronuncia en contra de la distinción entre «forma» y «contenido», reivindicando la libertad creadora del artista.

El libro no pudo sentar peor en la Unión Soviética, y cuando los españoles invitaron al II Congreso a los escritores soviéticos se encontraron con que Stalin sólo autorizaba la presencia de la delegación soviética si se



El poeta León Felipe, en una conferencia en el teatro Coliseo de Barcelona, en marzo de 1937.

excluía previamente a Gide. El tema era sumamente delicado. La presencia de Gide habría levantado inevitablemente la polémica sobre su reciente libro y provocado una honda división de opiniones, en un momento en que lo que se pretendía era consolidar la unidad antifascista y evitar todo enfrentamiento estéril. Por otro lado, tras el Pacto de No Intervención de las democracias occidentales, Rusia era el único país que ayudaba materialmente a la República española, y hubiera sido un contrasentido, una incongruencia y hasta —en cierto modo— una provocación no haber facilitado la presencia de la delegación soviética. El incidente se resolvió hábilmente por José Bergamín, quien pidió un voto de confianza al congreso, pasando ante el asunto con un significativo silencio que evidenciaba un rechazo a la postura de Gide. Luego, explicitaría la postura oficial de la delegación española con estas palabras:

«Ante sus ataques al pueblo ruso y a sus escritores, nosotros los españoles rechazamos cuanto pueda crear una enemistad con los que están identificados con nuestra causa.»

Una vez resuelto el «caso Gide» sin llevar las cosas a último extremo —la delegación soviética propuso expulsarle de la Alianza, ante lo que la delegación francesa amenazó con retirarse—, el congreso se inició en Barcelona el 2 de julio de 1937, continuó en Valencia los días 3 y 4, se desplazó a Madrid los días 5, 6, 7 y 8, vuelta a Valencia el 9, 10 y 11, y regresó a Barcelona, donde se clausuró con una recepción en la Generalitat y un concierto de Pau Casals. En estas apretadas jornadas se intenta desarrollar un programa muy ambicioso, que cubra los siguientes temas: «El papel del escritor en la sociedad», «Dignidad del pensamiento», «El individuo», «Nación y cultura», «Humanismo», «Los problemas de la cultura española», «Herencia cultural», «La creación literaria», «Reflejo de los lazos culturales» y «Ayuda a los escritores españoles republicanos».

La realidad es que, en aquellas circunstancias, era muy difícil dar cumplimiento a un programa tan vasto, y casi todos los estudiosos que se han ocupado del tema reconocen la baja calidad de las ponencias presentadas, sobre todo si lo miramos desde el ángulo de la elucidación de los problemas literarios planteados. El hecho es que la significación política del congreso desplazó a sus motivaciones literarias. Ahora bien, si esto lo aceptamos como algo que era inevitable en aquellas circunstancias, tenemos que convenir en la enorme importancia moral y propagandista que tuvo, llegando a convertirse en una especie de referencia mítica. Como ha escrito Manuel Aznar Soler, un estudioso del tema: «Hay un propósito en demostrar ante el mundo, a través de la voz cualificada de la inteligencia, una solidaridad internacional con la causa republicana, convirtiéndose así el II Congreso en el acto de propaganda más espectacular realizado en la España republicana durante la guerra civil.»

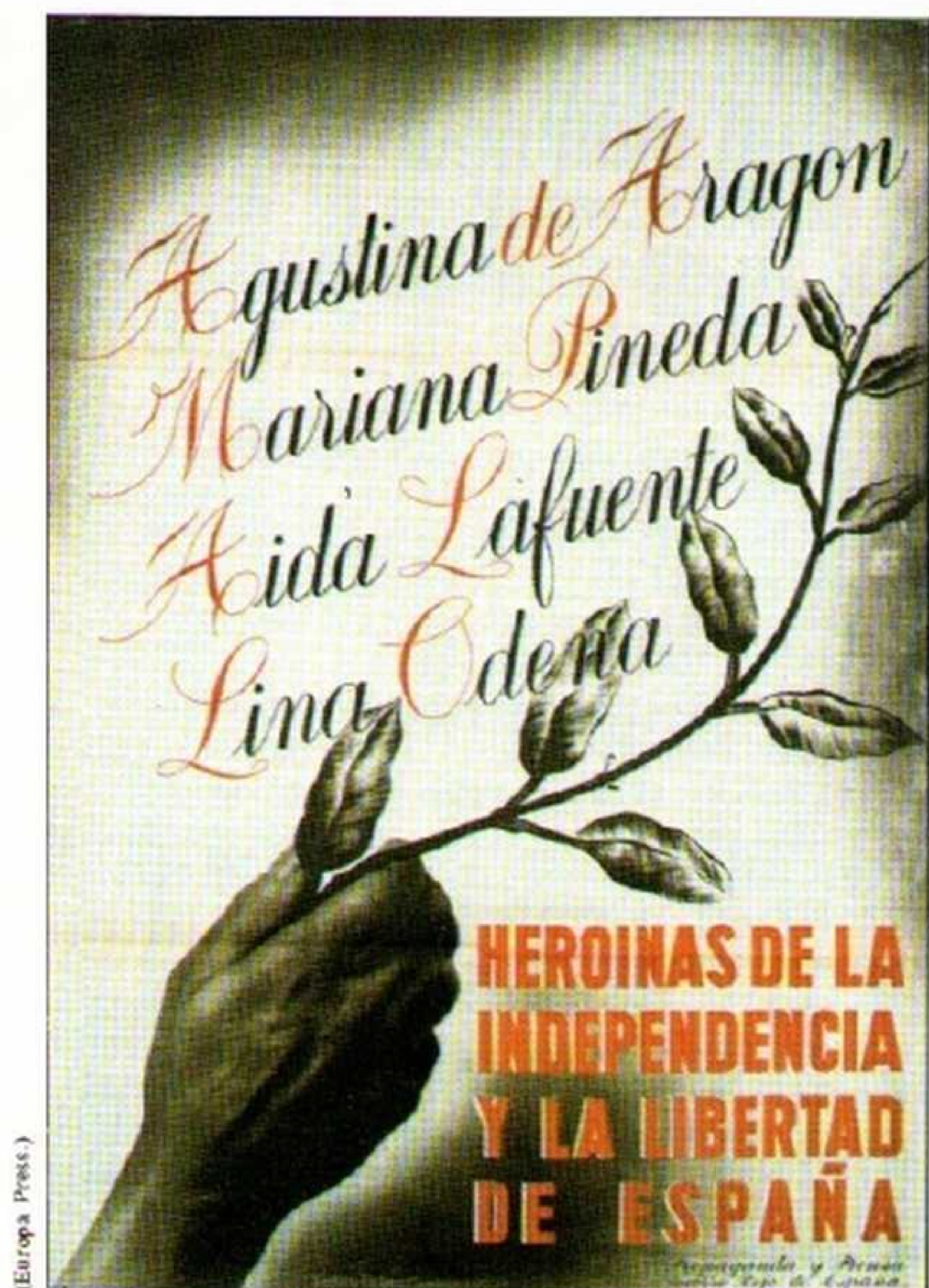
Las alusiones a la lucha por la libertad, a la defensa del pueblo y de la dignidad que se identifican con la defensa de la cultura, la inevitable condena del fascismo y la expresión de su barbarie se repiten en la mayoría de las ponencias. La protesta por el bombardeo de Guernica aparece en un manifiesto colectivo firmado por Corpus Barga, León Felipe, Rafael Alberti, José Bergamín, Luis Cernuda y muchos otros; la indignación por el asesinato de García Lorca se traduce en una frase de Fernando de los Ríos que se hará famosa: «Con él fusilaron a la poesía, no al poeta»; los escritores hispanoamericanos —César Vallejo, Juan Marinello, Nicolás Guillén— se sienten personalmente vinculados a la lucha contra el fascismo, que consideran decisiva para el futuro del continente. Recordemos que alguno de los poemas que luego constituirían el inolvidable libro de César Vallejo *España, aparta de mí este cáliz* fue leído por su autor en el congreso. El sentimiento respecto a la guerra era compartido por todos.

Juan Marinello decía: «Lo español es ahora un modo —excepcional— de ser hombre», y Nicolás Guillén está convencido de que en la lucha española contra el fascismo se está produciendo «la dramática gestación del hombre futuro, su lento y firme nacer en un campo lleno de sangre, como el lecho de una mujer parida».

Desde el punto de vista de la significación intelectual del congreso, creo que hay que destacar como núcleo el deseo de fundamentar una nueva cultura basada en la estrecha relación entre la inteligencia y el pueblo. En este sentido llama la atención la ponencia colectiva presentada por un grupo de españoles, donde, entre otras cosas, se señala esa correspondencia perfecta entre los que luchan con las armas y los que lo hacen con la pluma, el pincel o la gubia. He aquí unas palabras bien expresivas:

«En las trincheras se bate, de seguro, la gente que tiene nuestra misma edad, en mucha mayor proporción que otra cualquiera. Y si por el momento nosotros mismos no estamos allí, no quiere esto decir que no hayamos estado unos, que no vayamos a estar de modo inmediato otros, y que no hayamos vivido, todos, en plena, consciente, disciplinada e incondicional actividad, los dramáticos momentos de nuestra lucha. No queremos con esto hacer, ni hacernos, naturalmente, monopolio de la heroica voluntad de lucha de todo el pueblo español. Pero sí queremos decir, con todas esas razones, que tenemos no ya un derecho, sino que nos consideramos con el deber ineludible de interpretar, con nuestro pensamiento y sentimiento, el pensar y el sentir de esa juventud que se bate en las trincheras y que ardientemente reclamamos, por nuestra, la misma medida, y con la misma pasión con que nosotros nos consideramos suyos.»

Los firmantes son: A. Sánchez Barbudo, Angel Gaos, Antonio Aparicio, A. Serrano Plaja, Arturo Souto, Emilio Prados, Eduardo Vicente, Juan Gil-Albert, J. Herrera Petere, Lorenzo Varela, Miguel Hernández, Miguel Prieto y Ramón Gaya. Entre ellos hay varios comunistas, y, sin embargo, sorprende que su ponencia no se atiene a ningún tipo de dogmatismo estético —mucho menos, el realismo socialista—, sino que recaba una total independencia, siempre que se compagine con una voluntad puesta «al servicio de la causa popular». Quizás el mejor lema fue el expresado por André Malraux con unas palabras que se han venido repitiendo insistentemente: «No basta fotografiar una gran época para que nazca una gran literatura... El



(Europa Press.)

La necesidad de entroncar la guerra con pasadas contiendas y luchas fratricidas es patente en este cartel republicano.



(Brandeis University, USA.)

Los planes de alfabetización llevados a cabo por las Milicias de la Cultura representaron una experiencia única.



En la zona republicana se cultivaron las ciencias y se desarrolló la investigación científica. Companys y el consejero de Sanidad de la Generalitat, doctor Corachau, a su izquierda, en el dispensario antivenéreo.

arte no es una sumisión; es una conquista. Conquista ¿de qué? De los sentimientos y de los medios para expresarlos.»

Contrapunto revelador: ciencia republicana y educación nacionalista

UNA de las manifestaciones más llamativas de la efervescencia cultural que invadió la zona republicana durante los tres años de guerra fue la proliferación de revistas literarias y culturales en general. Tuvieron un significado y una función muy distintos según agruparan a los autores de mayor relieve o fueran expresión de una inspiración popular muy primaria; entre estas últimas habría que incluir a las publicaciones de las distintas unidades militares, la mayoría de las cuales dedicaban una sección a la literatura, y muy en particular a la creación poética. El fenómeno es tan interesante que está pidiendo a gritos una investigación detenida. Aquí sólo podemos citar a las más importantes: *El Mono Azul* (1936-39), *Hora de España* (1937-38) y *Madrid. Cuadernos de la Casa de la Cultura* (1937-38). *El Mono Azul* fue el órgano de la Alianza de Intelectuales Antifascistas, y en su presentación se le describía como «hoja volandera que quiere llevar a los frentes y traer de ellos el sentido claro, vivaz y fuerte de nuestra lucha antifascista». *Hora de España* se fundó en Valencia en 1936 y está considerada por varios críticos como la mejor revista española del siglo XX. En *Madrid* se aglutinaban los intelectuales que residieron en Valencia tras ser evacuados de Madrid en noviembre de 1936. Pero como de las revistas se hablará detalladamente en otro lugar de esta obra, creo que es mejor dejarlo aquí para presentar un contrapunto muy curioso entre la actitud republicana y la nacionalista en el campo de la cultura.

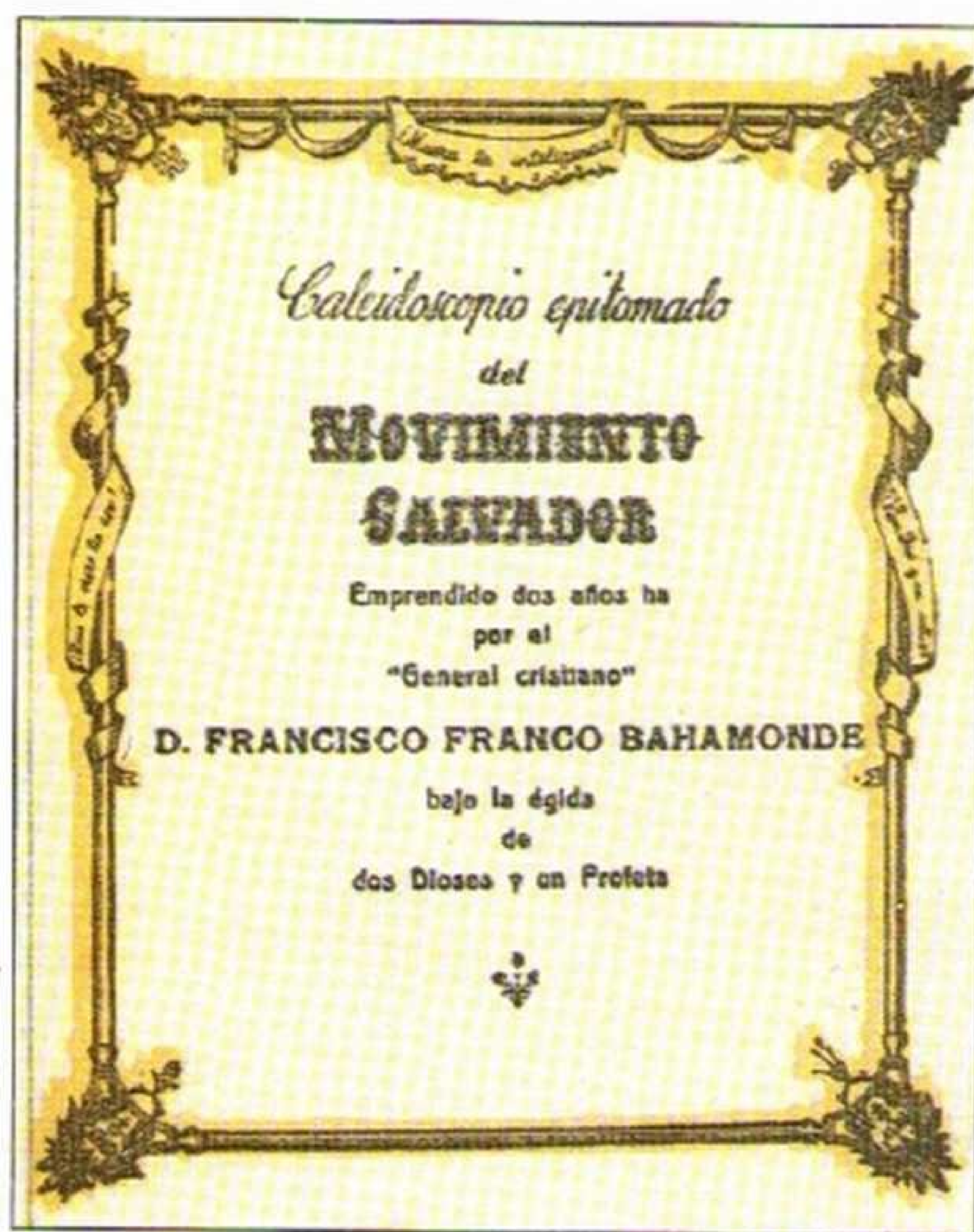
Es altamente revelador el hecho de que en la zona republicana se cultivase la ciencia y se desarrollara la investigación científica, al contrario de lo que ocurrió en el otro bando. Aunque el tema está por estudiar en toda su profundidad, llama la atención que Pedro Bosch Gimpera realizase algunos de sus descubrimientos más importantes sobre la prehistoria durante los años de guerra. Ningún caso, sin embargo, quizá tan sintomático como el del médico Josep Trueta (1896-1976), quien en 1934 había presentado a la Sociedad Catalana de Cirugía una primera comunicación titulada

Técnica del tratamiento de las heridas. Se trataba de un método revolucionario para la curación de las heridas, que fue recibido en aquella ocasión con gran escepticismo por sus colegas catalanes, pero la guerra civil le iba a deparar la circunstancia extraordinaria en que cumplir dos grandes objetivos: salvar numerosas vidas humanas y demostrar en los heridos de guerra el éxito de su nueva técnica. A primeros de julio, Trueta se había hecho cargo del Servicio de Cirugía del Hospital de San Pablo, en Barcelona, y allí tuvo numerosas ocasiones de practicar su método; a partir de 1937, cuando el gobierno republicano se traslada a Barcelona, encontrará nuevas facilidades. El coronel Joaquín d'Harcourt, cirujano madrileño encargado del servicio quirúrgico del ejército, se va a mostrar muy entusiasta del que luego se llamará en todo el mundo «método Trueta»; él mismo lo aplicará en numerosas ocasiones y hasta lo enseñará a todos los cirujanos del ejército de Cataluña mediante una vasta organización. El éxito fue extraordinario: se salvaron infinidad de vidas humanas que con técnicas antiguas hubieran muerto, al no poder evitar la gangrena gaseosa, el mortal enemigo de todos los traumatismos. Al mismo tiempo, muchos heridos que habrían tenido que sufrir la amputación de alguno o algunos de sus miembros para evitar el terrible mal, pudieron curarse conservando la plena integridad física, como ocurrió en el caso que se hizo famoso de Ljubomiv Ilitch, un comandante yugoslavo de las Brigadas Internacionales, herido por explosión de una mina y cuyo estado era casi desesperado; al mes estaba totalmente curado, lo que se consideró algo casi «milagroso». La fama de Trueta se hizo enorme en toda la zona republicana, y el doctor José Puche Alvarez, entonces director general de Sanidad, le apoyó y dio toda clase de facilidades. Los múltiples heridos de guerra le permitieron practicar y desarrollar su técnica como nunca hubiera podido hacerlo en condiciones normales. Esto le permite publicar su primer manual, *El tractament de les fractures de guerra*, que se traduce en seguida al castellano, y es empleado como medio de difusión de su nueva técnica para la clase médica. En 1939, ya en el exilio, el método está tan desarrollado que podrá exponerlo con toda clase de detalles a la Royal Society of Medicine, de Gran Bretaña; luego será ampliamente experimentado con los heridos de la segunda guerra mundial; finalmente, difundido y desarrollado internacionalmente desde su cátedra de Oxford. El «método Trueta» aparece hoy con este nombre en todos los tratados de traumatología, y podemos considerarlo como



(FIEHS-CEHI. Univ. de Barcelona.)

Deliberadamente o no, el caso es que los bombardeos destrozaron tesoros artísticos. La propaganda lo denuncia.



(Librería A. Carracedo.)

La burla de la ideología que sostiene a los sublevados es constante en el campo republicano.

una de las grandes aportaciones que hizo a la cultura mundial nuestra fratricida guerra civil, de acuerdo con el lema que Trueta había dado a su trabajo médico: «hacer guerra a la guerra».

Cruzada en las aulas

MIENTRAS tanto, en la zona nacionalista no parecían preocupar tanto estas actitudes humanitarias. La atención se dirigía a consolidar ideológicamente un poder político que militarmente parecía estar al alcance de la mano, y tratar de perpetuar ese dominio mediante el control ideológico de la juventud. Esta es la intención que persigue la ley de Bases del 20 de septiembre de 1938, promulgada siendo ministro de Educación Nacional Pedro Sainz Rodríguez; en ella se trataba de orientar toda la educación en una línea maniquea de afirmación de la nacionalidad sobre la base de la religión católica y la negación agresiva de todo lo que no representase el orden tradicional. «El catolicismo —se decía en la citada ley— es la médula de la historia de España», y sobre esa base se pretendía esgrimir «el empleo de la técnica docente formativa de la personalidad sobre un firme fundamento religioso, patriótico y humanístico». Quizá nada más elocuente del espíritu que informaba la nueva orientación educativa que este párrafo de José Pemartín, otro de los autores de la ley de Bases del nuevo bachillerato:

«La nacionalidad española, formada durante largos siglos de guerra religiosa, de una verdadera cruzada contra el Islam, que culmina en el glorioso reinado del yugo y las flechas de Fernando e Isabel, y que por haber optado violentamente a favor del catolicismo y contra la reforma, "luz de Trento, martillo de herejes", bajo nuestro rey Carlos I, después emperador Carlos V; por haber asumido, con la epopeya americana, la magnífica tarea de expansión de la fe católica, alma de la hispanidad, según felicísimo concepto de Ramiro de Maeztu, es la verdadera heredera de la cristiandad medieval, raíz y base de nuestra civilización. Si el hecho característico, simbólico y representativo de la Edad Media es la misión religioso-militar de las cruzadas, España, fiel, inconmovible a su fe católica, que acepta esta misión de defensa y expansión de esta fe como razón de ser de su propia historia, es la verdadera herencia de aquella Edad Media, de aquel sacro imperio romano-germánico, de aquel poder temporal consagrado.

Y por eso, aunque parezca paradójico a nuestros pesimistas del 98 o a nuestros europeizantes, España, el ideal de España, es el ideal de Europa, de la auténtica y genuina Europa. La España de Franco es la que defiende a Europa contra ella misma, contra su disolución revolucionaria; contra aquella discrepancia y ruptura fundamental que derivó a la Europa del Renacimiento, a través del racionalismo, del cartesianismo, de la enciclopedia y del positivismo materialista, a su ruina moral de hoy. Contra esa Europa que no ha sabido más que destruir el antiguo orden político y social cristiano, sin crear ningún otro nuevo de posibilidades humanas, como no sea la bárbara esclavitud bolchevique; contra esa Europa que crea los más tremendos problemas políticos y sociales sin encontrar solución alguna para ellos, como no sea la de las ametrallado-


(Serv. Histórico Militar.)

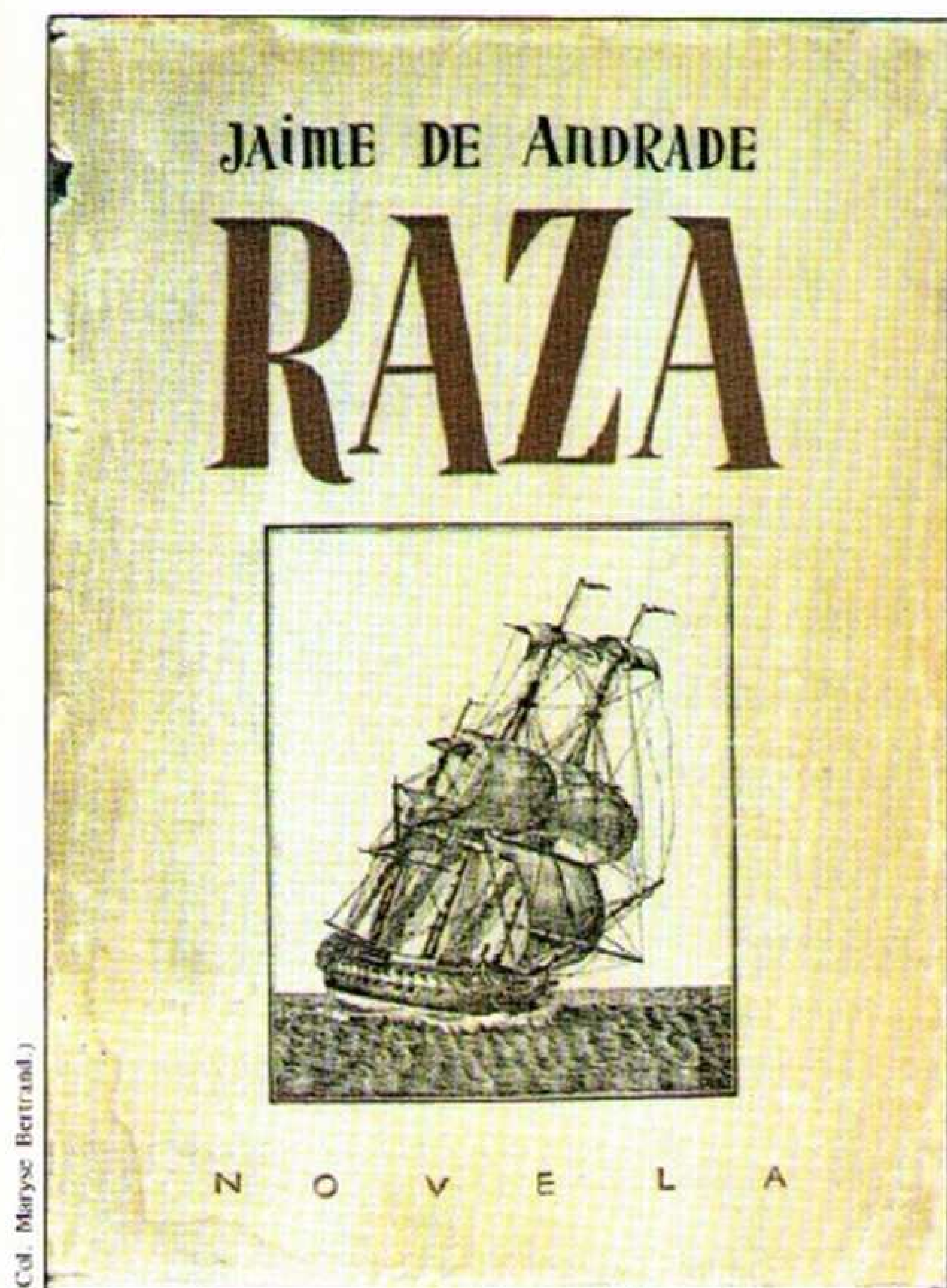

(Efe.)

José María Pemán y Eugenio Montes, derecha, se dedicaron a «desarmar a la España roja» según los presupuestos ideológicos del Nuevo Estado, que recogía una vasta tradición derechista y católica ribeteada de fascismo.

ras, los cañones y los gases asfixiantes; y, al fin y al cabo, el miedo de emplearlos. Tan difícil es saberse enfrentar con la muerte para aquellos que no tienen conciencia de que defienden la causa de Dios.

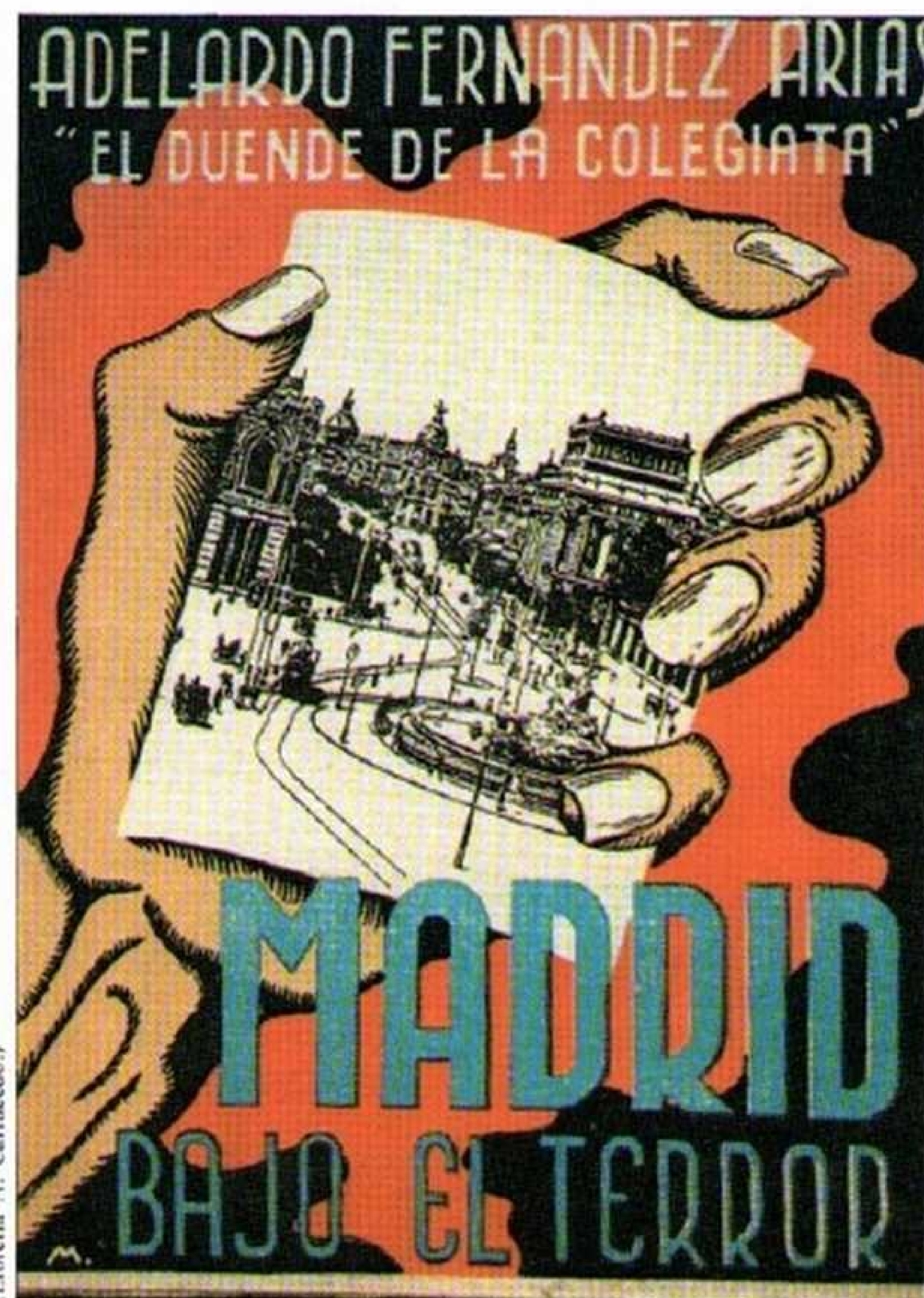
generales. Sois vosotros quienes tenéis que desarmar a la España roja.»

No es éste el momento de expurgar los libros de texto en el bachillerato de la época. Nos bastará con un bo-



(Col. Maryse Bertrand.)

Franco, utilizando seudónimo, escribió esta novela, donde se encuentra toda su concepción del mundo.



(Librería A. Carrascalo.)

Gracias a la propaganda, los vencidos se convirtieron en seres monstruosos y sin matices de ninguna clase.

A fortalecer ese ideal español, cristiano y civilizado —concluye el texto—, genuinamente europeo, es a lo que tiende la nueva ley de Segunda Enseñanza. Ideal fundamentado en los principios de la religión católica, en las bellezas de la cultura clásica grecolatina y en la grandeza insuperable de la historia de la hispanidad.»

En realidad, los autores de la nueva legislación y de los textos educativos que a ella respondían no hacían sino seguir las orientaciones de Francisco Franco, que ya en una asamblea de maestros de 1937 había dicho lo siguiente:

«En los frentes de batalla se combate con las armas, mas poco importaría que allí alcanzáramos la victoria si no cumpliéramos nuestra obligación de desarmar moralmente al enemigo, formando su conciencia hasta elevar su corazón en esta otra batalla de la que vosotros, los maestros, tenéis que ser los oficiales y los

tón de muestra; bien significativo es el libro de José María Pemán titulado *La historia de España contada con sencillez* (Cádiz, 1939), que fue texto oficial para las escuelas públicas de la nación, aprobado por el Ministerio de Educación Nacional y el Instituto de España, y nos da idea del ideal de educación que animaba a los pedagogos del franquismo. El viejo maniqueísmo, tan arraigado entre nosotros, se pretende ya inculcar a los niños desde la más tierna edad, y todo el libro es una simplista y nefanda división de la historia de España en «buenos» y «malos», que culmina en las últimas páginas con la interpretación que se hace de las dos «zonas» en que la guerra civil ha dividido a España. He aquí sus propias palabras, que no pueden ser más elocuentes:

«El Movimiento Nacional divide a España en dos partes. No es una línea militar táctica y estudiada. Es la

frontera caprichosa que resulta del altibajo de la pasión española. Donde hubo valor y espíritu hubo zona nacional. La línea va no por esta ciudad y esta sierra y este río, según una necesidad militar: va por el corazón de Varela y el arrojo de Queipo y el empuje de Mola. Y aún fuera de ella quedan las tenacidades gloriosas y aisladas del Oviedo de Aranda, del Alcázar de Moscardó y del santuario de la Cabeza de Santiago Cortés. El mapa que resulta es el mapa del espíritu y de la fe: de la verdad de España. Ya están, sin tapujos, frente a frente, la España y la anti-España. El espíritu y la materia; el bien y el mal; la verdad y la mentira. Esa raya que las divide es la eterna raya de nuestra historia: fue línea fronteriza ante los árabes; fue rigor de inquisición y parón de reyes contra los herejes; fue línea de barcos frente al turco, en Lepanto; fue anteayer frontera carlista; fue ayer verja de cárcel sobre Sanjurjo o los hermanos Miralles.»

La inducción al odio y la aniquilación anidan aquí en esta arbitraria y malévola invención de la anti-España, que rezuma por toda esta *Historia de España*, a la cual Pemán puso el significativo lema: «Para los niños... y para muchos que no lo son.» Es un increíble documento del ánimo belicoso que entonces reinaba en España y que el católico Pemán pretende extender a los niños, infundiéndoles el odio hacia los adversarios de la «otra España». Dice en el prólogo: «En este libro se ha procurado sobreexcitar y utilizar esa gran fuerza infantil, hasta ahora tan desaprovechada en España, que es el entusiasmo y la facilidad para "tomar partido". Los niños tienden por instinto a la adhesión fervorosa y al proselitismo tajante. Y es preciso aprovechar, para su formación, ese tesoro intacto y limpio que tan prontamente les hace tomar, a la vista de una película, ruidoso partido por los "buenos" contra los "malos".»

Pero nada debe extrañarnos tras la dedicatoria: «Al generalísimo Franco, entregándole esta historia sencilla y aniñada», a la que sigue el siguiente soneto:

A ti, Francisco Franco, a ti el primero
de los soldados de la España nueva,
doy este libro que en sus hojas lleva
sabores de naranjo y limonero.

La España grande que labró el acero
de tu arado y el pulso de tu esteva,
deja que al darla, en comunión me atreva,
molida en pan, al mundo venidero.

Por ella tú has cubierto de alto brillo
tu noble frente a la ambición extraña;
por ella mi decir se ha hecho sencillo.

Los dos hemos cumplido nuestra hazaña.
Tú, por amor de España, eres Caudillo...
¡Yo me hice niño por amor de España!

Ahora bien, si hablamos de poesía es preferible pasar a la que se hacía en la zona republicana.

El nuevo romancero

EL delirio colectivo provocado por la guerra va a traducirse, desde el ángulo poético, en uno de los fenómenos más interesantes que se han producido nunca en la historia literaria reciente: el surgimiento de un nuevo romancero, que un autor contemporáneo califica de «auténtica tentativa de *epos* realizada en el siglo XX».

La idea estaba en el ambiente y era una necesidad del pueblo en combate, como se manifestó en la utilización para sus propios fines de viejas canciones: Con el *No hay quien pueda* se canta el hundimiento del crucero rebelde *Baleares*; con el *Si me quieres escribir*, el paso del Ebro por el ejército republicano; con la música de *Los cuatro muleros* se evoca la defensa de Madrid:

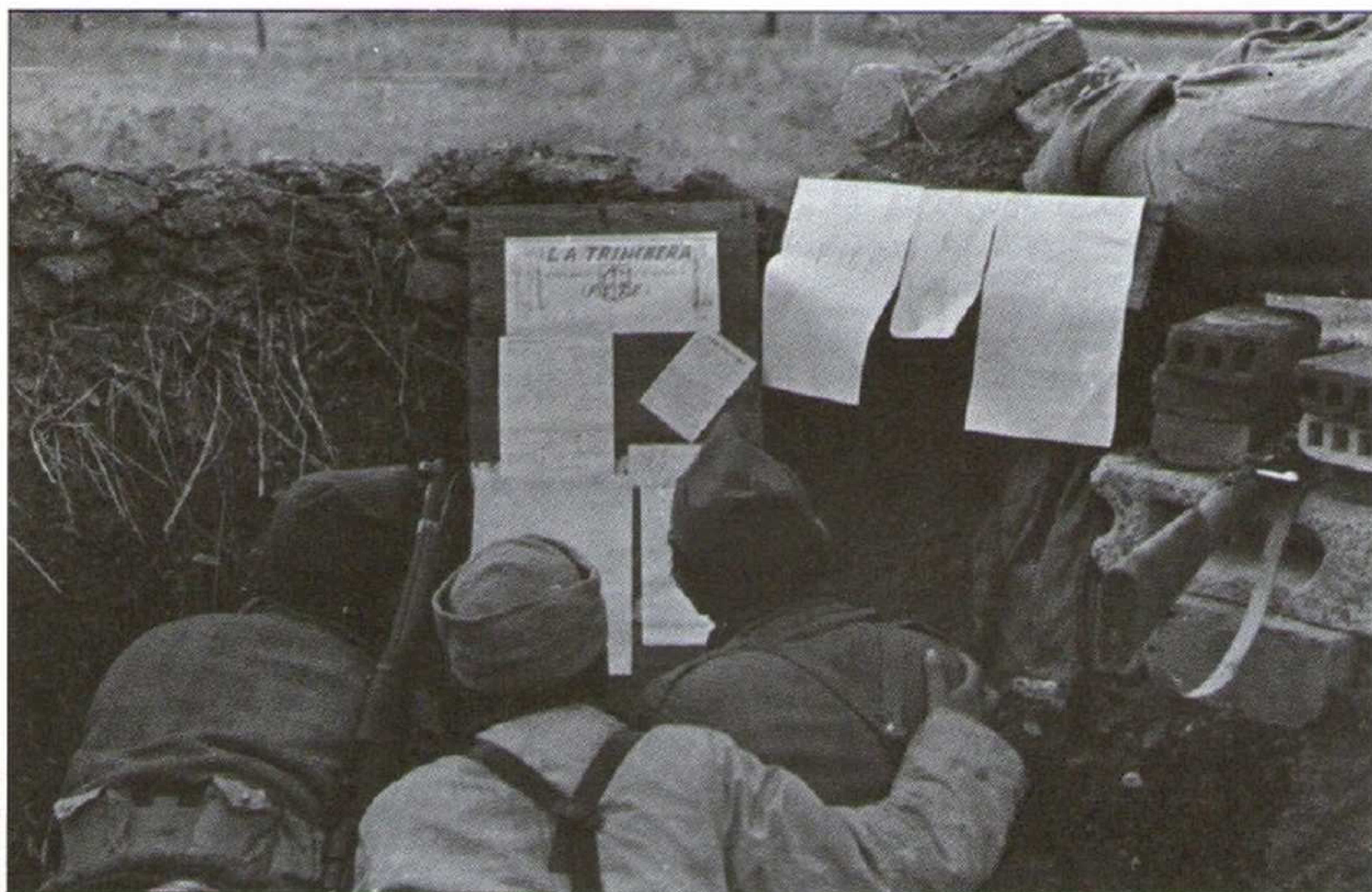
Los cuatro generales
—¡mamita mía!—
que se han alzado,
antes de Nochebuena
—¡mamita mía!—
serán ahorcados.

Puente de los Franceses
—¡mamita mía!—,
nadie te pasa,
porque tus milicianos
—¡mamita mía!—
¡qué bien te guardan!

Por la Casa de Campo
—¡mamita mía!—
y el Manzanares
quieren pasar los moros
—¡mamita mía!—,
¡no pasa nadie!

Esta necesidad psicológica del pueblo fue captada en seguida por los fundadores de *El Mono Azul*, que ya en el primer número reservaba una sección especial con estas palabras: «La sección de literatura de la Alianza inaugura en este número el *Romancero de la guerra civil*. Se pide a todos los poetas antifascistas de España, anónimos y conocidos, que nos envíen inmediatamente su colaboración.»

El éxito fue impresionante, y solamente en la primera etapa de la revista se registraron 65 romances por un total de 34 poetas, entre los que se encontraban Manuel Altolaguirre, Lorenzo Varela, José Herrera Petere, Rafael Alberti, Luis Pérez Infante, Pedro Garfias, José Bergamín, Vicente Aleixandre, Arturo Serrano Plaja, Miguel Hernández... Los testimonios que a través de esta literatura se conservan de los distintos episodios de la guerra y del ánimo con que fueron vividos por sus protagonistas, son un material documental de primer orden y del que ningún historiador serio debería prescindir. Los redactores de la revista son conscientes de ello, y Lorenzo Varela llega incluso a



(J. Guzmán. Madrid.)

MEMORIA DEL 5.° REGIMIENTO

Por Miguel HERNANDEZ

El alba del diecinueve
de julio no se atrevía
a precipitar el día
sobre su costa de nieve.
Nadie a despertar se atreve
hosco de presentimiento.
Y el viento del pueblo, el viento
que muevo y aliento yo
pasó a mi lado y pasó
hacia el 5° Regimiento.
Me desperté entre cañones,
y pistolas, y aeroplanos,
y un río de milicianos
como un río de leones.
Eran varios corazones
los que en el pecho sentía:
la sublevación ardía,
disparaba, aullaba en torno,
y era el corazón de un horno
el gran corazón del día.
Hombres de ñoble mirada
y de condición más noble,
que han hecho temblar al roble
y desmayarse a la espada:
héroes que parió la nada,
dejando sin movimiento
el monte, el campo, el aliento
de la paz y la labor,
iban a unir su valor
en el 5° Regimiento.
Herrerías y poblados,
minas, talleres y eras
ante las cajas guerreras
enmudecieron parados.
Se marchaban los arados,
y las demás herramientas,
a las casas cenicientas
donde la pobreza anida
al aparecer la vida
con pólvoras y tormentas.
Campesinos: segadores,
la fama de los yunteros,
la historia de los herreros
y la flor de los sudores:
albañiles y pastores,
los hombres del sufrimiento,
ante el fatal movimiento
que atropellarlos quería,
fueron a dar su energía
en el 5° Regimiento.
Lejos de los minerales,
los mineros más profundos
se movían iracundos
como los fieros metales;
ausentes de los trigales
y de los besos ausentes,
los campesinos vehementes,
con une sonrisa hostil,
iban detrás del fusil
y de la malvadas gentes.
¡Qué largamente seguros
lucharon bajo sus ceños,
que oscuramente risueños
y que claramente oscuros!
Eran como errantes muros
generosos de cimiento,
y si llegaba el momento
de morir daban su vida
como una luz encendida
para el 5.° Regimiento.
¡Cuántos quedaron allí
donde cuántos no quedaron
y cuántos se recostaron
donde cuántos de pie vi!
Así cayeron, así:
como gigantes lucientes,
enarboladas las frentes
con un orgullo de lanza,
y una expresión de venganza
alrededor de los dientes.
España será de España
y español el español
que lleva en la sangre un sol
y en cada gota una hazaña.
No seremos de Alemania
en ningún negro momento,
porque el puro sentimiento
que nutre a los españoles
seguirá dando sus soles
para el 5.° Regimiento.

IMP. DE LA BRIGADA.—MADRID.

(Col. Ferrer.)

Labor informativa y cultural en la primera línea de trincheras del barrio de Usera. Un Nuevo Romancero *surgió de la confrontación civil.*

elaborar una especie de teoría del romancero en una de sus colaboraciones. He aquí sus palabras:
«De todas partes de España llegan los romances más extraños, más varios. Sin embargo, todos ellos, los que llegan de las avanzadas, los que llegan de los terrenos de labranza y de los poetas más conocidos, tienen una misma orientación. Ha renacido el sentimiento popular español obedeciendo a las mismas leyes de siempre, a pesar de lo distinto del afán, de lo diferente de las circunstancias. Obedeciendo a las mismas leyes, porque es el hombre, el mismo hombre, quien renace en el movimiento popular de hoy. Y sólo conquista. Sólo podía suceder de esta forma al recobrar el pueblo su personalidad, al manifestar su ímpetu cordial capaz del sacrificio épico... Y es el romance, la forma empleada por el pueblo cuando luchaba por construir España, la misma forma que emplea hoy en su reconstrucción. Antes era la lucha por conquistar un Dios y un país donde venerarlo. Ahora es la lucha para conquistar el hombre el derecho a ser mejor, y un país identificado con quienes han de conquistarlo. Y es este matiz de presencia actual de la revolución española el que da nuestro *Romancero de la guerra civil*. Por eso el pueblo lo comprende y lo comparte.»



(Keystone.)

Este soldado intenta desmoralizar al enemigo mediante el vetusto megáfono. En las guerras civiles siempre hay, en todos los bandos, indecisos, obligados o engañados.

se diferencia de las otras veces que apareció en la historia, porque hoy aparece más pleno, más capacitado para dar forma histórica a su sentimiento. El pueblo y el poeta se han identificado en el romance presente, dando lugar a la más profunda relación. Se trata no del poeta por un lado y el pueblo por otro, sino poeta y pueblo en comunión, andando el camino de albedrío par a par. Y de ahí es hoy el poeta, poeta del pueblo; y el pueblo, pueblo del poeta. El pueblo ha conquistado al poeta, y el poeta, ganado por el pueblo, se ha conquistado a sí mismo, haciendo crecer así el futuro de la

Esta convicción de estar haciendo una literatura que viene del pueblo, y va al pueblo, y en la cual se juega el destino del pueblo mismo, era algo ampliamente compartido por todos los que supieron ver en seguida la trascendencia del *Romancero*, que empezó a ser conocido fuera de España y traducido a otros idiomas. Al objeto de facilitar esa utilización como material de estudio, José Monleón ha clasificado la temática en una serie de grupos:

A. Romances dedicados a las hazañas de la milicia popular.

B. Romances dedicados a ensalzar el espíritu del pueblo, sin referirse a ningún hecho concreto.
C. Romances satíricos, en los que se ridiculiza al enemigo.
D. Romances dedicados a los muertos en la lucha.
E. Romances dedicados a la defensa de Madrid.
F. Romances sobre el frío de la sierra.
G. Romances dedicados a los moros.

Pero la sección de *El Mono Azul* no fue el único cauce de expresión de esta poesía popular que surgía del

Romance de guerra

Ya no cruzan por el cielo
de Madrid negras bandadas
de aviones alemanes
esparciendo su metralla.
Ya sus mortíferos huevos
no revientan en las plazas,
ya no destrozan museos,
ya no derrumban las casas,
ya no matan a los niños
y mujeres a mansalva.
¡Ya no vuelan! ¡Ya no vuelan!
¡Se lo impiden nuestros «cazas»!
¡No podrán cuervos sangrientos
enfrentarse con las águilas!
¡Ya no cruzan por el cielo
de la capital de España!
Ahora no son aviones
los que derrumban las casas,
ni los que asesinan niños,
ni los que a mujeres matan.
¡Ahora no son aviones!
¡Son otras odiosas máquinas
las que ahora siembran la muerte!
¡Otras que escupen metralla!
¡Otras por las mismas manos
criminales, manejadas!

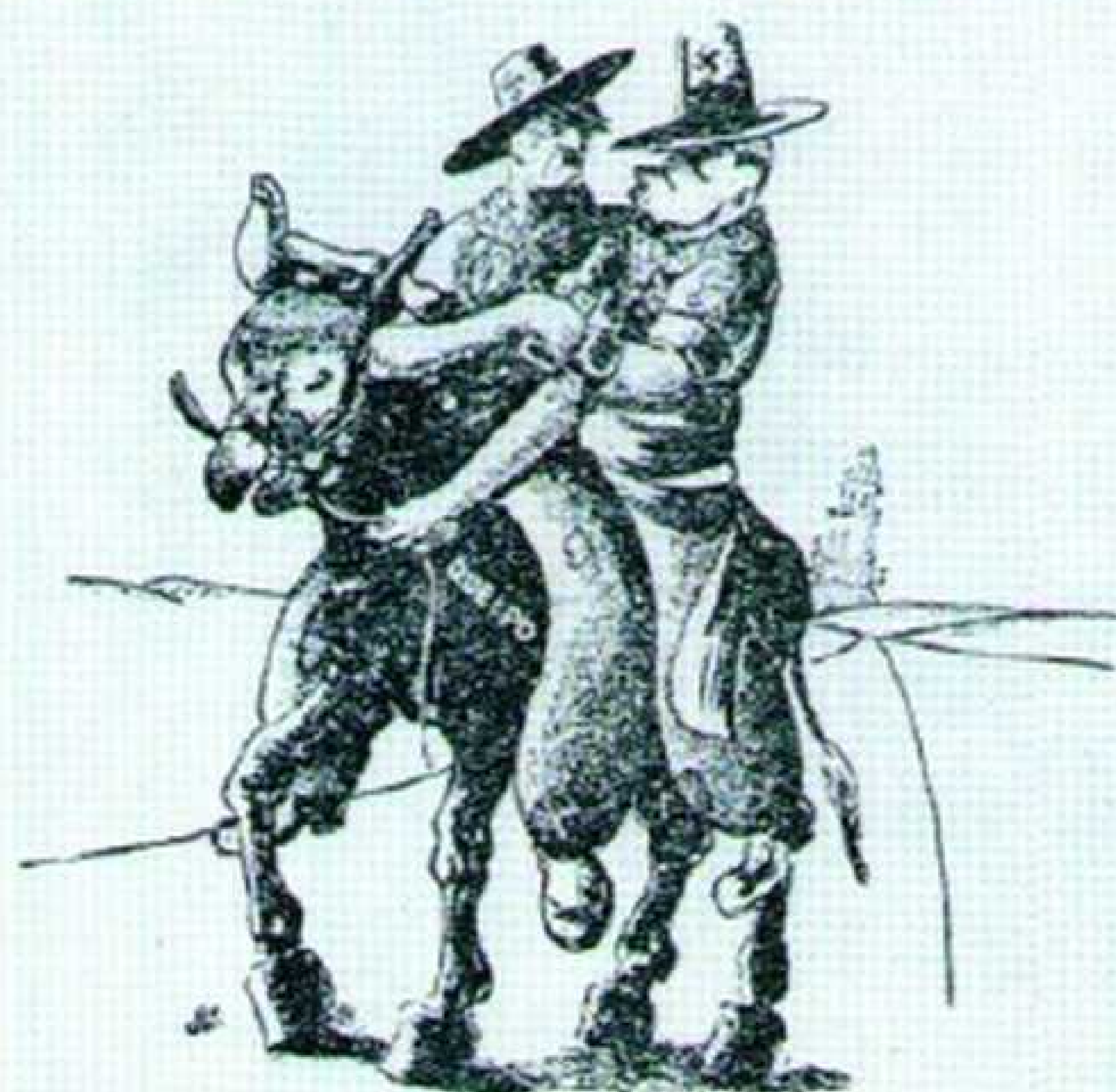
A. PEREZ MARTIN

Sobre la Marcha (4.ª Brigada mixta).

(Arch. Urbión.)

No sólo poetas famosos hicieron romances, sino anónimos combatientes, como este de la 4.ª Brigada Mixta.

hontanar del pueblo en armas. Se editaron libros que recogían y antologizaban muestras de este impulso incontenible. Así surgen colecciones como la *Poesía de guerra* (Madrid, 1936), editada por el «Quinto Regimiento», hasta la que quizá sea la última, *Poemas de guerra* (s. l., 1939), sufragada y publicada por el Comisariado del Ejército de Levante. Entre ambas fechas aparece el *Romancero de la guerra civil* (Madrid, 1936), en edición del Ministerio de Instrucción Pública, preparada por Manuel Altolaguirre; y quizá la más representativa y completa: *El romancero general de la guerra de España* (Madrid-Valencia, 1937), selección hecha por Emilio Prados y con prólogo de Antonio Rodríguez Moñino. La edición es magnífica: contiene numerosas ilustraciones y está dedicada a la memoria de García Lorca; incluye un total de 302 textos, que corresponden a 101 poetas (83 con sus nombres y 18 anónimos). Entre los autores que merecen destacarse citaremos algunos nombres: Alberti, Altolaguirre, Alonso Calvo (hoy Ramón de Garciasol), Aleixandre, Balbontín, Bergamín, Chacel, Dieste, Gil-Albert, Gaya Nuño, Garfias, Francisco Giner, Herrera Petere, Miguel Hernández, Moreno Villa, Oliver



B. S. LEALTAD
(5.ª Brigada mixta de Carabineros)

DE REGRESO DE LA FERIA DE SEVILLA.

OTRO TRAGO, BENITO, QUE PA EZO NOS TRAEMOS LO MEJORCITO DER GANAO.

(Arch. C. S. de Tejada.)

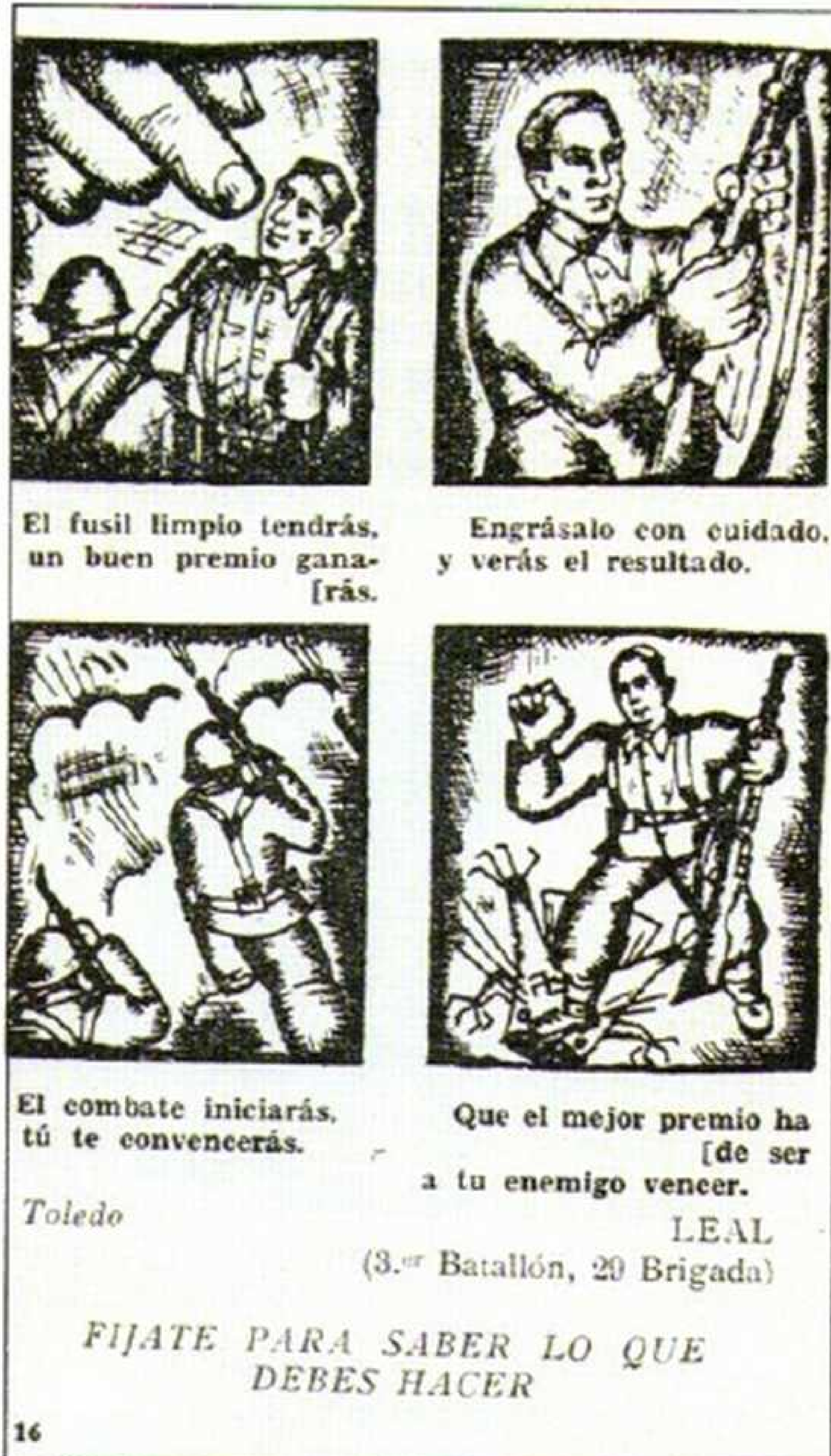
La sátira popular de gracia gorda, tan española y tan cercana al insulto personal, se utilizó sobremanera.

Belmás, E. Prados, Quiroga Pla, Sánchez Barbudo, Sánchez Vázquez, Serrano Plaja, etc.

Aunque para la historia literaria de los autores es importante su identificación, no ocurre lo mismo desde el punto de vista que aquí nos interesa: la creación de un *epos* de algo vivido dramáticamente por todo el pueblo. Desde este ángulo, los poetas eran milicianos de la cultura, y su voz la expresión anónima de la colectividad. Así visto, lo mismo importa el soldado literariamente desconocido que escribe los *Versos del frente* en el II Batallón de Líster:



(Arch. C. S. de Tejada.)



(Arch. C. S. de Tejada.)

Muestras de lo que se hacía en los frentes. A la izquierda, un cuaderno de poesía realizado por combatientes, y a la derecha, viñetas de un marcado ingenuismo. No hay que olvidar que el soldado republicano era de origen campesino.

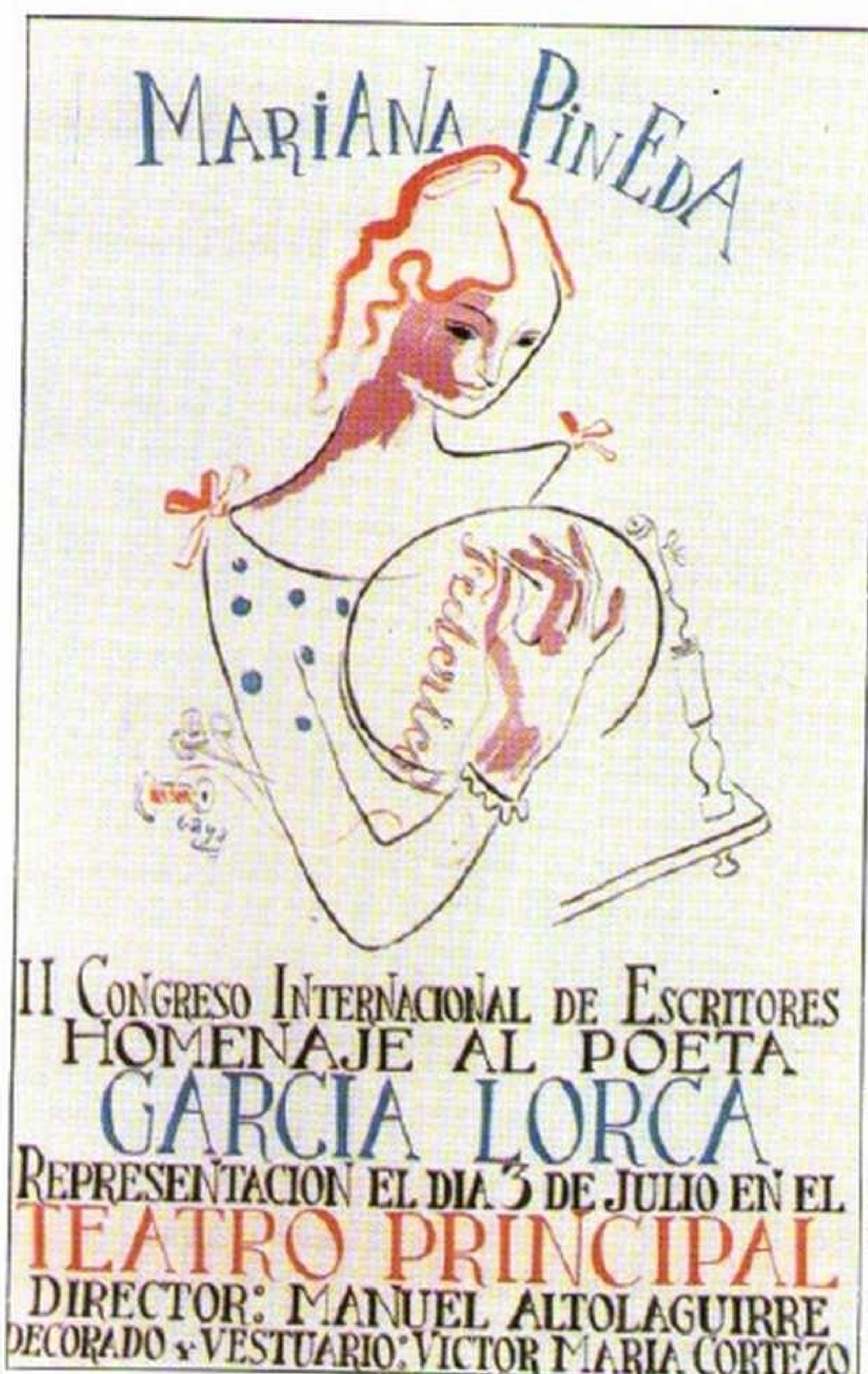
Me despido cordialmente
de todos los milicianos,
y que perdonéis la falta
a un campesino cerrado.
Si queréis saber quién soy,
Francisco Fuentes me llamo.

que el Francisco Giner del *Romancero de Francisca Solano:*

¡Alta Francisca Solano
por los pinos de la sierra!
En Peguerinos sonaron
sus risas blancas y nuevas
cuando buscó al enemigo
por la callada arboleda.
Con un fusil en la mano,
como una rosa morena,
allá va con sus hermanos,
canto y luz por la vereda.
Era un sábado de julio
cuando cruzaron la sierra.

En la misma línea de literatura popular y comprometida hay que entender el *Cancionero menor para los combatientes* (1936-1938), de Emilio Prados, o la aportación poética específicamente anarquista, recogida *a posteriori* en el libro *Romancero libertario* (París, 1971). Una de las mejores muestras de esta entrega a la causa por la que se moría en las trincheras es la colección *Poetas en la España leal* (Valencia, 1937), donde hay poemas de Antonio Machado, Rafael Alberti, Manuel Altolaguirre, Luis Cernuda, Juan Gil-Albert, Miguel Hernández, León Felipe, José Moreno Villa, Emilio Prados, Arturo Serrano Plaja y Lorenzo Varela. En la presentación del volumen se dice entre otras cosas: «He aquí España batiéndose por su independencia. Un vendaval de heroísmo se ha levantado en sus moradores, ante el espectáculo de sus tierras invadidas por el extranjero, de sus hogares deshechos, de sus mujeres y sus hijos inmolados atrozmente ante un nuevo Dios de la guerra, de sus hombres con-

vertidos en soldados. Y en este medio singularmente aciago, en que los hombres vierten nuevamente su sangre para la consecución de una realidad de justicia, ¿qué ha sido de los poetas españoles, de todo ese brillante movimiento espiritual que desde comienzos de siglo venía derramando una luz propia sobre la intensa vida europea?... No cabe duda de que la poesía, en la contienda que nos divide y enfrenta, se ha inclinado del lado de los grandes sueños humanos, que es el mismo campo de las excelsas realizaciones poéticas. Un mismo fervor agrupó, en el momento angustioso de un pueblo sorprendido, a todos los hombres que venían significando en España una limpia tradición de belleza.»



(Arch. Doc. M.º Cultura. Salamanca.)

Hubo muchos homenajes a García Lorca, fusilado en 1936. Y sus obras se representaron.

La «tercera España»

UNA exposición, por breve que sea, de la cultura durante los años de la guerra no puede dejar de dar cuenta de las diferentes actitudes que tomaron los grupos intelectuales ante la contienda. Junto a los que tomaron partido por una u otra causa —de alguna manera aludidos en las páginas anteriores— están aquellos que se mantuvieron confusos, indecisos, oscilantes o neutrales en una actitud hamletiana muy típica de la psicología que suele atribuirse por antonomasia al intelectual.

En este grupo hay que incluir a algunos de los miembros más caracterizados de la generación del 98: Azorín, Baroja o Menéndez Pidal; el primero de ellos llegó después a manifestar claramente sus simpatías por el franquismo en su libro *El escritor*, dedicado a Dionisio Ridruejo cuando éste era jefe de Prensa y Propaganda de la dictadura, a quien alude con estas elocuentes palabras: «Estilo y acción, intuitivo e incansable. Con abrazo cordial. Azorín.»

Un caso extraordinario fue el de Miguel de Unamuno, quien al principio prestó su adhesión al llamado Alzamiento Nacional, enfrentándose después con los fascistas en la histórica fecha del 12 de octubre de 1936, durante el acto de apertura del curso académico de la Universidad de Salamanca. A los gritos de «¡Viva la muerte!» y «¡Muera la inteligencia!» pronunciados por el general Millán Astray, allí presente, Unamuno replica airado:

«Acabo de oír el grito necrófilo y sin sentido de "¡Viva la muerte". Esto me suena lo mismo que "¡Muera la vida!". Y yo he de deciros, con autoridad en la materia, que esta ridícula paradoja me parece repelente... Este es el templo de la inteligencia. Y yo soy su sumo sacerdote. Vosotros estáis profanando su sagrado recinto. Venceréis, pero no convenceréis. Venceréis porque tenéis sobrada fuerza bruta, pero no convenceréis porque convencer significa persuadir. Y para persuadir necesitáis algo que os falta: razón y derecho en la lucha. Me parece inútil pediros que penséis en España.»

El 22 de octubre, Franco firma el cese de Unamuno como rector de la Universidad de Salamanca, y desde entonces tendrá que vivir recluido en su casa, en una especie de arresto domiciliario voluntario y vigilado.

Más representativo de eso que se ha llamado la «tercera España» es el caso de José Ortega y Gasset, a pesar de haber firmado un escrito de adhesión al gobierno de la República en los primeros días de la guerra, en un documento que reproducimos anteriormente. Muy similar es la actitud de Gregorio Marañón y Ramón Pérez de Ayala, miembros, al igual que Ortega y Gasset, de la antigua Agrupación al Servicio de la República. De todos ellos fue este último quien más dio que hablar. Tras haberse impuesto un silencio voluntario, que respondía a hondas convicciones sobre la función del pensador, no pudo reprimir ciertas manifestaciones harto polémicas. En 1917 había escrito Or-

tega lo siguiente: «No sé si es en todo tiempo el buen callar la mejor ciencia. Pero estoy seguro de que en tiempo de guerra, cuando la pasión anega a las muchedumbres, es un crimen de leso pensamiento que el pensador hable. Porque de hablar tiene que mentir, y el hombre que aparece ante los demás dedicado al ejercicio intelectual no tiene derecho a mentir.» Sin duda, es ésa la norma que a sí mismo se impone también cuando llega la guerra civil en 1936, pero en diciembre de 1937 escribe en París su artículo «En torno al pacifismo», que fue publicado por primera vez en la revista inglesa *The Nineteenth Century and After* (diciembre de 1939), y que después apareció como «Epílogo para ingleses» en sucesivas ediciones de *La rebelión de las masas*. Allí rompe su silencio sobre la guerra y dice sibilinamente: «Presentar lo acaecido en España en julio de 1936 como un "pronunciamiento" es inadmisible aun como simple designación de hechos. Esté seguro el lector que no voy a caer en la inocencia de exponer mi opinión positiva sobre la guerra civil española, sino que me limito estrictamente a rechazar lo que se ha querido exprimir de un texto mío escrito hace diecisiete años.» Y en otro lugar del mismo escrito: «Mientras en Madrid los comunistas y sus afines obligaban, bajo las más graves amenazas, a escritores y profesores a firmar manifiestos, a hablar por radio, etcétera, cómodamente sentados en sus despachos o en sus clubs, exentos de toda presión, algunos de los principales escritores ingleses firmaban otro manifiesto donde se garantizaba que esos comunistas y sus afines eran los defensores de la libertad. Evitemos los aspavientos y las frases, pero déjeseme invitar al lector inglés a que imagine cuál pudo ser mi primer movimiento ante hecho semejante que oscila entre lo grotesco y lo trágico.»

El hecho debía de referirse a la nota que apareció en *ABC* el 31 de julio de 1936, firmada por varios intelectuales —entre ellos Ortega— que proclamaban su adhesión al gobierno de la República, único manifiesto firmado por él, al menos que nosotros sepamos. José Bergamín le contesta a Ortega y Gasset en *España peregrina* (número 1, febrero de 1940), pidiéndole que cite un caso concreto de esas amenazas a que se refiere: «Concretemos, señor Ortega —escribe Bergamín—. Y poco a poco, como decimos en España. Los comunistas y sus aliados —afirma usted y debe hacerlo con datos ciertos si no quiere pasar por embustero— "obligaban con graves amenazas" a los intelectuales, escritores, profesores universitarios, a firmar o "autentificar con sus nombres", dice usted, textos redactados por ellos; a que hablasen por radio... Su acusación, señor Ortega, incluso por exactitud histórica, ¿no le parece que merecería concretarse? Es en lo que yo quisiera ayudarle ahora, celoso, puede usted creerme, de su prestigio intelectual de hombre verídico, de hombre de veras, capaz, por consiguiente, de rectificar sus errores si los comete; incapaz de cometerlos malévolamente.» Le recuerda Bergamín que dio su nombre voluntariamente, a través de su colaboradora en la universidad y en la revista, María Zambrano, como ocurrió con otros muchos nombres que también firmaron el manifiesto voluntariamente, o el de aquellos que se negaron a firmarlos por diversas razones, que se respetaron escrupulosamente. Sin embargo, nada contestó Ortega a tal interpelación, lo que deja bastante malparadas sus afirmaciones anteriores. Evidentemente, el silencioso meditador había ya optado —en su conciencia al menos— por no tomar partido y mantenerse en esa neutralidad artificial de la «tercera España». Y en esa disposición anímica cualquier sugerencia —en un sentido o en otro— tenía que sentirla como una inevitable coacción, máximamente si sus circunstancias personales le impedían —o así lo sentía él— declinar la invitación.

En una actitud semejante debieron de situarse a los pocos meses de guerra hombres como Ramón Pérez de Ayala, Gregorio Marañón, Teófilo Hernando, Menéndez Pidal... Sin duda refiriéndose a ellos escribía poco después Eugenio Imaz: «Yo pienso en algunos maestros míos, como muchos compañeros piensan en maestros suyos. Maestros que han vivido espiritualmente de la revolución francesa, que la han puesto en el pináculo de la historia y del progreso humano, con o sin reservas... Vedlos ante la guerra de España: no han hecho ni reservas, se han metido corriendo en la campana neumática de la "tercera España".» Su crítica respecto a esa actitud no deja lugar a dudas en las frases siguientes: «Hay un momento, uno por lo me-


(Efe.)

El doctor Marañón, republicano y liberal, mantuvo una actitud distante con la República durante la guerra.


(Pyresa.)

Un grupo de intelectuales y artistas en una comida. Se distinguen, de izquierda a derecha, a García Lorca, Luis Buñuel y a Rafael Alberti con corbata blanca y, sentada, a la izquierda, su esposa María Teresa León.

nos, en que al intelectual le es imposible estar *au-dessus de la mêlée*. Este es el de la guerra civil. Quien dijese lo contrario miente, aunque no sea a sabiendas. La espada divide en dos el mundo humano, moral, nacional en que vivimos; tajantemente en dos. El intelectual que se pone en medio, no es intelectual ni hombre, es el pajarito en la máquina neumática que hinca el pico por falta de aire» *(Topía y utopía*, 1946).
Como era previsible, todos ellos acabaron regresando a España, y algunos insertándose dentro de su profesión en la nueva sociedad española del franquismo.

Ideología del «nacionalcatolicismo»

La actitud de la Iglesia católica ante el conflicto condicionó enormemente las manifestaciones culturales de las dos zonas, pero muy en especial de la llamada «nacional» por excelencia. El episcopado español prestó su adhesión casi en masa a la causa franquista, poniendo las bases ideológicas de un régimen político que asimiló el catolicismo al sentimiento nacional. Se propugnaba también de esta manera una vuelta a la época de la grandeza imperial y, en especial, al reinado de los Reyes Católicos, que constituyeron la unidad política sobre la base de la unidad de creencia. Era un intento de retrotraer el tiempo a una concepción religiosa, en que la Iglesia pudiese mantener sus privilegios seculares como una salvaguarda del tesoro espiritual de la nación, y esto es lo que más tarde se iba a llamar el «nacionalcatolicismo». Prácticamente, desde noviembre de 1934, con la carta pastoral del obispo de León, en que se toma postura ante la revolución asturiana de octubre, la conducta oficial de la Iglesia se mantiene en la misma línea. La imagen de obispos y sacerdotes presidiendo actos políticos y militares junto a los generales y falangistas se convierte

en algo familiar en la España de Franco. Pero es el cardenal Isidro Gomá quien va a marcar decisivamente la línea ideológica a través de una serie de pastorales en que va tomando postura ante los acontecimientos: *El caso de España* (diciembre de 1936), *La cuaresma de España, carta pastoral sobre el sentido cristiano español de la guerra* (enero de 1937), *Catolicismo y patria* (febrero de 1939). En todos ellos se presenta la guerra como una cruzada religiosa, y a los enemigos como a la anti-España; se habla del valor moral de la guerra; se ataca a la masonería y el judaísmo, identificándolos con el comunismo; se exaltan los valores políticos del franquismo... El espíritu sangriento de la guerra se bendice y se elogia místicamente en frases como la del obispo de Palma de Mallorca, que, tras bendecir una remesa de armas italianas, dice: «En las brechas que abrirán estos cañones florecerán las rosas del Evangelio.»



(Col. J. M. Armero.)

El elogio místico a la Virgen constituyó un leit motiv *importante después de 1939.*

Esta serie de actitudes culminará en la redacción de la *Carta colectiva* del 1 de julio de 1937, firmada por el episcopado español en pleno. Es un documento de extraordinaria importancia política y que tendrá una decisiva repercusión en el futuro del régimen político impuesto tras la victoria franquista en abril de 1939. La *Carta colectiva* presenta cinco puntos o apartados principales. En el primero —«Nuestra posición ante la guerra»— intenta justificar la publicación de un documento tan excepcional basándose en lo extraordinario de las circunstancias; dan por supuesto «que una de las partes beligerantes iba a la eliminación de la religión católica en España», y en esa situación dice: «No podíamos inhibirnos sin dejar abandonados los intereses de Jesucristo y sin incurrir en el tremendo apelativo de *canes muti*, con que el profeta censura a quienes, debiendo hablar, callan ante la injusticia.» El segundo punto está dedicado al «quinquenio que precedió a la guerra», con una minuciosa enumeración de las violencias y atropellos sufridos por la propiedad o en las personas por la Iglesia española y manteniendo la tesis de una intervención directa del comunismo soviético en los destinos españoles, lo cual no sólo justifica la guerra iniciada por el Alzamiento Nacional franquista, sino que la considera inevitable: «Es cosa documentalmente probada —dice— que en el minucioso proyecto de la revolución marxista que se gestaba... estaba ordenado el exterminio del clero católico, como el de los derechistas calificados, como la sovietización de las industrias y la implantación del comunismo.» Y en esta situación proclaman que «agotados ya los medios legales, no había más recurso que el de la fuerza». El tercer punto —«El alzamiento militar y la revolución comunista»— pretende demostrar que lo que ellos llaman «el pueblo sano» se incorporó al Movimiento Nacional y que el resto se dejó simplemente engañar, pero esa supuesta demostración se basa en aceptar sin crítica las deformaciones de la propaganda «nacionalista», y así se da por válido —porque «lo sabe todo el mundo»— que «Rusia se injertó en el ejército gubernamental», o sea, da por cierto que el Museo del Prado fue expoliado de sus tesoros artísticos, que el Arco de Bará, en Tarragona, fue dinamitado, que habían producido asesinatos en masa y bombardeado ciudades indefensas, sin objetivo militar.

Incluso se llegan a justificar las ejecuciones de los comunistas, diciendo que «al morir, sancionados por la ley, nuestros comunistas se han reconciliado en su inmensa mayoría con el Dios de sus padres». El cuarto punto —titulado «El Movimiento Nacional: sus caracteres»— es una apasionada defensa del mismo por haber «determinado una corriente de amor que se ha concentrado alrededor del nombre y de la sustancia histórica de España, con aversión de los elementos extranjeros que nos acarrearon la ruina». Se elogia, sobre todo, el profundo sentido religioso del Movimiento

y se deposita la mayor esperanza en «una legislación en que predomina el sentido cristiano». El quinto punto lleva el siguiente epígrafe: «Se responde a unos reparos», e intenta salir al paso de afirmaciones como que la Iglesia se ha mezclado en la contienda que tiene dividida a la nación, al tomar partido por uno de los bandos en lucha, o de que la Iglesia española era poseedora del tercio del territorio nacional, y el pueblo ha querido librarse de esa opresión mediante un esfuerzo revolucionario. A lo primero les y de educación, y hasta de esto se había últimamente incautado el Estado».

El documento era un compromiso total y absoluto con una de las partes, y por ello tremendamente peligroso para el futuro de la Iglesia. De hecho, el compromiso unció la institución eclesiástica al carro del franquismo durante varias décadas. Así lo comprendieron entonces el arzobispo de Tarragona, cardenal Vidal y Barraquer, y el obispo de Victoria, doctor Múgica, que se negaron a firmar el



(Pyresa.)

Vidal i Barraquer, arzobispo de Tarragona, permaneció en Cataluña durante la guerra civil. No firmó la Carta colectiva *y se exilió en 1939. Aquí lo vemos durante una bendición.*

responden que su elección ha sido por la justicia y por la paz, pero no por una opción política, mas al considerar esos valores como monopolio de uno de los bandos contendientes están dando la razón a los que les hacían tal imputación; respecto a los que atribuyen a la Iglesia una inmensa propiedad territorial, rechazan semejantes afirmaciones diciendo que «es acusación ridícula» y que la Iglesia «no poseía más que pocas e insignificantes parcelas, casas sacerdota- documento y tuvieron que pasar al exilio en 1939. La *Carta colectiva* dio un respaldo moral a la causa nacionalista, y en este sentido su trascendencia no se puede subvalorar; gracias a ella, la sublevación militar de Franco empezó a verse con otros ojos en todo el mundo y el documento apuntaló su régimen con nueva savia. Su trascendencia es tal que sobrepasa los tres años de guerra para convertirse en un pilar básico del «Estado nuevo». Pero eso es ya otra historia...

El mito del millón de muertos

Demografía contra leyenda

Por **Ramón Salas Larrazábal ***

HACE tres años, en mi libro *Pérdidas de la guerra,* se afrontaba por primera vez de modo global el gran tema del impacto que la guerra había producido en la demografía española. Hasta entonces, sólo don Jesús Villar Salinas [1] se había acercado a él con rigor y profundidad. Existían magníficas contribuciones a su estudio, debidas a Montero, Gibson y Jesús Salas [2], que o bien se referían a aspectos parciales o bien, como mi hermano Jesús, se reducían a efectuar una buena estimación desde enfoques estadísticos que llevaba a conclusiones válidas en cuanto a órdenes de magnitud globales. Todo lo demás, con ser muy abundante, no era, en general, más que propaganda interesada o pasión desbordada.

A este respecto, el novelista austriaco Stefan Zweig, en su libro *El mundo de ayer,* nos recuerda, refiriéndose a la llamada guerra europea o primera guerra mundial, que «durante ella el rumor más ruin se transformaba de inmediato en verdad. Se prestaba crédito a la difamación más absurda...». «Los cuentos respecto a manos cortadas y ojos arrancados, que en cualquier guerra aparecen puntualmente en el cuarto o quinto día, llenaban las páginas de los diarios.» Esto, que sucedía en los albores de la guerra total, era sólo el preludio de la que más tarde se llamaría «guerra psicológica», que habría de librarse de forma tenaz y constante para sostener la moral de la propia retaguardia y quebrantar la del contrario, y de la que sería elemento permanente y motor la predicación del odio al enemigo, del que tenía que presentarse una imagen execrable. Fue en nuestra guerra en donde aparecieron por primera vez órganos especializados para sostener este tipo de acción. Su misión era la de elaborar y transmitir al mundo una imagen distorsionada de la realidad, que magnificara los hechos, exagerara los datos y generalizase una visión fabuladora

[1] Jesús Villar Salinas, *Repercusiones demográficas de la última guerra civil española. Problemas que plantea y soluciones posibles.* Sobrinos de la sucesora de M. Mimenza de los Ríos. Madrid, 1942.

[2] Jesús Salas Larrazábal, «Los muertos de la guerra civil». Suplemento dominical de *ABC* del 21 de julio de 1964. Ian Gibson, *La represión nacionalista en Granada y la muerte de García Lorca.* París, 1974. Antonio Montero Moreno, *La persecución religiosa en España, 1936-1939.* Madrid, 1961.

* Nació en Burgos en 1916. Coronel de Aviación y comisario de la comisión de Reales Ordenanzas Militares, es autor, entre otras obras, de *Historia del Ejército Popular de la República,* en cuatro volúmenes.



(Brandeis University, USA.)

Este joven, doblemente amputado, es una imagen viviente y un símbolo eficaz de una España doliente y disminuida. La guerra no sólo produjo heridas físicas, sino mentales, y éstas no se notan.

de los acontecimientos [3]. En cambio, la de los historiadores, que vendrían después, sería la de restablecer la verdad, pues, como dijera Ortega y Gasset en *La redención de la provincia*, no es admisible que aquello que se escribió por la guerra y para la guerra sea tomado en serio a la hora de escribir la historia. Pero en España los odios se conservan y transmiten de generación en generación, y los tópicos que ideó la propaganda para azuzarlos se consolidan en «leyenda».



(Arch. Urbión.)

El cadáver de este muchacho tendido sobre el empedrado es el de uno de los miles de «paseados» en una y otra zona.

[3] En la reorganización del gobierno Largo Caballero de 4 de noviembre del 36 apareció el Ministerio de Propaganda, del que se hizo cargo don Carlos Esplá Rizo, anterior subsecretario de la Presidencia y en otro tiempo director de la Oficina de Prensa del Ministerio de Estado. Desapareció el 17 de mayo del 37, al formarse el primer gobierno Negrín. Esplá pasó a la Subsecretaría de Estado, y Leonardo Martín Echevarría a la de Propaganda, dependientes ambas del ministro de Estado, Giral, que así controlaba la propaganda exterior a través del gabinete de Prensa de la Subsecretaría de Estado, y la interior por conducto de la Subsecretaría de Propaganda. Más tarde, al sustituir Alvarez del Vayo a Giral, Quero reemplazó a Esplá, y Sánchez Arcas, antes director general de Propaganda, a Martín Echevarría. En zona nacional funcionó la Delegación Nacional de Prensa y Propaganda a cargo de Dionisio Ridruejo.

El profesor Juan Marichal, de la Universidad de Harvard, ha hablado de «la historia española moderna, tan habitualmente maltratada por sus propios moradores, que parecen limpiarse de culpas al practicar dolorida y cotidianamente la autodifamación nacional»; y comentando este párrafo, el llorado presidente de la Real Academia de la Historia don Jesús Pabón decía: «El morador de la España contemporánea nunca fue humilde o sobrio al hablar de su situación, de la suya, de aquella a la que se sintió vinculado; muy al contrario: respecto a su situación fue exagerado, ditirámbico, triunfalista. Precisamente en su situación, España había conocido la plenitud de los tiempos y los españoles alcanzaron la tierra prometida.
Para la demostración, el español contemporáneo había comenzado por una condenación de la situación anterior, por una difamación del pasado inmediato. El mecanismo era de una simplicidad maniquea. Todos los bienes estaban en la situación actual, puesto que todos los males se dieron en la precedente.
Y, claro está, los autoelogios de cada situación, borrados por la condenación de la sucesora y la autodifamación nacional española y contemporánea, eran el resultado de una serie de difamaciones sucesivas del pasado inmediato.»
Frente a este afán interesado de unos y otros por ofrecer una visión repulsiva de los hechos imputables a sus contrarios y otra beatífica de los achacables a los propios, los estudiosos debemos rescatar el tema de ese terreno beligerante en el que querían mantenerlo, y devolverlo al sereno y limpio campo de la investigación histórica. No se trata de condenar a unos y absolver a otros, sino de profundizar en los acontecimientos, situándolos en sus estrictos límites y magnitudes, sin exagerar ni ocultar lo sucedido, manipular los datos, generalizar anécdotas más o menos tremebundas, ni ofrecer interpretaciones que pudieran servir para consolidar una leyenda que el tiempo podría encargarse de hacer inapelable.

Cifras legendarias

La más superficial introducción al estudio de la población española durante los años treinta y cuarenta obliga a desechar, por absolutamente imposibles, las abultadas cifras de muertes que suelen manejarse con ligereza y sin la menor base científica o documental. La inmensa mayoría de los que pontificaban sobre el particular lo hacían sin la menor autoridad o apoyándose en fuentes totalmente recusables, con lo que, de forma deliberada o inconsciente, servían de caja de resonancia para la propagación y consolidación de un «mito».
La leyenda a que me refiero se ha materializado, den-

tro y fuera de nuestro país, en una cifra redonda enmarcada en una no menos redonda frase que sirvió de título a la conocida y difundida novela de José María Gironella *Un millón de muertos*. Ya disponíamos de un lema con «garra», de una frase certera que lograría el gran impacto psicológico con el que sueñan los agentes publicitarios. ¡Un millón! La palabra que refleja todo lo exorbitante, inmenso, fabuloso. Nada expresa mejor nuestro reconocimiento hacia el prójimo que darle un millón de gracias, ni la opulencia de éste o aquél que decir de ellos que son millonarios. El millón da cumplida muestra de lo grandioso, y si grandiosa fue nuestra guerra civil y numerosas sus víctimas, éstas tenían que ser, forzosamente, cuando menos, un millón.

La redonda cifra tuvo, al parecer, su origen en una carta pastoral del cardenal Gomá, quien en la temprana fecha del 30 de enero de 1937 se hacía eco de un rumor aparecido en zona nacional según el cual eran ya un millón las víctimas de una guerra que apenas se había iniciado. Más tarde, el episcopado, en su famosa carta colectiva, aceptaba como un hecho «la pérdida de más de un millón de españoles, con el desgarro que ello ha producido en el alma nacional» [4], y consumaba así el lanzamiento de un tópico que acabaría en «mito». Pero lo curioso es que el episcopado español, sin saberlo, tenía razón. Sin proponérselo, prematuramente, y cuando aún no se había producido esa pérdida, acertaron a profetizarla. En efecto, España había perdido más de un millón de sus posibles habitantes. Los obispos, al hablar de la pérdida de españoles, sin aclarar si éstos eran reales o potenciales, habían dicho una gran verdad y alimentado una gran mentira. Luego, unos y otros, tirios y troyanos, se apropiarían de la cifra y, para alcanzarla, distribuirían a su gusto las partidas parciales hasta hacer coincidir su suma con esa aceptada y no discutida del millón, variándolas a capricho y a gusto del consumidor hasta cubrir toda



(Novosti.)

Efectos de los bombardeos sobre Barcelona los días 17 y 18 de marzo de 1938. Los daños materiales, aunque menos dolorosos, también eran sensibles y se traducían en padecimientos para la población y empobrecimiento de la nación.

[4] La referencia a la carta pastoral de 30 de enero de 1937 puede verse en la publicada por *ABC* el día 20 de marzo de 1976, firmada por don Carlos Fernández.


(Salmer.)

Víctimas de un bombardeo sobre Madrid. Escenas como ésta se repitieron en todas las capitales españolas y muy especialmente en aquellas próximas al frente. Oviedo fue, posiblemente, la más duramente castigada de todas ellas.

la gama de posibles combinaciones, sin más condición que la de que el total se acercara, en más o en menos, al guarismo sagrado.

En la búsqueda de un pedestal adecuado, la leyenda creyó encontrar el punto de apoyo que le faltaba en el olvidado, magnífico y fundamental trabajo de don Jesús Villar Salinas: *Repercusiones demográficas de la última guerra civil española*, en el que el autor resumía toda la primera parte de su obra en dos frases que serían objeto de la más fabulosa tergiversación. Villar, al estudiar la evolución de la población española durante la guerra, escribió: «Faltan los ochocientos mil habitantes perdidos en esos años.» Y afirmaba: «Como cifra global de pérdidas puede admitirse que, en números redondos y aproximados, la guerra ha costado algo más de un millón de habitantes.» Ya tenemos confirmada la cifra, y nada menos que en un trabajo premiado por la Academia de Ciencias Morales y Políticas. Lástima, sin embargo, que la mayoría de los que la recogieron se limitara a leer esas dos frases y a interpretarlas torcidamente, cuando no de modo malicioso. En su contabilidad, la partida más importante la constituían los no nacidos, que fueron, según Villar, 612.850. Junto a esta partida básica, las defunciones arrojaban un incremento de 246.568, de las que sólo 173.731 eran debidas a la acción directa de las operaciones militares o a la violencia sobre las personas en la retaguardia. El total de pérdidas se elevaba, por tanto, a 859.418, que con la emigración redondeaba con exceso el tan traído y llevado millón. Lo que quedaba de cierto era que España había perdido, efectivamente, más de un millón de sus posibles habitantes [5].

[5] Villar Salinas estudia todos estos puntos en la primera parte de su obra, que titula «Valoración estadística de los fenómenos demográficos durante los años de la guerra civil.»


(The Illustrated London News.)

Un grupo de falangistas captura a unos milicianos campesinos. El aspecto de capturadores y capturados, salvo el del muchacho al mando de los falangistas, es muy similar, como lo es el de los dos muertos que aparecen en primer plano.

Las estimaciones de Villar Salinas, lejos de ser exageradas, pecaban por defecto. Jugando con la ventaja de manejar informaciones y datos desconocidos cuando él escribió, en mi libro *Pérdidas de la guerra* elevo esta cifra a 1.124.257 habitantes, de los que 557.182 corresponden al número de españoles que debieron nacer, que eran legítimamente esperados y que no acudieron a la cita con la vida por la caída de natalidad que acompañó a la guerra, y 567.075 los que murieron prematuramente a causa de ella. Esta última cifra, o alguna otra muy semejante, es la comúnmente aceptada hoy por todos los historiadores que no quieran ser tachados de empecinados en el error. Pero al igual que su antecesora, el famoso millón, suele repartirse de forma caprichosa, simplista y casi siempre sectaria. Con increíble frecuencia se olvida que incluye a las defunciones ocasionadas por el incremento de morbilidad que acompaña siempre a las guerras, y que en la nuestra fueron muy numerosas. Normalmente, éstas se adjudican «a capón» a las causas de muerte que el autor de turno desea hinchar para lograr identificar lo «sucedido» con lo que de manera previa había decidido que «necesariamente» tuvo que suceder. Es un pecado en el que han caído y siguen cayendo muchos autores «consagrados».

Danza de números

Así, por ejemplo, Jackson, el difundido historiador americano, en *República y guerra civil española*, al efectuar su estimación de las víctimas causadas por la guerra, parte de la hipótesis, que adjudica gratuitamente a Villar Salinas, «de que habían muerto de medio millón a un millón de personas y de que, en números redondos, la cifra de 800.000 para el período

de 1936 a mediados de 1940 podría ser bastante aproximada». Para fundamentar la elección de esta cifra, argumenta así: «La población de España había ido aumentando a buen promedio en la década anterior a la guerra. El doctor Villar extendió el promedio de nacimientos del período 1926-1935 hasta 1939, y llegó a la conclusión de que sin la guerra la población de España habría sido de 1.110.000 personas más de las que reas y enfermedades», se olvida de estas últimas, y así, con un arbitrario reparto de los números parciales, engorda de modo increíble la partida de muertos debidos a la represión de los vencedores y minusvalora la de las víctimas de la guerra, y muy especialmente las de la represión republicana.

Años más tarde, en el prólogo a la edición española de su obra, reconoce que sus cálculos pecaban de exage-


(Jack Novak. USA.)

Retorno al hogar; la guerra ha terminado y cada uno vuelve a su casa, como estos madrileños que atraviesan el puente de Toledo. ¿Será el último y definitivo trasiego de la población?

revelaba el censo de 1940. Si sustraemos de ese campo los 300.000 emigrados que había a mediados de 1940, el estudio del doctor Villar enumera más de 800.000 muertos.» Más tarde añade: «El estudio del doctor Villar impresiona por una razón particular: su acierto al pronosticar la población que habría de arrojar el censo, del que sólo difirió en 17.000 personas.» Después de esta demostración de su total desconocimiento del libro del doctor Villar Salinas, se ve aún en grandes dificultades para alcanzar la deseada cota de los 800.000 muertos, y se queda en la de los 580.000, que es, efectivamente, la que alcanzó la sobremortalidad producida por la guerra; pero «al estimar por separado los totales de muertes atribuidas a diferentes causas: batallas, represión en ambos bandos, incursiones aé-

rados, pero no los rectifica en el texto, y reduce sus cifras a menos de la mitad en lo que se refiere a los excesos de los nacionalistas, que ahora supone que oscilaron entre un mínimo de 150.000 y un máximo de 200.000, cuando antes los cifraba en 400.000, y sitúa el total de las pérdidas de la guerra entre un mínimo de 330.000 y un máximo de 405.000, notable acercamiento a la verdad, de la que aún queda muy distante en su estimación de las víctimas de la represión y que pone de manifiesto la ligereza y frivolidad con que el señor Jackson maneja las cifras, antes y ahora.

Junto a este autor, no son escasos los que se hacen eco de las deducciones de la escritora francesa Elena de la Souchère, autora de *Explication de l'Espagne*, quien, basándose en las estadísticas oficiales del INE,

llega a asegurar que la represión de los vencedores durante la posguerra alcanzó, por lo menos, a 200.000 personas, y para demostrarlo hace el siguiente razonamiento: «Las estadísticas del período 1939-1941 arrojan 107.000 muertes violentas, mientras el número total de personas que murieron de muerte violenta fueron 22.500, luego oficialmente se acepta la ejecución de 84.500». La cifra de 22.500 es el número de los que


(Serv. Histórico Militar.)

La guerra ha dejado en este pueblo, herido de muerte, su cortejo de desolación y ruina.


(Col. C. S. de Tejada.)

Escena debida a los pinceles de Carlos Sáenz de Tejada. La enfermera sirve de amanuense a un joven herido.

quizá hubieran muerto violentamente durante esos años, incluso sin guerra. Y sigue: «Como las defunciones de antes de la guerra eran del orden de las 386.000 anuales, y en esos años fueron 470.000, 484.000 y 424.000, el número total de muertes en ese período fue superior en 220.000 a la cifra correspondiente a los años inmediatamente anteriores a la guerra, luego la cifra de los ejecutados debe ser ésta y no la de 84.500.»

La deducción de la escritora francesa es sorprendente. Se olvida primero de que de las 107.000 víctimas de muerte accidental, casual, o provocada intencionadamente, no hay que deducir sólo a las 22.500 que ella supone, sino al 75 por 100 de las restantes, que se deben a inscripciones diferidas de muertes producidas durante la guerra, y de que de los 220.000 fallecimientos observados sobre el promedio de los normales en la década de los treinta, todos los que exceden de los 84.500 se deben a la mayor incidencia de enfermedades, especialmente en 1941, que tan graves consecuencias tuvo para España durante aquellos años y que aún fueron más agudas en el propio país de Elena de la Souchère, donde a partir de 1942 tuvieron el triste privilegio de ostentar la marca de la más alta mortalidad europea, muy por encima de la española, que hasta entonces siempre había sido inferior.

Otro autor cuya obra ha alcanzado extraordinaria difusión es Ramón Tamames. A éste se le antojan poco los 580.000 muertos de Jackson y sube a 285.000 los 100.000 que éste asigna a los caídos en combate, con lo que hace ascender el total de muertos a 765.000, cifra más próxima —escribe— a los cálculos del demógrafo Villar Salinas (pone 800.000, para que no se nos olvide la cifra). No contento con esto, añade que la emigración política puede calcularse, por lo menos, en unas 300.000 personas, con lo que sitúa las pérdidas de población en 1.065.000, y al agregar las ocasionadas por la caída de la natalidad durante la contienda, que,

por los datos que aporta, supone que fueron 456.763, en 1.521.763.

El señor Tamames, en *La República. La era de Franco*, comete la temeridad de pretender contrastar la «verosimilitud» de las cifras por él estimadas, y para ello estudia la evolución teórica que siguió la población afectada por la guerra y la forma en que debiera haber evolucionado de no haber estallado, y llega a la asombrosa conclusión de que la población española sólo dejó de crecer en 575.000 personas. ¿Cómo resuelve el señor Tamames la increíble contradicción que supone aceptar la pérdida de 1.521.763 personas y detectar únicamente la ausencia de 575.000? Naturalmente, de ninguna manera. El profesor español une a un error inconcebible en el cálculo de las pérdidas uno no menor al estimar la población teórica, y de esta forma resulta que la pérdida de habitantes se reduce, en su «científico» cálculo, a menos de la mitad de la real y a poco más de la tercera parte de la que él mismo estimaba arbitrariamente, y así se queda sin apoyo que pueda dar la «verosimilitud» buscada a una presunción absolutamente inverosímil.

Correcciones previsibles

EL caso de Pierre Vilar es más significativo, y podríamos ponerlo como modelo de lo que puede el sectarismo partidario. El notable historiador francés, cuando trata de nuestra guerra, pierde su ecuanimidad y sentido crítico, aunque no puede desprenderse de su seria condición de auténtico investigador, y por ello sus conclusiones no pueden ser, de ningún modo, tan burdas como las de los anteriormente citados. Y así, cuando trata de las víctimas que ocasionó la guerra, escribe: «Por otra parte, hay ciertas cifras que exigen una crítica. Se ha hablado de un millón de muertos, de 20.000 religiosos que encontraron la muerte, de terror en masa. El espejismo es evidente. Hablando de las ejecuciones franquistas en Zaragoza, tres aragoneses me han dado las siguientes cifras: 5 fusilados, 14.000 víctimas, 30.000 por lo menos. Los cálculos demográficos inducen a creer que las pérdidas de la población española debidas a la guerra civil serían unas 560.000 personas, incluyendo las víctimas de los combates y bombardeos. Verdad es que la crítica de las cifras no debe hacer pensar que la impresión psicológica fuera menos intensa, y eso es lo que vale como factor para el porvenir.» El cálculo de Vilar es correcto y coincide casi exactamente con el nuestro: 567.075.

Hugh Thomas tuvo, inicialmente, felices atisbos en sus cálculos. En la edición de Ruedo Ibérico supone, exageradamente, que los muertos en campaña ascendieron a unos 300.000, «en números redondos»: 110.000, como mínimo, en zona nacional y unos 175.000 en el bando republicano. Estima acertadamente que las muertes irregulares fueron del orden de 110.000: 60.000 en zona republicana y 50.000 en la nacionalista, y hace ascender, por último, a 25.000 el número de víctimas civiles de la acción militar. En total algo más de 400.000 personas muertas violentamente, a las que habría que añadir otras 100.000 fallecidas a causa de enfermedades contraídas en el frente o en el cautiverio. Redondeando, muy por exceso, eleva la suma a 600.000, siempre con el temor de quedarse excesivamente lejos de esa mítica cifra del millón o, cuando menos, de las 800.000 que gratuitamente atribuyen todos ellos a Villar Salinas. Posteriormente, en la edición española de Grijalbo y en esta de Ediciones Urbión, Thomas eleva considerablemente el número de muertes debidas a la acción represiva de los vencedores, sin que para este cambio de orientación pueda aportar ninguna razón, y ello después de publicado mi libro, y a pesar de que desde el estudio de Villar Salinas era evidente que el número de estas muertes y el de las producidas por la guerra



Los llamamientos a la solidaridad encuentran eco con frecuencia en un ambiente propenso a la renunciación.


(Camera Press.)

Dos soldados heridos en el hospital militar de Valladolid. Miles de sus compañeros y adversarios compartían idéntica suerte en centenares de centros similares.

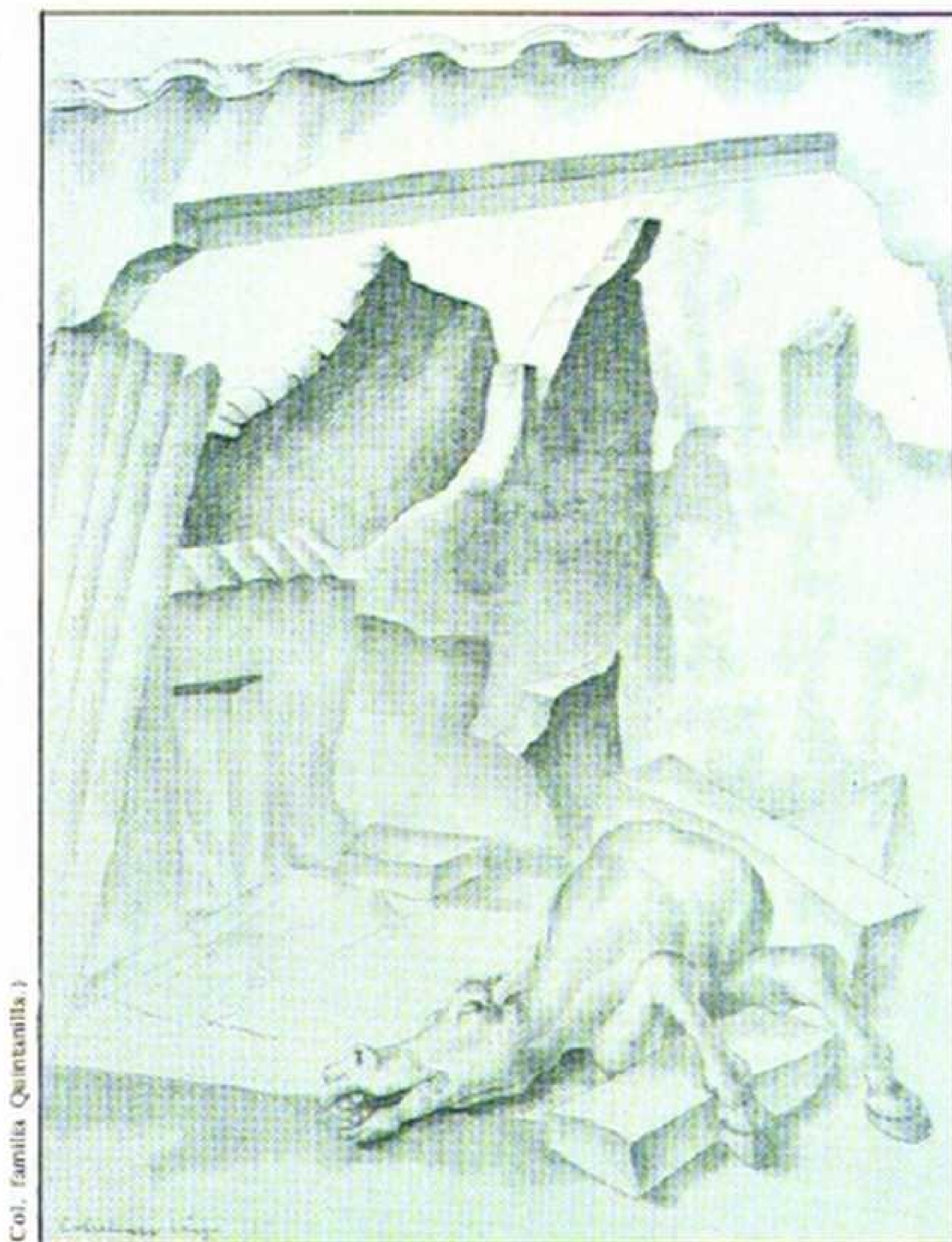
fueron mucho menores que los aireados por la propaganda.

La enfermedad

ESTÁ claro que cuantos han estudiado el problema, siquiera sea superficialmente, coinciden en que la sobremortalidad en el período 1936-1943, año en el que se restablece el número de defunciones normal, afectó a algo más del medio millón de personas, sin que pueda rebasarse el de las 600.000. Mis trabajos me han llevado a señalar como la más aceptable la cifra de 567.075 personas, que responde a un cálculo que se apoya en la diferencia entre las defunciones realmente observadas y aquellas que presumiblemente se hubieran producido de no haber estallado la guerra. Estas últimas son, consecuentemente, teóricas, y, por lo tanto, no podemos pretender que aquélla sea una cifra exacta, pero sí muy aproximada.

Del exceso de muertes sobrevenidas durante esos años, 346.899 se inscribieron en el Registro Civil durante los cuatro años de guerra, 220.176 en los inmediatamente posteriores, correspondiendo muy cerca de 100.000 de estas últimas a inscripciones demoradas de personas fallecidas en el período inmediatamente anterior, por lo que podemos afirmar que la sobremortalidad real afectó a unas 425.000 personas durante la guerra y a unas 150.000 en el período inmediatamente posterior, y que de este total de 575.000 personas fallecidas prematuramente, una parte importante se debió a la enfermedad, azote que siempre acompaña a las guerras.

Por el movimiento natural de población conocemos el número exacto de las defunciones que se registraron durante esos años, pero sólo por estimación podemos inducir las que se hubieran producido de no haber estallado la guerra. La probabilidad nos indica que debieron haber seguido la línea de tendencia de los años anteriores, y las inscripciones nos detallan el número de las que se observaron efectivamente. Pues bien,

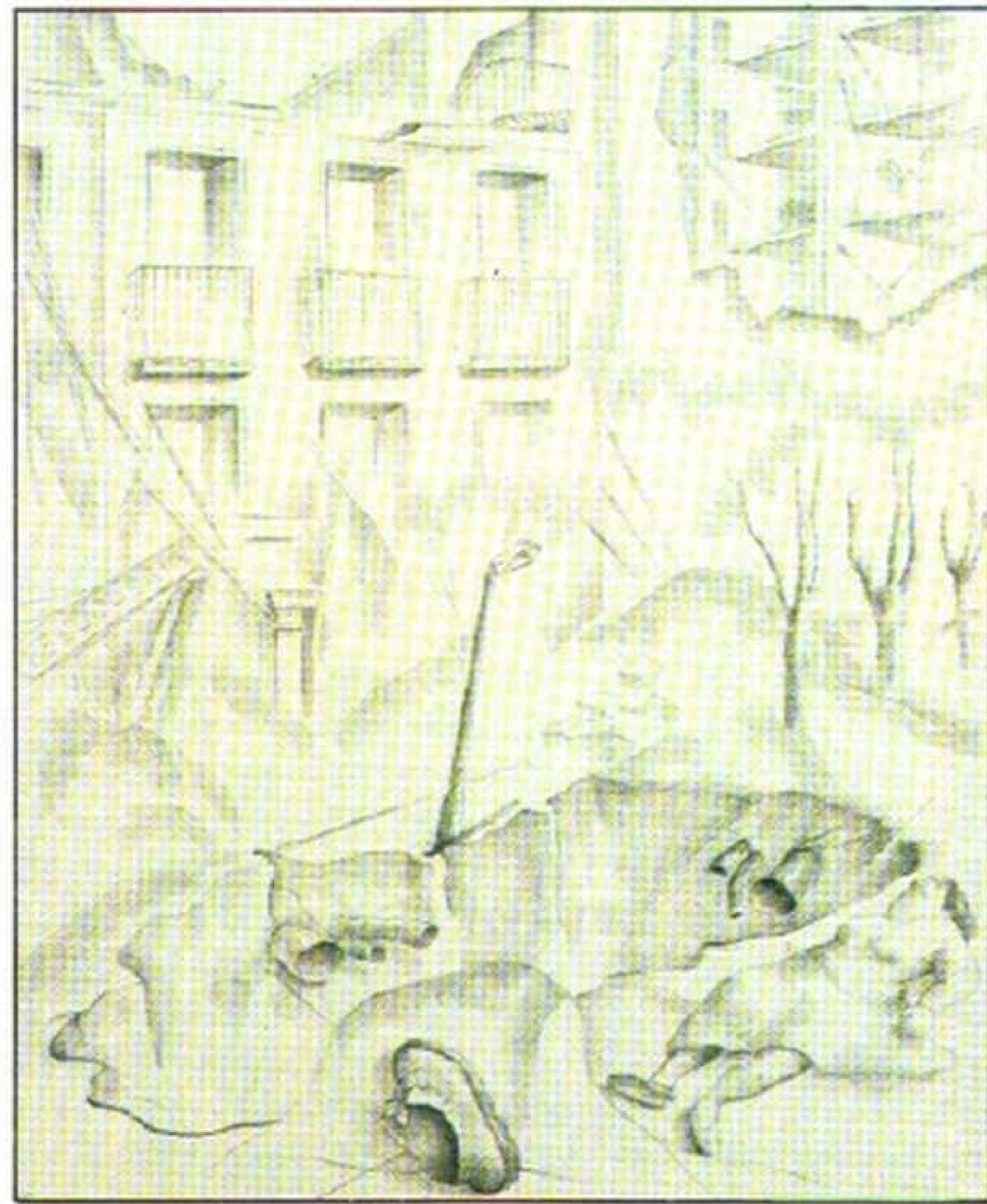


(Col. familia Quintanilla.)

El horror siempre ha sido tema inspirador del arte. Este apunte de Quintanilla lleva por título Colmenar Viejo.

de haber seguido los óbitos el ritmo que llevaban en el primer quinquenio de los años treinta, esto es lo que hubiera pasado, pero nadie puede comprobar la exactitud de este dato, que se basa exclusivamente en lo que debió haber sucedido, pero no sucedió.

Con esta incertidumbre, y de la mano del cálculo, podemos establecer que las defunciones por causas naturales registradas entre los años 1936 a 1943 fueron 324.831 más de las previstas, y que el ritmo normal se recuperó plenamente en 1944. De esas 324.831 muertes, 165.612 corresponden al período propiamente bélico de 1936-1939, y 159.219 a los cuatro años de la inmediata posguerra. Sin embargo, resulta un tanto arriesgado cargar estas últimas, al menos en su totalidad, al haber de la contienda civil, pues aun de no haberse desencadenado, los años cuarenta hubieran sido difíciles para nosotros, como lo fueron para toda Europa. Incluso suponiendo, lo que es mucho suponer, que una España republicana con gobierno de frente popular hubiera sido capaz de mantenerse neutral en la segunda guerra mundial, lo que resulta casi inimaginable, es evidente que a partir de 1940 las dificultades para abastecer nuestro mercado interior hubieran sido prácticamente insalvables y que, como consecuencia de ellas, hubiera aparecido pronto el espectro de la penuria, con su acompañamiento de hambre, enfermedad y muerte. En Francia, donde lo débil de su resistencia hizo que la guerra se alejara muy pronto de su territorio, se alcanzó, a partir de 1942, la tasa más elevada de mortalidad del continente, muy por delante de la nuestra, que en aquel año ocupó un quinto lugar, a continuación de Francia, Portugal, Hungría y Bélgica, a pesar de que en todos estos países se excluía de las estadísticas a los muertos por heridas de guerra, que eran objeto de una clasificación especial, y de que ninguno de ellos participó directamente en la guerra durante aquel año. Portugal se mantenía al margen de ella, Hungría intervenía teóricamente, y Francia y Bélgica, ocupadas, gozaban de una paz octaviana, la dura paz impuesta por el conquistador. Todos los países europeos, incluso Suecia y Suiza, vieron cómo aumentaba su mortalidad en aquella época. La nuestra no es probable que hubiera sostenido su marcha descendente, ni tan siquiera que la hubiera conservado estática. Las cosas no hubieran sido mucho mejores para la España de los años cuarenta incluso de no haberse enzarzado antes los españoles en lucha fratricida. Durante ellos no hubiéramos disfrutado la engañosa prosperidad de que gozaron nuestros abuelos entre 1914 y 1918, aun-



(Col. familia Quintanilla.)

De nuevo el sobrio lápiz de Luis Quintanilla. Este espeluznante dibujo fue titulado Madrid.


(Inst. Municipal de Historia. Barcelona.)

Los vecinos de la calle Balmes y de la Rambla de Cataluña entregan voluntariamente sus colchones a los refugiados y las milicias. Estamos en octubre de 1936.

que, por el contrario, es muy fácil que sí hubiéramos presenciado un nuevo 1918, tan funesto en consecuencias.

Pero dejemos el movedizo terreno de las presunciones y vayamos a lo que realmente sucedió.

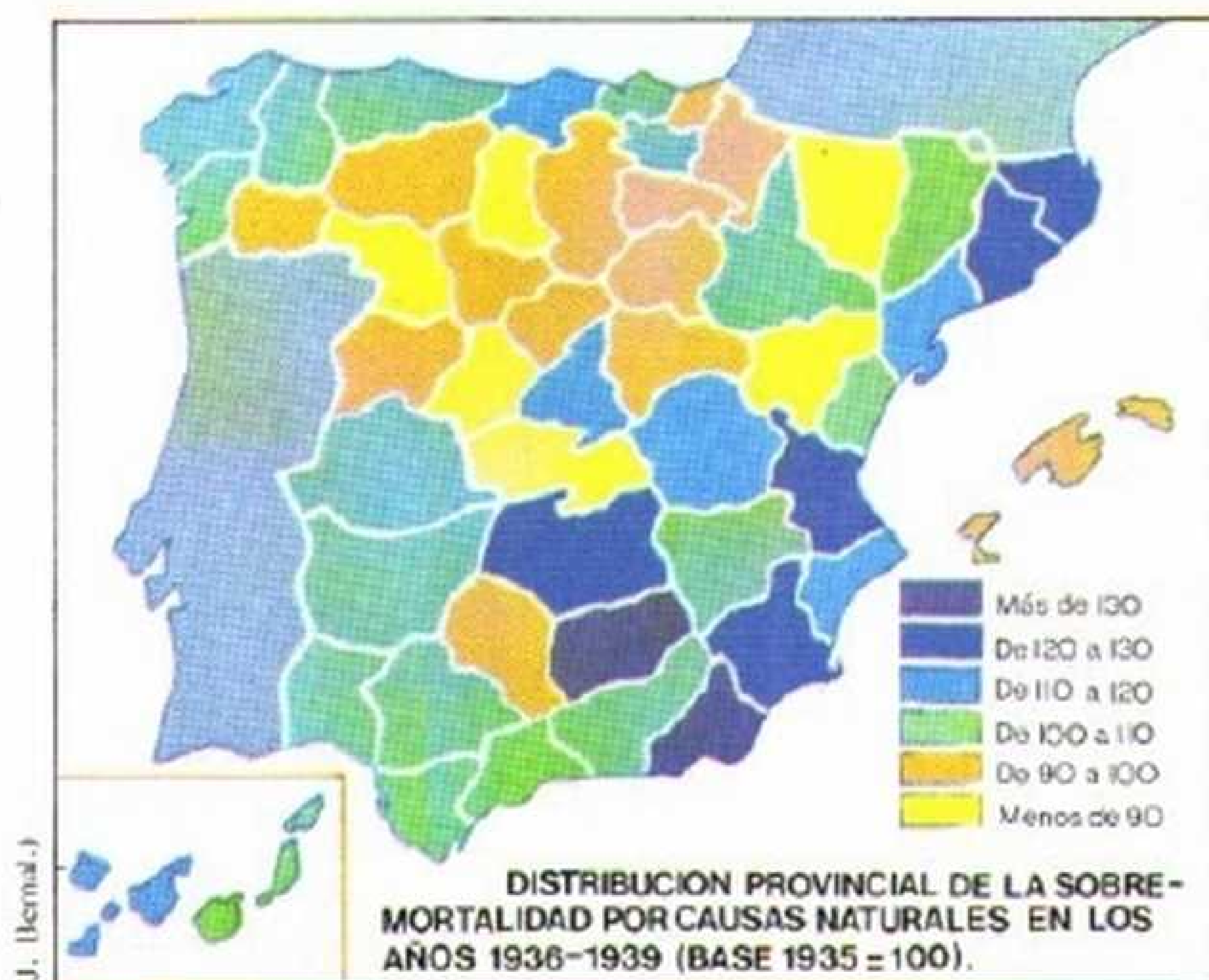
Durante 1936, el número total de defunciones naturales fue bastante inferior (10.046) al registrado el año precedente, y casi todas las provincias mejoraron sus índices de salubridad. La guerra apenas había tenido incidencia, todavía, en la población civil.

En los años siguientes, las cosas cambiarían; la mortalidad crecería progresivamente, hasta alcanzar un máximo en el año 1938, que fue francamente malo para los españoles. Luego, en 1939, con la finalización de la guerra, se produjo una apreciable mejoría, que sería transitoria. La repartición de la sobremortalidad no fue, en modo alguno, uniforme. Recayó casi íntegramente sobre territorio republicano, y dentro de él, con una acusada incidencia, en el sudeste de España y en las provincias costeras catalanas. Bueno es indicar que tanto unas como otras provincias recibieron una importante oleada de refugiados que, lógicamente, modificaron de manera considerable la composición de su población, pero, en cualquier caso, los índices de mortalidad en todas ellas superaron el promedio del 120 por 100 con relación a los de 1935, cuando, en buena lógica, hubieran debido descender hasta poco más del 90 por 100.

En el conjunto de España, y durante los cuatro años de guerra, el índice de mortalidad se situó en la cota 108 con respecto a 1935, y lo superaron 19 provincias, de las que 14 eran de la zona gubernamental y sólo cinco de la nacional, siendo de advertir la enorme mejoría que se produjo en aquellas provincias que cambiaron de bando. Dos provincias —Jaén y Almería— superaron el índice 130, cinco —Ciudad Real, Murcia, Valencia, Gerona y Barcelona— oscilaron entre el 120 y el 130, y seis —Alicante, Santander, Cuenca, Madrid, Tarragona y Santa Cruz de Tenerife— superaron el 110. Lograron situarse por debajo de la cota 100 de 1935: Navarra, Orense, León, Salamanca, Valladolid, Soria, Guipúzcoa, Logroño, Baleares, Burgos, Guadalajara, Segovia, Zamora, Avila, Palencia, Toledo, Huesca y Teruel, por este orden decreciente.

En definitiva, durante la guerra murieron por enfermedad 121.212 personas, más de las que fallecieron en 1935, y de acuerdo con nuestras previsiones, como las defunciones debieron disminuir durante el cuadrienio,

la sobremortalidad real, de ser correcto nuestro cálculo, afectó a 165.612 personas. Según esta estimación, el índice ponderado para 1939 debió ser el de 95,28, aunque si en vez de fiarnos de nuestras apreciaciones lo hiciéramos de las del doctor Villar Salinas, la cifra se reduciría a 160.412 vidas, y si pusiéramos nuestra confianza en el INE, a 154.902. En cualquier caso, resulta evidente que durante nuestra guerra murieron de muerte natural unas 160.000 personas más de las que era razonable esperar, y de ellas, según mis



DISTRIBUCION PROVINCIAL DE LA SOBREMORTALIDAD POR CAUSAS NATURALES EN LOS AÑOS 1936-1939 (BASE 1935 = 100).

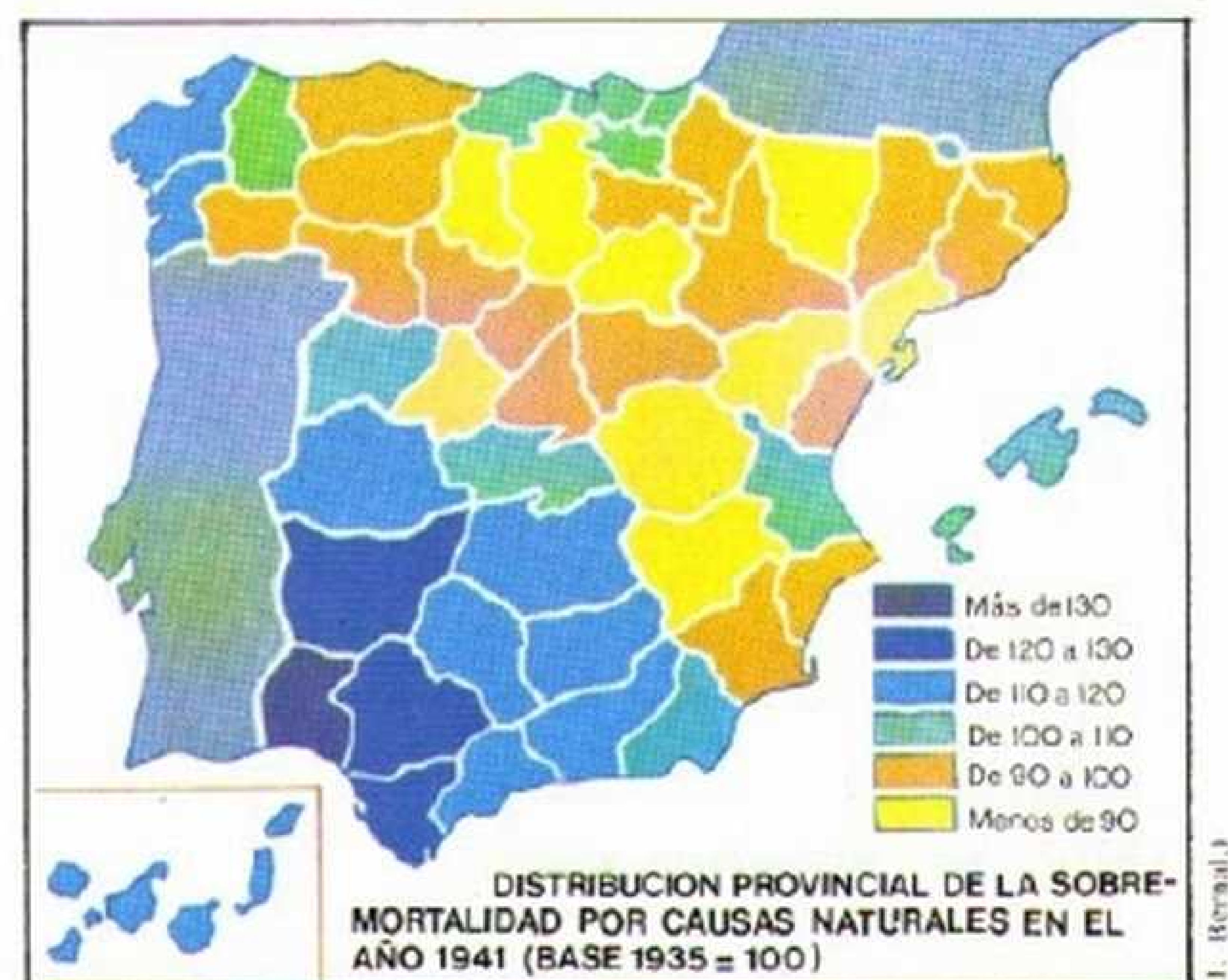
(J. Bernal.)

cálculos, 80.809 eran niños menores de cinco años y 25.098 ancianos que murieron de senilidad, pero prematuramente. Las muertes se las reparten principalmente las enfermedades infecciosas (25.366), diarreas y enteritis (22.000) y enfermedades del corazón (37.783).

Hambre, azote de la guerra

TRASLADADO todo esto al mapa, se pone de manifiesto la superior incidencia que tuvo la enfermedad en el territorio republicano, en donde las dos provincias que pasan del índice 130, las cinco que superan el 120 y cinco de las seis que rebasan el 110 formaron parte de él, mientras que no lo hizo ni una sola de las que mejoraron su situación en relación a 1935, pues el caso insólito de las provincias de Guadalajara, Toledo, Huesca y Teruel se debía, más que a la bondad de su posición sanitaria aparente, a la evacuación de una parte importante de su población. Guadalajara y Toledo la evidenciaron al rebasar ampliamente el 100 en 1939, y Huesca y Teruel, aunque conservaron posiciones envidiables, también vieron crecer su mortalidad en ese año, a pesar del notable descenso de su población. El valle del Duero íntegro, macizo medular de la zona nacional, y con él Guipúzcoa, Baleares y Orense constituyeron un núcleo resistente a la enfermedad, y el resto del territorio nacional se mantuvo en discretísimos niveles, incluso en esa región sudoccidental tan proclive a las endemias y que habría de sufrir terriblemente la dureza de las circunstancias de la vida de la posguerra. Badajoz, Málaga, Cádiz, Sevilla, Córdoba, Cáceres y Huelva mantuvieron índices que, en orden decreciente, iban del 105,4 de la primera al 100,2 de la última, es decir, muy próximos a la par. De todo ello se deduce que en la evolución sanitaria del país influyó, tanto como la guerra, la administración, que atenuaba o agravaba los desfavorables efectos de aquélla, y así éstos fueron muy moderados en la zona nacional, donde una austera gestión de los recursos disponibles garantizó el abastecimiento de la población, y se acusaron de forma verdaderamente pavorosa allí donde una total ausencia de la economía de fuerzas y medios dio como resultado un enorme despilfarro de material y recursos. La misma conducta que en lo militar produjo una angustiosa penuria allí donde los elementos utilizables permitían contar con una reconfortable seguridad, originó que la enfermedad y la muerte avanzaran mucho más allá de lo inevitable.

El hambre, azote que era endémico en el país y que se cobraba anualmente del orden de 250 víctimas —233 en 1934, 239 en 1935—, fue una sombra nefasta que se cernió sobre toda la Península, reclamando una terrible contribución de vidas. En los años anteriores a la guerra eran muy pocas las provincias que se veían libres de esa plaga, y esta hambre ancestral se recrudeció durante la guerra, registrándose 2.485 muertes por esta causa, siendo la sobremortalidad de 1.708 defunciones durante el período 1936-1939. En 1938 se alcanzó el máximo con 1.111 españoles fallecidos de inanición, siendo Barcelona, con 735 defunciones por esta causa, la que ocupa un primer lugar muy desta-



DISTRIBUCION PROVINCIAL DE LA SOBREMORTALIDAD POR CAUSAS NATURALES EN EL AÑO 1941 (BASE 1935 = 100)

(J. Bernal.)

cado. En el conjunto de la guerra, las siete provincias más afectadas fueron, por este orden, Barcelona, Madrid, Murcia, Ciudad Real, Almería, Gerona y Vizcaya, con una sobremortalidad de 1.026 defunciones para Barcelona y 141 para Madrid; las restantes registraron cifras inferiores al centenar, pero si de la sobremortalidad pasamos al número absoluto de fallecimientos, desaparecería de la lista Vizcaya, sustituida por Cádiz, provincia en la que ya antes eran frecuentes las muertes por hambre, que, como la enfermedad, se cebó preferentemente en territorio republicano. Después de que en 1940 las defunciones por esta causa disminuyeran a 490, 1941 con 1.093 y 1946 con 1.120 señalarían dos nuevas crestas, correspondiendo a la última de ellas el máximo absoluto del siglo. A partir de este año se reanuda una situación que es de precaria normalidad, porque todavía siguen muriendo de hambre en España tantas personas como antes de la guerra. Habría que adentrarse en la década de los cincuenta para que esta calamidad se alejara definitivamente de nuestra patria. Durante esta dura posguerra son 1.784 las muertes por hambre que se registran por encima del promedio de 1935. El total de fallecimientos ocurridos por esta causa en los años comprendidos entre 1936 y 1950 fue de 7.916.

La zona del hambre, que durante la guerra se había trasladado con preferencia a las grandes ciudades y a las provincias levantinas, retorna a su feudo tradicional y se desplaza muy acusadamente hacia el sudoeste y La Mancha. Esta amplia zona, con población subalimentada, fue también muy vulnerable a la enfermedad. En 1941, el índice de mortalidad, que había descendido a 103,7 con respecto a 1935, se elevó hasta 121,7 y tuvo una terrible incidencia en todas esas provincias. Huelva, con el dramático índice de 202,9, ocuparía un destacado triste lugar, seguida por Badajoz con 197, Cádiz con 170,7 y Sevilla con 161,4.

A partir de 1942, las cosas evolucionarían de modo favorable, pero las provincias sudoccidentales seguirían ocupando los lugares de cabeza en la tabla de mortalidad, aunque mejorando notablemente sus posiciones. Huelva, con el índice 128,2, se mantendría en el primer puesto, seguida por Badajoz, Cádiz y Sevilla, con índices que oscilarían entre el 119,3 de Sevilla y el 105,5 de Badajoz. La mejoría, sin embargo, era en parte engañosa, porque durante el año precedente se



(Efe.)

Este grupo de enlutadas señoritas saluda alegremente la llegada de «los suyos» con su acompañamiento de liberación y suministros.





En el frente de Peguerinos, el Pernales, *sargento de milicias, hace un modesto alarde circense.*

La sanidad de la columna Durruti, dispuesta para la marcha hacia el f los días en que el alzamiento cedía el paso a la guerra.

había producido un acusado rejuvenecimiento de su población al morir todos sus habitantes más débiles, en especial ancianos y niños, presunción que se confirma en 1943, año en el que ceden los primeros puestos a provincias totalmente nuevas en la tabla y con tasas de mortalidad de partida muy bajas. Las Palmas, con un índice de 115,8, y Tenerife, con 114,5, ocuparon los dos primeros lugares.

La sobremortalidad observada con respecto a 1935 afectó durante el cuadrienio a 43.779 personas, y al introducir el índice corrector para hacer intervenir el descenso que debiera haberse operado en la mortalidad en función de la línea teórica que debieron seguir las defunciones, éstas hubieran disminuido durante el período considerado en 87.594 según el INE, en 101.192 de acuerdo con las previsiones de Villar Salinas y en 115.440 según mi estimación personal. Sumando éstas a las 43.789 observadas, la sobremortalidad real es de 159.219 muertes, de las que 50.408, es decir, el 43,66 por 100, afectaron a niños menores de cinco años, y muy cerca de 20.000 a ancianos que murieron antes de lo esperado. Unas y otras se reparten de forma prioritaria, como durante la guerra, entre las enfermedades infecciosas, tumorales y del corazón.

Sumadas las 159.000 calculadas por nosotros como cifras más probables para el cuadrienio a las 165.612 que dedujimos para el anterior, llegamos a la cifra total de 324.831 fallecimientos naturales más que los que cabía esperar. Las estimaciones de Villar Salinas y, sobre todo, las del INE reducen apreciablemente esta cifra, dejándola en 304.862 el primero y en 285.764 el INE. En todo caso, creo que puede establecerse, con toda seguridad, que pasaron de 300.000 las defunciones debidas al incremento de mortalidad por enfermedad consecuencia de la guerra. Las cifras de 1935 fueron rebasadas en 164.991 óbitos. El año 1943 presenció la reinstalación en la línea de tendencia abandonada en 1937, y en el mismo se observó un número de defunciones inferior al calculado por Villar Salinas, el INE e incluso al previsto por mí. De acuerdo con las tesis de Villar Salinas, en él se debió llegar al índice 91,68; según el INE, al 92,88, y siguiendo mi cálculo ponderado, al 90,56, pero mejorando todas esas previsiones se alcanzó el 88,83. Como quiera que sea, resulta claro que se había restablecido la situación; la incidencia de la guerra en la demografía española había tocado fondo. Sin embargo, como ocurrió con el hambre, el año 1946 presenció una pasajera recaída en la interrumpida me-



rente de Aragón, se concentra en la Rambla de Cataluña. Son



En el avance hacia Castellón un hombre queda muerto, quién sabe si víctima de los que huyen o de los que llegan.

jería de nuestra enfermería nacional, y las defunciones por causas naturales fueron 20.779 más que el año anterior, pero en el siguiente se reanudó la normalidad. Incluso en ese año 1946, el número de defunciones disminuyó con respecto a cualquiera de los años anteriores —excepto 1943—, incluidos los de la preguerra.

Vulnerabilidad masculina

De toda esa profunda huella que la enfermedad, compañera inseparable de la guerra, dejó en nuestra demografía, una parte corresponde a los soldados muertos por enfermedades contraídas en las trincheras y a los prisioneros que sufrieron igual suerte en el cautiverio. Su número resulta difícil de determinar, porque no se ha publicado ningún trabajo que permita conjeturar su cuantía, pero la estadística puede ofrecer la posibilidad, por lo menos, de establecer el límite máximo que, en el peor de los casos, pudo alcanzar; resulta evidente que los soldados y prisioneros fallecidos pertenecían, en su casi totalidad, al sexo masculino, y su desaparición tuvo que producir, como efecto primario, la elevación relativa del número de varones muertos por causas naturales, y, por lo tanto, el procedimiento para llegar a una primera evaluación será el de medir la sobremortalidad masculina dentro del total de muertes naturales. Como era de esperar, la proporción de varones muertos aumenta a partir de 1936, pero de forma muy moderada. Esta, que fue en 1934 del 50,79 por 100, sube en 1935 al 50,89, y su suave crecimiento se mantiene hasta 1937, ya en plena guerra; en 1938 alcanza un máximo con la relación de 51,55 a 48,45, para descender hasta 1940, en que asciende de nuevo, para llegar a su nivel máximo en 1941, en el que los varones muertos son nada menos que el 53,87 por 100, porcentaje muy superior al de cualquier año anterior o posterior. La normalidad se restablece en 1943, aunque en los años 45 y 46 se produce un nuevo empeoramiento pasajero del que se sale definitivamente en 1947. Movimiento normal y paralelo al que sufre la mortalidad general.

Si después del 18 de julio de 1936 las defunciones de varones se hubieran mantenido al nivel de 1935, habrían muerto durante la guerra 20.124 hombres menos de los que efectivamente fallecieron, y esa cifra señala, por lo tanto, un máximo absoluto en las posibles



(Efe.)

Una bella y realista escena de película. Un grupo de legionarios saltan de su parapeto al asalto de una posición enemiga en el frente de Madrid.

bajas definitivas por enfermedad de los soldados de ambos bandos y de los prisioneros y encarcelados por unos y otros. Naturalmente, la cifra real debe ser muy inferior, porque no debemos olvidar que la sobremortalidad afectó en especial a niños menores de cinco años y que de ellos la fracción más importante fue la varonil. También creció notablemente el número de defunciones entre los ancianos, con desventaja para el sexo masculino, pues ya es sabido que cuando la enfermedad azota a un país, las mujeres, y muy especialmente las niñas, soportan su ataque mucho mejor que los varones y los niños. Todo ello nos lleva a opinar que la cifra aceptable debe oscilar alrededor de los 10.000, que aún se me antoja exagerada.

Siguiendo un análisis paralelo, en los años de la posguerra fueron 39.378 los varones que murieron por encima de los que se calculaban, y de ellos 27.760, el 70,41 por 100, murieron en el tétrico año 1941, confirmando de esta manera la enorme vulnerabilidad del sexo fuerte, pero dejándonos en la mayor incertidumbre en cuanto al número de los que perecieron en cárceles y campos de trabajo. Ahora bien, teniendo en cuenta que la población reclusa en 1941 la constituían 159.392 personas, de las que 155.851 eran varones, puede aceptarse que, en conjunto, aun suponiendo que la mortalidad entre éstos llegara a ser del 20 por 1.000, enormemente alta, no resulta verosímil aceptar una cifra superior a las 5.000 defunciones para los años de posguerra. En total, y siempre por exceso, podemos calcular que fueron alrededor de 15.000 los soldados y prisioneros fallecidos por enfermedad.

Muertes violentas ocasionadas por la guerra

Si aceptamos, como resulta evidente, que la sobremortalidad española durante los años de la guerra y su inmediata posguerra afectó a menos de 600.000 personas y que fueron 324.834 las que fallecieron de muerte natural por encima de lo esperado, el número de las que perdieron la vida violentamente a causa de la acción militar, de las represalias políticas o de la acción judicial no pudo llegar a las 300.000, siendo su cifra más probable alguna comprendida entre un mínimo de 250.000 y un máximo, inalcanzable, de 300.000. Todo ello moviéndonos en el terreno de la hipótesis, aunque bien apoyada ésta en la estadística y en el uso correcto de los valores que previsiblemente hubiera alcanzado la mortalidad española de haberse mantenido en los años siguientes la línea de tendencia exis-



(J. Guzmán. Madrid.)

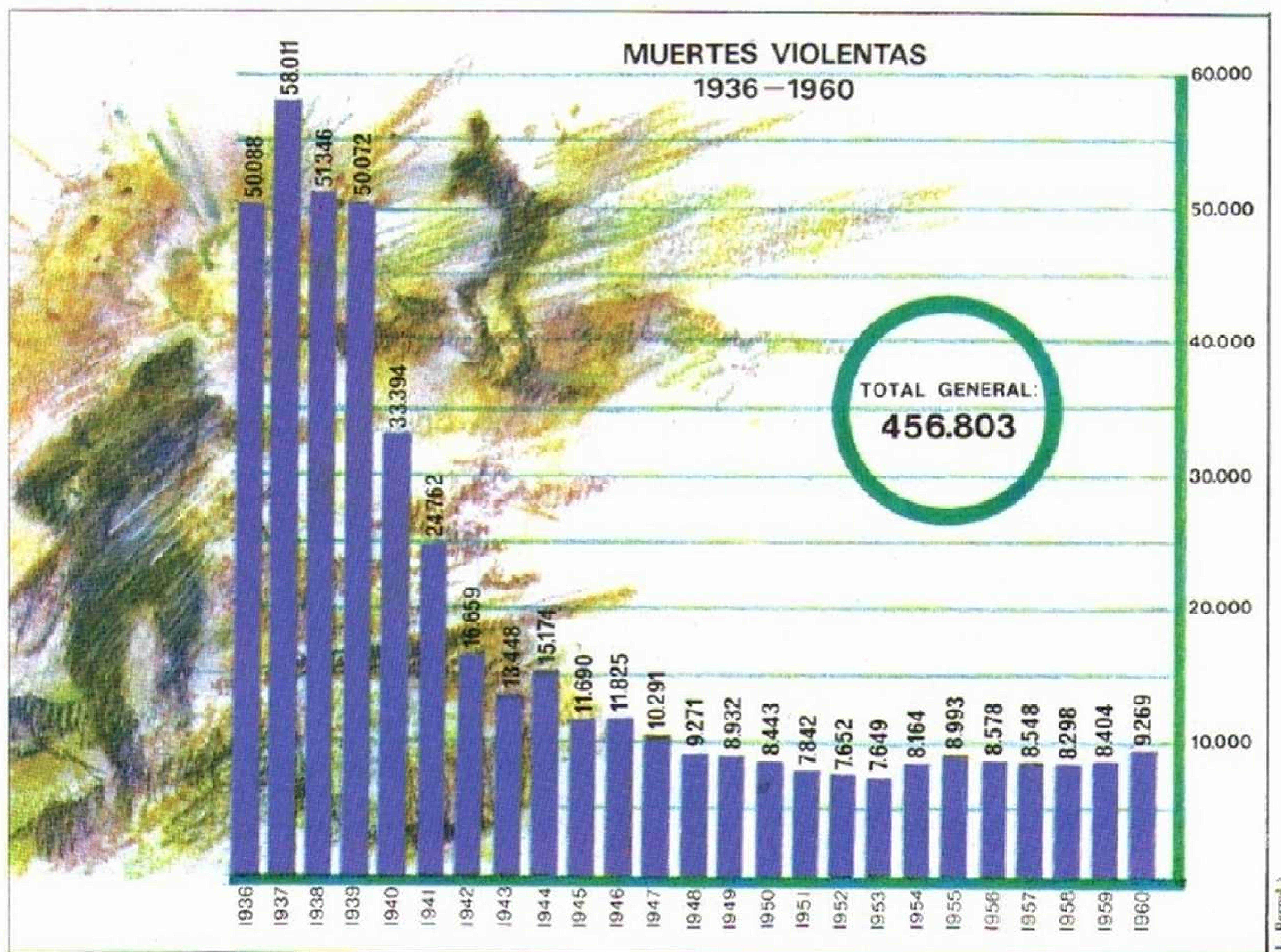
La artillería, a cuyo fuego asistían indiferentes los madrileños, se cobra varias víctimas en la capital asediada. Esta escena será cotidiana durante los tres años de guerra.

tente en 1935; pero esto, que es insustituible para calcular los efectos de la enfermedad, no resulta satisfactorio a la hora de cuantificar las bajas producidas por la acción bélica, con su acompañamiento de actividades represivas. La sobremortalidad es un concepto puramente científico, matemático y, como tal, susceptible de error, aunque, eso sí, dentro de límites muy concretos y determinados. Sin embargo, la mortalidad real es algo tangible, contable y libre de cualquier tipo de influencias extrañas a la realidad. Los muertos, los que cayeron en la lucha o abatidos en retaguardia, víctimas de la acción enemiga o de las mutuas y recíprocas represalias, de las persecuciones por motivos políticos o religiosos, o ejecutados en cumplimiento de sentencias dictadas tras una acción judicial sumaria, no vienen referidos a ninguna cifra aportada por el cálculo, sino que tienen una magnitud concreta y pueden y deben contarse.

Para establecer una contabilidad fiable, no se nos ofrece otro camino practicable que el de seguir la pista a todas las muertes violentas registradas durante la guerra y en los años posteriores, hasta que desaparezcan las causadas por ella; de esta forma tendremos la seguridad de haber detectado la totalidad de las debidas a la confrontación bélica.

Estas últimas se anularon casi en su totalidad en 1960, año en el que únicamente se contabilizaron cinco. Luego, y hasta 1975 inclusive, sólo aparecen cinco defunciones por heridas de guerra y nueve por intervención legal de la policía o la justicia. Basta, pues, estudiar las registradas entre 1936 y 1960, que fueron exactamente 456.803 violentas, y de ellas 178.820 inequívocamente achacables a la contienda —113.811 a heridas de guerra, 30.834 a ejecuciones en la población civil por los beligerantes y 34.175 a ejecuciones judiciales—. Las restantes 277.983, que en buena norma legal debieran corresponder a motivaciones extrabélicas, contienen todavía una buena porción de las que deben contabilizarse en el haber de la guerra.

¿Cuántas? Otra vez nos vemos obligados a regresar al incierto terreno de la hipótesis razonable. La línea que siguieron las muertes violentas durante la primera mitad de este siglo fue bastante equilibrada. Inicialmente eran muy elevadas en relación a la población, y superaron las 7.000 víctimas anuales todos los años hasta 1908, con la única excepción de 1903; cambia el signo en aquel año, y vuelve a ser ascendente a partir de 1925. En 1930 se rebasan de nuevo los 7.000 fallecimientos, y en 1934 los 8.000. Los promedios quinquenales superan las 7.000 defunciones anuales durante los diez primeros años del siglo y en el último anterior a la guerra. Las cifras suben de modo espectacular en



los años directamente afectados por la guerra, y se restablecen valores que pueden considerarse normales a partir de 1951, aunque con promedios claramente superiores a los de anteguerra. Estos superan las 8.000 defunciones en los años cincuenta, se acercan a las 9.000 en el primer quinquenio de los sesenta, rebasan las 11.000 en el segundo y remontan las 13.000 entre 1971 y 1975. El año 1973, con 14.141 muertes violentas, señala el máximo absoluto en esos tres cuartos de siglo. El progresivo incremento de este tipo de defunciones es consecuencia, principalmente, del aumento de población, de la creciente industrialización y del espectacular desarrollo del parque automóvil, causante de un número de víctimas que superó las 4.000 en 1969 y rebasó las 5.000 en 1973, cuando en la década de los cuarenta no llegó nunca a las 400.

Las causas originarias de estas muertes violentas han cambiado radicalmente a lo largo del siglo; a un ascenso vertiginoso de las motivadas por accidentes laborales y de tráfico corresponde una disminución muy apreciable en el número de homicidios, que se estabilizaron alrededor del medio centenar anual a partir de los años cincuenta, aunque desde los setenta han iniciado un nuevo y preocupante ascenso, y la desaparición total, y esperemos que definitiva, de las ocasionadas por el hambre.

Todas estas consideraciones nos permiten suponer que este tipo de óbitos se debió mantener entre 1936 y 1960 entre un mínimo de 7.149 —promedio del quinquenio 31-35— y un máximo de 7.714 —promedio del trienio 51-53—. De haber sucedido así, de esas 277.983 muertes de clasificación dudosa, entre un mínimo de 85.133 y un máximo de 99.258 deberían ser adjudicadas a la guerra, siendo su valor medio —92.195— el que probablemente se aproximara más al real, con un error máximo de 7.063 fallecimientos, que representan un 2,6 por 100 del total de 271.015 que arrojaría el cómputo final.

Este cálculo tiene el defecto de que en él adjudicamos a la contienda las muertes por hambre, que fueron 7.916, y la sobremortalidad (positiva o negativa) originada por otros motivos igualmente ajenos a la acción directa de las armas o del poder militar o político. Para eliminar este error debemos reducir nuestra atención al estudio de aquellas muertes que, como las producidas por homicidio, traumatismo por arma de fuego,

MUERTES VIOLENTAS REGISTRADAS HASTA 31-XII-1961 ACHACABLES A LA GUERRA CIVIL

INSCRIPCIONES / Años registrales	CAUSAS ESPECIFICAS				SOBREMORTALIDAD POR CAUSAS RELACIONADAS CON LA GUERRA							
	Heridas de guerra	Ejecuciones civiles	Ejecuciones judiciales	TOTAL Inscripciones típicas	Homicidios	Traumatismos: Arma de fuego	Traumatismos: Aplastamiento. Desmoronamiento	Otros accidentes	Muertes violentas desconocidas	TOTAL Sobremortalidad	TOTAL GENERAL
1936/38	71.073	16.113	11.459	98.645	22.964	1.761	2.292	4.647	5.804	37.468	136.113
1939/40	17.999	4.610	14.973	37.582	21.437	1.043	2.304	2.654	2.324	29.762	67.344
1941/50	22.458	10.111	7.668	40.237	6.026	854	—	12.657 (1)	—	19.537	59.774
1951/61	2.281	—	75	2.356	—	—	—	—	—	—	2.356
	113.811	30.834	34.175	178.820	50.427	3.658	4.596	19.958	8.128	86.767	265.587

PROBABILIDAD: *Muerte de guerra — 131.697*
Represalias republicanas — 73.881
Id. nacionales — 60.009

(1) Desde 1941 incluye las muertes violentas por causa desconocida.

(J. Bernal.)



(Arch. Urbón.)

Soldados nacionalistas de servicio en una avanzadilla del frente de Guadalajara componen el tipo para el fotógrafo. La realidad, por otra parte, no sería muy diferente.

aplastamiento o desmoronamiento, accidente, o las de naturaleza desconocida, sí pueden ser achacables a ella. Todas estas causas originaron una sobremortalidad que afectó a 86.767 individuos, que son los que habría que añadir a los 176.464 que fueron inscritos en las partidas específicas reservadas a la guerra, con lo que el total se sitúa en 265.587, incluyendo las 2.356 registradas en los años cincuenta, y a las que habría que añadir las 14 muertes inscritas entre 1961 y 1975.
¿Cuál sería el nuevo error que cometeríamos al actuar así? Unicamente el que se derive del alejamiento entre el número de estas muertes debidas a motivos ajenos a la guerra y el de las observadas en 1935, que no puede ser muy significativo. En este año se registraron 4.299, y en los siguientes, las variaciones serían muy pequeñas. Es casi seguro que los homicidios disminuyeron notablemente, pero, en compensación, los accidentes aumentarían en igual o mayor medida. En todo caso, la cifra resultante se situaría bastante por debajo de ésta.

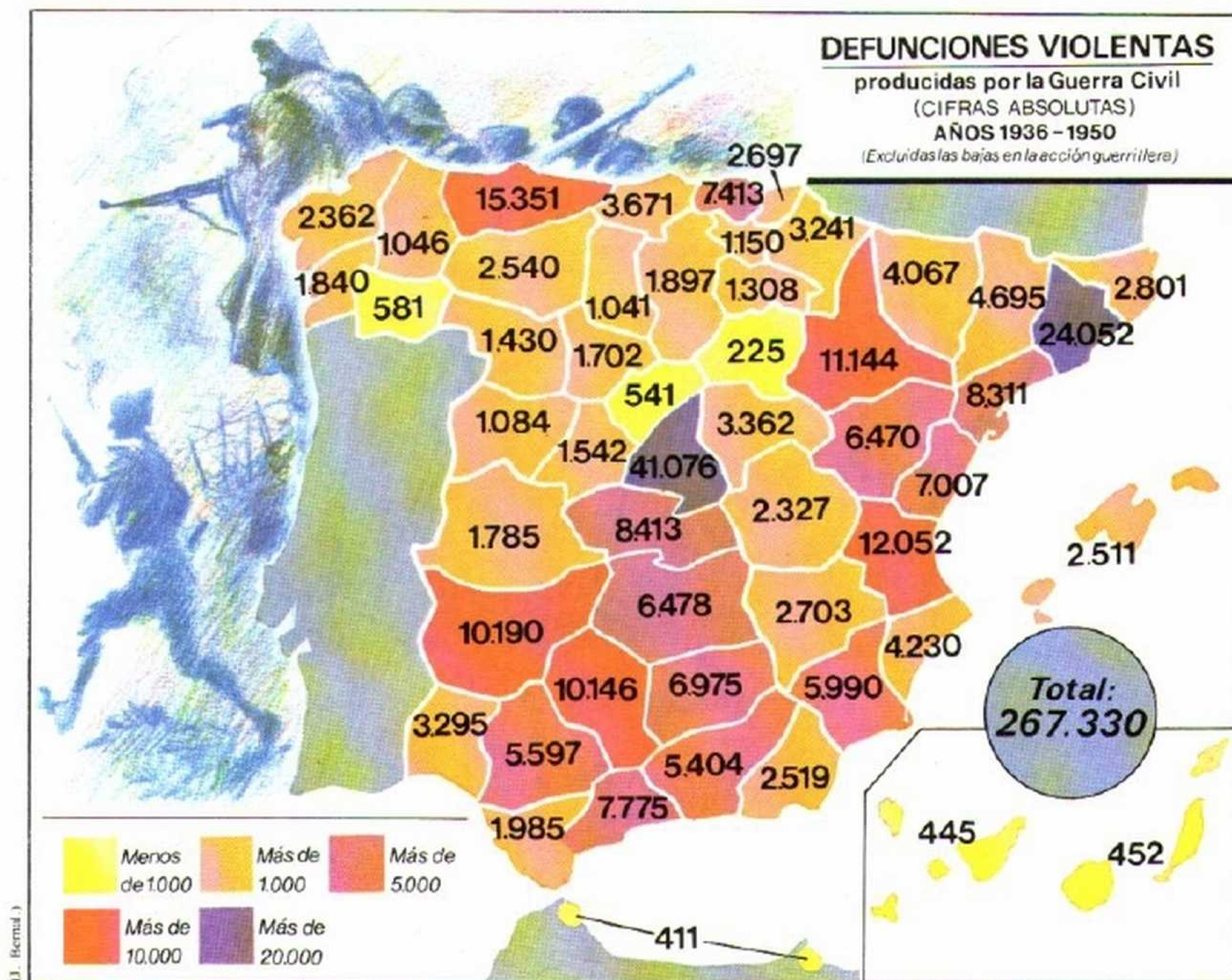
Repartición territorial

Al estudiar, según los criterios expuestos, lo que sucedió en las provincias para establecer la forma en que se repartieron territorialmente estas pérdidas, las cifras totales se elevan moderadamente como consecuencia de que, a partir del año 1941, los estados del movimiento natural de la población sólo facilitan el desglose provincial de las muertes violentas reduciendo a tres sus partidas: «Homicidios», «Accidentes de automóvil» y «Otras muertes violentas o accidentales», lo que obliga a establecer la comparación sobre los totales de muertes violentas, y reaparece como sobremortalidad causada directamente por la guerra la debida al hambre y a otras motivaciones igualmente ajenas a la acción militar o política.
Otra causa de posible error será la derivada de la diferente distribución geográfica de las muertes accidentales de un año para otro. Estas se mantienen a escala nacional dentro de unos límites bastante uniformes,

pero no ocurre lo mismo a nivel local. Todos los años se producen catástrofes marítimas, aéreas, ferroviarias o de automóviles; explosiones, incendios, inundaciones y otros desastres, que originan un número de víctimas sensiblemente idéntico en cada uno de ellos, pero que se reparten de forma muy desigual en lo territorial. Al tomar como testigo lo que sucedió en 1935, las conclusiones que saquemos serán válidas a nivel nacional, pero posiblemente equivocadas respecto al ámbito local. Este hecho, que tiene relativa importancia en las cifras que asignamos a cada provincia, carece de relevancia cuando nos refiramos al total general de defunciones, que de esta forma se eleva a 266.919, si nos limitamos a las inscripciones efectuadas antes del 1 de enero de 1951, y a 269.289 si incluimos todas las registradas hasta finales de 1975.

Es conveniente aclarar que las cifras provinciales no indican el número de muertes que en ellas se produjeron, sino el de las inscritas en sus registros civiles, que es algo distinto. Asimismo, el año en que se efectúa la inscripción no siempre corresponde a aquel en que se produjeron las defunciones. Un número muy importante de éstas se inscribieron con gran demora, que en ocasiones fue de años.

En la distribución de las muertes parece existir una estrecha relación entre la población provincial y el número de sus víctimas, pero esto, que es evidentemente cierto, no lo es hasta el extremo de que supongamos que todas ellas sufrieron por igual los estragos de la guerra. Si nos fijamos detenidamente, observaremos que Madrid, con menos número de habitantes que Barcelona, tuvo unas pérdidas que superaron en un 70 por 100 a las de ésta, y algo parecido sucede con Oviedo, que del quinto lugar por población, pasa al tercero en el de pérdidas. En general, las provincias que fueron escenario de las más duras acciones de guerra pagaron una contribución superior. En una escala de mortalidad relativa, los 13 primeros lugares de



la clasificación estarían ocupados por las provincias que fueron teatro de las batallas más importantes y prolongadas: Madrid, Teruel, Tarragona, Castellón, Zaragoza, Oviedo, Toledo, Huesca, Guadalajara, Vizcaya, Córdoba, Lérida y Badajoz. A continuación vendrían, intercalándose entre ellas, las que soportaron combates cruentos pero limitados en el tiempo, las provincias de la retaguardia gubernamental, y cerrarían la lista las de la retaguardia nacional.

En el mapa, este hecho se refleja en la aparición de dos anchas franjas que definen la zona en que fue mayor la densidad de pérdidas y que siguen fielmente el trazado de los frentes. Una de ellas, la más acentuada, se inicia en Málaga, atraviesa Córdoba y Badajoz, sigue por Toledo, Madrid y Guadalajara, y se ensancha por Aragón, Levante y Cataluña hasta la frontera francesa. Atraviesa todas las provincias con mayores índices de mortalidad, aunque con muy acusadas diferencias entre ellas, que subrayan la distinta intensidad con que se luchó en sus superficies respectivas. Se destacan netamente Madrid y el núcleo catalano-aragonés-levantino, y se rezaga Badajoz, lugar en el que la guerra no fue menos intensa que en sus flancos andaluz y manchego, pero donde la represión, pese a la leyenda, no fue tan cruel.

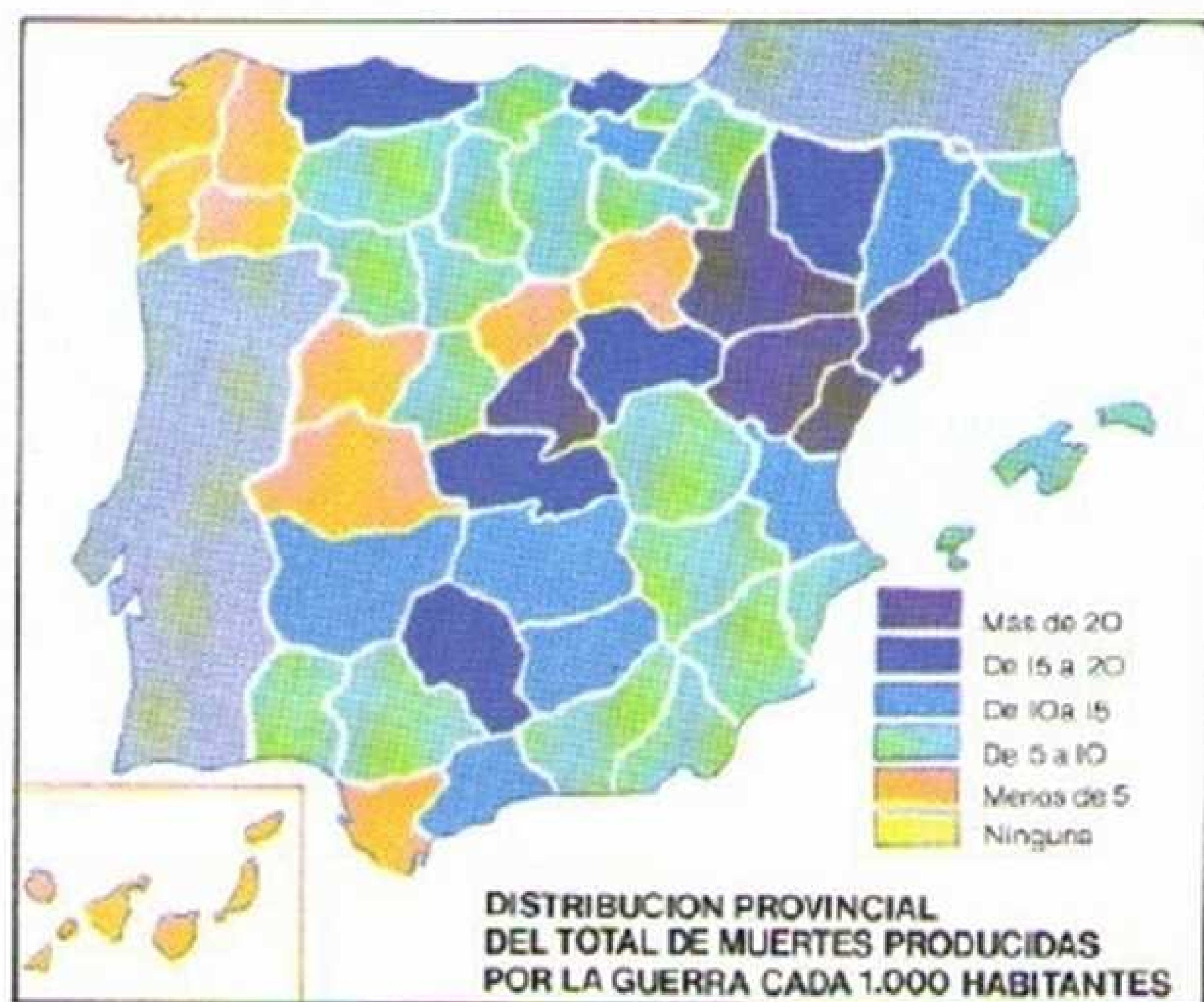
La otra franja ocupa la cornisa cantábrica, y también en ella se ponen de manifiesto los avatares de la lucha. Su intensidad es máxima en Asturias y Vizcaya, decrece en Santander y Alava, y es mínima en Guipúzcoa. La gran importancia relativa de esta zona viene dada por el hecho de que, a pesar de que la guerra duró menos de un año en su extremo oriental y poco más en el occidental, sus pérdidas fueron casi tan grandes, y en ocasiones mayores, que las de aquellas provincias en que se combatió durante los treinta y dos meses que duró la contienda.

Bajas de guerra

ESTABLECIDO el balance general del total de muertes violentas ocasionadas por la guerra civil, nos resta comprobar en qué forma se distribuyeron. Las causadas directamente por la acción militar, e inscritas durante los años 1936 a 1941, fueron, según mis cálculos, 136.913, cifra que incluye una fracción de las defunciones ocasionadas por la acción guerrillera, aunque la mayor parte de éstas se registraron con posterioridad.

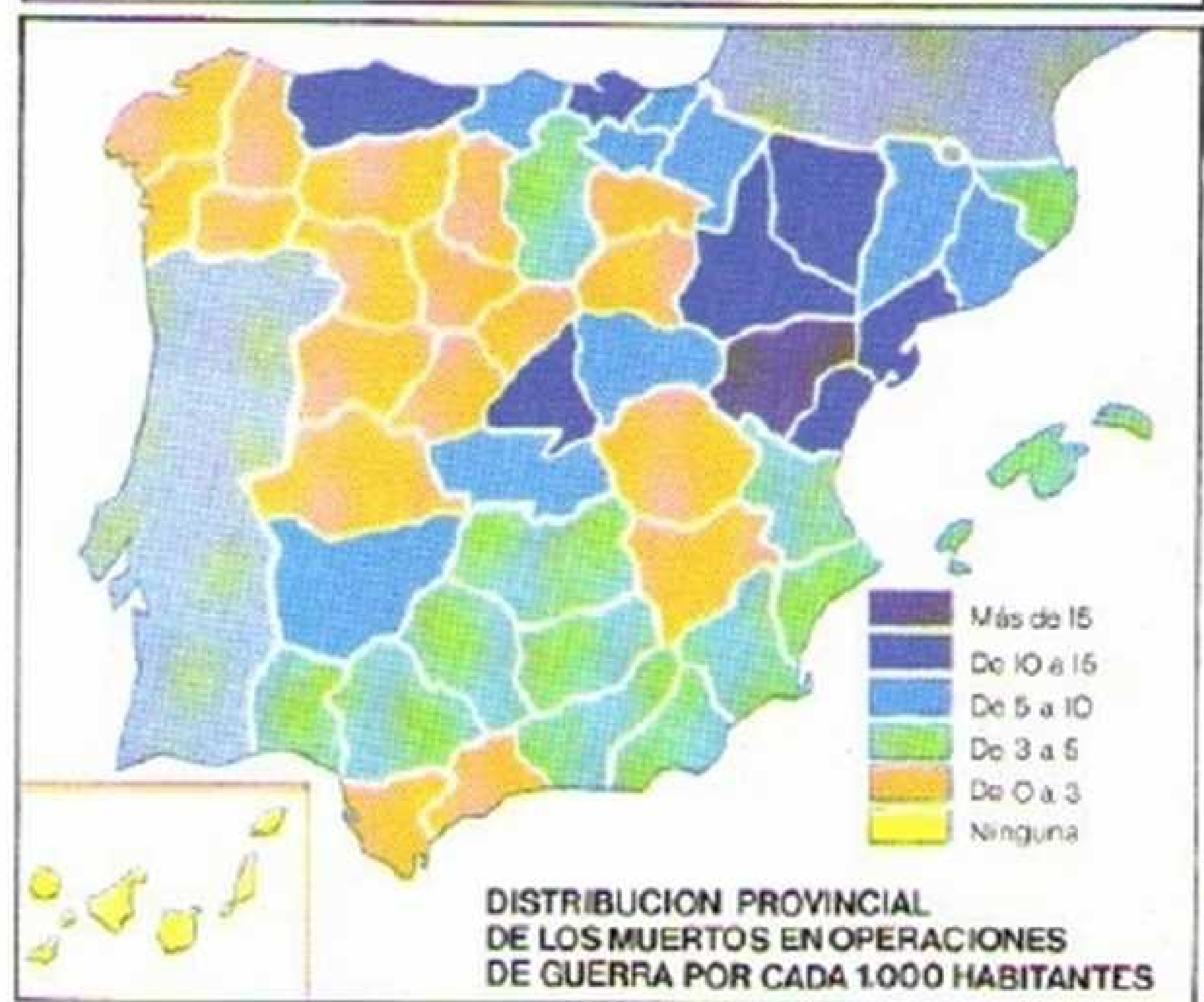
Su distribución provincial guarda gran paralelismo con la del total de muertes violentas, lo que no es de extrañar, pues constituyeron una parte mayoritaria de éstas.

En la clasificación de las provincias por el número relativo de muertos en acción en ellas inscrito en relación a su población, las franjas que aparecían en el mapa de muertes totales se acusan de forma mucho más nítida: Teruel arrebata a Madrid el primer puesto, Tarragona conserva el tercer lugar, Oviedo sobrepasa a Castellón, y Zaragoza y Vizcaya trepan sobre Toledo, Huesca y Guadalajara. Huesca se mantiene en los lugares de cabeza, y Toledo y Guadalajara ceden sus puestos de vanguardia a Lérida, Alava y Badajoz. Las provin-



DISTRIBUCION PROVINCIAL DEL TOTAL DE MUERTES PRODUCIDAS POR LA GUERRA CADA 1.000 HABITANTES

(J. Bernal.)



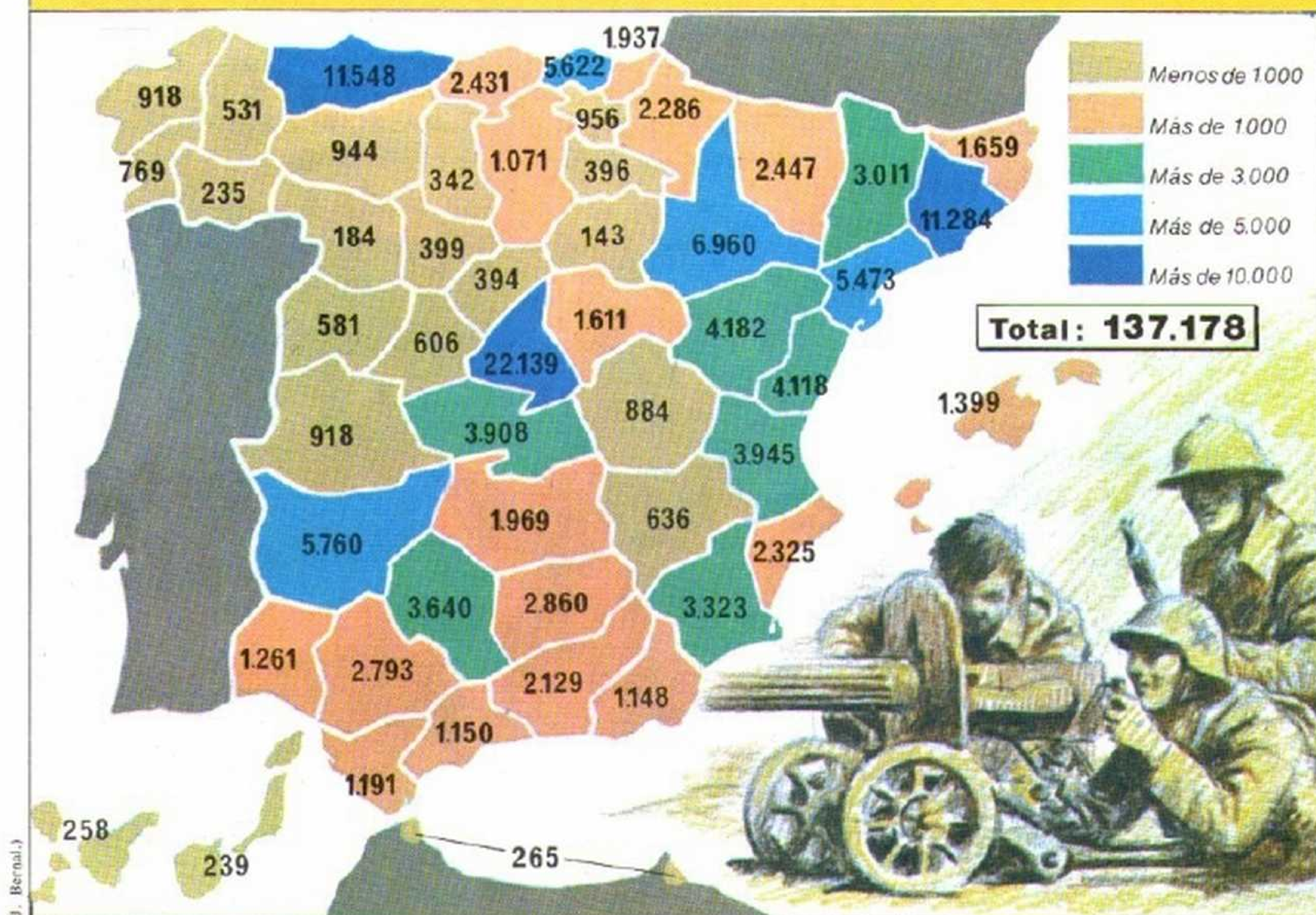
DISTRIBUCION PROVINCIAL DE LOS MUERTOS EN OPERACIONES DE GUERRA POR CADA 1.000 HABITANTES

(J. Bernal.)

cias se ordenan con precisión absoluta según la dureza de las batallas que en ellas se libraron. El frente oriental subraya su carácter primordial, y el del norte revela la importancia real de la lucha que allí se libró.

Los frentes se dibujan con exactitud, y, a sus costados, los índices decrecen a medida que nos alejamos de aquellos. Navarra sirve de engarce a las dos zonas en que se libró y decidió la guerra.

A esta cifra de muertes hay que sumar las 2.641 que causó la acción guerrillera, pues los 993 civiles y las 75 ejecuciones habrá que cargarlos en el capítulo de la



represión, llegándose al total de 139.554 españoles muertos en combate o víctimas de bombardeos aéreos y artilleros [6]. A ellos habrá que añadir los extranjeros que ofrendaron su vida en las filas contendientes.

Este hecho se pone una vez más de manifiesto al estudiar las bajas foráneas en ambos bandos. Las de las Brigadas Internacionales han sido calculadas en cifras que oscilan entre 5.000 y 15.000, pero desde hace años se imponen las estudiadas por Andreu Castells en *Las Brigadas Internacionales de la guerra de España*. Este cifra los muertos extranjeros de las brigadas en 9.934, a los que añade 7.686 desaparecidos, prisioneros y desertores, aventurando que un 53 por 100 de ellos escaparon con vida. Si acertara en su pronóstico, un 47 por 100 de los 7.686, es decir, 3.612, la habrían perdido, con lo que el total de internacionales muertos llegaría a 13.546.

Los muertos soviéticos fueron 157, según el cómputo de David Petrovich Pritsker, pero contabiliza únicamente a los combatientes encuadrados en unidades soviéticas, pilotos y carristas, dejando a un lado a los que perdieron la vida en la mar en la silenciosa batalla por los abastecimientos y las comunicaciones, en accidentes o ejerciendo misiones de asesoramiento y combate en unidades españolas. Habida cuenta del volumen normal de las unidades aéreas y terrestres soviéticas en España y de los buques hundidos en su navegar hacia la Península o en puertos españoles, no es aventurado afirmar que la cifra real dobla, cuando menos, a la aportada por el historiador ruso en su obra *Solidarnos narodov Sispanskoi Republicoi*.

Del lado nacional, el Cuerpo de Tropas Voluntarias Italianas dejó en suelo español a 4.232 de sus hombres, de los que 3.785 yacen en Zaragoza, 175 en El Escudo y los 275 restantes fueron los pilotos que perdió la aviación legionaria.

Las bajas alemanas fueron 271, de las que 174 se produjeron en acción de guerra y 97 en accidente, cifras sensiblemente iguales a las soviéticas, como exigía la paridad de sus aportaciones.

Aparte alemanes e italianos, el número de extranjeros

[6] A esta cifra habría que sumar las 2.281 muertes que se inscribieron a partir de 1951. Serían 360 a descontar, pero su cuantía resulta irrelevante.

en las filas de Franco fue muy reducido, y el total de sus muertos no debió de rebasar los dos centenares. Los muertos marroquíes son difíciles de establecer, pues falta cualquier estudio sobre el tema. Las unidades indígenas que lucharon en la Península fueron 50 tabores de Regulares, 10 de mehala, dos batallones de Tiradores de Ifni y uno de zapadores, y dispusieron de una compañía indígena cada uno de los batallones que destacaron a España los seis de cazadores. En conjunto, una cifra máxima de 34.759 combatientes en el momento de su mayor expansión, y un total absoluto de 62.271. No conocemos las bajas que sufrieron, que serían muy cuantiosas en muchas de esas unidades y moderadas en otras, pues no todas combatieron durante el mismo tiempo ni con idéntica intensidad. La mehala hizo públicas sus pérdidas, que ascendieron a 7.228 bajas, de las que 1.633 fueron mortales, y de éstas, 1.531 de marroquíes. Si las bajas totales de las unidades moras se hubieran mantenido en idéntica proporción, éstas hubieran sido de 35.000 heridos y 7.900 muertos, de los que 7.404 serían marroquíes. Teniendo en cuenta que la mehala mantuvo todos sus tabores en vanguardia y que bastantes de los de regulares permanecieron en frentes estabilizados, estimamos que ésta es una cifra excesiva, pero bastante aproximada.

Totalizamos de esta forma 13.706 muertos extranjeros en las filas gubernamentales y 12.107 en las nacionalistas, llegando así a un cómputo final de 165.367 muertes, que tal vez pudieran ser algunos millares más o menos, según hayamos aceptado cálculos exagerados o cortos. En nuestro deseo de pecar mejor por exceso que por defecto, redondeamos las cifras, situándolas en un total máximo de 169.000 aun a sabiendas de que en esa cifra, además de las víctimas de la acción guerrillera, figurará buena parte de los caídos de la División Azul.


(Centelles. Barcelona.)

Soldados de la columna Villalba se retratan junto a una pieza capturada a los «sediciosos» en Estrecho de Quinto.

DON

Jefe de

CERTIFICO: Que D. Bernardo Pascual Vidal

constándome en todo momento que su actuación fue leal.

Que el causante percibía un sueldo mensual de

Y para que surta sus efectos en el expediente de pensión de su

expido la presente certificación en

(Col. C. S. de Tejada.)

Certificación de haberes de un caído republicano. Un justificante imprescindible en la petición de pensiones.

Otras víctimas

De esos 169.000 cadáveres, una parte importante, que podemos cifrar del orden del 10 por 100, fueron civiles que cayeron víctimas de la acción militar. Este 10 por 100 no es una estimación caprichosa. El estudio pormenorizado de lo sucedido en diferentes localidades y provincias me permite asegurar que las pérdidas de civiles oscilaron siempre alrededor de ese porcentaje, que se comprueba, además, al estudiar la mortalidad femenina ocasionada por la guerra civil, y que afectó a 8.304 mujeres, que fueron las que cayeron

víctimas de accidentes y traumatismos o heridas de guerra. Si aceptáramos que este tipo de bajas se distribuyen equitativamente entre ambos sexos, el cómputo final nos llevaría a la cifra de 16.608 muertos, pero los hechos demuestran que la proporción se vence siempre, de modo acusado, del lado masculino, tal vez porque es mayor la proporción de hombres que obligadamente deben mantenerse a descubierto durante la



En este caso la ciudad bombardeada es Lérida, y la fecha, el 2 de noviembre de 1937. Lérida, cuartel general del ejército del Este, y más tarde ciudad en primera línea, sufrió en su carne los efectos de la guerra.

acción enemiga, y esto nos llevaría a un número superior a las 20.000 víctimas; pero, aun así, no parece que pasaran de las 16.000 que hemos estimado.

Las víctimas de la acción aérea fueron del orden de las 7.000, pasando de 8.000 las que cayeron por acción de la artillería e incluso de las propias armas de la infantería. La zona gubernamental, con casi 5.800 muertes femeninas del total de 8.304, se llevó la peor parte, con casi el 70 por 100 del total de muertes, lo que supone que tuvo del orden de las 11.000, frente a 5.000 de los nacionales.

En la distribución provincial se confirman, una vez más, los sufrimientos que padecieron las poblaciones inmediatas a la línea de fuego. Asturias se sitúa en cabeza de esta tabla, con nada menos que 1.668 mujeres muertas en la acción militar, de las que 685 fueron inscritas en 1936 y 678 en 1937. Como este tipo de inscripciones muy rara vez se demoran, las pérdidas se repartirían muy equitativamente entre ambas zonas, pues si las del primer año corresponderán casi íntegramente a la población ovetense, sometida a un duro asedio y a cotidianos bombardeos artilleros y aéreos, durante el segundo serían Gijón y las demás localidades en poder del Consejo de Asturias las que sufrirían en su carne los duros ataques aéreos que preludiaron el derrumbamiento definitivo del frente norte. En Asturias debieron de acercarse a 4.000 los muertos civiles a causa de las operaciones.

A continuación de la provincia ovetense se encuentra Madrid, que, con 1.442 defunciones femeninas, debió sobrepasar las 3.000 totales, mayoritariamente ocasionadas por el cañoneo al que la ciudad estuvo casi constantemente sometida, y al que la población llegó a perder el respeto. El tercer lugar lo ocupa Barcelona, con 1.160 mujeres muertas, la mayoría de las cuales fueron víctimas de los bombardeos de la primavera de 1938, lo que parece indicar que estas acciones originaron del orden de las 2.500 muertes.

Vizcaya ocupa el cuarto lugar, pero ya a respetable distancia. Allí las muertes femeninas fueron 401, lo que debe corresponder al millar de muertes, en las que estarían incluidas no sólo las ocasionadas por los bombardeos aéreos de Bilbao, Durango y Guernica, sino las causadas por la acción artillera, que afectó a multitud de aldeas y villas próximas a los frentes. Según mis cálculos, los bombardeos debieron causar entre la población del orden de los 470 a 500 muertos. Ya más rezagadas aparecen Badajoz y Valencia, con más de 300 mujeres muertas, y Tarragona, Lérida, Jaén y Toledo, que pasan de las 200. De ellas, en Valencia y Jaén predominaron las víctimas de bombardeo aéreo, y en las restantes fue la acción terrestre la causante de la mayoría de las víctimas. Incluso en Jaén, que sufrió un tremendo bombardeo como represalia al que los gubernamentales lanzaron sobre Cabra, sólo en el santuario de la Cabeza murieron más de 40 mujeres del lado de los defensores, y no serían escasas las víctimas de las acciones a lo largo del frente de Lopera, Porcuna y Alcalá la Real.

Pasaron del centenar de muertes Gerona, Zaragoza, Sevilla, Murcia y Alicante. En todos estos casos fue la acción aérea la causante de la casi totalidad de las pérdidas, salvo, tal vez, en Zaragoza, donde la responsabilidad se la reparten el cerco de Belchite y los ataques aéreos a la capital.

Todas las restantes provincias sufren pérdidas inferiores a las 100 muertes femeninas; pasan de 75 Cuenca y Ciudad Real, de 50 Cáceres, Granada, Guadalajara y Castellón, y de 40 Almería, Burgos y Navarra, y así sucesivamente hasta ese total de 8.304 mujeres muertas que nos ha llevado a una estimación de las pérdidas civiles, situándolas entre un mínimo de 16.000 y un máximo de 20.000.

El balance final estimado se sitúa en 165.367 muertes en campaña, que, redondeadas a 169.000, se reparten en 125.000 combatientes españoles, 26.000 extranjeros y 18.000 civiles.

Estas cifras no tienen la pretensión de ser exactas, pero sí la de estar dentro de órdenes de magnitud correctos, y siempre pecando por exceso, con un error máximo del 5 por 100.

Al cómputo sólo le falta para ser completo añadir los que dejaron la piel en los campos de batalla de la segunda guerra mundial o en los campos de concentra-



(Centelles, Barcelona.)

Otra vista de los resultados del mismo bombardeo de Lérida, y que hubiera podido tomarse en no importa qué otra ciudad española. Agustín Centelles, uno de los mejores fotógrafos republicanos, hizo esta foto.

ción de la Alemania nazi. Carezco de información directamente recogida sobre estos extremos, y por ello me fío en los autores que en estos puntos ofrecen mayor garantía. Las bajas de la División Azul las cifra el general Esteban Infantes, que las mandó, en 3.934 muertos, 326 desaparecidos y 484 prisioneros, de los que 118 fallecieron en el cautiverio. En esta contabilidad, altamente fiable, es casi seguro que no figuran las pérdidas de la legión española que sucedió a la División Azul en noviembre de 1943, y que tenía unos efectivos de 2.133 hombres, ni las de las dos compañías clandestinas que, reclutadas directamente por los alemanes, combatieron hasta el final en Berlín, donde perecieron casi la totalidad de los 200 hombres que las componían. Los datos de Proctor y Vadillo coinciden casi exactamente con los del general, y José María Gárate, en *La guerra de las dos Españas*, eleva las pérdidas, redondeando la cifra, a 4.500.

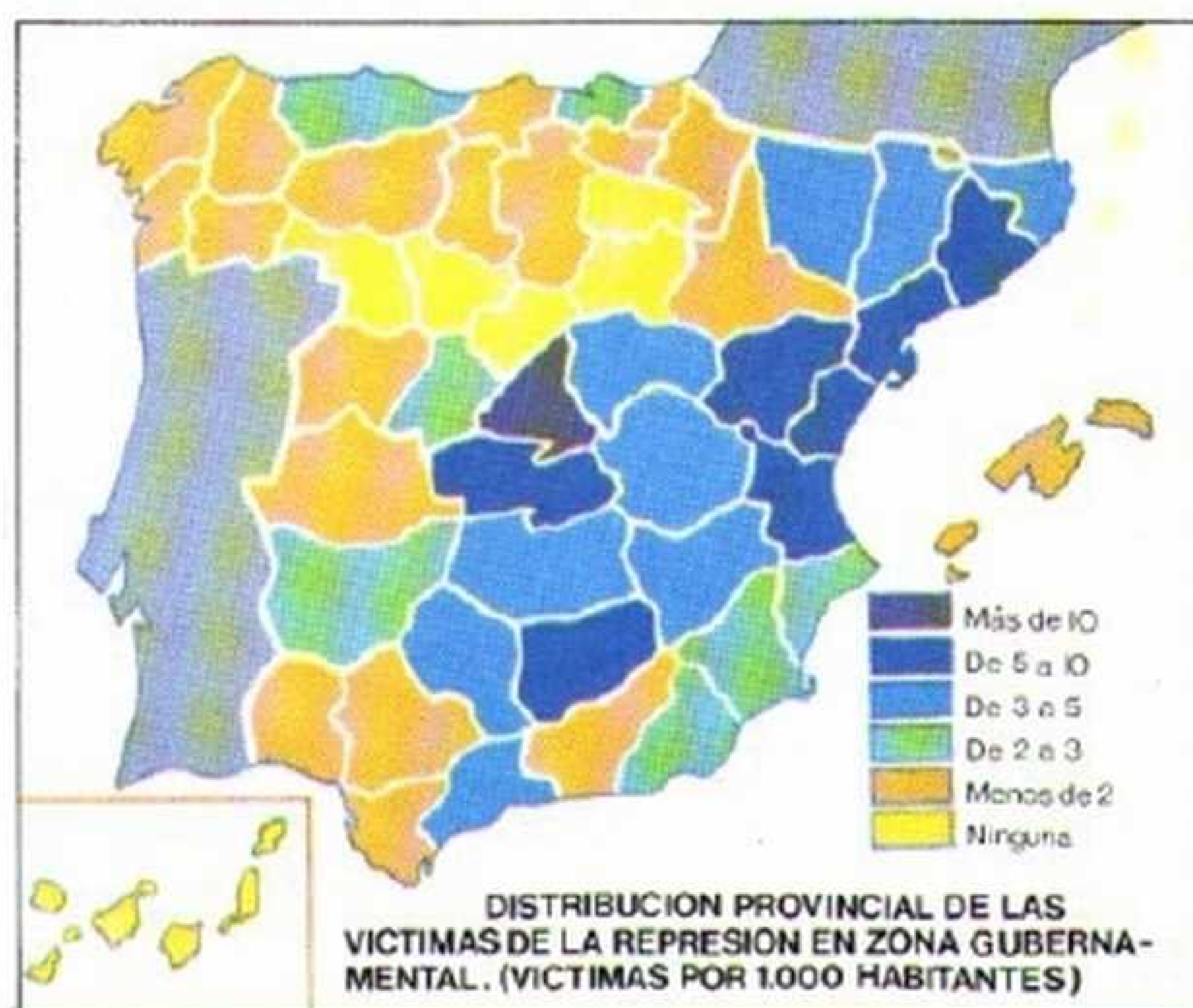
Javier Rubio, autor de la máxima garantía, dice en *La emigración de la guerra civil de 1936-39* que fueron 5.015 los españoles muertos en los campos de exterminio de Alemania, y es seguro que no llegaron a 1.500 los que murieron luchando en las filas de los ejércitos aliados o en el maquis francés. En conjunto fueron unos 11.000 los españoles que murieron en suelo europeo fuera de su patria, lo que, sumado a los 169.000 que hemos aceptado como cifra máxima para el conjunto de españoles y extranjeros que murieron víctimas de la acción militar en España, sitúa el balance final entre 175.000 y 180.000.

Persecuciones y represalias

Una vez establecido el volumen de las pérdidas causadas por la acción militar, entramos en el terreno más polémico, controvertido y desagradable. Resulta muy difícil todavía tratar este tema sin apasionamiento. Al hablar de él, no es fácil que españoles de mi generación nos veamos libres de la influencia que en nuestra carne y en nuestro espíritu dejaron heridas, tal vez mal cicatrizadas, que nos han marcado de forma indeleble. Los extranjeros, según sus preferencias, dirigen su mirada al espacio que desean iluminar, y dejan en penumbra, o en total oscuridad, lo que han decidido deliberadamente que quedara fuera de su punto de observación.

La única forma sensata de no caer en la tentación de dar una visión de los hechos acomodada a nuestras particularidades preferencias, es la de dejar éstos reducidos a su esqueleto, desposeyéndolos de todo ropaje adjetivo; de esta forma, sin el menor juicio de valor, evaluaremos lo que fue y significó el terror, la coacción moral y física o la violencia desatada.

En sendos cuadros recogemos todas las defunciones registradas hasta 1950 como ejecuciones, homicidios y muertes violentas de causa desconocida, con deducción, en estos dos últimos casos, del número de las que pudiéramos considerar como habituales si la cifra de éstas se hubiera mantenido idéntica a la de 1935. Los vencidos, los hombres del frente popular, redujeron forzosamente sus operaciones de acoso y hostigamiento de la población que les era hostil, a la fracción que habitaba en la parte del territorio que dominaron de forma más o menos durable; sus oponentes, por el contrario, pudieron extender sus represalias a la totalidad del país, y sólo escaparon a sus iras aquellos de sus enemigos que eligieron el camino del exilio. Ello explica suficientemente el que fueran varias las provincias a cubierto de la vesania revolucionaria y ninguna las libres del furor o ansia del desquite de los vencedores.



DISTRIBUCION PROVINCIAL DE LAS VICTIMAS DE LA REPRESION EN ZONA GUBERNAMENTAL. (VICTIMAS POR 1.000 HABITANTES)

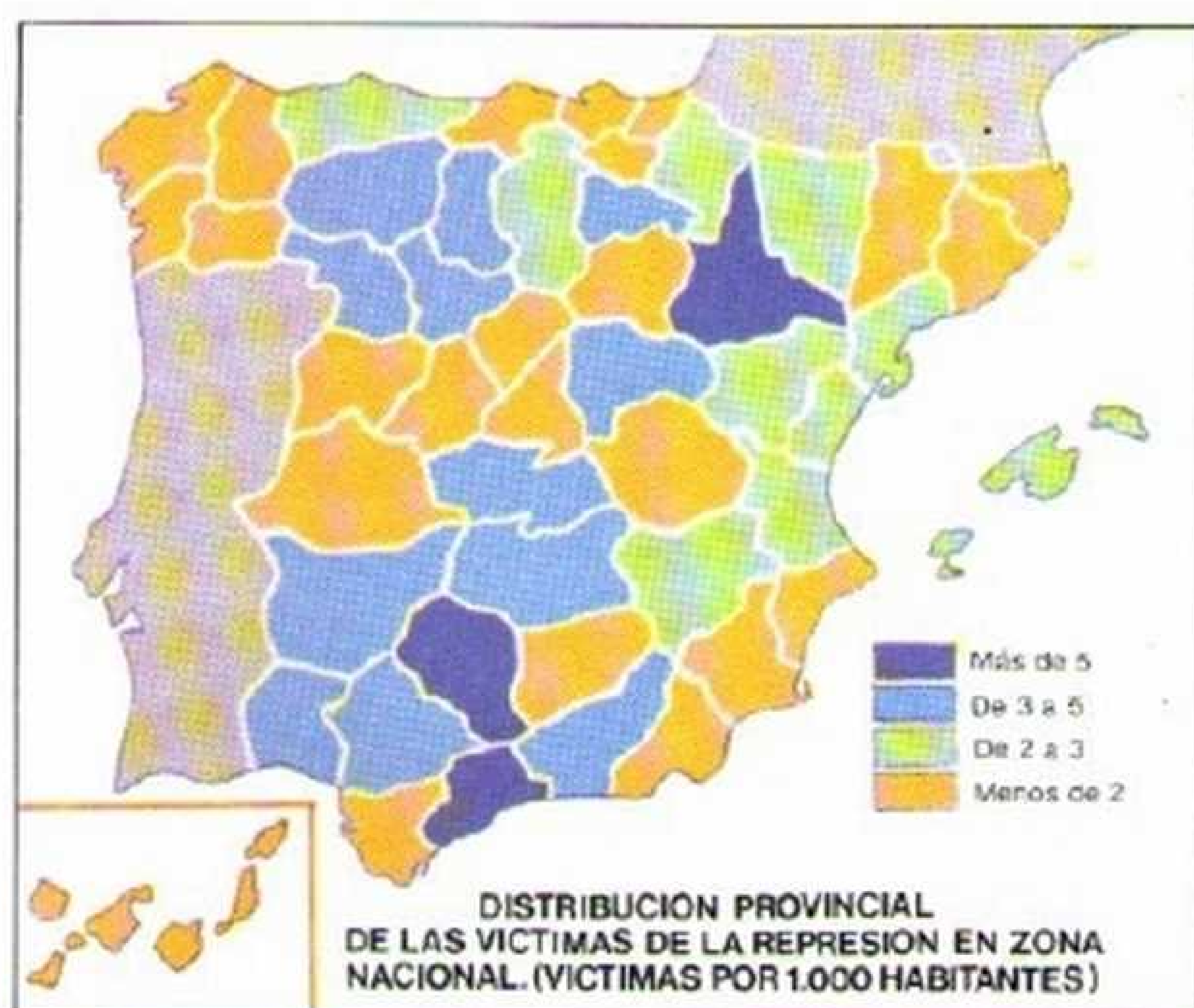
(J. Bernal.)

La extensión del mal fue inundatoria, y su volumen, estremecedor, aunque muy inferior al que habitualmente se maneja con una contumacia rayana en la necedad. Los cuadros en los que desglosamos por separado las víctimas de uno y otro bando son un reflejo de lo que sucedió en España. Madrid se destaca, ocupando, una vez más, un primer puesto, que sólo le fue arrebatado, en el índice ponderado de los caídos en operaciones, por Teruel, que también en esta ocasión figuró a su costado con un segundo puesto, que indica bien a las claras lo terrible que fue la guerra en las frías y dramáticas tierras turolenses.

La guerra incide en las conductas, obnubilando las mentes por el miedo; «en el grupo amenazado, en la ciudad sitiada, en la confusión del pavor, dondequiera que se dé, y sea fundado o no, atemoriza el que está atemorizado, persigue el que se cree perseguido, mata el que teme morir». Este exacto diagnóstico de Jesús Pabón cuadra perfectamente tanto a Madrid como a Teruel, provincias ambas en las que el clima

descrito como desencadenante de la dialéctica del terror se adueñó muy pronto del ambiente. El temor a lo que hicieran los demás, la obsesión de que necesariamente se comportarían de esta u otra manera, hace que «todos comiencen a darse muerte unos a otros». El caso de Madrid es particularmente ejemplar. Al miedo de los primeros días sucedió la ola de terror que se inició antes del asalto al cuartel de la Montaña. Al desasosiego que produjo la marcha fulminante de las tropas africanas por Extremadura respondieron las matanzas de agosto; a la caída de Talavera y Maqueda, la oleada de septiembre; a la pérdida de Illescas y Navalcarnero, las de octubre, y a la llegada de las columnas de Varela a los arrabales de Madrid, las terribles represalias de noviembre. El aumento es continuo, y las muertes, que se cuentan por centenares en julio, superan ampliamente el millar en agosto, alcanzan los dos millares en septiembre, se aproximan a los tres millares en octubre y es muy fácil que sobrepasaran los siete en noviembre. El total de los asesinatos en la capital de la nación osciló entre un mínimo de 16.449, que es el que aceptamos, y un máximo superior a los 18.000, lo que supone 1.189 personas por cada 100.000 habitantes, cifra total y porcentaje muy superiores a los alcanzados por cualquiera otra provincia de no importa qué zona.

El promedio de muertes causadas por los nacionales fue de 245; y el del frente popular, de 307, que se eleva a 523 si limitamos la referencia al territorio sobre el que ejercieron jurisdicción. Los asesinatos de Madrid suponen, por tanto, una intensidad en la acción represiva superior al doble del promedio de la zona gubernamental, ya de por sí muy elevado, y ponen de manifiesto la extensión y alcance de la persecución. Hugh Thomas cree que esta sistemática, metódica y estudiada eliminación de la oposición se debió a las «imprudentes palabras que constituyeron la justificación de innumerables asesinatos en la capital», refiriéndose a la frase del general Mola de que contaba con una quinta columna para ocuparla, pero la realidad es que se trató de una operación de exterminio sin precedentes ni consecuentes en la guerra española. Koltsov, en su *Diario de la guerra de España,* ya apunta las razones que llevaron a esta decisión comunista, que no llegó hasta sus últimas consecuencias gracias a la valiente intervención de Melchor Rodríguez, que con grave riesgo de su vida impidió su consumación. Ocupaba Melchor Rodríguez, desde el día 9 de noviembre, el puesto de inspector general de Prisiones y, alarmado por lo que ocurría en Madrid, lo puso en conocimiento de Juan Antonio Carnero, que tenía a su cargo la Dirección General, y de García Oliver, que era ministro de Justicia. Melchor Rodríguez se dirigió a Madrid para intentar poner fin a la matanza, pero en Madrid no le permitieron actuar, pues consideraban que era un territorio exento en el que no había otra



DISTRIBUCION PROVINCIAL DE LAS VICTIMAS DE LA REPRESION EN ZONA NACIONAL. (VICTIMAS POR 1.000 HABITANTES)

autoridad que la de la Junta de Defensa. Melchor Rodríguez regresó a Valencia y consiguió ser nombrado delegado especial de la Dirección General de Prisiones para el territorio de Madrid, y ya con este nombramiento, que recibió el día 1 de diciembre, pudo impedir el previsto asesinato de los presos de Alcalá de Henares, aunque no el que las cárceles de Guadalajara se vaciaran cinco días después [7].

En todas partes, los adversarios políticos, enemigos en potencia, fueron eliminados sin piedad, y las operaciones de limpieza se intensificaban cuando las tropas enemigas se iban acercando. Los ejecutores, en general, fueron los miembros de las fuerzas parapoliciales organizadas por partidos y sindicales con el nombre de Milicias de Retaguardia o Patrullas de Vigilancia o Control, fuerzas que fueron reconocidas como oficiales en octubre del 36, tal vez con ánimo de someterlas a control, y más tarde integradas en la policía oficial como «premio a sus méritos» [8].

[7] Eran los días en que García Oliver intentaba poner en práctica un nuevo concepto de la justicia partiendo de la liquidación del Registro de Antecedentes Penales, aunque esta medida, que todos le adjudican, no fue tomada por él, sino por su predecesor, el señor Ruiz Funes, por decreto del 2 de noviembre, anterior en tres fechas a la toma de posesión del dirigente anarquista, que no hizo otra cosa que poner en práctica esa medida, a la vez que dejaba en suspenso el derecho de los ciudadanos a recurrir contra los actos administrativos o judiciales posteriores al 17 de febrero de 1936, fecha de posesión del gobierno Azaña del triunfante Frente Popular.

[8] A las partidas responsables de la limpieza en nombre de partidos y sindicales, sustituyeron, «con carácter transitorio», las milicias de vigilancia de retaguardia, que no eran otra cosa que aquellas legalizadas por decreto del 16 de octubre *(G. M.* del 19 de octubre), en el que se decía: «Con el deseo de colaborar en la labor de retaguardia, uno de cuyos principales problemas es el de descubrir a las personas desafectas al régimen, han surgido en Madrid y provincias grupos de leales ciudadanos que, llenos de entusiasmo, colaboran al indicado fin.» Estas milicias fueron disueltas en Madrid a mediados de diciembre, y en toda España poco después, al crearse el nuevo Cuerpo de Seguridad, en el que se integraron.

Los hechos parecen desmentir el que la responsabilidad cayera preferentemente, como se ha dicho, del lado de los libertarios. El cuadro demuestra que las zonas en que predominaron no fueron aquellas en que los excesos fueron mayores. En Madrid, que aporta el 22,71 por 100 de todos los asesinatos cometidos en zona republicana, la influencia anarquista fue la que moderó la violencia marxista. Sin la presencia de Melchor Rodríguez, las matanzas hubieran alcanzado niveles insospechados.

Las dos Españas

Si éste fue el panorama que presentó la zona gobernada sucesivamente por Giral, Largo Caballero y Negrín, las cosas no fueron demasiado distintas en la que dirigieron Cabanellas y Franco. En la zona nacional fue, según frase certera de Jesús Pabón, el maniqueísmo, «que se cree obligado o autorizado a la radical extirpación del mal encarnado», el causante de una represión que aspiraba a cortar de raíz las «malas hierbas» que amenazaban asfixiar a España. Los dirigentes radicalizados de la derecha española no habían leído, al parecer, el evangelio del hombre a quien sus enemigos echaron cizaña en sus tierras, y que al proponerle su criado que la arrancase, contestó: «¡No! No sea que al recoger la cizaña, arranquéis con ella el trigo.»

A pesar de todo, las vastas operaciones de «limpieza» llevadas a cabo en la retaguardia nacional no alcanzaron la intensidad de las realizadas por sus adversarios. Su actividad represiva, más selectiva, se quedó en cifras inferiores, salvo en Andalucía —donde se quebró esta norma y aparecieron fenómenos de persecución indiscriminada, del estilo de los que se originaron al otro lado de las barricadas, a los que, en esta región, ganaron en magnitud— y en aquellas regiones donde su presencia fue mayor en el tiempo y en el espacio.

Esto es algo que chocará a quienes han bebido en las fuentes de Jackson, Tamames, Vidarte, Cabanellas, etcétera, los cuales afirman que lo que en zona nacional supuso la ejecución de un plan perfectamente programado, en la otra fue explosión espontánea e incontrolada de furor popular. Los cuadros y mapas no permiten en modo alguno esa interpretación de los hechos. La extensión y homogeneidad del furor revolucionario fue algo absolutamente incompatible con la espontaneidad. La geografía del terror frentepopulista no puede ser más racional. Todas las provincias presentan índices muy homogéneos, acusándose, eso sí, la diferente tensión a que estuvieron sometidas. El lejano sudeste presenta las tasas más bajas, por ser la región más alejada de la presión enemiga. Estas suben a medida que aumenta el acoso enemigo, y llegan a cimas insospechadas en el Madrid semisitiado, donde el miedo impide cualquier limitación a las prácticas represivas y el paroxismo alcanza cotas muy altas; en tono menor, sucede lo mismo en la amplia zona catalano-aragonesa que por el Maestrazgo se extiende hacia Levante.

En zona nacional, las cosas sucedieron de forma similar, pero menos uniforme, aunque el mando militar controlaba absolutamente la situación y no se toleraban actividades por libre. En esta zona, donde la autoridad militar fue cruel, la extensión de la represión resulta mayor; donde tendió a la benignidad, disminuyó notablemente. La geografía de la represión es mucho menos homogénea, lo que delata un menor dirigismo. Contra lo que podía preverse, en el anárquico y cantonal régimen republicano las consignas de comités, partidos y sindicatos eran obedecidas a rajatabla a todos los niveles, y en el centralizado y disciplinado sistema impuesto por los militares sublevados, las atribuciones de las autoridades locales eran mucho más amplias. Éstas actuaban con gran autonomía, y ello explica que en Zamora se matara seis veces más que en el vecino Orense, y en Segovia cinco menos que en el inmediato Valladolid.

La sistemática destrucción de los enemigos potenciales aparece mucho más clara en el territorio gubernamental que en el nacional, y no sólo porque allí se matara más, lo que no aportaría prueba suficiente, sino porque se mató más metódicamente, de modo más ordenado.

En una y otra zona, a la gente le repugnaba lo que veía u oía, y en ambas se castigó, en ocasiones con el beneplácito general, a los que se pasaron de una raya, que ya era muy permisiva.

En mi *Historia del ejército popular* escribí: «El gobierno se creía justificado lamentando los hechos. Sus contrarios con negarlos. Sin lugar a dudas, la responsabilidad de lo que sucedía en uno y otro campo era colectiva, recaía y recae sobre todos los españoles, y se compendia en los dirigentes de ambos bandos, bien por acción o bien por omisión, pues la omisión era consentimiento, cuando no complacencia. La vida humana había dejado de ser respetable y respetada.»

Comparativamente, la represión nacionalista fue muy cruenta en Andalucía, donde los nacionales mataron a 15.710 personas, superando a los republicanos, que dieron muerte a 11.789. También en Aragón los nacionales aventajaron a sus enemigos, con 4.720 ejecuciones frente a las 3.372 de sus contrarios, aunque es digno de señalar que tanto en una como en otra región los republicanos sólo ejercieron su autoridad en una fracción del territorio.

La represión nacionalista fue igualmente despiadada en las provincias de Logroño, Zamora y Valladolid, y no tan dura en el resto de las tierras del Duero. En esta vasta área fueron 7.474 las víctimas que ocasiona-

ron, reduciéndose a 766 las de sus adversarios, que apenas hollaron su suelo en algunos pequeños rincones.

En Extremadura, región en la que los republicanos sólo retuvieron la provincia de Badajoz, y en gran parte por pocos días, los nacionales superaron, una vez más, a los republicanos, con un balance de 3.782 frente a 1.515. En el país vasco-navarro, por contra, los frentepopulistas aliados de los seguidores de Sabino Arana dieron muerte a 1.913 de sus paisanos, frente a las 1.780 víctimas causadas por los nacionales, y eso a pesar de que sólo quedó bajo su órbita de acción poco más de la mitad de su población.

En Baleares fueron 745 los ejecutados por los nacionales, y 367 las víctimas de los gubernamentales, que sólo ejercieron autoridad en Menorca y, esporádicamente, en Ibiza.

En Galicia y Canarias, con 3.254 y 400 ejecuciones, respectivamente, se señalan cifras bastante más bajas que en el resto del país, salvo en algunas provincias castellanas. Los frentepopulistas, en las escasas localidades que retuvieron durante los primeros días, eliminaron a 122 de sus contrarios.

En la Mancha-Albacete, los republicanos, que habían dado muerte a 8.567 personas, lo pagaron con 5.708 ejecuciones, y en Cataluña, las 14.486 víctimas del terror revolucionario fueron respondidas con 3.946 ejecuciones. La Montaña pagó con 710 vidas las 530 que previamente hicieron los republicanos, y Asturias también saldó con pérdidas su deuda con los vencedores, que se cobraron con 2.037 muertes las de 1.766 de sus amigos.

En la región valenciana, las ejecuciones fueron 3.973, frente a los 8.928 homicidios cometidos por los fren-



(J. Guzmán. Madrid.)

No se trata, seguramente, de la angustiada reacción ante una alarma, sino del temor de perder una oportunidad de salvación y del dolor de verse obligada a abandonar su hogar.

EJECUCIONES Y HOMICIDIOS EN ZONA GUBERNAMENTAL

Más de 10.000 · Más de 2.000 · Más de 1.000 · Menos de 1.000 · Menos de 100 · Ninguno

TOTAL: 72.337

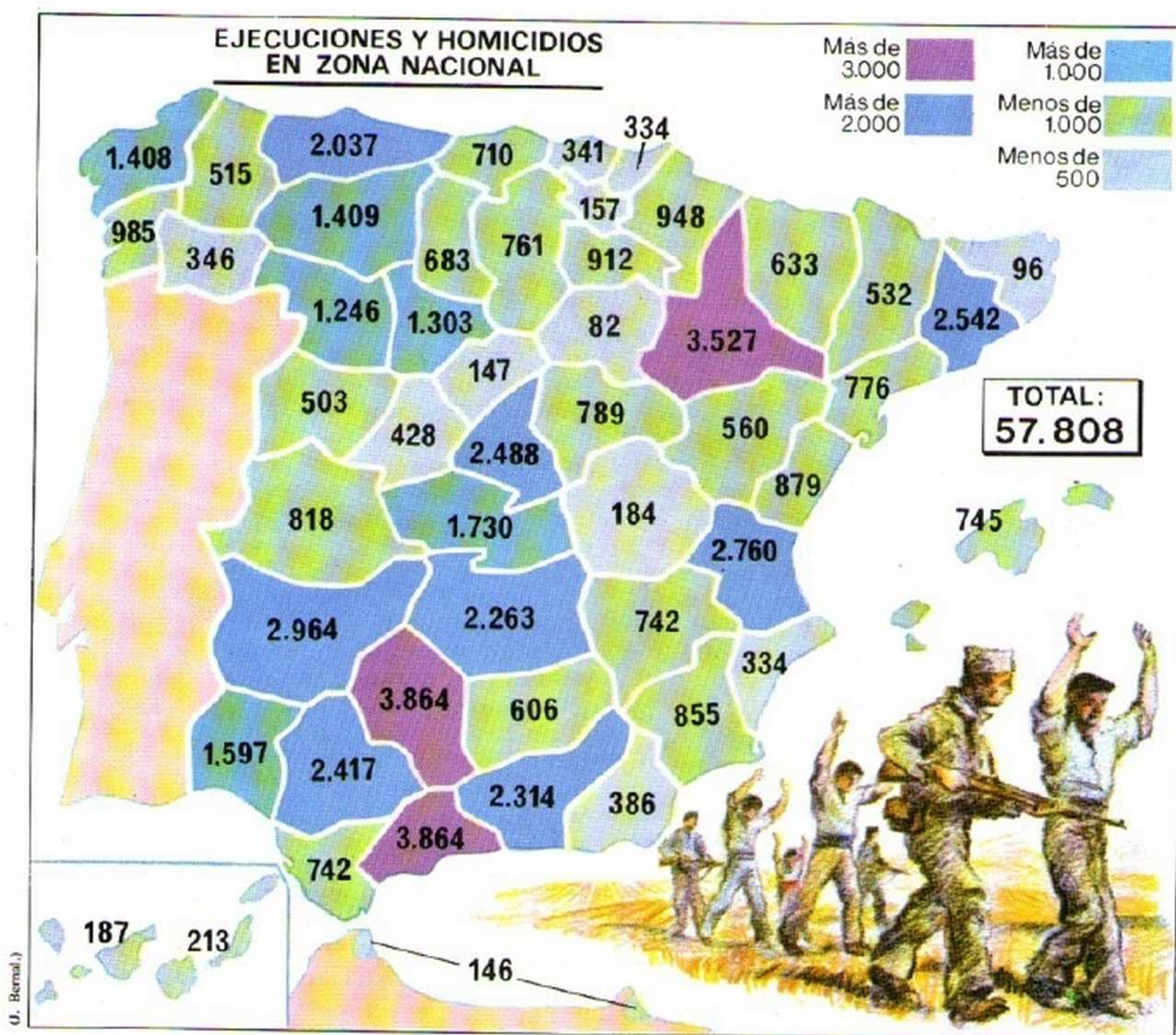
(J. Bernal.)

tepopulistas, y en Murcia, 855 sentencias cumplidas saldaron la muerte de los 1.812 asesinados en la provincia. Por último, en Madrid fueron fusiladas 2.488 personas, frente a las 16.449 víctimas que produjo el plan de exterminio de la quinta columna.

El balance general se establece en 57.883 homicidios o ejecuciones en zona nacional, que llegó a identificarse con la totalidad del territorio español, y 72.337 en zona republicana, sin contar los 953 civiles asesinados por los guerrilleros.

Larga posguerra

BUENA parte de las muertes que hemos adjudicado a los nacionales viene representada por las víctimas de la represión en la posguerra. Después de su victoria, los vencedores, ocupantes de la totalidad del suelo nacional, ya no tenían por qué temer a sus humillados enemigos, pero se disponían a pedirles cuenta de sus actos y a castigarlos como únicos responsables de los males que habían asolado al país durante tres años. Las conductas fueron sometidas a juicio, y todos cuantos habían servido a los derrotados fueron objeto de depuración. A los que no se apreció culpa, que fueron los más, se les puso en libertad; a los restantes se les sometió a proceso y se les condenó a penas de mayor o menor gravedad, pero siempre muy severas. Las penas de muerte fueron muchas más que las ejecuciones, y éstas alcanzaron la elevada cifra de 22.716, todas las cuales están incluidas, salvo las 75 inscritas entre 1951 y 1961, en las 57.662 en que hemos cifrado las víctimas de los nacionales. Estamos muy lejos de los centenares de miles que con tanta insistencia como



(J. Bernal.)

fruición repiten machaconamente los portavoces de unos irreconciliables y paranoicos obsesos anclados en el odio y en el resentimiento, pero la cifra es realmente espeluznante. Dura y rencorosa fue la justicia de unos vencedores a los que faltó la grandeza de la generosidad y la indulgencia [9].

De todas mis cifras, a las que hemos llenado de salvedades, éstas son las más rigurosas. En las restantes partidas hemos tenido serias vacilaciones al adjudicarles esta o aquella cantidad parcial, o en cuanto a la valoración exacta que debiéramos haber dado a alguno de sus sumandos, supuestos la incertidumbre en que nos dejan determinadas inscripciones y el desconocimiento del número exacto de las muertes violentas no debidas a la guerra que se produjeron entre 1936 y 1950. Sin embargo, estas de la represión de la posguerra no ofrecen duda. La casi totalidad se debe a la ejecución de sentencias firmes dictadas por tribunales competentes. Fueron presenciadas por los jueces instructores de las respectivas causas, y éstos ordenaron puntualmente su inscripción en el Registro Civil. En este caso, no hay «cadáveres de hombres desconocidos», ni «desaparecidos», ni presunciones de muerte, ni fallecimientos violentos por causa indeterminada, y mucho menos ausencia de inscripción ni demoras re-

[9] En este punto surgió pronto una «leyenda» paralela a la del famoso «millón»; en este caso, la cifra mítica fue la de 200.000. La primera vez que la he visto citada es en las *Obras completas* de Manuel Azaña, tomo IV, pág. 901. Era el 26 de noviembre de 1938; todavía no se había acabado la guerra, y ya Trifón Gómez, entonces intendente general del Ejército Popular, le auguró a Azaña que los «facciosos» sacrificarían 200.000 vidas. Luego, se trataba simplemente de certificar la capacidad profética del dirigente socialista. De ello se encargarían, aunque sin citarle, multitud de autores españoles y foráneos.

gistrales. Los números son prácticamente exactos. Subsiste una incertidumbre. El estudio minucioso y detallado de los cuadros provinciales nos suscita ciertas dudas sobre el carácter o no de diferidas de algunas inscripciones; así, 1.084 de las que se registran en Toledo, 428 de Córdoba, 103 de Ciudad Real, e incluso 16 de Granada, 7 de Almería y 17 de Badajoz, con un total de 1.616 defunciones, que sí hemos contabilizado como víctimas del terror blanco, pero en años anteriores. Si estuviéramos equivocados y la totalidad o parte de estas muertes se hubieran producido con posterioridad al final de la guerra, el número íntegro de las víctimas de los nacionalistas no variaría, aunque sí el de las debidas a la represión de la posguerra, cuyo total máximo absoluto pudiera llegar a ser el de 24.332 en el muy improbable supuesto de que todas las 1.616 dudosas correspondieran a muertes irregulares producidas a partir del final de la guerra. Como compensación, algunas de las ejecuciones realizadas a partir del 1 de enero de 1939 corresponden a individuos fusilados en zona republicana, principalmente en Cataluña, antes de que terminara la guerra. La cifra real la podemos establecer en las proximidades de los 23.000.

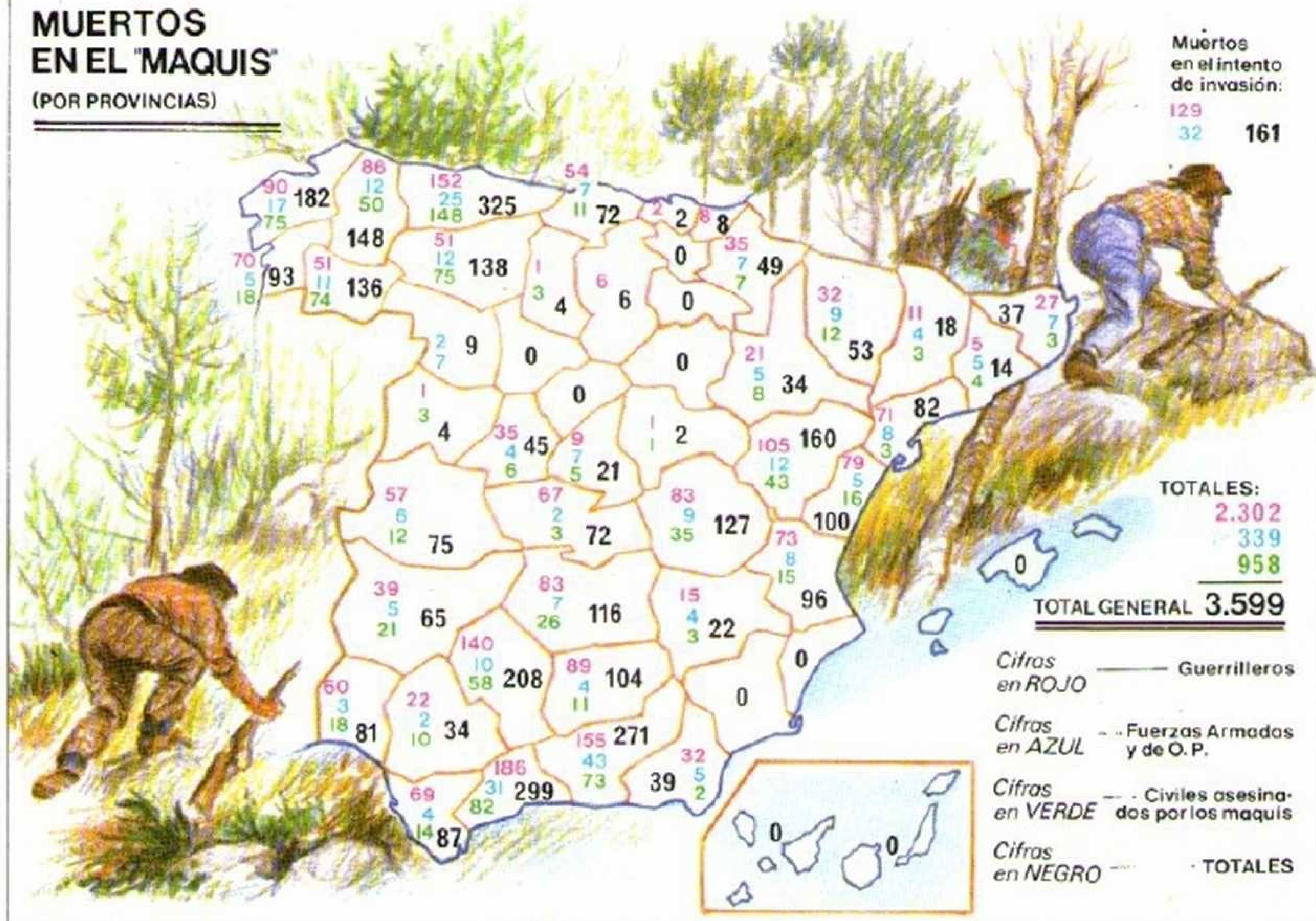
Consideraciones finales

ESTABLECIDO el balance definitivo de lo que supuso la guerra civil y su difícil y larga posguerra para la demografía del país, sólo queda subrayar, una vez más, el carácter provisional y aproximado de las cifras que hemos aventurado. Los totales son altamente fiables, y los errores, estadísticamente despreciables. En los balances provinciales, éstos pueden ser de mayor consideración, pero nunca demasiado elevados. A pesar de ello, nuestras cifras chocan tanto con las que de modo habitual vienen barajándose desde hace cuarenta años, que a las gentes les resultan muy difíciles de aceptar, y no son pocos los que, sólo porque no les gusta, las impugnan airadamente. En general, se trata de personas que no han estudiado en absoluto el tema, que no se han acercado jamás por el Instituto Nacional de Estadística, que no han visitado, ni por curiosidad, un registro civil, que ni tan siquiera se han tomado la molestia de leer mi libro. Toda discusión con ellas resulta imposible, aunque yo haya sido tan ingenuo como para intentarlo. Poco hay de constructivo en cuanto se ha escrito en torno a este tema, y lo que he dicho sobre Jackson, Tamames o Elena de la Souchère sirve para todos ellos. Sin embargo, se me han hecho dos objeciones importantes que merecen ser consideradas: Alcofar Nassaes me ha aclarado que en Barcelona las víctimas de los bombardeos fueron superiores a las estimadas por mí, y este mismo autor y Alberto Reig han llamado mi atención sobre el hecho, innegable, de las muchas defunciones sin inscribir que se han puesto de manifiesto a la hora de otorgar pensiones a los familiares de las víctimas de la guerra civil.

La primera objeción está suficientemente aclarada en mi texto, en el que repetidas veces hago hincapié en los posibles defectos de mis estimaciones provinciales. Concretamente en Barcelona, bastaría que en los años de la guerra el número de los accidentados casuales fuera bastante inferior al de los producidos el año 1935 para que mis cifras resultaran claramente erróneas, pero si hubiera sucedido así en aquella provincia, en otras se habría producido el efecto contrario, y las cifras finales seguirían siendo válidas [10].

La segunda objeción es más seria, pero tampoco produce una incidencia importante en mis cifras, que, por supuesto, es nula cuando se trata de la represión en la posguerra. Reconozco que a mí me ha asombrado que el número de los negligentes sea tan alto. Todos los españoles contaban con el instrumento jurídico adecuado para conseguir la inscripción legal de sus muertos y desaparecidos. Todos sus familiares, hasta los de cuarto grado, podían solicitar las inscripciones de defunción, desaparición o declaración de ausencia de sus deudos, y de ahí que yo partiera del supuesto de que todos habían ejercitado ese derecho para regularizar su situación jurídica; pero, al parecer, no fue así, aunque la cifra relativa de los que no cumplieron estos trámites no fue tan importante como pudiera creerse, y en los expedientes de tramitación de pensiones no pasa de una fracción muy minoritaria de los solicitantes, y no siempre con la certeza de que no exista la inscripción. Si todos nuestros registros civiles dispusieran de ordenador, sería posible comprobar la inscripción o no inscripción de cualquier difunto, pero en la situación actual esto no resulta fácil y cabe la posibilidad de que la familia no logre enterarse nunca de dónde se registró el fallecimiento de su deudo. Normalmente, ésta se hacía o bien en el registro del municipio en que se produjo el fallecimiento, o en el del domicilio habitual del mismo, pero no son escasas las que se efectuaron en el municipio en que radicaba la

[10] En 1934 se registraron en Barcelona y provincia 565 muertes violentas por accidentes o traumatismos, cifra que descendió a 394 en 1935, elevándose en los años siguientes a 860 en 1936; 977 en 1937; 1.369 en 1938 y 1.107 en 1939 y bajando a 596 en 1940. ¿Cuántas de las registradas entre 1936 y 1940 se debieron a la guerra? De haberse mantenido durante esos cinco años las cifras de 1935, 2.939. De haberse elevado el promedio de las muertes violentas por causas no bélicas al de 1934, 2.084 y estas cifras descenderían a 1.890 y 1.377 respectivamente si consideramos solamente los años 38, 39 y 40. Por supuesto nada se opone a que la cifra real de estas muertes accidentales no debidas a la guerra se mantuviera en un promedio anual intermedio e incluso menor que el registrado en 1935, pero en este caso es de advertir que necesariamente este tipo de fluctuaciones se compensarían entre unas y otras provincias, siendo la cifra total nacional, con toda certeza, muy similar a la de los años anteriores, aunque muy probablemente mayor.



(J. Bernal.)

plana mayor de su unidad militar, en el de la localidad en que se produjo el enterramiento, en el de naturaleza, en el que estaba establecida la Jefatura de Sanidad de su brigada, etc. En otras ocasiones, el cadáver no fue identificado, y se registró la defunción de un hombre desconocido.

El conjunto de todas estas inscripciones, más las de extranjeros registrados en España en vez de en sus consulados respectivos, equilibra ampliamente el número de los no inscritos, y el total por mí indicado, calculado con amplio exceso, cubre perfectamente estas lagunas [11].

Por último, no quiero dejar de señalar, aunque el mal de muchos sea remedio de tontos, que lo sucedido en España no fue nada anormal ni excepcional en el contexto europeo y mundial en que se encuadró nuestra guerra civil. En Francia no fueron menos de 85.000 los represaliados por los vencedores a partir de 1944, y de ellos 826 ejecutados judicialmente; en Italia éstos se elevaron a 2.675, y los partisanos asesinaron a no menos de 67.000 personas. A esto es a lo que me refería cuando terminaba mi libro diciendo que «todos tenemos mucho de qué avergonzarnos y muy poco que echarnos en cara».

En definitiva, la guerra ocasionó la muerte violenta de 275.000 españoles, en números redondos, lo que no resultó un impacto excesivo para nuestra demografía, que lo encajó perfectamente. Por el contrario, la fuerte caída de la natalidad, que se tradujo en 557.185 niños menos en relación a los esperados y la muerte de 138.030 por encima de lo que era de prever, supuso un tremendo golpe cuyas repercusiones se sufren todavía. En nuestras pirámides de población, donde las muertes violentas no dejaron apenas huella perceptible, aún es profunda la muesca que denuncia la fuerte pérdida que sufrieron las generaciones nacidas entre 1934 y 1942.

[11] En los registros civiles, las inscripciones se hacían de acuerdo a lo dispuesto en los artículos 75 y siguientes de la ley Provisional del Registro Civil del 17 de junio de 1870, especialmente los artículos 82, 86, 90 y 91, y reglamento del 13 de diciembre de 1970, agilizados por el decreto número 67 de la Jefatura del Estado, dado en Salamanca el 8 de noviembre de 1936 para la «inscripción de ausencias, desapariciones o fallecimientos» de «personas, combatientes o no, víctimas de bombardeos, incendios u otras causas con la lucha relacionadas». Este decreto se desarrolló por orden de noviembre del mismo año, y se simplificaron los trámites por sucesivas órdenes del 28 de enero de 1938, 17 de mayo de 1939, 26 de julio del mismo año y 29 de abril de 1940.

La España de fuera

Exodo y exilio, 1939-1977

Por **Javier Rubio***

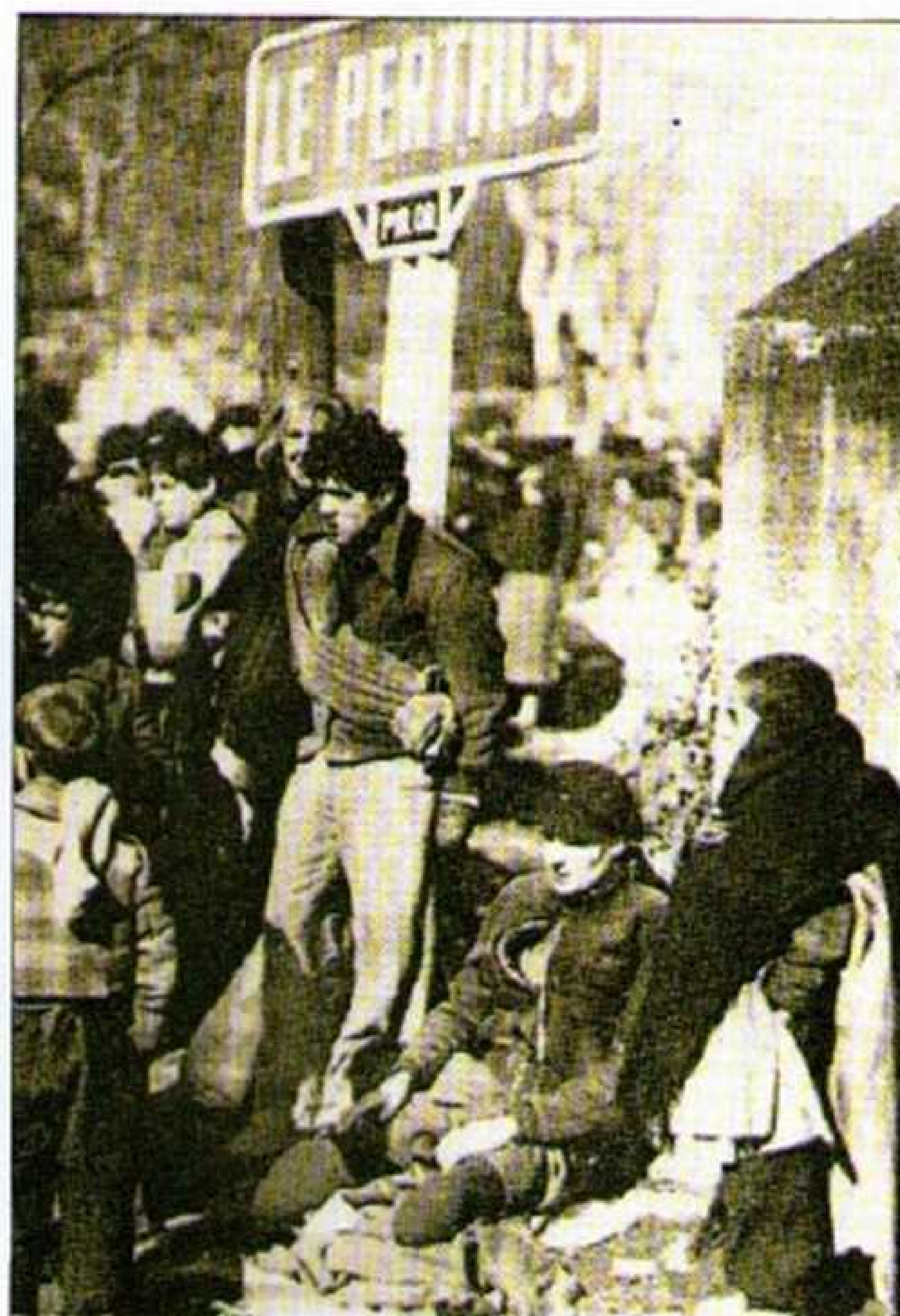
LA contienda de 1936-1939 dio lugar, como casi todas las guerras civiles, a que un importante contingente humano del bando perdedor se viera obligado a exiliarse. Las especiales circunstancias de la posguerra civil, y de la mundial, hicieron que la expatriación de los españoles que defendieron a la Segunda República fuera singularmente amarga. Y larga.
De este modo, la guerra civil abre un interesante capítulo de la historia de España, que tan sólo ahora mismo, en los años ochenta, se está cerrando definitivamente. En las páginas que siguen trataremos de establecer las principales coordenadas de este todavía poco conocido, apasionante, y en alguna medida aún rigurosamente actual, capítulo de nuestra historia contemporánea.

Desde el 28 de enero al 10 de febrero de 1939, una marea humana de casi medio millón de españoles pasa a Francia por todos los puertos, pasos y collados del Pirineo gerundense. El refugio, el asilo en tierra francesa, es la única salida que se ofrece a los combatientes republicanos del grupo de ejércitos de la región oriental y a los miles y miles de civiles que con ellos se retiran en los angustiosos momentos del fin de la campaña de Cataluña.
Los gobernantes franceses de la Tercera República no abrieron, sin embargo, de buen grado sus fronteras a los españoles.
Cuando a mediados de enero, ya en plena retirada de los ejércitos de Cataluña, el gobierno de Negrín solicitó del de París que admitiera un contingente de 100.000 a 150.000 refugiados civiles, el gobierno francés aplazó su respuesta. Y cuando, al fin, el 26 de enero se decide a responder, únicamente se ofreció para recibir unos pocos miles de niños, unos tres mil. Pero ya por entonces es muy fuerte la presión sobre la frontera de grandes masas de fugitivos civiles que desbordan ampliamente la cifra ofrecida, por lo que las autoridades francesas se ven como responsables, ante la opinión pública mundial, de que miles y miles de mujeres y niños puedan quedar envueltos en combates de primera línea a las puertas de Francia, por no habérselas

* Javier Rubio nació en Palma de Mallorca en 1924. Licenciado en Económicas, doctor ingeniero aeronáutico y diplomático, ha escrito, entre otras obras, *La emigración española en Francia* y *La emigración de la guerra civil de 1936-1939*, en tres volúmenes.



(L'Illustration. París.)



(Serv. Histórico Militar.)

La entrega de armas al pasar la frontera francesa es la primera condición para la concesión del asilo. En Le Perthus, que es paso principal, los fusiles se separan de sus dueños.

querido abrir, y reaccionan rápidamente. En la mañana del día 28 de enero —tan sólo dos días después de la negativa de la reunión interministerial— empiezan a cruzar la frontera los angustiados fugitivos. El 1 de febrero son ya más de 45.000; finalmente serán del orden de 170.000 las mujeres, niños y ancianos que se reciben y se reparten por toda la geografía francesa [1].

La apertura de la frontera francesa el día 28 de enero era, empero, tan sólo parcial. Para los combatientes y para los hombres civiles en edad militar, los Pirineos seguían siendo en los primeros días de febrero una barrera legalmente infranqueable, a pesar de las apremiantes gestiones del gobierno español. Pues, en verdad, las autoridades de París se resistían empecinadamente a encarar el problema de tener que acoger a los cientos de miles de combatientes de los ejércitos de la región oriental.

El problema era ciertamente muy enojoso, no sólo por su magnitud, sino también por sus consecuencias, pues resultaba obvio que tras la campaña de Cataluña no sería posible —como había ocurrido en otras fases de la guerra civil— desembarazarse fácilmente de los combatientes que pedían asilo, dirigiéndolos en seguida a la zona republicana. Pero además de ser una cuestión muy enojosa, la acogida en Francia de los ejércitos de Cataluña era ya en aquellas fechas, fines de enero o principios de febrero, un problema muy difícil —prácticamente imposible— de resolver de una forma decorosa, dado que, por haber creído firmemente que Cataluña resistiría al ejército de Franco, el gobierno francés no había tomado ninguna medida para albergar, ni siquiera provisionalmente, al ejército republicano cuando aún era tiempo; esto es, cuando a mediados de noviembre de 1938 se consuma la derrota de la batalla del Ebro, o, en último término, cuando a primeros de enero de 1939, con la toma de Artesa del Segre y de Borjas Blancas y la derrota del ejército de Modesto, queda decidida la batalla de Cataluña.

En estas circunstancias, si se mantiene la frontera cerrada —se piensa en París—, el problema de la acogida a los numerosos combatientes españoles no se plantea, de momento al menos, y, mientras tanto, la cuestión puede quizá resolverse por sí misma. En definitiva, los ejércitos de Cataluña están ya entonces irreversiblemente derrotados y en cualquier momento puede producirse en ellos la desintegración o el cerco de sus principales unidades; y, en último término, unos ejércitos batidos y sin posible retirada pueden hacer lo que han hecho casi siempre todos los ejércitos del mundo: rendirse. En cualquiera de estos supuestos —piensan, no sin alguna razón, las autoridades francesas—, el problema de la

[1] La justificación de estas cifras y, en general, los detalles de las circunstancias en las que se produce este éxodo pueden verse en Javier Rubio: *La emigración de la guerra civil de 1936-1939* —en lo sucesivo EGC— (Madrid, 1977), pp. 65-73 y 355-366.



Septiembre de 1936. Los primeros contingentes de emigrados civiles llegan a Francia. Irún se divisa al fondo en llamas. Muchos regresarán a su patria, otros se quedarán como avanzadilla del futuro largo exilio.

recepción, o a lo menos una parte muy importante del mismo, quedará obviado.

Pero en las unidades republicanas no se produce ni la desintegración, ni el cerco, ni la rendición. El general Rojo, el infatigable jefe del Estado Mayor Central, sigue hasta el último momento dando eficaces directivas de retirada y va replegando, como quien tira de los hilos de un gigantesco paracaídas, las unidades de los ejércitos del Ebro y del Este hacia la zona fronteriza.

El 4 de febrero, las tropas nacionales toman Gerona. En las proximidades de la frontera empiezan a aparecer las primeras unidades de los ejércitos en retirada, de unos ejércitos —aclaremos— derrotados, pero no desintegrados, que tienen aún tropas con moral de combate, de las que es muy razonable prever que en más de un caso intenten abrirse, por la fuerza, el paso al otro lado de los Pirineos —que le rehúsan las autoridades francesas— para evitar ser hechos prisioneros por el ejército de Franco. En París comprenden rápidamente los gravísimos problemas que pueden derivarse de esta situación y se dan inmediatas instrucciones para admitir en Francia a los españoles en edad militar, que empiezan a pasar el día 5. Durante la siguiente semana, cerca de trescientos mil hombres, el grueso del grupo de ejércitos de la región oriental, y decenas de miles de fuerzas auxiliares y de civiles en edad militar —e incluso un par de miles de prisioneros nacionales, entre los que había casi un centenar de aviadores, en su mayor parte alemanes e italianos [2]— han pasado a tierra francesa, donde les espera la dura experiencia de los campos de concentración. Este es el gran éxodo de Cataluña, un éxodo que afecta a unos 470.000 hombres; todos prácticamente españoles, pues los restos de las brigadas internacionales que se integran en el mismo son insignificantes, tan sólo del orden de cinco a seis millares.

Este éxodo constituye, sin duda, la oleada de expatriaciones más importante —y conocida— que produce la guerra civil, pero no es la única. A lo largo de la contienda hay, a lo menos, cuatro momentos en los que se producen masivas expatriaciones forzosas de republicanos españoles motivadas por operaciones militares [3]; todas ellas en momentos difíciles y penosos para los fugitivos, y alguna de muy considerable magnitud.

[2] *La Depêche* (Toulouse) de 9-II-1939 y *La Petite Gironde* (Burdeos) de 10-II-1939.

[3] Para las oleadas, menores, de republicanos que se expatrían a Portugal, véase Javier Rubio: *Asilos y canjes en la guerra civil española* (Barcelona, 1979), pp. 344-350. En esta misma obra (p. 305) se evalúan en algo más de cien mil los españoles, en principio pro nacionales, aunque frecuentemente sin preferencia definida, que salieron voluntariamente para el extranjero, las más de las veces por muy breve tiempo, procedentes de la zona republicana.



Refugiados de la zona norte aguardan ser conducidos a sus destinos. Durante el verano de 1937, la evacuación fue realizada en su mayor parte por navíos ingleses, pero también con la colaboración de buques franceses, como muestra la foto.

Exilio, desde el comienzo

La primera oleada es la que produce la campaña de Guipúzcoa en las últimas semanas del verano de 1936. Desde Behovia e Irún por la frontera terrestre, y desde varios puertos guipuzcoanos por barco, son del orden de 15.000 los españoles que pasan a Francia. En su casi totalidad no combatientes.

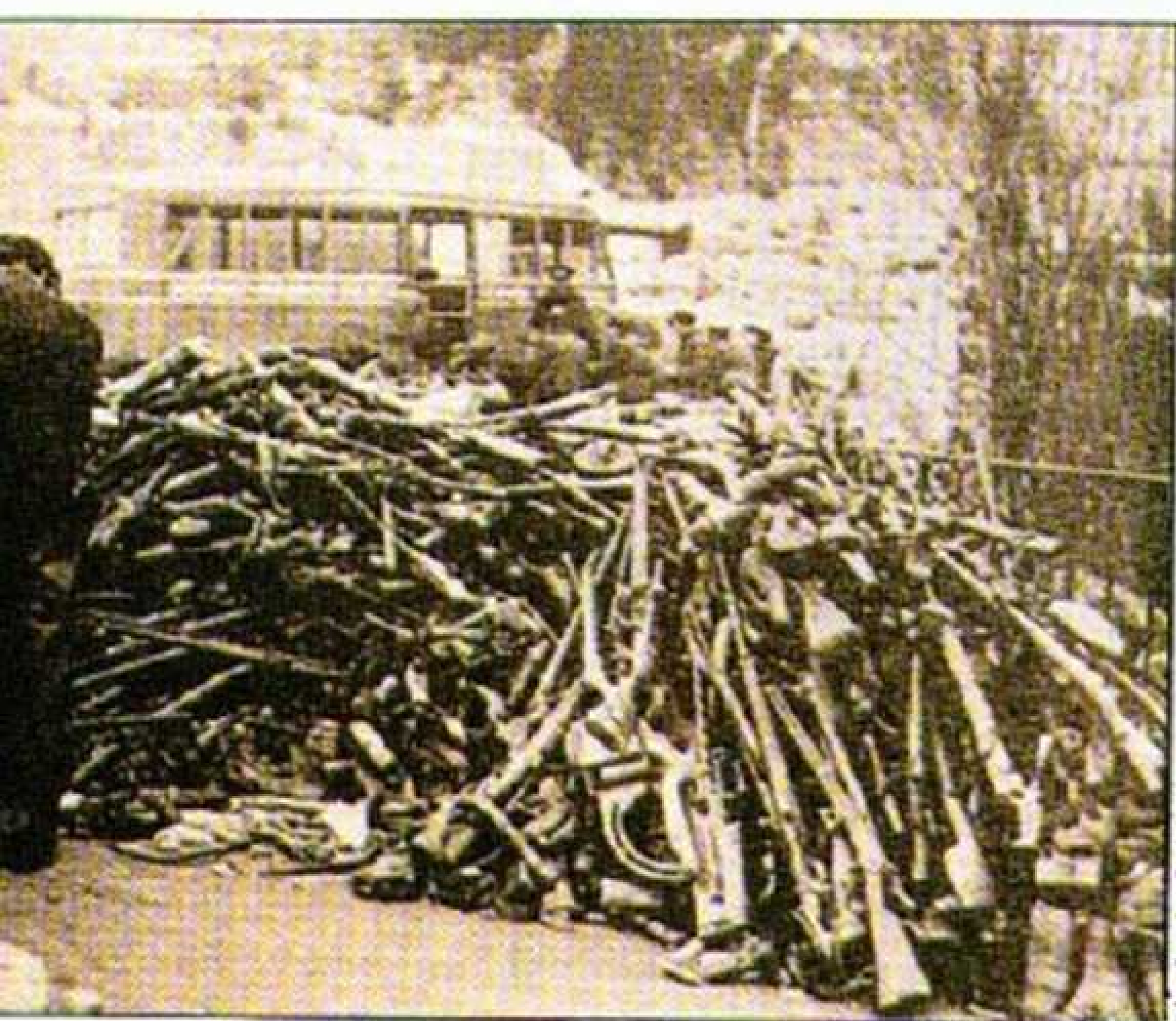
Desde junio a octubre de 1937, esto es, a lo largo de los cinco meses en los que se desarrolla la guerra en el norte, se produce una casi constante corriente de españoles que se dirigen a Francia, primeramente desde Vizcaya, y más tarde desde Santander y Asturias. Las travesías por mar son siempre incómodas y, a veces, arriesgadas, por incapacidad de las embarcaciones utilizadas o por la presencia de los barcos de guerra enemigos, aunque cuentan con un gran aliado, la marina británica, que protege la mayor parte de estas evacuaciones. De hecho, el número de españoles que llega a Francia en esta dilatada oleada es muy elevado, lo menos 150.000; en su mayor parte población civil, pero sin excluir una cierta proporción de combatientes —quizá del orden del 10 por 100— que embarcaron precipitadamente con ocasión de las tomas de Santander y de Gijón por el ejército nacional.

En la primavera de 1938 se produce la tercera oleada de españoles que se dirige también a Francia, a consecuencia del desarrollo de la guerra. Se trata de buena parte de la población civil, y de la totalidad de las unidades del 10.º Cuerpo del ejército republicano, que han quedado bloqueadas en el Alto Aragón por el avance de las tropas nacionales desde Huesca a Tremp. Son en total unas 25.000 personas, pero ahora la mayoría, alrededor de los dos tercios, combatientes. Desde luego, no todos los españoles que toman el camino de Francia en estas tres oleadas se quedan al otro lado de los Pirineos. En parte porque desean volver pronto a su patria —casi siempre a la España republicana— y en parte, también, porque las autoridades francesas estimulan frecuentemente la repatriación, la realidad es que la gran mayoría se encamina muy pronto a España. De todos modos, algunos optan, y logran, por quedarse en territorio francés. Son unos 45.000; entre ellos no pocos civiles y antiguos combatientes vascos, para los que la guerra había ya terminado cuando Franco concluyó la ocupación de Vizcaya [4].

[4] La actitud de inhibición que adoptan las unidades vascas al tener que abandonar Euzkadi es reconocida por numerosos historiadores, como muestra José Manuel Martínez Bande: *El final del frente Norte* (Madrid, 1972), pp. 91-92. Asimismo, en la obra citada en la nota anterior se mencionan varios informes de cónsules de la España republicana en Francia sobre el deseo de los expatriados vascos de permanecer en la zona vasco-francesa (p. 306).



(Arch. J. Rubio.)



(Arch. J. Rubio.)

MINISTERE DU TRAVAIL

Direction Générale du Travail et de la Main-d'Oeuvre

3ème Bureau

Paris, le 25 Mai 1939

LE MINISTRE DU TRAVAIL

n° 247

à Messieurs les Préfets

CONFIDENTIEL

Mon Collègue, Monsieur le Ministre de l'Intérieur, vous a adressé des instructions en ce qui concerne l'utilisation éventuelle des réfugiés civils espagnols, actuellement en subsistance dans votre département.

J'adresse d'autre part, à ce sujet, les instructions nécessaires à l'office de placement de votre département.

Vous trouverez, ci-joint:

- d'une part, copie des instructions dont il s'agit;
- d'autre part, copie des instructions que j'adresse au Directeur de l'office de placement de votre département, au sujet de la mise à la disposition des agriculteurs, de la main-d'oeuvre agricole qualifiée actuellement en subsistance dans les camps de concentration du sud-ouest de la France.

Les tentatives de placement préconisées dans ces dernières instructions vous permettront très rapidement de vous rendre compte des réactions que pourrait provoquer l'entrée dans votre département de réfugiés espagnols provenant des camps de concentration.

. . . . .

(Arch. J. Rubio.)

Los camiones se aproximan a la frontera francesa. En ellos viajan atónitos y ateridos fugitivos que portan sus pertenencias. Una circular del Ministerio de Trabajo aconseja a los prefectos utilizar a los refugiados en la agricultura.

La última oleada tiene lugar en las semanas finales de la guerra. Se inicia con la salida hacia Bizerta de la flota republicana el 5 de marzo de 1939 y termina con los precipitados y angustiados embarques de última hora hacia los puertos argelinos: el *Stanbrook* saldría de Alicante el 28 abarrotado de fugitivos. Prescindiendo de los marinos de la flota, serán en total unos diez mil. De esta oleada final pocos regresarán.

Españoles en los campos de concentración

A los refugiados civiles que, huyendo de Cataluña, cruzaban la frontera francesa, el recibimiento que les esperaba les dejó frecuentemente un ingrato recuerdo, pues a los inevitables registros y vacunas se añadían, muchas veces, un trato despegado y unas instalaciones de acogida insuficientes. Con todo, en conjunto, Francia supo afrontar honorablemente el reto que supuso la llegada en pocos días de más de 150.000 españoles desvalidos. Casi todos ellos fueron rápidamente enviados a muy distintos y alejados departamentos de la frontera, donde los prefectos habían previsto unos centros de albergue que ofrecían, a lo menos, desde el primer momento, los dos elementos básicos de subsistencia: techo y comida.

Muy distinto fue el caso de los hombres encuadrados en los ejércitos de Cataluña y de los que se hallaban en edad militar que empezaron a pasar el 5 de marzo. No habiendo previsto el gobierno de París, como ya se ha dicho, la entrada en Francia del ejército republicano, cuando dicho gobierno se ve obligado a admitirlo no tiene preparado ningún dispositivo de acogida, pues unas pequeñas instalaciones en Argelés son sólo capaces para unos pocos miles de personas. Las autoridades francesas disponen ciertamente de campos militares de instrucción, algunos relativamente próximos, como los de Larzac y Caylus, que disponen de unas instalaciones aceptables; pero esta solución fue final-



(Arch. J. Rubio.)


(Col. J. M. Arnero.)


(Arch. J. Rubio.)

El sufrimiento de los niños y mujeres evacuados, muchas veces en condiciones inadecuadas, es utilizado como motivo para recaudar fondos. Con los soldados y la población civil exiliados, la república hermana no se portó con ellos como debiera.

mente rechazada al considerar el mando militar francés que, en la tensa situación internacional de la época, no podían hipotecarse estas instalaciones tan estrechamente vinculadas a la defensa nacional.

En estas circunstancias, cuando los hombres de los ejércitos republicanos de Perea y de Modesto entran en Francia no encuentran más acogida que la que les brinda la propia geografía, los prados y la nieve en las montañas de la Cerdaña, y la arena y el mar de las playas del Rosellón.

El soldado del ejército popular de la República que nada más llegar a tierra francesa ha entregado su armamento, y ha sido concienzudamente registrado una y otra vez, será rápidamente encaminado a un próximo campo de concentración, casi siempre a pie y sin comida; aunque, eso sí, constantemente rodeado de guardias móviles o de senegaleses. Es el momento en el que se oye por primera vez el imperativo «¡allez!, ¡allez!» (¡marchen!, ¡marchen!) que quedó amarga e indeleblemente grabado en la memoria de muchos. El combatiente de la República española, el —hasta hacía muy poco— respetado y festejado defensor de la libertad y de la democracia, ha quedado súbitamente transformado en un derrotado, en un prisionero, o, peor aún, en un extranjero indeseable.

Esta es la época que hace tristemente famosos los nombres de Argelès y Saint Cyprien, donde se encierran casi doscientos mil españoles sin más instalaciones que las alambradas que acotan las playas, ni más servicios que la brisa marina. En un panorama tan desolador, nuestros compatriotas pronto se ven enmarcados en unas atroces coordenadas vitales cuyos ejes principales se llaman: frío, hambre, sarna, piojos y disentería. Y a los sufrimientos físicos se añadieron los morales; sobre todo al verse tratados altaneramente, casi —y sin casi— como animales. En la retina de muchos de estos desventurados refugiados quedó grabada la humillante escena de la llegada a los campos de concentración, tras varios días de ayuno forzoso, de los primeros camiones con víveres. De unos ca-

miones donde los soldados franceses arrojaban despectivamente el pan a los internados como si fueran perros hambrientos, mientras se formaban apresuradamente alrededor de los vehículos tupidos anillos de brazos implorantes [5].

Para los miles de fugitivos que en los últimos días de la guerra civil llegaron a los puertos de Argelia, el recibimiento inicial no fue mucho mejor, aunque ahora las autoridades francesas se enfrentaban con un problema de una magnitud muy inferior. A estos fugitivos de última hora no los quería nadie, y los dos millares que abarrotaban las cubiertas y las bodegas del *Stanbrook*, por ejemplo, tuvieron que aguardar en el barco, fondeado en el puerto de Orán, durante varias semanas hasta ser autorizados a desembarcar. Hambre, sed, suciedad y sol africano fueron los cuatro siniestros ingredientes que configuraron la acogida que inicialmente se dispensó a estos desgraciados españoles, que precedieron, exactamente en cuarenta años, a los infortunados vietnamitas, a los *boat people* que hoy tanto conmueven la opinión mundial.

Naturalmente, estas inhumanas condiciones en las que vivieron durante los primeros tiempos los refugiados españoles fueron evolucionando conforme el gobierno francés —duramente acusado en la prensa y en la propia Cámara de Diputados— fue tomando medidas para abordar el grave problema de acogida que había originado su imprevisión. A primeros de abril ya está en condiciones de recibir unos 70.000 refugiados el gran campo de concentración de Barcares, que, ahora sí, tiene unos servicios mínimos para alojar a los internados. Y muy poco después se irán terminando los de Agde, Bram, Septfonds y Gurs, el último de los cuales, que recibiría un gran contingente de interbrigadistas y refugiados vascos, será uno de los que alcancen mejor nivel de equipamiento, un nivel que era «igual por lo menos, si no superior, al de los campos militares de la guerra de 1914-1918», según el testimonio de uno de los miembros de la misión internacional que visitó este campo en mayo de 1939 [6].

[5] Sobre las penalidades de los primeros tiempos en los campos de concentración franceses hay numerosos testimonios publicados por antiguos internados. Uno de los más espontáneos —y patéticos—, escrito durante el propio internamiento, es el de Jaime Espinar: *Argeles-sur-Mer. Campo de concentración para españoles* (Caracas, 1940).

[6] EGC, p. 321.

JUVENTUD DE ESPAÑA

NADIE PODRA SER ENVIADO A FRANCO CONTRA SU VOLUNTAD

En Francia podremos luchar contra los que han invadido nuestro pais

En los campos de concentración

En Argelès-sur-Mer, como en las más modernas ciudades, la vivienda evoluciona. Aquí hay barracas y chabolas de todos los modelos y tamaños: chozas de cañas, que dejan pasar el agua, el polvo y el frío, y junto a ellas, en categoría de palacios, barracones terminar con el llamado «b[illegible]rio chinos» en el que se mueve el provocador y el especulador. Muchos acuden al barrio chino, primero por distracción y luego, arrastrados por el ambiente, venden hasta la camisa. No lo venden por necesidad, pues lo normal es que

Orden del General Menard

Orden del Excmo. Sr. General Jefe de los Campos de refugiados, correspondiente al día 31 de marzo de 1939:

«Ninguna familia de refugiados españoles tiene la obligación de repatriarse si no lo desea voluntariamente y debe rehusar cuantas indicaciones le vengan por cuenta propia de las autoridades locales y de las autoridades francesas. Igualmente se manifiesta que no habiendo dado el resultado apetecido las gestiones hechas hasta hoy para proceder a la repatriación de españoles, Francia desea utilizarlos y como consecuencia pide la colaboración y la buena fe de todos; a tal fin se constituirán equipos de trabajo comandados por españoles para apl[illegible]arlos a las industrias, construcción, etc.

»Como resultado de estos equipos quedará solucionado el problema de la reunión de familias.»

Firmado: MENARD, General Jefe de los campos.

(Arch. J. Rubio.)

Apenas ha terminado la guerra civil y los exiliados ya imprimen sus periódicos. Juventud de España *se ocupa sobre todo de temas de interés para los concentracionarios. Este número es de abril de 1939.*

(Arch. J. Rubio.)





(Arch. J. Rubio.)

(Col. J. M. Armero.)





(Arch. J. Rubio.)

En las fotografías de arriba, refugiados españoles aguardan en la frontera que decidan sobre su destino y la construcción de barracones en un campo. Abajo, los vencedores al otro lado de la frontera y una columna conducida por territorio francés.

Los políticos se querellan

PARA los altos dirigentes de la administración republicana, la acogida que les esperaba al otro lado de los Pirineos, o en Argelia, es muy distinta de la de los refugiados de a pie que acabamos de ver. Sus primeros tiempos del exilio no estarán desprovistos de problemas y sinsabores —«¡vos papiers!, ¡vos papiers!» (¡su documentación!, ¡su documentación!) será una frecuente y enojosa cuestión que les plantean los agentes de policía franceses—, pero en conjunto las graves penalidades del grueso de los refugiados no les afectan. Para ellos no hay campos de concentración ni humillaciones constantes, pues disponen de los medios económicos que su gobierno ha situado en el extranjero y gozan del eficaz amparo de las internacionales de sus partidos políticos [7].

Evidentemente, en los primeros meses del exilio el profundo impacto moral de la derrota, y los problemas materiales de adaptación a la nueva situación, no van a permitir que se produzca una vida política activa ni aun entre estas privilegiadas élites compuestas esencialmente por políticos. Sin embargo, hay dos cuestiones de carácter político que inevitablemente exigen la atención de los más altos dirigentes y que van a polarizar su atención desde el primer momento. La primera es lo que pudiéramos llamar la liquidación de las instituciones de la República. La segunda es la batalla, o mejor, las batallas, por el control de los fondos que el gobierno ha puesto en el extranjero.

Cuando, el 5 de febrero de 1939, el presidente Azaña pasa a Francia, lleva ya el firme propósito de dimitir, pues considera la guerra irremisiblemente perdida, e inútil, y aun censurable, el pretender continuar la contienda. Su presidencia en el exilio será en realidad muy breve, pues tan sólo unas semanas después, el 27 de febrero, al reconocer diplomáticamente Francia e Inglaterra al gobierno de Franco, Azaña formalizará su renuncia en su noble, aunque amarga, carta de dimisión dirigida al presidente de las Cortes.

El 3 de marzo se reúne en París, por primera vez en la historia parlamentaria española, la Diputación Permanente de Cortes. No concurren todos los miembros, tan sólo 16 de los 21, pero en todo caso son los suficientes para mostrar que el centro de gravedad del órgano legislativo de la República se halla ya en el exilio

[7] Cuando la Internacional tenía poca vigencia, los dirigentes podían quedar muy desamparados. Este es el caso del destacado, y por más de una razón ejemplar, dirigente anarcosindicalista Cipriano Mera, que fue objeto, tanto a su llegada a Argelia, como en el campo de concentración en el que se le internó, de muy duro trato: «Para estos militares franceses, más que vencidos éramos seres inferiores.» (Cipriano Mera: *Guerra, exilio y cárcel de un anarcosindicalista*, París, 1976.)

y no en Valencia o en cualquier otro lugar de la zona centro-sur.

El tema único de esta primera reunión es la dimisión del presidente Azaña, dimisión que se da por recibida y aceptada. Sin embargo, el presidente de las Cortes, que es el de la Diputación Permanente, no acepta, por su parte, la presidencia interina de la República, que le corresponde de acuerdo con la Constitución. Martínez Barrio, antes de asumir este cargo, que entonces llevaba consigo un enojoso cambio de residencia de la segura Francia a la incierta y peligrosa zona centro-sur de España, quiere conocer el criterio del doctor Negrín —ya entonces en España— respecto a la terminación de la guerra y le envía un telegrama. La contestación al telegrama no llegará, y tres días después, el 6 de marzo, el presidente de las Cortes manifiesta ante la Diputación Permanente que en esas condiciones no puede asumir la sustitución interina del presidente de la República. Se trata de una negativa que traerá larga cola para la vida política del exilio.

Todavía al día siguiente, 7 de marzo, hay una nueva reunión de la Diputación Permanente. Ahora ya no se trata de la Presidencia de la República, sino de la deposición, o, si se prefiere, de la huida, del gobierno de Negrín tras la proclamación, la víspera, del Consejo Nacional de Defensa en Madrid. La Diputación Permanente está —cuando menos— desconcertada y se limita a manifestar que se reserva el derecho de solicitar, tanto al gobierno de Negrín como al que preside el general Miaja, el informe de sus actos para establecer el juicio que corresponda.

De no haber ocurrido nuevos hechos de importante relevancia, con esta declaración de principios habría terminado normalmente por entonces la vida política del exilio, al menos en torno al organismo de representación permanente del Parlamento, pues ni el doctor Negrín ni el general Miaja o el coronel Casado dieron la menor muestra de desear rendir cuentas ante la Diputación Permanente cuando abandonaron España.

Pero en el mismo mes de marzo ocurre un hecho de gran trascendencia para el exilio, que va a reavivar la vida política en torno a la Diputación Permanente. Se trata de la toma de control por parte de Indalecio Prieto, que se hallaba casualmente en México, del tesoro que el 24 de marzo había llegado a Veracruz a bordo del yate *Vita* [8]. El hecho tiene una gran trascendencia, pues supone la transferencia de una importante parcela de poder —el tesoro tenía un valor de por lo menos cincuenta o sesenta millones de dólares— del hasta entonces todopoderoso doctor Negrín al combativo Prieto, su cordial enemigo desde que el primero le obligó a dejar la cartera de Defensa Nacional en la primavera del año anterior.

Oro republicano

NEGRÍN comprende que la Diputación Permanente puede ser una útil palanca para recuperar el famoso tesoro y provoca una rápida reunión del organismo parlamentario, con el fin, formalmente, de rendir el informe de su gestión de gobierno desde la última reunión de Figueras, pero en realidad para ser respaldado por la Representación Permanente de Cortes en su condición de legítimo presidente del gobierno, lo que suponía fortalecer grandemente su posición en las gestiones que ya habían emprendido para recuperar el control del valioso tesoro. Así surgen las reuniones —en París, naturalmente— de la Diputación Permanente del 31 de marzo y 1 de abril de 1939.

Estas reuniones de fin de marzo y principios de abril ya no son de simple trámite, como las que a principios de marzo trataron de la dimisión del presidente Azaña. Ahora, junto al largo y polémico informe de Negrín, en el que aparecen constantemente zaheridoras alusiones a Casado, hay una serie de agresivas intervenciones de Dolores Ibárruri, en las que acusa frontalmente, con extraordinaria dureza, a Azaña y a Martínez Barrio; al primero por haber dimitido de la presidencia de la República, y al segundo, al presidente de las Cortes, por no haber aceptado la sucesión de Azaña y por no haberse desplazado con la Diputación Permanente a la zona republicana cuando ésta aún existía. Los antagonismos, las diferencias entre los vencidos, empiezan a aflorar a la superficie tras la derrota total.

En el tema, fundamental para Negrín, del respaldo que como presidente del consejo de ministros deseaba obtener de la Diputación Permanente para afrontar la batalla del tesoro del *Vita*, sólo consigue una victoria a medias, pues si la representación de las Cortes le escucha como jefe del gobierno, sin embargo no le concede los plenos poderes que deseaba para continuar «en funciones para cuantos asuntos deriven de la guerra». De hecho, esta victoria a medias no le es suficiente para doblegar a Prieto. Este último, por el contrario, toma a su vez la iniciativa; y también lo hace en el marco de la Diputación Permanente, a la que enviará el 12 de abril un detallado informe de su gestión en México y a la que hará dos meses más tarde una inteligente propuesta para que sea ella misma, la Representación Permanente de las Cortes, la que tome posesión de los bienes del *Vita* y los administre.

Cuatro meses durará la tensa pugna entre Negrín y su antiguo ministro de Defensa Nacional por el control del famoso tesoro. Cuatro meses en los que se ahon-

[8] Para los detalles de esta toma de control del tesoro del *Vita*, y en general de la batalla política que origina, véase EGC, pp. 139-150 y 489-496. El informe que presentó Prieto a la Diputación Permanente se halla publicado —por vez primera— en: «El tesoro del *Vita*, una polémica del exilio republicano», *Nueva Historia*, octubre de 1978 y febrero de 1979.

dará y enconará, irreversiblemente, la enemistad ya existente entre ambos líderes socialistas; una enemistad que se aireará y se extenderá, a través de la prensa y de las publicaciones de epistolarios, a muy amplias zonas de la emigración de la guerra civil. Cuando el batalla política se ha creado una escisión permanente en el exilio que habrá de pesar poderosamente en contra de los emigrados seis años después, a la hora de la gran esperanza de su retorno victorioso a España. Si la enemistad entre Negrín y Prieto es la que, por su

S. E. R. E.
94, RUE SAINT-LAZARE, 2e
PARIS (IXe)
Téléph. TRI 04-45
04-46

PdA.

EXPEDICION.. CR-I
LISTA ...... Nº 2
VAPOR ......"SINAIA"
Nº PERSONAS UNA

D. Ramón Gaya
Chez Cristobal Hall
Chateau Cardesse
OLORON (B. Pyrenees)

9 Mayo 1939.

AVISO DE EVACUACION

Acordada por este S.E.R.E. su evacuación a Méjico, le participo que debe Vd. presentarse exhibiendo el presente documento, al Comité Británico, 47 bis Avenue de la Gare, PERPIGNAN, que es quien ha fletado el buque, hasta el 13 del corriente como máximo, bien entendido que si en dicha fecha no puede Vd. hallarse en PERPIGNAN, será inútil que emprenda el viaje, pués no será embarcado.

Es indispensable presente Vd. tambien cuatro fotografias de frente tamaño pasaporte, de Vd. mismo y de cada uno de los miembros de su familia, cualquiera que sea su edad.- En dicho lugar quedará Vd. albergado hasta el momento del embarque, que tendrá lugar en el vapor "SINAIA" que saldrá de Port-Vendres el dia 16 de Mayo.

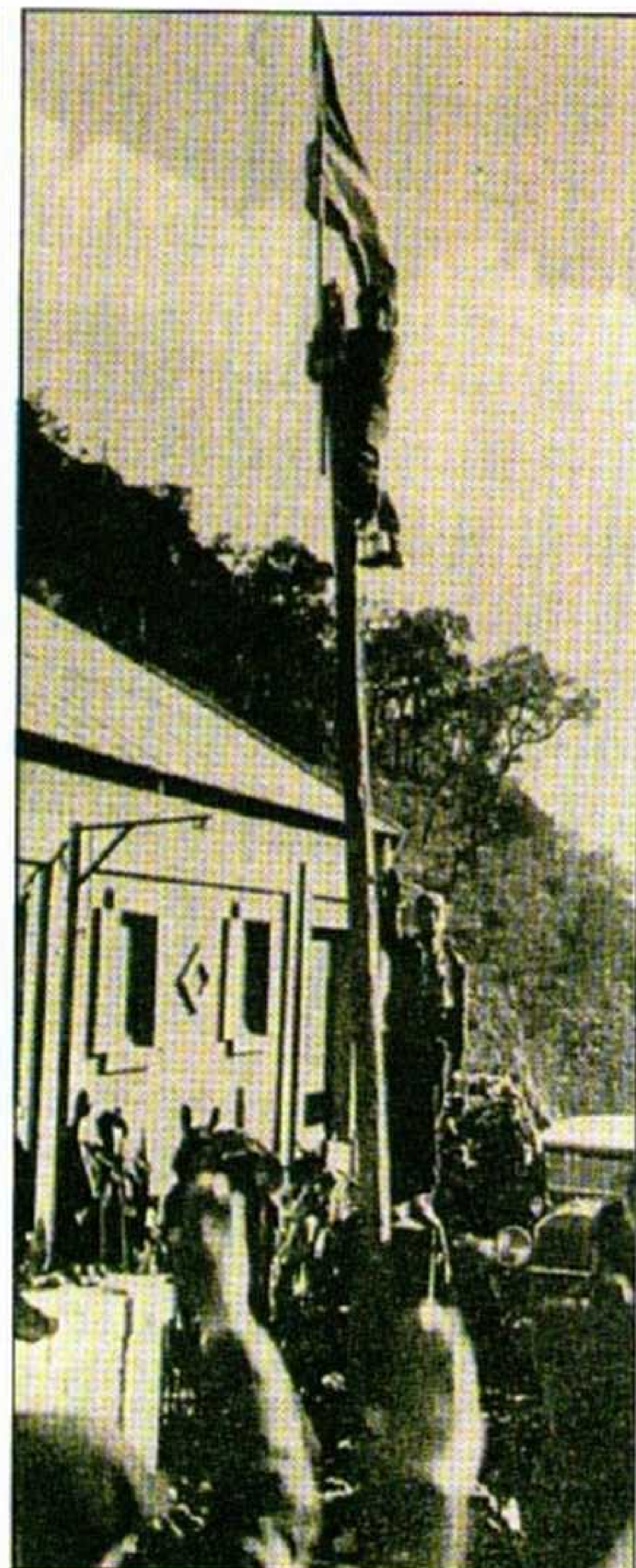
Los familiares que figuran en su ficha, en número de ----, realizarán el viaje juntamente con Vd.

A tal fin se sujetará Vd. a las instrucciones que reciba de las Autoridades francesas. Si se le presentara alguna dificultad o tuviera Vd. cualquier duda, sirvase prevenirnos con toda urgencia.

Le saludamos atentamente,

EL DIRECTOR,

(Arch. J. Rubio.)



(Arch. J. Rubio.)

En mayo de 1939, el SERE (Servicio de Evacuación de Refugiados Españoles) organiza la primera gran expedición a México en el vapor Sinaia. *Al otro lado quedaba España. Muchos no volverán a su patria.*

26 de julio la Diputación Permanente da la definitiva victoria a Prieto y con los fondos del *Vita* se constituye la JARE (Junta de Auxilio de los Republicanos Españoles), no se trata solamente de que haya nacido un organismo de ayuda a los exiliados que se sitúa políticamente frente al filocomunista SERE (Servicio de Evacuación de los Refugiados Españoles), que controla el doctor Negrín. No es eso sólo. Se trata de algo mucho más trascendente, pues con esta larga y feroz importancia, domina los primeros tiempos del exilio, no se trata desde luego de la única, pues son numerosas las desavenencias que por entonces se airean entre los más destacados líderes frentepopulistas. El 4 de abril, Luis Araquistain comunica al presidente de las Cortes su dimisión como diputado en una carta que contiene un feroz ataque a Negrín, a sus colaboradores inmediatos y a sus compañeros de viaje del Partido Comunista. En esta carta alude Araquistain a

J. A. R. E. INTERIOR

ORDEN

Con referencia á

Nuevo Personal

2 de mayo de 1940

AL SR. ECHEVARRIA

En la Junta de ayer han sido designados

AUXILIARES CON 2.500 francos:
Para la Sección de Campos y Refugios: Señor Romigosa.
Para Emigración: D. José María Jàuregui, don Fermín Botella Pérez, señor Romonet y señor Quintana.

PORTERO tercer piso con 2.000 francos:
Señor Ordóñez.

Aumento al Dr. Llopis: 3.500 francos.
El Sr. Closes recibirà un subsidio mensual, a partir del presente mes, de 2.000 francos.
Debe avisarse al Sr. Ordóñez pa que venga a comenzar su trabajo. Los otros designados han sido ya prevenidos.

CARLOS ESPLA

(Arch. J. Rubio.)

Documento interno de la JARE (Junta de Auxilio a los Republicanos Españoles), que se constituye alrededor de Prieto y es enemiga de la SERE. Las tensiones dentro del exilio no tardaron en estallar.

su propuesta de que se nombrase una comisión en la Diputación Permanente ante la que rindiera detallada cuenta Negrín de los fondos que había situado en el extranjero; pero esta propuesta, que el ex director de *Leviatán* tratará poco después de lanzar políticamente mediante un pliego de recogida de firmas, sólo recibirá el apoyo de Largo Caballero, ese gran vencido político de la guerra civil que por entonces, en París, no oculta a nadie su profunda animadversión hacia Prieto y hacia Negrín. En verdad, la iniciativa de Araquistain tenía pocas posibilidades de prosperar, pues los exiliados que se hallan por entonces en París se encuentran demasiado divididos y consternados para poder emprender ninguna acción eficaz contra el todavía prepotente gobierno de Negrín. No hay sino «tinglados y tingladillos que se han erigido en 'genuinos' representantes de todos o parte de los refugiados españoles», como reconoce con amargura el propio Largo Caballero en aquellos primeros meses del exilio [9].

La segunda guerra mundial, que estalla a los pocos meses de terminada la guerra civil española, va a incidir poderosamente en la vida de los exiliados españoles, como veremos muy pronto. Señalemos ahora, en todo caso, que su iniciación es un poderoso catalizador para ahondar las escisiones existentes y airear otras nuevas.

En el propio mes de septiembre de 1939, en el que se inicia la guerra, Indalecio Prieto, en el prólogo de su publicación *Cómo y por qué salí del Ministerio de Defensa Nacional,* lanza un envenenado dardo contra el doctor Negrín, a quien considera no suficientemente desligado de los comunistas tras el pacto Molotov-Ribbentrop. Y, semanas más tarde, el mismo Negrín es objeto de otro ataque —ahora procedente del otro lado, del comunista—, pues Dolores Ibárruri, autora del interesante y poco conocido manifiesto comunista del 1 de noviembre de 1939, califica como inadmisible la actitud de Negrín, por considerarle alineado con los socialistas franceses e ingleses, esto es, con los que —a juicio de la combativa dirigente del PCE— son entonces unas auténticas «aves de rapiña imperialistas» [10].

[9] En su carta a José Bullejos del 12 de noviembre de 1939, que se publicó en *¿Qué se puede hacer? Cartas a varios amigos donde se examinan las posibilidades de los españoles en la emigración* (París, 1940), pp. 20-24.

[10] Dolores Ibárruri: *La socialdemocracia y la actual guerra imperialista* (México, 1940), p. 12.

Cierto es que la mayoría de los dirigentes políticos del exilio muestran por entonces un explicable despego hacia la URSS; incluso entre los catalanes exiliados en París, que mantenían una postura bastante neutral, cuando la Unión Soviética ataca a Finlandia se solidarizan inmediatamente con esta última y titulan a toda página: ¡Visca Finlandia! [11].

Repatriaciones y reemigraciones

PARA los cientos de miles de españoles que se encuentran en los campos de concentración, y para buena parte de la población civil, la dureza de las condiciones de vida en Francia es un poderoso estímulo para cambiar su situación y buscar otras latitudes más acogedoras o, cuando menos, no tan inhóspitas. Desde este punto de vista hay ante ellos dos opciones fundamentales: el regreso a España o la reemigración a terceros países. La resolución de esta disyuntiva habría de suponer hondas dudas y vacilaciones en muchos. Evidentemente, el regreso a España era la opción más fácil y practicable, pues en ella convergían los intereses tanto de las autoridades españolas que habían ganado la guerra, y que deseaban brazos para la nueva puesta en marcha del país, como de las autoridades francesas, que querían, por motivos sobre todo económicos, desembarazarse lo antes posible de tan numerosos e indeseables extranjeros. Todavía más, la mayor parte de los dirigentes políticos, comprendiendo las dificultades e incertidumbres de la vida en el extranjero para la mayoría de los militantes de base, sin especiales responsabilidades, de sus partidos, abogaban con lucidez y patriotismo por su retorno a España.

Por otra parte, no cabe duda que entre el medio millón de personas que pasó a Francia con el éxodo de Cataluña un gran número lo había hecho impelido exclusivamente por el automatismo de la retirada y sin ningún ánimo de permanecer fuera de España, de exiliarse. El propio Azaña lo reconoció, ya en 1939, cuando califica de increíble despropósito la afirmación de Negrín en Figueras, el 1 de febrero, de que las masas de fugitivos hacia la frontera francesa eran el mejor plebiscito a favor del gobierno republicano [12].

No siempre, empero, el problema de la terminación de

[11] *El Poble Català*, setmanari dels catalans a França, núm. 8, de 15-XII-1939.

[12] Manuel Azaña, *Obras completas*, vol. III, p. 545 (México, 1967).



(Sovfoto.)

Niños españoles refugiados en Rusia, durante una clase en una escuela de Moscú. Tratados inmejorablemente, conservaron la lengua y la nostalgia de España. Muchos regresaron.

las penalidades del exilio mediante la decisión de regresar a España se resolvía con facilidad. Con frecuencia, la incertidumbre del trato que habría de recibirse al retornar —las noticias de la represión que se llevaba a cabo en España siempre se filtraban a Francia por uno u otro conducto— contribuía a aplazar la decisión, cuando no a tomarla en el sentido de permanecer en Francia o de reemigrar a otros países. Además, la política de puerta cerrada, o casi cerrada, a las repatriaciones que durante varios meses mantuvo el gobierno de Franco, a consecuencia de las dificultades en el cumplimiento de los acuerdos Bérard-Jordana, contribuía a potenciar la incertidumbre de no pocos de los refugiados que en principio deseaban regresar rápidamente a su patria.

Con todo, las razones que abonaban el retorno de los fugitivos se abrieron finalmente paso, y las repatriaciones adquirieron un elevado ritmo el propio año 1939. A finales del mismo, nueve meses después de terminada la guerra civil, eran 360.000 los españoles que habían regresado a España, es decir, las dos terceras partes del gran éxodo de Cataluña. He aquí una importante precisión aún muy poco conocida [13].

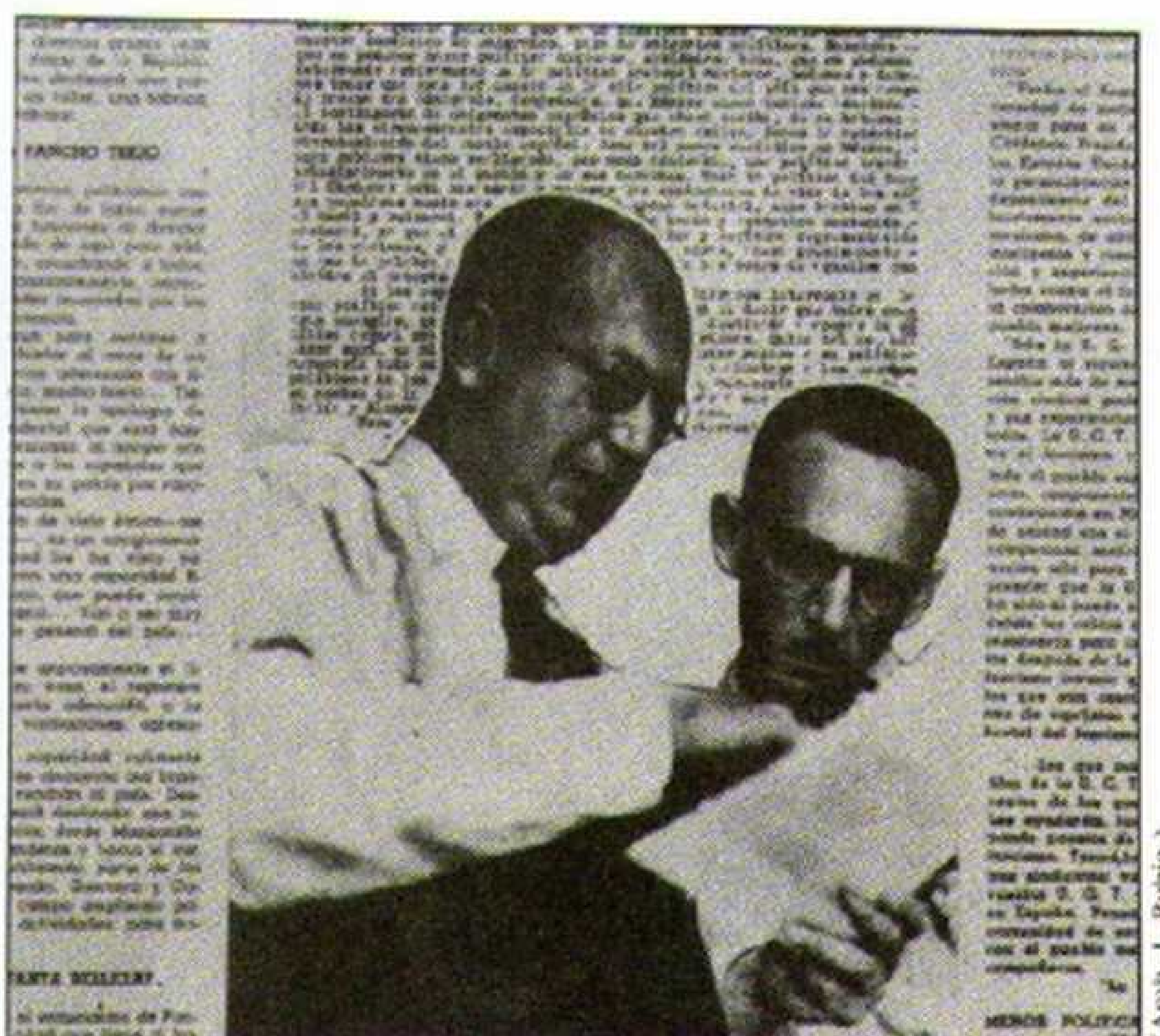
Para los que no se decidieron a regresar a España, del orden de 170.000 a 180.000, la otra opción, la reemigración a terceros países, era la obligada si querían dejar atrás los duros campos de concentración o, en último término, el siempre incómodo y arriesgado territorio francés. Sobre todo a partir de la iniciación de la segunda guerra mundial.

Sin embargo, el abandonar Francia no era tarea fácil, pues para ello se necesitaba tener precisamente resuelto el problema de la acogida en otro país. Y la realidad era que a los refugiados españoles prácticamente nadie les tendía la mano. Inglaterra y los Estados Unidos, las dos grandes democracias occidentales que venían por aquellos tiempos acogiendo a decenas de miles de judíos, tenían firmemente cerradas sus puertas ante los desventurados españoles de los campos de concentración. Y la propia Unión Soviética, que tan identificada se hallaba con el bando vencido, sólo admitió en su territorio un modesto contingente de refugiados. En verdad una cifra ridícula comparada con su capacidad de acogida, ya que fueron tan sólo del orden de seis mil, incluyendo en este número los niños que durante la guerra civil se enviaron a Rusia, que representan más de la mitad.



(Arch. J. Rubio.)

El Sinaia, *primer buque de refugiados con destino a México, atraca en el puerto de Veracruz. Es el año 1939.*



(Arch. J. Rubio.)

Pancho Trejo, director de Población de la Secretaría de Gobernación y artífice de la emigración española a México.

En este panorama tan sombrío e insolidario para con los exiliados de la guerra civil hay en todo caso algunas excepciones, no por contadas menos preciosas. La primera es, desde luego, la de México. El presidente Cárdenas tomó muy pronto una de las decisiones más lúcidas y generosas de los gobernantes iberoamericanos de la época, abriendo con cierta amplitud la admisión de refugiados españoles [14].

[13] Sobre el desenfoque de casi todos los historiadores en el estudio de esta cuestión, véase Javier Rubio: «Las cifras del exilio». Revista *Historia 16*, de octubre de 1978, pp. 27-30.

[14] Según relata Juan-Simeón Vidarte, el presidente Cárdenas le había ofrecido, ya en octubre de 1937, recibir ampliamente a los republicanos españoles caso de que perdieran la guerra. (*Todos fuimos culpables*, México, 1973, pp. 788-791.)

Cuando termina el año 1939 son ya más de siete mil los españoles acogidos por Cárdenas, buena parte de ellos intelectuales y funcionarios. Finalmente llegarán a tierra mexicana más de veinte mil refugiados. México será, dicho sea en su honor, el país de segundo asilo que acogerá, destacadamente, el mayor número de emigrados de la guerra civil.
Chile y la República Dominicana, por razones distintas, también se acordarán de los exiliados españoles en los tiempos difíciles. Al primer país llegarán algo más de dos mil en la famosa expedición del *Winnipeg*, y a Santo Domingo, del orden de tres mil en varias expediciones de fines de 1939 y principios de 1940. Ni que decirse tiene que con tan modestas cuotas de admisión en terceros países, la gran mayoría de los refugiados que no regresaron a España hubieron de permanecer en Francia. A fines de 1939, el balance cuantitativo-geográfico del exilio sería el siguiente:

En Francia

Antiguos combatientes	100.000
Población civil	40.000
En Africa del Norte	
En campos de concentración y albergues	12.000
En la Legión Extranjera francesa	7.000
En Europa	
En la URSS	6.000
En otros países	3.000
En América	
En México	8.000
En otros países americanos	6.000
Total a fines de 1939	182.000

Esta cifra global nos permite obtener fácilmente la cifra definitiva de españoles de la diáspora, pues posteriormente a 1939 son ya muy reducidas las repatriaciones. Durante la ocupación alemana de Francia, de 1940 a 1944, volverán a España aproximadamente unos 20.000. El balance final del exilio será, por lo tanto, del orden de 162.000 españoles permanentemente fuera de su patria a consecuencia de la guerra civil.

Republicanos en todos los frentes

CUANDO en septiembre de 1939 empieza la guerra europea, cambia súbitamente la situación de los refugiados españoles en Francia. Ya no son esos extranjeros indeseables que conviene devolver a su patria o enviar a un tercer país lo antes posible, sino unos brazos jóvenes que interesa grandemente retener para que realicen los trabajos de los franceses que han sido movilizados y para que satisfagan las necesidades crecientes de mano de obra que exigen las industrias de guerra. Todavía más, esos, hasta hace muy poco, incómodos y hasta peligrosos ex combatientes españoles van a ser una preciosa cantera de reclutamiento de experimentados soldados.
El enrolamiento de los refugiados españoles se hace a través de la Legión Extranjera francesa, y fundamentalmente en dos modalidades. En primer lugar, pues es el procedimiento que se practica en el verano de 1939, antes de iniciarse la guerra, mediante el alistamiento

ESPAÑA REPUBLICANA — Sábado 15 de Julio de 1939 — Página 11

Evacuación de Refugiados Españoles a los Países de América

Por considerarla de interés para todas las personas que tienen parientes o amigos refugiados en Francia o en sus dominios o protectorados de Africa, que desean hacerlos llegar a América, hacemos esta publicación cumpliendo el deber que nos hemos impuesto de ayudar a los refugiados en toda forma.

Informes

Tenemos establecido en Francia y Algeria un servicio que permite obtener noticias de los refugiados que se nos soliciten en Buenos Aires —por carta o personalmente— en las oficinas del Centro Republicano Español.

De la misma manera proporcionamos noticias a los refu-

el S.E.R.E., por medio del expediente antes mencionado, los haya declarado emigrables.

Puede también declararlos emigrables y protegibles. Para una u otra declaración se siguen normas preestablecidas, en cuyo cumplimiento intervienen las representaciones de los partidos políticos y organizaciones sindicales que lo componen y, singularmente aquél o aquélla a que pertenezca el solicitante, cuyo informe constituye la base para la resolución.

Si los declara emigrables, el Consulado de Méjico les expide el documento válido para el ingreso en el país, y el refugiado o sus familiares o amigos pagan su pasaje y demás gastos. Si los declara protegibles pueden viajar en las expediciones colectivas; en tal caso y según lo que determine el

(Arch. J. Rubio.)

Fragmento del diario España Republicana, *editado por el Centro Republicano Español de Buenos Aires. La preocupación por los que quedaban en Francia fue constante.*

por un período de cinco años en las unidades de la legión estacionadas en el norte de Africa; y más tarde, una vez iniciado el conflicto europeo, con el enrolamiento durante el tiempo de duración de la guerra en los llamados regimientos de marcha. En una y otra modalidad se alistarán en total unos quince mil españoles, una cifra que a primera vista puede parecer exigua, dada la importancia del contingente de ex combatientes que permanecen finalmente en Francia, pero que en realidad es relativamente muy considerable si se tiene en cuenta el sentimiento de hastío hacia la guerra en general y aun de resentimiento hacia las autoridades francesas por su comportamiento durante la guerra española, que dominaba en la gran mayoría de la población concentracionaria [15].

No son sólo los españoles alistados regularmente en unidades francesas los únicos que combaten en la segunda guerra mundial, pues, como pronto veremos, son muy numerosos los que lo hacen, en Francia o en la URSS, en unidades irregulares del tipo de guerrilla, o en acciones más o menos individuales de resistencia, en la variada gama de movimientos de esta clase que por entonces surgieron en Europa. Pero sí son estos 15.000 españoles, o al menos una parte de ellos, los que participan en las acciones de guerra más importantes y más dilatadas en el tiempo —y aun en el espacio— dentro de la generosa contribución del exilio español al esfuerzo bélico aliado.

En primer término, durante la campaña de 1939-1940 van a combatir contra los alemanes miles de españoles enrolados en los regimientos de marcha, quedando en su mayor parte prisioneros tras la ofensiva alemana de la primavera de 1940, que da lugar a la capitulación de Francia. Durante esta primera fase de la guerra mundial, la participación española que ha dejado mayor huella histórica ha sido, sin embargo, la mucho más reducida en la campaña de Narvik. Son tan sólo unos quinientos españoles, que, eso sí, forman una apreciable proporción —del orden de la cuarta parte— de la famosa 13 Media Brigada de la Legión Extranjera, unidad sobre la que va a recaer una de las acciones de mayor responsabilidad y dureza de la conquista de Narvik. El carácter del combatiente español tiene ya ocasión en estas acciones de destacarse y llamar la atención del mando, pues el propio general Béthouart, que dirigía la brigada, no puede olvidar en sus memorias a esos españoles «morenos, turbulentos, difíciles de mandar, pero de un magnífico valor» [16].

Con la retirada de Narvik y el armisticio franco-alemán no terminan los combates para este contingente de legionarios españoles que se había batido en las nieves noruegas, pues la mayor parte de ellos se enrolará en Inglaterra en las unidades francesas que se dirigen en 1940 al Camerún y que, bajo las órdenes de Leclerq, seguirán batallando en Libia, en Francia —los españoles serán los primeros en entrar en París— y por último en Alemania hasta el mismo fin de la guerra.

Pero la guerra tampoco terminó para los legionarios españoles que procedentes de Narvik decidieron volver a sus cuarteles de invierno del norte de Africa, pues ellos, junto a los miles de españoles enrolados en la legión y que hasta entonces no se habían movido de Marruecos, habrían de verse envueltos en los breves pero durísimo combates del desembarco norteamericano de noviembre de 1942. Durante tres días, los regimientos de la Legión Extranjera francesa —de los que casi el 80 por 100 son españoles— ofrecen una tenaz resistencia a los norteamericanos, siguiendo las órdenes del general Noguès. Las bajas son muy numerosas: un par de centenares de españoles perderán allí la vida.

En lejanos países

Los españoles enrolados en la Legión Extranjera francesa —ahora nos referimos a los que se encontraban en Argelia— intervendrán poco después en nuevas operaciones bélicas en el continente africano, sobre todo en la larga y dura campaña de Túnez de los primeros meses de 1943. Campaña en la que participará también un pequeño contingente de unos cuantos centenares de exiliados de la guerra civil, que, en unos casos procediendo de los campos de concentración que mantenía el gobierno de Vichy en Argelia tras su liberación por los aliados, y en otros casos proviniendo de las filas de la legión, de las que habían desertado, se enrolaban en el Cuerpo Franco de Africa para continuar la lucha contra las fuerzas del Eje. En esta unidad aliada, un distinguido marino español, el ex jefe de la flota republicana Miguel Buiza, mandaba una compañía como simple capitán.

En el Próximo Oriente también hay unidades de la Legión Extranjera francesa que tienen numerosos españoles entre sus filas y que, asimismo, hubieron de intervenir en sangrientos combates. Se trata ahora de los que tuvieron lugar con ocasión de la campaña de Siria, en el verano de 1941; unos combates que, como los de Marruecos del año siguiente, ya citados, alinean a exiliados republicanos en fuerzas que, al permanecer leales a Vichy, han de enfrentarse a las aliadas. Ya se ha dicho antes que no son sólo los españoles que se alistan en unidades regulares francesas los que actúan como combatientes —en el sentido amplio del tér-

[15] Sobre el número de combatientes enrolados en las unidades francesas se han dado con frecuencia cifras muy abultadas y sin fundamento. La que hemos presentado, correspondiente al primer trimestre de 1940, procede de los ficheros del propio SERE (EGC, p. 392).

[16] General Béthouart: *Cinq années d'espérance* (París, 1968).



Deutsche Botschaft in Spanien

Pro-Memoria.

El Gobierno Mejicano ha comunicado al Gobierno Alemán que estaba dispuesto a acoger a todos los refugiados españoles, procedentes de Francia y Bélgica, y a dar todos los pasos necesarios para ejecutar, en el plazo más breve posible, esta decisión, con el fin de evitar que estos fugitivos representen una carga económica para Alemania. En caso de acceder el Gobierno Alemán, todos los fugitivos españoles que se hallan en Francia, deben, según la propuesta mejicana, encontrarse "bajo la protección de la bandera mejicana"

El Gobierno Mejicano ha dirigido también al Gobierno Italiano una comunicación análoga.

El Gobierno Alemán tiene el honor de dar conocimiento al Gobierno Español de esta gestión del Gobierno Mejicano y le agradecería una pronta comunicación de su opinión y eventuales deseos, referentes a este asunto. El Gobierno Alemán tiene la intención de no contestar en seguida a la demanda del Gobierno Mejicano.

Madrid, 20 de Junio de 194[illegible].

(Arch. J. Rubio.)



(UPI.)

¡POR LA REPUBLICA ESPAÑOLA!

Por considerarlo de alto interés politico y porque determina con toda claridad la posicion de la mayoria de los españoles enemigos de Franco en los criticos momentos actuales, damos a la publicidad el discurso pronunciado el 15 de Abril de 1944 por INDALECIO PRIETO, ex ministro socialista de la República española y Secretario de la Junta Española de Liberacion, en el Centro Asturiano de La Habana (Cuba).

(La Comisión Ejecutiva de las Juventudes Socialistas de España en África del Norte)

(Arch. J. Rubio.)

El presidente Cárdenas, al que vemos rodeado de niños evacuados, prepara el acuerdo franco-mexicano de 1940, documento a la izquierda. Abajo, las Juventudes Socialistas españolas en Argelia anuncian un discurso de Prieto.

mino— durante la segunda guerra mundial. Para buena parte del gran contingente de españoles que permanece en Francia tras la derrota del verano de 1940 pronto aparecen, en su inicialmente reducido campo de posibilidades, irregulares pero eficaces modos de oponerse, de combatir al invasor alemán. Un invasor ante el cual los refugiados españoles no podían mostrarse indiferentes; y no sólo por razones de principio, sino de propia seguridad personal, como la entrega de Companys, Zugazagoitia y Peiró a la justicia de Franco y su posterior ejecución en España pusieron trágicamente de manifiesto.

Primeramente, son los actos de sabotaje más o menos aislados en las obras y en las cadenas de producción, en las que las autoridades alemanas ocupantes emplean frecuentemente a los refugiados españoles. Luego, sobre todo a partir del ataque alemán a la URSS, el sentimiento antialemán de las activas minorías comunistas se manifiesta tanto en los actos de sabotaje sistemáticos, principalmente en medios de comunicación, como en la participación en las preciosas redes de evasión, por las que escaparon a España casi la mitad de los aviadores aliados abatidos en Francia. En realidad, todos los movimientos de resistencia que surgen en Francia contra el invasor encontraron siempre el apoyo de los refugiados españoles, especialmente los de tipo rural —entonces conocidos como el *maquis*—, dada su fácil adaptación a las acciones bélicas del tipo de guerrilla. Naturalmente, estos movimientos resistentes aumentaron grandemente conforme declinaba la estrella del Tercer Reich: en los últimos tiempos de la ocupación se hallaban ya encuadrados formalmente en unidades de carácter paramilitar, que constituían casi un ejército clandestino que se

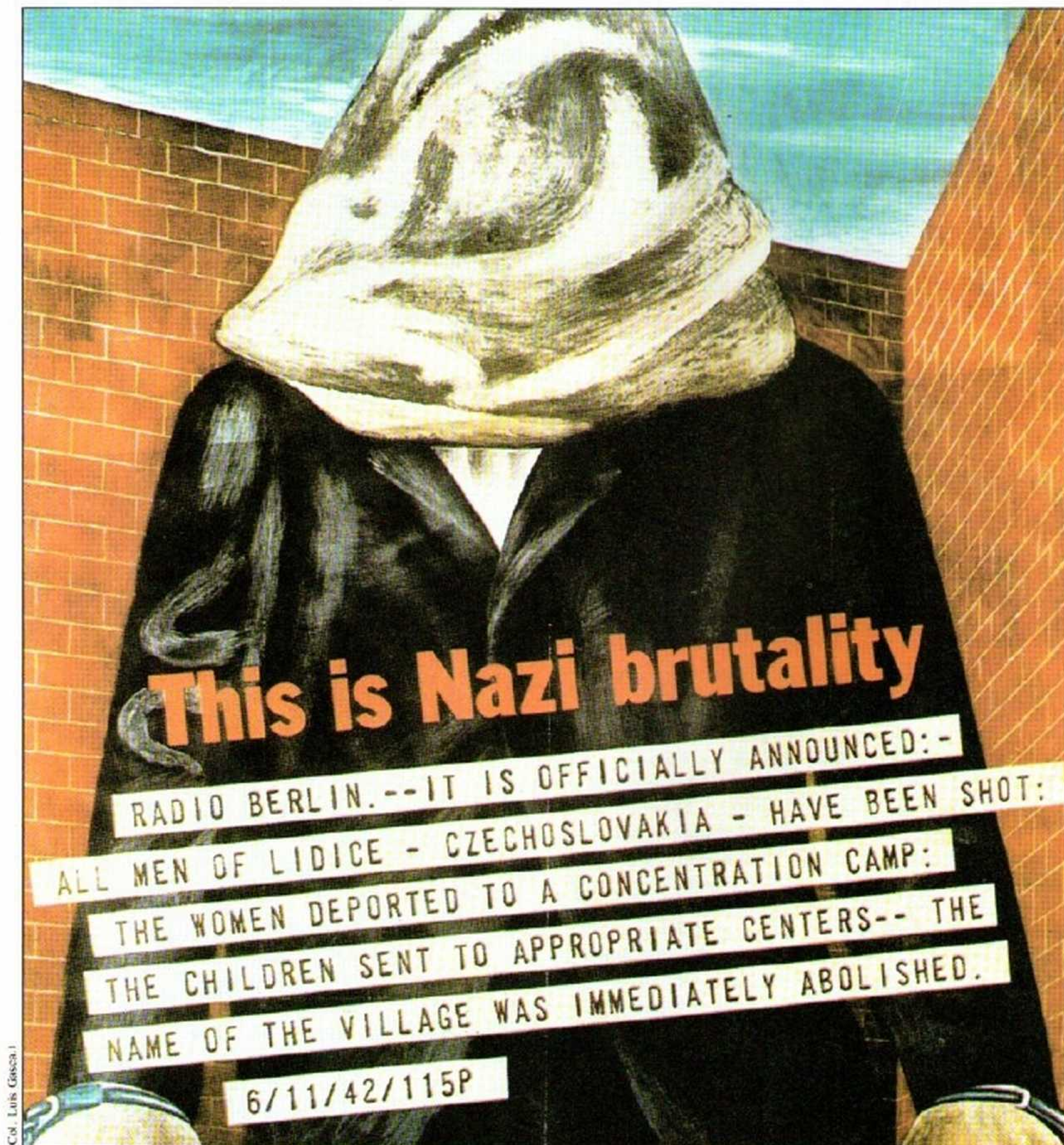
conocía bajo las siglas de FFI (Fuerzas Francesas del Interior).
En todas estas actividades de activa y arriesgada oposición a las fuerzas ocupantes —que a veces devinieron en verdaderas pequeñas batallas, como en el Vercors y Mont Mouchet—, los exiliados españoles tuvieron una gran participación. En el momento de la liberación de Francia, no menos de diez mil españoles se hallaban integrados en las famosas FFI, lo que constituía sin duda uno de los contingentes de extranjeros más importantes que se incorporaron a la Resistencia.
Todas estas actividades de oposición al ocupante no se llevaron a cabo sin pagar un alto precio. En realidad, cuando un resistente caía en manos de los alemanes tenía que enfrentarse con uno de los panoramas vitales más sombríos que puedan imaginarse: el feroz interrogatorio, la tortura, los trabajos forzados, e incluso la muerte, no sólo por fusilamiento, sino por extenuación o inanición. En los campos de concentración alemanes, y sobre todo en el siniestro Mauthausen, encontraron la muerte no menos de cinco mil españoles, es decir, muchos más de los que costó la participación de los exiliados en todos los frentes de la segunda guerra mundial [17].
Si a todas estas actuaciones de carácter bélico añadimos las que algunos centenares de españoles tuvieron en el otro extremo de Europa, en la Unión Soviética, combatiendo igualmente contra el invasor alemán, podemos afirmar que los republicanos exiliados de la guerra civil española actúan prácticamente en todos los frentes de batalla del hemisferio occidental de la segunda guerra mundial.
Todavía más. Los emigrados de nuestra guerra civil no sólo combaten en todos los frentes, sino también contra tropas de casi todos los principales países implicados, pues las vicisitudes de la guerra les llevaron a luchar, además de contra el ejército alemán y el italiano, sus enemigos —digamos— naturales, contra unidades militares norteamericanas, británicas y de la propia Francia libre. Y habrían combatido también contra el ejército soviético si los finlandeses hubieran resistido unas semanas más en 1940, pues la famosa 13 Media Brigada de la Legión Extranjera francesa —en la que ya sabemos había medio millar de españoles—, la que combatió a los alemanes en Narvik, había sido inicialmente reclutada, y estaba siendo entrenada en Francia, para luchar junto a los finlandeses en el cuerpo expedicionario franco-inglés que se pensaba enviar a Finlandia tan pronto como el puerto de Petsamo quedara libre de hielos.

La hora de la esperanza

El año 1943 es el que inclina definitivamente la balanza del lado de la victoria aliada. A fines de enero se ha rendido el ejército de Von Paulus en Stalingrado, en mayo capitulan las fuerzas alemanas que defendían Túnez y a primeros de septiembre se produce el desembarco anglo-norteamericano en la península italiana y la inmediata rendición de Badoglio. En estas circunstancias, ya nadie duda del próximo fin de Alemania e Italia, y los exiliados españoles no son excepción.
En realidad, los exiliados de la guerra española se incorporan con doble título a la euforia que entonces domina en las naciones aliadas, pues para estos expatriados la victoria sobre Alemania no es sólo la victoria sobre el enemigo de entonces, contra el que están combatiendo con las armas en la mano, sino también la victoria contra el enemigo que les había vencido anteriormente en España, esto es, contra Franco. Pues si el triunfo de este último se debió tan sólo —así lo creen firmemente los exiliados— a la ayuda que recibió de Hitler y de Mussolini, nada más lógico pensar que la derrota de éstos arrastre la de su protegido, la de Franco. Para los emigrados españoles no hay duda: la victoria aliada, que tan nítidamente se perfila tras el desembarco aliado en Italia, tenía que abrirles muy pronto de par en par las puertas de España para su regreso triunfal.
Así se origina para los exiliados españoles la hora de la gran esperanza. Una hora que se va extender, esencialmente, desde fines de 1943 a fines de 1946. Todo un trienio, durante el cual los exiliados no van a permanecer, desde luego, ociosos ni política ni militarmente.
Aunque al final del trienio los esfuerzos de los distintos dirigentes políticos del exilio se conjuntan, e incluso geográficamente convergen, en los primeros años cabe distinguir, con bastante nitidez, dos grandes teatros de operaciones con distintas orientaciones políticas. El primero tiene como escenario Europa y el norte de Africa, y su estrategia está concebida sobre todo por los dirigentes comunistas. El segundo teatro de operaciones está en América, más concretamente en México; su orientación obedece ahora a la batuta de una conjunción republicano-socialista.
Las acciones que se emprenden desde el norte de Africa y desde la Francia recién liberada no solamente se diferencian de las de México por su colaboración política, sino también por su naturaleza, ya que las que se llevan a cabo de este lado del Atlántico tienen sobre todo un carácter de acción inmediata, de com-

[17] Sobre la trágica vida de los españoles en los campos de concentración alemanes hay obras relativamente numerosas; una de las más completas es la de Manuel Rezola y Mariano Constante: *Triangle Bleu. Les républicains espagnols à Mauthausen, 1940-1945* (París, 1945). En cambio, sobre la vida de los exiliados españoles en los campos de concentración de la URSS —no por ser menos numerosos su destino fue menos trágico— hay muy poca obra testimonial; una de las más interesantes es la de Vicente Monclús: *Dieciocho años en la URSS* (Buenos Aires, 1959).

bate armado, mientras que las que se emprenden en México son esencialmente de tipo institucional, de índole política. Lo que, por otra parte, resulta lógico, ya que en Europa y en el norte de Africa se hallan los exiliados que han combatido a los alemanes con las armas en la mano y que desean seguir combatiendo a Franco del mismo modo, mientras que en América se encuentran los principales dirigentes políticos del exilio, los cuales conciben su retorno a España más como resultado de unas acciones políticas, o diplomáticas,

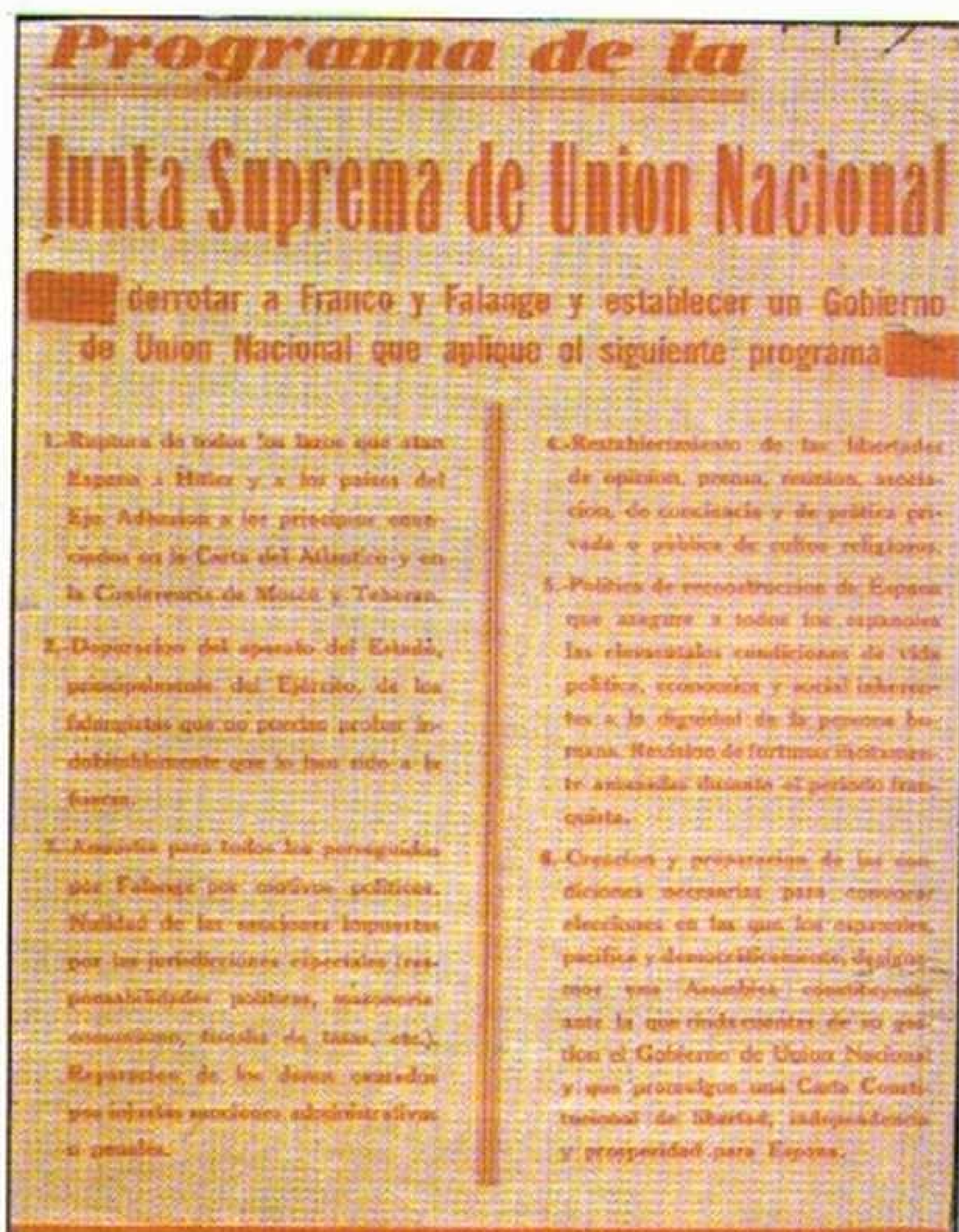


(Col. Luis Gasca.)

En 1942 el nazismo alemán está en todo su apogeo. Este cartel americano denuncia la brutalidad del Reich en Checoslovaquia. Poco después el mundo se asombrará con otros crímenes hitlerianos.

que como consecuencia de una acción de fuerza de tipo militar.

Argelia y Marruecos son los primeros territorios con importantes contingentes de exiliados españoles —tan sólo en el Oranesado hay cuatro mil afiliados al Partido Comunista— ocupados por las tropas aliadas, lo que va a permitir no solamente enrolamientos en el Cuerpo Franco de Africa, como ya se ha visto, sino también emprender acciones directamente concebidas contra el régimen de Franco. Desde fines de 1943 se producen varias infiltraciones de exiliados en Marruecos y, sobre todo, en la primavera de 1944 se producen varios desembarcos clandestinos en las costas de Almería y Granada con objetivos múltiples. Pues si por una parte tienen como misión realizar específicos actos de sabotaje en las vías de comunicación o de transporte de energía, por otro lado se trata también de levantar la moral de los correligionarios del interior fomentando la formación de nuevos núcleos activos de oposición, con el fin de preparar el levantamiento nacional contra Franco que esperan poder realizar muy pronto; tan pronto —se pensaba entonces— como los alemanes se retiren de los Pirineos y no haya riesgo de intervención por su parte.


Programa de la
Junta Suprema de Union Nacional
derrotar a Franco y Falange y establecer un Gobierno de Union Nacional que aplique el siguiente programa

(Arch. J. Rubio.)

La Junta Suprema de Unión Nacional, inspirada por el PCE, pretende las riendas del poder a la caída de Franco.

Esta condición se cumple muy pronto. La liberación de Francia tiene lugar con bastante rapidez tras el desembarco de Normandía y antes de que finalice el verano de 1944 las fuerzas que hay al norte de los Pirineos no son las alemanas, sino las de las FFI, donde se encuentran no pocos miles de españoles exiliados, que desde fines de septiembre van pasando clandestinamente, a centenares, por las fronteras de Lérida, Huesca y Navarra. El día 5 de octubre, décimo aniversario de la revolución de Asturias, se considera que ha llegado la hora de la «Insurrección Nacional» [18]. Pero la insurrección, el pronunciamiento —pues en realidad la operación se concebía como un clásico pronunciamiento periférico del siglo pasado— no prospera. La respuesta de la población y de la tropa, esencial para el éxito de este plan, no es la esperada. Ni los soldados se pasan a los «guerrilleros liberadores», sino que los combaten, ni los campesinos los acogen con vítores, sino que les huyen y frecuentemente los denuncian.

Nuevas tácticas

Los dirigentes comunistas exiliados, pues son los de este partido los que llevan la responsabilidad de todas estas operaciones, cambian rápidamente su táctica ante el fracaso del pronunciamiento. A mediados del propio mes de octubre de 1944, varios millares de españoles procedentes de las FFI se concentran frente al valle de Arán, al que empiezan a pasar el día 18 con ánimo, no de infiltrarse de camino a otras regiones españolas, sino, lisa y llanamente, de conquistarlo, pues de lo que se trata es de disponer de una parcela de territorio español donde el gobierno de Negrín —el gobierno legítimo español para los exiliados— pudiera instalarse y ejercer las funciones de un Estado, aunque minúsculo, soberano.

El plan estaba bien concebido, tanto desde un punto de vista político, pues era claro que la situación internacional del régimen de Franco estaba llegando por entonces a niveles difícilmente sostenibles, como desde el punto de vista estratégico-geográfico, ya que el valle de Arán, por su especial orografía, y más todavía en una época como el otoño, víspera de grandes nevadas, era la parcela de territorio español próximo a la frontera que mejor se prestaba a una defensa temporal. Sin embargo, el proyecto de ocupación del valle partía de un gravísimo error, que era la insuficiencia de las fuerzas de que se podía disponer para su realización, tanto en número como en encuadramiento y en armamento. Ante la 42.ª División, que envía el go-

[18] EGC, p. 534. Para los detalles de estas incursiones puede consultarse Francisco Aguado Sánchez: *El maquis en España. Su historia* (Madrid, 1975).

bierno de Madrid, la retirada es general. El balance: un fracaso de alto costo para el exilio y, en especial, para los comunistas, que fueron los principales muñidores del plan, pues al elevado número de bajas se añade la pérdida de credibilidad ante los compañeros Española de Liberación (JEL). Todo ello contribuye a que al otro lado del Atlántico, y sobre todo en México, se vivan días de gran emoción y esperanza. La nueva singladura de la Segunda República española se ve entonces como algo tangible, inmediato; en cierta ma-



PLUS ULTRA

España

ORGANO DE LA JUNTA ESPAÑOLA DE LIBERACION

SE PUBLICA LOS SABADOS
REDACCION Y ADMINISTRACION
TACUBA, 15
PRECIO 10 CENTAVOS
REGISTRADO COMO ARTICULO DE SEGUNDA CLASE EN LA ADMINISTRACION DE CORREOS DE MEXICO

AÑO I — SABADO 29 DE ENERO DE 1944 — NUM. 1

MANIFIESTO DE LA JUNTA ESPAÑOLA DE LIBERACION

"LA PAZ Y EL ORDEN SOLO PUEDEN VOLVER A ESPAÑA CON LA REPUBLICA"

"La Justicia Democrática—sin la que no puede haber ni independencia ni libertad—es la aspiración de todos los pueblos que pelean contra la tiranía totalitaria".

La Junta Española de Liberación, constituida en cumplimiento del Pacto suscrito el 25 de noviembre último por Izquierda Republicana, Partido Socialista Obrero Español, Unión Republicana, Esquerra Republicana de Cataluña y Acción Catalana Republicana, se dirige a la opinión española y a la de todos los pueblos en lucha contra el totalitarismo para reivindicar el régimen que España se dió libremente el 14 de abril de 1931. Ningún hecho se produjo desde entonces, ni en el orden legal ni en el jurídico, que pueda invalidar aquella auténtica y solemne expresión de la voluntad española de regirse por la República. El derecho de los españoles a recobrar sus libres instituciones, que les fueron arrebatadas violentamente, se afirma por sí mismo como uno de los postulados básicos de la democracia.

A fin de alcanzar la restitución debida al pueblo español se han unido

del derecho, contraponen los falangistas una práctica criminal que convierte al Estado en instrumento del delito.

Contados los días del franquismo, que en vano pretende engañar a la opinión, dentro y fuera de España, con falaces transformaciones, es menester impedir que se realice, utilizando procedimientos tan ilegítimos como los que dieron por resultado el despotismo nazi-facista, la restauración de la monarquía antinacional que cayó en 1931, no por obra de sórdida conjura ni de sectaria rebelión sino a consecuencia de una de las jornadas cívicas más espléndidas de la historia. Arrojada de España por el desprecio público, en vez de guardar aquel retraimiento que el patriotismo le imponía, se solidarizó desde el destierro, mediante imprudentes palabras del ex rey Alfonso XIII, con la insu-

(Arch. J. Rubio.)

Portada del primer número de España, *editado en México por los exiliados españoles. La derrota del Eje hacía crecer las esperanzas de que Franco sería apartado del poder.*

del exilio, e incluso ante las propias autoridades francesas, de la tesis —tan difundida en los medios comunistas— de que en España existía una situación prerrevolucionaria.

En América, mientras tanto, la ofensiva de los exiliados toma unos derroteros muy distintos. Las acciones van a ser aquí esencialmente de naturaleza política, como ya se ha anticipado. El catalizador es la gran reunión de profesores e intelectuales republicanos que tiene lugar en La Habana en septiembre de 1943, reunión en la que se manifiesta ya sin ambages la necesidad y la urgencia de tomar la iniciativa política, creando incluso un organismo para contribuir a la rápida liquidación del régimen de Franco.

El guante se recoge prestamente en México, donde se halla la mayor parte de los dirigentes políticos exiliados, y antes de que finalice el mes de noviembre se ha firmado el pacto para restaurar la República española y se ha constituido su organismo de dirección: la Junta nera se viven por anticipado horas de victoria [19]. La Junta Española de Liberación es un organismo muy reducido —voluntariamente se lo ha querido así para darle agilidad—, pues cuenta sólo con cuatro miembros que representan los cinco partidos políticos que han firmado el pacto. Diego Martínez Barrio, por Unión Republicana, es el presidente; Alvaro de Albornoz y Antonio María Sbert son los vocales (el primero representa a Izquierda Republicana y el segundo a Esquerra Republicana de Catalunya y Acción Catalana Republicana, conjuntamente); por último, Indale-

[19] Entre otros testimonios de esta visión anticipada es interesante la que presenta Somoza, ya en el otoño de 1943, sobre la vida política, un tanto idílica, en la España republicana de diez años después. (Lázaro Somoza: *El general Miaja*, México, 1944, pp. 303-306.) Prieto, también en 1943, da una visión anticipada del homenaje que habría de tributarse en España a Lázaro Cardenas tras la restauración de la República. (*Convulsiones de España*, II, pp. 235-239, México, 1968.)

cio Prieto, por el Partido Socialista, será el secretario. Cuatro destacados dirigentes republicanos que llevarán a cabo una dinámica actividad de viajes y de propaganda política para la causa republicana a lo largo de los veinte meses de existencia de la junta. En particular, su presència en San Francisco, en la conferencia fundacional de las Naciones Unidas, fue un factor de peso para la obtención de la exclusión formal del gobierno de Franco del naciente organismo, si bien cabe precisar que para entonces —junio de 1945— ya no era presidente de la junta Martínez Barrio, sino Alvaro de Albornoz, habiendo ocupado la vocalía que éste dejó vacante el infatigable político leonés Félix Gordón Ordás.

Para buena parte de los dirigentes políticos exiliados en México, la JEL no era un organismo de nivel suficiente para llevar a cabo la ofensiva política y diplomática que se consideraba necesario desarrollar en aquellos momentos, ni, por otra parte, era un órgano de carácter gubernamental que pudiera hacerse cargo eficaz e indiscutidamente del poder en España, acontecimiento que entonces se creía inminente. Para estas tareas se precisaba —en opinión de muchos exiliados y, desde luego, de los sectores republicanos propiamente dichos— de un auténtico gobierno, y como el último de la Segunda República, el que presidía Negrín, no se consideraba de coloración política adecuada —por su filocomunismo— para ser aceptado por las potencias aliadas occidentales, era necesario crear otro. Naturalmente para nombrar un nuevo presidente de gobierno, y aceptar la dimisión del anterior, era indispensable que hubiera un presidente de la República, lo que, a su vez, exigía una reunión de las Cortes ante las que prometiera el cargo. Así nacen las singulares reuniones de las Cortes españolas que tuvieron lugar en México.

El 10 de enero de 1945 se lleva a cabo la primera reunión en el Club France de México. Su alcance es meramente protocolario, pues se centra en una oración fúnebre por los 126 diputados, de todos los partidos, que habían fallecido desde que se constituyó la cámara en 1936. Las cuestiones políticas, y concretamente la promesa del presidente de las Cortes como presidente interino de la República, se dejan para próximas reuniones, de las que llega incluso a anunciarse la fecha de la primera. Sin embargo, estas reuniones no tendrán lugar, dada la firme oposición que a las mismas ofrece el grupo parlamentario controlado por Prieto [20].

[20] El argumento en el que se basaban los diputados prietistas para sostener que no podían celebrarse verdaderas reuniones de las Cortes era que no resultaba posible alcanzar el quórum de 100 diputados —en la reunión del día 10 sólo había habido 72— que establecía el reglamento de las Cortes para poder tomar acuerdos. Claro es que este razonamiento era más bien el pretexto que encubría una maniobra política de gran alcance, como hemos explicado en otro lugar (EGC, pp. 569 y ss.).



(Efe.)



(Efe.)

A la izquierda, llegada de Negrín a Nueva York y recibimiento de noviembre de 1945 en México. Pensaban que podrían volver a Espa


(Arch. J. Rubio.)


(Arch. J. Rubio.)


(Arch. J. Rubio.)

l Frente Cristiano. *Distintos aspectos de las Cortes republicanas en ña. El fracaso vendría después.*

Tan sólo ocho meses después —entretanto ha tenido lugar el éxito de la Conferencia de San Francisco— logran reunirse de nuevo las Cortes, y ante ellas presta Martínez Barrio la promesa que había rehusado seis años antes. Es la famosa sesión que tuvo lugar en el Salón de Cabildos de México el 17 de agosto de 1945. Ahora sí, ya hay presidente de la República; y los acontecimientos políticos se precipitan. El mismo 17 de agosto, Negrín presenta su dimisión, y cuatro días más tarde —después de haber sopesado cuidadosamente la posibilidad de que fuera el propio Negrín nuevamente el presidente del consejo— Martínez Barrio designa a Giral para formar gobierno. Antes de una semana se da a conocer la lista de gobierno, en la que hay tres significativas ausencias. La primera es la de los comunistas, a los que no se ha invitado. La segunda es la de Negrín, a quien se ha rogado insistentemente que formara parte, pero que ha rehusado. La tercera es la de Prieto, a quien se incluyó en la primera lista de gobierno, pero que se apresuró desde los Estados Unidos a comunicar su no aceptación.

Antes de partir para Europa, donde obviamente se ha desplazado el centro de gravedad de la política del exilio, el doctor Giral presenta su gobierno y su programa ante las Cortes. Es la reunión, la tercera y última, que tiene lugar los días 7 al 9 de noviembre y en la que, desde luego, se respalda unánimemente al nuevo gobierno, si bien Indalecio Prieto hace una intervención en la que muestra sus reservas. Unas reservas que habrían de tener considerable trascendencia en el desarrollo posterior de la vida política del exilio.

A principios de 1946, tanto el gobierno como el presidente de la República se encuentran ya en París. Este es el momento de máxima esperanza de un inminente retorno triunfante a España. México, Guatemala, Panamá y Venezuela han reconocido ya al gobierno Giral. La Asamblea General de las Naciones Unidas, que tiene lugar por entonces en Londres, recuerda y refuerza la declaración de San Francisco, que excluye al gobierno de Franco. Antes de que termine el mes de enero, el gobierno francés solicita de los de Gran Bretaña y Estados Unidos la ruptura de relaciones diplomáticas con Franco. El 22 de febrero, el presidente Giral, y los de los gobiernos autónomos de Cataluña y del País Vasco, Irla y Aguirre, lanzan un manifiesto al pueblo español —que se hace directamente eco del «ambiente internacional, cada vez más favorable»— en el que se proclama la decisión de liquidar, en un ambiente de generosidad, la pasada guerra civil. En verdad, la terminación del régimen surgido en España de la guerra de 1936-1939 parece entonces, al otro lado de los Pirineos, inminente [21].

[21] En este manifiesto, que, con la fotografía de los tres presidentes, se repartió profusamente en la época, se afirmaba insistentemente la vigencia del régimen de la República y de su Constitución.

Manifiesto a los españoles

Representantes y continuadores de la legalidad republicana, emanación de una voluntad nacional reiteradamente manifestada, venimos hoy a reafirmar nuestra fe y nuestra lealtad para con la República. El concepto que tenemos de la altísima misión que nos confirieron los pueblos hispánicos nos lo impone. Y en esta hora trascendental en que algunos quisieran sembrar el desánimo y la confusión con fines injustificables, serenamente, pero con toda energía, denunciamos las maniobras que puedan hacerse para burlar esta voluntad nacional y afirmamos solemnemente la vigencia de la República, de su Constitución, de los Estatutos que de ella derivan.

La Guerra mundial empezó en España con la sublevación de los que hoy detentan ilegalmente el poder, ayudados por Italia y Alemania. No fué la República, que laboraba afanosamente y con perfecta alteza de miras por el progreso moral y material de las diversas clases sociales que integran el país, quien provocó la guerra civil. La República tuvo que defenderse, que repeler una agresión y lo hizo con dignidad y heroísmo ejemplares. Todos los males y excesos de la guerra fueron ocasionados por aquellos que la provocaron y que, momentáneamente victoriosos, extremaron su crueldad hasta los límites de lo indecible.

Con la restauración de nuestra República terminará la guerra en Europa y las luchas fratricidas en España, ya que sólo la República es garantía de tolerancia, de convivencia y de justicia. Todo lo demás no es otra cosa que una burda maniobra para burlar la voluntad de nuestros pueblos, el sentido de nuestra lucha, las corrientes que hoy triunfan en el mundo.

Reafirmamos, pues, la vigilancia de la República. Y lo hacemos de manera clara y concisa, sin necesidad de oropeles ni de fraseología alguna. Lo que nuestros pueblos se dieron no puede perecer. Por esto, en el interior de España la oposición al franquismo, la fe republicana, son cada día mayores. Dirigimos un saludo emocionado a todos los patriotas que luchan y han luchado, que sufren y han sufrido por la República y la libertad. Y les decimos que, atentos siempre a nuestra voz, en estrecha colaboración con ellos, perseveren en su acción, mantengan vivo el entusiasmo, guarden intacta su fe en la República, no se dejen influenciar por falsas maniobras. La voluntad de todo un pueblo se impondrá finalmente. Y con ella, la República y las libertades de Cataluña y Euzkadi.

Hacemos conjuntamente esta declaración, dirigida a todos los españoles de dentro y de fuera de España :

1.° Afirmamos nuestra fe en la República como única institución que puede resolver, en términos democráticos, de justicia y de libertad, los diversos y complicados problemas planteados hoy a los pueblos cuyos intereses legítimamente representamos.

(Arch. J. Rubio.)

EL SOCIALISTA

ORGANO DE LA FEDERACION DE AFRICA DEL NORTE

LARGO CABALLERO, LIBERTADO

Deber ineludible

La Victoria contra el Fascismo

(Arch. J. Rubio.)

P.C. ESPAÑA ★

P.C. EUZKADI

El pueblo español votó por la

REPÚBLICA

El Gobierno Giral al poder

(Arch. J. Rubio.)

En abril de 1946, Giral incorpora al gobierno a los comunistas y lanza un manifiesto a la España «de dentro». Anuncio de la liberación de Largo Caballero y propaganda en Bayona.

Repulsa internacional

A fines de febrero, el gobierno francés toma dos iniciativas que van a marcar el punto culminante de la presión internacional contra el régimen de Franco, pues van a suponer, como contragolpe, el establecer el límite de esa presión. Se trata del cierre de la frontera franco-española y de la presentación del llamado «caso español» al Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas. La tensión diplomática entre España y Francia es muy fuerte, y Gran Bretaña, temerosa de que la situación pueda deteriorarse aún más y dé lugar a algún grave conflicto internacional, toma la iniciativa de fijar, mediante una declaración conjunta con los gobiernos de Francia y de los Estados Unidos, la actitud de las grandes potencias aliadas occidentales ante la cuestión española.

En esta declaración conjunta, que tiene lugar el 4 de marzo, los tres gobiernos citados formulan una severa condena al régimen político español, sin duda la más fuerte hecha pública hasta entonces, pero, al mismo tiempo, las tres grandes potencias establecen muy claramente los límites que se autoimponen en el tratamiento de este caso: no habrá intervención exterior directa para cambiar el régimen español, ya que ésta es una cuestión que compete resolverla únicamente al pueblo español. Aún más, las relaciones diplomáticas no se rompen, como deseaba Francia, pues el mantenimiento o la terminación de las relaciones diplomáticas «es un asunto que se ha de decidir a la luz de los acontecimientos y después de tener en cuenta los esfuerzos del pueblo español para conseguir su propia libertad».

El efecto que causa la declaración conjunta en el gobierno republicano en el exilio es de una profunda decepción, pues, aunque el presidente Giral esgrimía fre-

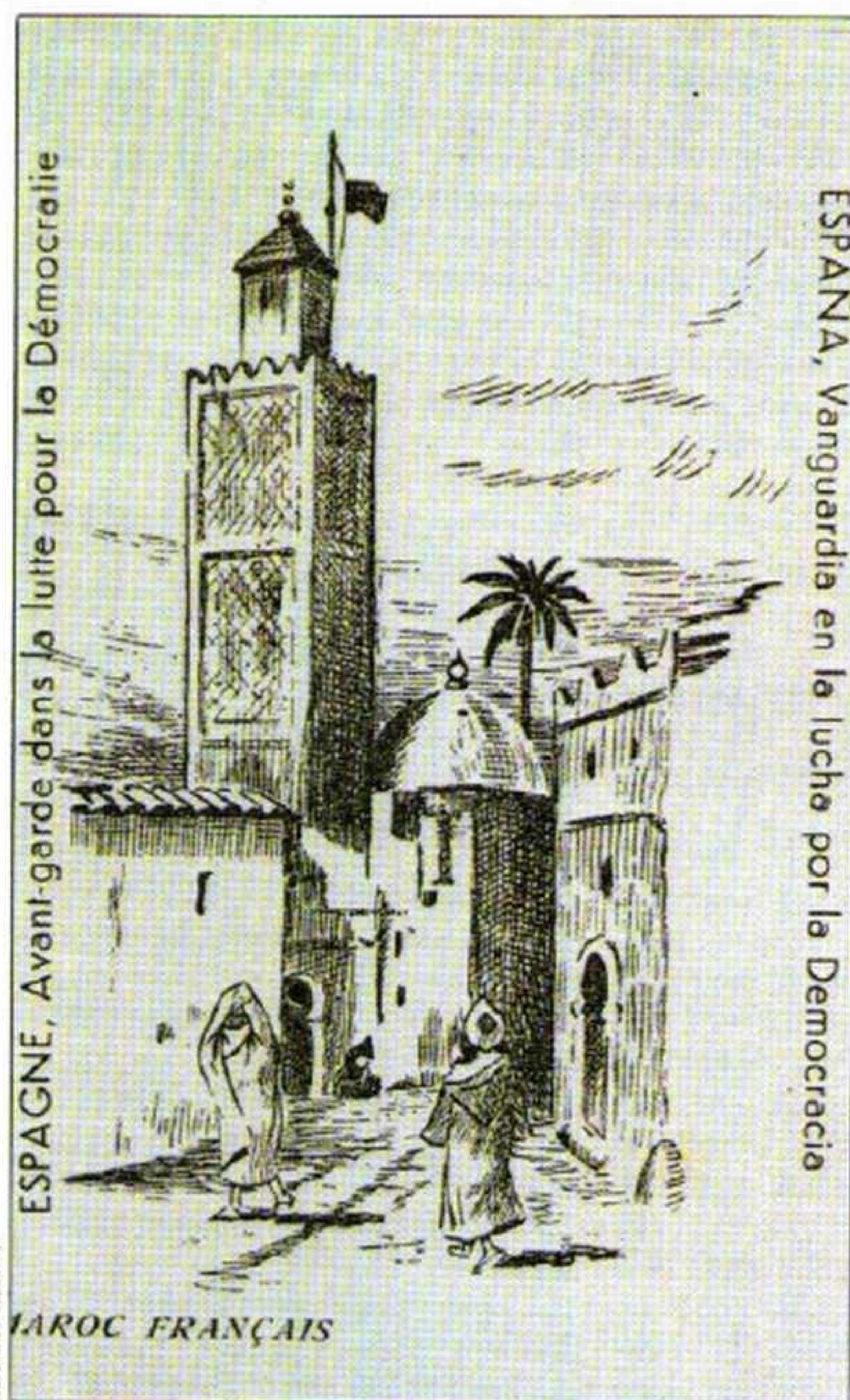
cuentemente sus íntimas relaciones con los movimientos de resistencia en el interior de España, en realidad no ignora que se halla bastante desconexionado de lo que ocurre al sur de los Pirineos y que el único procedimiento eficaz con el que puede contar para derribar al régimen de Franco es la ayuda, o mejor, la acción directa de las grandes potencias sobre el gobierno de Madrid [22]. Por ello, la declaración del 4 de marzo viene a marcar el auténtico punto de inflexión de las posibilidades del exilio de la guerra civil de retornar triunfalmente a España; a partir de entonces, las probabilidades de una restauración de la República se alejan, primero muy lentamente y luego cada vez con mayor rapidez, pero siempre de forma irreversible.

Desde luego, el presidente Giral no rinde sus armas por el carácter adverso de la declaración tripartita; antes por el contrario, maniobra políticamente con gran rapidez. El 1 de abril nombra ministro a Santiago Carrillo, con lo que los comunistas, que habían sido excluidos siete meses antes en México, quedan ahora incorporados al gabinete. El gobierno en el exilio adquiere de este modo el máximo espectro político posible dentro de la emigración de la guerra civil.

La incorporación de los comunistas en el gobierno supone en aquellos críticos y esperanzados momentos recibir el decidido apoyo de la URSS. Un apoyo que se traduce, por una parte, en el reconocimiento diplomático del gobierno Giral por los países comunistas, aunque no por la propia URSS, que prudentemente se abstendrá; y, de otro lado, en la acción constante y decidida del bloque de países comunistas contra el gobierno de Franco en la ONU. En la tensa y larga batalla diplomática que sobre el caso español tiene lugar a lo largo de 1946 en el foro de la ONU, primero en el Consejo de Seguridad y luego en la Asamblea General, los países comunistas, que actúan a través del representante de Polonia como punta de lanza, combatirán incansablemente por obtener que las Naciones Unidas acuerden la inmediata ruptura colectiva de relaciones diplomáticas con el gobierno de Madrid, como preludio de otras medidas aún más drásticas.

Ahora bien, la alineación del gobierno en el exilio con la política exterior de la URSS tenía también inconvenientes. Y graves.

En efecto, las grandes potencias occidentales, y otros países ajenos a la órbita comunista, han podido constatar en los debates de la ONU, que en la época alcanzaron gran resonancia, no sólo el extraordinario interés de la URSS en el caso español, sino la notable capacidad de apasionamiento y de doblegamiento a las tesis comunistas de las que ha hecho gala el jefe del



(Arch. J. Rubio.)

En el Marruecos francés y en Argelia hay muchos exiliados españoles. Esta tarjeta postal sirve de pequeña propaganda.

gobierno español en el exilio [23]. La credibilidad internacional respecto a la pureza de las motivaciones liberales y auténticamente democráticas de la causa del exilio empieza a disminuir, y la resolución que sobre el caso español se aprueba en la Asamblea General de las Naciones Unidas en diciembre de 1946 lo pone claramente de manifiesto. No se recomienda la ruptura de relaciones diplomáticas, como querían los comunistas, sino la simple retirada de los embajadores y ministros plenipotenciarios. La resolución, por otra parte, se

[22] Así lo reconoce explícitamente Giral en la declaración que hace dos días después (EGC, pp. 1022-1023). Sobre la falta de conexión entre el gobierno en el exilio y la oposición interior, es muy interesante la obra de Juan García Durán: *Por la libertad. Cómo se lucha en España* (México, 1956, pp. 121-136).

[23] Las manifestaciones ante el subcomité nombrado por el Consejo de Seguridad para tratar del caso español fueron, en verdad, penosas, ya que contenían no pocos dislates, entre los que destaca —para un catedrático universitario de formación científica como era el doctor Giral— el afirmar que España podía entonces, en 1946, fabricar nada menos que la bomba atómica. (Véase las referencias en *España Nueva*, órgano oficioso del gobierno en el exilio, de 25 de mayo y 1 de junio de 1946.)

toma lejos de la unanimidad que se había alcanzado en San Francisco. Ahora hay seis votos en contra y trece abstenciones, es decir, más de la tercera parte de los países no están de acuerdo con la resolución.
La famosa resolución de la ONU de 1946, que frecuentemente se ha presentado como la gran victoria del exilio, fue en verdad un triunfo muy modesto y, además, pírrico. En realidad constituyó el auténtico punto de partida de la irreversible pérdida de terreno internacional y de la larga noche de los dirigentes republicanos en el exilio.

Larga noche del exilio

Aunque con el relativo fracaso de la ofensiva diplomática de 1946 quedan selladas las posibilidades políticas del gobierno republicano en el exilio, todavía durante un par de años la emigración de la guerra civil va a tener alguna posibilidad de terminar con el régimen de Franco y restaurar, si no la República, a lo menos un régimen democrático en España. Ello se debió a la activa y tenaz política en favor de un plebiscito nacional que llevó a cabo por entonces Indalecio Prieto.
Para el lúcido dirigente socialista asturiano, la solución política de una España que había sufrido el hondo y sangriento trauma de la guerra civil sólo podía encontrarse mediante un plebiscito que determinase el régimen democrático —fuese republicano o monárquico— que habría de establecerse. Se trata de una idea que anidaba en el ánimo de Prieto desde hacía largo tiempo [24], pero que en la hora de la gran esperanza del exilio lanza con brío, sobre todo a partir de diciembre de 1946, cuando ve que el camino de la presión diplomática internacional sobre el régimen de Franco, que es el que ha emprendido el gobierno Giral, ha tocado fondo con una resolución de las Naciones Unidas bastante inocua.
Prieto comprende que el paso del tiempo juega en contra de la causa del exilio, y tan sólo unos meses después de la famosa resolución de la ONU viene a Europa, donde realizará una infatigable actividad en favor de su tesis. Consigue que la Asamblea de Delegados del PSOE en Toulouse respalde su propuesta aquel verano. Da conferencias y escribe artículos constantemente: «O plebiscito o monarquía», se llamaba proféticamente una serie famosa. Se entrevista con todos cuantos se oponen a Franco, con Gil Robles en Inglaterra y con emisarios monárquicos del interior de España en el sur de Francia. Al fin, con la firma, en el verano de 1948, del acuerdo de San Juan de Luz entre representantes socialistas y los de las fuerzas monárquicas estableciendo los criterios que habían de regir en España en el período transitorio tras la caída de Franco, cree Prieto haber llegado a la meta. Pero la famosa entrevista entre don Juan y Franco en aquellos mismos días, en la que cabalmente se acuerda la educación en España del príncipe Juan Carlos, resulta fatal para los objetivos del acuerdo. La política plebiscitaria del líder socialista asturiano ha entrado en vía muerta, víctima de los legitimismos de distinto signo; en primer lugar del monárquico, pero también —justo es decirlo— del republicano, pues los dirigentes de los partidos republicanos en el exilio no aceptaron en ningún momento coligarse con Prieto para el desarrollo de su política.
La política de Prieto en favor del plebiscito, si es cierto que pudo prolongar durante un par de años la esperanza del fin del régimen de Franco y del retorno victorioso a España de los emigrados de la guerra civil, supuso al mismo tiempo un grave empeoramiento, en realidad una estocada de muerte a las ya moribundas instituciones republicanas en el exilio y, más concretamente, al gobierno que había formado el socialista Rodolfo Llopis a primeros de febrero de 1947, tras la dimisión del gabinete Giral motivada por la famosa resolución de la ONU de diciembre del año anterior. Tan sólo unos meses después, a primeros de agosto, Llopis se ve obligado a dimitir a consecuencia de la propuesta de Prieto, aprobada aquel verano en la asamblea de Toulouse. Ahora Martínez Barrio pierde definitivamente la colaboración del PSOE, y como no se atreve a conservar a los comunistas sin el contrapeso socialista, su gobierno se queda sin el apoyo de



(Arch. J. Rubio.)

El C.C. de la Resistencia editó estos carnets. La guerrilla, sin apoyo exterior y con un pueblo cansado, se perdió.

[24] Esta tesis la expuso Prieto por primera vez incluso antes de que terminara la contienda, exactamente el 20 de enero de 1939 en el Ateneo de Montevideo (Indalecio Prieto: *Horas de España y horas del mundo*, Toulouse, 1956, p. 7).

los dos únicos partidos políticos que cuentan con grandes centrales sindicales, esto es, de los que tienen una base popular no sólo entre los exiliados, sino —lo que cada día cuenta más— también dentro de España. En estas circunstancias, el gobierno en el exilio carece ya de toda virtualidad política y no tiene, propiamente, razón de ser. Sin embargo, aún ha de perdurar muchos años como una curiosa reliquia histórico-política de la Segunda República española. Los componentes de los sucesivos gabinetes del exilio proceden forzosamente de un núcleo muy reducido, cada vez más exiguo, de dirigentes republicanos que se abrazan como razón esencial de su vida política a la marchita bandera de la legitimidad de la República. Son los republicanos históricos, los «celosos guardadores de la República del 14 de abril», que sólo miran al pasado; unos personajes que, con su gran agudeza política, Azaña había prefigurado políticamente ya en 1940 [25].

Vana espera

DESDE 1947 hasta 1962 se suceden en la presidencia de este, ya sólo de nombre, gobierno republicano Alvaro de Albornoz, Félix Gordón Ordás y el general Herrera. El mandato de Gordón Ordás es el más largo —prácticamente, todo el decenio de 1950— y también el más penoso, pues es durante su presidencia cuando el régimen de Franco recupera internacionalmente todo el terreno que había perdido en San Francisco y Lake Success e ingresa por último en la ONU. Pero es en 1962, con la muerte de Martínez Barrio, cuando se produce el golpe más duro para los legitimistas republicanos en el exilio, pues con él desaparecía la presidencia de la República, que era la institución que proporcionaba alguna sombra de legalidad a los nombramientos de jefes del gobierno. Para los fervorosos republicanos que mantenían las instituciones en el exilio, la inercia legitimista triunfará, sin embargo, sobre los escrúpulos legalistas, y los presidentes de la República y del gobierno en el exilio seguirán sucediéndose aún por varios lustros. Durante los años sesenta serán dos distinguidos profesores, Luis Jiménez de Asúa y Claudio Sánchez Albornoz, quienes se harán cargo de tan altas, pero ya vacías, responsabilidades. A la muerte del famoso penalista, en 1970, dimite Sánchez Albornoz de la jefatura del gobierno, lo que da lugar a que accedan a dichos cargos José Maldonado, como presidente de la República, y Fernando Valera al frente del gobierno. Ambos serán, definitivamente, los últimos representantes de la República en el exilio. El 21 de junio de 1977, Maldonado y Valera firman un comunicado en el que manifiestan «dar por finalizada la misión histórica que se impusieron y cumplieron hasta la fecha»; aquel mismo día, el presidente de México —único país que hasta entonces había dado alguna sombra de personalidad jurídica internacional al gobierno republicano en el exilio— recibía las cartas credenciales del primer embajador nombrado por el rey don Juan Carlos. Treinta y ocho años antes, el presidente Azaña había presentado su dimisión al conocer que Francia e Inglaterra —los dos países que geopolíticamente tenían entonces más peso internacional en España— habían reconocido al gobierno español que estaba terminando victoriosamente la guerra civil.


EL EXCELENTISIMO SEÑOR DON
LUIS FERNANDEZ CLERIGO
Presidente de las Cortes Españolas, falleció ayer, a las 13.25 horas.
Sus familiares y amigos lo participan a usted con el más profundo dolor.
México, D. F., 17 de mayo de 1948.
El duelo se recibe hoy, a las 16 horas, en la casa número 273 del Paseo de la Reforma (Capillas Gayosso), y se despide en el Panteón Español.
No se reparten esquelas.
AGENCIA EUSEBIO GAYOSSO.—Avenida Hidalgo 13.

(Arch. J. Rubio.)

En 1946, Fernández Clérigo fue nombrado presidente de las Cortes en el exilio. A los dos años falleció.

Mientras tanto, el retorno triunfal a la patria, el que constituía la gran esperanza, y aun la razón de ser, del exiliado político, ha sido desvaneciéndose definitivamente para la gran mayoría de los expatriados de 1939. En unos casos, mucho más frecuentes de lo que se piensa, porque con el paso del tiempo se abandonaron las inquietudes políticas, al haberse integrado en las patrias de adopción que les han acogido, donde se hallan ya identificados irreversiblemente sus descendientes [26]. En otros casos, porque ya regresaron calladamente a España al amparo de la cada vez más flexible política de repatriaciones que adoptó el régimen de Franco [27]. Y en otros, en fin, porque la muerte en el exilio cortó, de una vez para siempre, todas sus espe-

[25] *Obras completas*, III, p. 562 (México, 1967).

[26] En una colonia de exiliados tan politizada como la de México, tan sólo un 10 por 100 de los entrevistados en una encuesta realizada en 1966-1967 declaró que volvería permanentemente a España una vez desapareciera Franco. (Patricia W. Fagen: *Exiles and Citizens. Spanish Republicans in México*, Austin, 1973, pp. 166-167.) Proporción que no resulta inverosímil dado el escaso número de retornos definitivos a España desde México en los últimos años.

[27] Desde 1954 a fines de 1975 habían regresado, temporal o definitivamente, desde Francia a España entre treinta y cuarenta mil exiliados, lo que representaba un número mayor que los que quedaban todavía con el estatuto de refugiados al otro lado de los Pirineos cuando muere Franco (EGC, p. 761).

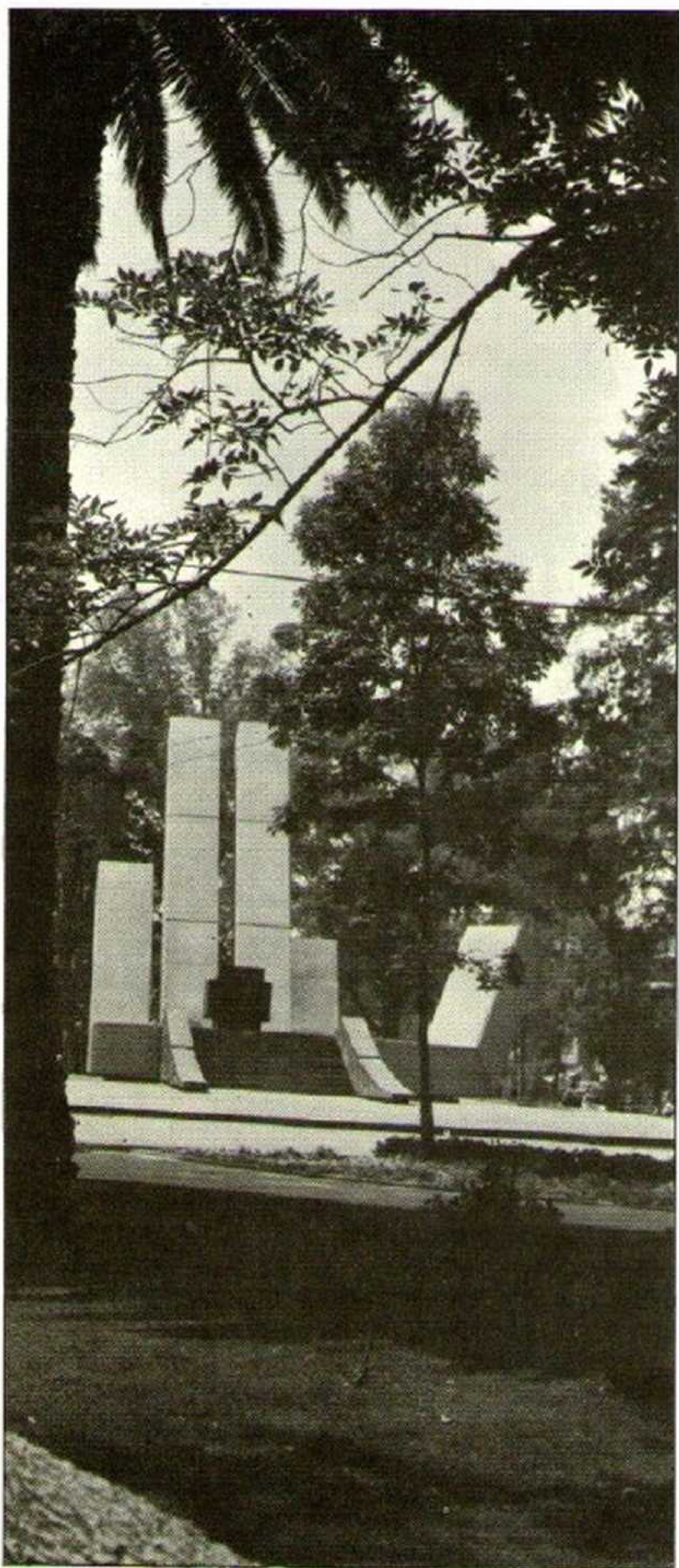
ranzas, poniendo un trágico final a la larga noche del exiliado.
Tan sólo para un sector minoritario que ha sobrevivido y permanecido políticamente activo, los grandes acontecimientos políticos de España de mediados de la década de 1970, con el fin de la era de Franco y la restauración de la democracia, han significado la posibilidad, y la honda satisfacción, de retornar no como unos vencidos a la patria anhelada desde tantos años antes. Claro está que la España que encuentran no es exactamente, desde un punto de vista sociológico y político, la que esperaban o deseaban. Pero ello, en el fondo, no importa demasiado. El emigrado de la guerra civil que ha vivido largos, interminables decenios de amargo alejamiento por incompatibilidad radical con el régimen político existente en España, se halla de nuevo en su patria, entre los suyos, donde puede expresarse y acomodarse políticamente con libertad.
La experiencia del exilio, por otra parte, ha sido frecuentemente reconfortante desde el punto de vista moral para esta reducida minoría de políticos activos supervivientes, e incluso en algún caso hasta retributiva políticamente. El ejemplo de Josep Tarradellas, último presidente de la Generalitat de Cataluña en el exilio desde 1954, y primer presidente de la restablecida Generalitat en octubre de 1977, es una buena prueba de ello.

Epílogo

A la hora de hacer un balance final del trauma emigratorio que produce nuestra última guerra civil destacan, con peso propio, las coordenadas que miden tanto su magnitud numérica y su calidad sociocultural como el tiempo de la expatriación y la intensidad de las penalidades.
Ahora bien, una visión histórica, por sintética que sea, de tan importante fenómeno sociopolítico debe tratar de precisar y puntualizar estas significativas apreciaciones globales para hacerlas más inteligibles y expresivas. A esta ineludible tarea van dedicadas las breves consideraciones finales que se hacen a continuación.
El exilio que origina la contienda de 1936-1939 es, en primer lugar, el de mayor magnitud numérica que se produce en España por guerras civiles o causas políticas. Ninguna de las emigraciones políticas de nuestro agitado siglo XIX puede compararse en orden de magnitud a la que produce la última guerra civil; todavía más, los 162.000 españoles que forman el balance final de este exilio, constituyen un contingente de emigrados que supera la suma de todas las emigraciones permanentes de carácter político que ocurrieron en España en el siglo anterior. Desde este punto de vista, el exilio que hemos estudiado ocupa destacadamente en nuestra patria un primerísimo lugar, aunque también es justo recordar que comparado a los grandes movimientos forzados de población que han producido las guerras y revoluciones del siglo XX, el exilio español ocupa en cifras absolutas y relativas un lugar mucho más modesto. Concretamente, comparando las poblaciones respectivas, el saldo del exilio español es del mismo orden de magnitud que se origina con la guerra civil rusa de 1917-1920, y bastante inferior al que produce la breve revolución húngara de 1956.
Desde el punto de vista sociocultural, los españoles que se integran en el exilio de 1939, como los que componen la mayoría de las emigraciones políticas, son en considerable proporción personas de elevados niveles educativos o profesionales. A estos niveles pertenecen, al menos, unos diez mil emigrados; de ellos, del orden de una cuarta parte eran universitarios, lo que constituyó una muy grave sangría en la modesta España cultural de los años treinta. De todos modos —conviene precisar—, fue una minoría de la clase culturalmente más elevada la que se expatrió; concretamente, entre los catedráticos de Universidad, por entonces algo menos de seiscientos, no llegó a la sexta parte la que se incorporó al exilio.
La duración de la emigración fue ciertamente muy considerable, pues para buena parte de los exiliados no hubo retorno seguro a España hasta el decreto-ley de prescripción de delitos de 1969, esto es, treinta años después de terminada la guerra. Y aun para el núcleo más politizado, el exilio todavía se prolongó unos años más, hasta la desaparición del propio Franco y la promulgación de las disposiciones amnistiadoras de la monarquía de Juan Carlos. Treinta o cuarenta años es, desde luego, una expatriación bastante más larga que las que produjo nuestro siglo XIX, y que desborda ampliamente una de las más famosas y duraderas: nos referimos a la de los liberales «exaltados» que hubieron de permanecer en el extranjero hasta el fin del reinado de Fernando VII. Claro está que si la duración del exilio de nuestra guerra civil se pone en relación con la de las expatriaciones originadas por otras contiendas de nuestro siglo, los exiliados españoles pierden, afortunadamente, el primer lugar, para situarse detrás de los emigrados rusos y armenios y, en buena parte también, de tantos exiliados de los países del Este europeo.
Finalmente, sobre la intensidad de las penalidades de los emigrados españoles de 1939 no pretendemos, ni resultaría en rigor posible, dar unas precisiones de carácter comparativo. Pero sí señalaremos que por la dureza de la recepción en la fase inicial de los campos de concentración, por los riesgos y peligros durante los años de la ocupación alemana de Francia —donde se hallaba la gran mayoría de estos exiliados— y por la profunda decepción política que experimentan al no capitalizarse para ellos la derrota de Alemania e Italia en 1945, los expatriados españoles de la última guerra

civil se encuentran, destacadamente, entre los más desventurados perdedores de contiendas políticas que se hayan producido nunca.

Tan sólo esta razón, y ciertamente hay muchas otras y de peso, sería ya suficiente para que el historiador de nuestra España contemporánea los sacase de esa marginada penumbra, entre el olvido y la mitificación, en la que hasta ahora casi siempre se les ha mantenido.



(Arch. J. Rubio.)



(Arch. J. Rubio.)



(Arch. J. Rubio.)

Monumento levantado por los exiliados al presidente Cárdenas en el parque de España. Arriba, «la casa de los exiliados», en la calle López, n.º 60. En 1979 todavía celebraban un acto republicano. Abajo, padre e hijo muertos lejos de la patria.

La caída de la República

El final de una época

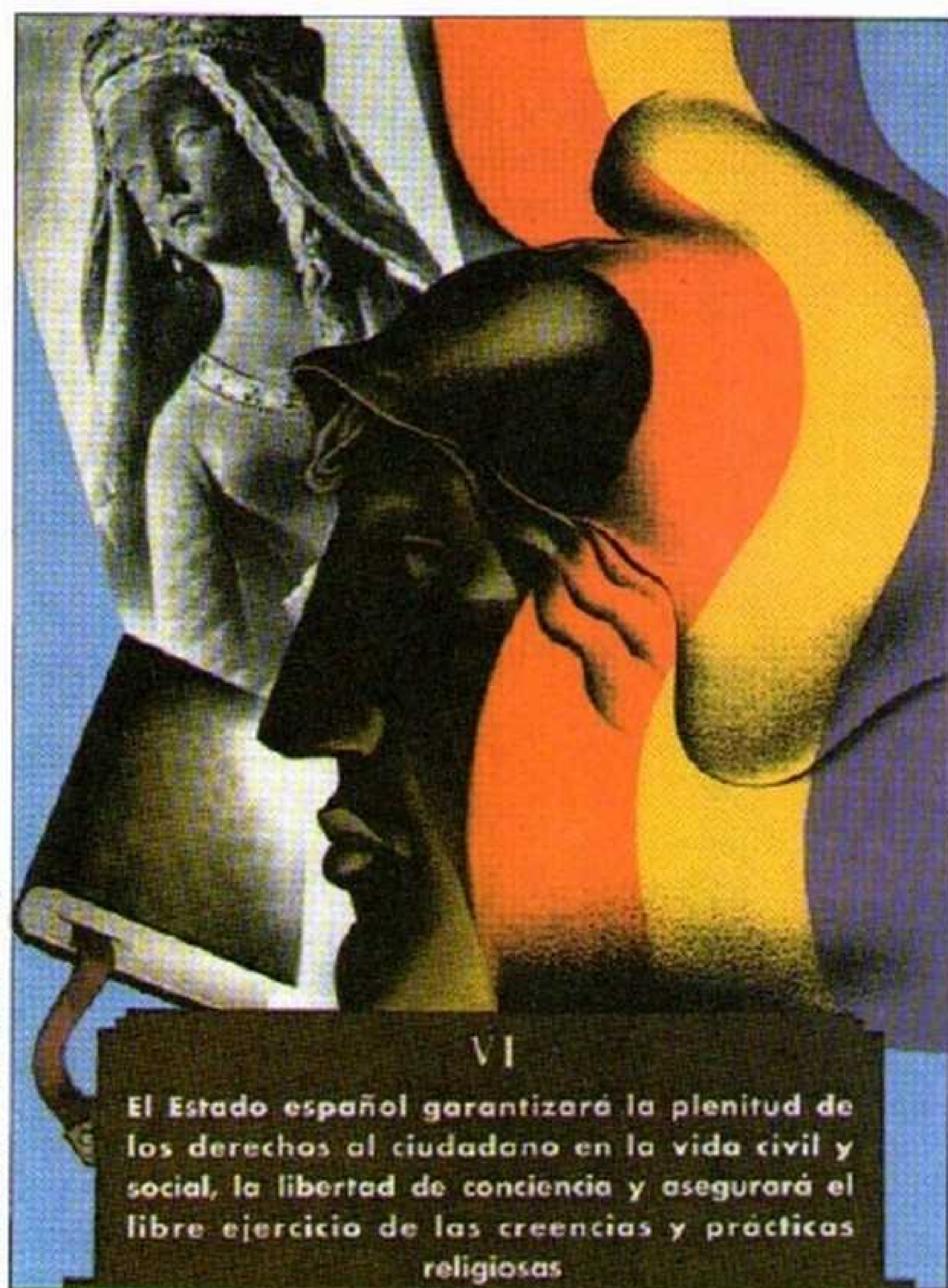
Por **Luis Romero** *

Si existe desacuerdo entre las versiones que se escriben sobre la guerra civil, cuando se estudia el final de la misma las disensiones, el encadenamiento de los hechos, su análisis, los datos que suelen darse y, más aún, las interpretaciones se vuelven bosque de difícil acceso y trabajosa travesía. Leyendo cuanto se ha escrito, se diría que la mayoría de los autores —y no digamos de los actores— suelen hacerlo desde puntos de vista situados en el futuro de entonces, es decir, desde la plataforma de lo que ocurrirá después, como si trataran de justificarse, cuando, terminada la jugada, están las cartas boca arriba.

Creen algunos que si se descartan los primeros días, cuando fracasada la sublevación en muchas guarniciones, bloqueado por la escuadra el ejército de Africa y en poder del gobierno la capital y casi todas las grandes ciudades, las principales minas, las industrias, reservas cuantiosas, y el oro, el mejor momento para la República hay que situarlo en los días de la conquista de Teruel. Aparte de que esta fecha y hecho, como momento óptimo, son cuestionables, sería llevar demasiado atrás el principio del fin. Parece mejor arranque la batalla del Ebro, porque el paso del río por el ejército republicano el 25 de julio de 1938 fue indicio de inusitada vitalidad y causó sorpresa en ambos bandos y de fronteras para afuera. Inversamente, porque en la batalla quedó malparado el ejército del Ebro, y en consecuencia la mitad del frente catalán, deficientemente guarnecido. También porque el resultado negativo de la operación hizo decaer la moral republicana en el frente y en la retaguardia, y ese decaimiento cuenta entre las principales causas del desastre final.

La bisagra sobre la cual gira la política europea es el Pacto de Munich, firmado el 29 de septiembre de 1938, mientras se está combatiendo en el Ebro. La influencia del pacto sobre la guerra española no puede ignorarse ni conviene exagerarla. Al Pacto de Munich, del cual la URSS quedó excluida, le seguiría un reajuste del panorama internacional, y cabe sospechar que Rusia iniciara un despegue con respecto a su apoyo incondicional a la República. Ese distanciamiento, que hay quienes suponen pudo ser inmediato y radical, sería desmentido por la visita que Hidalgo de Cisneros,

* Luis Romero nació en Barcelona en 1916. Escritor, ha ganado los premios Nadal, Planeta y Ciudad de Barcelona y resultó finalista en el Espejo de España. Ha escrito, entre otras obras, *Tres días de julio*, *Desastre en Cartagena* y *Cara y Cruz de la República*.



(Arch. Doc. M.º Cultura, Salamanca.)

Los 13 puntos sólo convencieron a los ya convencidos y a un corto número de indecisos.

delegado por el gobierno de Negrín, hizo a la URSS, por su entrevista con Stalin, y por el inmediato embarque de material bélico en Murmansk [1].

Tentativas de paz

Se impone analizarlas en su verdadero valor [2]. Se enumeran diversas gestiones republicanas cuyas iniciativas partieron de distintos ángulos. La de Besteiro, por indicación de Azaña, nos limitamos a citarla, tanto porque apenas se comenzó como porque de haber sido atendida por Inglaterra, Negrín, ya en el poder, hubiese desatendido la iniciativa personal del presidente. ¿Es cierto que Negrín se entrevistó en Suiza con *alguien?* Esa supuesta entrevista, según unos con el duque de Alba y según otros con un innominado representante de Hitler, careció de trascendencia, y de ser cierta, no pasó de globo sonda.

Las democracias se mostraron en todo momento partidarias de que ninguno de los dos bandos consiguiera una victoria sobre el contrario. ¿Razones humanitarias? No; las razones son las mismas que las seguidas por las políticas británica y francesa con respecto a España: propugnar un Estado débil e influenciable en el extremo occidental de Europa, a caballo entre el Atlántico y el Mediterráneo. Pero ni una ni otra potencia querían comprometerse demasiado en gestiones encaminadas a tal fin, y menos tratar de imponerlas, tanto más que Franco se habría resistido a aceptarlas y entraba en lo posible que con su oposición arrastrara a nazis y fascistas. Hay que recordar, sin embargo, que tanto en Berlín como en Roma surgían periódicamente crisis de desconfianza respecto al triunfo de las armas franquistas, y que surgieron momentos y circunstancias en que se hubiesen inclinado a la negociación. Leyendo diarios y documentos diplomáticos, se deduce que la perspicacia alemana y la italiana no eran agudas.

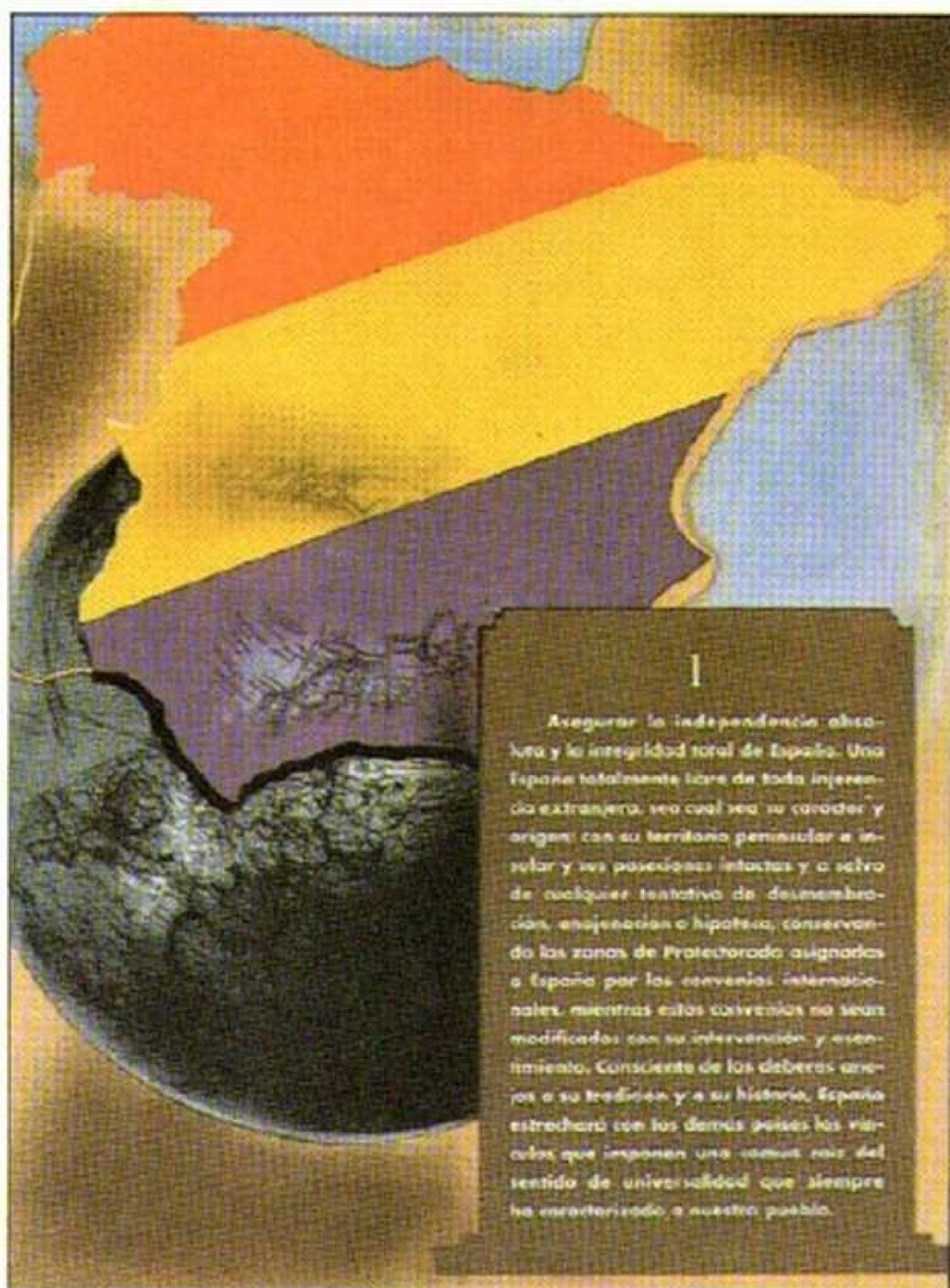
Los trece puntos de Negrín, publicados el 1 de mayo de 1938, hay que interpretarlos como una buena jugada propagandística de cara al exterior; también hacia el interior con intención de atraer a la masa fluctuante, cosa que no conseguiría sino en mínima medida. No pueden considerarse como insinuación pacificadora dirigida al enemigo. Son los «fines de guerra», los propósitos por los cuales pelean los republicanos. Los trece puntos no resisten bien el análisis por su carga de ambigüedades y contradicciones: la principal de estas últimas consiste en que, mientras se afirma que se gobernará en virtud de los resultados del sufragio universal, ya se da configurado el programa que va a imponerse. Otros de los puntos son palabrería. Y aún quedarían sin respuesta preguntas básicas: ¿Aceptaría la URSS ese programa? ¿Renunciarían a la revolución, una vez impuesto, los anarcosindicalistas, comunistas y socialistas de izquierda? Y los interrogantes se encadenan: ¿Qué autoridad material y moral tiene el gobierno de Unión Nacional para garantizar la imparcialidad del sufragio, el respeto a las religiones?

Los trece puntos, que conviene conocer en su texto completo y no en resúmenes, se publican después de una de las más duras derrotas: las tropas nacionalistas han llegado al Mediterráneo y ensanchan su franja cos-

[1] Hidalgo de Cisneros deja las fechas imprecisas, y pudo también acomodar algunos detalles a su reconocida fantasía político-literaria, pero de la llegada de armamento a través de Francia hay otros testimonios: Vicente Rojo, discurso de Negrín en Figueras, escritos de aviadores... Es cierto que llegaron tarde, cuando el ejército republicano retrocedía desbaratado. Compulsando fechas, el retraso no parece atribuible a malevolencia francesa, sino a que Franco desencadenó la ofensiva sin atender a la tregua navideña, y a que el ejército del Ebro fue arrollado a la primera embestida y el aceleramiento de la retirada no dio tiempo ni ocasión a la distribución del armamento que iba llegando.

[2] Dejaremos a un lado las gestiones iniciadas por vascos y catalanes, o intermediarios. Las de Euzkadi, una vez conquistado, no afectan a lo que ahora nos ocupa, y las de catalanes, sobre cuya importancia real quizá se ha exagerado, no pasan de sintomáticas y, después del traslado del gobierno de Negrín a Barcelona, carecían de cualquier posibilidad de éxito.

tera, han entrado en el valle de Arán, conquistado Lérida, y aún cabe suponer que continúen hacia Barcelona. Ofrecer al enemigo «amplia amnistía para todos los españoles que quieran cooperar a la intensa labor de reconstrucción y engrandecimiento de España...», parece irrisorio.



(Arch. Doc. M.º Cultura. Salamanca.)

Dada la relación de fuerzas, las propuestas de Negrín, más que ofertas de paz, parecen alarde propagandístico.

Nueve meses después, derrotado el Grupo de Ejércitos de la Región Oriental en Cataluña y los nacionalistas a punto de alcanzar la frontera francesa, el territorio de la República va a quedar reducido a la zona centro-sur, y las dos principales potencias democráticas tienen negociadores destacados en Burgos. Negrín pronuncia entonces un discurso ante las enflaquecidas Cortes convocadas en Figueras, y ese discurso lo consideran algunos autores como una nueva oferta de paz. No parece que lo sea, si se tienen en cuenta las circunstancias que concurren en aquel 1 de febrero de 1939. El discurso de Negrín es político, y, como jefe del gobierno, se esfuerza en infundir ánimos, por el procedimiento que sea, a quienes no andan sobrados de ellos; se queja de las democracias, tergiversa los hechos y presenta la situación con optimismo exagerado, que en una sola semana quedará desmentido. Termina hablando de una paz de la que, dada su propia actitud, el texto del discurso y las condiciones que establece para su logro, sabe no hallará el mínimo eco entre los enemigos, como así sucede. Vuelve a hablar de amnistía, de cesar toda persecución, etc., y en esta ocasión resulta más difícil de averiguar si es oferta o exigencia. Queda claro que lo que *ofrece* o *exige* es una paz-Negrín, en la cual no tendrán cabida los dirigentes enemigos.

El telegrama que no se contestó

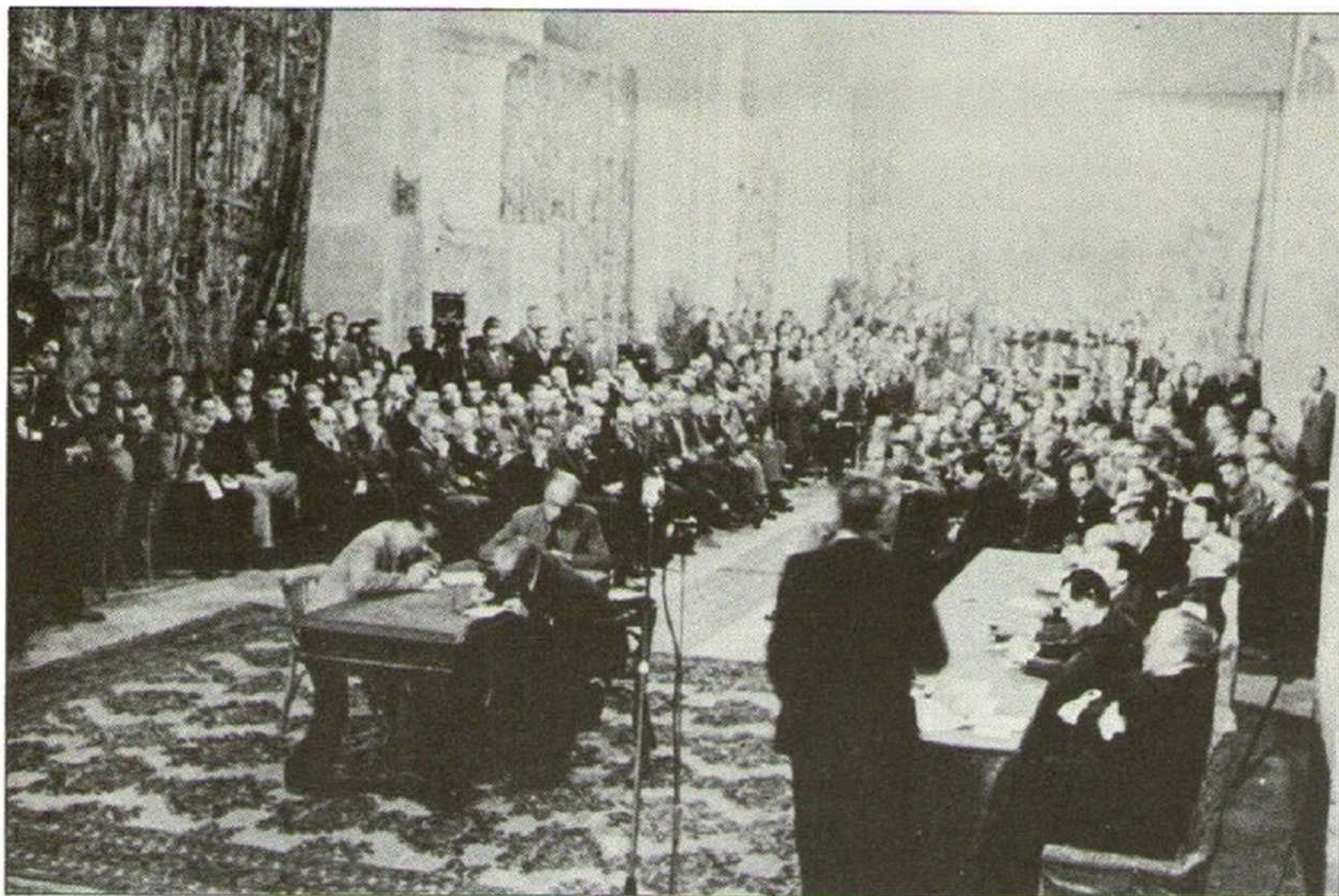
EL postrer intento de paz, que tampoco puede ser conceptuado como tal, tiene como protagonistas a lord Halifax y a Pablo Azcárate. El 14 de febrero, Azcárate, embajador en Gran Bretaña, entrega un memorándum en el Foreign Office en el cual se dice que el gobierno republicano está dispuesto a resistir, y responsabiliza a los ingleses de cuanto malo pudiera ocurrir si no median para conseguir una paz negociada a base de «los tres puntos de Figueras». El 14 de febrero se ha perdido Cataluña. Azaña se halla instalado, de modo provisional, en la embajada española en París, que es legalmente territorio republicano, pero en situación singular que no puede prolongarse. Quizás Azcárate se traslada a París y se entrevista allí con el ministro de Estado, Alvarez del Vayo [3]. Nuevamente en Londres, el 16, Azcárate le telegrafía:

«Siguiendo instrucciones de VE. ayer en París, he informado Halifax gobierno español concentra interés punto represalias. Halifax desea saber si puede decir rebeldes que gobierno español estaría dispuesto a cesar hostilidades si bajo reserva acuerdo aplicación aceptasen una propuesta británica consistente renuncia aplicación represalias políticas, responsables crímenes comunes juzgados por tribunales ordinarios, y facilidades salir de España elementos directivos.»

Por hallarse de acuerdo con la relación de fuerzas de este momento, la propuesta pudiera ser aceptada por el enemigo. Tomada en consideración por el Foreign Office, precisan de una confirmación oficial del gobierno republicano antes de iniciar la gestión en Burgos. Ahora ha funcionado el sentido realista británico; muy recientemente, los ingleses han intervenido con éxito en la rendición y evacuación de Menorca, y se sienten predispuestos a interponer sus buenos oficios en la liquidación de un pleito que consideran sentenciado.

[3] Cabe suponer que consultaran con Negrín, a menos que Alvarez del Vayo tuviera instrucciones previas.

Negrín, que se encuentra de nuevo en España, no contesta al telegrama de Azcárate, o, más propiamente, a la pregunta del Foreign Office. El telegrama que iba a enviarse al representante oficioso de Gran Bretaña en Burgos para plantear tan razonable proposición, ya estaba redactado por Halifax. Este texto es conocido por do la cuestión del reconocimiento ya está decidida [4]. ¿Qué motivos impulsaron a Negrín a desaprovechar aquella ocasión que, con la garantía de Inglaterra, pudo haber ahorrado tantas vidas? ¿No quería aparecer él como liquidador de la guerra y confiaba en que alguien le sustituyera en tan ingrato papel?



(Brandeis University, USA.)

El 30 de septiembre de 1938 se celebra una sesión de Cortes en el monasterio de Sant Cugat del Vallés (llamado entonces Pins del Vallés): Negrín informa a los diputados que asistieron al acto protocolario.

Azcárate, quien comprende la urgencia de la gestión, pues sabe que los ingleses están dispuestos a reconocer a Franco en breve, y en consecuencia se traslada a París. Alvarez del Vayo dice —o pretexta— que no acepta la responsabilidad de tomar la iniciativa. Se insiste cerca de Negrín, y el telegrama se repite durante tres días sucesivos y se transmite por distintos conductos. Negrín no responde. El 21 de febrero, el Foreign Office comunica a Azcárate que, de no recibir respuesta antes del 22, se considerará libre de compromiso, lo que significaría el reconocimiento de Burgos, sin previa obligación para lograr moderación en las represalias y facilidades para evacuar. Nuevos y apremiantes requerimientos a Negrín no reciben respuesta.

Llegará ésta —por cierto afirmativa— el día 25, cuan-

Los números de los dos bandos

CUANTOS escribieron desde la plataforma de cualquiera de los dos bandos en lucha ignoran, o fingen ignorar, la importancia numérica del contrario: no de los combatientes, sino de las personas que, en mayor o menor medida, están de acuerdo con el enemigo, son sus partidarios o le sostienen. Los consideran minoritarias partidas de malhechores y traidores que dominan a los otros por el terror, ayudados por

[4] Se ha escrito que el telegrama fue interrumpido por los que después serían «casadistas», pero nadie, y menos Azcárate, lo creía así; cuando, después de terminada la guerra, éste le preguntó directamente a Negrín las causas de aquel silencio sobre decisión tan importante, el ex presidente del Consejo sólo contestó con evasivas y una ambigua sonrisa.

los extranjeros. Los republicanos demócratas, socialistas, comunistas o anarcosindicalistas se atribuyen la mayoría dentro de sus respectivos bandos, y desde esa preponderancia que consideran les da el asentimiento general, hablan, juzgan y, en ocasiones, se equivocan. Los gobernantes y dirigentes, tanto republicanos como nacionales, están tan convencidos de sus razones, que se consideran defensores e intérpretes de la *totalidad* de los españoles, despreciando, por escasas y en razón de su condición de mercenarios, malvados, felones y extranjeros, a esas *minorías* que constituyen el enemigo.

Si establecer estadísticas exactas resulta imposible, hacerlas aproximadas no lo es. Disponemos de dos puntos de referencia: las elecciones de 1936, en las cuales triunfa el Frente Popular, y las de 1933, en que la victoria se la apuntó el centro-derecha. El número de diputados elegidos de cada partido o bloque carece de significación plebiscitaria, pues depende de circunstancias demasiado relacionadas con la ley electoral; tiene, sí, enorme importancia, puesto que conseguir el mayor número de escaños es el fin mismo de las elecciones, y quien los logra gobierna y legisla. La mayoría parlamentaria de 1936 es argumento válido para fundamentar la legalidad del gobierno contra el cual se levantan militares y derechistas. Para averiguar qué españoles van a inclinarse por un bando y quiénes por el otro, con desplazamientos y excepciones que por recíprocos tienden a equilibrarse, hemos de atenernos al número de votos.

En las elecciones de 1933, los sufragios conseguidos por las derechas y el centro-derecha son superiores a los que logran las izquierdas y el centro-izquierda, pero de no haberse abstenido los anarcosindicalistas la diferencia se hubiera acortado bastante. De los comicios de 1936 se han publicado resultados por distintos autores, que difieren entre sí, en gran parte a causa de interpretaciones sobre la significación de algunos partidos. Aceptando los números más solventes, las diferencias en el conjunto de España —poco más de 150.000 votos— es irrelevante. No concurrían razones suficientes para que ningún bloque se atribuyera ilusoria ventaja con respecto a los no votantes, por abstencionismo o por no haber cumplido todavía los veintiún años. Tampoco a todos los votantes, como a los abstencionistas, hay que considerarlos partidarios de uno u otro bando cuando la guerra comience; muchos no deseaban la guerra, aún más, la repudiaban, si bien una vez planteada resultaba difícil dejar de inclinarse hacia uno u otro lado, aunque se hiciera con tibieza o reservas mentales.

¿Se produjeron desplazamientos, cambios de actitudes y de simpatías? Tampoco poseemos medios de evaluarlos, ni por aproximación siquiera: las represalias, persecuciones, bombardeos, incautaciones y saqueos, incendios y destrucción de iglesias, circunstancias familiares o personales, conveniencias, impulsos sentimentales, amor o compañerismo, espíritu de aventura, el haberse comprometido y temer a los castigos caso de ganar el contrario, las evacuaciones, cobardía, y un sinfín de causas más, podían hacer cambiar a algunas personas, con preferencia a aquellas de convicciones menos firmes. Hay fundamento para suponer que esos cambios de *frente* se producirían en parecida proporción en ambos sentidos.

Cataluña es uno de los lugares en donde la balanza se inclina resueltamente hacia la izquierda. En las elecciones de 1933, las diferencias son escasas; en las de 1936, los márgenes son amplios y no sería justo hablar, ni siquiera aproximadamente, de mitad y mitad. Pero es en Cataluña donde, al final de la guerra, va a producirse mayor desilusión entre los luchadores y partidarios de los republicanos. En Euzkadi, en 1933, concurren a las urnas derechas y PNV unidos. En Alava, la derecha tradicionalista duplica en votos a los nacionalistas vascos, mientras que en Guipúzcoa ocurre al contrario. En Vizcaya, los nacionalistas también superan al centro-derecha, aliado con ellos. Y las izquierdas consiguen menos votos. A las elecciones del 36 concurren los tres bloques por separado; en Alava, los tradicionalistas vuelven a superar por escaso margen al PNV e izquierdas sumados, pero en las otras dos provincias la victoria del PNV e izquierdas es muy holgada [5]. En Navarra, en ambas elecciones la ventaja de las derechas sobre las izquierdas y nacionalistas vascos es amplísima. Lo de «Asturias, la roja» es un mito: en 1933, las derechas ganan por un margen equivalente al que en 1936 dará el triunfo a las izquierdas; diferencias de cierta importancia, pero no definitorias. Estas verdades son de fácil comprobación si se recurre a fuentes solventes y no a frases hechas: con leyendas no se escribe la historia. Ni el planteamiento ni la guerra misma, y, por consiguiente, su final, pueden comprenderse sin encararse con la verdad y aceptar que media España se batía contra la otra media.

Ofensiva en Cataluña

DURANTE esta operación, que hay que calificar de definitiva, se observan claros síntomas de descomposición de la retaguardia catalana y de caída de la moral del combatiente. En *Alerta los Pueblos*, el general Vicente Rojo insiste en la falta de colaboración de la población civil, autoridades incluidas. Establece comparaciones, por otra parte absurdas,

[5] No pueden computarse plebiscitariamente los resultados de la segunda vuelta en Guipúzcoa, válidos, desde luego, a los efectos legales, porque en virtud de la recomendación del obispo de Vitoria, y para impedir el triunfo de las izquierdas, las derechas se retiran y muchos de sus votantes lo hacen por los nacionalistas.



(Pyresa.)

El recuerdo y la esperanzada emoción mayoritaria del 14 de abril de 1931, que refleja esta fotografía tomada en la Puerta del Sol, se han disipado en el ánimo de muchos españoles: estamos en los días de la derrota, en los comienzos de 1939.

entre la defensa de Madrid en noviembre de 1936 y la falta de un sistema de defensión de Barcelona en enero de 1939. A lo largo de todo el libro se percibe que el general Rojo, exceptuando las cuestiones militares, se halla bastante desorientado en cuanto se refiere al estado de ánimo de la población civil y al espíritu de los soldados con quienes tenía el escaso contacto formulario propio del jefe del Estado Mayor Central, que realizaba alguna esporádica visita a la primera línea. Por imperativos políticos o de conve-



(Louis Deschamps, París.)

José Solchaga y Camilo Alonso Vega llegan a la barcelonesa plaza de Cataluña en la tarde del 26 de enero de 1939.

niencia, militares y comisarios debían de darle informaciones falseadas. En su descargo hay que decir que Rojo estaba absorbido por un intenso trabajo y por las preocupaciones y responsabilidades que el mismo entrañaba, y en que lo ideológico hacía un poco la guerra por su cuenta; sus aparentes simpatías negrinistas-comunistas venían determinadas por razones de disciplina y eficiencia militar. En lo que hemos calificado de *ideológico* y en lo ético, supone a los demás —civiles y combatientes— construidos a su imagen y semejanza.

Para empeñarse a fondo en la batalla, a la mayor parte de los catalanes que participaron en aquélla les faltaban estímulos. La autonomía había sido mermada, y la actuación del gobierno de Negrín decepcionaba a los catalanistas, que se veían postergados; los anarcosindicalistas, fuerza mayoritaria entre el proletariado, eran víctimas de la que consideraban contrarrevolución, que estaba dando al traste con cuanto ellos habían hecho de acuerdo con sus ideas ácratas, y aun se vieron perseguidos y casi anulados. Continuaban combatiendo por su radical antifascismo y por inercia. Sólo los miembros del PSUC, por disciplina comunista, podían seguir mostrándose decididamente combativos. ¿Cuál podía ser el ánimo de los antiguos luchadores del POUM? Ignora, o quizás olvida, Rojo algo que hemos anticipado, y es que, en Cataluña, entre los partidarios de la Lliga, tradicionalistas y otras fuerzas de derecha, más sus simpatizantes, votaran o no, sumaban muchísimos millares de familias, y están los presos, los escondidos, los parientes de los fusilados y de los pasados a la otra zona, aquellos a quienes los persiguieron, arruinaron y desposeyeron. Puede también añadirse los desengañados que desean ahora el triunfo de Franco. Las distancias entre 1936 y 1939 son muy largas. Dos meses después tampoco Madrid se defenderá, ni lo hacen Valencia, Murcia, Ciudad Real, Almería, Alicante, Guadalajara, Cuenca, Albacete, Jaén, ni la fortificada Cartagena.

Durante la ofensiva de Cataluña, la conducta de Negrín, que hasta ese momento parece positiva y coherente, presenta caracteres extraños. El 23 de diciembre, por la mañana, los nacionalistas han iniciado la ofensiva y roto el frente; aquel día, durante un concierto en el teatro Liceo de Barcelona, Negrín, que como ministro de la Guerra es el jefe supremo del ejército, le comenta a Azaña «que el enemigo está muy confuso e incierto en sus propósitos». Treinta y cinco días después, perdida Barcelona, Azaña advierte en Perelada a Negrín: «Lo único que puede hacerse, y a toda prisa, es recabar los buenos oficios de Francia e Inglaterra, y, si es posible, de otra tercera potencia, para obtener una suspensión de hostilidades y concertar las mejores condiciones de paz, que no pueden ya ser de carácter político, sino puramente humanitario, para asegurar la salida de España a los jefes y oficiales del ejército, a los políticos y funcionarios, etc., más amenazados, y obtener garantías respecto de la vida y la libertad de los que queden.»

Es habitual acusar a Azaña de pesimista, pero los hechos le dan la razón, aunque su clarividencia duela. Negrín, que había asegurado que quedaban recursos para resistir, lo que no era cierto, guardó silencio ante las observaciones de Azaña, silencio que éste interpretó como aquiescencia. Esa razonable propuesta es la que después, cuando la situación ha empeorado más, va a hacerle el Foreign Office, y, como sabemos, Negrín va a desaprovechar. ¿Está agotada su capacidad de decisión? ¿Se deja arrastrar por los acontecimientos llevado por ráfagas de sonambulismo inhibidor y fatalista? ¿Las noticias que le trae el ministro Tomás Bilbao, como resultado de una visita a la zona



(Louis Deschamps, París.)

Lo que para unos es pérdida, *es para los otros* conquista; *lo que unos califican de* ocupación *significa para los contrarios* liberación. *El primer acto oficial en Barcelona es una misa de campaña en la plaza de Cataluña.*

centro-sur, le hacen concebir esperanzas de que *otros* van a sustituirle y así se evitará la derrota *personal?*

La conquista de Barcelona por parte de los nacionales significa el fin del Estado republicano y su disgregación. Tres días antes se ha recibido en los ministerios la orden de evacuar en silencio todo el aparato administrativo, documentación y funcionarios; no se les precisan lugares a los cuales deben dirigirse, pues resulta imposible, ya que nada está previsto; ni siquiera camiones para la evacuación. Algunos documentos se destruyen, otros se abandonan; la mayor parte quedará en la ciudad y de ellos se incautarán los franquistas, y servirá a las nuevas autoridades para fines policiales y propagandísticos. De los funcionarios, unos evacuan desordenadamente y otros se quedan a esperar a los vencedores. No se reagruparán, ni tampoco volverán a reconstruirse —ni siquiera en su esqueleto— los ministerios, la administración y sus organismos. El Estado, que había superado tarascadas tan tremendas como la sublevación de julio del 36 y la precipitada evacuación a Valencia en noviembre del mismo año, y que, con restricciones y dificultades, había funcionado mejor o peor a lo largo de toda la guerra, desaparece en Barcelona.

Mientras el grupo de ejércitos de la región oriental está primero amenazado y después es arrollado en los frentes de Cataluña, el ejército de la zona centro-sur hace un esfuerzo insuficiente y nada eficaz por ayudarlo. Desde que los nacionalistas alcanzaron el mar y el territorio republicano quedó dividido en dos zonas, la comunicación entre ambas ha sido precaria, y el gobierno y sus organismos, así como

la mayor parte de dirigentes políticos y sindicales, han permanecido en Barcelona aislados del centro. Antes de comenzar la ofensiva enemiga, el jefe del Estado Mayor Central se ha trasladado a Valencia y ha dispuesto, de acuerdo con el general Miaja, jefe del Grupo de Ejércitos de la Región Centro-Sur, las acciones que debían emprenderse: ataque a partir de la zona Madrid-Brunete, ofensiva en Extremadura y en el sector de Peñarroya, y una maniobra audaz de desembarco en Motril, combinada con un ataque en el frente de Granada, con los cuales se desencadenarían las demás operaciones escalonadas. El mismo día en que tenía que iniciarse el ataque por sorpresa contra Motril, en el cual iba a participar la flota, Rojo recibe una carta de Miaja [6] comunicándole que *había decidido* suspenderlo. La operación de Madrid fracasó al iniciarse, y las otras dos, aunque se acometen con cierto éxito, se liquidan sin haber conseguido ninguno de los objetivos propuestos.
A última hora se enviará embarcada una brigada a Cataluña, que, al entrar en fuego, se dispersará sin combatir apenas.

[6] La carta está fechada el 8 de diciembre, y desde el 20 de octubre Miaja conocía y había dado su acuerdo a la operación; y una carta de tamaña importancia tarda tres días en llegar a su destinatario.

La zona Centro-Sur

El prolongado aislamiento del gobierno y del Estado Mayor Central, de los altos dirigentes políticos y del aparato del Estado ha ido configurando la política de esta zona —muchas provincias y ejército numeroso, aunque mal pertrechado— de manera singular. La importancia de los mandos militares ha crecido, y son los jefes procedentes del antiguo ejército los principales personajes, apenas sometidos a la autoridad del ausente ministro de la Guerra. No reciben armamento, y los suministros a la población civil, especialmente en Madrid y otras ciudades, están por debajo de los límites mínimos.
Los militares saben que cuando el enemigo los ataque no podrán resistirlo, y está en el ánimo de todos la convicción de que hay que gestionar la paz a cualquier precio: una rendición honrosa con condiciones mínimas. Creen que Franco se negará a suscribir con Negrín y los comunistas ningún tipo de pacto, y que a ellos, antiguos compañeros de armas, los aceptará como a interlocutores válidos. Con esa idea —lo confiesen o no— están de acuerdo los políticos no comunistas, sin excluir a los anarcosindicalistas. La convicción, por cierto ilusoria, pasa de las lucubraciones personales a conversaciones de tanteo entre militares



(Louis Deschamps. Paris.)

El 21 de febrero de 1939 desfilan en Barcelona cerca de cien mil combatientes de los que han participado en la batalla de Cataluña. Tercio de requetés por el paseo de Gracia.



(Keystone.)

Al cruzar la frontera de Le Perthus, este guardia de asalto se dispone a entregar fusil y cartucheras, mientras que en la mano derecha sostiene la maleta del desterrado. El rostro de la mujer, y aun el del niño, revelan tristeza, sufrimiento, fatiga.

profesionales y entre éstos y políticos, y se va concretando en proyecto. El general Miaja, de vuelta de sus veleidades comunistas, se ve a sí mismo como salvador de lo poco que puede salvarse. En los cuarteles de la agrupación y del ejército de Levante, Matallana, Menéndez y sus jefes de Estado Mayor maduran planes. Pero quien toma la iniciativa y considera que la providencia le ha destinado a preservar el honor de la República y de su ejército, y a erigirse en artífice de una paz digna y fraterna —renovado abrazo de Vergara—, es el jefe del ejército del centro, el coronel Segismundo Casado. De los socialistas, la figura principal que permanece en Madrid es Julián Besteiro, quien desde el principio se ha mostrado partidario de buscar un entendimiento con el enemigo. Republicanos sólo quedan en la zona figuras secundarias, y los anarcosindicalistas, descartada la revolución por la cual combatieron y desechado cualquier proyecto numantino, consideran asimismo la posibilidad de gestionar un acuerdo. A estos últimos les impulsan, además, dos motivos: revancha contra el odiado PCE, y hallarse aislados y carecer de fronteras para la evacuación. En la flota, embotellada en Cartagena, las posiciones son parecidas, desde el almirante Buiza hasta la marinería. Serán los primeros que se atreverán a proclamarlo en voz alta, a *exigir* la paz.

No resulta posible extenderse en detalles de cómo ocurren las cosas y cómo se deriva de una seudoconspiración tácita a una auténtica conjura. Casado toma la iniciativa y establece contactos con un pequeño número de militares y civiles. Los más importantes son Besteiro y Cipriano Mera, anarquista que manda el IV Cuerpo de Ejército desplegado en el frente de Guadalajara. Además, Casado ha entrado en relación con miembros del Servicio de Información y Policía Militar (SIPM), que trabajan clandestinamente en Madrid. La respuesta que de ellos recibe no es alentadora: exigen la rendición incondicional, si bien, sin contraer compromisos firmes, ofrecen facilidades para la evacuación y mínimas concesiones para quienes se rindan, y dan a entender que sólo se castigará severamente a quienes hayan cometido delitos de sangre y otros de naturaleza grave.

El pretexto que los «casadistas» van a aducir después —el de que Negrín permanece en Francia durante muchos días— es error o embuste; que estuviera incomunicado con ellos es distinto. El jefe del gobierno, que no abandona Cataluña hasta el último mo-



(Arch. Urbión.)

Los últimos disparos de la guerra civil son doblemente fratricidas: en Madrid y otros puntos, comunistas y negrinistas pelean contra aquellos que hasta ayer fueron compañeros de armas... y viceversa.

mento, celebra un consejo de ministros en Toulouse y regresa de inmediato a España. Arrastra, casi forzándolos, a casi todos los ministros, que, por su parte, no tenían propósito de reintegrarse al territorio republicano. No volverán Azaña, ni el presidente de las Cortes, Diego Martínez Barrio, ni el general Vicente Rojo, ni los jefes del ejército, salvo algunos comunistas [7]. Sí regresan dirigentes del PCE, como Dolores Ibárruri, Checa y otros, y su máxima autoridad, Palmiro Togliatti.

¿Qué se propone Negrín? Nadie lo sabe. Una de sus frases favoritas —según se cuenta— es la siguiente: «No digo lo que pienso ni al cuello de mi camisa.» Estamos obligados a conjeturar, pues su conducta va a ser extravagante y la *lectura* de sus actos no resulta fácil. Se entrevista con unos y con otros, tantea, y predica a voz en cuello la resistencia a ultranza. Alardea de cantidades de armas y de aviones, de alimentos y pertrechos de todo género que están en Francia dispuestos para el embarque. No aclara cómo piensa transportarlos; los puertos del Mediterráneo están bloqueados por la escuadra y la aviación nacionalistas, y Francia, que anda en tratos para reconocer al gobierno de Burgos, no es ahora cuando va a dar facilidades. Tampoco parece que existan esas armas, pues están liquidándose las compras realizadas para convertirlas en dinero. Lo mismo ocurre con los buques propiedad del gobierno o de sus testaferros.

El jefe del gobierno sólo permanece unos días en Madrid. Se desplaza de un lado a otro; desconfía de Casado y acaba encastillándose en Elda, cerca del aeródromo de Monóvar y del puerto de Alicante, protegido por una guardia de «guerrilleros» que le son fieles. El 27 de febrero [8] convoca, en el aeródromo de Los Llanos (Albacete), a los altos mandos militares y les pide su opinión sobre la eventual continuación de la guerra. Las contestaciones son casi unánimes: carecen de elementos para resistir, y en esas condiciones se impone ir a una paz inmediata. Cada uno de los jefes se expresa con distinto grado de energía; quien lleva las cosas más lejos es Miguel Buiza, que habla en nombre de los comandantes, los oficiales, los comisarios y las tripulaciones de los buques, y también en nombre propio: o se hace la paz, o la flota abandona la lucha. A la reunión asiste Miaja, y ocurre lo insólito: opina que, no habiendo contestado el enemigo a las propuestas de paz formuladas, no queda otra salida que la resistencia. Sin mayores explicaciones, Negrín resume a su manera: puesto que están de acuerdo con él, hay que disponerse a resistir hasta el fin. Cierta desconfianza que existía entre los jefes militares con respecto a Miaja se acentúa, y varios de ellos cambian impresiones, aunque no queda estructurado un plan concreto. Cada uno conoce la posición de los demás y los grados de energía y convicción con que la han expresado.


(Brandeis University, USA.)

Poca autoridad le queda ya al doctor Negrín. Cuando aún no han cesado los disparos, abandonará España.

La quinta columna y los últimos decretos

La persecución se ha ido atenuando y en el ejército, en las organizaciones sindicales y aun políticas, y hasta en la policía, aparte de los que han ido infiltrándose, hay quienes, sabiendo que la guerra no va a ganarse y sí a perderse, optan por aproximarse a los que mañana van a ser los vencedores. En casos extremos se deciden a pactar con ellos y a colaborar; en otros hacen la vista gorda. La actividad de las redes clandestinas aumenta; esa moderada dosis de impunidad ha ido potenciando la audacia. De un lado, están las actividades de espionaje conectadas con Burgos, y en relación con ellas, pero a distancia, las «falanges clandestinas» que se organizan en unidades paramilitares que, introducidas por doquier, siembran el desconcierto, desmoralizan, ayudan a los

[7] La mayoría de los jefes y la casi totalidad de los oficiales están, como la demás gente menuda, encerrados en los campos de concentración.

[8] Otros creen que fue el día 26, y algunos dan la fecha del 16 y otras varias; no puede precisarse con certeza cuál de ellas es la exacta.

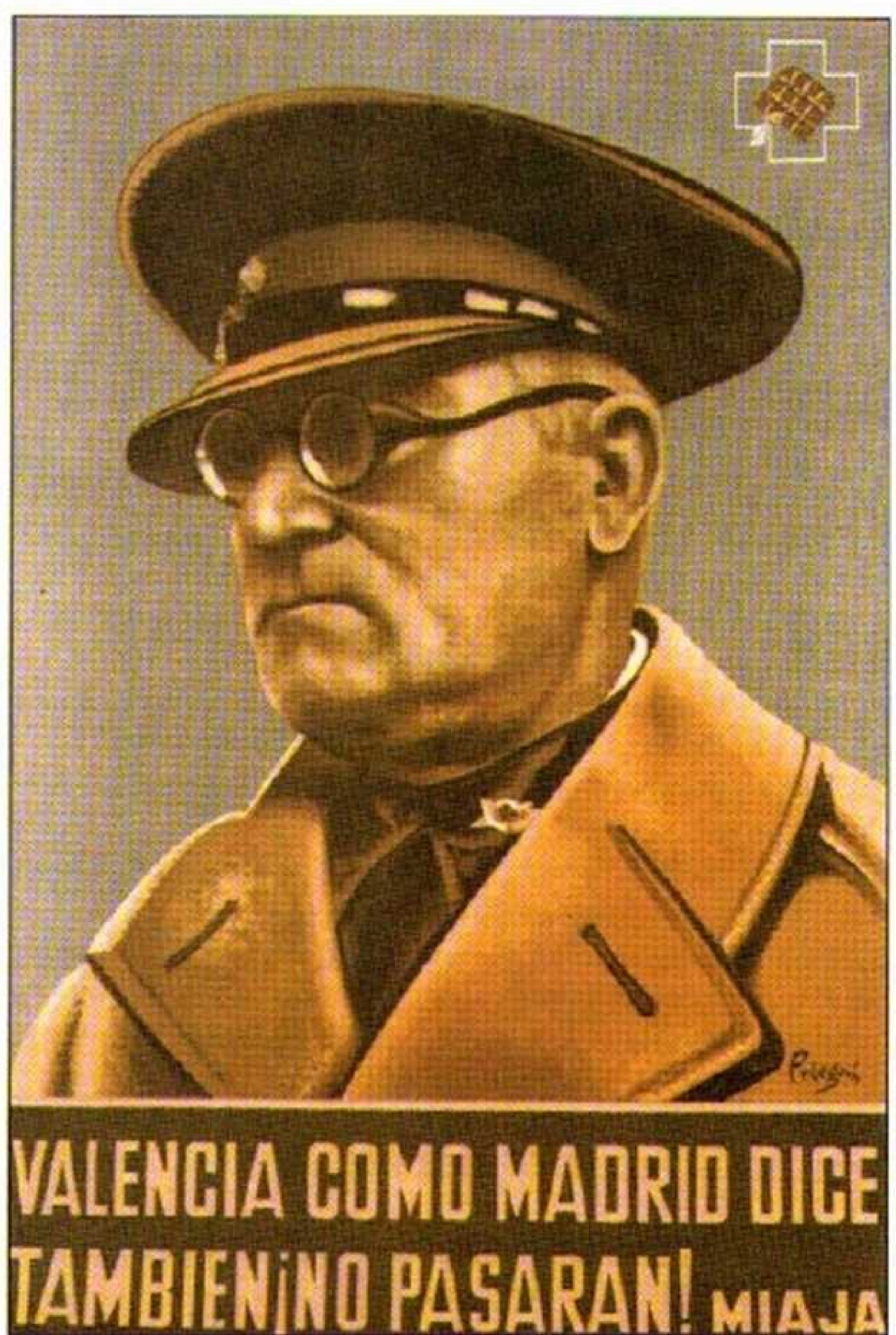
suyos en los suministros, les proporcionan escondite, tabaco, *enchufes* que les permiten no ir al frente, certificados de inutilidad, documentaciones falsas... Es una labor tenaz, favorecida por las circunstancias en las cuales se vive.

Como consecuencia de la reunión de Los Llanos, Negrín, cuyas exactas intenciones desconocemos, presionado por los jefes comunistas con quienes se entrevista, sin comprometerse a nada ni encargarles misiones concretas [9], pone en marcha un plan que estaba ya previsto en líneas generales. Su ejecutor va a ser un militar, ingresado en el PCE, al cual sirve con incondicional entrega: el subsecretario del ejército, coronel Antonio Cordón. Este plan se ha exagerado, y algunos afirman que consistía en entregar el poder militar a los comunistas, y que eso obliga a Casado y los demás a dar el golpe, al cual se le atribuye así carácter meramente defensivo. Sobre el significado, amplitud y naturaleza de esta reorganización, probablemente se ha fantaseado. Ramón Salas ha hallado un ejemplar del *Diario del Ministerio de Defensa* de fecha 3 de marzo; queda pendiente una incógnita: ¿Se publicó ese diario el día 4? En este caso, pudo haber nuevos nombramientos y cambios de destino: pero de haberse distribuido, se habría localizado algún ejemplar en cualquier archivo o hemeroteca.

Los ascensos carecen de la importancia que se les ha atribuido. A Miaja y a Rojo se les nombra tenientes generales, para lo cual hay que reinstaurar este grado; Modesto, Casado y Cordón ascienden al generalato (Líster, no), y todavía había otros ascensos sin significado especial. Lo que puede resultar significativo es que se disuelva la Agrupación de Ejércitos, que a Miaja se le designe para un cargo superior, pero sin mando directo; que, además de subsecretario, Cordón sea nombrado secretario general del Ministerio de Defensa, y Matallana, jefe del Estado Mayor, en sustitución de Rojo. Con todo ello, el ministro de Defensa, Negrín, a través de Cordón, controlaba directamente el ejército y tenía a Matallana a sus órdenes, mientras Miaja y su estado mayor quedaban flotando en funciones no definidas. Más sintomáticos aún parecen los reajustes de otros mandos: Bernal es destituido de la base de Cartagena (había expuesto en Los Llanos lo peligroso de la situación allí y la posibilidad de un levantamiento antigubernamental) y para sustituirle se nombra a un comunista notorio, el coronel Francisco Galán. Otro comunista, el teniente coronel de milicias Etelvino Vega, es designado gobernador de Alicante, y dos jefes de aviación comunistas —o negrinistas—, Leocadio Mendiola e Inocencio Curto, sin renunciar a los mandos aéreos que ejercen, asumen los gobiernos de Murcia y Albacete, respectivamente. Está dibujándose una operación futura de repliegue de los frentes y de control sobre la evacuación: dos importantes puertos, Alicante y Cartagena, dominados, y, desde la base de Cartagena y las baterías de costa, meter en cintura a la flota. Las provincias de Murcia y Albacete son la cobertura, y se asegura el dominio de la región aérea y de los aparatos disponibles. La base de carros y blindados se halla en Archena (Murcia), y, en conjunto, la zona está bien aprovisionada y abunda en alimentos. Pero todos estos planes, un tanto imprecisos, van a fracasar.

Reconocimiento de Burgos

TENEMOS que retroceder unos días y situarnos en el 27 de febrero. En el Parlamento británico se acuerda, por 344 votos contra 137, el reconocimiento del gobierno de Burgos, lo que supone ruptura con la República. También Francia establece relaciones con Franco,



(Arch. Doc. M.º Cultura. Salamanca.)

La popularidad de Miaja ha disminuido; aún presidirá, de manera más nominal que efectiva, el Consejo de Defensa.

[9] Jefes y comisarios del Ebro han regresado dispuestos a batirse, aunque sea a la desesperada. Entre ellos, Modesto, Líster, Tagüeña, Etelvino Vega, Merino... Y del ejército del Este, Francisco Galán.



El coronel Cordón, que en los últimos días ascenderá a general, charla con Negrín rodeado de otras personalidades conocidas.

para lo cual se obliga a devolver un depósito de oro que hizo la República, las importantes obras de arte trasladadas a territorio francés, las armas, material, buques, edificios, etc. A partir de entonces todos los países que aún no lo habían hecho, excepto la URSS y México, reconocerán escalonadamente al gobierno nacionalista.

Que Azaña se proponía dimitir de la presidencia era sabido por anunciado. Abandona la embajada de París y se traslada a una villa que había alquilado muy próxima a la frontera suiza. El 28 se hace pública su renuncia ante el presidente de las Cortes, en una carta razonada en la cual se expone la situación.

Martínez Barrio, que con tanta complacencia había sustituido al presidente cuando Alcalá Zamora fue depuesto, echando mano de argucias legalistas se niega ahora a asumir la presidencia, trámite que le obligaría a trasladarse a territorio republicano. La República queda, pues, sin presidente y diplomáticamente aislada.

Ahora sí entramos en la fase final de la guerra, en su liquidación, torbellino en que los acontecimientos se precipitan: rotos los equilibrios, un justificado frenesí se apodera de todos los españoles, en especial de aquellos que habitan en zona republicana. Apenas vamos a referirnos al bando que ya es virtualmente vencedor: un fuerte ejército está tomando posiciones para lanzarse a la última ofensiva. Franco no ha cedido apenas en su áspero concepto de la justicia y del castigo, y no admite pactos; tampoco los aceptaba en circunstancias menos favorables.

La conspiración final guarda sólo ciertas similitudes con la de Mola, pero la recuerda. Enlaza el coronel Casado con Matallana, jefe de la agrupación: con Menéndez, que manda al ejército de Levante: con el general Martínez Cabrera, gobernador militar de Madrid, y poco con Miguel Buiza. Cuenta con la colaboración de su estado mayor y con jefes de unidades. Están de acuerdo con él, desde luego, Besteiro, Wenceslao Carrillo y otros dirigentes socialistas, los republicanos, y Eduardo Val, secretario del Comité de Defensa Confederal, que inclinará a la militancia libertaria; y también las fuerzas de orden público no comunistas.

El primer chispazo salta en Cartagena, adonde Negrín ha enviado a Francisco Galán para hacerse cargo de la base: la orden es de que negocie, pero en su apoyo se desplaza una brigada comunista, la 206, y carros y blindados de Archena. Galán se adelanta, Bernal resigna el mando, pero los subordinados se sublevan y arrestan a Galán. Se ha iniciado la revuelta contra el gobierno; es la noche del 4 al 5 de marzo. La sublevación comprende a la infantería de marina, el parque de artillería y las baterías de costa (comandante Arturo Espa), que dominan la ensenada y el mar de Cartagena. Y sucede algo imprevisible: un grupo de partidarios de los nacionalistas, a los cuales se añade Espa, se superponen a la sublevación «republicana», se apoderan de la emisora de radio, ponen a la cabeza de la revuelta al general retirado Rafael Barrionuevo, izan la bandera nacionalista y empiezan a lanzar mensajes ofreciendo a Franco la plaza, que ni siquiera dominan.

y pidiéndole ayuda urgente. Los semiamotinados de la flota no buscaban alianza con los nacionalistas, sino pacto honroso; ahora se encuentran comprometidos entre dos fuegos. Llega a Burgos la noticia de la sublevación cartagenera, sin detalles sobre su precaria y confusa naturaleza, y Franco decide apoyar a sus parciales.

asistido por los partidos —salvo el comunista—, es la única estructura de poder. «Yo os hablo —añade— para deciros que cuando se pierde es cuando hay que demostrar, individuos y nacionalidades, el valor moral que se posee. Se puede perder, pero con honradez y dignamente, sin negar su fe, anonadados por la desgracia.» A continuación se lee el manifiesto propia-


(Brandeis University, USA.)

De izquierda a derecha: tres ministros, Moix, Giner de los Ríos y González Peña; el presidente de las Cortes, Martínez Barrio; el de la República, Azaña, y el del gobierno, Negrín; más otro ministro, Segundo Blanco. La derrota está próxima.

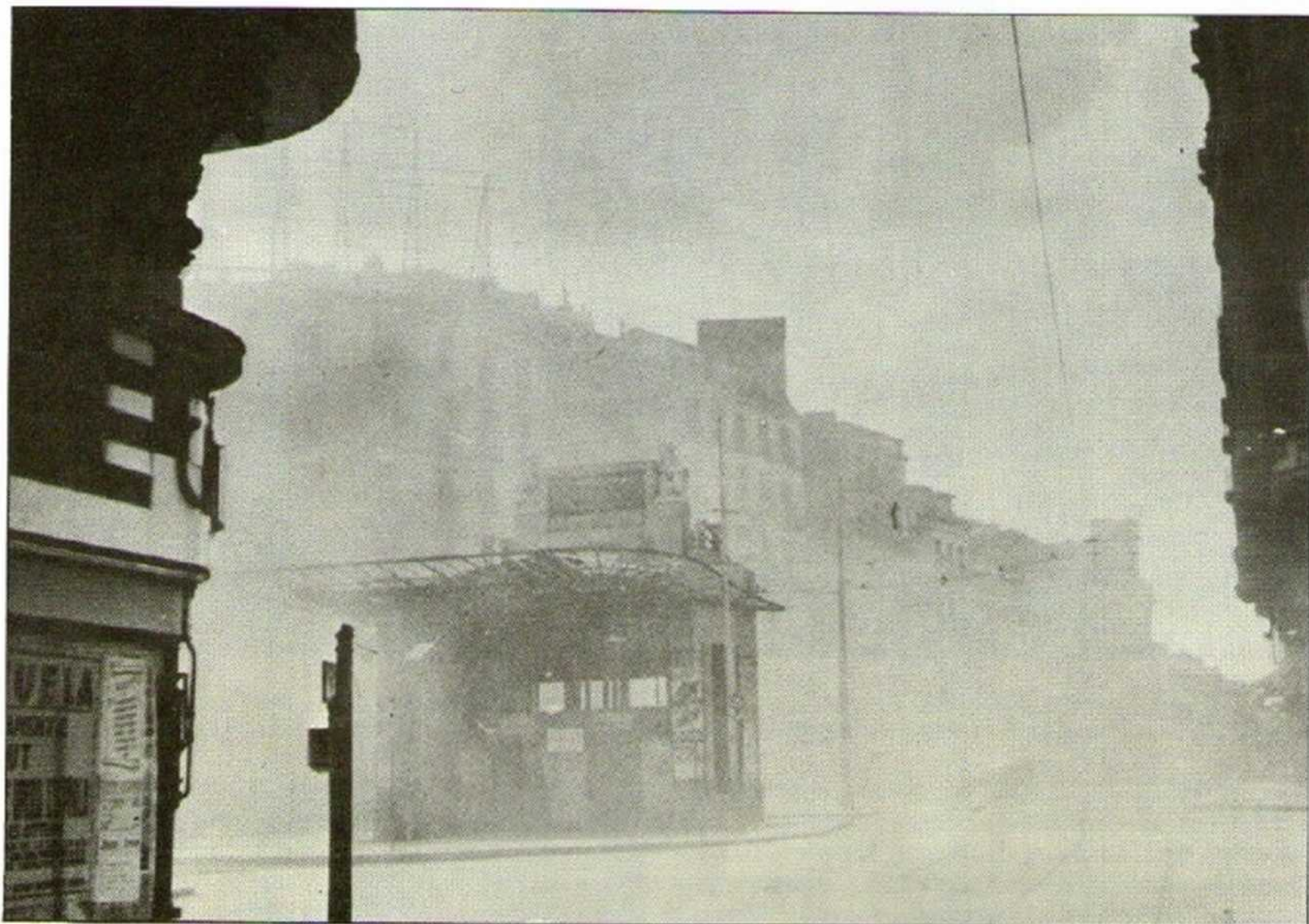
Un régimen a pique

En Madrid suena la hora: en la noche del 5 al 6 se reúnen, en los bien fortificados sótanos del antiguo Ministerio de Hacienda, los que van a dar el golpe. Acaban de formar el Consejo Nacional de Defensa. Casado asume provisionalmente la presidencia, que se le reserva a Miaja, y la *cartera* de Defensa, y Besteiro, que se ha negado a presidir, la de Estado; hay un consejero del PSOE, al cual se añadirá otro de la UGT, dos republicanos y dos libertarios. Habla Besteiro y expone la situación tal como ellos la ven: el gobierno se halla descalificado y la República sin presidente; el ejército, por haberse declarado el estado de guerra,

mente dicho; se ataca ásperamente a Negrín y a su gobierno, se le declara inconstitucional, y se precisa que el consejo asume el poder que nadie ejerce legalmente, ni siquiera de hecho.

Reunidos Negrín y sus ministros en el *bunker* de Elda, reciben la noticia a través de la radio. Tratan de disuadir o pactar, proponen incluso una transmisión de poderes, pero Casado no acepta, desea que quede clara la ruptura. El gobierno, que teme ser atacado, reúne unos pocos aviones, y el mismo día 6 abandona España; también lo hacen algunas personalidades comunistas, como Dolores Ibárruri y Cordón. Aquella noche se celebra reunión formularia del comité central del PCE en el mismo aeródromo de Monóvar. Y a la

mañana siguiente, los principales dirigentes —entre los que se encuentran los jefes y comisarios del Ebro, así como Hidalgo de Cisneros— abandonan el territorio republicano. Togliatti no evacuará hasta el fin, lo mismo que Checa, Claudín y Jesús Hernández, que anda por Valencia y sus alrededores. Los últimos asesores soviéticos hacen las maletas, recogen la documentación y se marchan; el epílogo no les interesa.



(Alfonso. Madrid.)

De nuevo va a lucharse en las calles madrileñas y otra vez se producirán muertos y heridos en los últimos días de la guerra. La desoladora fotografía de la red de San Luis corresponde a uno de los cañoneos anteriores.

En Madrid, Casado ha tomado precauciones y distribuido fuerzas de una brigada de reserva de componente anarquista. Por impulso propio, o movidas por alguna orden no orgánica, las unidades comunistas van a *sublevarse* en Madrid contra los sublevados de Casado, y el día 6 comienzan a moverse y a ocupar edificios y puntos claves de la capital. Los manda el coronel Barceló, oficial profesional republicano y masón, que se ha afiliado al comunismo. Una lucha de extrañas características ha comenzado: maniobras y toma de posiciones dentro y fuera de la ciudad, con escasos choques que revisten inusitada y sangrienta violencia. La capital de España se convierte en un caos: unos a otros se hacen prisioneros, y artillería y carros se ponen en juego.

En Cartagena, amenazada por las baterías de costa sublevadas, y tras un bombardeo aéreo de los nacionalistas, la flota republicana se hace a la mar el 5 de marzo; con los marinos embarcan varios de los jefes que en la base se habían opuesto a Galán, y el mismo Galán. Dos días después, el 7 de marzo, los buques se internan en Bizerta. Los sublevados franquistas y los que se les han sumado quedan inestablemente dueños de la plaza y su entorno: ignoran que la brigada 206, que manda el mayor Artemio Precioso, ha empezado a operar a las puertas de Cartagena. Atrincherados en el parque de Artillería, en la capitanía de la base y en el arsenal, se limitan a pedir ayuda a los nacionalistas por medio de mensajes radiados. Desde Burgos se movilizan importantes fuerzas navales y tropas de desembarco.

La presión que ejercen las unidades comunistas en Madrid, que van cercando al Consejo de Defensa, crea una situación peligrosa para sus miembros y par-


(Brandeis University, USA.)

¿Principio de la guerra? ¿Final de la guerra? ¿A qué bando pertenecen estos fusileros? ¿O se trata de una escena más o menos preparada? Durante la guerra civil y en muchísimas ocasiones, tuvieron que defender las ciudades casa a casa.

tidarios. El ejército nacionalista se mantiene a la expectativa. Con maniobras, amenazas y pequeñas escaramuzas, los casadistas dominan y neutralizan a los contrarios en Levante, Andalucía, Extremadura y Castilla la Nueva.

Una columna predominantemente anarquista, pero mandada por el mayor Liberino González, de la UGT, llamada «de maniobra», compuesta con reservas del IV Cuerpo de Mera, se pone en marcha el día 6 ó 7, y en fechas sucesivas avanza por el exterior, envolviendo a los comunistas y empleando artillería y aviación. En combinación con los guardias y otras fuerzas del Consejo, irán decidiendo la batalla. Las comunistas decaen; comprenden lo inútil de su actitud cuando el gobierno y los principales dirigentes han huido, y el PCE se ha sumido en un gran silencio. Además, están siendo batidas.

La brigada 206 va conquistando Cartagena y ocupa algunas de las baterías de costa. Durante el día 6 van recalando a la vista de la costa unidades navales nacionalistas; y se producen algunos ataques aéreos y choques de escasa violencia. Disparos de la artillería de costa, que van reconquistando los *gubernamentales* (nadie sabe a ciencia cierta a quién obedece), y un bombardeo no permiten correr el riesgo de intentar el desembarco. El día 7, la escuadra nacionalista decide retirarse. La brigada 206 y el séptimo batallón de retaguardia, con apoyo de algunos blindados, se han apoderado de la ciudad, del arsenal y de las baterías. El mismo día caerán el parque de Artillería y el último reducto, la capitanía de la base. Un transporte de tropa, el *Castillo de Olite*, que carece de radio e ignora la retirada naval, se acerca a la costa y es cañoneado y hundido, a consecuencia de lo cual se producen numerosas bajas. También es atacado otro transporte, el *Castillo de Peñafiel*, que se defiende y escapa no sin quebrantos.

Camino abierto

ENTRE el 12 y el 13, la lucha en Madrid ha terminado, y quedan dueños de la situación los del Consejo de Defensa. Deciden entonces dirigirse al mando nacionalista, pero no se muestran afortunados ni en el tono en que redactan el documento ni en alguna de las exigen-

(UPI.)

Madrid es una ciudad asediada, y dentro de la capital aún se abre un frente que durará varios días, hasta la derrota comunista por parte de los «casadistas». Aquí vemos una posición en el decapitado cerro de los Angeles.



(Arch. Doc. M.º Cultura. Salamanca.)

Cipriano Mera, que manda el IV Cuerpo de Ejército, es uno de los brazos armados del Consejo de Defensa.

cias que incluyen: tampoco son apropiadas a la situación real algunas de las manifestaciones que emiten por radio. Satisfecho por el resultado de la lucha interna, parece que Casado no calibra bien la auténtica posición en que se encuentran, con el ejército deshecho y desmoralizado, y la retaguardia angustiada y en plena descomposición. Los agentes nacionalistas recogen el documento e insisten en que sólo se aceptará la rendición incondicional.

Hasta el 19 no se recibe respuesta del enemigo: no se admite negociación ni la presencia en Burgos de mandos superiores del consejo; sólo de un jefe profesional con poderes para acordar la forma de rendición. Entretanto, se han producido destituciones y se ha reorganizado el desunido ejército. Casado insiste sobre evacuación y garantías en una nota más ponderada, pero en donde insinúa que si el consejo pierde autoridad, podría producirse un baño de sangre y destrucciones del tesoro artístico. Dentro del consejo hay división de opiniones; los de la línea dura hablan de resistir y aun de rehenes y represalias. También se hacen gestiones, infructuosas, en Francia para conseguir dinero y medios de evacuación.


(Serv. Histórico Militar.)


Rendición Madrid

Telegrama Oficial

Burgos 28 de marzo de 1939

III Año Triunfal.-

Coronel Jefe del S. I. P. M. 108

a R-429

-Excmo. Señor Generalísimo de los Ejércitos Nacionales.

A las 11'15 de hoy recibimos de nuestra Sección destacada del 1er. Cuerpo de Ejército el comunicado siguiente:

RECIBIDO A LAS 9,20 DEL DIA 28 MARZO 39. AÑO DE LA VICTORIA. URGENTISIMO: DADA ORDEN RENDICION MADRID Y CENTRO. PUESTOS MANDO CON JEFES Y OFICIALES ESPERAN ORDENES GENERALISIMO. VIVA FRANCO! ARRIBA ESPAÑA!.

TRANSMITASE
EL CORONEL DE E.M. JEFE
P.A.

Entrada S. E.

(Photo Research Int.)

La Puerta del Sol, rompeolas de todas las Españas y kilómetro cero de las carreteras, se llena de manos abiertas.

Comunicación al Cuartel General nacionalista de que se ha captado la orden enemiga de rendir Madrid.

El 23 de marzo dos emisarios, el teniente coronel Garijo y el comandante Ortega, se trasladan en avión a Burgos. En el aeródromo se entrevistan con jefes del EM nacionalista presididos por el coronel Gonzalo. Hay discretos forcejeos, y mientras Garijo propone la rendición por zonas y un plazo dilatado, al tiempo que solicita aclaraciones sobre la evacuación de los más comprometidos, los representantes nacionalistas concretan sus exigencias: el 25 entrega de la aviación, el 27 rendición del ejército. El consejo, una vez informado por Garijo, vacila, necesita garantías escritas, que no se le dan, y Casado, que no renuncia a su papel de protagonista, dirige diversas misivas personales a Franco, que se obstina en ignorarle. El 25 vuelven a Burgos los parlamentarios; Garijo, que actúa como hábil emisario, trata de justificar —y no son razones lo que le faltan— la imposibilidad de entrega de la aviación en el plazo exigido, y se esfuerza por retrasar la del ejército. A la hora límite en que debían haber aterrizado los aparatos republicanos (algunos de los cuales han huido, sin que el consejo pudiera impedirlo), el coronel Ungría, que ha consultado con persona muy próxima a Franco, declara terminadas las conversaciones.

En la madrugada del 26 se recibe en Madrid este telegrama: «Ante inminencia del movimiento de avance en ambos puntos del frente, en algunos de ellos imposible aplazar ya, aconsejan que fuerzas rojas en líneas ante preparación artillera o aviación, saquen bandera blanca, aprovechando la breve pausa que se hará para enviar rehenes con igual bandera, objeto entrega, utilizando en lo posible instrucciones dadas para entrega espontánea.»

La ofensiva empieza el 27; sólo en los inicios se ofrecen esporádicas resistencias. El ejército republicano va disolviéndose, y las columnas nacionalistas avanzan sin oposición; no la hay por orden del propio consejo. Los consejeros, después de dar cuenta por radio de sus propósitos y gestiones, marchan a Valencia para organizar la evacuación, que, por confianza o imprevisión, han descuidado. Casado, que permanece un día más en Madrid, cursa la orden al coronel Prada de rendir aquel frente que ha quedado desguarnecido por la deserción de los soldados y oficiales. El 28 se efectúa el acto simbólico, pero la quinta columna, mientras los republicanos evacuan, se está apoderando de Madrid, sin que se produzcan choques. A medida que las tropas avanzan por el resto de la zona centro-sur, se repiten hechos semejantes en varias ciudades y pueblos. Las tropas nacionalistas entran en Madrid por la tarde. Julián Besteiro se ha negado a evacuar, y hecho prisionero y arbitrariamente juzgado, morirá enfermo en la cárcel. En medio del mayor desconcierto, los consejeros, jefes militares y dirigentes políticos se reúnen en Valencia. Hay muy pocos buques, y la eva-



(Louis Deschamps. París.)



(Col. J. M. Armero.)

En la Puerta de Toledo madrileña se trabaja para que desaparezcan los ya inútiles testimonios de la guerra: con estos otros testimonios (los de la derecha) ocurrirá lo contrario de lo que la propaganda republicana había anunciado.



(Inst. Municipal de Historia. Barcelona.)

Guardias, oficiales y soldados, paisanos y heridos, se hacinan entre alambradas francesas. Una página de plomo de la historia cae sobre ellos. Pero ante el objetivo alzan todavía el puño.


(Louis Deschamps, París.)

Sólo leves signos permiten afirmar que esta foto del patio de armas de Montjuich está tomada después de enero de 1939, porque, salvo en el verano de 1936, en que los presos eran jefes y oficiales, los ocupantes se parecían mucho.

cuación de los afortunados que consiguen plaza se hace, con el mayor desorden, en Valencia, Alicante, Cartagena y otros puertos menores. Los comunistas, desde la zona de Cartagena, consiguen medios para evacuar a sus principales dirigentes que no lo habían hecho todavía.

Los frentes de Levante se derrumban, y los nacionalistas avanzan: la quinta columna se lanza a la calle en Valencia. El 29, por la tarde, después de pedir por radio serenidad, Casado y varios consejeros se dirigen a Gandía; con ellos van otros dirigentes políticos y algunos militares. El general Miaja ha partido en su avión particular, y en otro Mera con sus gentes. Muchos aviones vuelan al norte de Africa. A la mañana siguiente,.Casado, miembros del consejo y hasta centenar y medio de personas, entre las cuales hay socialistas, anarcosindicalistas, republicanos e incluso comunistas, embarcan en un buque de guerra inglés. Pero el éxodo masivo se produce hacia el puerto de Alicante; han circulado noticias de que allí llegarán buques suficientes para la evacuación. En los muelles se reúnen de diez mil a quince mil personas en situación de máxima angustia, que en algunos casos induce al suicidio. Los buques no hacen acto de presencia, quizás el puerto está bloqueado. Se producen tensiones cuando tropas nacionalistas llegan por mar y tierra a la ciudad y aíslan el puerto. El día 31 se entregan; no pueden luchar.

A este dramático episodio del puerto de Alicante se le destaca por significativo, pero toda la zona centro-sur, ocupada ya, se convierte en un inmenso *puerto de Alicante*.

La guerra se da oficialmente por terminada el 1 de abril. Ha finalizado una época para España.

No debemos olvidar la guerra civil

Por **Claudio Sánchez-Albornoz** *

LA guerra civil española ha destrozado mi vida y ha torcido sus rutas. Está ahí, en mitad del camino de mi existir. He meditado mucho sobre ella. Quizá desde 1936 no ha transcurrido una sola jornada de mi largo destierro sin que su recuerdo no se haya cruzado en mi memoria provocando inquietudes, problemas, tristezas, desesperanzas, angustias. Suscribo, empero, el pensamiento de quienes han lanzado la idea de que ha llegado la hora de que los españoles dejemos de arrojarnos unos a otros estocadas metafóricas, recordándonos las monstruosidades que España padeció desde 1936 a 1939, para responsabilizar de tales horrores al adversario o al enemigo. He recordado muchas veces, al meditar sobre estos problemas, las palabras de Jesús ante los acusadores de la mujer adúltera: «El que esté libre de pecado, que tire la primera piedra.» Me considero horro de responsabilidad en el estallido de la guerra civil, pero «hasta por ahí nomás», como dicen en Argentina, porque quizá ningún español, de una u otra manera, ora por acción, ora por omisión, dejó de contribuir al inicio de la lucha en los días que precedieron a julio de 1936.

Pero si creo que debemos de dejar de arrojarnos al rostro unos a otros la responsabilidad de las bárbaras jornadas de la guerra civil, no puedo suscribir la idea lanzada por algunos —sin duda con la mejor intención, pero equivocadamente— de que debemos olvidar las sangrientas gestas de otrora y de que sea lícito reducirlas a un mero recuerdo histórico, cuyos avatares deben estudiarse científicamente, por su lejanía temporal y por su inoperancia en el presente.

No; la guerra civil está ahí en mitad del camino de España hacia el futuro y deben ser frecuentes ocasiones de recuerdo su génesis, su proceso en los frentes de batalla y sus horrores en la retaguardia.

Su iniciación es conocida, pero quizá pueda yo añadir

* Claudio Sánchez-Albornoz nació en Madrid en 1893. Catedrático de Historia Antigua y Media, académico de la Real de la Historia en 1925, ha escrito innumerables trabajos sobre su especialidad. Destacaremos *El Islam de España y el Occidente*, *En torno a los orígenes del feudalismo*, y *España, un enigma histórico*.

ATENTADO CONTRA UN TENIENTE DE ASALTO

El subsecretario de Gobernación recibió a última hora de la noche del domingo a los periodistas, a quienes dió cuenta del suceso ocurrido en la calle de Augusto Figueroa, entre la de Hortaleza y Fuencarral.

El subsecretario manifestó que a las diez y cinco, en la calle de Augusto Figueroa, donde vivía el teniente de Asalto D. José del Castillo, perteneciente al segundo grupo, que tiene su alojamiento en el cuartel de Pontejos, esperaba un grupo, al parecer de cuatro individuos. A esa hora el señor Castillo salió de su domicilio para tomar el servicio, que empezaba a prestar a las diez. Un testigo ha declarado que pudo escuchar como uno de los cuatro individuos dijo: "Ese, ése es", señalando al teniente Castillo. Al acabar de oír esto cayó al suelo, a efectos de un fuerte empujón, y simultáneamente sonaron varios disparos. Se repuso rápidamente este testigo, a tiempo de recibir al Sr. Castillo al desplomarse.

Ayudado por otro vecino de la misma calle trasladaron al señor Castillo a un automóvil y se dirigieron al Equipo Quirúrgico.

El teniente falleció en el camino.

(Arch. Barón de Tormoye.)

Unos pistoleros asesinan a un teniente de asalto, además instructor de las milicias socialistas. Es la primera chispa.

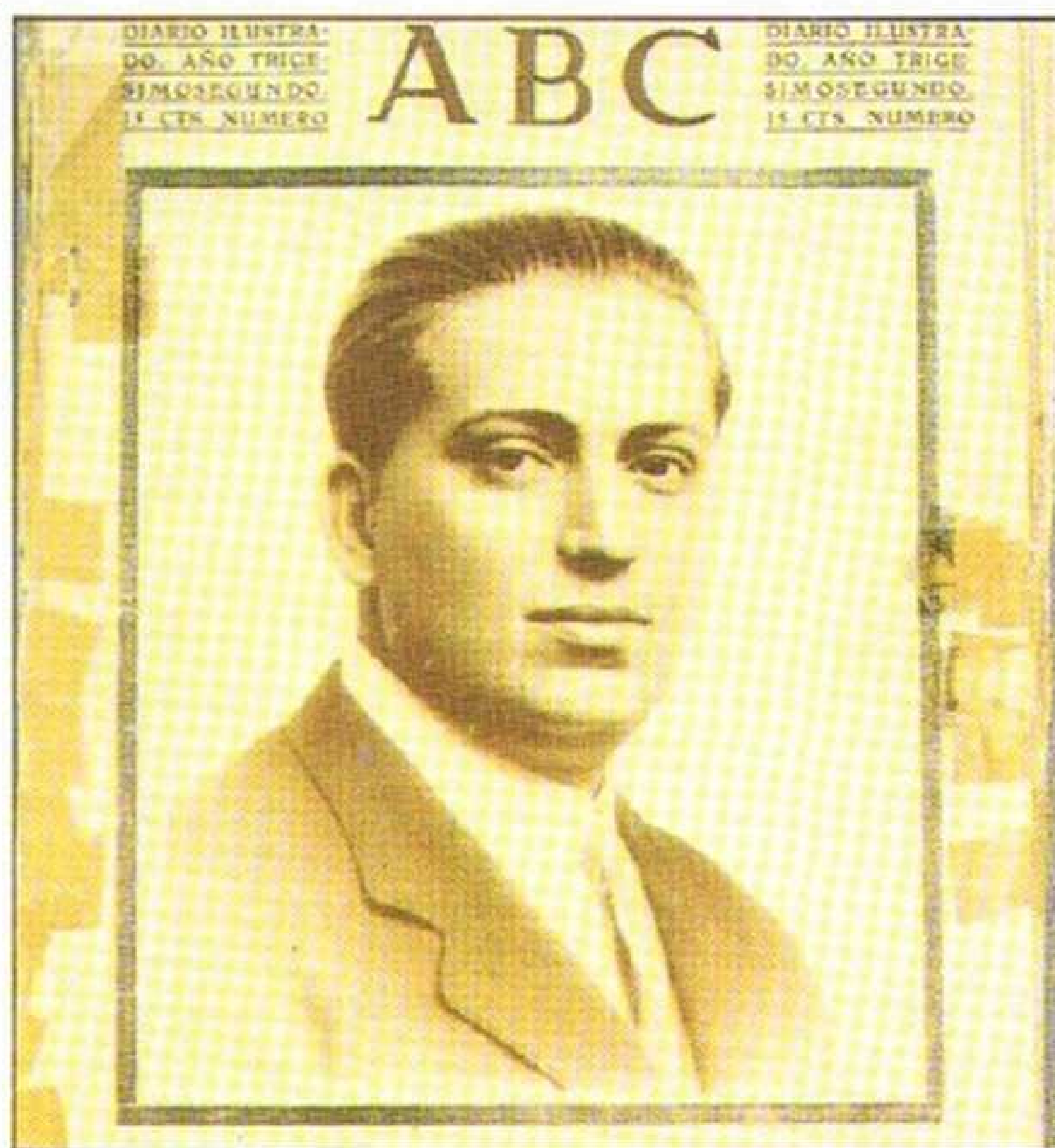
algún pormenor no despreciable al escrutar sus comienzos; y acaso no dejen de tener interés mis consideraciones sobre el talante hispano que puede explicar la lucha, ni mis juicios sobre ella.

La sublevación socialista de Asturias y el alzamiento de la Generalidad de Cataluña en octubre de 1934 crearon el clima de discordia civil en que iba a naufragar la República. Ambos movimientos, que Azaña no logró evitar —ante mí intentó detener a los primeros—, y la lógica pero dura represión de los mismos alzaron montañas de odios entre los españoles. El clima de violencia era tal que el mismo Azaña dijo en el mitin de Comillas: «No me llevéis al poder si no me vais a dejar gobernar.» Sus temores se cumplieron. La desarmonía con el presidente de la República, del gobierno del Frente Popular triunfante en 1936, desarmonía que llevó a la injusta destitución de don Niceto, agravó la difícil situación, aumentando la alarma de las clases conservadoras. La estulta actitud de Largo Caballero —le habían convencido de que iba a ser el Lenin español— provocando revueltas con la esperanza de hacer la revolución —me consta que anunció a sus aliados electorales republicanos su decisión de hacerla cuando le fuera dable— asustó terriblemente a las derechas, que se decidieron a dar un golpe militar para barrernos a los republicanos. He referido que me anunció su acordada realización Honorio Macera, sin duda para que me pusiera a salvo.

Después, son muy conocidos los sucesos que llevaron a la guerra civil. Fracasaron los alzamientos de Madrid y Barcelona. Fanjul era una mula, y no supo sino encerrarse en el cuartel de la Montaña. Vivía yo enfrente, y me consta, por relatos familiares —yo estaba en Lisboa—, que durante muchas, muchas horas no tuvo a nadie enfrente y pudo apoderarse del Palacio y de Madrid casi sin disparar un tiro. Y Goded llegó tarde a Barcelona, y sus hombres hubieron de enfrentarse con la guardia civil, fiel a la República.

Durante los cuarenta años de la dictadura franquista he lamentado a veces que no triunfara inicialmente el alzamiento. Nos habrían fusilado a unos centenares de republicanos, pero España no habría sufrido los desastres de la guerra civil, y los vencedores habrían durado en el poder mucho menos de lo que hubimos de padecerles en verdad.

¿Habría sido posible la paz, como afirmó Chapapietra? ¿O no lo era, como ha declarado Gil Robles? En todo caso, fracasados los alzamientos en las dos grandes ciudades de Barcelona y de Madrid, estallaron violentas revueltas sociales y comenzó la guerra civil.



(Arch. Barón de Tormoye.)

Primera página de ABC con la fotografía de Calvo Sotelo: el crimen político más impolítico de la historia española.

MURCIA
Redacción, Oficinas y Talleres: JARA-CARRILLO, 1
Apartado de Correos, 54
25 ejemplares, 2,75 ptas.

El Liberal

MURCIA
Suscripciones: MURCIA, un mes... PROVINCIAS, trimestre... EXTRANJERO, trimestre...
Número suelto, 15 cts.

EL PUEBLO, EN DEFENSA DEL REGIMEN

Dominada por las fuerzas leales la importante sublevación de Madrid, el Gobierno se adueña por momentos de la situación

Cuando venía a España en avión el ex general don José Sanjurjo perece en un accidente

En Carabanchel fué hallado el cadáver del general García de la Herránz

El general Fanjul, detenido en Madrid con un millar de jefes y oficiales

¡Viva la República!

Una ola de demencia trágica ha lanzado sobre el dolor nacional otra desdicha: la sublevación militar contra el Poder legítimamente constituido.

En esta hora de inquietud y de estremecimiento EL LIBERAL, fiel a su historia, pone sus más encendidos fervores en el triunfo de la República.

Afortunadamente Murcia, la provincia y la región entera demuestran su lealtad y entusiasmo por el régimen que el pueblo se dió en uso de su soberanía.

En este momento difícil reunamos nuestra fe inquebrantable en la democracia y en los destinos de España como nación constituida en comunidad libre sin imposiciones de absurdo y dislocado pretorianismo.

Una alocución del gobernador civil

Entusiasmo del pueblo murciano

Se confirma la muerte de Sanjurjo

Una lucha intensa en Madrid

Una alocución de la "Pasionaria"

Por causas ajenas a nuestra voluntad nos vemos privados de dar a nuestros lectores la acostumbrada información

Advertencias al pueblo madrileño.--Otras noticias

FECHAS HISTORICAS: EL 14 DE JULIO EN PARIS



Una alocución del presidente de la Generalidad

(Hemeroteca Municipal. Madrid.)



Todo enfrentamiento bélico es bárbaro y cruel, pero más aún cuando se trata de una guerra civil. El hombre pierde todos sus atributos humanos cuando caza a su semejante como si de una alimaña se tratase.

Fueron vanos los intentos de los mediadores. Los caudillos de cada facción hablaron del preciso exterminio del enemigo. Intervinieron pronto en nuestra lucha potencias extranjeras. Y… me es cruelmente doloroso recordar los años trágicos de nuestra bárbara contienda, a este lado del Atlántico y tras cuarenta años de exilio, pero me han empujado a meditar sobre ellos solicitaciones repetidas a las que no he sabido resistir y mi anhelo de contribuir de alguna manera a evitar la repetición de la tragedia.

Sólo una España

«*La flor de la guerra civil es infecunda*», afirmó, pronto va a hacer mil años, el gran pensador de la España islámica, de la primera mitad del siglo XI, Ibn Házam de Córdoba. Registré y publiqué ese pensamiento hace cuatro décadas. ¿Acertó nuestro antepasado? —era de fe musulmana, pero de raza española—. Lo tuve por seguro. ¿Ha sido infecunda la

nuestra? Antes de contestar a esta pregunta enfrentémonos con la realidad de la tragedia.
Es bárbaro y cruel todo enfrentamiento bélico, cualesquiera que sean sus causas y la naturaleza, patria e ideas de quienes combaten. Es doblemente trágica la lucha entre connacionales, entre gentes hermanadas por la historia y por la vida. Me descubro ante el corajudo mantenimiento de un ideal con riesgo de la propia existencia. Pero en nuestra guerra civil, ¿se peleó por la defensa de ideales encontrados? Sí y no. Unos combatieron por la perduración de sus tradiciones religiosas, escarnecidas por el enemigo, pero ante todo y sobre todo por la conservación de su *status* social y económico. Y otros, por el mantenimiento de un régimen democrático, pero ante todo y sobre todo por adueñarse de los bienes materiales, dando vuelta a la tortilla, como podría decirse vulgarmente.
Esa doble realidad alzó odios feroces entre las dos Españas en batalla. Se ha hablado con alguna frecuencia de la existencia perdurable a través de los siglos de dos Españas hermanas y enemigas. Estulta afirmación. En todas las comunidades históricas se han enfrentado sucesivamente, a través de los siglos, grupos adversos y a veces hostiles. Pero esos enfrentamientos han tenido causas muy varias. Han sido también muy diferentes las facciones enfrentadas. Los choques no han sido continuos, sino que han sido interrumpidos por largos períodos de paz. Y nadie ha hablado de la existencia de dos Italias, dos Francias, dos Inglaterras, dos Alemanias enemigas a través de los tiempos.
Al afirmar la existencia perdurable de dos Españas se pretende que siempre han existido entre nosotros dos comunidades eternamente incompatibles y enemigas. Y eso es históricamente erróneo e indemostrable. No vacilo al afirmarlo rotundamente.
«España, no como Italia sino como parte alguna de la Tierra, era a propósito para hacer y rehacer la guerra por la naturaleza del país y de sus habitantes», había declarado con razón Tito Livio hace dos mil años. Y los romanos sabían muy bien, por trágica experiencia, la verdad de tal afirmación.
Lo he hecho notar mil veces. Roma, que conquistó las Galias en una campaña de diez años, tardó doscientos en someter a España.
En mi *España, un enigma histórico* he registrado otros pasajes de diversos autores griegos y romanos sobre la violencia temperamental de nuestros remotos abuelos anteriores a Cristo. Nada es perdurable en la historia, y el curso de los siglos habría podido suavizar nuestra herencia temperamental recibida de la singular historia de Hispania, crisol de todos los pueblos del mundo antiguo que un día emigraron hacia la Península. Pero en las montañas del norte cántabro-astur perduraron comunidades tribales herederas de la remota tradición heroica y pasional. Ellas iniciaron la resistencia al Islam y la reconquista. Casi ocho siglos de duro batallar


(Arch. Urbión.)
En los fríos partes de guerra anunciando victorias o derrotas nada se dice de los oscuros y anónimos combatientes.

afirmaron, y aun endurecieron, nuestra vital contextura milenaria.
Hubo entonces dos Españas, la cristiana y la islámica; pero nosotros somos nietos de la primera, que continuó la vieja tradición ancestral, unificó a España y acabó suprimiendo a las minorías inasimilables de moros y judíos.
Sólo ciegos a la realidad histórica puede luego hablarse de la existencia de dos Españas durante los siglos XVI, XVII y XVIII. No, no hubo sino una España

heredera del ancestral explosivo yo hispano. Una España que conquistó América y que señoreó Europa siglo y medio, y que luego vivió en paz sus problemas dinásticos hasta la francesada. Una España que no conoció las guerras religiosas que ensangrentaron a Alemania, Inglaterra, Francia..., ni las revoluciones políticas que llevaron al patíbulo a dos reyes en Londres y en París. Que conservó en potencia su herencia temperamental milenaria y que volvió a la batalla ante la invasión napoleónica.



(Arch. Urbión.)

Hasta la guerra con los marroquíes en Ifni, en 1960, Franco tuvo una guardia mora que le acompañaba en todos los actos oficiales. Era un resto de su pasado de oficial africanista.

Las dos Españas aparecieron en el curso del siglo XIX. Estábamos en Europa. No podíamos sustraernos a sus tempestades. Y padecimos dos guerras civiles, dos revoluciones, muchos choques y violencias. Los huracanes europeos desde la revolución francesa a la rusa agitaron las viejas pasiones hispanas y pusieron poco a poco al rojo nuestra milenaria herencia temperamental.

Muchas veces he hecho notar que el Islam se extendió desde Covadonga a la India y sólo de España fue expulsado. El ímpetu hispano, motor de nuestra resistencia a Roma, de nuestra batalla contra el moro y de nuestras empresas en América y en Europa, no tuvo un día enemigo exterior y se vertió en las contiendas intestinas. No tuvimos enfrente a sarracenos, indios, herejes, turcos o émulos europeos, y... un día estalló la horrísima tronada entre las dos Españas que se habían perfilado durante el siglo XIX.

Los dos bandos eran legatarios de la misma herencia temperamental, y fue brutal el choque. Bárbaro enfrentamiento en los campos de batalla y en la retaguardia. La pólvora almacenada en la santabárbara de la nave zigzagueante de nuestra historia decimonónica estalló violentamente y ardió España en altas llamaradas de odio y de pasión.

He reprochado muchas veces a Franco no haber sabido hacer la paz. No rectifico mis acusaciones. Pero escribo hoy como historiador y como próximo a la

eternal vida futura. Había sido tan brutal y sangrienta la batalla en los frentes y tan impiadosa y cruel la vida en las retaguardias, que era difícil llegar a la reconciliación. Se habrían necesitado dotes angélicas en los vencedores para pensar en el olvido del ayer, y no concibieron siquiera la idea de la fraternización y menos aún la del restablecimiento de un régimen demoliberal.

Pero la historia ha seguido su camino; los hombres somos mortales, afortunadamente. Han caído la casi totalidad de los dirigentes de los dos bandos de 1936. Soy un sobreviviente de los clanes de otrora. Dios ha limpiado mi corazón de la saña y me ha convertido en un humilde predicador de la reconciliación. La prediqué sin pausa durante mi estadía en España en 1976, desde mi llegada a Madrid hasta mi regreso a la Argentina.

Resultados previsibles

PERO era muy difícil después de una dictadura de cuarenta años, durante la cual tascaron el freno millones y millones de españoles, restaurar una idílica sociedad dulcemente sometida al imperio de la ley. Y lo era tanto más cuanto la nueva España estaba regida por gentes —no puede dudarse de sus buenas intenciones— que habían vivido bien avenidas con el régimen dictatorial y disfrutando de él.

No se necesita ser un buen conocedor de la historia para saber que en ella se han sucedido las dictaduras a las revoluciones y las revoluciones a las dictaduras. No puede sorprender por ello que, pasados los días eufóricos de los albores del nuevo régimen, se agiten en España las lenguas de fuego de la discordia, de la violencia, del robo, del asalto, del crimen, ora político, ora no. Ese clima inhóspito era proyección previsible de cuarenta años de franquismo.

Si no olvidamos lo áspero de nuestro ancestral talante, forjado en dos mil años de muy singular historia



(Arch. Doc. M.° Cultura. Salamanca.)

La expresividad de este cartel habla por sí misma. No obstante, en la República la influencia rusa fue notable.



(Col. particular.)

El dinero, sacado de cualquier forma, es fundamental en toda guerra. Estos sellos inundaron la España de Franco.

—queda trazado a grandes rasgos el áspero proceso de nuestro ayer—, nos explicaremos la ola de violencias que hoy padece España. He registrado no hace mucho la pintoresca frase que en una viejísima zarzuela se ponía en labios de Romanones: «Gobernar es transigir.» Es cómodo aceptar tal idea para los gobernantes en instantes difíciles y dramáticos, pero no es ello fecundo para la paz de una nación.

Creo, empero, que nadie está hoy en España libre de pecado. Quizá no lo estoy yo, que he seguido consagrado a la investigación del ayer de mi patria durante mis cuarenta y cuatro años de destierro, en lugar de volver al ruedo ibérico a torear nuevos miuras. Claro que no he podido hacer nada distinto, porque mi cre-


(Brandeis University. USA.)

Escenas como esta eran frecuentes en los frentes republicanos. En el descanso de la lucha, un miliciano de la cultura, o el comisario político, enseña a los soldados los primeros números.

ciente vejez me inhabilita poco a poco para la vida pública.

Pero esa inhabilitación —he dicho y repito que estoy prisionero en las tres habitaciones de mi departamento— no me excusa de la prédica pacificadora a mis connacionales. No olvidemos, hermanos españoles, el eterno ciclo del acaecer histórico. Siempre tras la dictadura, la revolución, pero siempre también tras la revolución, la dictadura. Nunca han sido placenteros esos tránsitos. Siempre han ensangrentado al pueblo que los ha padecido. En España, por nuestra áspera herencia temperamental vieja de milenios, forjada antes de Cristo, acerada durante la lucha contra el moro y en nuestras gestas de comienzos de la modernidad —perdóneseme que repita estas ideas, lo juzgo necesario—, esos zigzagueos históricos: de la revolución a la dictadura y de la dictadura a la revolución, han sido siempre muy sangrientos y nos llevaron a la bárbara y cruel guerra civil.

Los viejos no podemos olvidarla, pero empieza a desdibujarse su silueta y comienza a recomendarse arrancar su recuerdo de la memoria y del corazón de los



(J. Guzmán. Madrid.)

En los primeros tiempos de la guerra las mujeres acudieron a la lucha junto a los hombres; después se dedicaron a tareas en la retaguardia, como esta madrileña vigilando en los tejados.

españoles. Suscribiría tal empeño si mis hermanos de la *piel de toro* vivieran hoy bien avenidos, arrepentidos del bárbaro ayer en fecunda paz. Si no hubiesen surgido los movimientos secesionistas, odios, rencores..., si no ensangrentaran las ciudades españolas frecuentes asesinatos traidores, si no las mancharan violencias, asaltos, robos, y si no volvieran a florecer apetitos de resolver nuestros problemas por la fuerza, de suprimir de raíz al adversario, de provocar una bárbara revuelta social o un golpe de Estado salvador. Yo mismo, tras la restauración del régimen constitucional en España, pensé a veces, y a veces escribí, que debíamos olvidar la guerra civil para reconciliarnos fraternos y defender en paz y en libertad nuestros ideales políticos. Hoy, la realidad de la vida española y mi triste pero puntual conocimiento de nuestra contextura vital forjada, repito, en milenios y dispar de la de los otros europeos —he dicho y he escrito muchas veces que España fue el crisol de los pueblos todos del viejo mundo y que ninguno padeció ocho siglos de guerra nacional, religiosa y reconquistadora—, hoy mi triste conocimiento de nuestro bárbaro talante de ayer



(Brandeis University. USA.)

Convertir a paisanos en soldados disciplinados no es tarea fácil; sin embargo, la República lo intentó con todos sus medios. No sabemos si esta patrulla se está entrenando o participa en una verdadera acción de guerra.

y de la ingrata realidad del hoy español, me ha forzado a pensar en el peligro que representaría para nuestro próximo y dramático mañana olvidar nuestro cercano ayer. Es decir, abandonar en la trastera de los recuerdos inútiles la estampa bárbara, abominable, de nuestra guerra civil.

Sí, no debemos olvidar la guerra civil, porque se han desarrollado fuerzas disolventes, enemistades y ambiciones, retos terroristas —ora separatistas, ora no— y múltiples violencias que pueden llegar a provocar un «golpe de Estado» —en parte se han realizado tales violencias para incitar a darlo— o que pueden provocar una revolución, golpe o revuelta que pueden llevar de nuevo a la guerra civil. El áspero talante de los hispanos, de Irún a Tarifa y del cabo Creus al de Finisterre, no se ha suavizado aún. Nuestra historia contemporánea no ha facilitado esa suavización. Ese talante ha llevado a algunos energúmenos a volver a crear un clima de violencia parejo al que conocimos los hombres de mi generación. Y esas realidades me han hecho cambiar de opinión frente al peligroso mañana. Creo por ello que debemos recordar con frecuencia los horrores que los españoles padecieron durante los crueles años de nuestra contienda, y no sólo en los frentes de batalla, en las dos retaguardias. Ya importaría no olvidar los latrocinios padecidos. Pero aludo de modo preciso a los crímenes bestiales de todos conocidos: asesinatos y fusilamientos en masa, incen-

CALVO SOTELO en el banquete al que asistían el conde de Rodezno, Yanguas, Pradera y Pemán:

Para el laicismo, tolerancia; para los nacionalismos, intransigencia.

JOSE M.ª DE AREILTZA, en su discurso de Donostia el 17/3/35:

Ni las persecuciones religiosas ni la crisis de autoridad —transcribimos del "Pueblo Vasco"— son comparables al nacionalismo.

LAMAMIE DE CLAIRAC:

Si siguen los ministros del Estado sacando encíclicas de los Papas tendremos que hacernos cismáticos.

CALVO SOTELO:

Yo, entre dos Españas, roja la una y rota por el separatismo la otra, me quedo con la España roja. Ya sabemos lo que sería una España roja: la familia, deshecha; la propiedad, suprimida; la libertad, extinguida del todo; el triunfo de las turbas, la violencia, el Soviet, todo lo que queráis. ¿Pero qué importa eso?

MAEZTU:

Vitoria, mi pueblo; hay que desmontar la catedral piedra a piedra y arrojar cada una de ellas a la cabeza de los vitorianos.

(Arch. Doc. M.º Cultura. Salamanca.)



(Arch. Urbión.)

La lista de hombres y frases estuvo seleccionada con fines propagandísticos. Este veterano alférez marroquí fuma en Salamanca. No hubo muchos oficiales marroquíes; por lo general, no pasaban de sargentos.

dios, violaciones, torturas, enterramientos de seres humanos vivos, etc.

No, no hay que olvidar la caída de los españoles en estado salvaje: de los españoles rojos y blancos, incluso de gentes que, por su tradición familiar o por su cultura, habría podido suponérseles incapaces de ordenar o de realizar crímenes parejos.

Las gentes que hoy viven y dirigen la vida en tierras españolas —y escribo vida y no política para no permitir exclusiones—, quizá en gran número no conocieron o no recordarán tales monstruosidades, a lo menos en su mayoría. Y, naturalmente, las ignoran los jóvenes. Esos horrores no están, empero, lejos. Están ahí, muy cerca. No ha sido desarraigada la barbarie y el odio de los corazones españoles. Que nadie piense que, en una nueva batalla, ellos o sus familiares estarían libres de peligros. Estallada la lucha, es siempre imprevisible el resultado inmediato y es siempre posible caer en zona enemiga y sufrir los horrores que miles y miles de españoles padecieron antaño.

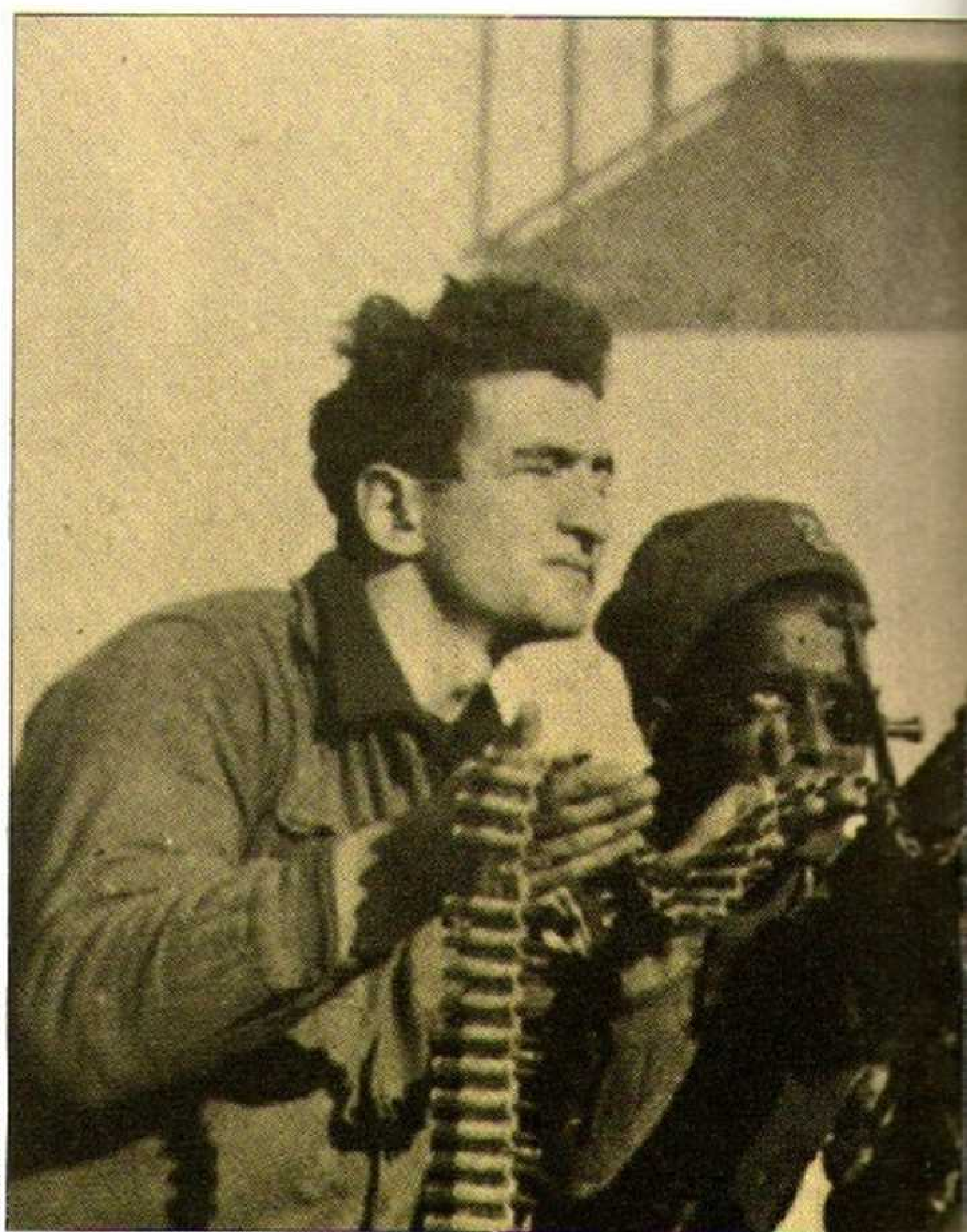
Hay que recordar a los energúmenos, prontos siempre al exterminio del adversario tras un levantamiento de derechas o de izquierdas, que pueden ser víctimas del mismo ellos o los suyos. Hay que hacer ver a todos la trágica estampa de la España de otrora, en la cual la locura de algunos hombres, tan ambiciosos como desconocedores de la historia española, hizo caer, a veces, incluso a su propios familiares.

(Keystone.)

Meditemos sobre la responsabilidad de hacer olvidar los horrores de otrora a un pueblo violento y áspero, para quien la vida no ha tenido valor a través de la historia, que por ello ha realizado gestas increíbles si no fueran ciertas, pero que ha cometido terribles crueldades.
No, en modo alguno debemos olvidar la guerra civil. Millares y millares de muertos en la lucha, millares de asesinados en la retaguardia y millares de ejecuciones después de acabada.

Recordar para no repetir

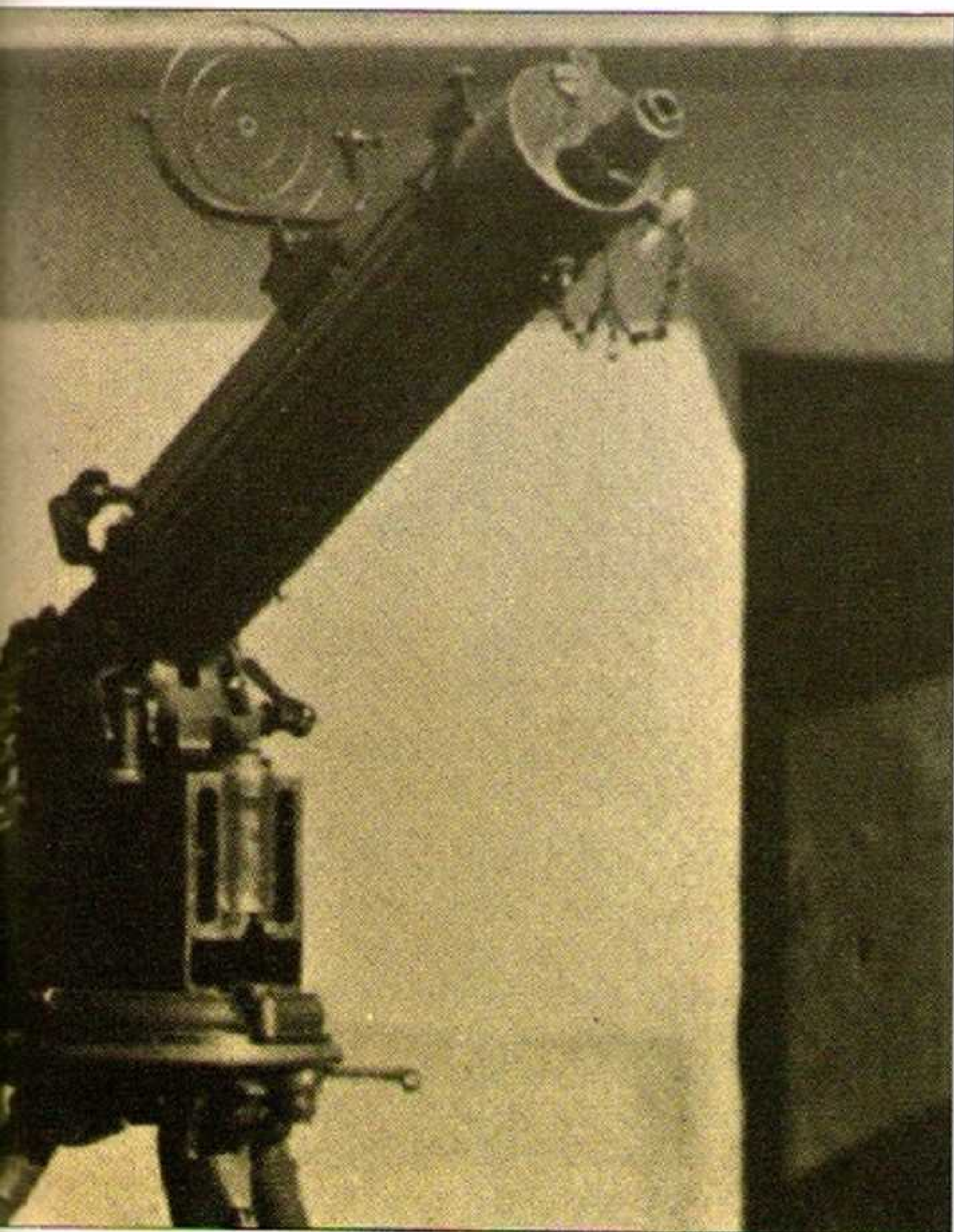
MEDITEMOS sobre la responsabilidad que supondría frente al mañana olvidar los horrores de otrora. Hay que hacerlos conocer a las nuevas generaciones para que no incidan en la tragedia antañona y busquen el mañana que deseen, pero por sendas de paz.
Antes de olvidar la guerra civil, yo organizaría conferencias o lecciones para que las nuevas generaciones de españoles conozcan los horrores crueles —y no abulto el calificativo— que sufrieron sus mayores. Muchos de ellos fueron en verdad sobrevivientes. Apenas hay familia que no tenga en su ayer muchas tristezas, dolores, amarguras...
Todo es preferible a la guerra civil. Es hacedero iniciar un día la tragedia. Después... No olvidemos la nuestra —la de todos los españoles— de 1936 a 1939. Entenebreció y ensangrentó la vida de España. Recordemos sus monstruosidades para evitar que se repitan. Para que sepamos razonar y discutir buscando solu-



(Brandeis University, USA.)

Trincheras, ametralladoras... y aviones enemigos avistados en la conf cotidianas para una población sitiada.

(Brandeis University, USA.)



uencia de la Gran Vía madrileña con la calle de Alcalá. Escenas

ción a nuestros problemas —los eternos problemas del vivir histórico— sin volver a las andadas. Nadie, nadie, nadie puede estar seguro de que él, los suyos o las cosas que más pudiera amar no caerían en una misma batalla.

¿Olvidar la guerra civil? No, mil veces no. Yo aleccionaría a los españoles, desde las escuelas a las universidades, en el recuerdo de la bárbara y sangrienta contienda que todavía deshonra y debe avergonzar a los españoles. Para que en adelante vayamos cambiando la vida española como la historia impone, pero según los dictados de la razón y del sereno discurrir: atributos que distinguen al hombre de las bestias. Sabiendo negociar, ceder, abrir camino al futuro mediante el juego dialéctico y la palabra. Aceptando los procesos históricos que el mañana impone. Pero sin pensar en el exterminio, ni siquiera en el sojuzgamiento del bárbaro adversario. Y procurando evitar los errores tácticos que pueden hacer estallar la tormenta.

La sangre es un cruel fertilizante; el odio, un potencial de trágicas consecuencias para las generaciones de hoy y mañana. Un potencial que estalla en una bárbara y sangrienta llamarada, como estalló en España en la horrible contienda que se aconseja olvidar y que puede renovarse por recíprocas intransigencias y odios nunca extinguidos.

¿Estudiar la guerra civil científicamente? Es pronto. Que lo hagan los hombres de avanzada del siglo XXI. Nosotros tenemos aún cerca la tragedia y abiertas las heridas. Y no nos hemos curado de la ancestral barbarie.

Hay que hacer razonar a los energúmenos prontos siempre al exterminio del adversario tras un levantamiento de derechas o de izquierdas. Hay que hacerles

imaginar que ellos pueden ser las primeras víctimas. Hay que hacer ver a todos la trágica estampa de la España de otrora, que puede ser la España de mañana. Otras razones me mueven, además, a aconsejar que no olvidemos la guerra civil. Bárbara, sombría, sangrienta, cruel en los frentes y en las retaguardias; estallido de odios ancestrales, proyección del áspero talante milenario de un pueblo que, impávido, coqueteó siempre con la muerte..., la guerra civil constituyó, al cabo, la culminación de un proceso histórico que nos llevó quizá a superar graves enfermedades históricas, padecidas por los otros pueblos hermanos de Occidente en el curso de los tiempos nuevos, desde comienzos del siglo XVI hasta el XX.


(Arch. Azaola.)

Entierro del capitán Díaz Trechuelo en el aeródromo de Tablada. Murió en 1936 en los cielos de Badajoz. Franco, Kindelán y Millán Astray caminan tras el cortejo fúnebre.

He registrado antes un pensamiento del gran polígrafo de raza y de talante hispanos Ibn Házam de Córdoba, formulado pronto va a hacer mil años; un pensamiento pleno de resonancias en una España islámica corroída por el morbo de la discordia y sacudida por la proclividad, tan hispana, al caudillismo y hacia la atomización; en una España musulmana en rápida pendiente hacia su fraccionamiento en reinos de taifa. Aspero en sus juicios, llegó a decir que los gobernantes de su patria y de su época eran peores que salteadores de caminos. Y aludiendo a la discordia que asolaba a al-Andalus, escribió la frase antes copiada: *La flor de la guerra civil es infecunda.* He tenido por exacta tal afirmación, y no discuto hoy su última realidad. Pero en la historia hasta los más horrendos crímenes pueden tener fecundos corolarios. Recordemos el asesinato de César en el Senado romano, como ejemplo. Y quizá las flores de algunas discordias intestinas han podido ser fecundas. ¿No lo fueron las de nuestras guerras carlistas? ¿No contribuyeron a formar la embrionaria organización política de signo constitucional y democrático de la España del siglo XIX y de comienzos del XX?

Al meditar hoy sobre los horrores de nuestra guerra civil, que insisto en aconsejar a mis connacionales que no olviden, he pensado a veces que esa bárbara, cruel,

bestial, apocalíptica discordia española puede ofrecernos algunas esperanzas frente al mañana, que la flor de esa guerra intestina puede ser fecunda. Adivino el asombro de mis lectores. ¿Cómo explicar que salga esa conjetura de mi pluma? ¿De la misma que ha estampado acusaciones justísimas pero sombrías y crueles contra nuestra guerra de 1936 a 1939?
Lo he dicho y repetido otrora. España no había conocido, en el curso de los tiempos nuevos, las tres enfermedades —quizá podremos calificarlas de dolencias juveniles o de crecimiento— que padecieron los pueblos hermanos de Occidente. He señalado al principio de estas páginas que no habíamos sufrido las crueles horas de las guerras religiosas que en los albores de la modernidad ensangrentaron a Alemania, a Inglaterra, a Francia, a Suiza... Es notoria la unidad católica de la España de los Austrias. Que no habíamos padecido revoluciones políticas equiparables a la inglesa del siglo XVII ni la francesa del XVIII. Las cabezas de nuestros reyes —muchas veces poco inteligentes, desde Felipe III a Fernando VII— habían seguido firmes sobre sus hombros hasta su muerte por dolencias humanas, sin que ninguno hubiese subido al patíbulo como Carlos I de Inglaterra y Luis XVI de Francia... Nuestras revoluciones decimonónicas fueron cuartelazos sin gran relieve histórico.
Y que, por nuestro retraso económico y por nuestra peculiar estructura social, tampoco habíamos sufrido revoluciones sociales lejanamente equiparables a otras que habían padecido las hermanas naciones de Occidente en el curso de los últimos tiempos.
Ahora bien, he afirmado asimismo que, durante nuestra bárbara guerra civil, España padeció simultáneamente las tres revoluciones aludidas. En la zona franquista fueron ejecutados cuantos eran sospechosos de masones y de hostiles al catolicismo e incluso muchos liberales. Y en la roja ardieron centenares de iglesias y cayeron asesinados alrededor de quince mil entre obispos, sacerdotes, religiosos y religiosas, y muchos, muchos miles de seglares de confesión y de credo católicos.

Tres enfermedades históricas

España padeció, además, una verdadera y bárbara revolución política. Se sucedieron en las dos Españas ejecuciones capitales no menos numerosas ni menos crueles que las padecidas por los pueblos de Occidente durante sus procesos revolucionarios. Nadie estaba seguro. Sólo en Madrid y en Barcelona fueron asesinados casi un centenar de miles de ciudadanos, y fue también muy grande, muy grande, enorme la cifra de los ejecutados en la zona franquista. No se respetó ninguna ley tradicional. No vacilo en calificar de crueles revoluciones políticas a las apuntadas jornadas de las dos Españas.
Y, para ser precisos, no cabe negar el carácter social de los movimientos de la España roja. Bárbaras pugnas, incluso entre socialistas, comunistas y anarquistas, tras las horas crueles iniciales de las dos ciudades de Madrid y Barcelona. He registrado otrora las palabras que oí de los labios de Azaña en Valencia, en agosto de 1937: «La guerra está perdida, pero si por azar se ganase, tendríamos que salir de España los republicanos, si nos dejaban», lo que equivalía a reconocer que la liberal democracia había sido superada por la revolución social; y yo pude comprobar personalmente la realidad de sus afirmaciones. En enero de 1938 fuimos destituidos los profesores universitarios republicanos por el ministro comunista de Instrucción Pública.
Sí, no creo que pueda negarse que de 1936 a 1939 España padeció las tres graves enfermedades históricas que habían ensangrentado a Europa desde el siglo XVI



(Col. CEHC. Univ. de Barcelona.)

La guerra civil polarizó contra el fascismo a todo un bando. En el otro, el enemigo era el comunismo.

al XX. Ahora bien, esa realidad puede ser promisoria para la España de mañana. Tras las tres revoluciones religiosa, política y social padecidas por los pueblos europeos de Occidente durante la modernidad, se llegó poco a poco a la paz. Fue forzoso convivir con el enemigo, comenzó a arraigar la tolerancia religiosa en las conciencias de los europeos. Se perfiló y triunfó a la postre un régimen político demoliberal asentado en constituciones que respetaban las ideas y derechos de todos y abrían caminos para la convivencia de los hombres de ideas políticas opuestas. Y se han concretado fórmulas reguladoras del trabajo respetuosas con la condición de ciudadanos de los miembros de la clase obrera, se ha limitado la jornada de la misma y se han otorgado otras garantías a los trabajadores.

La guerra civil fue bárbara, sangrienta, brutal, cruel, pero... fue, es decir, está anclada en las lejanías del ayer, aunque el terrible dragón en el que podemos centrar sus horrores esté amenazado de despertar de su letargo y se halle pronto a devorar de nuevo a los hermanos españoles. Puede, empero, nuestra bárbara contienda ser fecunda en consecuencias frente al mañana de la patria si se llega a la paz religiosa —nos acercamos a ella—, si puede perdurar una organización política demoliberal y si cabe acercarse a la paz social inteligentemente.

¿Fue fecunda la flor de nuestra guerra civil? ¿O podremos repetir frente a ella el pensamiento pronto milenario de Ibn Házam? ¿Es posible extraer de ella enseñanzas fecundas y esperanzadora confianza frente al mañana de la patria? Dependerán tales posibilidades de que los españoles de hoy y de mañana no olviden las tristes horas de la guerra civil para no reincidir en la sangrienta barbarie. Invito a releer, a releer y a meditar, las páginas que he escrito antes en este mismo ensayo sobre los horrores que padecimos de 1936 a 1939.

Invito, más aún, ruego, suplico a mis hermanos españoles que no olviden la guerra civil, la mayor locura que los españoles hemos cometido en el curso de nuestra historia. Para resistir a toda tentación de reincidir en la batalla que, al cabo, todos perdimos y todos perderíamos. A buscar soluciones pacíficas a todos nuestros reales y posibles problemas. Constituiría un auténtico



(Col. J. M. Arnero.)

Este dibujo de Arteta podía estar referido a cualquier bando y a cualquier guerra.



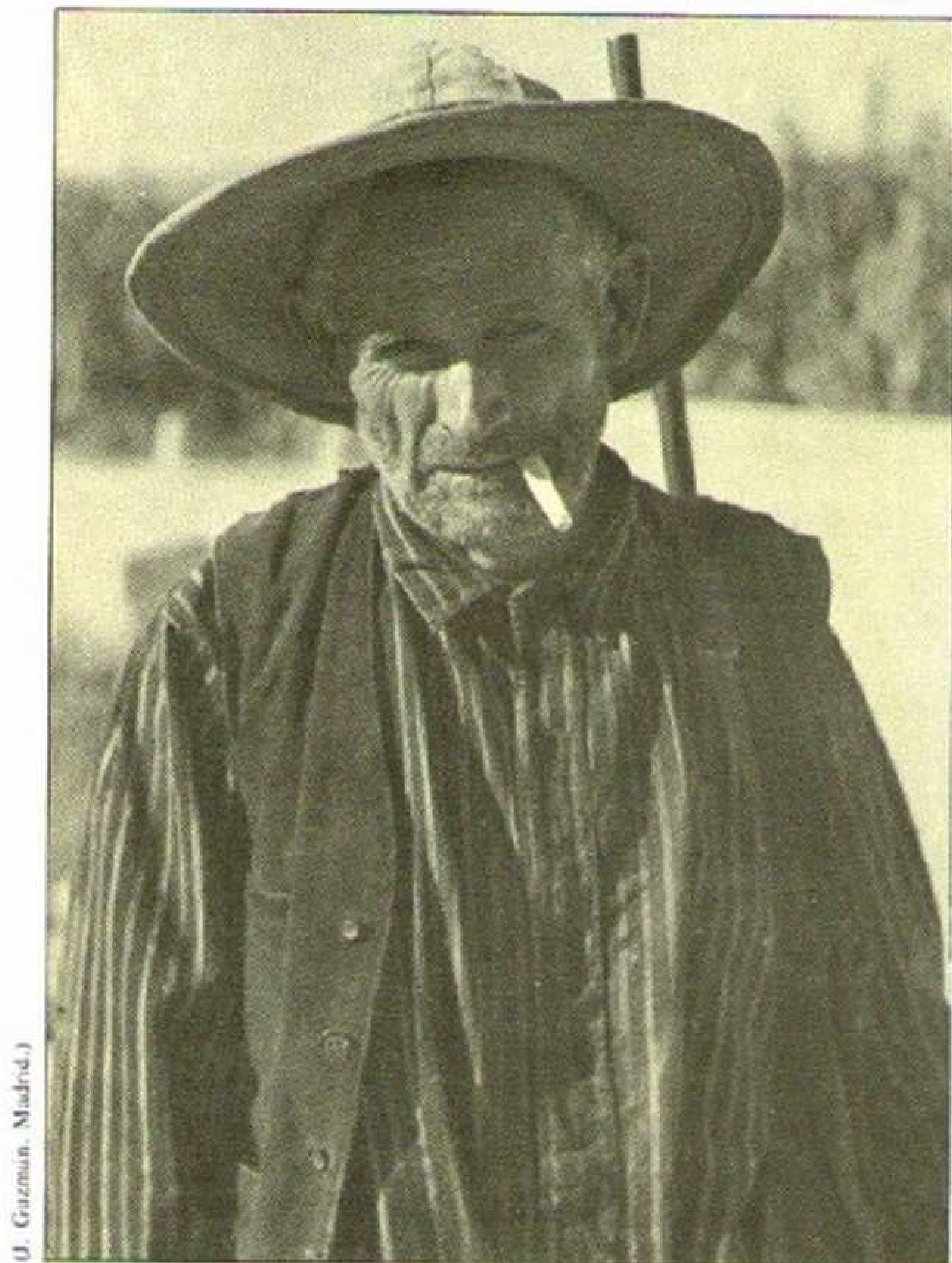
(Arch. Urbión.)

Pasan las tropas en un desfile oficial. Pilar Primo de Rivera, hermana del Ausente, *efectúa el saludo fascista.*

suicidio renunciar a las consecuencias históricas —a la flor que de la contienda fratricida podemos recoger— ahora registradas. A desperdiciar la triple realidad de que, al cabo, padecimos las tres enfermedades históricas, las tres crueles revoluciones que los pueblos hermanos de Occidente sucesivamente padecieron y que nosotros hubimos de enfrentar sincrónicamente por no haberlas sufrido al correr de los siglos, como consecuencia de nuestra historia singular. Singular desde los lejanos tiempos de la prehistoria, singular durante los ochos siglos de nuestra reconquista, singular a lo largo de las centurias primeras de la modernidad, singular por nuestra proyección expansiva aquende el mar (escribo en Buenos Aires).

No olvidemos la guerra civil para no reincidir en la bárbara locura colectiva, cuyos corolarios crueles he señalado repetidamente. Pero no la olvidemos no sólo egoístamente y transidos de horror y de vergüenza, sino porque con ella pagamos, al cabo, nuestra deuda con la historia de Europa. Con la historia de la gran patria a la que pertenecemos para nuestra gloria y la de los otros pueblos de Occidente. De la gran patria que no hemos integrado nunca como turbio y pobre corolario. A cuya formación contribuimos, primero, con nuestro sacrificio de ocho siglos, constituidos en rodela de la Europa naciente, y, además, sirviéndola de maestra al transmitirle la civilización arábiga hispana. Y a cuya expansión y afianzamientos colaboramos con nuestras hazañas, al convertir al Atlántico en el nuevo mar interior de la nueva civilización y al incorporar a ella a América.

No olvidemos la guerra civil, porque fue una trágica locura en la que jamás debemos recaer y porque tras sus horas sangrientas y crueles, padecidas o gozadas las tres revoluciones o procesos de crecimiento de la Europa occidental, nos hallamos en trance de enfrentar el porvenir esperanzados. Ante España se alza un elijan decisivo: olvidar los desastres de la guerra civil, recaer en ellos, hundirnos en el no ser histórico como un pueblo miserable y torpe condenado al ludibrio y a la servidumbre. O recordarla para no recaer en sus desastres y para, liberados de la gran hipoteca histórica que padecimos, iniciar una curva ascendente en el juego eterno del devenir histórico.



(J. Guzmán. Madrid.)

Hombres de los más apartados rincones, de todas las edades y condiciones, fueron requeridos por la guerra.



(Serv. Histórico Militar.)

Dibujo de Castelao que tituló Evasión. *Galicia no sufrió los desastres de la guerra, sino los de la represión.*

¿Cómo pudo ocurrir?

Por **Julián Marías** *

A mediados de julio de 1936 se desencadenó en España una guerra civil que duró hasta el 1 de abril de 1939, cuyo espíritu y consecuencias habían de prolongarse durante muchos años más. Este es el gran suceso dramático de la historia de España en el siglo XX, cuya gravitación ha sido inmensa durante cuatro decenios, que no está enteramente liquidado. Hay que añadir que apasionó al mundo como ningún otro acontecimiento comparable. La bibliografía sobre la guerra civil española es sólo un indicio de la conmoción que causó en Europa y América.

Ese apasionamiento, y la perduración de sus consecuencias interiores y exteriores, ha perturbado su comprensión: el partidismo, directo o en forma de simpatía o antipatía —el «tomar partido» desde fuera—, ha desfigurado constantemente la realidad de la guerra y su desarrollo; últimamente se va abriendo camino una investigación más documentada y veraz, y empiezan a aclararse muchas cosas: nos vamos aproximando a saber *qué pasó*. Pero para mí persiste una interrogante que me atormentó desde el comienzo mismo de la guerra civil, cuando empecé a padecerla, recién cumplidos los veintidós años: *¿Cómo pudo ocurrir?*

Que algo sea cierto no quiere decir que fuese verosímil. Sabemos que esa guerra sucedió, con los rasgos que se van dibujando con suficiente precisión; pero queda en pie el hecho enorme de que muy pocos años antes era enteramente imprevisible, que a nadie se le hubiera pasado por la cabeza, incluso después de proclamada la República, que España pudiese dividirse en una guerra interior y destrozarse implacablemente durante tres años, y adoptar ese esquema de interpretación de sí misma durante varios decenios más. ¿Cómo fue posible? Alguna vez he recordado que mi primer comentario, cuando vi que se trataba de una guerra civil y no otra cosa —golpe de Estado, pronunciamiento, insurrección, etc.—, fue éste: «¡Señor, qué exageración!» Me parecía, y me ha parecido siempre, algo *desmesurado* por comparación con sus motivos, con lo que se ventilaba, con los beneficios que nadie podía esperar. En otras palabras, una *anormalidad* social, que había de resultar una anormalidad histórica. De ahí mi hostilidad primaria *contra la guerra*, mi evidencia de que ella era el primer enemigo, mucho más

* Julián Marías nació en Valladolid en 1914. Discípulo de Ortega y Gasset, filósofo y ensayista, ha publicado, entre otras obras, *Introducción a la Filosofía, El método histórico de las generaciones, La estructura social, Teoría y método* e *Imagen de la vida humana.*



(J. Guzmán. Madrid.)

Dos generaciones alistadas en la misma confrontación fratricida. Con frecuencia, padres e hijos, familiares y amigos, estaban en distinto bando.



(Col. J. Salas.)

Legionarios al pie del avión que les ha transportado desde el Marruecos español. El paso del Estrecho decidió la guerra a favor de los rebeldes.

que cualquiera de los beligerantes; y entre ellos, naturalmente, me parecía más culpable el que la había decidido y desencadenado, el que en definitiva la había *querido*, aunque ello no eximiese enteramente de culpas al que la había estimulado y provocado, al que tal vez, en el fondo, la había deseado. Y, por supuesto, mi repulsa iba, dentro de cada bando, a aquellas fracciones que habían contribuido más a que se llegase a la guerra, a las que eran sus principales promotoras, a las que la aprovecharon y mantuvieron —en la victoria o en la derrota— su continuación en una u otra forma. La única manera de que la guerra civil quede absolutamente superada es que sea plenamente *entendida*, que se vea cómo y por qué llegó a producirse, que se tenga clara conciencia del proceso por el cual se produjo esa anormalidad social que desvió nuestra trayectoria histórica. Sólo así quedaría la guerra radicalmente curada, quiero decir en su raíz, y no habría peligro de recaídas en un proceso análogo; únicamente esa claridad, difícil de conseguir, podría convertir en *vacuna* para el futuro aquella atroz dolencia que sacudió el cuerpo social de España.

Voluntad de no convivir

HABRÍA que preguntarse *desde cuándo* empieza a deslizarse en la mente de los españoles la idea de la radical discordia que condujo a la guerra. Y entiendo por discordia no la discrepancia, ni el enfrentamiento, ni siquiera la lucha, sino la voluntad de *no convivir*, la consideración del «otro» como inaceptable, intolerable, insoportable. Creo que el primer germen surgió con el lamentable episodio de la quema de conventos el 11 de mayo de 1931, cuando la República no había cumplido aún un mes. Turbio suceso, cuyos orígenes nunca se han aclarado, sin duda extremadamente minoritario y que en modo alguno reflejaba un estado de opinión; pero la reacción del gobierno fue absolutamente inadecuada, hecha de inhibición, temor y *respeto a lo despreciable* —clave de tantas conductas sucias en la historia—; y, por su parte, un núcleo de una muy vaga «derecha», que ya no era monárquica y todavía no era fascista, identificó la República con ese oscuro y equívoco suceso, y se

(Inst. Municipal de Historia. Barcelona.)



(Arch. Urbión.)

Hubo una voluntad de excluir al contrario, de no convivir con él. En 1936 la riqueza estaba muy desigualmente repartida en España, y esto podría explicar algunas posturas.

declaró *irreconciliable* con ella. Es evidente que los gobiernos republicanos —y no digamos los partidos— cometieron muchos errores, pero aunque la única falta del nuevo régimen hubiese sido el 11 de mayo, una porción considerable del país no lo hubiese perdonado nunca, le habría negado sistemáticamente el pan y la sal, sin otra esperanza que su destrucción. «Cuanto peor, mejor», fue la consigna que se acuñó por entonces, y que valdría la pena datar con precisión. Del otro lado, empieza a producirse desde muy pronto un fenómeno de «antipatía» que sustituye rápidamente a la euforia inicial de la República; se inicia una actitud negativa, que busca, más que reformas, el *hostigamiento* del «otro», arbitrariamente unificado por la enemistad. Esta operación —primariamente mental y verbal— se realiza desde dos puntos de vista que se irán haciendo convergentes: el *clasismo* y el *anticlericalismo.*

Sobre este último hay que decir una palabra. El Diccionario de la Lengua Española define la voz 'anticlerical': «Contrario al clericalismo»; pero en el suplemento a la edición de 1970 se añade una segunda acepción: «Contrario al clero». El primer anticlericalismo puede ser muy justificado, y lo han sentido innumerables católicos; el segundo es otra cosa, de más difícil justificación, y desempeñó un papel decisivo en la política de la época republicana. Grupos políticos bastante grandes se dedican muy especialmente a *irritar* a una considerable porción del país, a producirle incomodidad, a enajenarla y excluirla lo más posible de la empresa colectiva que hubiera debido ser abarcadora y sin exclusiones.



(Arch. Urbión.)

Júbilo ante el fotógrafo. Hay hombres de todas las edades, supervivientes de otras batallas.



(Arch. Urbión.)

Un miliciano monta guardia en un confesionario. La utilización despreciativa de símbolos la efectuaron ambos bandos.

Con todo, nada de esto era todavía *discordia*. El levantamiento del 10 de agosto de 1932 contra la República fue asunto de pequeños grupos descontentos y sin respaldo en el país; las insurrecciones anarcosindicalistas del año siguiente también eran fenómenos minoritarios y locales. Todo ello provocaba una repulsa más o menos enérgica en el torso de la nación, y por eso tenía escasa gravedad.

A mi juicio, lo más peligroso fue el ingreso sucesivo de porciones del cuerpo social en lo que se podría llamar *oposición automática*. La función de la oposición ha solido entenderse en España de manera elemental y simplista; se ha creído que consiste en oponerse *a todo*, automáticamente. Como la política, cuando es razonable, tiene un amplísimo curso central independiente de las posiciones partidistas, lo normal es que la oposición esté de acuerdo con el gobierno, salvo matices, en la mayor parte de los asuntos; y que el gobierno tenga en cuenta las preferencias —y las razones— de la oposición para suavizar sus propias inclinaciones, e incluso renunciar a una fracción de su poder. En estas condiciones, la oposición queda restringida a ciertas cuestiones especialmente conflictivas o a aspectos en que caben dos cursos de acción bien diferenciados; y en esos casos, la oposición adquiere todo su valor. Cuando, por el contrario, es constante, independiente de los méritos de la gestión o las propuestas, cuando *ya se sabe* que la otra fracción del cuerpo político va a decir desde luego «no» a todo, la oposición viene a ser maniática, apriorista y sin significación concreta; pasa a ser mera fricción, obstáculo y desgaste. Esto ocurrió muy pronto en los años de la



(Arch. Urbión.)

Un tosco anticlericalismo insufló buena parte del campo republicano. Las acusaciones de que el clero era beligerante y antirrepublicano no justificarían algunas conductas.


Diario Regional

RELIGION · PATRIA · ORDEN · TRABAJO

La canalla marxista ha asesinado traidoramente a Onésimo Redondo

En un pueblo de Avila unos desconocidos, disfrazados con camisas azules, dispararon contra él.-Resultó también muerto un falangista de Mojados.-Andrés Redondo, quedó ileso milagrosamente

La sangre de Onésimo Redondo también salvará a España

Hoy el Apostol Santiago, patrón de España, librará a la Patria de la abyección en que la colocaron los hijos renegados

¡Viva España, Arriba España!

SOLDADOS DE ESPAÑA

ONÉSIMO REDONDO

Cinco generales y dos coroneles forman la Junta de Defensa Nacional

(Hemeroteca Municipal. Madrid.)

fueron enemigos irreconciliables de la República, y cuando estalló la guerra fueron tratados no ya como adversarios ideológicos, sino como enemigos activos, y se hizo todo lo posible por exterminarlos.
Esta medida —en realidad excesiva e insuficiente a la vez, como la experiencia posterior demostró— no hizo más que condensar y exacerbar un resentimiento que era frecuente entre militares, los cuales, por razones muy complejas, llevaban mucho tiempo de sentirse «segregados» del conjunto de la sociedad, «oscuros» por comparación con los estratos más aventajados y brillantes, y sobre todo con la imagen inicial al comienzo de sus carreras o de que habían gozado en Marruecos. Este resentimiento, unido al de muchos intelectuales —a ambos extremos del espectro político—, fue un elemento capital en la génesis de la actitud que desembocó en la guerra civil.

Vieja y caduca España

NADA de esto hubiese sido suficiente para romper la concordia si hubiese existido en España *entusiasmo*, conciencia de una empresa atractiva, capaz de arrastrar como un viento a todos los españoles y unirlos a pesar de sus diferencias y rencillas. La República; y se fueron formando grupos que ingresaban en la categoría de los mutuamente «irreconciliables». Se podría hacer un catálogo de ásperas críticas de la derecha a la gestión de los primeros gobiernos, no ya a sus frecuentes errores, sino a sus mayores aciertos, por ejemplo en el campo de la educación: nunca hubo un aplauso de los partidos o los periódicos adversos. Y, por supuesto, podría decirse lo mismo de los gobiernos del segundo bienio, desde fines de 1933. Nunca se juzgaba nada por sus méritos objetivos, sino por quién lo hacía; no se salvaba la parte de justificación —o aún de necesidad— de medidas que podían tener inconvenientes, torpezas o incluso una dosis de injusticia. Se retenía sólo la parte negativa, lo que podría tener de hiriente, de agresión o agravio, y se incubaba en incansable hostilidad. Las medidas de reducción del ejército de Azaña, el retiro voluntario de los militares que así lo solicitaran, con conservación de sus sueldos completos, etc., todo ello podía discutirse en su detalle, podía tener una raíz de antimilitarismo o desconfianza en el ejército, pero tenía indudable justificación económica y política; estos aspectos positivos se pasaron por alto —tal vez la única excepción fue Ortega—; unos vieron con alegría la disminución de las fuerzas armadas; éstas —y sus simpatizantes— miraron como un agravio lo que habían aceptado voluntariamente; la mayoría de los militares retirados


DIARIO DE CORDOBA

DIARIO DE LA MAÑANA. ULTIMAS NOTICIAS DE LA MADRUGADA

EL GENERAL QUEIPO DE LLANO VISITO EL DOMINGO CADIZ, SAN FERNANDO Y JEREZ DE LA FRONTERA, SIENDO ACOGIDO EN TODAS PARTES CON GRANDES MANIFESTACIONES DE ENTUSIASMO

NOTAS DEL GOBIERNO CIVIL

OTRA VICTIMA DE LOS MARXISTAS

EL DISCURSO PRONUNCIADO POR EL GENERAL QUEIPO DE LLANO EL DOMINGO POR LA NOCHE

(Hemeroteca Municipal. Madrid.)

La verborrea del bando sublevado, como ponen de manifiesto estos dos diarios, es también agresiva y excluyente.


(The Illustrated London News.)

Juicio militar contra los generales Goded y Burriel, dos sublevados. No todas las muertes ocurrieron tras juicios sumarísimos. En los dos bandos se fusilaba sin juicio y en el acto.

falta de entusiasmo es el clima en que brota la desintegración; por eso, los que la desean y buscan cultivan el «desencanto», la «desilusión», la «decepción», el «desaliento», y esperan sus frutos, agrios primero, amargos después. ¿No estamos asistiendo al mismo intento, contra toda razón, desde 1976?

La humanidad tiene bastante horror al gris; necesita algo estimulante, incitante, atractivo. La República —sobre todo la palabra 'república'— suscitó una oleada de entusiasmo, pero los republicanos fueron incapaces de mantenerlo. Sus partidos eran excesivamente «burgueses» (en el mal sentido de la palabra, quiero decir prosaicos); eran también arcaicos, dependientes del siglo XIX, lastrados de viejos tópicos: anticlericalismo, vago federalismo, afición a las sociedades secretas, un tipo de «liberalismo» rancio, negativo y casi reducido a desconfianza del Estado, en una época en que la marea ascendente de su culto era a un tiempo el peligro más grave y la fuerza que había que orientar y aprovechar. Era imposible que los jóvenes se entusiasmaran por los partidos republicanos, y el republicanismo se encontró *sin porvenir* desde el primer día. Faltó una retórica inteligente y atractiva hacia la libertad, y su puesto vacío fue ocupado por los extremismos, por la torpeza y la violencia, donde los jóvenes creían encontrar, por lo menos, pasión.

Ni siquiera las posiciones toscamente «izquierdistas» o «derechistas» lograron encender el entusiasmo mientras se mantuvieron en el área de la lucha *política* y dentro de los supuestos democráticos. Los dos grandes partidos, los que de hecho llevaron las riendas del poder sucesivamente, fueron el socialista y la CEDA. Los dos resultaban «aburridos», poco incitantes, «administrativos»; tuvieron mayorías —relativas— mecánicas, debidas sobre todo a la cosecha de hostilidades de signo contrario, pero sin vigor propio.

El partido socialista fue combatido ferozmente *desde dentro,* con una virulencia que los que no lo vivieron no pueden imaginar, por el ala cuya expresión fue el diario *Claridad.* Es decir, por un «socialismo» utópico y revolucionario, que desembocaba directamente en el comunismo —las Juventudes Socialistas Unificadas fueron el «ensayo general con todo» de la operación en curso—, hostil a la democracia, a los aliados «burgueses», fiado en la violencia, con programas inaceptables por *todos los demás* y, lo que es más, irrealizables en las circunstancias españolas.

En cuanto a las «derechas democráticas», fueron des-

preciadas por las más violentas, combativas y expeditivas, que tenían algún lirismo y capacidad de arrastre sentimental. Estos grupos más o menos «fascistas» eran minúsculos, pero tenían una ventaja inicial: eran *juveniles*, compuestos de estudiantes, familiarizados con la literatura, la poesía, los símbolos. Inclinados



(Salmer.)

El dictador Primo de Rivera encontró una España lacerada pero próspera. La crisis vendría después.

—como sus enemigos más opuestos— al estilo «militar» (si se prefiere, «militante»): himnos y banderas, más que ficheros y estadísticas.

En Europa, no se olvide, lo *civil* ha solido ser «gris», neutro, negativo (lo que *no* es militar ni eclesiástico), y esto ha determinado una pérdida de atractivo, un tremendo prosaísmo que ha sido el tono de la República francesa y de la alemana de Weimar (Max Scheler se dio cuenta perspicazmente de esto, y hay que poner en la cuenta de ese gris buena parte del éxito de las camisas rojas, negras, pardas o azules). No se ha sabido casi nunca —en España, en 1931, desde luego no se supo— crear una imagen afirmativa y atractiva de la condición civil (y civilizada), de la libertad y la convivencia; tal vez sólo durante el liberalismo romántico, inspirado por una buena retórica eficaz y por la doble imagen de la bella reina regente María Cristina y la reina niña Isabel II.

Añádase ahora —ahora, y no antes, porque no fueron decisivos— los problemas *económicos*, muy reales en el quinquenio que duró la República. Mientras la dictadura de Primo de Rivera (1923-29) se había beneficiado de la *prosperity*, de la bonanza económica que parecía ilimitada y segura, la República vino a los dos años del comienzo de la *depresión* de 1929, precisamente cuando sus efectos se hicieron sentir en Europa (y provocaron una feroz crisis, que había de ser *otra* de las causas del triunfo de Hitler a comienzos de 1933). Europa era bastante pobre; España lo era resueltamente; la mayor parte de la población —campesinos, obreros, clases medias urbanas— vivía con estrechez que los jóvenes de medio siglo después ni siquiera imaginan; la moderadísima elevación de precios afectó a la mayoría de la población, que carecía de holgura y de reservas; el paro se intensificó (el paro de entonces, sin seguridad social, sin el menor ingreso, que significaba la pobreza y aun la miseria, en ocasiones el hambre); las huelgas constantes aumentaron la crisis económica, mermaron la ya escasa riqueza, desalentaron la inversión, aumentaron el paro previo, desarticularon la economía; una reforma agraria demagógica y poco inteligente agravó la situación del campo. Los extremos del espectro político no sintieron esta crisis, más bien la fomentaron: unos, porque el malestar fomentaba el descontento, y con él el espíritu revolucionario, que el bienestar hubiese mitigado o desvanecido; los otros, por una profunda y egoísta insolidaridad, por una esperanza de que el malestar económico y social impidiese la consolidación de la República, fieles al lema de «cuanto peor, mejor».

Deformación de la realidad

SE dirá que todo esto era muy grave y hacía presagiar una descomposición del cuerpo social; pero, a pesar de su importancia, estaba todavía muy lejos de la atroz realidad que es una guerra civil. Se avanzó a ella por sus pasos, muy rápidos ciertamente. El primero, la *politización*, extendida progresivamente a estratos sociales muy amplios, es decir, la primacía de lo político, de manera que todos los demás aspectos quedaban oscurecidos: lo único que importaba saber de un hombre, una mujer, un libro, una empresa, una propuesta, era si era de «derechas» o de «izquierdas», y la reacción era automática. La política se adelantó desde el lugar secundario que

le pertenece hasta el primer plano, dominó el horizonte, eclipsó toda otra consideración. Ello produjo, en un momento de esplendor intelectual como pocos en toda la historia española, una retracción de la inteligencia *pública*, un pavoroso angostamiento por vía de simplificación: la infinita variedad de lo real cuo o deficiente—; perturbación violenta de los usos, incluso lingüísticos, del entramado que hace la vida familiar, inteligible, cómoda.

Frente a este horror, el mito de la «revolución», la imposición del esquema «proletario-burgués», la intranquilidad, la amenaza, el anuncio de «desahucio»



(Col. J. M. Arnero.)


(Pyresa.)

Hay una presunción chulesca y barriobajera, que a veces se presenta en ambos bandos. A la derecha, una mujer en servicio de vigilancia. A partir de 1937 fueron retiradas de los frentes.

quedó, para muchos, reducida a meros rótulos o etiquetas, destinados a desencadenar reflejos automáticos, elementales, toscos. Se produjo una tendencia a la abstracción, a la deshumanización, condición necesaria de la violencia generalizada.

En una gran porción de España se engendra un estado de ánimo que podríamos definir como *horror ante la pérdida de la imagen habitual de España:* ruptura de la unidad (que se siente amenazada por regionalismos, nacionalismos y separatismos, sin distinción clara); pérdida de la condición de «país católico» —aunque el catolicismo de muchos que se horrorizaban fuese vainminente —si vale la expresión— de todas las formas de vida, estilos o clases que no encajasen en el esquema convencional. Los españoles menores de sesenta años —y muchos mayores— deberían pasar algunas horas leyendo los periódicos de aquellos años, desde *La Nación* y *ABC* hasta *Claridad* y *Mundo Obrero*, sin olvidar demasiado *El Debate*, *El Socialista*, algunas revistas y, naturalmente, los periódicos de otras ciudades que no fuesen Madrid.

Añádase a esto el mimetismo de movimientos políticos extranjeros, la poderosa acción de los estímulos totalitarios: el comunismo de un lado, cuyo influjo va mu-



Fotografía tomada en Vitoria antes de la guerra. Las milicias ciudadanas armadas desfilan. Un ambiente agresivo y bélico era lo que respiraban los españoles.

cho más allá del minúsculo partido que usaba ese nombre, y se ejerce sobre todo dentro del partido socialista y de los sindicatos; el «fascismo» del otro lado, como término genérico, mucho más peligroso en su vertiente alemana que en la italiana (desde 1933, Mussolini irá a remolque de Hitler, y es el año en que se consolidan en España las tendencias que rara vez se denominarán «fascistas» por los que las defienden, pero sí «nacionalsindicalistas», de tan clara resonancia «nacionalsocialista»).

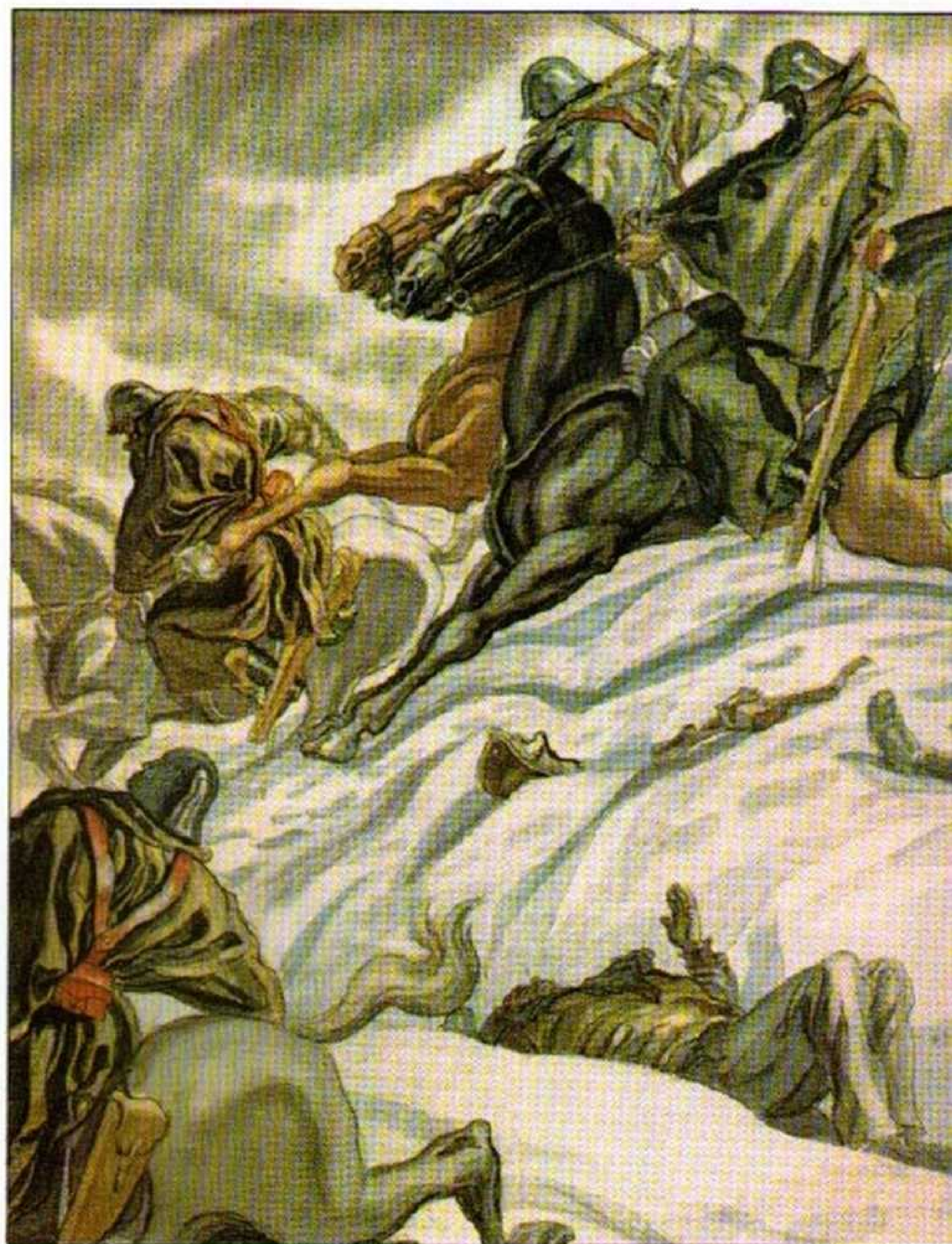
¿No había otra cosa? Sí. Por una parte, grupos que buscan la «originalidad» en posiciones arbitrarias y arcaicas: carlismo, anarquismo. Por otra, los que intentan defender una «democracia» que resulta débil por varias razones: por la figura borrosa de las llamadas «potencias democráticas» (Francia, Inglaterra), llenas de temor ante los Estados totalitarios, vacilantes, con poca generosidad y gallardía, oscilantes entre tendencias extremadamente reaccionarias y la aceptación de cualquier tipo de «Frente popular»; por el triunfo en todas ellas de un *parlamentarismo* excesivo, que impide a un poder ejecutivo fuerte enfrentarse con los problemas, y las expone a la dictadura; finalmente, por la política de concesiones que, antes y después de la guerra civil española, las llevará a una política *reactiva,* sin iniciativa, y que desembocó en la segunda guerra mundial.

Yo añadiría todavía un factor más, que me parece decisivo para explicar la ruptura de la convivencia y, finalmente, la guerra civil: la *pereza.* Pereza, sobre todo, para pensar, para buscar soluciones inteligentes a los problemas; para imaginar a los demás, ponerse en su punto de vista, intentar comprender su parte de razón o sus temores. Más aún, para *realizar* en continuidad las acciones necesarias para resolver o paliar esos problemas, para poner en marcha una empresa

atractiva, ilusionante, incitante. Era más fácil la magia, las soluciones verbales, que dispensan de pensar y actuar. En vez de pensar, *echar por la calle de en medio*. Es decir, o los cuarteles o la revolución proletaria, todo ello según receta. En otras palabras, las vacaciones de la inteligencia y el esfuerzo.

Pudo no haber guerra

No se puede entender la situación española del cuarto decenio de este siglo si se la aísla del conjunto de la europea. En 1931, según mis cálculos, se produce un cambio generacional; es el momento en que «llega al poder» la generación de 1886 (los nacidos entre 1879 y 1893) y la de 1871 (en España, la llamada del 98) pasa a la «reserva», aunque conserve considerable influjo y prestigio. Es el punto en que se inicia *en toda Europa* el fenómeno de la politización, y con él la propensión a la violencia. No hay más que ver, en una cronología detallada, la serie de los sucesos en los años inmediatamente anteriores y posteriores a 1931 para observar cómo cambian de cariz, de fisonomía. Comienza a perderse el respeto a la vida humana. Ese período generacional, que se extiende hasta 1946, es una de las más atroces concentraciones de violencia de la historia, y en ese marco hay que entender la guerra civil española.
Pero —se dirá— en otros países no se llegó a tanto. La guerra mundial fue otra cosa, no propiamente una «discordia», una crisis de la convivencia. Además, muy probablemente fue «estimulada» por la guerra civil de España, que funcionó a un tiempo como «cebo» y «ensayo». Todo esto es cierto, pero la consecuencia que de estas consideraciones hay que extraer es que en la guerra civil hubo un decisivo elemento de *azar*; que, contra lo que se ha dicho con insistencia, *no fue necesaria, no fue inevitable*. Creo, por el contrario, que la guerra civil hubiera podido evitarse *de varias maneras*, que había más de una salida a una situación sin duda difícil y peligrosa.
La guerra fue consecuencia de una ingente *frivolidad*. Esta me parece la palabra decisiva. Los políticos españoles, apenas sin excepción, la mayor parte de las figuras representativas de la Iglesia, un número crecidísimo de los que se consideraban «intelectuales» (y desde luego de los periodistas), la mayoría de los económicamente poderosos (banqueros, empresarios, grandes propietarios), los dirigentes de sindicatos, se dedicaron a *jugar* con las materias más graves, sin el menor sentido de responsabilidad, sin imaginar las consecuencias de lo que hacían, decían u omitían. La lectura de los periódicos, de algunas revistas «teóricas», reducidas a mera política, de las sesiones de Cortes, de pastorales y proclamas de huelga, escalofría por su falta de sentido de la realidad, por su incapacidad de tener en cuenta a los demás, ni siquiera como enemigos *reales*, no como etiquetas abstractas o mascarones de proa.


(M.ª Luz S. de Tejada.)

Frío, muerte y destrucción. De nuevo, y debida a los pinceles de Carlos Sáenz de Tejada, la alegoría del Apocalipsis.

Y todo esto ocurría en un momento de increíble esplendor intelectual, en el cual se habían dado cita en España unas cuantas de las cabezas más claras, perspicaces y responsables de toda nuestra historia. Lo cual hace más grave el hecho escandaloso de que no fueran escuchadas, de que fueran deliberada, cínicamente desatendidas por los que tenían dotes intelectuales, y por tanto deberes en ese capítulo.
Los años de la República estuvieron dominados por la falta de imaginación, la incapacidad de prever, de anticipar las consecuencias, de proyectar un poco lejos. No se llegó a aceptar las reglas de la democracia, se declaró una vez y otra —por la derecha y por la izquierda— que sólo se aceptaban sus resultados si eran

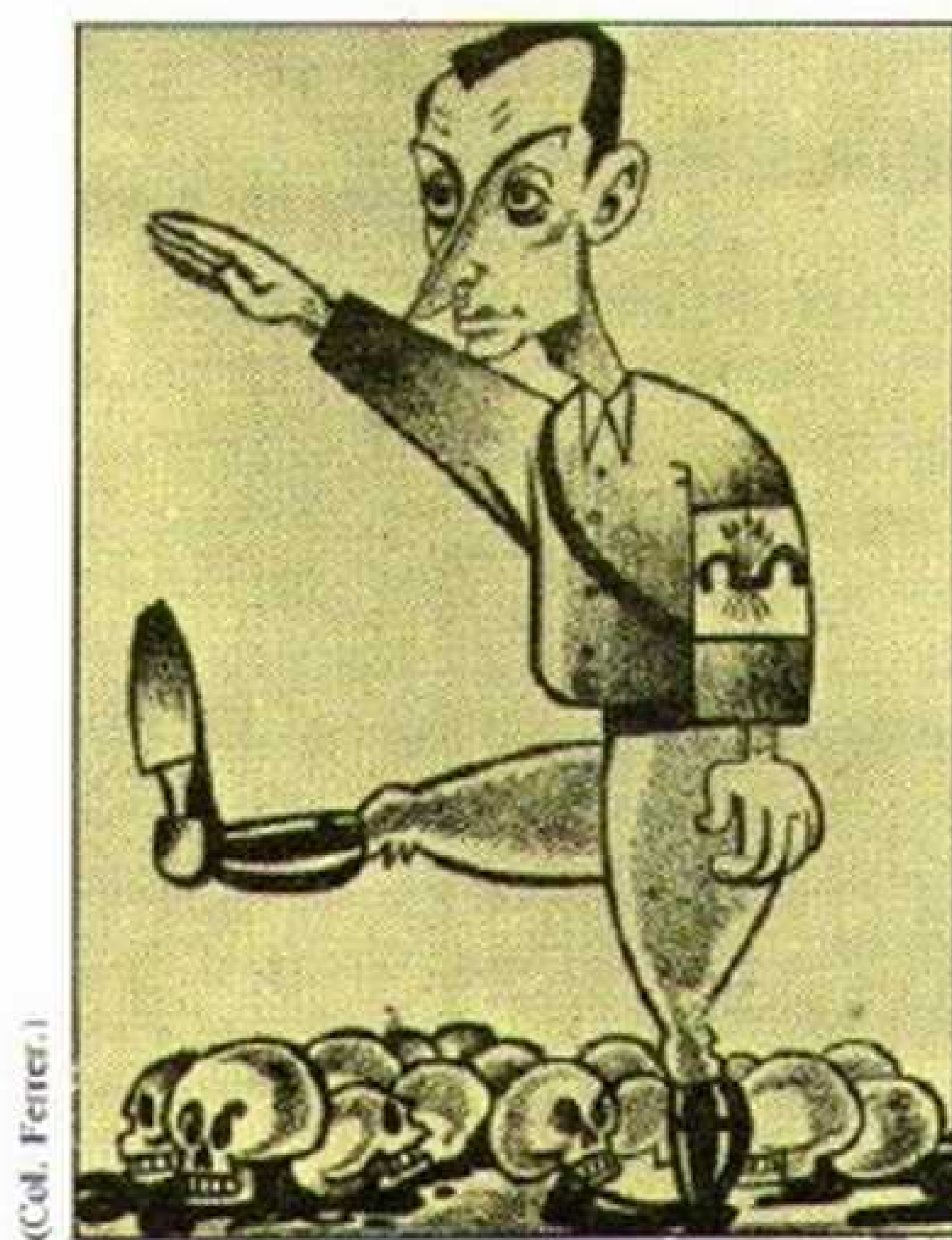
favorables; unos y otros estuvieron dispuestos a enmendar por la fuerza la decisión de las urnas, sin darse cuenta de que eso destruía toda posibilidad política normal y anulaba la gran virtud de la democracia: la de rectificarse a sí misma. El 10 de agosto de 1932 fue el primer síntoma de esa actitud, que tuvo su correlato en los levantamientos anarquistas del año siguiente; pero la irresponsabilidad máxima fue la insurrección del partido socialista en octubre de 1934, aprovechada por los catalanistas, que llevó a la destrucción de una democracia eficaz y del concepto mismo de autonomía regional. Se negó entonces la validez del sufragio, la Constitución y el estatuto de Cataluña —parte de la estructura jurídica de la República española—, todo en una pieza. La democracia quedó herida de muerte. Los gobiernos de esta segunda etapa, lejos de tratar de enmendar lo que les parecía peligroso para la nación o para la religión en la legislación del bienio anterior —como habían dicho en su propaganda—, prefirieron dedicarse a restablecer egoístamente pequeñas ventajas económicas para sus clientelas, con asombrosa insolidaridad y miopía, que llevaron a la disolución de Cortes, las elecciones de febrero de 1936, el triunfo en ellas del Frente Popular y, poco después, la guerra civil.

Pero ¿puede decirse que estos políticos, estos partidos, estos votantes *querían la guerra civil?* Creo que no, que casi nadie *español* la quiso. Entonces, ¿cómo fue posible? Lo grave es que *muchos españoles quisieron lo que resultó ser una guerra civil*. Quisieron: a) Dividir al país en dos bandos. b) Identificar al «otro» con el mal. c) No tenerlo en cuenta, ni siquiera como peligro real, como adversario eficaz. d) Eliminarlo, *quitarlo de en medio* (políticamente, físicamente si era necesario).

Se dirá que esto era una locura. Efectivamente, lo era (y no faltaron los que se dieron cuenta entonces, y a pesar de mi mucha juventud, puedo contarme en su número). La locura puede tener causas orgánicas, puede ser efecto de una lesión; o bien psíquicas; pero también puede tener un origen *biográfico*, sin anormalidad fisiológica ni psíquica. Si trasladamos esto a la vida colectiva, encontramos la posibilidad de la *locura colectiva* o social, de la *locura histórica*. (El Irán, en el momento en que escribo, es un estupendo ejemplo de ello, y no es el único.) Sin recurrir a esta idea, ¿puede entenderse el triunfo del nacionalsocialismo en Alemania, los doce años de historia que va de 1933 a 1945? La Revolución rusa fue otra cosa: la locura lúcida de una exigua minoría, operando *in anima vili* sobre un inmenso cuerpo social de «almas muertas», inertes.

Conviene recordar que la situación española en el primer tercio del siglo había sido de promesa constante, en gran parte realizada. Desde el desastre del 98, la sociedad española había despegado económicamente (con la ayuda de la neutralidad durante la primera guerra mundial), y su pobreza se había mitigado; las universidades habían mejorado más de lo que se hubiera podido esperar, y todo el sistema de la instrucción experimentó un avance extraordinario con la República. Desde el punto de vista de la cultura superior —filosofía, literatura, arte, investigación—, se había entrado en un siglo de oro. Las esperanzas de un joven de mi generación eran ilimitadas, y la República, entendida positivamente, fue el símbolo de la apertura, de la dilatación de la vida, del ejercicio de la libertad. La España estudiada e interpretada por Unamuno, Menéndez Pidal, Gómez Moreno, Asín Palacios, Ortega y los historiadores y filólogos más jóvenes; imaginada y re-

(Col. Ferrer.)



Cada ciudad, cada pueblo, cada aldea ha de ser una trinchera de la República democrática. ¡Todos los españoles honrados somos beligerantes! ¡Que todo brazo útil empuñe un arma para afirmar la victoria!

SE AFIRMA LA VICTORIA DE LA REPUBLICA DEMOCRATICA EN TODO EL PAIS. NUESTRAS HEROICAS FUERZAS HAN ENTRADO TRIUNFALMENTE EN CORDOBA, APLASTAN A LOS TRAIDORES EN TODA LA PROVINCIA DE SEVILLA Y ANIQUILAN UNA COLUMNA EN SOMOSIERRA. ¡BRAVO, MILICIANOS Y FUERZAS LEALES!

¡Adelante en la ofensiva!

Ni paz ni cuartel a los traidores

¡VIVA LA REPUBLICA DEL PUEBLO Y SUS HEROICOS DEFENSORES!

(Hemeroteca Municipal. Madrid.)

El deseo de acabar con el contrario de la forma que fuese y sin ahorrar medios constituyó el objetivo prioritario de los dos bandos. La piedad o la convivencia estaban excluidas.



(Brandeis University, USA.)

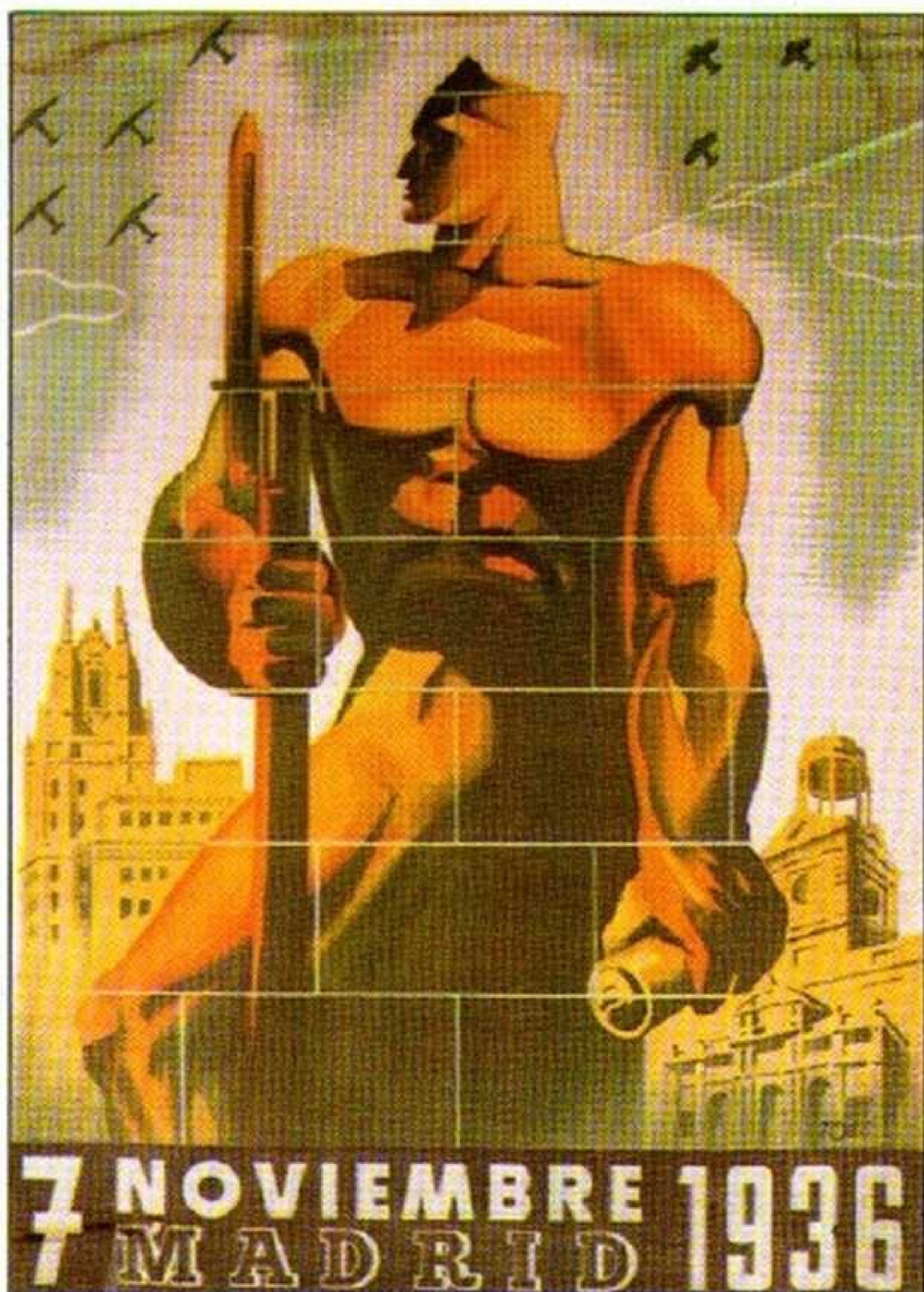
Se explica, pero no se justifica, el afán de desquite y venganza que tenían masas de campesinos explotados miserablemente. Una escuela para soldados del ejército de la República. Había muchos analfabetos en la España de 1936.

creada literariamente por Azorín, Baroja, Valle-Inclán, los Machado, Miró, Juan Ramón Jiménez, Ramón Gómez de la Serna, Salinas, Guillén y los poetas «del 27»; pintada por Regoyos, Zuloaga, Solana, Palencia; la que tenía, un poco lejos, a Picasso y a otros cuantos; la que había empezado a investigar —en escasa medida, pero tan bien como cualquiera— con Cajal, Cabrera, Palacios, Catalán; la que había creado, por primera vez desde hacía tres siglos, una filosofía original y un comienzo de escuela sin adanismo —Ortega, Morente, Zubiri, Gaos—, esa España, en tantos sentidos incomparable con todas las anteriores desde mediados del siglo XVII, desde Quevedo y Calderón, fue la que de repente fue negada *a medias* por fracciones que ni siquiera poseían ni retenían la mitad que pretendían defender. De esa España nos despojaron a los españoles —y a nuestros hijos no nacidos— los que quisieron la guerra (o no les importó dejarla llegar), los que fueron internamente beligerantes en 1936.

La locura colectiva

FALTA todavía examinar una cuestión delicada: cómo se llegó a imponer a una gran parte de la sociedad española lo que inicialmente no creía ni pensaba ni quería, cómo se disminuyeron sus defensas, para llevarla adonde no quería ir. He insistido en el carácter no ya minoritario, sino exiguo, de los grupos que habían de resultar representativos y decisivos durante la guerra civil. Conviene tener presente que los comunistas sólo consiguieron *un* diputado en las Cortes de 1931, *otro* en las de 1933, *dieciséis* (con los votos republicanos y socialistas) en las de 1936. En cuanto a los falangistas, *nunca* pudieron elegir un solo diputado, ya que José Antonio Primo de Rivera fue elegido en 1931 como candidato de una coalición de derechas, dos años antes de la fundación de Falange Española. Lo cual no impidió que el Partido Comunista fuese el principal rector de la política en la zona «republicana» y que Falange fuese el «partido único»

en la «nacional» y en los decenios que siguieron a su victoria.
El proceso que se lleva a cabo entre los años 31 y 36 (y, si se quiere mayor precisión, de 1934 a 1936) consiste en la *escisión del cuerpo social* mediante una tracción continuada, ejercida desde sus dos extremos. Ese torso de la sociedad, que poco o nada tenía que ver con esos grupos extremistas, en lugar de rechazar sus pretensiones, desentenderse de ellos y dejarlos fuera del juego político (reducirlos a lo que en inglés se llama *the lunatic fringe*, «el fleco demencial»), *se dejó dividir*, siguió, con mayor o menor docilidad, a los dos fragmentos que *no querían convivir* con los demás.
¿Cómo se ejerció —y se ejerce casi siempre— esa tracción? Mediante una forma de sofisma que consiste en la *reiteración de algo que se da por supuesto*. Cuando los medios de comunicación proporcionan una interpretación de las cosas que ni se justifica ni se discute, y *parten* de ella una vez y otra como de algo obvio, que no requiere prueba, que, por el contrario, se usa como base para discusiones, diferencias y hasta polémicas, los que reciben esa interpretación se encuentran desde el primer momento *más allá* de ella, envueltos en análisis, procesos o disputas que precisamente implican su previa aceptación. Todas esas discusiones, que no se rehúyen, sino se fomentan, tienen justamente la misión de *distraer* de esa aceptación que se ha deslizado fraudulentamente y sin crítica, por un simple mecanismo de repetición y utilización como base de toda discusión ulterior. Los dos elementos (repetición y utilización) son esenciales; el primero produce una especie de «anestesia» o de efecto «hipnótico»; el segundo «pone a prueba» la tesis que interesa, de una manera sumamente curiosa, que no es probarla, demostrarla o justificarla, sino *hacerla funcionar*. Se sobrentiende que su *funcionamiento es prueba de su verdad*. Si con esta idea como guía se hiciese un examen atento de lo que se dijo en España durante los dos años anteriores a la guerra civil por parte de los que habían de ser sus inspiradores y conductores, me atrevo a asegurar que se aclararía una enorme porción de aquel complicado proceso histórico. (Y si con el mismo método se echase una ojeada a la situación actual, probablemente se obtendría claridad suficiente para evitar en el futuro diversos males cuya amenaza es demasiado evidente.)
La única defensa de la sociedad ante ese tipo de manipulaciones es responder con el viejo principio de la lógica escolástica: *nego suppositum*, niego el supuesto. Si se entra en la discusión, dejándose el supuesto a la espalda, dándolo por válido sin examen, se está perdido. Es muy difícil que el hombre o la mujer de escasos hábitos intelectuales, acostumbrados a la *recepción* de ideas más que a su elaboración y formulación, se den cuenta de que están siendo objeto de esa manipulación; sobre todo cuando el «supuesto» que se desliza es negativo, es decir, consiste en una omisión. (Si se quiere un ejemplo notorio y reciente, recuérdese la eliminación o escamoteo de la palabra «nación» en el anteproyecto de Constitución española que se hizo público a comienzos de enero de 1978; remito a mis artículos de ese mismo mes, recogidos en *España en nuestras manos*.)
De ahí la necesidad de un pensamiento alerta, capaz de *descubrir* las manipulaciones, los sofismas, especialmente los que no consisten en un raciocinio falaz, sino en *viciar todo raciocinio* de antemano. Esta es la función *política* que puede esperarse de los intelectuales; es decir, que sean intelectuales y no políticos, que se ajusten a los deberes de su gremio y adviertan al país cuándo no se hace. ¿Faltó esto en los años que precedieron a la guerra civil? ¿No era una época en que los intelectuales gozaban de gran prestigio, no había entre ellos unos cuantos eminentes y de absoluta probidad intelectual? Ciertamente los había; pero encontraron demasiadas dificultades, se les opuso una espesa cortina de resistencia o difamación, funcionó el



(Arch. Doc. M.º Cultura. Salamanca.)

Españoles había en un lado y españoles en el otro. Madrid resistió tres años las embestidas de los sublevados.

partidismo para oírlos «como quien oye llover»; llegó un momento en que una parte demasiado grande del pueblo español *decidió no escuchar*, con lo cual entró en el sonambulismo y marchó, indefenso o fanatizado, a su perdición. Tengo la sospecha —la tuve desde entonces— de que los intelectuales responsables se desalentaron demasiado pronto. ¿Demasiado pronto —se dirá—, con todo lo que resistieron? Sí, porque siempre es demasiado pronto para ceder y abandonar el campo a los que no tienen razón.

Dos fracasos

HE intentado hacer comprensible cómo se pudo llegar a la guerra civil, cómo se fue simplificando la realidad española, reduciéndola a esquemas, polarizándolos, convirtiéndolos en algo abstracto, algo que se puede *odiar* sin que la humanidad concreta se interponga y mitigue el odio; cómo se manipuló hábilmente al pueblo español desde dos extremos profesionalizados, con ayuda de la torpeza y falta de estilo de las soluciones más civilizadas y razonables, que fueron perdiendo atractivo y eficacia. Larga serie de errores, el último y mayor de los cuales fue... la guerra.

La verdad es que nadie contaba con ella. Los que la promovieron más directamente creían que se iba a reducir a un golpe de Estado, a una operación militar sencillísima, estimulada y apoyada por un núcleo político que serviría de puente entre el ejército victorioso y el país. Los que llevaban muchos meses de provocación y hostigamiento, los que habían incitado a los militares y a los partidos de derechas a sublevarse, tenían la esperanza de que ello fuese la gran ocasión esperada para acabar con la «democracia formal», los escrúpulos jurídicos, la «república burguesa», y lanzarse a la deseada revolución social (lo malo es que dentro de ese propósito latían dos distintas, que habían de desgarrarse mutuamente poco después).

Todos sabemos que las cosas no sucedieron así. La sublevación fracasó; el intento de sofocarla, también. *La prolongación de los dos fracasos, sin rectificación ni arrepentimiento, fue la guerra civil.*

Si se la mira desde este punto de vista, creo que se puede comprender mejor su desarrollo. Lo primero que hay que decir —porque es lo más grave, lo diferencial de esta guerra— es que en ella *lo de menos fue la guerra*. Las víctimas de ella fueron secundariamente las bajas militares; lo decisivo fueron los bombardeos y, sobre todo , los asesinatos (con o sin ficción de ejecución legal). Es decir, la lucha fue, más que contra la «zona» enemiga, contra los enemigos de la propia «zona»; y no contra los que ejercían actos de hostilidad, agresión o espionaje, sino contra los que se consideraban «desafectos» a una ortodoxia política definida arbitraria y estrechamente; y esta condición era *previa* a toda conducta concreta, inherente a la persona e irremediable. Las personas pertenecientes a ciertas categorías —filiaciones políticas o incluso profesiones— no tenían escape; estaban perdidas, hicieran lo que hicieran; su única salvación era la huida o el ocultamiento.

En la zona que se llamó «nacional» y fue llamada por sus enemigos «facciosa», todo el que no se sumó al



(J. Guzmán. Madrid.)

La farmacia del Globo, en la castiza plaza del Progreso, hoy Tirso de Molina, alcanzada por las bombas.

«movimiento» fue perseguido, normalmente (y desde luego en el caso de los militares) por *rebelión*. Esta persecución se extendía a todos los afiliados a partidos del Frente Popular, pero no estaban seguros los radicales, ni los pertenecientes a la CEDA, ni los maestros, ni, por supuesto, los masones. En la zona «republicana» («roja» para los enemigos), solamente los partidos del Frente Popular eran aceptados (los republicanos, meramente tolerados); todos los demás, aunque fuesen republicanos históricos, eran perseguidos; los falangistas, sin la menor esperanza de salva-

ción; los sacerdotes, religiosos, monjas, etc., si no se escondían a tiempo eran exterminados. En ambas zonas, todos los que no eran incondicionales eran sospechosos.
Las «depuraciones» dejaron sin puesto de trabajo a millares de personas a las que se consideraba «desafectas», aunque no hubiesen cometido ningún acto delictivo ni hostil; y la depuración hacía ingresar inmediatamente en la categoría de los sospechosos, sometidos a vejaciones y peligros. La condición de militar retirado en una zona, de dirigente sindical en la otra, significaba el encarcelamiento y, con bastante probabilidad, la muerte. Por supuesto, en la zona republicana, con la excepción del País Vasco, todo culto religioso fue prohibido, y los incendios de iglesias y conventos fueron frecuentísimos, en muchos casos realizados sistemáticamente. En toda España se constituyeron tribunales («de guerra» o «populares») sin la menor garantía jurídica y de particular ferocidad; estaban compuestos, en un caso, por representantes de todos los partidos del Frente Popular y de las organizaciones sindicales; en el otro, por militares y representantes políticos. Esto sin contar con las abundantísimas «checas» o sus equivalentes, absolutamente irresponsables, y con las «sacas» de las prisiones, con pretextos de traslados que solían ser al otro mundo.
No me interesa recordar el aspecto más horrible y siniestro de la guerra sino para decir que fue un universal terrorismo, ejercido no sólo contra los enemigos, sino contra los que se podían considerar neutrales o incluso partidarios no fanáticos o incondicionales, dentro de la propia zona, lo cual significó un chantaje generalizado, que excluía toda crítica y todo matiz de posible disidencia. Así se llegó a la aceptación *de todo* (incluida la infamia), con tal de que fuese «de un lado».
La consecuencia inevitable fue el envilecimiento. Nadie quería quedarse corto, ser menos que los demás en la adulación de los que mandaban o la execración de los adversarios. Esto fue un poco menos compacto en la zona republicana, por su falta de disciplina y coherencia, que dejó un estrecho margen de «pluralismo». Esta diferencia puede comprobarse en la actual publicación de los dos *ABC:* el republicano de Madrid y el franquista de Sevilla. La mentira, como puede verse allí mismo día por día, dominaba en ambos campos por igual.
Esta actitud, unida a la decisión de «pasar por todo», y en ocasiones al fanatismo —no siempre—, llevó a que la inmensa mayoría de lo que se escribió en ambas zonas fuese literalmente vergonzoso. Es aleccionador, pero infinitamente penoso, leer lo que escribieron muchos que tenían pretensiones de intelectuales, literatos, profesores, eclesiásticos, hombres de leyes. Hubo excepciones, sin duda, de decoro literario, nobleza, generosidad y valentía; pero no pasaron de excepciones. En algunos casos, lo lamentable fue simple debilidad y amedrantamiento, y pasada la terrible prueba no siguió formando parte de la personalidad de sus autores; en otros significó una corrupción profunda que llevó hasta la denuncia, el aplauso a los crímenes propios o la calumnia.
Una de las pruebas de ese estado de abyecta sumisión es la feroz irritación que a ambos lados de las trincheras provocó todo aquel que se atrevía a discrepar de los dos bandos. La hostilidad máxima se reservaba para los que no se sentían adscritos a ninguno de los dos beligerantes, no por indiferencia o desinterés, sino por considerar a ambos inaceptables. El que se atrevía a *resistir a la guerra* era el enemigo de todos, contra el cual todo estaba permitido. Por eso, tomar esta posición fuera de España —lo más frecuente— significaba desusada valentía; hacerlo dentro era pura y simplemente heroísmo, aunque fuese sin negar apoyo y colaboración a una de las causas beligerantes; el ejemplo más eminente fue el de Julián Besteiro.

El ámbito del odio

TODO lo que he dicho hasta ahora me parece esencial para entender cómo fue posible que se llegara a la guerra civil. Si no se tiene en cuenta, es completamente ininteligible que un pueblo como el español, de tan larga e ilustre historia, creador de una de las tres o cuatro grandes culturas modernas, en un momento de esplendor intelectual y literario, sin ningún problema objetivamente grave, no digamos insoluble, al día siguiente de lanzarse con entusiasmo a una nueva fase de su vida, de repente se encontrara con que no podía seguir conviviendo, se llenara de odio y se dedicase al exterminio de sus hermanos durante tres años. Es menester recordar los pasos por los que se llegó a una situación *mental colectiva* que tenía muy poco que ver con la realidad; es decir, con la realidad si se omite ese estado mental, que naturalmente era parte de la realidad española en 1936. Quiero decir que, lejos de ser la guerra *inevitable*, su origen efectivo no fue la *situación objetiva* de España, sino su *interpretación*, se entiende, el desajuste de *dos* interpretaciones que, por una serie de voluntades y azares, llegaron a excluir a las demás y oscurecer cuanto era distinto de ellas. Y esto es, literalmente, una *anormalidad de la vida colectiva*, que algún día podrá diagnosticarse con precisión, cuando se vaya, más allá de la psiquiatría, a una «bioiatría», a un conocimiento de la patología de la *vida biográfica*, individual y social.
Pero la realidad total de la guerra civil no se agota en lo que he dicho. Una vez estallada, una vez iniciada, desde fines de julio de 1936, España estuvo en estado de guerra. Esta expresión es particularmente revela-


(Pyresa.)

¿Qué pasará después? ¿Será tratado humanamente o fusilado sin contemplaciones? Gente normal convertida en asesinos por la guerra, una generación machacada física y psíquicamente.

dora: la guerra es un «estado», algo en que *se está*. Se vive dentro de la guerra, en su ámbito. Las cosas se ordenan en otra perspectiva; el tiempo cambia de ritmo, emplazamiento, significación; pierden importancia muchas cosas, la adquieren otras; ciertas dimensiones de la vida humana, hasta entonces olvidadas, se ponen en primer plano —por ejemplo, el valor—; se altera el «umbral» de la inquietud, la inseguridad, el temor; surgen relaciones inesperadas, crueles y fraternales; los individuos dan la medida de sí mismos al estar expuestos a tensiones, tentaciones, peligros, esfuerzos; se conocen en dimensiones antes ignoradas.

La guerra civil es —se ha dicho mil veces— más cruel que ninguna otra, más dolorosa, porque introduce la división y el odio entre compatriotas, amigos, hermanos. Su especial intensidad le viene de eso y de que es más *inteligible* —empezando por la lengua del enemigo, pero no sólo la lengua, sino todo el repertorio de creencias, usos, proyectos, esperanzas—. El *no entenderse* que lleva a la guerra procede de la distorsión de un *entenderse demasiado bien*, que no se da en las guerras internacionales.

La guerra civil española estuvo animada por un violento, apasionado *patriotismo*, en ambos lados. He insistido con la máxima energía en los aspectos negativos, en la infinita torpeza, en la culpabilidad de los promotores de la guerra, en la anormalidad que la constituyó. Pero una vez «en guerra», una vez estallada y, de momento, inevitable, era menester en alguna medida *tomar partido*, preferir un beligerante al otro, aunque los dos pareciesen torpes, violentos, injustos, condenables. He dicho *preferir;* es la condición de la vida humana; no se aprueba, no se estima, no apetece, no gusta necesariamente lo que se prefiere; el que prefiere la operación a la peritonitis no tiene la menor complacencia en lo preferido; el que salta por una ventana para escapar a las llamas no tiene nada a favor del salto: simplemente le parece *el mal menor*.

A ambos lados, innumerables españoles sintieron que había que combatir *para salvar a España;* incluso los que pensaban que *en todo caso* caminaba hacia su perdición, creían que uno de los términos del dilema era *preferible*, que el otro era más destructor, o más injusto, o más irremediable e irreversible. Añádase la propaganda, la retórica bélica, el contagio del entu-



(Brandeis University, USA.)

Las imágenes de cualquier guerra se asemejan: desolación, tristeza, muerte y todo progreso cultural o material detenido. El hombre regresa a un pasado de animalidad perdida.

siasmo positivo de los que lo sentían, el horror hacia las maldades —demasiado ciertas— del enemigo. Al cabo de unos meses, millones de españoles estaban enloquecidos, sin duda, pero llenos de entusiasmo patriótico, dedicados a destruir España por amor de ella.
Especialmente los muy jóvenes, que soportaron más que nadie el peso y el sufrimiento de la guerra; y las mujeres, que sólo en mínima proporción la habían *querido*, que la padecían en mil formas; y, en general, las personas sencillas, sin influencia en la vida colectiva, con un mínimo de responsabilidad, sujetos pasivos de todas las manipulaciones. La guerra suscitó la movilización de enérgicas virtudes: la capacidad de sacrificio, la generosidad, la hermandad, la impavidez frente al dolor o la muerte, el heroísmo.
Se puede pensar —se debe pensar— que todo aquello estaba mal empleado, que tal cúmulo de virtudes, tal capacidad de esfuerzo, aplicados a algo inteligente y constructivo habrían puesto a España en pocos años en la cima de su prosperidad y plenitud, en lugar de dejarla cubierta de escombros, campos asolados, muertos, mutilados, prisioneros, odiadores y criminales. Pero esto no debe ocultar la evidencia de que los españoles extrajeron de su fondo último una impresionante suma de energía, resistencia y entusiasmo.

Propaganda de dos bandos

Los mitos se acumularon en ambas zonas. La justicia social, la redención del proletariado, la revolución universal, la civilización cristiana, la unidad de la patria desgarrada, el orden, la familia. Poco importa que, en nombre de todo eso, se cometieran atroces violaciones de lo mismo que se pretendía defender. El mito que tuvo más aceptación y cultivo fue el de la *independencia*. La presencia de combatientes italianos y alemanes en la zona «nacional», de las brigadas internacionales y «consejeros» soviéticos en la «republicana», fueron suficientes para que se hablase en las dos de «invasión» (la presencia de los moros en el campo «nacional» dio lugar a muy sabrosos comen-

tarios, y obligó a desarrollar con muchos circunloquios el tema de la «Cruzada»). Al cabo de algún tiempo, la propaganda de ambas zonas hablaba como si algunos españoles, por casualidad, combatiesen en el lado de enfrente, meros «cómplices» de los invasores extranjeros.

Esto era, como es notorio, una absoluta falsedad, pero servía para oscurecer el hecho cierto e incontrovertible de la *manipulación* de los españoles por los gobiernos de Italia, Alemania y la Unión Soviética, de su influencia decisiva en la génesis de la guerra y en su desarrollo. (Y cuando pasó el peligro, cuando uno de los bandos logró la victoria, cuando ya no fue necesaria *esa* propaganda y convenía más otra, la de la solidaridad totalitaria entre Berlín, Roma y Madrid, sus conexiones durante la guerra fueron proclamadas y aireadas por los vencedores y sus aliados: basta con leer los periódicos de abril y mayo de 1939, las noticias y los comentarios de los que en ellos escribían lo que tal vez prefieren olvidar.)

Todo esto funcionó de manera decisiva en el *desenlace* de la guerra. En diversas ocasiones, más entre los republicanos que entre sus enemigos, había habido deseos y hasta intentos de terminarla por un convenio o arreglo, por una *paz*. La derrota de los italianos en Brihuega —de la que, si no me engaño, se alegraron incluso muchos españoles de la zona «nacional»— fue un primer momento oportuno, pronto frustrado. (La detención del ejército hasta entonces victorioso a las puertas de Madrid hubiera sido la gran ocasión, pero la situación global en noviembre de 1936 la hacía imposible.) La toma de Teruel por los republicanos, en el invierno 1937-38, fue quizá la oportunidad más favorable, pero los partidarios de la paz eran débiles y fueron barridos a ambos lados. Desde poco después, la suerte de la guerra estaba echada: la República estaba derrotada —es decir, lo que quedaba de la República, lo que se seguía llamando así—, y el final era cuestión de tiempo. ¿Sólo de tiempo? De miles de muertes, destrucción, pérdidas, dolor.

Aquí funcionó una vez más el aspecto más repulsivo de todo este proceso. Del lado «republicano» —y nunca más justificadas las comillas dubitativas— se decidió la prolongación a ultranza de la guerra, aunque estuviese enteramente perdida, porque ése era el interés del «proletariado universal», al cual se podían sacrificar otras cien o doscientas mil vidas españolas. Del lado «nacional» se inventó la funesta fórmula —usada en 1945 por los vencedores de la guerra mundial— *rendición sin condiciones*, lo cual quería decir «victoria sin vencidos», sin conservarlos como sujeto del otro lado del desenlace de la guerra, destruyendo así lo que ésta pueda tener de civilizado. La historia del mes de marzo de 1939, nunca bien contada, de la cual soy quizás el último viviente que tenga conocimiento directo desde Madrid, es la clave de lo que la



(Serv. Histórico Militar.)

Todos colaboraban en la guerra: los hombres al frente, y las mujeres a la retaguardia: nadie se salva.

guerra fue en última instancia. Un análisis riguroso de lo que sucedió en ese mes, de lo que se hizo y se dijo, arrojaría una luz inesperada sobre los aspectos más significativos de la contienda y sobre las posibilidades —destruidas— de la paz. Tal vez algún día intente presentar mis recuerdos y mis documentos de esas pocas semanas decisivas, que se pueden simbolizar en el nombre admirable de Julián Besteiro.

No se entiende el final de la guerra si no se tiene presente que en el lado republicano, y especialmente en Madrid, había un heroico cansancio, después de dos años y medio de asedio, hambre, frío, bombardeos y cañoneos diarios, condiciones de vida que tal vez ninguna ciudad haya soportado tan estoicamente y durante tanto tiempo. Creo que se llegó a producir una peculiar solidaridad entre los madrileños, más allá de sus divisiones ideológicas y sociales, de la persecución que muchos habían padecido —ferozmente en los primeros cuatro meses, con menos encarnizamiento después—; sólo esto explicaría la conducta de los madrileños que se sentían vencedores cuando la guerra ter-


(Pyresa.)

Bombas de aviación alcanzan la Gran Vía madrileña y hunden la bóveda del metro. Ese día las víctimas rebasaron el número normal: el metro estaba lleno de refugiados.

minó, tan superior por su generosidad y tolerancia a la del ejército de ocupación que entró en Madrid, sin lucha, el 28 de marzo, y sobre todo a la de los funcionarios y políticos que tomaron posesión de la capital en los meses siguientes.

En la zona republicana, además del cansancio había una infinita desilusión. Se sentían burlados, engañados, manipulados, utilizados por los más representativos de sus dirigentes. Además, desde el 5 al 28 de marzo *se les había dicho la verdad* —caso único desde julio de 1936 hasta fines de 1975—. Los vencidos se sabían vencidos, y lo aceptaban en su mayoría con entereza, dignidad y resignación; muchos pensaban —o sentían confusamente— que habían merecido la derrota, aunque esto no significara que los otros hubiesen merecido la victoria. *Los justamente vencidos; los injustamente vencedores.* Esta fórmula, que enuncié muchos años después, que resume en seis palabras mi opinión final sobre la guerra civil, podría traducir, pienso, el *sentimiento* de los que habían sido beligerantes republicanos.

Pasado en nuestro corazón

SOBRE este suelo se pudo edificar la paz. Si así se hubiera hecho, si se hubiese establecido una paz con todos los españoles, vencedores y vencidos, distinguidos pero unidos, con papeles diferentes pero igualmente esenciales, al cabo de poco tiempo la guerra hubiese desaparecido tras el horizonte, como el sol poniente, y hubiese quedado una España entera, más allá de la discordia.

No fue así. En lugar de una reconciliación —aunque la dirección de los asuntos públicos hubiera recaído de momento en manos de los vencedores— se inició una *represión* universal, ilimitada y, lo que es más grave, por nadie resistida ni discutida. Se pueden repasar las conductas y las palabras —incluso impresas— de los que entonces gozaban de prestigio e influjo, y cuesta encontrar la más tímida petición de clemencia, no digamos una defensa o una repulsa de la represión. Y hay que incluir, y muy especialmente, a los que después se han sentido invadidos de entusiasmo por las tesis y las figuras que implacablemente combatieron hasta después de su derrota.

Un elevadísimo número de españoles tuvieron que abandonar su país; entre ellos se encontraban no pocos de los más eminentes. Cientos de miles pasaron por las prisiones, más o menos tiempo —el suficiente para dejarlos heridos y, en muchos casos, llenos de perpetuo rencor—; bastantes millares fueron ejecutados, en condiciones jurídicamente atroces, y en muchos casos por «delitos» que, aun siendo ciertos, hacían monstruosa la sentencia. Se estableció —y en principio para siempre— una distinción entre dos clases de españoles: los «afectos» y los «desafectos», los que tenían, más que derechos, privilegios, y los que carecían de ambas cosas.

Esto condujo a la perpetuación del *espíritu de guerra,* decenios después de terminada. A esto ayudó sin duda la continuidad de la guerra española con la mundial, el


(The Illustrated London News.)

Los nacionalistas entran en Constantina (Sevilla). Banderas blancas y mujeres en la calle; los hombres han huido. Unas suplican y otras alzan los brazos: no puede haber imagen más cruda de la guerra.

establecimiento de paralelismos *falsos*, pero no por ello menos perturbadores. Se produjo una «fijación» de las posturas, una especie de congelación, en virtud de la cual muchos decidieron *vivir de las rentas de la guerra*. Entre los vencedores esto podía tener un sentido literal, pero entre los vencidos se dio la misma actitud: una incapacidad de cambiar, de enterarse de lo que pasaba, de mirar hacia adelante, de vivir el tiempo real. La actitud de «los mal llamados años» ha hecho que muchos españoles (en la emigración o, lo que es peor, en España) vivan cuatro decenios escasos como si no vivieran, como si aquel tiempo —el de sus vidas— no mereciera llamarse así.

Naturalmente, esto era una engañosa ilusión, un espejismo. *El tiempo, que ni vuelve ni tropieza* —dice un verso de Quevedo, que hace muchos años escogí para título de uno de mis libros—. El tiempo, efectivamente, ni vuelve ni tropieza; pasa, se desliza de entre nuestras manos, constituye nuestra vida. Por debajo de las apariencias, incluso de las realidades oficiales, se ha ido produciendo una fantástica transformación de la sociedad española, tan viva, tan capaz de superar todas las pruebas y dificultades. Varias generaciones nuevas han aflorado en nuestro escenario histórico, han ido ocupando su puesto, ensayando su estilo, se han ido esforzando por realizar sus oscuros deseos, sus pretensiones a veces no bien formuladas; lo han hecho con recursos inimaginables antes, que nunca habían poseído los que hicieron o padecieron la guerra; han estado oyendo las viejas palabras de unos y otros, sin acabar de entenderlas, como algo que apenas tiene que ver con la realidad, como un rumor habitual y monótono que impide oír las voces que habría que escuchar.

Así fue creciendo la distancia entre la España real y las dos Españas «oficiales» congeladas, petrificadas en los gestos de beligerancia.

Esta es la situación actual; desde ella hay que volver nuevamente los ojos a la guerra, para recordarla —es decir, llevarla otra vez al corazón— como algo absolutamente *pasado*, como nuestro pretérito común. *No podemos olvidarla, porque eso nos expondría a repetirla*. Tenemos que ponerla en su lugar, es decir, *detrás de nosotros*, sin que sea un estorbo que nos impida vivir, esa operación que se ejecuta hacia adelante.

Tenemos que eludir un último peligro: que nos vuelvan a contar la guerra desde la otra beligerancia, desde las otras mentiras, ahora que la mitad de ellas había perdido su eficacia y era inoperante. Entre 1936 y 1939, los españoles se dedicaron a hacer la guerra, a intentar ganar la guerra; desde esta última fecha malversaron lo que habían conseguido, no supieron edificar adecuadamente la paz.

Esta es nuestra empresa: darnos cuenta de que necesitamos *vencer a la guerra*, curarnos, sin recaída posible, de esa locura biográfica, es decir, social, que nos acometió hace algo más de cuarenta años, cuya amenaza ha sido tan hábilmente aprovechada para paralizarnos, para frenar el ejercicio de nuestra libertad histórica, la plena posesión de nuestro tiempo, la busca y aceptación de nuestro destino.

Discurso de la quiebra

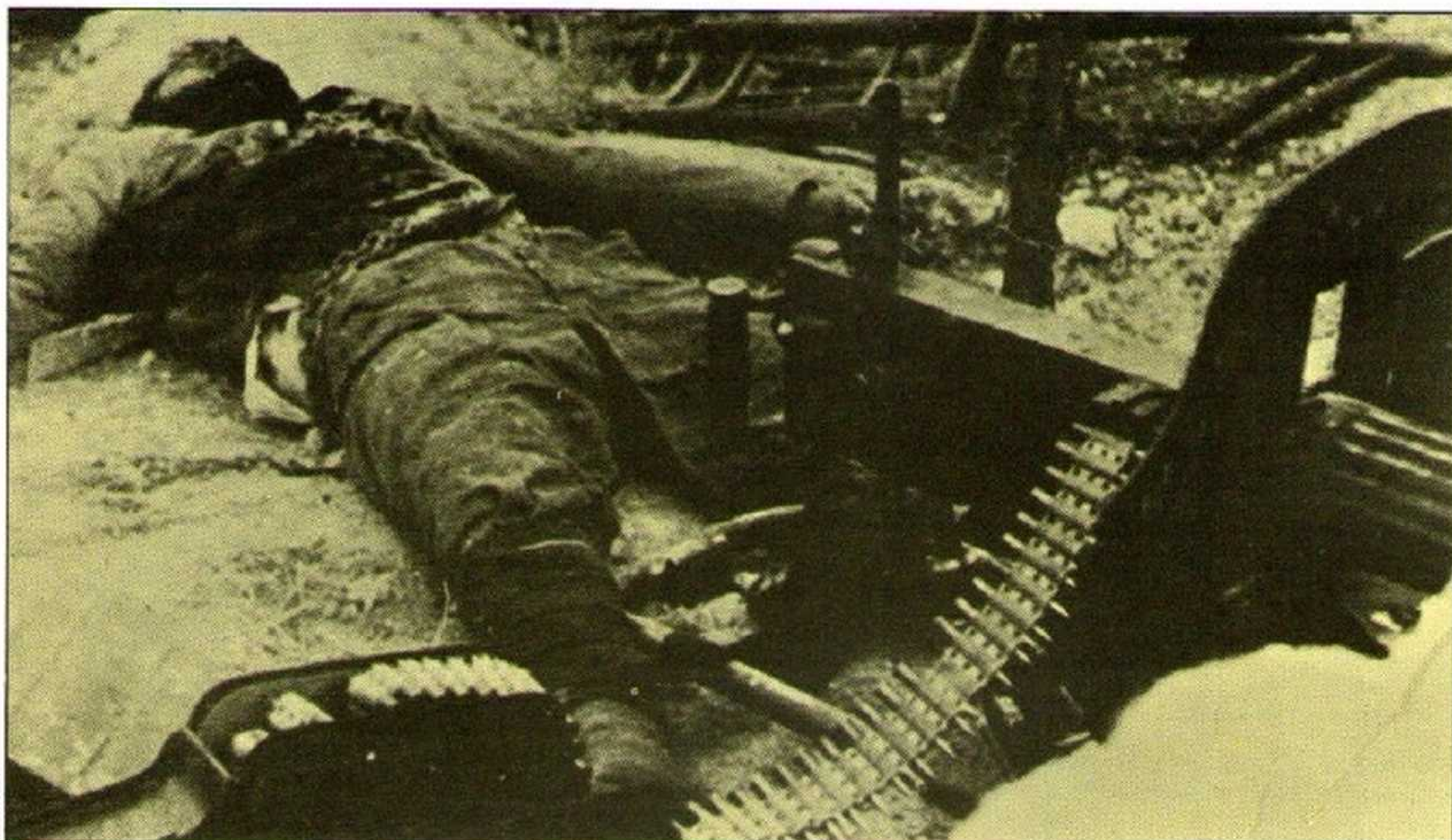
Por **Camilo José Cela** *

CUANDO estaba en la guerra ignoraba que algún día, doblado ya el cabo de la Buena Esperanza de los años que me hayan de tocar cumplir y padecer y gozar, habría de escribir de la guerra; éstas no son tampoco mis primeras palabras sobre el pavor. En el 1969, a los treinta años del último fragor de la contienda, publiqué una novela, *Vísperas, festividad y octava de San Camilo del año 1936 en Madrid*, cuya dedicatoria decía: «A los mozos del reemplazo del 37, todos perdedores de algo: de la vida, de la libertad, de la ilusión, de la esperanza, de la decencia. Y no a los aventureros foráneos, fascistas y marxistas, que se hartaron de matar españoles como conejos y a quienes nadie había dado vela en nuestro propio entierro.» Yo fui mozo del reemplazo del 37 y, sin comerlo ni beberlo, conmigo y con mis compañeros de quinta (y también con otros más jóvenes o más viejos, claro es), tiraron al blanco en el campo abierto y en nombre de unos ideales o de los contrarios; a la mitad de aquella tropa juvenil se la comieron los gusanos y los cuervos del monte. La dedicatoria de mi novela no gustó a casi nadie, pero la mantengo, porque tampoco la puse para que gustase a nadie, sino para que a alguien, a lo mejor, le remordiera un punto la conciencia. No me hago excesivas vanas ilusiones.

De las guerras suelen escribir los turbios oficinistas de la retaguardia, esos azuzadores de los más ruines y venenosamente domésticos instintos, y no los claros soldados que, salvo casualidad milagrosa, van para muertos. En las guerras, quiero decir en el frente, se pasa miedo y frío y, a pesar del miedo y del frío, lo que se quiere es llegar vivo a la noche con la esperanza de que se duerma la hidra gloriosa y redentora de todos los males; el señuelo con el que se anestesia a la tropa es la hidra gloriosa y redentora sin cuya invocada presencia no habría guerras, serían imposibles e inútiles las guerras. El miedo y el frío, el dolor y la muerte, la injusticia y la solemne pompa son nociones bajo las que subyacen muy fieros atavismos mágicos y religiosos, jamás políticos. Todos los españoles tendríamos que devolver, ¿a quién?, los laureles de la guerra civil, los crisantemos de la guerra civil, los dolores y los yerros de la guerra civil.

Debemos recordar siempre lo que queremos olvidar, en esto no valen licencias ni fintas ni titubeos, y los españoles debemos olvidar patrióticamente la guerra civil, esa zurra que nos condiciona las tres potencias del alma de la historia de España: la memoria de España, el entendimiento de España, la voluntad de España. O somos o no somos, pero los españoles no podemos seguir siendo regidos por los muertos. La demencia colectiva es contagiosa y, para que la pandemia se declare, basta con media docena de locos por bando; ésta es la quiebra de la cordura que, a dife-

* Camilo José Cela nació en Iria Flavia, Padrón, en 1916. Miembro de la Real Academia Española, es uno de los más importantes escritores españoles del siglo XX. Entre sus innumerables obras pueden destacarse *La familia de Pascual Duarte*, *La colmena* y *San Camilo, 1936*.



(Pyresa.)

¿Prisionero, suicida? Este hombre ha sido encadenado a la ametralladora. No sabemos, ni importa, de qué bando es. El ejercicio de matar se llevó a cabo con aplicación por todos.

rencia de la insania, no se pega, veloz como el sarampión. Hay que olvidar. Y si se vuelve a suplir la norma por la aventura, hay que volver a olvidar. Y así hasta el fin. Lo inteligente es el adecuado uso de la memoria, uno de cuyos empleos es no emplearla cuando no conviene. Las guerras no se producen por olvido de las circunstancias que causaron las otras guerras, sino que se motivan por el falaz propósito de hacer coincidir la última guerra con la definitiva muerte y esclavitud del prójimo. Ese es el mal camino. La guerra debe ser evitada como el fuego, esto es, ahogándola en la mayor fuerza del agua junta de todas las conciencias. Y la guerra civil es una maldición de Dios que, para castigar a un puñado de culpables, cae sobre mil cabezas inocentes. No recordemos la guerra civil; observémosla como si hubiera sido una malaventura ajena y distante, y avergoncémonos de que haya retumbado sobre nuestro suelo, bajo nuestro cielo.

Homero, en la *Ilíada*, nos dice que quien ama la horrible guerra civil es un hombre sin familia, sin ley y sin hogar. Lucano, en *De bello civili*, pregona: ¡Hacednos enemigos del mundo, pero apartad de nosotros la guerra civil! Y Cicerón, en sus *Filípicas*, declara que cualquier paz es preferible a la guerra civil. Confieso que estoy con Homero, con Lucano y con Cicerón.

La política no es un recuerdo sino un proyecto. Enterremos a nuestros muertos —todos los muertos son nuestros, sin una sola excepción— y recordemos siempre aquello que, puesto que aconteció, quisiéramos olvidar. Nadie escarmienta en cabeza ajena, ni nadie, tampoco, aprende en las cicatrices de su propia carne. Pero olvidemos, olvidemos siempre; no perdamos memoria de aquello que, con tanta humildad como patriotismo, quisiéramos olvidar.

Los españoles que teníamos veinte años no hicimos la historia sino que nos limitamos a sufrirla y a pagarla a muy alto precio; muchos de mis compañeros de entonces hace ya cerca de medio siglo (no falta más de un lustro) que no pueden ni hablar ni respirar y que blanquean el monte con sus huesos. En la cabeza del hombre no cabe ni una sola noción más válida ni más hermosa que la vida, y miente quien diga lo contrario. Los conceptos demasiado solemnes y abstractos, quiero decir los conceptos demasiado espléndidos —Dios, Humanidad, Libertad, Patria— también pueden servir de máscara al aventurero; el hombre corriente y moliente debe tomarse no pocas cautelas para defender la paz, esa situación que no es mayúscula ni minúscula sino certera y tangible (tampoco mensurable).

Para apostar por la paz hay que jugar al pelo y no a la contra. El mesianismo, del signo que fuere, conduce a la equivocada y radicalizada politización a cuya sombra crece el pálido hongo venenoso de la guerra civil.



(Pyresa.)

«A los españoles no nos queda sino olvidar nuestra propia vergüenza, nuestro mismo y hondo dolor; a los españoles no nos queda sino recordar siempre lo que debemos olvidar.»

Recuérdese que los ambos bandos en liza se llamaron, el uno, antifascista, y el otro antimarxista. Nadie quiso luchar por la idea sino por la antiidea, esto es, por la derrota de la idea contraria, y así nos lució el pelo a los españoles.

Desterremos la anécdota personal del campo abierto en el que tan sólo debe darse pábulo a la razón. Quiero decir que mis muertos —y, como todos los españoles, tengo mis muertos— no interesan a nadie; a los cadáveres que encontré, les di tierra, y a los que no encontré, les dediqué un recuerdo. Punto final. No se trata de aliviar, sino de evitar, el dolor de España. En la más alta rama del ciprés de la sinrazón anida el pájaro agorero que sueña con ver, una vez más, a los españoles luchando con los españoles. No predico abatir el pájaro a tiros o a pedradas; supongo que quizá pudiera convencérsele de que, además de la muerte, también hay otros paisajes y otras figuraciones, incluso más saludables y benéficas.

Sí; pasemos una esponja sobre el sentimiento y dejemos que la historia sea estudiada por los historiadores. Que nadie se sienta paladín capaz de mover la palanca de la historia; los hombres prefieren morir en la cama y, a ser posible, en paz. El cupo de aventureros de cada país y cada generación tiene unos límites que resulta muy peligroso ampliar. Y olvidar la derrota de la conciencia no es volver la espalda a la historia sino vivificar el recuerdo que a todos alecciona y nutre. ¿Quién no sabe que la primera ley de la historia es no decir nada falso y no temer confesar toda la verdad? Esto también lo dijo Cicerón.

Hugh Thomas ha escrito una historia sobre nuestra última guerra civil; sueño con que el adjetivo *última* no quiera decir última por ahora sino última para siempre. Supongo que Hugh Thomas habrá seguido el consejo de Cicerón, esto es, ni habrá dicho la mentira ni habrá callado la verdad. A los españoles no nos queda sino olvidar nuestra propia vergüenza, nuestro mismo y hondo dolor; a los españoles no nos queda sino recordar siempre lo que debemos olvidar, lo que debemos querer olvidar aunque nos cueste cierto trabajo hacerlo.

Hace ya muchos años llamé a la memoria, quizá demasiado vaga y poéticamente, esa fuente de dolor. Bebamos, mañana tras mañana, en la fuente de nuestro propio dolor, repito, de nuestro mismo y hondo dolor, en las aguas que deben darnos fuerza para que nuestro dolor jamás vuelva a dolernos. Suframos, si es preciso, para embridar nuestro dolor.

El Petrarca decía que el sufrimiento es alivio del dolor, y para Leopardi, el alto poeta, todo es arcano, menos nuestro dolor. Que con las páginas que ahora se cierran, se cierre también un tiempo amargo.

Enterremos respetuosos a nuestros muertos en medio de un silencio humildísimo, y grabemos en nuestra conciencia política la norma elemental de que los españoles no podemos ser regidos por los muertos. La consideración de la muerte —dejó escrito el Padre Feijoo—, a quien no aprovecha para la enmienda sólo sirve de tortura. Los españoles debemos pensar muy seriamente en dejar de torturarnos.



